

LAS MEMORIAS

DEL

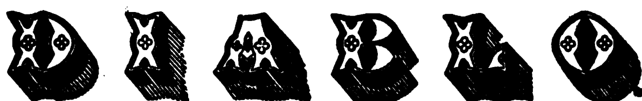
DIABLO.



FEDERICO SOULIÉ.

LAS MEMORIAS

DEL



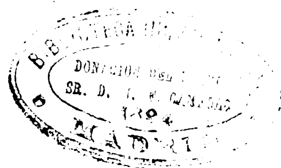
POR

FEDERICO SOULIÉ,

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR

D. Antonio T. y la Quintana.



TOMO I.

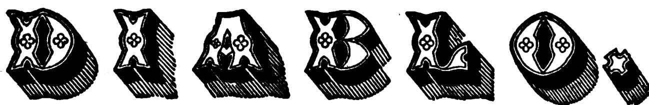


MADRID:
Publicadas por Cabello y Hernaiz.
Imprenta del Colegio de Sordo-mudos y ciegos,
calle del Turco, núm. 11.
1849.



LAS MEMORIAS

DEL



I.

El castillo de Ronquerólles.



ALLÁBASE el 1.° de enero de 182... el baron Francisco Armando de Luizzi sentado al amor de la lumbre en su castillo de Ronquerólles. Me acuerdo perfectamente de este castillo, aunque hace ya veinte años que no le he visto: estaba situado en el fondo de un valle, circunstancia que pocas veces concurre en los castillos feudales, y consistia entonces en cuatro torres unidas por cuatro cuerpos de edificio, aquellas y estos con techo agudo de pizarra, cosa no muy comun en los Pirineos. Asi es que, mirado desde la cumbre de las colinas que le rodeaban, mas bien parecia una casa del siglo XVI ó XVII que una fortaleza del año 1327, época de su fundacion.

En mi infancia, visitaba yo con frecuencia el castillo de Ronquerólles, y me acuerdo de la admiracion que me causaban las anchas losas que cubrian el pavimento de los graneros donde solíamos jugar. Estas losas, que avergonzaban á las miserables baldosas de mi casa, habian defendido las plataformas del castillo cuando este era una verdadera fortaleza; mas tarde, las plataformas habian sido cubiertas de techos puntiagudos, semejantes á los que vemos sobre la puerta de Vincennes, pero sin tocar la primitiva construccion.

Hoy dia, sabiendo que de todas las materias durables es el hierro la que menos dura, me guardaré muy bien de asegurar que Ronquerólles parecia construido de hierro; tanto le habia respetado la accion del tiempo: pero lo que sí debo afirmar, es que era verdaderamente admirable el estado de conservacion en que aquel vasto edificio se encontraba. Diríase que el capricho de algun rico aficionado á la arquitectura gótica, habia levantado la víspera aquellos muros intactos, de los cuales ni una piedra aparecia deteriorada, y delineado aquellos floridos arabescos, de los que ni una línea aparecia truncada ni un detalle mutilado. Sin embargo, nadie recordaba haber visto trabajar en la conservacion ó en la reparacion del castillo.

A pesar de todo esto, desde su construccion se habian verificado en él muchos cambios, y el mas singular de todos era el que se notaba al aprocsimarse á Ronquerólles por la parte de mediodia. Ninguna de las seis ventanas que ocupaban la fachada de este lado, se parecia á los otras. La primera de la izquierda, mirando de frente al castillo, era una ventana ojiva con una cruz de piedra con espinas truncadas que la dividia en cuatro partes, guarnecidas de vidrios comunes, la que seguia era idéntica á la primera, si se esceptuan los vidrios que habian sido reemplazados por cristales emplomados y colocados en bastidores de hierro movibles. La tercera habia perdido su ojiva y su cruz de piedra. La ojiva parecia haber sido tapiada con ladrillos, y un grueso marco de madera en que se movia lo que despues ha tomado el nombre de ventanas de guillotina, reemplazaba á las vidrieras con bastidor de hierro; la cuarta, resguardada por dos puertas-ventanas, una interior y otra esterior, ambas con falleba y cristales pequeños, tenia ademas un contraviento pintado de encarnado; la quinta solo tenia una puerta-ventana de grandes cuarterones y una persiana verde; y, por último, la sesta tenia un gran cristal plano, detrás del cual se veia una cortina de colores muy vivos. Esta última ventana se hallaba ademas resguardada por contravientos rellenos, y habia aparecido á la vista de los habitantes de Ronquerólles el dia siguiente á la muerte del baron Hugo Francisco de Luizzi, padre de Armando; es decir, en la mañana del 1.º de enero de 182... sin que pudiera decirse quién la habia abierto y decorado del modo que estaba.

Lo mas singular de todo es que, segun la tradicion, las demas ventanas se habian abierto del mismo modo y en circunstancias idénticas, es decir, sin

que se hubiesen visto ejecutar los menores trabajos, y siempre la mañana siguiente al fallecimiento de cada uno de los propietarios sucesivos del castillo. Lo que no admitia duda era que cada ventana de estas correspondia á una habitacion, que no se volvia á abrir desde el momento en que habia dejado de existir el que la ocupaba.

Si Ronquerólles hubiera sido habitado constantemente por sus señores, es probable que hubiera asombrado mucho á la poblacion este estraño misterio; pero hacia ya mas de dos siglos que cada nuevo heredero de Luizzi solo permanecia en el castillo veinte y cuatro horas, y luego le abandonaba para no volver mas á él. Asi habia hecho el baron Hugo Francisco de Luizzi; y su hijo Francisco Armando, llegado el 1.º de enero de 182..., habia anunciado para la mañana siguiente su partida.

La primera noticia que el conserje tuvo de la llegada de su amo, fue el verle entrar en el castillo; y el valor de este hombre animoso cambióse en terror, cuando al hacer preparar una habitacion al recienvenido, vió á este dirigirse hácia el corredor donde se hallaban situados los misteriosos aposentos de que hemos hablado, y abrir con una llave que sacó del bolsillo, una puerta desconocida aún al mismo conserge, é improvisada en el corredor interior del mismo modo que la ventana de la fachada. La misma variedad se notaba en las puertas que en las ventanas. Todas pertenecian á diferente estilo, y la última era de la madera llamada moradillos, con incrustaciones de cobre. La pared continuaba guardando el mismo órden en el corredor, que en la fachada. Entre estos dos muros desnudos é impenetrables, probablemente habia otras habitaciones; pero, destinadas sin duda á los futuros herederos de Luizzi, continuaban inacesibles y cerradas como el porvenir á que pertenecian. Las que podemos llamar habitaciones del pasado estaban cerradas y desconocidas; pero habian, sin embargo, conservado su respectiva ventana. La nueva habitacion, es decir, la habitación del presente, si asi podemos espresarnos, era la única que se hallaba abierta el dia 1.º de enero; y cuantos quisieron penetraron libremente en ella.

Aquel corredor, que á nosotros nos parece algo alegórico, solo pareció á Armando de Luizzi escesivamente húmedo y frio, por lo cual mandó encender un gran fuego en la chimenea de mármol blanco de su nuevo aposento, en el que permaneció todo el dia ocupado en arreglar las cuentas de sus propiedades de Ronquerólles. En cuanto á las del castillo, eran muy fáciles de arreglar: el edificio nada producia ni nada costaba; pero Armando poseia en las inmediaciones algunas heredades, cuyos arrendamientos habian espirado y queria renovar. A cualquiera otra persona que no fuesen los colonos, hubiera sorprendido al entrar en la habitacion de Armando el gusto moderno que en ella se notaba. Esta habitacion estaba completamente amueblada al estilo de *Luis XV*, es decir, que lo grotesco y lo incómodo habian presidido á su ador-

no. Algunas antiguas casas del contorno guardaban recuerdos originales de esta época; asi fue que los buenos campesinos tuvieron por una antigualla la novedad del elegante Luizzi, y creyeron inferiores á la cómoda de caoba de la muger del escribano, todas las preciosidades de la nueva habitacion.

Armando pasó el dia entero en la discusion y el arreglo de las bases de los nuevos contratos, tanto que hasta bien entrada la noche no se vió solo. Hallábase, como ya hemos dicho, sentado al amor de la lumbre, é inmediata á él estaba una mesa, en la que ardia una sola bujía. La péndola dió las doce, las doce y media, la una y la una y media, mientras Armando permanecia sumergido en sus reflexiones; pero al oir esta última hora, se levantó y comenzó á pasearse con agitacion. El baron era de elevada estatura, su presencia denotaba fuerza, y la espresion habitual de sus facciones era el signo de la resolucion. Sin embargo, temblaba y se aumentaba su agitacion, á medida que la aguja se acercaba á las dos. Deteníase algunas veces como esperando algun ruido esterior; pero nada turbaba el profundo silencio de que se hallaba rodeado. Al fin oyó ese pequeño choque, producido por el escape de la péndola, que precede á la campanada que anuncia la hora. Una palidez súbita y profunda apareció en su rostro; permaneció un momento inmóvil, y cerró los ojos como el que se pone malo de repente. En este instante resonó en el silencio la primera campanada de las dos. Este ruido sacó á Armando de su abatimiento, y antes de dar la segunda campanada, asió una campanilla de plata que estaba sobre la mesa, y agitándola violentamente, pronunció esta sola palabra: VEN!

Cualquiera puede tener una campanilla de plata, cualquiera puede tocarla á las dos en punto de la mañana, esclamando: VEN!; pero es probable que á nadie suceda lo que á Armando de Luizzi sucedió. La campanilla, agitada tan vivamente, solo produjo un sonido débil que vibró lúgubremente. Armando empleó, al pronunciar la palabra VEN! todo el esfuerzo que emplea el hombre que grita para ser oido de lejos, y sin embargo, su voz, arrojada con vigor de su pecho, no llegó á ese tono resuelto é imperativo que se la habia querido dar; parecia una tímida súplica escapada de sus labios; y al mismo Armando asombraba tan estraño resultado. Hecho esto, apareció en el sitio que acababa de dejar, un ser que podia ser hombre por la arrogancia de su porte, y muger por la delicadeza de sus formas; pero que indudablemente era el diablo, pues por ninguna parte habia entrado y sí solo se habia aparecido. Su trage consistia en una bata que no permitia adivinar el secso de la persona que la llevaba.

Armando de Luizzi observaba en silencio á este singular personage que se arrellanó cómodamente en su sillon á la Voltaire, colocado junto al fuego. El recienvenido se echó negligentemente hácia atrás y dirigió á la lum-

bre el índice y el pulgar de su mano blanca y afilada; estos dos dedos se alargaron estraordinariamente como unas tenazas, y tomaron un ascua. El diablo, pues aquel ser era el diablo en persona, encendió un cigarro que tomó de la mesa; pero apenas hubo aspirado una bocanada de humo, arrojó el cigarro con despecho, y dijo á Armando de Luizzi:

—No gastais tabaco de contrabando?



Armando no contestó.

—Pues en ese caso, tomad del mio! añadió el diablo.

Y sacó del bolsillo de su bata una petaca, de gusto sumamente esquisito. Tomó dos cigarrillos, encendió uno en el ascua que tenia todavia en la mano, y se le presentó á Luizzi. Este le rechazó con un gesto, y el diablo le dijo con el tono mas natural.

—Hola, querido, sois melindroso? tanto peor.

Luego se puso á fumar sin escupir, echado hácia atrás y silbando una contradanza, acompañada de un movimiento de cabeza no poco impertinente.

Luizzi permanecia aun inmóvil delante de tan estraño diablo. Por fin, rompió el silencio y, armándose de esa voz vibrante y seca que constituye la melopea del drama moderno, dijo:

—Hijo del infierno, te he llamado...

—Alto, querido, le interrumpió el diablo; no sé por qué me tuteais: eso es de mal gusto. Esa costumbre es propia de los que vosotros llamais artistas; falsa máscara de amistad que no les impide envidiarse, odiarse y despreciarse; es una forma de lenguage que vuestros novelistas y dramaturgos emplean en la espresion de las pasiones mas ecsaltadas, y de que no se sirven las personas bien nacidas. Estimaria mucho que vos, puesto que no sois ni literato ni artista, me habláseis como se habla á un desconocido, lo cual seria mucho mas conveniente. Tambien os advertiré que al llamarme hijo del infierno, decís una de esas necedades que tienen curso corriente en todas las lenguas conocidas. Llamarme á mí hijo del infierno, equivale á llamaros á vos hijo de vuestra habitacion porque vivís en ella.

— Sin embargo, tú eres aquel á quien he llamado, respondió Armando afectando una gran potencia dramática.

El diablo miró á Armando de través, y replicó con una superioridad notable:

— Sois un fátuo. Creis hablar á vuestro lacayo?

—Hablo á mi esclavo, respondió Luizzi poniendo la mano sobre la campanilla que tenia delante.

—Como querais, señor baron, replicó el diablo. Mas, á fé mia, sois un verdadero jóven de nuestra época, ridículo y tonto. Ya que tan seguro estais de haceros obedecer, bien podías hablarme con política, cosa que en verdad no os costaría mucho. Por otra parte, esas maneras se quedan para los palurdos convertidos en señores, que porque se arrellanan en el fondo de su carruage, se imaginan que tienen trazas de hallarse acostumbrados á semejante vehículo. Perteneceis á una antigua familia, llevais un noble apellido, teneis un aire escelente y no necesitais ridiculeces para llamar la atencion.

—El diablo predicador!... cosa rara y...

—No os pongais á discutir como un ministro; no me presteis palabras estúpidas para tener la gloria de refutarlas victoriosamente. Yo no moralizo con palabras; ese es solaz que dejo á los bribones y á las rameras; aborrezco y anatematizo el ridículo. Si el cielo se hubiese dignado concederme hijos, antes les hubiera dado dos vicios que un ridículo.

—Abundancia de vicios debes tener!

—Menos que el mas virtuoso morador de París. Aprovecharse de los vicios no es tenerlos. Pretender que el diablo tiene vicios, seria asegurar que

el médico que vive de las enfermedades, está enfermo; que el abogado que vive de litigios es un litigante, y que el juez á quien se paga porque castigue los asesinatos es un asesino.

Durante este diálogo, ni Armando ni aquel personage sobrenatural habian cambiado de sitio. Hasta este momento Luizzi habia hablado mas bien por no parecer cortado, que por emitir sus ideas; pero habiéndose repuesto poco á poco de la turbacion y el asombro que le causáran el rostro y las maneras de su interlocutor, determinó dar á la conversacion otro giro mas encaminado á sus deseos. Tomó pues un sillon, y sentándose al otro lado de la chimenea, examinó mas de cerca al diablo. Entonces pudo admirar mejor la elegancia de las facciones y formas de su huésped. A no ser este el diablo, no hubiera sido fácil decidir si aquel rostro pálido y bello y aquel cuerpo frágil y nervioso, pertenecian á un jóven de diez y ocho años devorado por deseos desconocidos, ó á una muger de treinta, gastada por los placeres. En cuanto á la voz, hubiera parecido demasiado grave para una muger, á no haberse inventado el contralto, tenor femenino que promete mas que dá. La mirada, ese órgano, que hace traicion á nuestro pensamiento siempre que no nos sirve para leer en el de los demas; la mirada, repetimos, nada decia. Los ojos del diablo no hablaban; veian nada mas. Armando acabó en silencio su inspeccion, y persuadido de que su talento saldria mal librado luchando con aquel ser inesplicable, tomó la campanilla de plata y la tocó nuevamente.

A este mandato, pues no era otra cosa, se levantó el diablo y se puso de pie delante de Armando de Luizzi, en la actitud del criado que espera órdenes de su amo. Este movimiento, verificado en la décima parte de un segundo, produjo un cambio completo en la fisonomía y en el traje del diablo. El ser fantástico habia desaparecido, y Armando vió en su lugar un rústico de librea, con manos de buey calzadas con guantes de algodon blanco, un rostro vinoso sobre un chaleco encarnado, unos pies anchos en unos zapatos groseros y unas polainas sin pantorrillas.

—Aqui estoy, señor, dijo el recien aparecido.

—Quien eres tú? le preguntó Armando, disgustado de ese aspecto bajo, insolente y bruto que es el carácter universal del criado francés.

—Yo no soy criado del diablo; no hago mas de lo que me mandan, pero lo que me mandan, lo hago.

—Y á qué vienes aquí?

—Espero vuestras órdenes, señor.

—Sabes para qué te he llamado?

—No, señor.

—Mientes.

—Sí, señor.

—Como te llamas?

—Como querais, señor.

—No tienes nombre de pila?

El diablo no respondió; pero todo el castillo se echó á reir desde la veleta á los sótanos. Armando tuvo miedo, y para ocultarle, se puso colérico: este es un recurso tan conocido como el de cantar.

—Vamos, responde, no tienes nombre?

—Tengo los que querais: he servido bajo toda clase de nombres. Un noble emigrado que me tomó á su servicio en 1814, me llamaba Bruto, para humillar en mi persona á la república. Despues entré á servir en casa de un académico, que cambio mi nombre de Pierre (Pedro) en el de *La Pierre* (La Piedra), creyéndole mas literario, y que me despidió porque me dormí en la antecámara mientras él leia una obra en el salon. El agente de cambio que me tomó despues, me dió á la fuerza el nombre de Julio, porque el amante de su muger se llamaba asi, y él hallaba un gran placer en decir delante de su esposa: este animal de Julio! este estúpido de Julio..! este bribon de Julio! etc. y tuve que marcharme cansado de recibir injurias en *fidei-comiso*. En seguida fui á servir á una bailarina que entretenia á un par de Francia.

—Querrás decir á un par de Francia que entretenia á una bailarina?

—Quiero decir lo que he dicho. Es una historia muy poco conocida, y que os contaré algun dia, si os pla ce publicar un tratado de moral humana.

—Vuelves á moralizar?

—En mi calidad de criado, hago lo menos que puedo.

—Con que eres mi criado?

—No tengo otro remedio. He probado presentarme á vos con otro título y me habeis hablado como á un lacayo. No pudiéndoos obligar á ser cortés, he tenido que resignarme á ser insolente, y aqui me teneis ya como sin duda me deseábais. Señor, teneis algo que mandarme?

—Sí tengo. Pero antes quiero pedirte un consejo.

—Mirad, señor, que consultar á vuestro criado, es representar la comedia del siglo XVII.

—Donde has aprendido eso?

—En los folletines de los periódicos.

—Con que los has leido? Vamos, y que piensas de ellos?

—Qué quereis que piense de gentes que no piensan en nada?

Luizzi se detuvo de nuevo viendo que tan distante se hallaba de llegar á su objeto con el nuevo personage como con el precedente. Cogió pues la campanilla, pero antes de agitarla, dijo al diablo:

—Aunque seas el mismo espiritu bajo diferente forma, no quiero hablar contigo del asunto de que debemos tratar, en tanto que conserves ese aspecto. ¿Puedes cambiar de forma?

—Estoy á vuestras órdenes, señor.

— Puedes volver á tomar la forma que tenias poco há?

— Sí, pero con la condicion de que me habeis de dar una de las monedas que contiene esa bolsa.

Armando dirigió la vista á la mesa y vió una bolsa en que hasta entonces no habia reparado. La abrió y sacó una moneda de un metal precioso, cuya única inscripcion era la siguiente: UN MES DE LA VIDA DEL BARON FRANCISCO ARMANDO DE LUIZZI. Armando comprendió al instante el valor de esta especie de pago y volvió la moneda á la bolsa, que le pareció muy pesada, lo cual le hizo sonreir.

Yo no pago tan caro un capricho.

— Os habeis vuelto avaro?

— Como es eso?

— Mucha moneda de esa habeis gastado para obtener menos de lo que ahora me pedís.

— No me acuerdo de semejante cosa.

— Si me fuera permitido ajustaros cuentas, veríais que ni un mes de vuestra vida habeis dado por cosa razonable.

— Tal vez será asi, pero he vivido.

— Segun el sentido que deis á la palabra vivir.

— Tiene mas de uno?

— Dos muy diferentes. Para muchos, vivir es dar su vida á todas las ecsigencias de que se ven rodeados. El que vive asi, se llama mientras es jóven *un buen chico*; cuando llega á maduro se le apellida *un buen mozo*, y cuando es viejo, se le califica de un *buen hombre*. Estos tres nombres tienen un sinónimo comun, que es la palabra tonto.

— Y piensas tú que yo he vivido haciendo el tonto?

— Yo creo, señor, que vos tambien lo pensais así, porque solo habeis venido á vuestro castillo para dejar una manera de vivir y tomar otra.

— Y puedes hacerme la otra definicion de la palabra vivir?

— Como que ese es el alma del ajuste que vamos á hacer juntos.

— Juntos!.. No, replicó Armando interrumpiendo al diablo; yo no quiero tratar contigo, porque me repugnas demasiado. Tu aspecto me desagrada soberanamente.

— Eso redunda en vuestro beneficio: se concede muy poco á los que disgustan mucho. El rey que trata con un embajador que le agrada, siempre le hace concesiones peligrosas; la muger que trata de entregarse al hombre que la agrada, pierde siempre el cincuenta por ciento de las condiciones ordinarias; el suegro que arregla el contrato de su hija con un yerno que le agrada, deja casi siempre á este el derecho de arruinar á su muger. Para no ser engañado, conviene tratar los negocios con personas que nos desagraden. En este caso, el desagrado sirve de razon.

—Como á mí me servirá para echarte de aqui, dijo Armando agitando la campanilla mágica que ponia á sus órdenes al diablo.

Del mismo modo que habia desaparecido el ser hermafrodita aparecido primeramente, asi desapareció, no el diablo, pero sí aquella apariencia del diablo con librea, y Armando vió en su lugar un bello jóven. Este personage pertenecia á esa especie de hombres que cambian de nombre cada cuarto de siglo, y que en el nuestro se llaman *fashionables*. Estirado como la cuerda de un arco entre sus tirantes y las trabillas de su pantalon blanco, habia colocado sus pies calzados con botas barnizadas y espolines, sobre las jambas de la chimenea, y se hallaba muellemente recostado en el sillon de Armando. Llevaba guantes muy ajustados, los puños de la camisa vueltos sobre la manga de su frac adornado de una brillante botonadura, lente y baston con puño de oro; asi es que parecia un camarada del baron Armando de Luizzi de visita en casa de este.

Esta ilusion fue tal, que Armando le miró como si fuese alguno de sus conocidos.

—Me parece haberos visto, no me acuerdo donde.

—Nunca! yo no voy á ninguna parte.

—Os he visto en el bosque á caballo.

—Nunca! yo hago correr.

—Habrá sido en carruage.

—Nunca! yo conduzco.

—Ah! ya me acuerdo: jugasteis conmigo en casa de la señora de...

—Nunca! yo apuesto.

—Valsais todavia con ella?

—Nunca! yo bailo galop.

—No la haceis la corte?

—Nunca! voy allá pero no la hago la corte.

Luizzi tuvo intencion de corregir la necedad del caballerito con unos cuantos pescozones. Sin embargo, ayudado de la reflecsion, comenzó á comprender que si se metia á disputar con el diablo en virtud de todas las formas que este tubiera la humorada de tomar, no llegaria nunca el término de su entrevista. Asi pues, tomó la resolucion de concluir con aquel personage como lo habia hecho con los demas, y esclamó volviendo á agitar la campanilla:

—Satan, óyeme y obedece.

Apenas fue pronunciada esta última palabra, cuando el ser sobrenatural á quien Armando habia llamado, se mostró en todo su siniestro esplendor. Era el angel caido que la poesia ha soñado: tipo de hermosura manchado por el dolor, alterado por el odio, degradado por la relajacion, y que conservaba aun, cuando su rostro permanecia inmóvil, una vaga señal de su celeste origen; pero asi que hablaba, denotaban sus facciones una ecsistencia por la cual ha-

bian pasado todas las pasiones malas. Sin embargo, entre las espresiones repugnantes de su rostro, la que dominaba á todas era la de un hastío profundo. En lugar de esperar á que Armando le interrogase, él mismo fue quien primero tomó la palabra.

—Aqui me tienes dispuesto á cumplir el convenio que tengo celebrádo con tu familia, por el cual estoy obligado á dar á los barones de Ronquerólles lo que me pidan; conoces las bases de este convenio?

—Sí, respondió Armando; y en cambio de ese don te pertenecemos, á menos que no podamos probar que hemos sido felices durante diez años de nuestra vida.

—Y todos tus antecesores, añadió Satan, me han pedido lo que ellos llamaban la felicidad, á fin de no caer en mi poder á la hora de su muerte.

—Y todos se han engañado, no es verdad?

—Todos. Me han pedido oro, gloria, ciencia, poder, y el poder, y la ciencia, y la gloria, y el oro han causado su desdicha.

—Ese convenio redunda enteramente en tu favor; asi pues, yo no debo continuarle.

—Eres muy dueño de hacerlo asi.

—No podré pedirte algun cosa capaz de hacerme feliz?

—Una hay.

—Sé que no eres tú quien debe revelarmela; ¿pero me podrás decir si la conozco yo?

—La conoces; se ha mezclado á todas las acciones de tu vida; unas veces en tí y las mas entre los otros; y te puedo afirmar que no se necesita mi ayuda para que la mayor parte de los hombres la posean.

—Es una cualidad moral? es una cosa material?

—Me preguntas demasiado. Has hecho tu eleccion? Habla, que deseo concluir pronto.

—No tenias tanta prisa, hace pocos instantes.

—Es que hace pocos instantes me hallaba bajo una de esas formas que me desfiguran á mis propios ojos y me hacen soportable el presente. Cuando oculto mi ser bajo la fisonomía de una criatura humana viciosa ó despreciable, me encuentro á la altura del siglo que represento, y no sufro con el miserable papel á que me veo reducido. Solo hay un ser de tu especie que, convertido en soberano del pequeño reino de Cerdeña, tiene la imbécil vanidad de firmarse todavia rey de Chipre y de Jerusalen. La vanidad se satisface con grandes palabras; pero el orgullo quiere grandes cosas, y tú sabes que él fue la causa de mi caida, si bien nunca se ha visto sometido á tan ruda prueba. Despues de haber luchado con Dios, despues de haber llevado tan grandes talentos, suscitado tan violentas pasiones y hecho estallar tan grandes catástrofes, me avergüenzo al verme reducido á las bajas intrigas y á las necias pretensio-

nes de la época actual, y me oculto á mi mismo lo que he sido para olvidar cuanto me es dado lo que soy. La forma que me has obligado á tomar me es por consiguiente odiosa é insoportable. Despáchate, y dime qué es lo que quieres.

—No lo sé todavia, y cuento con que me ayudarás en la eleccion.

—Ya te he dicho que eso es imposible.

—Sin embargo, puedes hacer por mí lo que has hecho por mis antecesores; puedes mostrarme en toda su desnudez las pasiones de los demas hombres, sus esperanzas, sus alegrias, sus dolores, el secreto de su ecsistencia, á fin de que pueda sacar de esa enseñanza una luz que me guie.

—Puedo hacer todo eso; pero debes saber que tus antecesores se comprometian á ser mios antes de comenzar yo mi relato. ¿Ves esta acta? He dejado en blanco el nombre de la cosa que me vas á pedir; fírmala, y despues de oirme, escribirás tú mismo lo que desees ser, ó lo que desees tener.

Armando firmó y añadió:

—Ya te escucho; habla.

—Todavia no. La solemnidad que á mí mismo me impondria esta fórmula primitiva, fatigaria tu frívola atencion. Escucha: mezclado en la vida humana, tomo en ella mas parte que los hombres se imaginan. Te contaré mi historia, ó mas bien te contaré la suya.

—Tengo deseos de conocerla.

—Conserva ese sentimiento, pues cuando me pidas una confidencia estarás obligado á oirla hasta el fin; pero sin embargo, si te cansa mi relato, bastará que me des una moneda de las que contiene esa bolsa y callaré.

—Acepto, con tal de que no me impongas la obligacion de tener una residencia fija.

Vete á donde quieras, pues yo siempre que me llames acudiré á la cita. Pero ten presente que solo aqui me puedes ver en mi verdadera forma.

—Me permitirás escribir cuanto me digas?

—Eres muy dueño de hacerlo.

—Podré revelar tus confidencias acerca del presente?

—Revélalas.

—E imprimirlas?

—Imprímelas.

—Y firmarlas con tu nombre?

—Fírmalas con mi nombre.

—Cuando empezaremos?

—Cuando me llames con esa campañilla, á cualquiera hora, en cualquiera parte, con cualquier motivo. Acuérdate solamente que, á contar desde este dia, *no tienes mas que diez años* para hacer tu eleccion.

Dieron las tres y el Diablo desapareció. Armando de Luizzi se vió solo. La

bolsa que contenia sus dias estaba sobre la mesa. Tuvo deseos de abrirla para contar aquellos, pero no pudiéndolo conseguir, se acostó guardándola cuidadosamente bajo la almohada.





II.

Las tres visitas.



Luiza dejó el castillo de Ronqueról̈les la mañana siguiente. Largo era el plazo que habia pedido al diablo para hallar la felicidad, y, sin embargo, obró como aquel que tiene un proyecto anticipado y vé la ocasion de realizarle, pues se apresuró á volver á Tolosa para encaminarse á Paris inmediatamente. Paris es la magnífica ilusion de todos los que piensan que vivir es hacer uso de la vida. Paris es el tonel de las Danaides: se depositan en él las ilusiones de la juventud, los proyectos de la edad madura, los pesares de la vejez, y todo lo absorve para no devolver nada. Jóvenes, á quienes el azar no ha conducido aun á esta atmósfera abrasadora, si vuestra bella imaginacion necesita dias de fé y de calma, y sueños de amor perdidos en el cielo; si os parece felicidad muy dulce el adherir vuestra alma á una ecsistencia amada para adorarla y seguirla, ¡ah, no vengais á Paris! Porque la muger á quien asi sigais conducirá vuestra alma al infierno del mundo, entre los homenages insultantes de rivales que hablarán de pie á la que vosotros contempleis de rodillas, y la requebrarán atrevidos y superficiales, haciéndola sonreir cuando vosotros temblareis al hablarla, si es que á hablarla os atreveis.

No; no vengais á Paris, si ha vibrado en vuestro corazon el sonido armónico del canto de los ángeles; no arrojeis á la multitud el secreto de esos delirios

punzantes en que el alma llora todas las alegrías que ha soñado, sabiendo que solo ecsisten en el cielo; aqui tendreis por confidentes críticos que morderán la mano que les tendais, y lectores que, no comprendiendo vuestras creencias, se reiran de ellas.

No, mil veces no; no vengais á Paris, si una santa ambicion de gloria os devora! Por poderosos que seais, no vengais á Paris, pues en él perdereis mas aun que vuestras esperanzas; perdereis la castidad de vuestra inteligencia.

Vuestra inteligencia, en efecto, solo ve las bellas preocupaciones del genio, el canto puro y sagrado de la virtud, la sincera y grave ecsaltacion de la verdad: error, jóvenes, error! Cuando hayais esperimentado todo esto, cuando llameis la atencion del público hácia el que habla con sensatez, vereis á ese público embebido en las groseras narraciones de un escritor trivial, en los relatos espantosos de una gaceta de tribunales, ó en las locuras históricas de un embadurnador de papel; vereis á ese público, viejo relajado, sonreir á la virginidad de vuestra musa, mancharla con un beso impúdico, para decirla en seguida: « Vete, cortesana; vete ó diviérteme; yo necesito astringentes y mocsas para reanimar mis sensaciones apagadas. ¿Puedes contarme furibundos incestos, ó adulterios monstruosos, horrendas bacanales, crímenes ó pasiones increibles? Pues entonces habla; yo te escucharé una hora; te escucharé mientras sienta resbalar sobre mi sensibilidad gangrenada y encallecida tu pluma venenosa y acre: si nada de esto tienes, calla y vete á morir en la miseria y la oscuridad! »

La miseria y la oscuridad, oís jóvenes? La miseria, ese vicio castigado por el desprecio; la oscuridad, ese suplicio tan bien nombrado. La oscuridad, es decir, el destierro lejos del sol, cuando uno es de aquellos que necesitan sus rayos para que el corazon no se muera de frio! La miseria y la oscuridad! ¿No es verdad que os darán miedo? Y entonces, ¿qué hareis, jóvenes, que hareis? Tomareis una pluma y un pliego de papel, y escribireis á la cabeza de este: *Memorias del Diablo*; y direis al siglo:

—Ah! quereis narraciones horribles para divertiros? pues bien, señor mio, ahí teneis un trozo de vuestra historia. »

Líbrenos Dios siempre de dos cosas que el mundo podria perdonarnos, pero que nosotros no nos perdonaríamos nunca; líbrenos de la mentira y de la inmoralidad! De qué sirve la mentirá? No es la vida real mas insolentemente ridícula y viciosa, que la que nosotros sabríamos inventar? La inmoralidad! pequeños y grandes se deleitan en ella en sus horas solitarias: la orgullosa dama y la humilde hija del pueblo se embelesan en la lectura del libro inmoral que la una oculta en su gabinete y la otra en su guardilla, y cuando creen resguardada su conciencia, porque han escondido el volúmen bajo un cojin de seda ó en un jergon de paja, insultan y desprecian al que durante un momento ha hablado con ellas de sus mas dulces infamias. Todas las mugeres proce-

den, respecto á un libro impuro, como procedia la condesa de *las amistades peligrosas* respecto á Preval; se entregan á él por entero, y luego llaman á un lacayo para que le plante en la calle, como un insolente que las ha querido violar. Líbrenos Dios, pues, no de ser culpables, pero sí de ser tontos, que es la última necedad en una época en que el buen écsito es la primera recomendacion. Lo que vamos á deciros, será, pues, verdadero y moral: si no es siempre lisonjero y honesto, no será nuestra la falta.

A pesar de los proyectos de Luizzi, las narraciones de su esclavo comenzaron mas pronto que aquel esperaba.

Infeliz aquel á quien el infierno ha concedido poder para arrancar el velo de las apariencias á las cosas humanas: no encontrará descanso hasta que no haya hecho esta temible prueba! Infeliz dos veces aquel que ha sucumbido á esta tentacion; porque hallará la sed en la misma copa en que esperaba mitigarla. La necesidad que nace de ese mismo alimento, me fue un dia admirablemente espresada por un bebedor ébrio, á quien ofrecí, burlándome, algunas botellas de Burdeos.

—Corriente, me respondió con mucha candidez; no hay cosa que dé tanta sed como el vino.

Sin embargo, no fué una sed ardiente la que movió á Luizzi á pedir al diablo el primer trago del abrasador veneno que este último se apresuró á servirle con tanta abundancia.

Un suceso que el baron se hallaba lejos de preveer despertó esta curiosidad que tan lejos le condujo y que creia ecsenta de peligro.

Luizzi poseia un gran nombre y una gran fortuna, y de aquí provino el ser admitido entre las principales familias de Tolosa, ciudad fecunda en alta nobleza, y asimismo debia á esta elevada posicion sus relaciones y negocios con lo mas escojido del comercio. Lazos de parentesco lejano le unian al marqués du Val. Este apellido, tan plebeyo cuando se suprime la partícula, era el de una de las ramas segundas de una familia ilustre. Poco á poco habia desaparecido el uso del primitivo apellido, y cada rama conservaba como nombre patronímico la designacion con que en un principio se distinguiera de las demas. Pero cuando se trataba de presentar pruebas de buena ascendencia, se prodigaba en los contratos aquel apellido casi olvidado, y los H... du Val (del Valle), los H... du Mont (del Monte) y los H... du Bois (del Bosque) se creian de mejor raza con sus apellidos de comerciantes que los marqueses y los condes con sus títulos tomados de tierras ó de castillos.

Luizzi, por otra parte, tenia relaciones de interes con el negociante Dilois, mercader de lanas á quien ordinariamente vendia las de los magníficos rebaños que pastaban en sus dominios. El baron, antes de confiar sus asuntos á un administrador, quiso conocer por sí mismo al que le entregaba sumas considerables todos los años, y paso á verle el mismo dia de su llegada á Tolosa.

Serian las tres de la tarde cuando se dirijió Armando á la calle de la Pomme donde vivia Dilois, y hallando la casa de este negociante, penetró por la puerta principal en un patio cuadrado formado por cuerpos de edificio bastante altos. La parte baja del fondo del patio, lo mismo que las laterales, servia de almacenes, y los departamentos que daban á la calle estaban destinados á oficinas de despacho; y en efecto, á través de las espesas rejas con que estaban resguardadas las ventanas se veian relucir las cantoneras de cobre de los registros y sus rótulos encarnados. Encima de este piso habia una galeria saliente con balaustrada de madera, y diferentes puertas daban á esta galeria que era el paso forzado á todos los aposentos del piso principal del edificio, cuyo techo se inclinaba sobre aquel corredor y le cubria.

Una jóven se hallaba en la galeria en el momento de entrar Luizzi. Vestia un trage de seda, á pesar de la intensidad del frio; su cabello negro descendia en bucles sobre su rostro, y tenia en la mano un librito que leía en tanto que cinco ó seis mozos se ocupaban en mover grandes fardos escitando sus propias fuerzas con esa profusion de gritos que constituye una gran parte de la actividad meridional. Nadie notó la llegada de Armando: los mozos se hallaban enteramente ocupados en su obra; Madama Dilois, pues no era otra aquella muger, tenia los ojos fijos en su libro, y un jóven de hermosa y rubia cabellera que estaba en el patio tenia fijos los suyos en Madama Dilois. Luizzi se detuvo á la entrada del patio y se puso á contemplar esta escena. Madama Dilois alzó la cabeza, y el jóven que tan atentamente la miraba dió un grito bastante singular:

—Heehau!

Todos los trabajadores se detuvieron; reinó un instante el mas profundo silencio, y á poco se oyó la dulce y pura voz de la jóven:

—Los fardos sucios 107 y 108.

—En el almacen núm. 1, respondió la robusta voz del jóven.

—Esta tarde, al lavadero de la isla, añadió dulcemente Madama Dilois.

—Las lanas 107 y 108 al lavadero de la isla! gritó el jóven con tono imperioso.

La jóven volvió á su lectura, el mancebo volvió á fijar la vista en la jóven; los mozos se pusieron á ejecutar las órdenes que acababan de recibir, animándose con nuevos gritos.

Madama Dilois, levantó un momento despues la vista.

—Heeahu! gritó nuevamente el mancebo.

Se restableció como por encanto el silencio y la voz argentina de la graciosa jóven dijo apaciblemente:

—Ciento cincuenta kilos de lana corta; tómense del almacen, núm. 7, y llévense á la hilandería de la Roca.

El mancebo repitió esta órden con su voz vibrante é imperativa; luego

acercándose á una de las rejas tocó con los dedos en la vidriera, y se abrió un postigo al que asomó un rostro delicado y hermoso. El jóven añadió con acento tímidamente moderado:

— Factura para la Roca: ciento cincuenta kilos.

— Ya lo he oido; no griteis tanto, respondió una voz infantil.

El postigo se cerró y Luizzi al alzar la vista á madama Dilois, vió á esta mirando atentamente hácia la reja y pudo contemplar en sus labios una débil y triste sonrisa dirijida indudablemente al dulce rostro que habia aparecido en la ventana.

Madama Dilois y el mancebo notaron en este instante la presencia de Luizzi. El jóven dió un paso hácia el forastero, y al mismo tiempo dirijió una mirada al ama de la casa que con una seña le hizo volver á su puesto bajo la galería. Madama Dilois consultó nuevamente su libro, le cerró, y guardándole en el bolsillo de su delantal, se apoyó en la balaustrada de la galería haciendo con la cabeza otra seña casi imperceptible. El jóven se encaramó con ligereza sobre un monton de fardos, de modo que, á pesar del ruido de los trabajadores podia oir á Madama Dilois. Esta le habló en voz baja y él hizo un signo de asentimiento; pero cuando se volvia para obedecer, le detuvo la jóven y añadió algunas palabras indicando á Luizzi con la vista. El mancebo dió una nueva y muda respuesta, y gritó desde encima de los fardos:

— Trescientos kilos de lana merina, Luizzi, para Castres.

Detuviéronse todos los operarios, y uno de ellos, de rostro duro, replicó bruscamente:

— Haced vos el peso, señor Cárlos, que yo no me encargo de ello; nunca sale la cuenta con esas lanas del diablo; se espiden cien kilos, y luego no resultan mas que noventa.

— El diablo tiene buenas espaldas, dijo el mancebo, pesarás la lana y saldrá la cuenta, lo entiendes?

— Pesadlas vos, Cárlos, dijo madama Dilois viendo que el mozo y el dependiente se miraban con aire amenazador. Este último solo respondió con aquel signo de obediencia que parecia ser su primer lenguaje en presencia de aquella muger, y habiéndole mostrado madama Dilois con una mirada á Luizzi, de un salto bajó del monton de fardos, y acercándose al baron, preguntó á este con mucha política, qué se le ofrecia.

— Quisiera hablar á Mr. Dilois, respondió Luizzi.

— Se halla ausente por toda la semana, caballero; pero si se trata de algun negocio, tened la bondad de pasar á las oficinas y el cajero os responderá.

— En efecto, se trata de un negocio, y como es de bastante importancia, quisiera entenderme directamente con el mismo Mr. Dilois.

— En ese caso, replicó el dependiente, ahí teneis á su esposa con la cual podeis tratar.

Madama Dilois, á quien el jóven acababa de señalar, viendo que se trataba de ella, se apresuró á bajar de la galería y se adelantó con mucha gracia al encuentro del baron.

—Qué se os ofrece caballero? preguntó á este.

—Señora, respondió Luizzi, vengo á ofreceros la continuacion de un contrato que considero muy ventajoso para mí, pues me proporciona la dicha de hablaros.

Madama Dilois tomó un aire sumamente gracioso, y el dependiente frunció las cejas al oir la última frase del baron. La esposa del negociante hizo señas al mancebo para que se retirase, y repuso con tono de buen humor:

—A quién tengo la honra de hablar?

—Señora, soy el baron de Luizzi?

Al oir este nombre, madama Dilois retrocedió un paso, y Cárlos, el bello jóven, ecsaminó á Luizzi con una curiosidad mezclada de temor y de descontento.

Esto solo duró un instante, y madama Dilois indicó á Luizzi la puerta de las oficinas, diciéndole:

—Estoy á vuestras órdenes, caballero; tened la bondad de pasar.

Luizzi pasó en efecto á las oficinas; Cárlos, que le habia seguido, acercó una silla á la gran estufa que caldeaba todo aquel departamento, y fué á sentarse al bufete donde le esperaba la correspondencia del dia. Luizzi ecsaminó entonces el local en que acababa de ser introducido, y vió, sentada á una mesa escribiendo con suma atencion, á la linda niña que poco antes se habia asomado á la reja; podria tener de nueve á diez años, y se parecia tanto á madama Dilois que no dejaba duda de que era hija suya. A pesar de su hermosura, aquel rostro infantil se marchitaba bajo el peso de la tristeza y de la resignacion. «Será madama Dilois escesivamente severa para con esa niña?» se preguntó á sí mismo Luizzi; sin embargo, en la mirada que la dirijió brillaba el amor y la ternura. La niña no levantó la vista del papel mas que para preguntar á un dependiente anciano que escribia en otro lado:

—A qué precio es la lana enviada á la Roca?

—Continúa á dos francos...

—Bien está, le interrumpió Cárlos; dame la factura, que yo pondré el precio.

Si hubiese estado allí el diablo, hubiera esplicado á Luizzi el sentido íntimo de esta interrupcion. Luizzi la atribuia á mal humor. Cárlos tan obediente al menor signo de madama Dilois, era, en opinion de Armando, un amante ó cuando menos un enamorado; la aparicion de un elegante baron debia haberle alarmado, y Luizzi atribuia al temor que podia inspirar su persona la cólera que creyera ver en las palabras del dependiente. Luizzi se engañaba completamente: en aquella interrupcion solo habia tomado parte el alma del mercader.

Delante de un hombre que venia á vender una partida de lanas no convenia decir á qué precio se podrian revender. Esto fué lo que quiso decir Cárlos.

No tardó en llegar madama Dilois, y Luizzi pudo contemplarla mas de cerca: era una criatura encantadora, y el marco, digámoslo asi, en que se hallaba colocada hácia resaltar mas y mas sus perfecciones. Alta, esbelta, frágil, con unos ojos lánguidos adornados de largas pestañas negras, con unos pies sumamente leves y unas manos blancas coronadas de sonrosadas uñas, formaba tan estraño contraste al lado de las rudas fisonomías de sus obreros y de los rostros aritméticos de sus dependientes que Luizzi creyó ver en ella la hija del noble indigente que se casa con el opulento mercader. Asi, pues, empleó para con ella un tono perfecto de igualdad que á los ojos del vanidoso baron era el colmo de la lisonja.

Madama Dilois, contestando únicamente con una graciosa sonrisa á las frívolas galanterías del baron, suplicó á este la siguiese, y abriendo una puerta, cuya llave sacó del bolsillo de su delantal, le introdujo en una pieza separada. El aspecto, los movimientos y la languidez de aquella muger eran en tal grado amorosos, que el baron esperaba encontrarse en un gabinete azul y perfumado, colocado en medio del polvoroso recinto de los escritorios como un pensamiento de amor en medio de las áridas preocupaciones de los negocios mercantiles. El gabinete era tambien un escritorio! la débil luz que en él reinaba, penetraba por la capa de polvo que cubria los cristales á cuyo través se veia la espesa reja que resguardaba la ventana. Un bufete negro, una arca de hierro con triple cerradura, un sillon de baqueta, una papelera y algunas sillas de junco, componian el adorno del asilo que tan suavemente misterioso se habia imaginado Luizzi. Semejante aspecto debió desvanecer la ilusion de Armando; pero á falta del templo quedaba la divinidad para sostener la fé del baron: madama Dilois, negligentemente sentada en su sillon de despacho, con su blanca y hermosa mano apoyada sobre las emborronadas páginas de un libro de cuenta corriente, y con sus pies colocados sobre las humedas y frias baldosas, pareció á Luizzi un ángel desterrado, una bella flor entre espinas. Asi es que esperimentó hácia ella un sentimiento idéntico al que esperimentára un dia hácia una rosa blanca que un zapatero de viejo tenia en la ventana entre dos tiestos, de grama el uno y de albahaca el otro: compró la rosa y colocándola en un vaso de porcelana la puso sobre la consola de su salon. La rosa murió, pero murió dignamente, y Luizzi adquirió una fama algo caballeresca.

El baron no podia comprar la flor que tenia á la vista; pero tal vez podria cojerla (Perdonénseme el pensamiento y la espresion: Luizzi habia nacido bajo el imperio). Asi, pues, tuvo el capricho ó mas bien el deseo, de ser la estrella que resplandeciese en el oscuro cielo de aquella muger, de lanzar una memoria radiante á la lobreguez de aquella ecsistencia. Luizzi era hermoso y jóven, y poseia el acento del amor: no tenia bastante talento para carecer de

corazon ni bastante corazon para carecer de talento: era uno de esos hombres que pueden mucho para con las mugeres; que poseen la pasion y la prudencia; que pertenecen á la intimidad y al mundo; que aman, en fin, y no comprometen. Por otra parte, Luizzi habia visto tantas veces esa medianía preferida á los amores mas halagüeños ó mas profundos, que poseia el derecho de creerse un hábil seductor. Generalmente, la fatuidad de los hombres es un vicio de reflecsion: es el producto de la necedad de las mugeres:

Luizzi se abandonó tanto á la contemplacion de madama Dilois, que esta bajó los ojos con embarazo, y le dijo dulcemente:

—Creo, señor baron, que venis á ofrecerme en venta una partida de lanas?

—A vos? No, señora, respondió Luizzi. Yo venia á ver á Mr. Dilois con quien me hubiera ocupado de números y de cálculos, aunque entiendo poco de ellos. Pero temo que con vos semejante trato....

—Tengo poder de mi marido, le interrumpió madama Dilois con una sonrisa que terminó la frase de Luizzi: el trato será bueno.

—Para quién, señora?

—Para los dos; yo asi lo espero.... Mad. Dilois se detuvo un momento, y luego añadió con sonrisa: —Si vos, caballero, entendeis poco de negocios, yo soy.... hombre honrado (1), trataré de buena fé.

—Os será muy difícil, señora, y siempre saldré yo perdiendo algo.

—Qué perdereis?

—Ved si lo adivinais, pues yo no me atrevo á decirlo.

—Podeis hablar, caballero: en el comercio estamos acostumbrados á toda clase de condiciones.

—Sois vos, señora, quien debe imponer la condicion de que hablo.

—Yo no he hablado todavia de ninguna.

—Y sin embargo, yo la he aceptado ya, y esa condicion consiste en acordarme de vos eternamente como de la muger mas encantadora que hemos visto en toda nuestra vida, y á la cual quisiéramos infundir un recuerdo tan profundo de nosotros como el que nosotros conservamos de ella.

Madama Dilois replicó con el rubor de la coquetería:

—Caballero, mi marido no me ha dado poderes para eso: y yo no negocio por mi cuenta.

—Señora, hallo en vos abnegacion y generosidad, repuso Luizzi.

---

(1) Este equívoco no nos parece muy gracioso, al menos en castellano; pero le conservamos como conservaremos otros que se hallan en el mismo caso, pues nos hemos propuesto traducir esta bellísima obra con cuanta ecsactitud nos sea posible: queremos reproducir fielmente no solo el pensamiento del autor sino tambien la fisonomía particular de su estilo.

—Es que no soy solamente hombre honrado, replicó Mad. Dilois con un tono bastante serio para poner rienda al baron. Al mismo tiempo buscó en un legajo un papel, y presentándosele á Luizzi con un aire que parecia pedir perdon por el movimiento de severidad que acababa de dominarla, añadió:

—Ved aquí el contrato hecho hace seis años, con vuestro padre, y á me-



nos que no tengais el proyecto de mejorar ó desmejorar vuestros rebaños, creo que el precio puede continuar. Ya veis que está firmado por él.

—Y fué con vos con quién trató? Preguntó Luizzi con galantería; porque si asi fuese, no debia fiarme mucho.

—Tranquilizaos, caballero, contestó Mad. Dilois mordiéndose dulcemente

el labio inferior y enseñando á Luizzi el esmalte húmedo de su ebúrnea dentadura; tranquilizaos; hace seis años, yo no era aun Mad. Dilois.

Aun no habia concluido esta frase, cuando la puerta se abrió y una voz infantil dijo tímidamente:

— Mamá, el señor Lucas quiere hablaros.

Era la niña de diez años, que Luizzi habia visto en la oficina. Esta aparicion en el momento en que Mad. Dilois acababa de decir que no hacia aun seis años que estaba casada, fué como una revelacion para Luizzi. A este nombre de mamá dirigido á Mad. Dilois, que sin embargo podia esplicar naturalmente si esta niña era hija del negociante, Luizzi fijó la vista en la hermosa dama, que habia inclinado la suya llena de rubor:

— Es vuestra hija, señora? esclamó Luizzi.

— Asi la llamo, caballero, contestó con sencillez Mad. Dilois.

Despues añadió:

— Carolina, ahora saldré á hablar con el señor Lucas; dejadnos. Y dirigiéndose á Luizzi mas tranquila, continuó: — Ved aquí el contrato, caballero; podeis ecsaminarlo despacio. Mi marido vuelve dentro de ocho dias y tendrá el honor de veros.

— Parto antes de ese tiempo; estoy suficientemente enterado, y firmaria al momento si el plazo que me imponeis no me concediese el derecho de volver.

Mad. Dilois habia recobrado toda su serena coquetería, y contestó:

— Siempre me hallareis en casa.

— Y qué hora os parece la mas conveniente?

— La que querais elegir.

Despues de estas palabras, saludó al baron con una de esas reverencias con que las mugeres saben decir tan lacónicamente: — «Tened la bondad de marcharos.»

Luizzi se retiró. Todos estaban en su puesto en el primer despacho. Madama Dilois, saliendo á despedir al baron, alargó la mano á un palurdo que estaba junto á la estufa, el cual la dijo con mucha jovialidad:

—Buenas tardes, Mad. Dilois.

—Buenas tardes, Lucas, respondió la esposa del comerciante con la misma sonrisa que tanto habia encantado á Luizzi. Este se creyó profundamente humillado al hallar aquella sonrisa en los lábios de Mad. Dilois cuando se volvió para dirigir á esta su último saludo.

El baron, asi que salió de casa de Mr. Dilois, se encaminó á la del marqués du Val. No hallándose este en Tolosa, Luizzi preguntó por la marquesa. El criado á quien se dirigió le respondió que no sabia si la señora estaba visible.

—Pues bien, hacedme el favor de verlo, replicó Armando con ese tono im-

perativo que manifiesta hallarse el que habla acostumbrado á ser obedecido.

—Decidla, añadió luego, que desea verla Mr. de Luizzi.

El lacayo permaneció inmóvil un momento como si buscase un medio de llegar á su señora; pero viendo á una criada atravesar de una habitacion á otra, se dirigió á ella y la habló apresuradamente y en voz baja como si desease trasmitir á otro la comision de que se hallaba encargado. La doncella echó una ojeada insolente á Luizzi, mirándole con una especie de resentimiento que denotaba no solo serle conocido el nombre que acababa de oir, sino tambien que aquel nombre despertaba en su memoria algun penoso recuerdo; luego preguntó:

—Con que dices que este caballero se llama...?

—Mi nombre importa poco, señorita.... Deseo hablar á Mad. du Val y quiero saber si está visible.

—Pues bien, señor de Luizzi, no lo está.

El baron no se hallaba dotado de tanta conformidad que abandonase su visita porque tal fuese la voluntad de una criada; asi, pues, replicó:

—Voy á verlo yo mismo.

Y se encaminó al salon cuya puerta se hallaba abierta. El lacayo se retiró, pero la doncella se puso delante del baron con arrogancia.

—Caballero, es muy estraño que cuando se os ha dicho que no se puede ver á la señora....

—Señorita, replicó Luizzi con afectada politica, tened la bondad de ser menos impertinente y de pasar recado á vuestra ama.

—Qué es eso? dijo una voz al otro lado del salon.

—Lucía, preguntó el baron en alta voz, á qué hora se os puede ver?

—Ah! sois vos, Armando? esclamó Mad. du Val con un grito de admiracion y salió al encuentro de Luizzi, cerrando tras sí la puerta de la habitacion.

Armando se dirigió apresuradamente á la marquesa á quien besó tiernamente la mano, y ambos se sentaron al lado de la chimenea. Mad. du Val miró al baron con aire de sorpresa dulce y benévola. Lucía era una muger de treinta años y Luizzi tenia veinte y cinco: aquella mirada era pues permitida á la que habia conocido á Armando niño de catorce años y luego le veia convertido en un bello joven.

Este exámen fue mudo; mas, por medio de una transicion rápida, apareció una tristeza profunda en el rostro de Mad. du Val de cuyos ojos brotó una lágrima.

Luizzi se equivocó respecto á la causa de aquella tristeza.

—Sin duda, dijo á la marquesa, deplorais como yo que la felicidad de volvernos á ver proceda de una causa tan triste como la muerte de mi padre...

—No es esa la causa de mi tristeza, Armando, le interrumpió Mad. du Val: yo apenas conocia á vuestro padre y vosmismo, separado de él hacia diez

años, no debeis haber esperimentado, al saber su muerte, ese dolor profundo que ocasiona la pérdida de un ser querido á cuyo trato estábamos acostumbrados.

Luizzi no respondió; la marquesa añadió despues de un instante de silencio:

—No, no es esa la causa de mi tristeza: habeis venido en un momento muy singular....

Una sonrisa triste vagó en los lábios de Lucía que continuó, procurando sonreir:

—En verdad, Armando, que la vida es una singular novela. ¿Venis por mucho tiempo á Tolosa?

—Por ocho dias.

—Y os volveis á París?

—Si.

—Allí vereis á mi esposo.

—Cómo! Hace ocho dias que fué elegido diputado y se ha puesto ya en camino? Las sesiones no comienzan hasta dentro de un mes. Yo creí que iriais vos con él.

—No, Armando: quiero permanecer en Tolosa.

—No conoceis á París?

—Le conozco demasiado para no querer ir allá.

—De qué procede esa antipatía?

—No soy bastante jóven para brillar en los salones ni bastante vieja para mezclarme en intrigas políticas.

—Teneis bastante talento y sois bastante bella para triunfar en todas partes.

La marquesa movió lentamente la cabeza.

—No creais nada de eso, Armando. Soy ya muy vieja, y sobre todo, vieja de corazon.

Armando se aprocsimó cariñosamente á su prima y la dijo bajando la voz:

—No sois dichosa, Lucía?

La marquesa dirigió hácia su habitacion una mirada furtiva y respondió con precipitacion y en voz muy baja:

—Volved á las ocho á cenar conmigo, y hablaremos. Y por medio de una seña, rogó á Armando que se retirase. El baron la tomó la mano y ella apretó la suya convulsivamente.

—Hasta la noche, hasta la noche, añadió siempre en voz baja y volvió á entrar apresuradamente en su habitacion. La puerta de esta no se abrió al primer empuje, lo cual era prueba de que detrás de ella habia alguien que escuchaba y no se habia retirado á tiempo. Luizzi se vió de tal modo asaltado por esta idea, que se detuvo algunos instantes y oyó la voz de un hombre que

hablaba encolerizado. Este descubrimiento le desconcertó é hizo que se alejase sumamente preocupado. Cuando un hombre se halla en la habitacion de una muger y habla del modo que Luizzi habia oido, este hombre no pudiendo ser un marido ni un hermano ni un padre, es un amante. Un amante! y de la marquesa du Val! Luizzi no se atrevia á creerlo: estas dos ideas no se podian asociar en su cabeza. Tantos recuerdos ponian á Lucía al abrigo de esta suposicion, que Armando solo procuró adivinar qué clase de pesares atormentaban nuevamente á la que habia conocido luchando á la edad de diez y nueve años con un amor profundo y sufriendo al mismo tiempo la desventura con toda la fortaleza de la virtud cristiana.

El baron evocó á su memoria todos estos recuerdos dirigiéndose á casa de Mr. Barnet su notario á quien deseaba tambien conocer personalmente. Aquel era dia de maridos ausentes: Armando fue recibido por Mad. Barnet muger pequeña y flaca, de pelo castaño, de ojos azules y blandos y de lábios delgados. Una criada abrió la puerta del cuarto de la esposa del notario y anunció á un caballero.

—Quién es ese caballero? preguntó la voz chillona de Mad. Barnet.

—No sé como se llama.

—Hazle entrar.

Luizzi pasó adelante y Mad. Barnet salió á su encuentro con el brazo izquierdo enfundado en una media blanca de algodon que se ocupaba en repasar.

—Qué se os ofrece? le preguntó esta guiñando ambos ojos; Mad. Barnet tenia la vista inclinada; á no ser así, es probable que la distinguida presencia de Luizzi hubiera dulcificado el tono grosero de sus palabras.

—Señora, respondió Armando, soy el baron de Luizzi, uno de los clientes de Mr. Barnet, á quien me hubiera alegrado encontrar.

—Señor baron, esclamó Mad. Barnet desenfundando su brazo izquierdo y clavando la aguja en el pecho, con tal intrepidez que Luizzi adivinó que el escudo que protegia el seno de aquella muger, se componia de mas de una triple muselina y mas de una triple capa de algodon. Tomad una silla, añadió. No, no tomeis una silla, tomad un sillon... Como es esto! no hay un sillon en mi cuarto? No es verdad, señor baron, que es muy provincial no haber un sillon en el cuarto de una muger? Pero, á Dios gracias, los hay en casa; Mariana, Mariana, quita la funda á un sillon de los de la sala y tráele.

Luizzi trató de impedir este trastorno de muebles diciendo á Mad. Barnet que bastaba y aun sobraba una silla, pues se iba á retirar inmediatamente; pero ella desoyó sus escusas y se apresuró á recoger unas cortinas, una pañoleta rota y unos pantalones viejos que estaban esparcidos en la habitacion. Mariana apareció en seguida trayendo un sillon de madera pintado, forrado de un venerable y raido terciopelo de Utrecht, el que colocó al lado de la chimenea donde únicamente faltaba lumbre.

—Mariana trae unas astillas.

—Por Dios, señora, no os molesteis inútilmente, pues me retiro; es de poca importancia lo que tengo que decir á Mr. Barnet y...

—Mr. Barnet no me perdonaria nunca el haberos dejado marchar... Espero, señor baron, que os quedareis á cenar con nosotros.

—Os doy las gracías, señora, pero no puedo aceptar vuestro ofrecimiento porque estoy ya comprometido para otra parte. Volveré á pedir á Mr. Barnet las noticias que deseo.

—Deseais algunas noticias, señor baron? Pues entonces no necesitais esperar á mi marido, por que yo conozco á Tolosa desde los sótanos á las boardillas. Mi familia ha tenido siempre cargos de justicia (el padre de Mad. Barnet habia sido portero de un tribunal); yo sé mas de lo que os podeis figurar, y sin duda mas de lo que deseais. Sentaos, señor baron, me hallo pronta á daros cuantas noticias me pidais.

Al principio, Luizzi no pensó en aprovechar las solícitas ofertas de Madama Barnet; pero tomó asiento esperando poder levantarse despues de articular algunas frases insignificantes, Se hallaba bastante embarazado no sabiendo qué noticias pedir; pero su huéspeda no le dejó tiempo para cometer una torpeza.

—Sin duda, señor baron, deseais adquirir alguna finca: si quereis emplear vuestros fondos en algun establecimiento fabril, mi marido podrá proporcionaros la ferrería de los señores Jasques que han tenido en fin de noviembre treinta y un mil francos de utilidades y, treinta y tres mil setecientos veinte y dos en fin de diciembre; pero como han quebrado simultáneamente tres casas de comercio, dos de ellas de Bayona, con las cuales tenian negocios de mucha importancia, es imposible que puedan tirar mas allá del mes de febrero. Los señores Jasques son personas de probidad y estoy segura de que si hallasen dinero contante, cederian su establecimiento muy barato, á no ser que la muger de Mr. Jasques el joven quiera empeñarse por su marido: si quisiera bien podria hacerlo, porque tiene cinco haciendas que la dejó su madre.... ya sabreis quien era su madre, la Manette que arruinó al conde de Fére. Poco costaron á una y otra las tales haciendas, pero al fin, son suyas. La dificultad está en que Mad. Jasques es tan agarrada como su madre: se dejará ahorcar primero que empeñar en un sueldo sus bienes.

Luizzi, cuando empezó á hablar Mad. Barnet, no prestó atencion á sus palabras; pero se sintió de pronto con deseos de interrogarla. Al oirla hablar de Mad. Jasques, le ocurrió la idea de que podria saber de ella ciertas cosas que á nadie se hubiera atrevido á preguntar directamente. Armando no necesitaba mas que empujar á Mad. Barnet hácia lo que deseaba saber para que esta lo contase todo. Asi pues, replicó no bien acabó su interlocutora:

—No pienso hacer compra ninguna, al menos por ahora; pero tengo relaciones mercantiles con varios sugetos de Tolosa, entre ellos con Mr. Dilois.

Mad. Barnet hizo un gesto.

—Qué! ha hecho malos negocios Mr. Dilois? añadió Armando.

—Ay señor baron, hizo uno cuyas fatales consecuencias duran aun.

—Y cuál fué?

—Su casamiento.

—Pues, qué, es derrochadora su muger?

—Yo no estoy al corriente del estado de los fondos de Mr. Dilois y por lo tanto no puedo hablar mal de su casa. El pobre hombre se halla tan enterado como yo de sus negocios: su muger y su dependiente mayor el señor Cárlos lo manejan todo, y él no pide mas que su taza de café y su partida de dominó en casa de Herbolo.

—En ese caso Mad. Dilois debe entender de comercio?

—Entiende de todo la muy ladina: figuraos una mozuela que despues de haber observado una conducta la mas equívoca, logró casarse con el primer mercader de lanas de Tolosa. Es capaz de manejar treinta hombres como su marido.

—Incluso Cárlos?

—El señor Cárlos tambien es buen perillan le conozco mucho, como que ha sido escribiente nuestro y nos dejó para ir á casa de Mr. Dilois; entonces tratábamos á esta familia; pero yo he declarado á mi marido que si Cárlos volvia acá le daria con la puerta en los hocicos. Ah! señor baron, ántes el tal Cárlos era un bello jóven atento, humilde y previsor....

—Y lo será tal vez aun para con Mad. Dilois.

—Quién sabe, señor baron, lo que será para con ella. Ese es asunto que á mi no me importa.

—Le he visto y me ha parecido un buen chico.

—Si, lo ha sido, señor baron: pero ya no tiene alma. Despues de la bondad con que le hemos tratado...

—Mr. Barnet, le querria mucho, no es verdad? preguntó Armando con aparente sencillez.

—Mad. Barnet cayó en el lazo y respondió aturdidamente:

—Mi marido! si no le podia ver.

El baron creyó, no debia hacer notar á Mad. Barnet lo imprudente de su confidencia, pues necesitando aun interrogarla no convenia ponerla sobre aviso. Asi, pues, dijo con el tono mas indiferente.

—Aprovecharé vuestras noticias respecto á la casa de Mr. Dilois aunque no tengo con ella mas negocios que algunas ventas de lanas. Quisiera colocar sobre hipotecas algunos fondos que tengo disponibles y para ello, desearia noticias de alguna otra casa de crédito.

—En ese caso; señor baron, nada mas á propósito que las oficinas del banco.

—Es verdad, señora; pero no podria presentarme yo mismo en ellas

porque todo se sabe en Tolosa, y tal vez el Sr. marqués du Val necesite fondos.

—El señor Marqués du Val! esclamó Mad. Barnet con aire de admiracion; es imposible que quiera tomar dinero con hipoteca; es nuestro cliente y nunca nos ha hablado de semejante cosa.

—Ah, conque el marqués du Val es cliente vuestro? dijo Luizzi.

—Sí, señor baron, y lo son tambien hace tiempo otras muchas casas, las mejores de Tolosa sin ofender á la vuestra. Hace cincuenta años que están en nuestro estudio los negocios de la familia du Val; como que Mr. Barnet redactó el contrato de matrimonio del actual marqués; me chocó tanto este suceso que me acuerdo de él como si hubiera pasado ayer: todavia me parece estar viendo la cara que traía Mr. Barnet cuando volvía de la firma. Tenia el aire de un imbécil.

—Pues qué pasó?

—Ay señor baron, no puedo decirlo porque es un secreto de notario, y por lo tanto sagrado. Si yo lo supe fué porque mi marido se hallaba al pronto tan turbado que hablaba sin saber lo que se decía.

—Soy discreto, señora.

—En boca cerrada no entran moscas.

—Teneis razon, respondió Luizzi; nada os pregunto; pero supongo que al presente la marquesa será dichosa.

—Sábelo Dios, señor baron, y debe saberlo con tanto mas motivo cuanto que la señora marquesa se halla entregada por completo á él.

—Es devota?

—Hasta el fanatismo; como que vive de ayunos y penitencias. Allá se las componga... cada uno es dueño de vivir como mas le plazca; pero yo temo mucho que le cueste la vida tanta mortificacion.

Luizzi alzó la vista al reloj colocado en el vientre de un monigote de madera puesto sobre la chimenea que figuraba una péndola, y viendo que eran cerca de las ocho, se levantó. Lo poco que acababa de oir de Mad. du Val escitaba su curiosidad, y sin embargo, no procuró saber mas. El aspecto de Lucía habia despertado tiernos recuerdos de la infancia en la memoria del baron, y este no sabiendo lo que Mad. Barnet podría revelarle, no quiso saber mas de la marquesa. Hay nombres armoniosos para nuestro corazon que nadie pronuncia á nuestro gusto y que pronunciados por labios que nos repugnan, nos hieren profundamente. El de Lucía no se hallaba en este caso para con el baron; pero siendo la marquesa su parienta, su amiga de la infancia, y su ilusion de la adolescencia, Armando se hubiera creido herido en su orgullo aristocrático cualquiera que hubiese sido el juicio formulado por Mad. Barnet acerca de aquella. Saludó profundamente á la esposa del notario y se dirigió á casa de la marquesa preocupado en la devocion de esta y en lo que por sí mismo habia observado.



III.

Primera noche.—La noche en el gabinete.



TODAVIA se hallaba Armando bastante lejos de casa de la marquesa cuando se acercó á él una muger que le llamó por su nombre. Fijó la vista en ella, y á la luz de las tiendas inmediatas, reconoció á la criada que tan impertinentemente le recibiera en casa de Mad. du Val.

—Pasad sin deteneros por frente de casa, le dijo la jóven con precipitacion; al otro estremo de la calle me volvereis á encontrar.

La jóven continuó su camino y Luizzi, que se detuvo un instante, la vió tomar una calle escusada. Armando no sabía qué pensar de semejante disposicion; pero como podía obedecer sin renunciar á entrar despues en la casa, determinó seguir adelante. Unicamente al pasar por la puerta principal del edificio dirigió á derecha é izquierda una mirada escrutadora, y vió á pocos pasos un hombre embozado en una capa en ademan de observacion. Tuvo tentaciones de dirigirse á aquel hombre á fin de saber quién era; pero reflecsionó que ningun derecho le asistía para semejante averiguacion; ademas, el baron no ignoraba que en toda contienda de hombres en que se pronuncia el nombre de una muger, es esta la víctima si sucumbe uno de los adversarios. Armando siguió, pues, su camino; se hallaba ya muy lejos de la casa cuando en la esquina de una callejuela apareció la jóven y le dijo:

—Pronto, seguidme!

La doncella echó á andar tan ligera, que el baron apenas podía seguirla. Dieron muchos rodeos y al cabo entraron en una callejuela desierta formada por las tapias de los jardines.

—Entrad sin deteneros, dijo la jóven dirigiéndose á una puerta que solo estaba entornada y que cerró con mucha precaucion asi que Luizzi hubo entrado.

No bien habían penetrado en el jardin, oyeron pasos precipitados hácia el estremo opuesto de la calle; la jóven impuso silencio á Luizzi con una seña, y ambos permanecieron inmóviles. Una persona se acercó á la puertecilla, escuchó un momento y luego se alejó; pero á cortos instantes volvió atrás. La jóven, asustada, dijo con un gesto de impaciencia:

—Qué aturdida! he dejado sin echar el cerrojo!

Y se precipitó hácia la puerta en la cual se apoyó con cuantas fuerzas tenía; luego hizo señas á Luizzi de que fuera en su ayuda y este obedeció maquinalmente. A poco, introdujeron una llave en la cerradura y empujaron con violencia la puerta; esta cedió un poco, y el que la empujaba debió conocer que no era un inflecsible cerrojo lo único que la detenía, pues volvió á empujarla violentamente, esclamando:

—Mariquita! Mariquita!

Pero Mariquita, pues tal era el nombre de la jóven, habia reparado su olvido echando el cerrojo, y sin esperar mas, tomó á Luizzi de la mano y se le llevó en tanto que la persona desconocida daba vueltas á la llave en la cerradura.

El jardin era vasto y la noche muy oscura. Luizzi seguía á su guía sin pensar en lo que acababa de suceder; ni siquiera había tenido tiempo para asombrarse, porque el asombro necesita cierta reflecsion. Ignoraba aun adonde iba cuando llegó al ángulo de un pabellon unido por medio de una larga galería á la habitacion de la marquesa. Se abrió una puertecita y Luizzi subió por una escalera de caracol guarnecida de tapices; despues de subir una docena de escalones, entró en una salita débilmente alumbrada y de allí pasó á otra pieza de cuyo techo pendia una lámpara de alabastro. Ardía un escelente fuego en la chimenea, se hallaba servida con dos cubiertos una mesa, y la atmósfera de aquel reducido aposento estaba impregnada de los mas penetrantes perfumes.

—Esperad ahí, dijo Mariquita, y dejó solo á Luizzi.

Por un movimiento instintivo, miró Armando á su alrededor antes de reflecsionar acerca de lo que le sucedía. El sitio en que se hallaba debía naturalmente sorprenderle. Su adorno era un estraño conjunto de objetos del mas voluptuoso lujo y de signos de la devocion mas minuciosa. Entre las colgaduras de seda se veían imágenes de santos y cruces; en una biblioteca de varios estantes estaban los tomos de una novela nueva ilustrada confundidos con libros

de devocion adornados de magníficos relieves; bajo un cuadro de *Santa Cecilia* coronado de ramos benditos había una consola sobre la cual se veían diferentes vasos llenos de maravillosas flores, y por último, en una especie de retrete se hallaba un divan cargado de cojines, en el fondo un gran espejo con marco de moaré azul ingeniosamente plegado, á la cabecera del divan una *Vírgen de los Dolores*, y á la parte opuesta un crucifijo de márfil sobre terciopelo negro. Luizzi miró este gabinete ú este oratorio con una turbacion estraña; despues empezó á reflecsionar acerca del modo con que había sido introducido allí. Aquel hombre que observaba la casa, que se habia presentado á la puerta del jardin y que poseía una llave, era sin duda un amante. Pero, ¿no lo parecía tambien el mismo Luizzi? Si alguien le hubiera visto entrar en casa de la Marquesa du Val del modo que lo habia hecho, ¿no hubiera tenido derecho para creerle un amante afortunado? Sin embargo, se hubiera engañado quien tal hubiera creido. ¿No podía engañarse tambien el mismo Luizzi? El baron no sabía qué pensar, y esperaba que le esplicaría Lucía aquel misterio, cuando esta entró en la habitacion precipitadamente. Su aspecto no pudo menos de sorprender á Luizzi: no era el de la muger tristemente amable que viera pocas horas antes. En su rostro había una espresion de audacia y de ecsaltacion de que no la creía capaz; sus ojos brillaban estraordinariamente, y en sus labios un poco convulsos vagaba una sonrisa mas bien amarga que feliz.

—Muy bien, muy bien, dijo á Mariquita que la había acompañado y se alejaba echándola una mirada escrutadora.

La Marquesa tomó asiento al lado de la chimenea y sin dirigir la palabra á Luizzi, se puso á mirar atentamente el fuego. Armando se hallaba sumamente embarazado y conmovido: veía alguna cosa estraordinaria en la fisonomía y en el proceder de su prima; pero no sabía si convendría darse por entendido. Sin embargo, viendo que la profunda preocupacion de la marquesa se prolongaba, no pudo menos de llamarla diferentes veces por su nombre.

—Bien, muy bien, respondió sin perder la inmovilidad de su mirada; sí, muy bien.

—Qué teneis, Lucia? dijo Armando, sufrís, sois desgraciada?...

—Yo, respondió la marquesa alzando la frente y procurando tomar un aspecto mas tranquilo, yo desgraciada? y por qué, Dios mio, por qué lo he de ser? Soy rica, soy jóven, soy bella: ¿no es verdad que soy bella? Vos me lo habeis dicho, Armando. Qué puede desear una muger con tales ventajas?

—Nada, seguramente. Sin embargo....

—Sin embargo! repitió Lucía con una impaciencia nerviosa; luego apretó los puños violentamente, se mordió los labios, y conteniéndose con dificultad añadió: —Por dios, Armando, no hagais lo que todos hacen, no me persigais con preguntas y manifestaciones compasivas, porque me hallo ocupada de

un pensamiento; ya sabeis que se necesita poco para contrariar á una muger.. Pero ya que os he convidado á cenar, cenemos.

Ambos se pusieron á la mesa y Armando fué servido por Lucía. Esta se hallaba visiblemente turbada y torpe.

—Ahi teneis champagne, dijo al baron.

—Me dejareis beber solo? preguntó este.

La marquesa vaciló; luego alargó su vaso que llenó Armando, y le apuró de un trago. Al mismo tiempo hizo un gesto de disgusto. Luizzi creyó que acababa de hacer un esfuerzo para desechar el pensamiento importuno que la dominaba; pero despues de mediar algunas palabras acerca del proyecto de partida de Luizzi, este la vió caer nuevamente en su invencible tristeza. El interes y la curiosidad del baron se hallaban vivamente escitados; asi, pues, este echó mano del mismo recurso que Lucía ensayara poco antes para alejar sus importunas ideas.

—Bebed, Lucía, bebed, la dijo.

La marquesa sintió sus ojos arrasados de lágrimas, y respondió:

—No, Armando, no; eso me hace daño, me abrasa, me mata; y sin embargo, Dios es testigo de que deseo morir.

En seguida se levantó esclamando:

—Quiero morir, Dios mio! quiero morir pronto!

Y fué á caer sobre el divan ocultando la frente entre sus manos.

Luizzi se acercó á la marquesa procurando tranquilizarla, pero ella solo respondía con lágrimas y sollozos. Entonces Armando que había sido el amigo de infancia de Lucía se arrodilló cariñosamente al lado de esta y la dijo:

—Vamos, esplicaos, Lucía; confiadme vuestras penas. Ya sabeis el puesto que siempre habeis ocupado en mi corazon; el que se atrevió á amaros, lejos de olvidaros, no debe ser aun vuestro mejor amigo?

La marquesa detuvo las lágrimas en sus ojos; miró á Armando que permanecía aun arrodillado y respondió como si tratara de ensayarse en el coquetismo:

—Es ese el único título que debiera dárseos al veros en esa postura?

—Quién se atrevería á esperar otro? dijo Armando sonriyendo.

—Quien mucho ama, mucho espera, replicó la marquesa con ecsaltacion.

—Entonces, mucho debo yo esperar, repuso Armando haciendo uso de una de esas frases galantes que para él significaban muy poco; pero, ¡cuál fué su sorpresa cuando Lucía le respondió, alzando la vista al cielo:

—Oh!... si eso fuese verdad!

Todos saben lo peligroso que es hallarse uno á su pesar empeñado en una senda de la que no es dado retroceder sin herir á alguien que nos interesa y sobre todo sin esponerse al ridículo. Cuando en tal senda nos hallamos, se-

guimos adelante esperando que la casualidad nos sacará de ella del mismo modo que antes nos puso: asi sucedió á Luizzi:

—Dudais de mis palabras, Lucía? El amor es una verdad que cuantos os conocen llevan escrita en el corazon.

La marquesa volvió la cara un instante y replicó con aquella agitacion febril que no la abandonaba:

—Todo eso es una locura! Sentémonos á la mesa.

En seguida volvió á su asiento y se pusó á cenar como aquel que ha tomado el partido de hacer alguna cosa que si bien le disgusta, le ocupa.

Lo que acababa de pasar, por desgracia de Luizzi, había despertado en el corazon de este un deseo inmoderado de penetrar el secreto de aquella alma en pena. El baron, pues, se decidió á satisfacer aquel deseo ó al menos á emplear todos los medios para conseguirlo.

—Con que os marchais muy pronto? dijo Lucía.

—Dentro de ocho dias á mas tardar.

—Mucha aficion teneis á Paris.

—Ah, Lucía! es porque en Paris está la vida.

—La vida de los dichosos.

—No, Lucía; cuando uno es desgraciado, conviene ir á Paris; conviene ir allá cuando uno tiene en el corazon una llama que sofocar, un deseo ardiente que reprimir. Allí se hallan todas las ocupaciones del espíritu, todas las diversiones que encantan la vista y el oido; allí, cuando uno no puede entregar por completo el alma á la felicidad, encuentra mil placeres aquí desconocidos.

—Teneis razon, respondió Lucía; debe ser un gran placer el no guardar en sí nada de sí mismo. Habeis estado enamorado en Paris?

—Lo mismo que en Tolosa.

Lucía sonriyó tristemente é hizo á Luizzi señas de que continuase.

—Relaciones que atormentan eternamente y que son la única felicidad que uno goza, añadió el baron.

—Allí habrá maridos temibles, no es verdad?

—Nada de eso; lo que hay es rivales por todas partes. Hay siempre diez hombres á quienes toda muger medianamente elegante está obligada á recibir con el mismo tono y con el mismo rostro. Entre estos diez hombres oculta aquella muger un amante, algunas veces dos... tres... cuatro...

—Ah! calumniais á las mugeres.

—No, Lucía; y aunque sea cierto lo que digo, no quisiera acriminarlas, porque hay algunas muy desgraciadas!

—Es verdad: hay mugeres que llevan en el secreto de su vida dolores que ningun hombre puede imaginar; pero esas mugeres no se consuelan con amantes.

—Ah! sin duda vos lo sabeis mejor que yo! dijo Luizzi sonriyéndose.

Esta palabra desconcertó á la marquesa que se volvió á ver asaltada por su tristeza habitual. Luizzi se halló cortado; no sabiendo cómo tornar á la conversacion, echó mano de lo primero que le ocurrió.

—Estais indispuesta, Lucía, no comeis ni bebeis.

— Al contrario, respondió la marquesa sonriyendo nuevamente.

Y para ractificar sus palabras, bebió el vino que Luizzi por ocuparse en algo, la había escanciado. Sus ojos recobraron nuevo brillo y su voz se puso temblorosa.

—Si, añadió con amargura, un amante ocupa; dá actividad á la vida; pero es necesario amarle.

—Cuando no se le ama, se le conlleva.

—Un zeloso! un tirano que amenaza con la deshonra cada instante y por cualquier motivo, que sospecha de la mas inocente visita, que se irrita hasta por la familiaridad de las palabras dirijidas á un amigo ó á un pariente; un vil hipócrita que arma contra nosotras toda una familia para librarse del que no le hace sombra.... Ah! ese es un suplicio horrible.... Dios mio.... una muger puede soportar ese martirio!

El rostro de la marquesa se hallaba sumamente alterado. Luizzi que permanecía sereno, notó que rechinaban los dientes de su prima cuando esta hablaba.

El hombre es implacable; Luizzi llenó negligentemente su vaso y el de la marquesa, que llevó el suyo á los labios y le volvió á dejar como horrorizada.

—Sois una niña, Lucía, dijo Armando apoyándose en la mesa y mirando amorosamente á Mad. du Val. Un hombre de esa especie, si es que hay alguno, es un miserable á quien una muger puede hacer callar en un instante.

—Y cómo?

—Si se trata de un cobarde, no necesita grandes esfuerzos el que toma la defensa de la muger; si se trate de un valiente, tanto mejor, siempre es una satisfaccion el arriesgar la vida peleando con él.

Lucía sonriyó amargamente y esclamó arrebatada:

—Pero si se trata de....

Mas se detuvo apretando los labios como si quisiese detener el paso á las palabras que se agolpaban á ellos, y se puso encarnada; luego bebió un poco para reponerse y Luizzi dijo observando la turbacion progresiva que se notaba en ella:

—Cualquiera que sea ese amante, se le puede imponer silencio.

Lucía se volvió á sonreir con la misma espresion de desesperacion y de duda y Luizzi continuó:

—Sí, Lucía: un hombre cuya ternura y cuya adhesion se hallan aseguradas por una larga prueba, un hombre de quien no se puede ya dudar, es un

confidente á quien todo se puede decir, y que se atrevería á todo por la que libra en él su felicidad.

La marquesa se echó á reir con amargura.

—Decís que una larga prueba? ya os he dicho que ese hombre se haría zeloso inmediatamente.

Lucía vaciló un momento y luego continuó, fijando en Luizzi una mirada que parecía querer leer en el fondo de su alma:

—Para que la muger que se hallase en semejante posicion pudiera salir de ella, sería necesario que encontrase un corazon que la comprendiese desde luego, una generosidad que no se hiciera esperar.

—En el momento en que demostráseis desear ese hombre, le veríais de rodillas á vuestros pies.

—Qué locura! los hombres no hacen nada como no sea para obtener en premio de su adhesion, un amor....

—Que responda al que ellos esperimentan, añadió Luizzi acercándose á la marquesa.

—Y si esa adhesion se pidiera en el acto, sería preciso otorgar el premio en el acto tambien?

—Por qué no? dijo Luizzi arrastrado por la singularidad de aquella conversacion y por la espresion casi delirante de Mad. du Val. Por qué no? Creeis, Lucía, que no hay un hombre capaz de comprender á la muger que se entregara á él diciéndole:—«yo te confio mi felicidad, mi vida, mi reputacion, y para que no dudes que tú eres mi única esperanza, ahí tienes mi felicidad, mi vida y mi reputacion que pongó en tus manos para que dispongas de ellas á tu capricho.

—Ah! si eso fuera posible! murmuró la marquesa.

—Lucía! lo que he dicho sería imposible tal vez á mil mugeres; pero si se hallase una tan bella y tan noble como vos....

El acento de Luizzi que se había acercado aun mas á la marquesa, era en estremo apasionado.—Lucía ocultó por un instante la frente entre las manos, frotando con violencia los hermosos bucles de su cabellera; luego se levantó de repente, lo cual hizo tambien Luizzi, y esclamó:

—Dios mio! yo me vuelvo loca!

—Lucía! murmuró Armando.

—Loca!.... loca!.... repitió Mad. du Val; pues bien! lo seré en este instante.

Y con un movimiento delirante, se apoderó de los vasos llenos que habían quedado sobre la mesa y los apuró con desesperacion; luego se volvió á Luizzi con la vista estraviada y ardiente, y esclamó, llenos sus sentidos y su espíritu de loca embriaguez:

—Pues bien! te atreves á amarme?

Esta escena había trastornado la cabeza de Luizzi. Las circunstancias, la ocasion y lo imprevisto de cuanto pasaba, aturdieron, arrastraron y estraviaron á Armando, que respondió á la marquesa como un hombre que cree lo que dice:

—Amarte!... amarte!... esa es la alegría de los ángeles, es la felicidad, es la vida!

—Sí, no es verdad que me amas?

Luizzi solo respondió esta vez atrayendo á sus brazos á la marquesa que sin resistirse murmuraba:



—Me amas, no es verdad, Armando? no es verdad que me amas? me amas? me amas? repetía sin cesar, y por decirlo así, falta de razon.

Estas palabras eran tan obstinadamente repetidas, que parecían carecer de

sentido para la marquesa que las murmuró hasta que Luizzi hubo triunfado de esa resistencia instintiva que oponen todas las mugeres á los deseos del hombre.

El delirio que arrebatara á Lucía, la embriaguez que estraviara su razon, la locura que parecía haberla impelido á cometer una falta que ni aun el amor escusa: todo en fin, delirio, embriaguez y locura, parecía haberse estinguido en ella; la fiebre del espíritu no se hizo estensiva á la materia; aquella boca que gritaba y reía amargamente bajo la inspiracion de la cólera permanecía fria y silenciosa á las palabras de amor mas apasionadas. La muger que se ofreciera á Luizzi, al parecer, debía ser una loca ó una disoluta; pero la que se entregara á él era una estátua ó una víctima.

Allí existía un terrible secreto.

Su felicidad causaba ya á Luizzi verguenza y remordimientos.

Reinaba un completo silencio en la habitacion; la marquesa, sentada en el divan, había recobrado la mirada inmóvil y vibrante que se notaba en ella á su entrada en el gabinete. Luizzi, que observaba con inquietud los movimientos convulsivos del rostro de Lucía, quiso hablarla, pero ella, al parecer, no oyó sus palabras; trató de acercarse á ella, pero le rechazó con una fuerza que le asombró; quiso apoderarse de sus manos; pero Lucía se levantó y se apartó con violencia esclamando:

—Oh! es una infamia!

Y de repente aquella tormenta del corazon y del cuerpo que rugía hacia tanto tiempo, estalló y la marquesa esperimentó una terrible crisis nerviosa. Lucía ecsalaba horribles gritos, hablaba de maldicion, de infierno y de condenacion eterna. Cuantas veces trataba de tocarla Luizzi, se contraía sobre sí misma como si sintiera el horrible contacto de una serpiente. Armando se hallaba sin saber qué partido tomar; pero la puerta se abrió y apareció Mariquita que, encogiéndose de hombros con impaciencia, dijo:

—Ya lo sabía yo!

Y acercándose á su señora, la desabrochó hablándola con un tono de autoridad al cual parecía hallarse acostumbrada la marquesa. La crisis fué larga y terminó por una postracion que Luizzi no se atrevió á turbar.

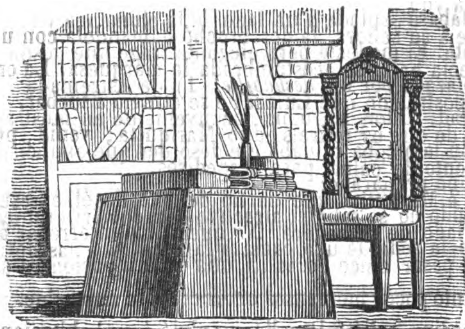
—Ya es hora de que os retireis, dijo Mariquita; venid, pues voy á aprovechar este momento de calma para despediros.

Luizzi siguió á Mariquita que partió delante de él, apresuradamente para volver pronto al lado de su señora. No queriendo interrogar á una criada, se retiró despues de pasar cinco horas en una continuacion de asombros que le condujeron á cuanto pocos momentos antes creyera imposible.

Atravesó el jardin, salió á la calle y volvió á su habitacion tan sumergido en sus reflecsiones que no notó la presencia de un hombre embozado en una capa que le había seguido desde casa de la marquesa hasta la suya. La ma-

ñana siguiente se presentó en casa de Lucia y se le dijo que esta no estaba visible; volvió otras cuatro veces aquel mismo día y obtuvo el mismo resultado; el día siguiente la escribió y no recibió contestacion; á los tres dias volvió á escribirla y le fué devuelta la carta sin abrir. El baron, sin embargo, sabía que la marquesa no estaba enferma pues se la había visto tódas las mañanas oyendo misa, segun acostumbraba, en la iglesia de S. Sernin, y todas las noches había asistido á casa de una tia suya muy vieja y muy debota cuyos bienes esperaba heredar. Luizzi estaba asombrado; esperimentaba un respeto instintivo que no le permitia tomar informes acerca de aquella muger ni menos contar lo que le había sucedido. A pesar de todo, temeroso de pasar plaza de tonto, se propuso volver á ver á Mad. du Val cualesquiera que fuesen los medios que para ello debiese emplear. La casualidad vino en su ayuda: supo que en una casa iba á haber una númerosa reunion á la que le sería fácil concurrir merced á su nombre, y supo tambien que la marquesa había sido convidada y prometido asistir á aquella reunion. Temeroso de que Mad. du Val faltase á su promesa si sabía que él iba á asistir, determinó hacerse presentar la noche misma de la fiesta.

Una vez seguro de tener una esplicacion con la marquesa, pensó en sus asuntos y por consiguiente en Mad. Dilois. Ecsaminó el contrato que esta le entregara y le pareció bastante ventajoso. Sin embargo, Luizzi abrigaba ciertas prevenciones contra aquella muger cuyo tono de coqueteria le inspirara desde luego la dulce ilusion que habian destruido las vagas confidencias de Mad. Barnet acerca de su orígen; estas prevenciones daban al baron pocos deseos de concluir con Mad. Dilois. Se presentó á otros varios comerciantes, pero ninguno le ofreció por sus lanas el precio á que se las pagaba la casa Dilois. El interés pudo mas que las prevenciones y Armando volvió á verse con la esposa del mercader.





IV.

Segunda noche.---La noche en la alcoba.



El baron se encaminó á casa del comerciante á la hora en que se hallan ya cerrados los establecimientos públicos, á fin de penetrar en la vida de Mad. Dilois cuando esta hubiese dejado de pertenecer á los negocios mercantiles. Una criada sumamente atenta salió á abrirle, le condujo al piso principal y atravesando una piececita, le introdujo sin pasar aviso ninguno, en el cuarto de Mad. Dilois diciendo:

—Aquí hay un caballero que quiere hablaros.

La esposa del mercader se vió embarazada y sorprendida con aquella inesperada visita. Hallábase sentada á un lado de la chimenea y al otro lado estaba el bello dependiente. El modesto pero elegante trage que vestía por la mañana habia sido reemplazado por un *deshabillé* (1) de estremada limpieza y que demostraba que Mad. Dilois no tenía inconveniente en mostrarse á Cárlos en cualquier traje. En la alcoba reinaba ese desórden que anuncia la hora del reposo; el lecho estaba preparado.

En el gran mundo no se sabe el atractivo que encierra un lecho blanco como la nieve. Entre la seda de una cama á la duquesa y las doradas molduras

---

(1) Conservamos esta voz por hallarse bastante admitida y, sobre todo, porque no sabemos que tenga correspondencia ecsacta en castellano. Véase como lo define Capmany: — Deshabillé: paños menores, ropa de levantar.

de la habitacion, apenas se descubre la blancura deslumbradora de las finísimas sábanas; pero en el modesto aposento de provincia un lecho colocado entre muebles de nogal enegrecidos por el tiempo y entre cortinas de color oscuro, resalta como una figura virginal y es capaz de inspirar repentinamente al mas frio ó al mas tímido deseos audaces; y si, como Luizzi, salimos de una aventura en que hemos visto arrojarse en nuestros brazos á una muger de alto rango hácia la cual esperimentabamos mas respeto que amor, permitido nos es esperar que nos suceda otro tanto con la humilde jóven á quien se supone coqueta y fácil y que diga uno mirando al lecho: «ahí se halla un puesto vacante y es preciso que yo le ocupe esta noche.»

Esta noche, esta noche misma, no olvidemos esto; hay conquistas que agradan únicamente por lo rápidas. Para un hombre como el baron de Luizzi, la conquista de una muger como la esposa del comerciante, despues de hacerla un mes ó dos la corte, era cosa que maldita la gracia tenía; pero triunfar en algunas horas de una muger que, al parecer de Luízzi, debía estar bastante acostumbrada á la derrota para poseer todos los recursos de la defensa, era cosa original, divertida, apetecible. Ademas, se trataba de pegársela á un amante que es aun mas divertido que pegársela á un esposo; era una verdadera ganga; porque persuadir á una muger á que engañe á su marido, es conducirla ó al menos sostenerla en la senda del matrimonio; pero impulsarla á engañar á un amante, hacerla faltar á una falta, infiel á una infidelidad, es mucho mas inmoral en amor y merece la pena de intentarse.

Todas las ideas que acabamos de enumerar prolijamente, esplican, si bien no dictaron, la resolucion de Luizzi. Al ver este al hermoso Cárlos al lado de Mad. Dilois y al contemplar aquel lecho entreabierto, sintió el irresistible deseo de ocupar en este el puesto que suponía debía ocupar el bello dependiente. Comenzó, pues, por escusarse respecto á lo inoportuno de la hora.

—Señora, dijo despues de sentarse entre Cárlos y Mad. Dilois, perdonad si vengo á veros tan tarde; los que nada hacemos porque, á decir verdad, creo que para nada servimos, empezamos el dia tan tarde que llegamos á su término sin haber tenido tiempo para ocuparnos de nuestros negocios. Dispensad, pues, que venga á importunaros con los míos cuando han concluido los vuestros hace largo rato.

—Ay, caballero, replicó Mad. Dilois con una sonrisa de disgusto, para nosotros no concluyen nunca los negocios y justamente á vuestra llegada nos ocupábamos de los de mañana: procurábamos dar con una equivocacion de una cuenta que nos ocupa hace ocho dias sin que podamos caer en ella...

Luizzi echó una mirada al hermoso Cárlos, cuya vista se encontró con la suya.

—Este hombre es su amante, dijo para sí Armando; el instinto de los zelos le ha inspirado ya odio hácia mi.

Esta idea sirvió de espuela á la que el baron había ya concebido. Luizzi caminó tan de prisa en sus deseos, que juró, empeñando en ello su honor, dar cima á su empresa.

Sin embargo, esto era algo difícil porque el dependiente no parecía dispuesto á retirarse y por buena opinion que se tenga de sí mismo ó por mala que se tenga de una muger, es difícil seducir á esta ó que ella se deje seducir en presencia de su amante. Las mugeres tienen tantas razones para ceder á un hombre, que el amor no equivale á una cuarta parte en sus derrotas, y Luizzi no era tan novicio que lo ignorase. Asi, pues, Armando buscó la ocasion de decir á Mad. Dilois que necesitaba hablar particularmente con ella y respondió á lo que le acababa de decir acerca de las continuas ocupaciones:

—Yo que no tengo ningun derecho á importunaros, vengo á aumentar la persecucion comercial que penetra hasta vuestro retiro. Lo siento mucho y, por lo mismo, voy á retirarme si teneis la bondad de señalarme una hora mas á propósito para hablaros.

—No quiero que os tomeis la molestia de volver otra vez; me habeis dicho que vuestra permanencia en Tolosa será corta, y puesto que no podeis esperar la vuelta de mi esposo...

—Señora, dijo Luizzi interrumpiéndola y dando al giro de su frase la misma inflexion, sé, pues asi me lo han dicho, que sois el verdadero gefe de la casa.

—Caballero, no comprendo lo que....

—Si, señora, el verdadero gefe, puesto que reunis la voluntad, la superioridad y la inteligencia que tanto han hecho prosperar vuestro comercio.

—Teneis razon, repuso Cárlos; Mad. Dilois es mas inteligente en los negocios que el primer comerciante de Tolosa, y á no ser por ella, la casa no sería en el dia lo que es.

—Eso mismo me dijo hace dos dias Mad. Barnet.

—Mad. Barnet! esclamaron á un tiempo Cárlos y Mad. Dilois! —que! la conoceis? añadió esta.

—Mr. Barnet es mi notario: habiendo ido á su casa, aunque no le he hallado he tenido ocasion de ver á su esposa.

—Qué buena pieza! dijo el dependiente con tono despreciativo.

—Sois poco agradecido, caballero, replicó el baron; Mad. Barnet me ha hablado de vos en los términos mas lisonjeros, ha hecho un elogio...

—Que el señor merece, dijo Mad. Dilois un poco picada.

—De su parte tal vez no, repuso Luizzi comentando estas palabras con una sonrisa y una mirada bastante significativas.

Mad. Dilois respondió con otra mirada y otra sonrisa ambas bastante burlonas y añadió:

—Segun veo, habeis hablado mucho con Mad. Barnet.

Cárlos nada comprendió; el juego de las fisonomaís solo le manifestó que había una sutileza en lo que acababa de oir; pero no dió con aquella sutileza: Mad. Dilois le miró guiñando los ojos con aire de protectora compasion y le dijo:

—Cárlos, me parece que teneis mas gana de dormir que de ocuparos de negocios; retiraos, que mañana volveremos á hablar de la cuenta en cuestion.

—Bien, señora, respondió Carlos con sumision, y tomando torpemente el sombrero, saludó con tristeza diciendo repetidas veces:

—Buenas noches, señora.—Buenas noches....; á vuestras órdenes, caballero.

—Mad. Dilois se levantó y salió á alumbrar al dependiente. Poco duró esta ausencia; pero Luizzi oyó hablar en voz baja. Volvió Mad. Dilois y el baron continuó, digámoslo así, aguzando el oido; pero no oyó cerrar la puerta de la calle ¿Vivía Cárlos en la casa, ó se había escondido? Esta incertidumbre no era un obstáculo á los fines del baron que creía haber estudiado bastante á Mad. Dilois para hallarse seguro de que era una de esas mugeres que se encargan por sí mismas de los cuidados materiales de sus aventuras, que saben alejar á un importuno, abrir una puerta ó hacer construir una doble llave, una muger en fin, de esas que emplean en el amor toda la actividad diestra y previsora de su talento. Así que Mad. Dilois volvió á su puesto, Armando se apresuró á decirla con el posible tono de conviccion:

—Gracias, señora, pues habeis alejado á ese jóven.

—Debeis dármelas, en efecto, porque él hubiera sido menos blando que yo en el trato que vamos á hacer.

Estas palabras de Mad. Dilois fueron pronunciadas con un tono tan dulcemente burlon y acompañadas de una mirada tan dulcemente lánguida que Luizzi casi se sintió turbado. Armando profesaba una teoría respecto á las mugeres que representaba á estas dispuestas siempre á ceder al hombre sabiéndolas atacar; cuando hablaba de ellas le merecían la peor opinion, pero cuando hablaba con ellas se tornaba con facilidad tímido y torpe. Su espíritu había desechado todas las bellas ilusiones del jóven; pero su corazon conservaba en presencia de una muger todas sus emociones. Conocía que la coquetería de Mad. Dilois empezaba á dominarle; pero quiso ocultar esta dominacion para aprovecharse de ella, y respondió:

—Mas bien, señora hubiera sido yo quien mas severo se hubiera mostrado al arreglar nuestro negocio en presencia de ese jóven.

—Y por qué, caballero?

—Señora, respondió Luizzi con mucha gracia, me hubiera mostrado severo por varias razones. La primera porque delante de él no me hubiera atrevido á deciros: haced lo que os plazca, vuestra voluntad es la mía: al contra-

rio, en su presencia hubiera tenido que mostrarme comerciante..... y ademas....

—Y ademas qué? añadió Mad. Dilois.

—Y ademas la presencia de un hombre es irritante cuando esa presencia puede inspirarnos ideas que nos hieren sin que tengamos derecho á quejarnos; cuando envidiamos á ese hombre lo que compraríamos á costa de todos los sacrificios es difícil ser generosos y es preciso olvidarle para que nuestros propios sentimientos no nos lastimen.

Mad. Dilois había escuchado estas palabras con estrema atencion y sin duda había comprendido esta oscura frase pues aparentó no comprenderla. Esta táctica es muy vulgar, pero es muy infalible y muy buena para hombres y mugeres pues por medio de ella se dice mucho mas de lo que de otro modo nos atreveríamos á decir.

—Teneis razon, caballero, respondió Mad. Dilois; Cárlos tiene un génio poco amable y por eso mismo no hemos querido encargarle de las relaciones con nuestros parroquianos. Sin embargo, es un jóven inteligente y honrado.

—Señora, no es en concepto de comerciante como me disgusta Cárlos.

Mad. Dilois se sonriyó con dulzura y volviéndose de repente á Armando, le dijo como si quisiera apremiarle á hablar con franqueza:

—Y en qué concepto os disgusta?

—No lo adivinais?

—Señor baron, cómo quereis que lo adivine? replicó Mad. Dilois con una sonrisa de coquetería tan franca que demostraba ser aquella muger ó muy atrevida ó muy inocente.

—Eso es obligarme á deciróslo todo.

—Pues qué, tan malo es?

—Es difícil hacerlo comprender.

—En ese caso, vamos al asunto de las lanas, porque tengo un entendimiento muy rebelde.

—Lo único que yo deseo es que vuestro corazon no tenga ese mismo defecto.

—Mi corazon, caballero? qué tiene que ver mi corazon con el asunto que nos ocupa?

—El vuestro tal vez no, pero el mio!...

—Qué! le dais de añadidura en la venta de vuestras lanas? replicó la muger del comerciante con esa espresion amorosa de los ojos y de la voz de tal naturaleza en el mediodía que se aplica á todo.

El aire conque Mad. Dilois dijo esto, era al mismo tiempo tan sencillamente burlon que Luizzi se sintió turbado y se picó un poco, pero tuvo bastante talento para disimularlo y respondió en el mismo tono.

—Señora, yo cuando entrego mi corazon quiero que se me pague.

—Y á qué precio?

—Al precio ordinario.—Y se atrevió á tomar con ternura las manos de Mad. Dilois echando una mirada insolente al lecho entreabierto.

—Y á qué plazo? replicó la jóven defendiéndose bastante mal.

—Al contado.

—No tengo fondos y, por lo tanto, suprimo ese artículo del contrato.

—Pero yo le conservo; todo ó nada.

—Quereis hacer pasar las malas mercancias con las buenas?

—Yo no soy mercader, doy de valde las buenas con tal de que...

—Con tal de que se os paguen las malas y á un precio...

—Muy superior á su mérito, dijo Luizzi con aire de galantería.

—No es eso lo que quiero decir; pero os responderé que no puedo aceptar. Basta de locuras, señor baron. Quise echarla de discreta y he caido en la red.

—La red mas peligrosa es vuestra hermosura.

—Callad, que pueden oirnos.... Si entrase alguien, qué diría al vernos tan cerca uno de otro?

—Arreglamos nuestro negocio.

—En efecto que va bastante adelantado!

—Firmad.

—Es la muger la que debe empezar?

El baron tomó una pluma, firmó y volviéndose á Mad. Dilois que tenia los ojos bajos como manifestando no querer ver lo que iba á permitir, volvió á tomarla las manos y la dijo:

—Ahora cuento con vuestra providad.

Mad. Dilois se puso colorada y respondió con coquetería:

—Tomad.

Y presentó su mejilla morena y sonrosada.

El baron quedó estupefacto, pero tomó el beso que se le ofrecía.

—Y nada mas! murmuró con ternura.

—Pues me alegro! replicó Mad. Dilois con el tono de aquel que acababa de satisfacer una gran deuda y ve que aun no se da por satisfecho el acreedor. Qué mas queríais?

—Un poco de felicidad.

—Cómo comprendeis vos esa felicidad?

—Cuando un marido está ausente.... respondió Armando mirando á la alcoba como para instalarse en ella con la vista.

—Y si vela una criada?

—Se la manda á acostar.

—Sin que haya visto salir á nadie?

—Teneis razon; pero es fácil volver á entrar en la casa de donde se acaba de salir.

—Sois muy fecundo en medios....

—Me parece que son practicables.

—Y cómo? Es verdad que hay una puertecita falsa junto á la principal.

—Y se puede abrir?



—Abrir sí; pero para entrar..... es preciso estar fuera. Empecemos por esto.

—Y concluiremos...

—Señor baron.... murmuró Mad. Dilois aparentando un rubor estraordinario.

—Vamos, vamos, dijo el baron con aire triunfante, echadme fuera al momento.

Mad. Dilois se mordió los labios sonriyéndose; abrió la puertecita y llamando á la criada para que alumbrase á Luizzi, cambió con este algunos signos de inteligencia.

Toda esta conversacion había tenido un aspecto de broma tal que un parisiense con dificultad podrá comprenderlo. Preciso es haber vivido en nuestras provincias del mediodia y hallarse acostumbrado á ese lenguage impregnado de amor que es peculiar á las mugeres de aquel pais, para convencerse de que lo que en cualquiera otra parte es una manifestacion amorosa, casí siempre es allí una palabrería que nada significa. Luizzi, como hubiera hecho cualquier otro, debió creer que Mad. Dilois era una de esas mugeres á la vez interesadas y amantes que para distraerse de los negocios echan mano del placer, pero que no dedicando á este mas que el tiempo perdido, se lanzan á él sin demora. Mas no por eso le agradó menos la esposa del mercader que en vez de velar su derrota con la máscara de la hipocresia, la velaba con la del contento. Armando salió mirando cuán bella estaba Mad. Dilois y cuán blanco y voluptuoso era aquel lecho.— Aquel lecho sino era el santuario del amor, lo era del placer, y Luizzi sino se hallaba henchido de emociones amorosas, lo estaba de ideas propias de la juventud. Asi que salió á la calle, sintió cerrar y atrancar la puerta principal; entonces, poco satisfecha su imaginacion de aquella facil victoria, deploró que no fuese el marido quien desempeñase aquellos oficios: »Eso si que hubiera sido divertido, dijo para sí; pero á fé que si es el amante, no deja tambien de ser gracioso» Y ocupado de esta idea, atravesando y volviendo á atravesar la calle enteramente desierta, con el ademan del hombre satisfecho de sí mismo, soltó una ruidosa carcajada á la que respondió una risa burlona y débil que pareció resonar en su oido. El baron se volvió, mirando á todas partes; pero á nadie vió ni oyó! A pesar de todo, aquella risa le inquietaba, pues parecía haber respondido directamente á la suya, y por lo tanto debía tener alguna significacion. Pero de donde procedia? Luizzi no lo pudo descubrir.

Acercóse á la puertecita como para decir al que tan impertinentemente se había reido: hé aquí lo que me vá á vengar de esa burla; pero la puerta se hallaba cerrada lo cual no era estraño pues hacia aun poco tiempo que Armando saliera. Media hora había transcurrido y la puerta continuaba cerrada; el frio y la humedad iban apoderándose del baron; pero la impaciencia y la cólera le hicieron entrar en calor; ¿se burlaban de él, ó algun accidente imprevisto detenía á Mad. Dilois? Armando luchó largo rato con la primera de estas suposiciones, pero la rechazaban su vanidad de hombre, sus triunfos pasados, su aventura con la marquesa, y sobre todo, el tono de Mad. Dilois, lo que le había dicho Mad. Barnet y lo que suponía de Cárlos. Fué preciso que pasase largo rato para que se convenciese de que se habian burlado de él. Se le dejaba tiritar á la puerta y Cárlos se reía de él detrás de

una cortina! Este odioso pensamiento le atormentaba, porque no se trataba ya de poseer ó no poseer á aquella muger; se trataba de ser ó no ser burlado, de ser ó no ser puesto en ridículo. Hamlet no debió verse tan agitado. Sin embargo, Luizzi no podía persuadirse de que hasta tal punto se hubiesen burlado de él, y pasó una hora en esta lucha del orgullo y la evidencia. El amor propio es un animal con mas cabezas que la hidra de Lerna. Luizzi agotó todas las suposiciones antes de llegar á la conviccion de que Mad. Dilois se había burlado de él. Pasó media hora mas y entonces comenzó esta conviccion que un incidente inesperado vino á completar de repente. Abrióse la puertecita y al dirigirse á ella, el baron se encontró cara á cara con el hermoso Cárlos que salia. Ambos retrocedieron un paso y se miraron encolerizados.

—Muy tarde quereis entrar! dijo Cárlos.

—No salis vos mas temprano!

—Os esperan.

—En el puesto que vos habeis dejado, no es verdad? Os aseguro que nada debeis temer.

—Qué quereis decir?

—Que una vez siquiera, podía habérseme dejado la primacía.

—Osareis pensar?...

—Y osaré deciros que la señora de la casa es la señora del...

—Os guardareis de decirlo! esclamó Cárlos asiendo del brazo á Luizzi. Este se desembarazó por medio de un movimiento de indignacion.

—Señor mío, sois un loco ó un desesperado!

El desprecio con que el baron pronunció estas últimas palabras ecsasperó á Cárlos que se acercó á él.

—Sabeis quien soy yo?

—Un villano que defiende á una....

—Caballero! esclamó Cárlos, callad! sabeis el valor de las palabras que acabais de pronunciar?

—Tan bien como vos el de una bala de lana.

—Tambien sé lo que vale una bala de plomo y os lo demostraré.

—Un duelo! no, caballero, eso seria dejarse engañar dos veces.

—Mirad que sabré obligaros á ello!

—Os atrevereis?

—Tal vez mas pronto de lo que se os figura.... Mañana temprano me tendreis en vuestra casa.

—Como gusteis.

Cárlos se alejó precipitadamente.

Apenas había desaparecido, se abrió la puerta y se oyó la temblorosa voz de Mad. Dilois.

—Entrad, entrad, dijo muy quedo al baron.

Luizzi tuvo tentaciones de rehusar.

—Entrad por favor, añadió Mad. Dilois.

Cárlos se hallaba ya muy lejos. Armando entró y Mad. Dilois le tomó de la mano. La pobre muger, temblorosa y agitada, le condujo á su habitacion por una escalera oculta. La compostura casi virginal del aposento había desaparecido; el lecho estaba descompuesto y una lamparilla era lo único que alumbraba la habitacion. A su vacilante claridad, vió Luizzi que el traje de Mad. Dilois era aun mas ligero que el que vestía anteriormente: tenía puesto un peinador de noche y estaba enteramente descalza.

—Ah! caballero, esclamó, en qué os he ofendido para que asi hayais querido comprometerme?

—Comprometeros! dijo Luizzi con sarcasmo; no comprendo ese compromiso. En todo caso, no seria mía la culpa.

Luizzi se hallaba ecsasperado. Se había figurado tan seguro su triunfo que se creía profundamente humillado á sus propios ojos. Ademas estaba helado, se juzgaba puesto en ridículo y no tubo piedad.

—Qué! habeis tomado por cosa formal todo lo que hemos dicho, todas las chanzas que hemos usado?

—Cómo no? Cualquiera otro en mi lugar hubiera hecho lo mismo.

—Cualquiera otro...! Pero por quién me tomais?

—Por una muger muy linda y muy aficionada á dejarse querer.

—Creeis realmente que yo os esperaba?

—Si; creo que me esperabais.

—Pero cuál es la opinion que teneis formada de las mugeres?

—Señora, una opinion mejor que la que se merecen, porque creí que no esperabais mas que á mí.

—Qué! suponeis acaso que Cárlos...?

—Vamos, vamos, señora, basta ya de chanzas, como vos las llamais; hacer el tonto dos veces en una misma noche es demasiado.

—Oh! no hableis de ese modo, caballero! Perdonadme si os he causado un disgusto con algunas palabras irreflecsivas, á las que no creí dariais importancia alguna.

Mad. Dilois se detuvo y encogiéndose de hombros con impaciente tristeza, añadió:

—Cómo, caballero! erais un hombre á quien casi veía por primera vez y pudisteis creer... No, no, es imposible...!

—Es tan posible que todavia lo creo.

—Y lo direis del mismo modo que lo habeis dicho á Cárlos....

—Decid á ese caballerito que no me obligue á ello, porque no me batiré con él sin decir el porqué á todo el que lo quiera oir.

—Y si yo tengo bastante poder sobre él para impedir que se bata, qué hareis?

—Señora, esa ya es otra cosa; yo no creo la discreccion aplicable mas que á los secretos y hasta ahora no sé que haya ninguno entre nosotros.

—Y os juro que no le habrá.

—Como gusteis, señora; permanezcamos ambos libres.

—Yo soy casada, caballero!

Luizzi estaba furioso y respondió brutalmente:

—Sí, ya lo sé; y teneis hijos, entre otros, una niña muy linda.

—Os comprendo, caballero. Cuando entrasteis en mi casa me despreciabais lo suficiente para esperarlo todo de mí.

—Creo que no tenía necesidad de esa esperanza, pues habeis hecho todo lo necesario para inspirármela.

—Ahora si que no os entiendo, caballero. Veo que perteneceis á un mundo en que las palabras tienen un sentido mas real que en el nuestro.

—Yo, señora, pertenezco á un mundo en que no se comercia con la coquetería.

—Caballero, si es así, tomad vuestro contrato; podeis romperle.

Mad. Dilois alargó el papel á Luizzi volviéndose para ocultar sus lágrimas; el baron se hallaba implacable.

—En verdad, señora, replicó, me agradaría mas terminarle, y en tal caso, os juro... que el mas profundo silencio....

Mad. Dilois hizo un gesto de horror.

—Pues entonces, añadió Luizzi, permitid que me retire.

Mad. Dilois encendió una vela y se dispuso á alumbrar á Armando; este vió entonces la agitacion y la palidez de aquella pobre muger que con una seña le mandó la siguiese despues de haberse envuelto en un chal sin hablar palabra. Luizzi se sintió herido cruelmente al verse despedido con tanta frialdad.

—Señora, ved lo que haceis.

—Sé lo que debo hacer.

—Mirad que soy vengativo.

—Soy inocente, señor baron.

—Adios, señora.

—Id con Dios, caballero.

Y, sin mas palabras, Mad. Dilois condujo fuera de su habitacion á Armando que se encaminó á su posada.

El baron se acostó sumamente agitado y sobre todo, muy inquieto no sabiendo el partido que debia tomar. Por fin, se durmió y el dia siguiente despertó bastante tarde.

—Ha venido alguien á buscarme? preguntó.

—Nadie.

—Ah! dijo para sí, al caballerito Cárlos le habrá encantado su bella querida. En seguida se levantó y almorzó buscando medios de referir lo que le ha-

bia ocurrido. Ni un instante de remordimientos esperimentó por lo que iba á hacer. Si la indiscrecion de los hombres no perdona á las mugeres la felicidad que estas les proporcionan, júzguese si perdonará la felicidad que suponen han dado á otros. Hacer una confidencia no es cosa tan fácil como parece; para ello es preciso ser provocado, só pena de imitar á un rústico parlanchin. Dudaba Luizzi á quien dirigirse cuando un criado le anunció la visita de Mr. Barnet.

—El cielo me le envia, dijo Luizzi considerando que Mr. Barnet debía ser el digno compañero de su muger.

El notario era un hombre grueso y alegre, de aspecto sagaz y de maneras afables.

—Con que, señor baron, habeis honrado mi casa con vuestra presencia? Mi muger me ha dicho que deseabais algunas noticias acerca del estado de los bienes del marqués du Val.

—Es cierto... dijo Luizzi; pero me bastan las que me ha dado Mad. Barnet; por otra parte, he mudado ya de parecer y quisiera saber ahora....

—A qué altura se halla la casa de los Dilois? Me lo ha dicho tambien mi muger. Escelente casa, señor baron, como dirigida por una honrada y buena muger.

—Diablo, qué pronto lo habeis dicho!

—Mad. Dilois es la probidad personificada.

—No diré que no; pero es tambien la personificacion de la virtud?

—Pondría las manos en el fuego....

—Tanto mejor para vuestra muger, dijo Luizzi sonriyéndose.

Luego añadió, reprimiéndose un poco: perdonad si creo menos que vos en la virtud de las mugeres. Vos las veis únicamente el dia en que se firman los contratos y entonces todo es amor, adoracion y protestas de felicidad; pero luego....

—Teneis algun motivo para creer que Mad. Dilois...?

—Vais á juzgar vos mismo.

Y Armando se lo contó todo á Mr. Barnet riyendo y manifestando al mismo tiempo una generosidad sin límites, astucia infame que mancha con la sangre de la víctima la mano del verdugo como si este fuese el herido. Luizzi contó, pues, su aventura de la noche anterior.

—Yo no lo hubiera creido nunca, esclamó Barnet, nunca, nunca. Con qué Cárlos....?

—Pues...! mientras yo hacía la centinela....

—Y luego entrasteis....

—Si, pero no hubo novedad, os lo juro. Es repugnante suceder á un marido y ya veis que suceder á un amante....

—Un amante! Mad. Dilois un amante...! repetía el notario asombrado.

Luizzi estaba hechizado con lo que acababa de decir, y añadió columpiándose en su butaca:

—Ay amigo mio! hace tres dias que estoy en Tolosa y tengo ya mas noticias que vos acerca de las mugeres irreprensibles.

—Quién lo hubiera dicho! esclamó Barnet. Vaya con Carlitos! Dios mio, Dios mio, lo que son las mugeres!

—Me parece que los principios de Mad. Dilois dejaban adivinar los fines.

—Teneis razon; de casta le viene al galgo.... Como que su madre.... Pero esto es ya un secreto de notario y por lo tanto, sagrado.

—Conservais secretos de notario bastante curiosos, particularmente uno concerniente á Mad. du Val.

—Sí, si, es verdad; pero lo que es ese nadie en este mundo le sabrá. Pobre muger! Ahí teneis una que soporta la vida con una fortaleza y una virtud ejemplares...

Luizzi se sonriyó maliciosamente; pero calló. Había en su corazon demasiada altivez aristocrática para que se determinase á poner en manos de un plebeyo como Barnet la reputacion de la marquesa du Val. Si al menos hubiera sido el notario un vizcondesito, no hubiera vacilado en hacerle variar de tan buena opinion. Por otra parte recordó que aquella misma noche debía volver á ver á la marquesa, y satisfecho de su primera confidencia, se contentó únicamente con encargar á Mr. Barnet la venta de sus lanas á otra casa de Tolosa. El notario á su vez había venido para hablar de una corta de árboles rogando al baron que emprendiese este negocio con un tal Mr. Buré.

—Es casado? le preguntó Luizzi con esa insolente fatuidad que convierte en insulto la pregunta mas sencilla.

—Sí por cierto, y con una muger de cuya virtud respondo.... Pero, á fé mia, señor baron, no sé ya que pensar de las mugeres.... Lo que es Mad. Buré pasa por la mas virtuosa y la mas pura del mundo.

—Ya veremos, dijo Luizzi, y despidió á Mr. Barnet.

Llegada la noche, fué á la reunion donde esperaba hallar á la marquesa. Está se puso pálida al verle, tanto que Armando la compadeció. Ambos se retiraron á un rincon de la sala; la marquesa apenas podía hablar. Luizzi notó que eran observados por los concurrentes.

—Os negareis á escucharme, Lucía?

—No, porque tengo que pediros una gracia.

—No seré cruel.

—Sé lo que os ha sucedido con Sofia.

—Quién es esa Sofia?

—Mad. Dilois.

—Mad. Dilois!

—Os suplico en nombre del cielo que no hableis á nadie de esa aventura.

—En verdad que á vuestro lado no es de Mad. Dilois de quien debo ocuparme ¿No os parece que he debido estrañar el que os hayais negado á recibirme despues... ?

Un color purpúreo sucedió á la palidez de Mad. du Val.

—Armando, dijo la marquesa, yo moriré muy pronto... asi lo espero... sí, lo espero... ! entonces lo sabreis todo.

Lucía manifestó esta horrible esperanza con tal aspecto de conviccion que Armando no pudo menos de enternecerse.

Luego continuó:

—No volvais á verme jamás!

—Pero...

—De rodillas.... Os lo pido de rodillas.

Y aquel estravio de la razon que Luizzi notara en otra ocasion en la mirada de la marquesa parecía prócsima á estallar nuevamente.

—Pues bien! respondió Armando, yo os lo prometo.

—Prometedme, dijo Lucía mas tranquila, no hablar nunca de Madama Dilois.

Luizzi se creyó bastante poderoso para evitar que se divulgase su confidencia á Mr. Barnet é hizo esta segunda promesa.

Lucía se retiró pocos momentos despues en medio de los saludos de todos los hombres, quienes se separaron de la puerta del salon donde se hallaban reunidos, abriéndola paso como á una noble y santa criatura hácia quien todos los respetos son poco. Luizzi permanecía pensativo; cerca de él charlaban en voz baja algunos jóvenes riyéndose con frecuencia escitados por la conversacion que tenían. La señora de la casa se acercó al baron y le llamó por su nombre.

—Mirad ahí al héroe de la aventura de Mad. Dilois, dijo uno de aquellos jóvenes.

Luizzi no dudó ya de que lo que había contado á Mr. Barnet era el asunto de todas las conversaciones, y por un sentimiento nuevo en él, esperimentó un verdadero remordimiento. Luego prestó oido á aquella conversacion aparentando ocuparse de otra cosa.

—Vive Dios que ha sido bien tonto, decía uno; yo en su lugar no me hubiera marchado sin hacer ver á la individua que no se burla tan facilmente á un hombre honrado.

—No deja Cárlos de ser dichoso, porque la dama es encantadora.

La conversacion siguió por este estilo bastante tiempo para que Luizzi se persuadiese de que había cometido una torpeza y de que sus remordimientos eran ridículos. Por medio de un encadenamiento natural de pensamientos pasó de su aventura con Mad. Dilois á la de la marquesa y se creyó tambien embaucado por una hopócrita como creía haberlo sido por una coqueta. Cuando se hallaba entregado á estas reflecsiones se suscitó conversacion acerca de la

marquesa á quien todo el mundo elogió de tal modo que el baron, mudando de ideas, se vió en una incertidumbre insoportable y se retiró decidido á penetrar aquel misterio valiéndose de su infernal confidente.

Luizzi creía verse libre de importunos; pero le esperaba en su casa Mr. Buré que era el rico propietario de una herrería prócsima á Tolosa y de quien le había hablado Mr. Barnet. Mr. Buré era un hombre de edad madura y aparentaba una salud sólida y tranquila conservada por una vida sóbria y laboriosa. El asunto de que habló al baron y el modo con que le espuso dieron á este una alta idea de la capacidad de aquel hombre tanto que Armando no solo escuchó favorablemente la proposicion que le hizo para que tomara parte en una gran empresa, sino que consintió en acompañarle hasta la fábrica con objeto de visitar esta. Luizzi deseaba ausentarse de Tolosa por algunos dias á fin de apartarse del torbellino de misterios que le rodeaba, y á su pesar, empezó á comprender què todo lo que le había pasado debía proceder de causas muy estraordinarias. Nunca había tropezado con semejentes caractéres ni esperimentado tales aventuras y por lo mismo deseaba tener tiempo para reflecsionar.

Cuando se separaron Mr. Buré y Luizzi era ya demasiado tarde para que este último tubiese tiempo de pedir á su diábolico amigo la esplicacion que deseaba, y ademas se hallaba muy prócsima la partida. Dos horas despues, salía de Tolosa en una silla de posta y á cosa de medio día entraba en la fábrica de Mr. Buré.

Sin descansar un momento y despues de almorzar á la ligera. Mr Buré condujo al baron á su establecimiento donde estubieron hasta las tres que siendo hora de comer, pasaron á la habitacion del fabricante.

Hallábase reunida toda la familia; Luizzi fijó la vista en Mad. Buré: era sumamente bella, graciosa y amable y en su rostro brillaba una dulce tranquilidad. Tambien estaban alli los padres de Mr. Buré. La esposa de este tenía á su lado sus dos hijas una de quince años y otra de diez y seis, dulces flores que se abrían tímidamente á una vida santa y pura, esentas de toda idea del mal porque en aquella familia nadie podía comunicarla.

Unicamente faltaba el hermano de Mr. Buré, pero llegó á pocos instantes; habia sido capitan en tiempo del imperio y conservaba ódio mortal á cuanto tenia relacion con la vuelta de los Borbones. El baron de Luizzi debía serle antipático por esta circunstancia; mas sin embargo, le acogió con una franqueza llena de bondad. Se habló de negocios durante la comida; terminada esta, Mr. Buré y su cuñado volvieron á sus quehaceres y Armando quedó con los ancianos, Mad. Buré y las jóvenes. Cada uno se entregó á su ocupacion. Armando que había tomado un periódico pudo admirar los cuidados de hija y de madre que Mad. Buré prodigaba á los que la rodeaban. Eran tales su solicitud y su prevision que Luizzi de suyo accesible á las tiernas impresiones, creyó tener á la vista el modelo de una vida completamente feliz. Mad. Buré sobre

todo le parecía la dulce y encantadora realizacion de la muger cuyo corazon rodean todas las afecciones para colmarla de un amor que reparte en seguida á su alrededor semejante á la ancha copa de nuestras fuentes á donde se eleva el agua por conductos escondidos para descender luego estendiéndose alrededor refrigerante y pura. Aquel espectáculo llenó de felicidad á Armando que, llegada la noche, se retiró á su cuarto con el corazon regocijado. El baron no podía menos de comparar los goces que durante aquel día había esperimentado con los que esperimentara los dias anteriores.

—Qué muger tan adorable es Mad. Buré! se decía así mismo, ¡que hermosura, qué sencillez y qué gracia!... Nadie se atreverá á turbar la tranquilidad de una alma tan pura y de una vida tan serena, al paso que la marquesa y Mad. Dilois.....

Al citar mentalmente estos nombres, Armando recordó su resolucion de saber el secreto de la conducta de aquellas dos mugeres. Vaciló largo rato, porque un secreto presentimiento le decía que iba á desvanecer la dulce emocion que esperimentaba; pero aquello mismo que debía refrenar su curiosidad le determinó á satisfacerla ¿Debo temblar en presencia del diablo? dijo para sí. Yo que me he propuesto sondear los mas tenebrosos secretos de la vida humana ¿debo retroceder cuando se trata de saber la vulgarísima historia de dos mugeres perdidas?

Reflecsionando así, se levantó con arrogancia, y despues de cerrar la puerta de su habitacion, ajitó la mágica campanilla y apareció á su vista el diablo. Este se presentó en traje de visita: era uno de esos elegantes perfumados qne solo ven á través de su lente y que cuando hablan parece que gorgontean á manera de las carpas que persiguen á un mosquito en la superficie del agua. El diablo parecía hallarse de mal humor y flechó el lente á Luizzi con una risita burlona que este conoció inmediatamente.

—Vamos, que es lo qne quieres? le dijo.

—Quiero saber la historia de Mad. du Val y la de Mad. Dilois.

—Esa es cosa muy larga.

—No nos falta tiempo.

—Y á qué te conducirán esas historias?

—A conocer las mugeres.

—A saber los secretos de dos mugeres nada mas. Qué locos sois los hombres! Os figurais que en una aventura se encierra una vida entera. La virtud de las mugeres, señor baron, es cosa de circunstancias. Una casualidad puede conmoverla y derribarla sin que haya falta en la muger.

—Me parece que la conducta de Mad. du Val puede dar lugar á creer...

—Que la marquesa es una impudente disoluta, no es eso?

—Pues bien, eso mismo. Entregarse en una hora á un hombre...

—A quien conocía hacía mucho tiempo y que la había amado; y

si se hubiera entregado al primero que se hubiera acercado á ella?

—Hubiera procedido como una ramera.

—No lo creas.

—Como una loca.

—Nada de eso. Escúchame: te encuentro embriagado con el ambiente de virtud que se respira en esta casa; pues bien, voy á contarte una anecdota para demostrarte que vuestro modo de juzgar á las mugeres es estúpido hasta cuando las juzgais con arreglo á las leyes de vuestra moral humana.

—Se trata de Mad. Buré?

—Justamente.

—Debe ser una muger muy virtuosa.

—Vas á juzgar.

—Ha cometido alguna falta?

—No sé; la que la cometió fué Mad. Dilois rehusando entregarse á tí.

—Para contigo?

—No, para consigo misma.

—Quisiera saber como.

—Voy á contarte la historia de Mad. Buré.

—A propósito de Mad. Dilois?

—Ese es mi sistema. El mejor modo de juzgar á las personas consiste en ecsaminarlas en sus semejantes. Si te metes á político, ve de qué modo juzgabas al soberano á quien amabas y serás justo con el soberano á quien aborrezcas y *vice versa*. Si te casas, recuerda lo que has atribuido á la muger de tu amigo y no te admirarás si tu muger te la pega. Si te echas una querida, ten presente las que otros han mantenido para tí y te convencerás de que mantienes para otros la tuya; sobre todo no tengas la necia manía de creerte una escepcion: todo hombre ha nacido para engañar á su padre, para ser burlado por su muger y para ser engañado por sus hijos. Son tan raros los que se libran de este comun destino, que con dificultad hallarás uno.

—Pero ha engañado á su marido Mad. Buré?

—Qué entiendes tú por engañar? Le ha hecho un servicio inmenso.

—Engañándole!

—Apuesto á que dentro de pocos instantes eres de mi opinion.

—Mucho lo dudo.

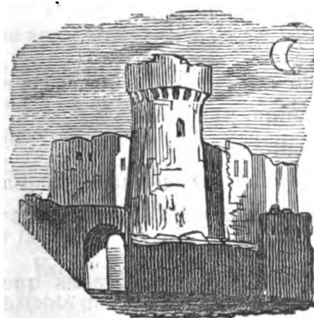
—Verdad es que ningun ser viviente pudiera persuadirte. La aventura de Mad. Buré es un secreto que solamente la protagonista y la tumba conocen y nadie á no ser Mad. Buré y yo pudiera revelártele. Es un drámita, desempeñado por dos actores, porque, humanamente hablando, yo no me incluyo en la lista de personages aunque, á decir verdad, intervengo siempre un poquillo en el desenlace de esa clase de piezas....

—Habla, ya te escucho, le interrumpió Luizzi.



V.

La noche en diligencia.



COMENZÓ el diablo del modo siguiente:

El dia 15 de febrero de 1819 esperaban una porcion de viageros la salida de la diligencia en el patio de las mensagerías de Tolosa. Eran las seis de la tarde, y la noche se presentaba muy oscura. Llegó el mayoral provisto de su lista y su farol, y llamó á Mad. Buré. Una muger se adelantó al oir este nombre, y subió con ligereza al cupé de la diligencia enseñando al mismo tiempo, una magnífica pierna á un arrogante mozo que la seguía. Hasta aquí todo iba bien;—luego se volvió para tomar un paquetito que la alargaba el mayoral, y el jóven pudo ver su rostro fresco y sonrosado, su graciosa sonrisa y sus dientes blancos como la nieve. Aquí entra lo malo.—El jóven quitándose la gorra y tirando el cigarro que tenía en la boca, preguntó con mucha finura á Mad. Buré si tenía ya en su poder todos sus efectos. Habiéndole contestado esta afirmativamente, se sentó á su lado y la ecsaminó á la luz de los faroles, como para cerciorarse si podía avanzar con toda seguridad á aquella conquista. Una vez puestos en camino y en una noche tan oscura, hubiera sido imposible al jóven ecsaminar á su compañera de viage, y por otra parte, como era oficial de artillería y fiel observador de la táctica, probablemente no hubiera dado un paso sin reconocer antes el terreno á donde debía encaminar sus baterías. Es indudable que el temor de habérselas con una vieja le hubiera hecho sumamente circunspecto; pero como había visto que Mad. Buré era jóven y linda y no parecía muy

arisca, así que el carruage pasó los arrabales y entró en el solitario camino de Puilaurens, empezó á acercarse á su vecina. Viendo que no se hallaba bien abrigada Mad. Buré, se quitó su rico capote y le echó á sus pies para abrigarlos: luego empezó á interrogarla, sin advertir que al mismo tiempo se anticipaba á contestar á las preguntas que la jóven pudiera á su vez haberle dirijido. Aun no habian andado una legua y ya había dicho que se llamaba Ernesto de Labitte, que se hallaba de guarnicion en Tolosa y que esperaba dejar muy pronto esta ciudad para ir al Norte. El asunto que le llevaba á Castres podria detenerle allí una hora lo mas, y pensaba volver á Tolosa en la misma diligencia.

Mad. Buré, sabidas ya todas estas circunstancias, recibió los obsequios del oficial con un poco mas de agrado, es decir que los toleró algun tanto mas. El frio es un escelente ausiliar en estos casos. Ernesto de Labitte le utilizó oportunamente.

—Señora dijo, vos no debeis estar acostumbrada á viajar sola, y me parece una imprudencia el que os hayais puesto en camino tan á la ligera. Veo que teneis la cabeza desabrigada. Mi criado debe haber metido algunos pañuelos de seda en las bolsas del carruage; tened la bondad de aceptar uno.

—Caballero, sois muy galante.

—Nada de eso, señora. Me curo muy poco de esa galantería que pone á un hombre honrado á merced de la primera muger que encuentra.

—La manera con que me tratais prueba lo contrarío.

—Lo mas que probará es que cuando encuentro una muger tan graciosa y tan hechicera como vos, procuro hacerla ver que comprendo los homenages que se merece.

—Ah! dijo Mad. Buré riyéndose, si no sois galante, no me negareis que sois adulador.

—Adulador yo! A vos os consta lo contrario, pues mas que yo os han dicho que sois hermosa, y os lo han dicho bastantes veces para que no lo dudeis. Yo, pues, no soy ni galante ni adulador.

Mad. Buré se admiró del descaro con que aquel desconocido la galanteaba y no contestó. Ernesto esperó un instante y añadió luego:

—Os han incomodado mis palabras, señora? Ha traspasado los límites del respeto mi ruda franqueza?

—No lo sé; pero hacedme el favor de mudar de lenguage.

—Señora, la admiracion que inspira la hermosura es tan involuntaria como la hermosura misma, y cuando uno se vé dominado por ella.....

—No sabe lo que se dice, no es verdad?

—Perdonad, señora: sabe perfectamente lo que se dice, y para probároslo añadiré que empiezo á convencerme de que vuestro talento es tan grande como vuestra hermosura.

—Ya! replicó Mad. Buré con sequedad. Con que me honrais con esa suposicion?

—No os enfadeis, pues en ese caso me hareis mudar de parecer.

—En lo que convendreis al menos es en que soy muy indulgente puesto que os escucho.

—Advertid que no podeis menos de hacerlo.

—De modo que no me lo agradeceis?

—Sí, os lo agradezco, señora.

Ernesto se detuvo un instante y luego añadió con ecsaltacion:

—Os lo agradezco como agradezco á un bello sol el que luzca á mis ojos, y á un ambiente perfumado el que refresque mi frente enardecida, y á una noche serena el que me embriague con su silencio; os lo agradezco como agradezco á cuanto me es desconocido el que se presente á mi vista bajo un aspecto dichoso y celeste.

Esta conversacion se había cruzado de un estremo á otro del cupé de la diligencia con la entonacion irónica que suelen usar aquellas personas que tratan de hacer alarde de su talento; pero las últimas palabras de Ernesto fueron pronunciadas con tal entusiasmo que disgustaron á Mad. Buré. El oficial se aprocsimó, por medio de un movimiento involuntario, á su vecina; esta no creyó oportuno empeñar en este terreno la conversacion, y queriendo sostenerla en el tono de familiaridad irónica con que había empezado, replicó sin moverse de su asiento con un acento de trivialidad que creia necesario para detener el torrente de poesía de Ernesto:

—Soy demasiado dichosa en compartir vuestro agradecimiento con el sol y la luna.

Esta frase produjo su efecto; Ernesto volvió á su asiento, y despues de un instante de silencio, durante el cual se mordió los labios, replicó con un poco de despecho.

—Os incomoda el humo del cigarro, señora?

La pregunta era tan intempestiva que Mad. Buré se volvió á mirar á Ernesto aunque no pudo verle.

—Creo, respondió con frialdad, que no se acostumbra fumar en los carruages públicos.

Ernesto se arrepintió de su necia pregunta y ambos permanecieron en silencio.

La accion estaba ya tan adelantada que Ernesto se halló en estremo contrariado al verla cesar tan inesperadamente; buscó medios de anudar la conversacion, pero no pudo hallar ninguno.—He sido un necio, se decía; hablo á esa muger dominado por el sentimiento de felicidad que su hermosura me inspira, y ella primero me contesta con una sandez y luego se reviste de dignidad. Yo me tengo la culpa, pues lo poetizo todo; si hubiera continuado tra-

tándola caballerescamente, á otra altura nos hallaríamos ya. Esa muger es alguna tenderilla de Castres que se hace la dengosa para obtener mayores utilidades. Es preciso hacerla ver que yo no soy ningun recluta.

Ernesto así que hubo tomado esta resolucion, tratando de ponerla en práctica, se acercó á Mad. Buré hasta que tropezó con sus rodillas. La jóven se retiró con viveza esclamando:

—Ah! caballero!

Cuánto significaban estas dos palabras! Su entonacion triste y digna, era una amarga reprension á Ernesto y demostraba cuanto sentía aquella muger el verse tratada de tal modo. Esta simple defensa manifestaba así mismo que Mad. Buré no creía tener necesidad de acudir á otros medios para hacerse respetar de un hombre, al parecer, distinguido. Ernesto, triste, avergonzado y silencioso, volvió á colocarse en su asiento; deseaba hablar, y á pesar de la oscuridad, miró con aire de arrepentimiento á Mad. Buré como si esta pudiera verle. En aquel instante notó que se movía la jóven, pero no se atrevió á interrogarla, conociendo cuan díficil era disculpar su conducta para con ella.

En esto, llegaron á la primera parada y todos los viageros bajaron del carruage. Mad. Buré permaneció inmóvil en su puesto como si estuviese dormida; Ernesto no se atrevió á tocarla, pero, con motivo de introducir el mayoral el farol por la portezuela buscando alguna cosa, pudo ver lo que habia ocasionado sus movimientos. Mad. Buré había desembarazado sus pies del capote que los envolvía, empujando este hasta junto á Ernesto, y tenía á su lado el pañuelo que el oficial la ofreciera y con el cual se había abrigado la cabeza. Ernesto se vió dolorosamente sorprendido. Esto, en aquellas relaciones de una hora, equivalía á un rompimiento, á una devolucion de prendas.

El oficial tubo intenciones de dispertar á Mad. Buré, pero luego consideró que no tenía derecho de escusarse á costa de el sueño de su compañero. Así partió el carruage; recogió el capote y le colocó con tanta suavidad á los pies de la jóven que esta pudo muy bien aparentar no sentirlo. La luna apareció entonces y derramó un rayo de luz en el interior del carruage. Ernesto se colocó bastante retirado de Mad. Buré: viendo luego el pañuelo que estaba sobre el asiento, procuró abrigar con él la cabeza de la dormida; mas no pudiéndolo conseguir y temeroso de despertarla, volvió nuevamente á su asiento. Cuando mas deploraba el haber obligado á aquella encantadora muger á sufrir el rigor del frio, la vió estender la mano buscando alguna cosa sobre el asiento y se apresuró á colocar á su alcance el pañuelo, que la jóven cogió y se le puso sin hablar palabra.

—Ah, señora! esclamó Ernesto con una verdadera emocion; sois un ángel!

Mad Buré demostró que su sueño había sido fingido y mientras acababa de abrigarse los pies con el capote, respondió con un gracioso tono de reprension.

—Por qué tratais como si fuese una aventurera á una muger á quien no conoceis?

Ernesto no respondió. En su pecho se agitaban sentimientos muy estraños y no se atrevía á espresar lo que sentía temeroso de injuriar á Mad. Buré. Es de notar que como los actores de esta escena se hallaban á oscuras, sus facciones no podían espresar los sentimientos y era preciso valerse para todo de la palabra. Por fin, Ernesto respondió con una mezcla de alegría y de enfado:

—Señora, hace un instante he calificado de torpe mi conducta y veo que debo calificarla de brutal. Si no me atrevo á manifestaros todo lo que pasa por mi imaginacion, es por temor de volveros á incomodar.

—Tan estraño es?

—Mucho, señora.

Ernesto se detubo y añadió de repente:

—Me parece que estoy enamorado de vos.

Mad. Buré se echó á reir á carcajadas. El jóven la dijo con una sencillez llena de ternura:

—Bien; mas me agrada eso. Burlaos de mí, hacedme creer que soy un hombre ridiculo; eso será mas razonable. Hace un momento, al ver que rechazabais el capote y el pañuelo que os había ofrecido, os juro que esperimenté un dolor profundo. Es una necedad el haberlo sentido y el decirlo; pero me creía humillado y me juzgaba muy infeliz.

Al decir estas palabras, la voz de Ernesto espresaba una emocion que, queriendo mostrarse risueña, solo manifestaba la sincera turbacion del alma. Mad. Buré no reia ya.

—Teneis un corazon muy jóven, dijo con dulzura.

—Os doy gracias por habérmelo hecho conocer. Quereis que os cuente mis pensamientos de hace una hora y los que me ocupan en este instante?

—No se con qué objeto....

—Hay demasiada superioridad en vuestro talento y en vuestro corazon para que mis palabras puedan ofenderos. Por otra parte, á nadie mas que á mí mismo acusaré....

—Pues bien! qué pensabais hace una hora?

—Pensaba... No olvideis que ya no lo pienso.—Pensaba que erais una muger enteramente libre,... una de esas mugeres que dan siempre algo á la casualidad... al capricho.... á la ocasion..., que dan...

—Basta, esclamó Mad. Buré con enfado y tristeza á la vez. Con qué vuestra buena opinion me había colocado en la categoría de esas mugeres?

—Ah! no lo creais, señora. En el momento en que os ví me sedugisteis y me propuse dejaros á toda costa un buen recuerdo del hombre que la casualidad os deparara camino de Castres. Me atrevo á aseguraros que aquel primer sentimiento fué casi independiente de vuestra hermosura. Si hubierais

tenido sesenta años, os hubiera prodigado el cariño y los cuidados que se prodigan á una madre; pero erais linda y me ví precisado á combatir, bajo este concepto, aquella impresion.

He querido bajaros de este improvisado altar, pero ¿cómo no procurar agradaros siendo tan hermosa? he querido dominarme, pero vuestra belleza ha podido mas que yo, y si sois justa, recordareis que en el momento en que os creiais comparada con el sol y la luna, os decía desde el fondo de mi corazon que vuestra presencia me sonreía como un hermoso sol, como una noche serena. ¡Qué quereis! os hablé con el corazon y me respondisteis con el talento; esto me hirió profundamente. Deplorando amargamente el haberme dejado arrastrar por vuestra belleza, acabo de atormentaros con una grosería emanada de mi locura. Ved si soy franco, y si os he hablado sinceramente. Esto basta para demostraros cuán necesario me es vuestro perdon.

Ernesto calló, y Mad. Buré hizo lo mismo.

La joven temia hablar, porque hubiera necesitado mas arte que el que poseia para responder naturalmente. Sin embargo, no pudiendo resignarse al silencio y para tener tiempo de reponerse, ofreció á Ernesto ocasion de seguir hablando.

—Me habeis dicho ya lo que pensabais hace una hora, pero no lo que pensais en este instante.

—Ah! los pensamientos que ahora me ocupan son todavía mas locos y mas culpables tal vez; pero nada de lo que voy á deciros os puede ofender. Es la confidencia de uno de esos sueños momentáneos que se perdonan por lo que tienen de efímeros; el mio durará muy pocas horas.

—Veamos ese sueño.

—Figuraos, pues, que al ver el disgusto que os había causado, aun permanecian íntegras mis esperanzas ó mas bien mis deseos.

—¡Cómo! creeis todavía....?

—Permitid que os diseñe mi cabeza y mi corazon. Deciros que he esperado, no es verdad; pero deciros que no he deseado una cosa imposible, no es verdad tampoco. Y esta cosa imposible consistia en desear que abrigaseis alguna idea loca ó algun entusiasmo capaz de dominaros y de entregaros á mi. Tal vez no me comprendais, por que todo lo que he sentido es tan estraño que dudo mucho sea inteligible. «La muger que está á mi lado, me decia á mí mismo, debe amar alguna cosa, debe tener alguna pasion ó algun gusto esclusivo; si amase la poesía, si fuese una de esas mugeres que entregan su corazon al arte temerosas de perderle en el amor, si ese magnífico y santo lenguage de la poesía hubiese adormecido alguna vez sus dolores ó reanimado sus esperanzas, ¡cuán dulce sería poderla decir: «me llamo Byron, me llamo Lamartine», y hallarse en intimidad con su pensamiento, inspirarla, en una hora de olvido, la idea de pertenecer por un momento al objeto de sus sueños. Si fuera apasio-

nada á la música, yo quisiera ser Rossini ó Weber; si fuese aficionada á la pintura, ¡qué felicidad llamarse Vernet ó Girodet! En fin, qué mas podré deciros? He inventado los cuentos mas estravagantes para concluir por creer que si yo fuese un hombre superior, al encontraros no me hubiese separado de vos con la indiferencia con que uno se separa de una persona cualquiera. Y por último, señora, he creido que á ser vos devota, yo hubiera querido ser un ángel. Ah! yo me vuelvo loco!

—Lo sois verdaderamente, y todos vuestros sueños son insensatos, porque si hubieseis sido un Weber, un Byron ó cualesquiera otro, no hubierais hallado en mí una pasion ó un gusto bastante esclusivo para comprenderos. Yo soy una pobre muger que se contenta y se cree feliz viviendo en la medianía. Ya veis que todos vuestros sueños se dirigen al mal como todas vuestras malas suposiciones.

—Teneis razon, señora, y esto mismo prueba que no sois una muger vulgar. Hay en vuestro derredor una atmósfera de encantos demasíado sútil, demasiado sútil quizás para las personas que os rodean, y esa atmósfera se ha apoderado de mi corazon. No se os comprende y tal vez vos misma no os comprendeis.... Habeis amado alguna vez?

—Oh! no.

Esta respuesta se escapó del pecho de Mad. Buré repentinamente, sin reflecsion y con tal acento de espanto que denotaba que aquella muger había temido siempre á su corazon y le había conservado intacto no pudiendo entregarle á un amor consagrado y temerosa de dedicarle á un amor culpable. Aquella contestacion quería decir: — «Me he guardado bien de amar, porque hubiera amado con esceso.»

Así lo comprendió Ernesto.

—Ah! con qué no habeis amado nunca? Mucho mejor. Me amareis á mí.

—Eso ya pasa de locura.

—Repito que me amareis. Soy jóven, soy rico y soy libre; la carrera que sigo solo es para mí una ocupacion sin porvenir y puedo abandonarla del mismo modo que la emprendí; toda la actividad que en el dia empleo en estudios fastidiosos y en placeres mas fastidiosos aun que los estudios; toda la actividad que hay en mí para la vida aventurera, toda la emplearé en buscaros y en perseguiros y en adoraros. Ya veis, señora, que voy á trocar mi vida insípida de ejercicios, de matemáticas, de revistas y de café por una bella novela caballeresca, la única de nuestro siglo. Estamos en el cupé de la diligencia, no es verdad? Pues bien; vos sois la castellana desconocida que un pobre caballero andante encuentra por casualidad en un bosque y á la cual se consagra en cuerpo y alma. Dentro de algunas horas habreis huido de mí y no sabré donde encontraros. Os dejaré huir, no lo dudeis; pero luego iré en vuestro seguimiento guiado, no por las huellas de vuestra hacanea, sino por el perfume de dis-

tincion y de felicidad que habreis dejado á vuestro paso. No tocare la bocina al llegar al rastrillo de todas las fortalezas, pero llamaré á la puerta de todos los salones; no os buscaré en un belio torneo, pero os aguardaré en todos los elegantes saraos; no esperaré vuestra hermosa presencia bajo la ojiva ventana de un elevado torreon, pero la esperaré bajo un balcon engalanado de flores y al fin os veré tras de sus cristales despues de buscaros largo tiempo, y entonces será preciso llegar hasta vos. Teneis un padre, ó un esposo, ó un hermano que os defenderán y será preciso retar, lidiar y vencer. Pues bien: rastrillos, murallas y torres que me separais de mi heroina, caereis todos delante de mí y llegaré á los pies de mi dama para decirle: —«Soy yo, soy vuestro amante, soy el que os ama como un loco; tomad mi vida y dadme á besar vuestra mano!»

—Qué locuras! qué insensatos proyectos!

—Haré esas locuras, y llevaré á cabo esos proyectos.

—Dejemos tales tonterías y hablad razonablemente.

—Tal vez no hablaré razonablemente, pero lo que os aseguro es que hablo con formalidad.

—Pensais hacérmelo creer?

—Ahora no, señora, pero lo creereis muy pronto; lo creereis cuando me volvais á encontrar, cuando me veais otra vez en vuestro horizonte siempre en torno vuestro como el satélite esclavo de astro tan hermoso.

—Sabeis, caballero, que si yo fuera bastante loca para creeros debía hallar superlativamente estravagantes vuestros proyectos?

—Ahora sí; pero cuando me veais hacer lo que he dicho, direis que no me sería posible hacer otra cosa y que la pasion me domina.

—Veo caballero, que nos hallamos en un mundo para mí enteramente desconocido. Con que porqué he tenido la desgracia de encontraros me veré condenada á sufrir vuestra eterna persecucion? Y, hablando con seriedad á ejemplo vuestro, teneis derecho á turbar mi tranquilidad, á alterar mis costumbres y á distraerme del cumplimiento de mi deber por que os haya ocurrido el capricho de dar á vuestra vida un interés caballeresco y de procurar á la ociosidad de vuestra opulencia el interes de una novela? Con qué derecho insultareis mi reputacion? porque naturalmente nadie creerá que un hombre á quien ninguna esperanza se le ha dado es capaz de hacer tales esfuerzos solo por la necesidad de crearse un pasatiempo. Tened entendido que si os escucho es suponiendo que me leeis en alta voz una novela que oigo con los ojos cerrados.

—Creeis que dejaré sin desenlace esa novela?

—Tal creo.

—Por mi honor os juro que os equivocais; temprano ó tarde tendrá su desenlace.

—Parad! parad! esclamó Mad. Buré abriendo un cristal y dirigiéndose al postillon.

—Qué haceís señora?

—Voy á dejar este sitio, caballero. En el interior del carruage hay un asiento vacio; voy á trasladarme á él, pues allí estaré mejor que aqui.

—Haced lo que gusteis; pero yo he tomado mi resolucion y os juro á fé de caballero que os volveré á ver temprano ó tarde.

Mad. Buré cerró el cristal y, tomando un aire de tranquilidad que el sonido de su voz desmentía, dijo:

—En verdad que soy tan loca como vos. Os creo...me alarmo... tiemblo... Había olvidado que todo era una broma.... Vamos, acabad vuestro cuento de hadas, porque es muy divertido.

—Dejad la ironía, señora; os amo ya lo bastante para sufrir vuestras injurias y vuestras burlas. Reflecsionad que vos únicamente teneis esta noche para dudar de mí y yo tengo todo el porvenir para haceros reconocer el amor que me habeis inspirado.

—Insistis todavía...?

—Insistiré siempre, señora, y en cualquiera parte donde me volvais á ver hallareis en mí los mismos sentimientos y el mismo lenguage.

—Pues bien, caballero, replicó Mad. Buré con tono grave, voy á hablar yo tambien con seriedad.... aunque me averguenzo de ello. Suponiendo que decis verdad, suponiendo que me amais, ó mas bien que estais bastante desocupado para hacer todo lo que deeis ¿pensais que yo no sabré defenderme? Caballero, tengo un esposo honrado, tengo un hermano antiguo soldado del imperio y será una imprudencia obligarlos á colocarse entre vos y yo.

—Señora, pedid apoyo á vuestras propias fuerzas y no opongais á las mias un obstáculo que en mi edad y en mi profesion solo es un motivo mas de perseverancia. Amenazar á un amante con un marido, y á un oficial de la restauracion con un soldado del imperio, es llamar la lucha y el duelo; es obligarme á repetir lo que ya otras veces he hecho.

Ernesto pronunció estas palabras con tan modesto acento de verdad que Mad. Buré conociendo que no había en ellas fanfarronada alguna, replicó:

—No os he amenazado caballero, no ha sido tal mi intencion. Me poneis en el caso de defenderme y lo hago como mejor puedo; convengo en que sois animoso y honrado y en que sois capaz de esponer vuestra vida por una palabra; pero un amor tan frívolo como el vuestro no merece la pena...

—La merece mas que una palabra.

—Sois diestro en todas vuestras respuestas. Pues bien; tengo que haceros una pregunta ¿me prometis responder sinceramente?

—Os lo prometo.

—Si yo os manifestase quien soy, si os digese que una locura de jóven puede comprometer para siempre á una familia honrada, que vuestra aparicion en nuestra soledad sería un acontecimiento notable y que vuestra persecucion

sería un escándalo que me haría sucumbir bajo el peso de la calumnia y del ridículo, ¿no renunciariais á vuestros proyectos?

Ernesto reflecsionó largo rato y respondió:

—... No.

—No!

— No, señora: al salir de este carruage, llevareis con vos mi vida y yo tengo derecho á la vuestra. Esta es la ley fatal del amor: yo sufriré por vos y vos sufrireis por mí... Nos unirá el dolor que es un vínculo tan santo como el de la felicidad. El vínculo del dolor es el que pienso imponeros.

Mad. Buré se estremeció: tal era la resolucion inecsorable que denotaba la voz de Ernesto. Al meditar lo que acababa de oir, se vió acometida de un vértigo; midió con una rápida ojeada el porvenir de inquietudes y de dolores en que la locura de aquel hombre la iba á sumergir, y llegando de este modo á una verdadera desesperacion, esclamó:

— Cómo podré salvarme de vos caballero?

El acento con que fué hecha esta pregunta era tan profundo que Ernesto se sintió conmovido; pero aquella conmocion solo duró un instante.

— Es difícil esplicaros, respondió el jóven, el insensato deseo que al veros se ha apoderado de mi corazon; este deseo es tan invencible que por fuerza hay entre nosotros una predestinacion.... Vos debeis ser mia.

— Caballero...!

— Debeis ser mia, porque yo consagraré mi vida á conseguiros ó porque vos os librareis aquí mismo de mi eterna persecucion.

— No me atrevo á comprenderos.

— Escuchadme, señora, escuchadme. Entre todos los recuerdos de la juventud que al llegar á la vejez nos presentan las dulces sonrisas y la animacion del pasado; entre todos esos dichosos hijos de la primavera de nuestra vida que apoyan su rubia cabeza contra nuestra nevada cabellera y sus tíbias manos sobre el hielo de nuestro corazon, entre todos esos recuerdos no son los mas dulces aquellos que, mezclados de regocijos y de penas, nos han pedido años enteros para dejar tras sí una palabra tan solo. Los mas dulces son esos momentos de felicidad sencilla que estallan en la vida á manera de un incendio, que la iluminan y la abrasan durante algunas horas y que, despues de apagados, aparecen á nuestros ojos libres de todo afan para obtenerlos y de todo pesar de haberlos perdido. En un dia caluroso ó en una noche tranquila, hallándoos al abrigo de un bosque ó sentada á la orilla de un lago, ¿no habeis oido cruzar á lo lejos la misteriosa armonía de las bocinas del monte? Ese salvaje concierto, cuyos actores han permanecido incógnitos para vos, esa voz cuya duracion es de un momento ¿no os ha sumergido en un éstasis mas profundo que todos los que han producido en vos los músicos mas afamados en los salones iluminados magníficamente ó en los coliseos henchidos de

espectadores? No habeis recordado despues ese concierto como una felicidad completa oculta entre el misterio y vos? Pues bien, si eso os ha sucedido, tal vez me comprendereis; yo os amo, os amo lo bastante para perseguiros implacablemente con mi amor; os amo lo bastante para cambiar la pasion inmensa y obstinada que os he confesado por una hora, por un momento, por un rayo de felicidad. O sereis para mi la fortuna á quien se persigue sin tregua hasta alcanzarla, ó sereis el tesoro olvidado que la casualidad me haya hecho encontrar en un camino por donde nunca volveré á pesar.

Ernesto calló; Mad. Buré permaneció tambien en silencio.

—Qué decis, señora, qué decis?

—Qué quereis que diga caballero? Encontrais una muger y dais en el capricho de poseerla, y porque no es lo que os habiais imaginado, porque conoceis que esa muger tiene alguna estimacion que conservar, la amenezais con arrebatarla esa estimacion y la decís: —«Ya que sois una muger á quien se puede perder, entregaos á mi como una muger perdida.» Ah, caballero! ese proceder es odioso y despreciable.

Ernesto calló á su vez, y luego respondió:

—Teneis razon señora; debeis creerme muy culpable y necesitaré muchos dias de pruebas y muchos años de perseverancia para obtener de vos esa estimacion que á pesar nuestro tributamos á toda pasion sincera. Mas no importa, señora; el tiempo es mio y él me justificará, porque es preciso que me justifique.

Sucedió un instante de silencio; Mad. Buré fué quien le rompió.

—No necesitais justificaros, dijo con frialdad; juradme renunciar á vuestros proyectos y yo os perdonaré. No puedo odiaros porque no me conociais....

—Pero me conoceis vos á mí, señora, y os he ofendido bastante para que el perdon que me ofreceis solo sea un medio para deshaceros de un miserable.....

—Ah! qué idea!....

—Pudierais juzgarme de otro modo despues de lo que os he dicho? Y puedo yo dejaros tan desventajosa opinion de mí?

—Mi opinion no tiene la gravedad que suponeis. Veamos, caballero; me habeis dicho que soy hermosa y que tengo talento; pues bien, acepto vuestros elogios; os he agradado lo bastante para haceros perder un instante la razon y por lo mismo no debo estar resentida. Sed lo que al encontrarnos erais, es decir, un jóven atento é indiferente, y nos separaremos como buenos amigos, yo os lo juro.

—Os creo, señora, pero no acepto el partido.

—Y por qué?

—No me obligueis á decíroslo, porque tal vez volveré á insultaros. Pero si

mañana, dentro de algunos dias, ó mas tarde, en fin, me hallais á vuestro paso por cualquiera parte donde vayais, no os admireis.

—Pero, caballero, no renunciais...?

—Nunca, señora, nunca. Pero de dónde sois? Como entre los hombres que habitan junto á vos no hay uno que os haya hecho comprender la locura que sois capaz de inspirar á la cabeza y al corazon del hombre? Si pensais que represento una comedia, poned la mano sobre mi frente y sobre mi corazon; mi frente se abrasa y mi corazon late con violencia.

Ernesto asió la mano de Mad. Buré quien sintió el temblor convulsivo que el oficial esperimentaba. La jóven retiró la suya con violencia y empezó tambien á temblar, pero á temblar de espanto.

—Teneis miedo! dijo Ernesto. Tranquilizaos: puedo contener mi cabeza sin riesgo de que estalle y mi corazon sin que se rompa, porque abrigo una esperanza, la esperanza de volveros á ver.

—Pero, caballero, esclamó Mad. Buré con voz tan suplicante que denotaba su seguridad en la sinceridad de las palabras de aquel hombre, si yo os pidiese que renunciaseis á volverme á ver, si os lo suplicase en nombre de esa locura que os he inspirado...?

—No es locura, señora; es amor lo que yo siento.

—Pues bien; si os lo suplicase en nombre de ese amor, no me lo concederiais?

—No, señora, no.

—Pero ya os he dicho que vais á perderme...

Mad. Buré se detubo y luego continuó con voz entrecortada y temblorosa:

—Vamos, sed generoso... Os creo, creo que me amais. Una fatalidad inesplicable os ha inspirado esa loca pasion; pero cómo quereis que yo la sufra ó que para librarme de ella sea tan loca como vos?

—Ah! señora... murmuró Ernesto acercándose á Mad. Buré.

—Vaya, calmaos y reflecsionad. Qué pensariais mañana de la muger que hasta tal punto hubiera olvidado su honor?

—Mañana esta felicidad será un sueño terminado, si olvidado no; mañana nos separará un abismo.

—Y quien me lo asegura?

—Mi palabra que os empeño y mi vida de que podeis disponer si falto á mi palabra.

—Oid, Ernesto; todo lo que acabo de oir es tan estraño y tan singular que mi cabeza se pierde y no sé ya lo que digo ni lo que hago. No es verdad que nunca procurareis volverme á ver? En ello vá mi reposo, mi vida, mi felicidad... Ernesto, jurádmelo.

—Sí, yo os lo juro; jamás volveré á veros, jamás...

Ernesto se acercó mas aun á Mad. Buré que murmuraba dulcemente:

—Jamás, no es verdad, jamás?

—Jamás! respondió Ernesto.

—Dios mio! Dios mio! tened piedad de mi!

—Desgraciadamente, continuó el diablo, era yo y no Dios el que danzaba en el cupé de la diligencia y no tuve piedad de aquella pobre muger.

—Y qué hizo Ernesto cuando la diligencia llegó á Castres? preguntó el baron de Luizzi.

—Dejó marchar á Mad. Buré sin seguirla y sin informarse de su direccion.

—Y despues?...

—Despues supo que Mad. Buré era la esposa de un fabricante de hierro de las cercanías de Quillan; mas tarde, teniendo noticias de que el gobierno había celebrado una contrata con el fabricante, se hizo nombrar por el ministro del ramo inspector de los trabajos. En el camino supo tambien que la familia en cuyo seno se iba á introducir era numerosa y que se la citaba como modelo de esas costumbres patriarcales que se encuentran aún lejos de las grandes poblaciones en algunos sitios desconocidos, y, por último, supo que el hermano y el marido de Madama Buré eran dos de esos severos protestantes del Mediodia que custodian su austera fé en el honor de la familia; tambien se le habló de estrañas desgracias ocurridas en aquella casa y de la desaparicion de una hermana de Mad. Buré, jóven seducida á quien nadie se había atrevido á condenar en consideracion á su desdicha.

A saber Ernesto que la muger á quien espantara con sus locas amenazas era solo una aventurera que se había comprometido con él como con cualquiera otro, no hubiera solicitado del gobierno pasar á la fábrica cuya dueña era Mad. Buré; pero se trataba de una muger á quien no había perdido por completo y á quien no había hecho olvidar completamente sus deberes, y no quiso dejar su victoria imcompleta. Su orgullo de seductor se hallaba reforzado por su orgullo de jóven oficial. Aquella muger tenía un marido y un hermano, y hubiera sido una cobardía dejar de perseguir á la esposa y la hermana de estos dos héroes; iba en ello el honor y la dicha de Ernesto. Puedo aseguraros que así lo creyó el militar, como se creia bastante enamorado para disculparse á sí mismo la falta de cumplimiento á su palabra; esperaba que Mad. Buré sería bastante indulgente para con un amor tan profundo que traspasaba los límites del honor.

Mad. Buré supo felizmente el nombramiento de Ernesto antes que este llegara á la fábrica, y merced á esto, le recibió con una tranquilidad tan bien representada y con una cordialidad tan grande, que el jóven creyó que hubiera sido una torpeza imperdonable el cumplimiento de su palabra. Ernesto se alojó en Quillan; pero, convidado á comer por Mad. Buré, se halló inmediatamente en medio de la santa y numerosa familia que has visto, y en la cual iba á intro–

ducir el desórden. Ancianos de cabellos blancos, de rostro bondadoso y sereno y que miraban tras sí un pasado lleno de honor; hombres maduros, sérios y confiados; jóvenes cándidas y discretas, niños tímidos y respetuosos, y en medio de todos, como el centro por donde se tocaban todas las afecciones, Madama Buré bondadosa y noble, bella y tranquila, tal era la familia que apareció á los ojos de Ernesto en casa del fabricante.

Aunque Mad. Buré no demostrase precisamente querer dar, con la presentacion de tan respetable cuadro, una leccion al jóven oficial, este no pudo menos de conmoverse, y tuvo tentaciones de abandonar sus proyectos; mas puso á discusion este pensamiento y no tardó en calificarle de necio. Hasta quiso utilizar aquella santidad de familia en beneficio de un amor culpable que, oculto bajo la pureza general, debía ser doblemente hermoso.

Despues de comer, los hombres se fueron á sus ocupaciones, las jóvenes se retiraron á sus labores, y Ernesto y Mad. Buré quedaron solos.

—Hortensia, dijo el oficial, he obtenido ya perdon?....

—Podeis dudarlo? respondió Mad. Buré. Sin embargo, mi tranquilidad reclama algunas precauciones. Acudid esta noche al estremo de una senda que desemboca en un pabellon situado en el ángulo del jardín; yo estaré en el pabellon, llamad y os abriré la puerta. Retiraos ahora, y yo, con pretesto de enseñaros un atajo que ahorra bastante camino, voy á enseñaros tambien el pabellon y la senda que conduce á él.

Su felicidad pareció tan fácil á Ernesto que casi se arrepintió de haber hecho tanto para hallar tan pocos obstáculos. Sin embargo, prometió concurrir á la cita. Llegó á media noche al pabellon, y así que llamó á la puertecita se abrió una ventana y preguntó por ella una muger:

—Sois vos, Ernesto?

—Yo soy.

—Teneis que subir por la ventana, porque no encuentro la llave de la puerta.

La ventana estaba á cinco ó seis pies del suelo. Ernesto se asió al antepecho con facilidad; pero, cuando pugnaba por acabar de subir, sintió en su frente una especie de anillo de hierro frio y solo oyó estas palabras:

—Habeis faltado á vuestra promesa: sois un infame!

En aquel instante sonó un pistoletazo y el jóven cayó muerto al pie del pabellon.

En este pais montuoso y habitado por cazadores furtivos no llamá la atencion de nadie un tiro disparado de noche. Los trabajadores que cuidaban de las fundiciones oyeron aquella detonacion, y uno de ellos dijo:

—Bien nos vamos á regalar mañana.

—Con qué? le preguntó Mr. Buré que había ido á dar la última vuelta por la fábrica.

—Con la liebre ó el javalí que tal vez acaba de matar en el soto alguno de nuestros compañeros.

—Mirad lo que haceis, porque os van á echar mano, y lo que es yo no vuelvo á pagar la multa por vosotros.

Mr. Buré acabó la inspeccion de sus talleres y se volvió á casa, donde encontró á su muger acostada y durmiendo, ó al menos aparentando dormir profundamente.



Al dia siguiente se halló el cadáver de Ernesto, pero no se descubrió el asesino, y la familia de Mad. Buré ha crecido sin que nada haya turbado las santas afecciones que unen á la hermana con el hermano, á la esposa con el esposo y á la madre con los hijos.

Detúvose el diablo un instante y luego preguntó al baron:

—Y ahora qué decis?

Luizzi calló y respondió despues de reflecsionar un rato:

—Esa muger ha salvado la tranquilidad y el honor de su familia.

—Por medio de un adulterio y de un asesinato. Te parece una muger virtuosa?

—Me parece una muger desgraciada.

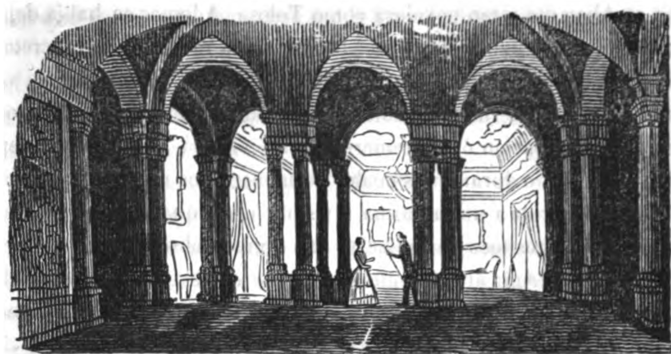
—Sí? Pues parece tambien una muger muy tranquila y muy bella.

—Hay en la existencia de la marquesa y en la de Mad. Dilois secretos tan terrible como ese?

—Dentro de ocho dias te lo diré.

El diablo desapareció y Luizzi quedó abismado en mil dudas y confundido de asombro.





VI.

Vision.



A su salida de Tolosa, Luizzi había mandado que se le remitiesen á la fábrica las cartas que llegasen en su ausencia; suponía que de este modo podría saber con ecsactitud el resultado de su indiscrecion, y se hallaba dispuesto á volver en todo evento á la ciudad, ya fuese para desmentir ó ya para negar lo que había revelado. Así es el hombre, ó al menos asi le ha formado la sociedad. Si Mad. Dilois hubiera ido á implorar socorro de Armando, Armando se hubiera batido para probar que Mad. Dilois era inocente; si Cárlos hubiera ecsigido del baron la retractacion de una calumnia, el baron se hubiera batido para probar que Mad. Dilois tenía un amante. Si preguntamos á los hombres de corazon su modo de pensar respecto á semejante conducta, responderán que ellos harían otro tanto; creen dar una prueba de valor y de dignidad haciendo lo que, si bien se mira, solo prueba un valor muy pequeño y una necedad muy grande. Luizzi, despues de largas reflecsiones, concluyó por pensar que lo que había dicho de Mad. Dilois solo se tendría por uno de esos chismes que si bien llaman la atencion por el momento, no tardan en olvidarse y confundirse entre los infinitos que corren, sobre todo en una ciu-

dad tan maldiciente y tan novelera como Tolosa. Ademas se habia dejado dominar por el relato del diablo. Poseedor por primera vez de un secreto á cuyo través le era dado, por decirlo así, contemplar á una muger bajo su verdadero punto de vista, determinó estudiar á Mad. Buré, y buscó en su fisonomía una sombra de preocupacion ó de remordimiento; buscó una de esas repentinas miradas á lo pasado durante las cuales permanecemos inmóviles y temblorosos con el alma adherida á un fantasma invisible hasta que una voz que nos llama ó una mano que nos toca nos advierte que alguien observa nuestra preocupacion y nos hace dirigir al remordimiento, que como un espectro se abre ante nosotros, una sonrisa que le disfraza, una palabra alegre que le esconde, sudarios de color de rosa que envuelven un cadáver y un crimen.

Luizzi no halló remordimiento ni preocupacion en Mad. Buré: la serenidad inalterable de aquella muger no sufrió la mas leve alteracion durante los dias que el baron empleara en sus observaciones. La esposa del fabricante aparecía siempre tranquila, siempre buena, siempre amable. Armando dudaba algunas veces de la veracidad del diablo y otras le indignaba aquella serenidad hasta el punto de verse tentado á lanzar al rostro de Mad. Buré el nombre de Mr. de Labitte de quien podía hablar como uno de sus conocidos demostrando sentir su desgraciada muerte y haciendo datar sus relaciones con él de una época capaz de hacer temblar á la culpable.

Luizzi resistió esta tentacion; la causa que produjo en él esta resistencia le hubiera honrado no poco si la hubiese esplicado como creía sentirla; pero el diablo se hallaba tan poco dispuesto á dejarle crear ilusiones acerca de sí mismo como acerca de los demas, y Armandó recibió una leccion bastante dura acerca de lo que él llamaba su noble discrecion. Veamos con qué motivo la recibió.

Tres ó cuatro dias despues de su llegada, halló á la familia de Mr. Buré reunida á la hora de costumbre; pero se notaba en todos los semblantes un aire estraño de descontento que Luizzi atribuyó á su presencia. Algunos hombres se suponen tan influyentes que para sostener tal suposicion se apoderan hasta de los incidentes que mas la destruyen. Armando suponía que una familia en la que se contaban una muger y dos jóvenes encantadoras podía muy bien alarmarse con la presencia de un buen mozo como él; pero las primeras palabras que oyó bastaron á desvanecer tan halagüeña opinion.

—Me veo precisado á dejaros, le dijo Mr. Buré; voy á partir dentro de una hora; acabo de recibir la noticia de una quiebra que puede hacerme perder cincuenta mil francos, y como mi presencia en Bayona bastará tal vez á salvar una buena parte de esta suma, no quiero detenerme un instante.

El fabricante dejó á Luizzi á un estremo de la habitacion y volvió á anudar la conversacion con su muger y su padre. Al mismo tiempo llegó su cuñado el capitan Feliz con el rostro descolorido y osco.

—Con que es verdad, dijo, que ese bribon de Lannois ha suspendido sus pagos?

—Así parece, respondió Mad. Buré.

—Al fin...! murmuró el capitan con alegría cruel. Parto para Bayona, lo ois? Yo soy quien debe arreglar ese negocio.

—A mí es á quien corresponde, dijo Mr. Buré.

—A tí! replicó el capitan.

Mad. Buré advirtió á su esposo y á su hermano, por medio de una seña, que un forastero los escuchaba y ambos salieron de la habitacion. La esposa del fabricante se hallaba agitada; los ancianos estaban turbados y las jóvenes solo parecian admiradas. Apenas salieron el capitan y su cuñado, se los oyó hablar acaloradamente. Mad. Buré salió tambien y los ancianos la siguieron. Luizzi quedó solo con las niñas.

—Es una desgracia, dijo, y yo concibo muy bien la ecsasperacion de vuestro tio; participo de su indignacion, porque es muy cruel el verse un hombre de bien engañado de esa manera.

—Por tan corta suma irritarse así! dijo una de las niñas.

—Qué decis, señorita? mirad que son cincuenta mil francos.

—Otras veces hemos sufrido pérdidas de mas consideracion sin que mi padre ni mi tio se hayan puesto de ese modo.

—Y ademas, añadió la otra jóven, mi tio debía esperarse ya eso; muchas veces le he oido decir que Mr. Lannois concluiria por hacer quiebra, y sin embargo, él era el primero que incitaba á mi padre á emprender negocios con ese hombre.

—Es estraño! dijo su hermana—Y Luizzi repitió tambien: es estraño!

La conversacion quedó en este estado. Habiéndose servido la comida, se sentaron todos á la mesa.

Volvió á reinar la tranquilidad; pero la comida fué corta porque Mr. Buré partió inmediatamente. Al despedirse, llamó aparte á Feliz y á Luizzi, y dijo á este último:

—Ya que me obliga á ausentarme un asunto en el que mi cuñado se creia mas interesado que yo, Feliz arreglará por mí el negocio de que tenemos hablado.

El capitan y el baron se inclinaron; ambos esperimentaban, al parecer, cierta repugnancia á tratar juntos de negocios.

Luizzi, aunque era en lo mas riguroso del invierno, salió despues de comer con pretesto de dar un paseo por el parque; á pocos instantes, vió pasar á un criado llevando de la brida un caballo, el cual le dijo que iba á esperar á su amo á la puerta de un pabellon situado al fin de una senda que acortaba bastante la distancia que separaba á Quillan de la fábrica.

Al oir esto, se acordó Luizzi del relato del diablo y por consecuencia de

que al pié de aquel pabellon habia sido asesinado Mr. de Labitte. Aunque ninguna señal del crímen debia quedar, Luizzi tuvo deseos de ver el sitio en que se habia cometido. Esta curiosidad es tan comun que no se necesita justificarla; los sitios en que han tenido lugar acontecimientos notables de nuestra historia se ven visitados frecuentemente por toda clase de personas. Hay quien dice conocer la grandeza de la abdicacion de Napoleon en presencia de la miserable mesa en que se firmó; los hay que se deleitan en contemplar el marco de un lienzo que no ecsiste; pintan el cuadro con los colores que á su imaginacion placen y creen comprenderle así mejor. Tal era Luizzi: al llegar al pabellon, se colocó delante de él y se puso á examinar la ventana en que tuvo su desenlace por medio de un asesinato la aventura de Mad. Buré. Habia penetrado algunos pasos en el bosque al otro lado del camino, y apoyado contra un árbol, filosofaba mentalmente acerca de aquella lamentable historia.

—Con que ahí, decía, es donde una muger tuvo valor para cometer á sangre fria un crímen que al hombre mas resuelto hubiera aterrorizado! Cuánto poder tienen en esa muger el sentimiento de su dicha y el orgullo de su reputacion! Esos sentimientos que al parecer no pueden inspirar al alma ninguna resolucion violenta, pueden sin embargo producir los mismos resultados que el odio, la venganza y los zelos.

Luizzi hubiera edificado una teoría completa sobre este tema á tener tiempo de continuar su monólogo; pero vió que se aprocsimaban el capitan y Mr. Buré, quienes, al llegar junto al pabellon, despidieron al criado. Mr. Buré metió el brazo por la brida del caballo y él y su cuñado se alejaron lentamente.

—Con que me lo aseguras? decia el capitan. Nada de indulgencia! no tengas compasion de él. .

—Confia en mi rencor.

—Es preciso que muera en galeras.

—Tengo medios para enviarle.

—Enriqueta cuando vea su sentencia en los periódicos, tal vez concluirá por creernos.

—Yo asi lo espero, porque su suplicio es demasiado terrible, y si se llegase á descubrir...

Sin duda una seña del capitan interrumpió á Mr. Buré; ambos callaron y Luizzi los vió muy pronto desaparecer sin que se oyeran siquiera las pisadas del caballo. Armando aprovechó esta ocasion para volver á entrar en el parque.

Aquel suceso y aquellos proyectos revelaban la ecsistencia de una historia desconocida. Aquellas personas de costumbres tan patriarcales que meditaban la deshonra de un hombre cuyo delito consistia tal vez en ser desgraciado; aquella muger tan virtuosa en la apariencia y que tenía á su cargo dos críme-

nes tan abominables; el nombre de Enriqueta mezclado en la conservacion, todo en fin, inspiraba á Luizzi un vivo deseo de conocer los secretos mas íntimos de la familia en cuyo seno se hallaba. En lugar de encaminarse á la sala comun, dió un largo rodeo para entrar en la casa por una puerta que le facilitaba retirarse sin ser visto á su habitacion. La calle que siguió le condujo al estremo opuesto del parque donde encontró un pabellon lo mismo que el que acaba de dejar: era la habitacion del capitan Feliz Ridaire. Este pabellon aumentó las cavilaciones de Armando que había notado ya que nadie visitaba al capitan, quien se retiraba siempre muy temprano á su habitacion, adonde le llevaban la cena. Una idea bastante estraña hizo presumir á Luizzi que aquel pabellon, que hacía juego en el parque con el que primeramente había visto, encerraba un secreto que en la historia de la familia hacía tambien juego con el secreto relativo á Mr. de Labitte. Esta idea llegó á dominarle de tal modo, que acercándose al edificio, dió vuelta á su alrededor aguzando el oido como si esperase oir una voz quejumbrosa y acusadora. Nada oyó sin embargo, y se retiraba ya bastante preocupado, cuando se encontró cara á cara con Feliz.

—Vos por aquí, señor baron? le dijo el capitan con tono brusco y despues de haber dejado escapar una sorda esclamacion de sorpresa.

—Sí, respondió Armando en estremo turbado; me sentía un poco indispuesto y he salido á ver si el aire libre me alivia algo.

—El aire libre no es un remedio muy eficaz, respondió el capitan procurando sonreir y hablar con volubilidad á fin de disimular su descontento.

—No lo será tal vez para los que viven continuamente en los montes y en los campos, respondió Luizzi, porque ese es su estado normal, es como la buena carne para los ricos; pero para nosotros los habitantes de las ciudades, que pasamos la vida en aposentos herméticamente cerrados y cuyo aire absorvemos en pocos minutos, un espacio dilatado y libre en que el cuerpo se baña en una atmósfera siempre pura, equivale á los alimentos saludables para el pobre. El aire es, despues de la libertad, la primera ambicion del prisionero que se ahoga entre los miasmas deletéreos de un calabozo, y el habitante de las casas bajas y de las calles estrechas de nuestras ciudades al pasear por el campo, es el pobre admitido por casualidad á la mesa del rico.

El capitan había escuchado á Luizzi dirijiéndole con frecuencia una mirada llena de sombría desconfianza. Despues, á medida que hablaba, Luizzi creyó notar en él una turbacion progresiva; al oir aquel ecsajerado elogio del aire que se respira en el campo, la espresion de su rostro se hizo aun mas suspicaz y sombría, y respondió con acento de amargura:

—Es cierto, pero el pobre admitido por casualidad á la mesa del rico pocas veces se preserva del esceso. Cuidado, señor baron, que la indigestion se sienta

al lado del pobre y flota el rehumatismo en el aire; me parece que es hora ya de abandonar el banquete, porque hace frío.

—Teneis razon, dijo Luizzi; se hace sentir la humedad.

Y sin esperar mas, se alejó y entró en su aposento. Cuando se vió solo, reflecsionó largo rato acerca de lo que debía hacer. La primera vez que consultára al diablo, el relato de este le había divertido, pero tambien había desarreglado su vida. La calma encantadora que hallára en el seno de aquella familia había regocijado su corazon, pero aquella dulce sensacion había desaparecido y á su pesar, su permanencia en la ferrería había degenerado en una especie de tácita inquisicion. A pesar de todo, el negocio que se le había propuesto le prometía ventajas que no debía renunciar, y consideró que, de llevarle adelante, le convenía saber con qué personas se iba á asociar. Despues de tan detenidas reflecsiones y satisfecho con dar á la curiosidad que le devoraba esta razon plausible, hizo resonar su infernal campanilla. El diablo no se presentaba. Luizzi despues de esperar en vano algunos instantes, agitó la campanilla otra vez. Entonces se abrió con estruendo la ventana y apareció un hombre de aspecto hediondo y repugnante; hallábase cubierto de harapos, no de esos harapos del pueblo que denotan la miseria, sino de esos harapos de la elegancia que son comunmente la librea del vicio. Largos cabellos grasientos caían por ambos lados de un rostro lívido de mejillas avinatadas; aquella cabellera aceitosa había ido dejando sobre el cuello de un frac azul con botones de metal una capa lustrosa y sólida de mugre; el sombrero que llevaba aquel hombre había sido lustrado por una brocha mojada, lo cual disimulaba un poco la falta del pelo del fieltro, si bien no desfiguraba nada sus infinitas abolladuras. Un corbatin de terciopelo raido se unía al frac abrochado tan completamente que no se notaba la ausencia de la camisa; el pantalon negro debía estar sostenido por un solo tirante, pues se veía muy caido de un lado y muy estirado del otro; las travillas que conservaba servian mas bien que para tenerle estirado, para sostener en los pies de aquel miserable unos zapatos descalçañados. Este trage estaba cubierto de manchas; en vano la tinta había procurado ennegrecer las costuras blancas, y en vano había querido la aguja hacer desaparecer los numerosos descosidos. Aquel estraño personage estaba armado de un baston cuyo puño era un enorme nudo mas pesado aun por la multitud de tachuelas con que estaba claveteado.

Luizzi retrocedió ante el aspecto del ser que acababa de aparecersele y en cuyos labios vagaba una sonrisa feroz y baja.

—Luizzi, tú abusas de mi bondad, te dije que dentro de ocho dias nos volveríamos á ver y me llamas ya. Hasta que termine este plazo no sabrás nada de la marquesa ni de la muger del comerciante.

—No es de esas de quien te quiero hablar.

—Pues de quien?

—Es preciso que yo sepa la historia del capitan Feliz y la de ese Lennois á quien tan encarnizadamente quiere perseguir.

—Corriente, mañana la sabrás.

—No; ahora mismo.

—Luizzi, acepta mis confidencias tal como te las hago, y no me obligues á contarte lo que mas tarde querras ignorar. No todos los secretos son tan fáciles de guardar como el de Mad. Buré. Todavía tienes una conciencia; ten cuidado con lo que puede obligarte á hacer.

—A la conciencia se la impone silencio cuando se quiere; prueba de ello es Mad Buré.

—A propósito, qué dices de esa muger?

—Que el fanatismo la ha conducido al crímen.

—No por cierto; lo que la ha conducido al crímen es un sentimiento bajo y despreciable.

—Cuál?

—El miedo.

—El miedo! Despues de haberme desilusionado respecto á la virtud de esa muger, me desilusionas hasta de su crímen! Por qué me muestras siempre la vida por sus faces mas hediondas?

—Te muestro la verdad tal como ella es.

—Con que es el miedo lo que la ha hecho criminal?

—Sí, el mismo miedo que te ha impedido pronunciar una palabra delante de esa muger que tan bien sabe asegurarse de la discrecion de los que pueden comprometerla; el mismo miedo que te hizo retirar tan pronto de junto al pabellon en que habita el capitan, cuando encontraste á este.

—Satanas, replicó Luizzi con tono despreciativo, yo no soy ningun cobarde; he dado ya pruebas de ello.

—Eres un valiente francés y nada mas; ya sé que una espada ó una pistola no te haran retroceder en un duelo, ni un cañon en una batalla. Pero fuera de eso, tú y todos los demas temblareis ante otros mil peligros. Teneis valor para sufrir una muerte pronta y en campo libre; pero no para sufrir una muerte lenta é ignorada, para sufrir un padecimiento contínuo, para dormir en una tumba abierta que puede cerrarse durante vuestro sueño.

—Y quién podrá hacer alarde de ese valor?

—Tal vez los que no tienen el tuyo.

—Un sacerdote fanático....

—O un niño enamorado: la religion y el amor, las dos grandes pasiones innatas de la humanidad.

—Lo que yo quiero es una historia y no disertaciones metafísicas.

—Mañana te la contaré.

—No; yo quiero saberla ahora mismo.

—Pues bien! dijo el diablo, mírala.

En este instante, la ventana que había quedado abierta, se ensanchó hasta convertirse en puerta de otra habitacion al parecer colocada al nivel de la habitacion de Armando. Nada descubrió este al primer golpe de vista, porque aquel aposento se hallaba débilmente iluminado por una lamparilla; pero poco á poco fué distinguiendo los objetos, y no tardó en divisar una muger sentada en un ancho sillon y un niño que dormía sobre sus rodillas.

Luizzi estaba acostumbrado á ver esos seres pálidos y enfermizos, cuyo aspecto nos entristece y escita nuestra piedad; habia visto esas criaturas que llevan en sí un principio de muerte cercana y que arrastran un cuerpo en disolucion; pero nunca había presenciado espectáculo semejante al que hería su vista. La muger que tenía ante sus ojos era blanca como esas estátuas de cera que aun no han recibido las tintas sonrosadas que deben imitar en ellas la vida; su rostro era infantil y puro, y únicamente una aureola azulada interrumpía, al rededor de los ojos, aquella palidez mate é inmóvil; el niño que tenía sobre las rodillas se hubiera semejado á la muerte (si la muerte puede mostrarse tan inanimada) á no ser por el movimiento lento y dulce de su respiracion.

La jóven estaba inmóvil y el niño dormía, de modo que Luizzi pudo contemplarlos á su gusto. Sus ojos se habituaron muy pronto á la claridad sombría del aposento y asi vió que el pavimento, las paredes y hasta el techo estaban cubiertos de tapices. No aparecía señal ninguna de ventanas ni de puertas ni de chimenea; pero la luz de la lamparilla vacilaba como si tropezara con una corriente de aire bastante viva. Armando conoció que aquel aire penetraba por una abertura practicada en el suelo y salía por otra hecha en el techo. Un lecho y una cuna se veían á un estremo del aposento; este se hallaba decentemente amueblado, y parecía haberse tomado todas las precauciones á fin de que la permanencia en él fuera lo menos cruel posible.

El baron miraba atentamente, y á pesar de la escasa luz que alumbraba aquella habitacion, distinguía los detalles mas imperceptibles como si estuviesen alumbrados de una manera particular; parecíale que sus ojos al dirijirse á un objeto dado rodeaban aquel objeto de una luz penetrante que permitia ecsaminarle minuciosamente. Una vision sobrehumana le dejaba ver á través de los objetos que de otro modo le hubieran servido de obstáculo.

Admirado de lo que le pasaba, se volvió para pedir á Satanas la esplicacion de aquel doloroso cuadro; pero Satanas no estaba allí ya, y Luizzi, al notar la desaparicion del que se había constituido su esclavo, iba á echar mano de su soberano talisman; pero un hondo suspiro ecsalado por la jóven le obligó á fijar la atencion en el interior de aquel aposento.

La jóven se levantó, colocó el niño en la cuna, y despues de prestar atencion largo rato al horrible silencio que parecía separarla del mundo animado á manera de un muro impenetrable, levantó un tapiz y sacó un libro; en se—

guida se acercó á una mesa sobre la cual colocó la lamparilla, abrió el volumen, apoyó dolorosamente la frente sobre la mano, se inclinó al libro y se puso, al parecer, á leer con mucha atencion.



Luizzi, merced á aquella potencia de vision sobrenatural que le mostraba los menores objetos, pudo leer el título de la obra. Este título le admiró aun mas que cuanto acababa de ver; el libro era la *Justina*, la obra inmunda del marques de Sade, ese abominable conjunto de todos los crímenes y de todas las impurezas.

Un pensamiento doloroso asaltó la mente de Luizzi: ¿Sería aquella jóven uno de esos seres destinados por la fatalidad á la infamia y á la disolucion? Habría sido encerrada en aquel calabozo solamente para encerrar con ella las feroces lubricidades de una naturaleza desenfrenada? ¿Habría sustraido á las miradas de sus guardianes aquel libro con objeto de devorarle en secreto, dando asi pábulo á los delirios de su imaginacion despues de haber hecho temer á su familia la realizacion de las brutales máscimas vertidas en aquella obra por una alma en que el cieno y la sangre hervían como la lava de un volcan? ¿Podrían hermanarse tanta corrupcion y tanta juventud?

Luizzi miró á la jóven bajo la impresion de este pensamiento, y nada que pudiese justificar su suposicion vió en aquellas mejillas decoradas con la calma de los dolores secretos. Sin embargo, aquella muger continuaba leyendo con atencion las páginas obscenas que tenía delante; pero se notaba en todo su ser un dolor tan grande, que Luizzi no se atrevía á acusarla sin compadecerla.

—Desgraciada! dijo para sí el baron; si esa jóven ha nacido con ese frenético delirio que la ciencia médica esplica, pero que nuestra lengua no puede describir, la infeliz es víctima de la necesidad de honor y de reputacion de esta familia; si arrastrada por ese furor amoroso.....

Luizzi era dueño de pensar á su gusto; pero nosotros que escribimos, no tenemos la misma libertad, ó no tenemos el talento suficiente para hacerlo. Nuestra lengua es tan mezquino intérprete de nuestros pensamientos! de tal modo carece de palabras decentes para espresar las cosas mas vulgares, que es necesario proscribir de la narracion muchas pasiones que nos tocan muy de cerca, muchos sucesos que nos interesan. Si la muger que Armando tenía á la vista hubiera sido una hija de la Grecia, un poeta hubiera traducido en versos fáciles y armoniosos el pensamiento del baron. «Es la Venus de Pasifae, de Myrrha y de Fedra, hubiera dicho; es la Venus ardiente y cortesana por quien se celebraban las afrodiseas furiosas de Corinto y de Pafos; Venus Afacita ha lanzado su soplo ardiente al jadeante pecho de la jóven, Venus ha lanzado á su seno el dardo emponzoñado y abrasador que la irrita, la hostiga, la estravía y la precipita en los amores insensatos del mismo modo que el tábano adherido á las narices del noble corcel hace á este indócil, arrebatado, furioso y le obliga á lanzarse, dando relinchos salvages, á través de los bosques, á las lagunas y á los torrentes hasta que cae desgarrado, moribundo, cubierto de sangre y de lodo y espira pugnando por librarse del insecto que le pica y le abrasa y le mata.»

Como nuestro idioma no tiene palabras para estos pensamientos, traducimos muy imperfectamente los pensamientos de Luizzi tomando la espresion de una nacion que poseía imágenes poéticas hasta para las cosas mas bajas de la vida. Lo mas que podemos añadir, es que Armando contemplaba á aquella muger con una piedad mezclada de terror cuando vió deslizarse de sus ojos ago-

tados algunas lágrimas que vacilaban en los párpados antes de desprenderse.

Seguramente la lectura en que se entretenía no debia enternecerla de aquel modo; y si Luizzi se había sorprendido al ver el libro que aquella desgraciada tenía en las manos, mas aun le sorprendió el efecto que el libro producía en ella. Luizzi, con motivo de este incidente, dirigió la vista á las páginas de aquella obra abominable, y un nuevo asombro vino á aumentar los anteriores: descubrió bajo cada linea impresa una linea manuscrita que resaltaba aun mas por su color encarnado. Insistiendo en sus suposiciones, quiso saber de qué modo habría comentado aquella monstruosa producion una muger jóven y hermosa. Merced á la potencia de vision que el diablo le había dado, pudo leer con facilidad aquellos caracteres mal formados é imperceptibles. He aquí la primera frase que descifró:

«Esta es mi historia: la escribo en este libro con mi sangre porque no tengo papel ni tinta. Si no he borrado línea por línea el libro abominable en que escribo y que un infame puso en mis manos para matar mí alma despues de matar mi cuerpo, es porque apenas me queda sangre, apenas tengo la que necesito para contar mis desgracias y pedir venganza.....»

Luizzi se estremeció al leer esta frase; el remordimiento y la compasion mas profunda penetraron hasta sus entrañas. Su propio pensamiento añadía un nuevo tormento al tormento de aquella desventurada. Ah! qué espantoso era el suplicio impuesto á aquella alma obligada á derramar castas lágrimas entre aquellas líneas de cieno y á dirigir á Dios su plegaria entre las blasfemias de aquellas páginas repugnantes! Qué dolor verla obligada á fijar la vista en la palabra y en la letra que traducía su desesperacion, so pena de encontrar á cada lado una palabra hedionda, torpe, infame! Cómo ha podido esa blanca cordera atravesar por tan largo y estrecho dédalo ese lodazal inmundo? El alma de una infortunada se ha posado tímidamente, trasformada en líneas puras y dulces, sobre ese papel manchado con lo que en él ha impreso la mano de un miserable! Y esa muger no tiene mas que una razon para disculparse de no haber borrado esa historia inmunda que camina al lado de su historia desventurada: apenas queda sangre en sus venas! Ah! desgraciada! desgraciada!

Asi pensaba Luizzi y asi esclamó arrebatado por la violenta emocion que esperimentaba. Su voz empero, solo resonó en su alrededor: la jóven permaneció inmóvil y Armando recordó que lo que veía se hallaba distante de él y que un poder sobrenatural era lo que se lo hacía presenciar. Un poder humano podía arrancar á aquella infortunada de tan horrible cárcel, y el baron para conseguirlo quiso conocer la causa de aquella desgracia; para conocerla, necesitaba leer el manuscrito que tenía á la vista, y he aquí lo que leyó:





VII.

Amor virgen.



Dos veces he escrito mi historia y dos veces me la ha arrebatado mi verdugo; la empiezo por la tercera, y ¡Dios me dé fuerzas para terminarla, porque la vida de mi alma se va estinguiendo como la vida de mi cuerpo. Hace ya mucho tiempo que leo todos los dias este relato para que no desaparezca completamente de mi memoria el recuerdo del mundo animado que he conocido, y sin embargo, mis recuerdos se pierden á pesar de mi contínuo trato con ellos. Apresuro, pues, mi tarea para que quede algo de mi alma en este mundo, para que sepa cuánto he amado y cuánto he sufrido.

Oh! sí, he amado y he sufrido mucho! Hé aquí los dos únicos pensamientos que brillan siempre puros en el pasado y en el presente de mi vida, confundidos en ese caos de dolores en que mi cabeza se pierde: he amado y he sufrido mucho! Dios mío! Dios mío! si el largo suplicio á que se me ha condenado no ha estraviado completamente mi razon y estinguido mi memoria, si es verdad que vuestros santos labios han dicho que mucho perdon habrá para la que mucho haya sufrido y para la que mucho haya amado, tened compasion de mí, Dios mio! quitadme pronto la vida y que mi hijo.....

Matará á mi hijo si yo muero? Oh! sí, sí, le matará: yo necesito vivir. Dejadme vivir, Dios mio, suceda lo que suceda, porque, aunque mi razon

desaparezca, siempre quedará en mí un pensamiento que me dominará: pensaré que una madre debe morir por salvar á su hijo. Voy á escribir esto mismo á la cabeza de cada página de este libro para que mis ojos lo vean continuamente y jamas pueda olvidárseme: UNA MADRE DEBE MORIR POR SALVAR Á SU HIJO.»

Y en efecto, asi estaban escritas estas palabras. La desgraciada jóven dirijió una dolorosa mirada hácia la miserable criatura que dormía en la cuna, y en seguida volvió á apoyar la frente en las manos permaneciendo asi mientras Luizzi continuaba leyendo el manuscrito que se trasparentaba y podía leer como si le hubiese tenido en la mano y hubiera ido volviendo las hojas á su gusto.—El manuscrito continuaba así:

«Viví bajo la tutela de mi madre hasta la edad de diez y seis años en cuya época se casó mi hermano con Hortensia que apenas tenía quince. Hortensia siempre ha sido buena y cariñosa para mí y no creo que me haya engañado. No me atrevo á colocarla en el número de mis verdugos, porque tiembla ante su hermano Feliz y no se habrá atrevido á defenderme; debe padecer mucho! Hortensia me quería mas aun que á una hermana, me llamaba su hija. En efecto, mis padres resignaron su autoridad en ella aunque todos viviamos en una misma casa. No recuerdo que durante seis años ocurriera nada capaz de hacer época en nuestra vida; eramos dichosos. La felicidad no deja señales de su paso. Es como la primavera que, una vez pasada, nada conserva su imágen. El árbol pierde sus hojas y permanece desnudo, pero cuando le ha herido el rayo, conserva la cicatriz aun despues de venida la primavera.

En aquella época era yo muy dichosa y todavía recuerdo de qué modo lo era rogaba á Dios con fé, jugaba al lado de mi hermana y mis sobrinas, jóven esposa la una y hermosas niñas las otras; veía el pasado y el porvenir de mi vida sonreir ante mis ojos; contemplaba unas niñas amadas y felices como yo lo había sido, y una muger feliz y amada como yo esperaba serlo algun dia. Ah! mi vida ante aquel espectáculo era un sueño celeste. Con qué dulce sonrisa me entregaba á aquel sueño á la caida de la tarde, recorriendo la estensa calle de sicomoros donde acostumbraba pasear sola... ! Mi ecsistencia contaba diez y seis años: todo mi ser respiraba vida. Oh! cuán bello es, al pasear al anochecer por un bosque solitario contemplando el último rayo de sol que desaparece en el horizonte y oyendo el canto de los pájaros que se estingue con la luz del dia, sentir á nuestro lado un ser invisible y bueno que nos dice: —«Eres bella, seras dichosa y amaras!»

Amar! amar! qué alegría consagrar el alma á un ser noble, venerarle porque es generoso, quererle porque es bueno, adorarle por que es santo! porque el que nos ama es santo, es el sacerdote de nuestro corazon; —el que ha abierto el tabernáculo es un hombre diferente de todos los hombres y Dios le

ha tocado con su dedo y le ha coronado con la aureola de su gloria... Así era el que yo soñaba y así era el que hallé.... Leon, Leon, me amas todavía! Dios mio! me amará todavía? Han querido hacérmelo dudar y ese es su mayor crímen.

Yo tenía diez y seis años y la vida era para mí una continua embriaguez: era bella y era jóven. Ahora que estoy ya muerta, que mis débiles miembros se doblan bajo su propio peso, recuerdo como una felicidad indecible esa felicidad desapercibida que consiste en sentir la vida en todo nuestro ser. La brisa de la noche me embriagaba como el nectar de un festin prócsimo á su término; cada vez que suspiraba, parecíame que su soplo me traía esperanzas y deseos que inundaban mi corazon. Un pensamiento melancólico y secreto me hacía algunas veces permanecer inmóvil horas enteras, pero luego echaba á correr alegre y precipitada, batía las palmas, dejaba flotar mi cabello al viento, cantaba alegre y feliz como la alondra y sentía agitarse de gozo mi corazon. Me contemplaba bella y bondadosa y esperaba. Aquella felicidad era demasiado grande y debía concluir.

Todo concluyó una noche! Aquella noche se presenta á mis ojos como si fuera la que acaba de transcurrir. Ninguna desgracia hubo en ella, pero hubo un temor en mi corazon, un temor que aun no he comprendido y que se ha procurado ahogar en mí cruelmente. Ah! la vanidad de la razon estravía á los hombres; porque Dios no los ha negado la defensa contra sus enemigos que ha dado á los animales mas débiles y mas groseros. Estos, los unos tienen un instinto para conocer la planta venenosa, los otros barruntan el enemigo que los amenaza; el cordero se aparta de la flor que hiela la sangre; el perro tiembla á la aprocsimacion del lobo que intenta disputarle su presa; el hombre presiente tambien el infortunio que se le aprocsima.

Yo tambien tube este presentimiento; porque yo, inocente y buena, volví la cara al ver á un hombre que se presentó ante mí diciendo: Soy el capitan Feliz, vengo del ejército. Ah! por qué no seguí aquel instinto de mi alma! por qué no alimenté é hice crecer en mí aquella aversion! por qué cuando aquel hombre nos hablaba de grandes batallas, de la desgracia y de la caida del imperio, de todas aquellas cosas que me hacian prestarle oido, dije á mi corazon: «ese hombre es valiente, es fiel á los objetos de su amor, es honrado, y en él se encierran la probidad y la virtud!» Cuando su mirada severa pesaba en mi frente como el plomo, cuando su rostro duro y frio me hacía dura y fría para con él, porqué me decía á mí misma que era una niñería creer en tan vanas aparencias? No puedo atribuir esta conducta á inadvertencia, porque desde aquel instante la esperanza que es la vida del alma se presentó á mis ojos casi velada. La felicidad no fué ya para mí un asilo prócsimo: era un pais lejano hácia el cual solo me era dado encaminarme á traves de precipicios y por una senda escabrosa. Cómo no se apoderó de mí un frio mortal cuando mi her-

mano me dijo sonriyéndose que era preciso estrechar los vínculos de la familia uniéndome con el hermano de Hortensia ! Dios me decía entonces:

—Hé ahí la desventura!

Pero yo no le creí.

Presté oido á todas esas razones del mundo que me mostraban á Feliz como un hombre virtuoso, bueno y honrado, que me hacían avergonzar de mi terror y que me acusaban de que desconocía la virtud, el honor y la probidad. Ah! yo era muy loca! Me acusaba de ello, y me lo repetía á mí misma cada instante y no hallaba nada que responder en mí ni en los demas como no fuese que aquel hombre había cerrado mi corazon, cortado las alas á mis sueños y ahogado las profundas aspiraciones de mi vida!

Hubiera podido yo decir lo que no comprendia? No me perdonareis Dios mio, el haber consentido, dudando de mí misma, que aquel hombre me digera que me amaba, el haberle respondido que yo tambien le amaría, y el haber aceptado para un plazo lejano el vínculo que debía colmar de gozo á mi familia? Ah! cuán fatal fué todo esto!

Yo conocía que nunca llegaría á amar á aquel hombre,

De qué modo me amaba él? Nunca me lo espliqué á mí misma y hé aquí la causa de mi perdicion. Si la aversion que siento hácia él, me decía yo, proviene de que todos nuestros sentimientos son opuestos, no me amará nunca: la antipatía que sin razon visible separa dos almas le dominará como á mí me domina. Entonces no sabía yo que un hombre puede amar á una muger como ama el tigre su presa, para devorar su vida, para beber sus lágrimas, para sentirla palpitante, bajo sus garras ensangrentadas. El hombre, se dice, ama á la muger puesto que para obtenerla llega hasta el crimen. Ah! Dios mio! ese amor, ese amor salvage? Amar es otra cosa que dar la felicidad?

Prometí casarme con Feliz y nuestra union se fijó para cuando yo cumpliese diez y ocho años. Merced á esta promesa, me restaban aun dos años de libertad; mi tranquilidad tornó, pero no tornaron mis esperanzas. Ah! porqué no consumé entonces por entero el sacrificio! por qué no me casé con Feliz en aquella época! Así no hubiera amado á Leon, ó en caso de amarle, hubiera retrocedido ante la idea de engañar á mi marido. De la promesa de una niña se hizo un lazo tan sagrado como el juramento prestado ante un sacerdote. Si amé á Leon no fuí culpable, porque le amé sin querer; soy inocente. Necesito decir de qué manera sucedió esto.

Era un domingo del triste verano de 181... Al rededor de mediodia, desafiando la lluvia, tomé el manto de lana y el sombrero de paja de una de nuestras criadas y fuí á ver á la muger de uno de nuestros trabajadores que se hallaba enfermo. Me separé de la carretera para dirigirme á la casa del trabajador situada á alguna distancia en lo interior de las heredades, y entonces oí la voz de un ginete que, al verme de lejos, picó espuelas al caballo á fin de

alcanzarme. La manera con que me llamó me hizo conocer que, á causa de mi trage, me tomaba por otra persona, pues se apresuró á gritarme:

— Eh! muchacha! muchacha!

Yo me volví al oirle y el caballero se adelantó hasta mí.

— Qué teneis que mandar? le pregunté.

Me miró sonriyéndose dulcemente y dijo con tono alegre.

— Por fin esta linda chica no me responde como los demas: «todo derecho, todo derecho.»

— Qué quereis decir?

— Quiero decir que desde las cuatro de la mañana estoy andando y mas de treinta personas á quienes he preguntado el camino que debía seguir, me han respondido: todo derecho, todo derecho. Os aseguro que tengo ya ganas de seguir otra direccion.

— Caballero, eso depende del punto á donde querais ir.

— Voy á la ferrería de Mr. Buré.

Yo no pude menos de reirme.

— Pues bien, caballero, le respondí, siento mucho tener que deciros tambien que sigais todo derecho.

La idea de hallarme precisada á indicar á aquel jóven el camino de nuestra casa y la necesidad de repetirle aquella frase que parecía disgustarle tanto, me movieron á hablarle en tono alegre y burlon.

— Con que lo sientes mucho, buena moza? pues yo me alegro infinito, respondió tomando á su vez un aire triunfante.

En seguida echó pié á tierra y se dirigió á mí; yo conocí al momento que trataba de decirme una galantería manifestándome su satisfaccion en caminar á mi lado; pero le detuve sonriyéndome nuevamente.

— Es que no es por aquí por donde debeis seguir todo derecho, sino por aquel otro lado, le dije señalando con el dedo al camino que acababa de dejar.

Al oir estas palabras, el jóven se puso encarnado y quitándose el sombrero me dijo con voz balbuciente:

— Os doy las gracias, señorita.

Entonces yo me hallé tan cortada como él, bajé los ojos ante la mirada temerosa y dulce que se me dirijía, y continué mi camino despues de hacer una ceremoniosa reverencia. Por qué temblé la primera vez que ví al capitan Feliz, cuyas buenas cualidades se me habían ponderado siempre? por qué sonreí la primera vez que encontré á un jóven que me era enteramente desconocido? Por qué al alejarme de este jóven presté atento oido al ruido de su caballo á fin de saber si seguía el camino que yo le había indicado? por qué, asi que llegué al ángulo de una senda que me era preciso tomar, me volvi para ver si había partido? por qué sentí una alegría inefable cuando le vi inmóvil en el mismo

sitio con el sombrero en la mano? El desconocido no hizo el menor movimiento; pero conocí que me miraba y que sus ojos no se habían separado de mí. Largo rato contemplé su inmovilidad á traves de la maleza que resguardaba por ambos lados la vereda que yo seguía; luego, despues de mirar á su alrededor, hizo algunos movimientos que no comprendí por la distancia, y volviendo á montar en su caballo, se alejó con lentitud.

Había yo emprendido este paseo con el corazon tranquilo y sin pensar mas que en el objeto de mi visita; llegué pensativa á casa del trabajador, y hasta que ví la pena de Mariana, su muger, no recordé que iba á visitar un enfermo.

—Segura estaba yo de que vendríais, me dijo la esposa del artesano; os ví desde la ventana y os conocí cuando, al separaros de la carretera, os detuvísteis á hablar con uno que iba á caballo.

Estas palabras me hicieron poner encarnada y me apresuré á responder:

—Era un forastero que preguntaba por el camino de la ferrería.

—Pues no llevaba mucha prisa, porque ha estado mas de un cuarto de hora plantado como un mojon en el mismo sitio.

Esta nueva observacion de Mariana acabó de turbarme. La buena muger continuó:

—No iba muy descaminado. Se habrá admirado mucho al saber quien erais?

—No se lo he dicho... Me ha tomado por una campesina...

—Cuál será su embarazo al veros, si es que se halla todavia en la fábrica á vuestra vuelta!

Esto me hizo pensar en que iba á volver á ver aquel jóven, y me sentí tan turbada como si me hallase en presencia de él. Mariana notó mi turbacion y añadió:

—Os ha dirigido alguna palabra ofensiva ese caballero?

—Ninguna absolutamente.

—Como le he visto tanto tiempo quieto en el mismo sitio y vos estais tan turbada...

Mariana me observaba al hablarme de este modo, y conocí en sus miradas que no creía enteramente lo que acababa de oir: esto me resintió bastante, y la dije con despecho:

—Tomad esto que traigo para vuestro marido.

—Gracias, gracias, señorita! me respondió con un agradecimiento tan sincero que desvaneció completamente mi resentimiento; luego añadió:—Tengo que pediros una nueva gracia; hablad á Mr. Feliz para qne no dé á otro la plaza que ha dicho va á quitar á mi marido si dentro de ocho dias no vuelve al trabajo.

—No permitirá mi hermano que se la quite.

—Ah! señorita, Mr. Buré no quiere mezclarse en nada desde que dejó la direccion de la fábrica á Mr. Feliz.

—Pues bien, yo hablaré al capitan.

—Sí, habladle, señorita! dijo con tristeza, sin duda dejándose llevar de la conversacion mas de lo que quería, impulsada por sus crueles temores; habladle por mi pobre marido; bastante desgraciado es ya el infeliz trabajador sin que se le quite el pan porque tiene la desgracia de estar malo... Mr. Feliz es poco compasivo... Cuánto ha cambiado la casa desde su venida!... Si supiérais cómo me recibió cuando fuí á pedirle algo adelantado...

—Muger! muger!... murmuró el obrero desde su cama.

Mariana comprendió mejor que yo esta interrupcion.

—Ah! perdonad, señorita... No me acordaba que Mr. Feliz... Seguramente es un bello sugeto... es un hombre que os hará dichosa.

Esta última palabra me hizo estremecer.

Me restaban dos años de libertad y esto me había hecho olvidar que mi mano estaba prometida á Feliz. El recuerdo de esta promesa me heló de espanto, tanto mas viniendo acompañado de aquella sencilla revelacion acerca de la insensibilidad del corazon de Feliz. Mi turbacion fué tanta que me levanté para retirarme.

Mariana corrió tras de mí.

—Os he enfadado, no es verdad? me dijo; perdonad, señorita! somos tan pobres que tememos!...

La pobre muger lloraba, y yo lloraba tambien. Ahora que en mi horrible ociosidad puedo estudiar cuanto me ha pasado, no se cómo esplicar la desesperacion que se apoderó de mí repentinamente: acababa de decirme el corazon que nunca amaría á Feliz, y me eché á llorar! Era esto un anuncio de que otro iba á ser objeto de mi amor? No lo sé; pero aquel instante me puso de manifiesto todo el infortunio de mi vida. Mariana me miraba; pero no comprendía mi dolor. ¡Cuántas veces, en mi niñez, ví jóvenes asaltadas por esa repentina desesperacion, y cuántas veces oí decir con aire de suficiencia á ancianos que habían ya olvidado su alma:

—Esos son vapores, la atormenta la misma juventud; con algunos remedios sencillos se pasará eso!

Y se llamaba un médico.

En aquel momento en que el cielo parecía descorrer el velo de mi porvenir, ante el espanto que se acaba de apoderar de mí, yo tambien hice lo que aquellos ancianos: combatí mi desesperacion, contuve mis lágrimas y sin querer dar crédito á mi alma que se sublevaba por entero, respondí:

—Estoy mala, padezco un malestar horrible!

¡Como si los padecimientos del cuerpo fueran mas naturales y mas razonables que los del alma!

—Quereis que yo os acompañe? me dijo Mariana.

—No, no, me apresuré á responder; iré sola.

Sola! tenía necesidad de estar sola. Antes quería estar sola para entregarme mas libre y mas alegre á mis felices sueños; en aquel instante era para llorar.

Volví á tomar tristemente el camino de mi casa; al llegar al sitio en que el desconocido me había hablado, me detuve involuntariamente, y sin embargo, no pensaba en el jóven. Se desprenden y flotan en el aire simpáticas emanaciones del alma? Yo, pobre niña, me detuve y miré tristemente á mi alrededor; aquel sitio tenía ya para mí un recuerdo que buscaba. En todo esto no hubo deseo ni pesar; pero llegué á casa con el corazon comprimido y lleno de conmocion. Mi desesperacion había desaparecido; no lloraba, pero deseaba estar sola. Hortensia me halló en el salon y me dijo:

—Enriqueta, es necesario que te vistas porque tenemos á comer un forastero.

—Quién es? la pregunté apresuradamente como si oyera una nueva estraordinaria.

—Es Mr. Lannois, un jóven á quien envía su padre á pasar aqui algunos meses á fin de que se imponga en la direccion de una ferrería.

—Ah! conque va á permanecer aquí algunos meses? esclamé.

—Sí... Pero qué tienes que tan sorprendida te hallas? Es esta la primera vez que sucede eso? Anda á aviarte.

Yo tenía diez y seis años; todos mis tristes pensamientos desaparecieron y convertí en una diversion la sorpresa de Mr. Lannois. Para que esta diversion fuese mas completa, quise que nuestro huésped volviese á ver en el colmo de la elegancia á la señorita á quien había tratado como campesina. Para que el contraste fuera mayor, preparé mi mejor traje; volvieron á renacer mis sensaciones de niña, pero no tardaron en volver á aparecer mis sensaciones de jóven. Perdóneme el que lea estas líneas; tengo derecho á revelar los secretos de un corazon de muger desde el fondo de la tumba en que estoy sepultada viva. Mi pensamiento cambió de repente: retrocedí ante la idea de chancearme con aquel desconocido, aunque fuese solo de pensamiento; guardé mi rico traje y me vestí modestamente creyendo que asi le parecería mas bella, bella como debe estarlo una jóven séria, porque la seriedad se había apoderado de mí.

Bajé al jardin y ví á Mr. Lannois hablando con mi hermano; cuando me vió, fué estremada su sorpresa; se turbó tanto que lo notó mi hermano y yo recibí un placer indecible.

—Qué teneis? le preguntó mi hermano.

Yo me había acercado con triunfante serenidad. No puedo esplicar el ingénuo movimiento de felicidad que esperimenté al verle tan cortado en mi presencia.

—Nada... respondió Leon con voz balbuciente, es que he tenido ya la desgracia de encontrar á esa señorita...

—Cómo la desgracia? dijo mi hermano echándose á reir.

Yo tampoco pude contener la risa.

Leon se halló desconcertado. Yo recobraba mi presencia de espíritu á medida que él perdía la suya. Jóven alegre, reía ingénuamente sin comprender que en aquella alegría tenía su parte la vanidad. Leon se turbó tanto que se puso triste; era jóven tambien, tenia diez y ocho años, y al verse acogido con aquellas chanzas se cortó y no supo que responder.

—Veamos que es lo que ha sucedido, dijo mi hermano.

Me agradaban tanto la timidez y el embarazo de Leon, que no quise ayudarle; por fin murmuró con voz dulce y suplicante:

—Hace poco, encontré á esta señorita cubierta con un manto, y creyéndola una campesina, la pregunté por el camino...

—Con tono poco respetuoso, no es verdad? dijo mi hermano.

—No creo haber sido grosero... pero ya sabeis que se dice...

—Sí, añadió mi hermano; en este país hay un lenguage muy franco; al ver á una jóven se grita: «Eh, muchacha!» no es verdad?

—Sí, señor.

—Pues bien, escusaos con Enriqueta que estoy seguro os perdonará.

Mi hermano se alejó indiferente y nosotros quedamos solos. Leon no se atrevía á alzar los ojos á mí. Su embarazo me parecía ir mas allá de lo regular, y empezaba á comunicárseme cuando le ví volver, ruborizándose, la manga de la levita y desatar un cordon de pelo que me presentó.

—Os devuelvo, me dijo, este brazalete que dejasteis caer en donde os detuvísteis.

Esta restitucion, á que no dí mucha importancia, me pareció tan tardía que no pude menos de decir á Leon:

—Cuándo le perdí?

—Le ví caer cuando estendísteis la mano para señalarme el camino.

—Y no me lo advertísteis?

—Me hallaba tan turbado!... Al ver vuestra mano blanca y delicada, conocí que me había equivocado y entonces fué cuando os llamé señorita. Como os había tratado tan groseramente, no me atreví á volveros á hablar, y cuando cogí el brazalete estábais ya muy lejos.

—De modo que si no me hubierais vuelto á ver, os le hubiérais guardado?

Leon se ruborizó como un culpable, y respondió, disculpándose de una cosa en que seguramente ni él ni yo pensábamos:

—El valor de ese brazalete no es tanto que...

Para vos no tendrá valor; pero para mi sí. Como que le hice con pelo mio para estrenarle cuando se casó mi hermana, y desde entonces no se ha separado de mí.

Leon fijó la vista en el brazalete con encantadora tristeza, y respondió vivamente:

—Ya habia yo notado que era de pelo vuestro y por eso...

—Que tal, preguntó mi hermano acercándose, se han hecho las paces?

—Completamente, le respondí con aplomo.

Y me preparé á ponerme el brazalete. Por uno de esos avisos del corazon, que ni aun en este momento puedo esplicar, alcé la vista á Leon. Los ojos de este se hallaban fijos en mis manos, y seguían atentamente al brazalete; aquellas miradas me detuvieron; en lugar de ponerme el brazalete le guardé en el bolsillo. Una triste sonrisa asomó á los labios de Leon: conocí que el jóven tenía interés en que el cordon que había rodeado su brazo rodease el mio, y él conoció tambien que yo no quería concederle aquel favor.

¡Oh débiles y dulces recuerdos de aquel santo amor, descended á mi tumba tan tiernos y tan bellos como erais! Volved ante mí para que mis ojos, posándose en vuestra ligera sombra, descansen de tantas lágrimas como han vertido y dejen de contemplar la lobreguez de esta carcel. Ya que en el porvenir no descubro la esperanza, dejadme mirar dulcemente al pasado. Dichosos recuerdos, ¡cuán dulcemente habeis mecido mi corazon cuando despues os he comprendido y cuando, amando á Leon con todo el entusiasmo de mi alma, he conocido que todas esas fugitivas inspiraciones eran los primeros estremecimientos de la pasion que debía apoderarse de mí! Sí, sí; el amor que me sofocaba entonces con el aire tibio de sus alas, es el mismo que despues abrasó mi alma y produjo mi estravío. Desde la llegada de Feliz sentía yo frio dentro y fuera de mí, é hice como el niño que tiene frio: entreabrí mis vestidos para que el aliento cálido del amor calentára mi seno y respiré ese aliento para bañar en él mi corazon. Sí; el amor me mostraba con el dedo un camino desconocido que me condujo á la muerte, porque le seguí sin saber lo que hacía.

Despues, he conocido que si hubiera procurado saberlo hubiera sabido esplicarme lo que esperimentaba, porque un encuentro indiferente y la venida de un desconocido que se marchará no producen en un momento un cambio tan completo en la vida.

El terror profundo que me inspirára Feliz solo había punzado mi corazon en mis horas de soledad y durante el dia, y el ligero estremecimiento que me causára la presencia de Leon turbaba la tranquilidad de mi sueño durante la noche. Y sin embargo no era en Leon en quien yo pensaba; no era su imágen la que pasaba ante mis cerrados ojos; no era su voz la que murmuraba en mi oido: era un ser desconocido é informe el que me asediaba y me hablaba.

Solo una vez en mi vida había yo esperimentado turbacion semejante: fué un dia en que habiamos pensado ir á la montaña á ver la espléndida y mara-

villosa gruta de las Hadas. Era preciso levantarnos temprano; yo no dormí, y durante toda la noche no cesé de ver montañas y grutas imaginarias; mas nó ví la gruta adonde pensaba ir.

No se me aparecía Leon; pero se me aparecía una cosa que provenía de él del mismo modo que las grandes rocas de mi imaginacion provenían de la roca de las Hadas.

Este presentimiento de amor me acariciaba como un genio amigo, como un encantador divino que hiere nuestra alma con su vara mágica, y abriendo las fuentes de nuestro amor, las hace correr fuera de nosotros; luego llega el viagero sediento, alarga su vaso, le llena con las lágrimas dichosas de nuestra alma, y bebe.

Asi me sucedió á mi la mañana siguiente á aquella noche tan dulcemente agitada: me levanté muy temprano, abrí la ventana, y lo primero que ví fué á Leon parado y con la vista fija en mi habitacion. Si entonces no conoció que yo llegaría á amarle, si, como el viagero sediento, no tendió su alma para recoger el raudal de emociones que se deslizaba de mí, fué porque era tímido y bueno, pues hubo un instante, tan rápido como el relámpago, en que toda mi alegría debió estallar y sonreir en mi rostro. Luego, con la misma rapidez, me pareció que todas las formas de aquellos fantasmas vagos que me habían perseguido se esclarecían, se unían repentinamente, se dibujaban con limpieza, y conocí que era Leon el que había vagado á mi alrededor durante la noche que acababa de transcurrir. Entonces tuve miedo; me aparté de la ventana, retrocedí precipitadamente y caí sobre mi lecho con la mano puesta sobre el corazon que latía como el de aquel que ha corrido largo trecho. Era que había hecho una larga y precipitada jornada en la senda del amor?

Sin embargo, las ocupaciones de aquel dia y las de los siguientes aquietaron todos aquellos movimientos desordenados, y no volví á sentirme agitada; pero mi vida se asemejaba ya á la fuente tras la tormenta: las ondas recobran su calma, pero no su claridad. No se hallaba agitada mi alma; pero estaba turbia. Para que el cieno repose en el fondo del agua se necesitan muchos dias serenos y apacibles. Yo no veía ya á través de mis turbios pensamientos el fondo de mi corazon, y no alcancé los dias serenos que pudieran haber dado á mis pensamientos su inocente trasparencia. Quince hacía que solo veía á Leon á las horas de comer y algunas noches en la reunion de la familia; era atento y respetuoso para con los ancianos, alegre y solícito para con Hortensia, y tan cariñoso y complaciente para con mis sobrinitas, que las dos niñas le adoraban. Conmigo se mostraba reservado y triste; cuando le hablaba se ruborizaba, cuando en la mesa le pedía alguna cosa, á pesar de ser tan vivo, tan diestro y tan solícito, me obligaba á repetir mi peticion y cometía siempre alguna torpeza. Yo había oido decir que el amor dulcificaba los caracteres mas duros y comunicaba gracia á los mas distantes de ella, y veía que el mismo

poder arrebataba la gracia y daba la rudeza á Leon. Conocí que yo no era para él lo que eran los demas.

Este sentimiento no recibía de mí su verdadero nombre; yo no podía llamarle amor, porque me hacía feliz y se me había hecho temer al amor pintándomele como un enemigo. Al amar á Leon, al verme amada, me vedaba á mí misma el exámen de lo mismo que esperimentaba, y cuando en esta soledad donde tantas cosas he aprendido, he podido leer en otros libros mas que mi corazon, siempre me he admirado de que Julieta, la hija de Capuleto, no dijese al bello jóven que la encantaba como á mí Leon: Romeo, no me digas que eres Montaigut sino quieres verte aborrecido.

Sin embargo, llegó un dia en que desaparecieron mis dudas acerca del amor de Leon y en que este sentimiento se esclareció completamente á mis ojos; fué cuando comprendí que Leon aborrecía al capitan Feliz. La primera vez que ví á Leon fué el dia en que pasé á vistar al trabajador enfermo. Mi hermano me había prometido no borrar á este de la lista de los trabajadores; pero el capitan había reusado abonarle el importe de los dias que había faltado. Eso sería, dijo, un fatal ejemplo para muchos holgazanes que hallarían muy cómodo ganar el jornal en la cama.

Despues no volví á pensar en Mariana ni en Juan, su marido: no tenia ya tiempo para ocuparme de los demas.

Hé aquí lo que sucedió: era la hora de comer, la única á que se veian el capitan y Leon, porque este último casi siempre se retiraba á trabajar por la noche durante nuestra tertulia. El capitan se dirigió á Leon y le dijo con dureza:

—Ha venido hoy á la fábrica Juan?

—Si, señor.

—Ha estado en el despacho?

—Si, señor.

—Ha recibido dinero?

—Si, señor.

—Quién se lo ha dado?

—Yo.

—De qué caja se lo habeis dado, Mr. Lannois?

Leon, cuyo rostro se encendía de cólera, conoció sin duda que el capitan quería disputar la justicia del miserable pago de que se trataba, y contestó con desden volviendo la espalda á Feliz:

—De la mia.

El capitan que á mi entender trataba de echar á Leon una reprimenda por lo que se había permitido, se halló tan desconcertado con esta respuesta que se puso pálido. Mas no sabía cómo mostrarse incomodado, y dijo en su impotencia:

—Parece que Juan os ha hecho importantes servicios.

El tono con que fueron pronunciadas estas palabras irritó á Leon y le hizo perder toda su timidez.

—Si, caballero; me ha hecho un gran servicio, replicó con triunfante ecsaltacion.

—Durante su enfermedad?

—Durante su enfermedad.

—Y cuál es?

Leon se sonrojó y todo su rostro cambió de espresion; la cólera que le agitaba se trocó en una dulce sumision; llevó la mano al pecho y dirigiéndome una mirada con la que por primera vez se atrevía á hablarme, respondió.

—Oh! ese es mi secreto, caballero.

—Y será tambien el de Juan, dijo Feliz; quisiera saberle.

—Podeis preguntárselo.

—Abusaré de vuestro permiso.

—Lo creo.

Feliz durante las últimas palabras de esta conversacion no había cesado de ecsaminarme, pues había sosprendido la mirada de Leon, y esta mirada me había turbado. Yo había comprendido la mirada del jóven que quería decirme: Os ví por primera vez cuando íbais á casa de Juan y hé aquí el servicio que he recompensado...

Este incidente tuvo lugar en presencia de toda la familia y disgustó á todos: asi pues la comida fue bastante silenciosa. Unicamente yo afectaba una gran indiferencia; al comprender la confesion de Leon comprendí tambien las sospechas de Feliz á quien por primera vez me alegraba de engañar. Leon se retiró y por último quedamos solos mi hermano, su muger y yo. Hortensia se quejó á su marido con dulzura de la dureza de Feliz.

—Yo no me atrevo á hablarle, dijo; pero tu debes procurar hacerle entrar en razon. Ese jóven es bueno y laborioso y Feliz le trata mal.

Fue tal mi agradecimiento á Hortensia que mi pensamiento debió reflejarse en mis ojos; mi hermano que me miraba, movìó suavemente la cabeza y dijo:

—Sí, le trata mal, no le quiere; yo sentiría que ese jóven tuviera queja de nosotros, y para evitarlo pienso mandarle á su casa bajo cualquier pretesto.

—Ah! esclamé con dolorosa indignacion, eso sería una injusticia!

—Eso será lo mas razonable, replicó mi hermano con severidad echándome una escrutadora mirada.

Bajé los ojos y mi hermano se retiró haciendo una seña á Hortensia que me ecsaminaba tambien.

Al adivinar mi secreto, se me hizo comprender que había un secreto en mí. Esta fué la primera vez que el nombre de amor vino á esplicarme la preferen-

cia que me merecía Leon. Sin embargo, si Hortensia, si mi hermana, me hubiera tendido la mano en este instante y me hubiera dicho: «Le amas Enriqueta?» yo la hubiera jurado no amarle, deshecha en lágrimas y arrojándome en sus brazos, porque el amor era un crímen segun las ideas de mi familia; pero Hortensia comunmente tan buena y tan bondadosa para conmigo, se mostró torpemente severa. Se creyó obligada á adherirse al partido de Feliz, cuya conducta acababa de condenar, porque creyó que necesitaba ser defendido en mi corazon.

—Enriqueta, me dijo con tono de autoridad, he cometido una torpeza al censurar la conducta de mi hermano; no cometas tú otra mayor condenándole ligeramente.

Esta amonestacion me hirió profundamente, y valiéndome de que yo nada había dicho que pudiera motivarla aunque conocí que seguramente la merecía en el fondo del corazon, repliqué con acritud:

—Yo condenar al capitan Feliz! no he hablado de él, ni he pronunciado siquiera su nombre.

Mi modo de responder incomodó á Hortensia.

—Ya sabeis lo que quiero decir, señorita, replicó con sequedad.

—Lo único que sé, dije con el mismo tono, es que es injusto acusarme de una falta que no he cometido. Quereis hacer creer que he sido yo quien ha dicho que es duro el carácter de vuestro hermano?

—No lo habeis dicho; pero lo pensábais cuando dijisteis que sería una injusticia el mandar á su casa á Mr. Lannois.

—No hice mas que repetir lo que vos acabábais de decir.

—Enriqueta, estais muy razonadora; esa es propiedad de los que tienen por qué callar.

—Por qué callar! por qué callar yo! esclamé sintiendo agolpárseme las lágrimas á los ojos.

Mi hermana que hasta entonces me había mirado con severidad, se acercó á mí y tomándome la mano me dijo despues de un momento de silencio, durante el cual trató de penetrar hasta el fondo de mi alma:

—Enriqueta, hermana mia, cuidado con una imprudencia; acuérdate de lo que has prometido. Feliz te ama.

Yo hubiera ignorado lo que pasaba en mi corazon sino me hubieran obligado á conocerlo. Sí; á no ser por esta advertencia, quizás hubiera dejado calmar aquella oculta turbacion de mi vida ignorante como me hallaba de su naturaleza; pero cuando se la dió un nombre, cuando se la llamó amor, cuando se colocó en su frente una corona de fuego, cuando supe lo que era, sentí una curiosidad ardiente de verla, de contemplarla, de medirla aunque solo fuera para combatirla.

Leon había habitado mi alma sin ocuparla hasta aquel dia; pero desde que

oí aquellas palabras, él fué mi único pensamiento. Yo amaba á Leon, pues asi se me había dicho, ¿era cierto? Consulté mi corazon é hice en mí estraños descubrimientos. El rostro de Leon, sus ojos dulces y puros, su hermosa y larga cabellera rubia, su voz suave y sonora, sus graciosos movimientos de cabeza cuando, jugando con mis sobrinitas, remedaba las rabietas infantiles, todo en fin se había ido grabando en mí sin que yo lo hubiere notado. Yo conocía á Leon mejor que á mi padre y á mi hermano; le conocía mejor que á todos los que habían vivido siempre á mi lado, y me parecía que hubiera podido hablar por él, espresando sus mismas ideas y haciendo sus mismos gestos: tan penetrada me hallaba de aquella ecsistencia que no era la mía, y tan sujeta estaba la mía á ella!

Al considerarme de tal modo sujeta al poder de otro, me llené de espanto: mi orgullo se indignó cuando me ví á merced de otra ecsistencia en la que tal vez la mía no tenía predominio alguno, y me asaltó de repente el temor de no ser amada.

El amor! Ah! el amor es como todas las potencias superiores: todo lo utiliza, el abandono y la resistencia. Yo hubiera amado á Leon si no le hubiera temido, y le amé porque le temía. Y podía no amarle, Dios mio! No es verdad que hay pendientes tan rápidas que se cae esforzándose por sostenerse y se cae tambien no resistiéndose á la caida? Yo misma lo he esperimentado: la imágen de Leon me espantaba; durante la noche se me mostraba tan de cerca, y durante el dia me abandonaba tan pocas veces, que llegó á parecerme importuna y casi audaz. Se apoderaba de mí y me hablaba con absoluto imperio; quise librarme de su dominacion, pero me faltó todo cuanto hasta entonces me había sostenido: oraciones, trabajo, todo parecía apartarse de mí cuando trataba de apoyarme en ello, á manera de la arena del borde de un precipicio que cede cuando se busca sosten en ella: me parecía que un sol de fuego había descendido sobre mi vida y reducido mi ser á cenizas sin fecundar mas que al amor. Ay! me espreso muy imperfectamente: entonces no era yo dueña de esplicar asi lo que pasaba en mi alma. Deseosa de que Leon ignorase que su pensamiento me ocupaba perpétuamente, tomé una resolucion solemne: durante un mes entero procuré disgustarle. Era preciso que yo me temiera mucho á mí misma para que no me compadeciera de la tristeza que le dominaba. Leon padecía mucho y este mismo padecimiento me revelaba la intensidad de su amor. Yo gozaba en secreto con sus padecimientos.

Lo único que sufrí con dificultad, y Dios me perdone esta lucha puesto que salí victoriosa de ella, lo único, repito, que hizo vacilar mi valor fué la alegría del capitan. En buen hora que Leon padeciese con mi frialdad: por un acuerdo tácito conmigo misma comprendia yo que me hallaba con derecho á herir al hombre para quien tantos consuelos se ocultaban en mi corazon; pero que sufriese las triunfantes miradas y las frias chanzonetas del capitan...

Oh! esto me irritaba y cien veces me hubiera impulsado á decirle: «Miento cuando separo de tí mis ojos; miento cuando evito tu encuentro; miento cuando te hablo sin demostrar alegría, y miento cuando hablas y aparento no oirte!

Ah! sí: le hubiera dicho todo esto á no amarle hasta el punto de temer que, una vez abierto mi corazon, se escapase á Leon mi vida entera.

Leon me amaba y yo lo sabía muy bien. La disputa relativa á Juan me había sido esplicada por lo mismo que nadie había podido comprenderla.

Feliz había interrogado al pobre trabajador y este le había dicho que nada tenía que responder á sus preguntas: no solamente no habia prestado ningun servicio á Leon sino que cuando recibió el dinero era la primera vez que le veía. La respuesta de Mr. Lannois se atribuyó á un pretesto de niño; pero yo no ignoraba cuál era el servicio que Juan le había hecho. ¿No iba yo á casa del pobre enfermo cuando Leon me encontró?

Sin embargo, llegó un dia en que me fué preciso arrojar la máscara de frialdad que yo misma me había impuesto. No se había vuelto á hablar de la despedida de Leon, quien cada vez parecía mas laborioso, mas dulce y mas sumíso. Aquella nube de sospecha que sobre él y mí llegára á estenderse se había disipado ya; yo misma comenzaba á adquirir alguna tranquilidad cuando un suceso imprevisto vino á demostrarme que esta tranquilidad solo era esterior.

Entre los placeres de mi infancia, contaba yo el de cultivar con mis propias manos un trocito retirado de nuestro jardin. Construyéronse cerca de él almacenes y se trató de abrir un camino para conducir á ellos los productos de la fábrica á través del parque; la apertura de aquel camino me usurpaba mi jardinito lleno de rosales que yo había cultivado y que amaba en estremo.

Si mi hermano me hubiera dicho sencillamente lo que iba á suceder, tal vez no me hubiera quejado de la casualidad que me privaba de mi jardin; pero una tarde oí á Feliz dar órden para que se arrancasen todas mis flores, á fin de que por la mañana empezasen los trabajadores á terraplenar. Me opuse á esta órden y el capitan comenzó á chancearse conmigo; le eché en cara su torpeza y su propension á hacer todo lo que podía disgustarme, y dejándose llevar de su natural violento, me replicó con dureza. Corrí á ocultar mis lágrimas en mi habitacion donde se me dejó permanecer, y oí murmurar, bajo mi ventana, palabras que me hicieron compadecer al que las pronunciaba.

—Es un capricho de niña, decía el capitan; ese capricho me agrada mas que otro. Dejadla que llore sus rosas: en eso no hay peligro.

Hortensia le aconsejaba que subiese á tranquilizarme.

—Se muere por esas miserables rosas, le decía.

—Pues bien, respondió Feliz: yo haré que mañana ó pasado mañana las arranquen con cuidado y se plantarán donde ella quiera; pero ir yo á pedirla

perdon por mis disposiciones concernientes á la fábrica? No quiero acostumbrarla á eso.

El tono y las palabras de Feliz no me irritaron al pronto; porque, lo he dicho, tuve compasion del hombre que tan torpemente se hacía desterrar del corazon en que fundaba su esperanza. Luego vino mi hermano y tuvo la desgracia de decir que yo, al ver que se dignaba cuidar de la conservacion de mis rosales el capitan, agradecería á este su galantería.

Tener que agradecer á Feliz, confesar que había hecho algo á mi gusto!... esta desgracia era para mí mayor aun que las demas. Sin saber por qué, esto me irritó en estremo, y al punto me ocurrió la idea de ir, asi que anocheciera, á mi jardin á destruirle y talarle para que no le salvase Feliz. Si este hubiera conservado mis rosas, yo las hubiera aborrecido. Mi ecsasperacion era tanta que, merced á ella, comprendí que en momentos semejantes es posible renunciar á la felicidad por no deberla á una mano aborrecida. Esperé, pues, y cuando todos se hubieron acostado, salí de casa con mucha precaucion y me deslicé como una jóven culpable por las largas calles del parque hasta acercarme, colérica y triste á la vez, al sitio donde iba á tronchar aquellos débiles arbustos, mis compañeros de infancia. Esta última idea era, sobre todo, la que me había determinado. Feliz se había convertido á mis ojos en la imágen de mi desventura y yo me complacía en pensar que el mismo que auyentára mis hermosos sueños era el que destruía mis hermosas flores.

—Ah! ese hombre es el genio enemigo de cuanto he amado! esclamé movida por mi necesidad de padecer á causa suya.

Al acercarme al sitio á que me dirijía, oí un ligero ruido. El temor de que se me sorprendiese en lo que al principio me había parecido una venganza legítima y entonces me parecia ya una cólera ridícula, me obligó á ocultarme; pero el ruido continuaba y quise saber de qué procedía. Me acerqué de puntillas al jardinito y ví un hombre inclinado al suelo arrancando con sumo cuidado las flores que colocaba en una carretilla conduciéndolas en seguida al otro estremo del parque. Aquel hombre era Leon! Ah! cómo esplicar lo que entonces pasó en mí? Una alegría celeste llenó mi corazon de tal modo que me embriagó y se derramó por todo mi ser. Abundantes lágrimas surcaron mis mejillas y tuve necesidad de apoyarme en un árbol para no caer. Oh! cuán bellas, cuán preciosas eran ya mis flores! cuánto las amaba!... Asi que Leon se hubo alejado, me acerqué á las que quedaban y las contemplé una tras otra: la idea de destrozarlas me hubiera ya indignado, me hubiera parecido la ingratitud mas abominable. Me hallaba sola y la oscuridad me rodeaba: tomé una rosa, la mas bella de todas, y arrobada en un éstasis delirante de amor, abrí paso á la inmensa pasion que hacía tiempo se encerraba en mí y abrasé con mis besos la rosa de aquel modo salvada. Luego, sintiendo volver á Leon, la puse en el suelo para él como si me hallase segura de que la había de cono-

cer, y cojiendo otra para mí como si Leon me la hubiese dado, huí con la cabeza y el corazon trastornados, como si este cambio de flores hecho por mi sola hubiese sido la confesion recíproca de su amor y del mio.

La mañana siguiente, la felicidad inundaba mi corazon: Leon me amaba! Leon me había librado del martirio horrible de tener que agradecer á Feliz.



Yo le amaba por su amor y por mi aversion á otro. En mí no había culpa. Yo hubiera apreciado á Feliz en lo que valía si hubiera querido ser para mí un amigo; pero una cruel fatalidad le inspiraba siempre cosas que debían hacerle odioso á mi corazon é impulsarme á una senda en que no hubiera querido empeñarme.

Todos notaron la mañana siguiente lo que había ocurrido durante la noche, y desde mi habitacion oí que hablaban con interés. Era domingo y cuando me levanté hallé á la familia reunida para almorzar; la abracé, y en el momento en que respondía al saludo de Leon, entró Feliz, quien se detuvo en la puerta y confundiéndonos á Leon y á mí en una misma mirada, dijo procurando ocultar su rabia bajo un aspecto alegre y chancero:

—Tengo mala suerte, Enriqueta: había hecho preparar un sitio hermosísimo del parque para trasladar á él vuestros rosales, y una mano mas hábil y mas pronta que la mía se ha anticipado á mi obra.

Aquella mirada de Feliz que nos unía bajo una misma acusacion, me inspiró la repentina idea de hacerme cómplice en el crímen que tanto hería al capitan.

—Quién puede ser el autor de esa galantería tan intempestiva? esclamé aparentando sorpresa.

—Todavía no lo he descubierto, respondió Feliz con furor reconcentrado; á no ser así, ya le hubiera dado las gracias por su atencion para con vos.

Feliz, por medio de una mirada, dirijió aquella especie de amenaza á Leon quien estuvo á punto de estallar. Yo creí entonces oportuna mi intervencion.

—Se conoce que le estais muy agradecido, dije riendo.

—Lo bastante para darle una leccion...

—Como las dan los capitanes? le interrumpí viendo que los ojos de Leon se encendian en cólera, ¿con la espada, no es verdad?

—Y por qué no? dijo Feliz mirando á Leon.

—Pues bien; repuse tomando dos espadas que se hallaban colgadas en el comedor; aquí me teneis dispuesta á recibirla.

Alargué una espada al capitan y desenvainando la otra, me puse en guardia.

—Cómo! esclamó Feliz, habeis sido vos!

—Si, yo soy la culpable. Ea, en guardia, capitan.

Me adelanté á Feliz con la espada levantada y él retrocedía poniéndose encarnado de cólera.

Mi familia que en todo esto solo había visto una niñería, se echó á reir y mi padre y Hortensia dijeron alborozados:

—Vamos, Feliz, defiendete; no te atreves con ella?

Unicamente yo adivinaba la rabia de Feliz, porque yo únicamente conocía que acababa de ponerle en ridículo delante del hombre á quien hubiera querido esterminar; á pesar de todo, se repuso y no sospechando de mis palabras, replicó con bastante presencia de espíritu:

—Mas diestra sois en el manejo de la espada que en el del azadon, querida Enriqueta, pues habeis trasplantado de un modo bastante estraño vuestros queridos rosales.

Leon se turbó y yo que deseaba verle tan contento como yo lo estaba, respondí:

—No importa; me agradan asi.

—Pues bien, dijo mi padre, es preciso que nos los enseñes despues de almorzar.

Esta pretension no dejaba de ser embarazosa para mí, porque si bien había visto á Leon llevar los rosales, no sabía en qué sitio los había colocado.

—Corriente, respondí confiando en la casualidad y en poder adelantarme á inquirir el sitio.

Durante el almuerzo, ecsaminé el rostro de Leon, quien sin duda no se atrevia á dar crédito á lo que mi conducta debía hacerle suponer.

Si lo hubiera hallado radiante de alegría, quizá me hubiera arrepentido de mi imprudente confidencia y de haber aceptado tan completamente sus solícitos cuidados; pero pasaba con tanta rapidez de una dulce alegría á una incertidumbre cruel, que no pude menos de aprobar mi conducta; la timidez de su esperanza me llenaba de gozo. Cuanto mas tímido se mostraba Leon para conmigo, mas osada me mostraba yo para con él.

Se volvió á hablar de mi jardin y se me preguntó á qué sitio le habia trasladado.

—A un sitio encantador, respondí.

—Yo me he visto precisado, dijo Feliz, á seguir la rodada de la carretilla para dar con él.

Esperé que esta indicacion me sirviera de guia, pero Feliz añadió:

—Si el jardinero hubiera acabado de rozar, como ahora, las calles, no me hubiera sido fácil dar con el escondite de vuestras flores.

El parque era demasiado grande para que no me inquietase la incertidumbre de descubrir mi nuevo jardin. La mentira de que me había valido comenzaba ya á aterrorizarme.

—Pero dónde diantres las has puesto? dijo mi padre.

—Ya os llevaré allá.

—Dínoslo tú, Feliz, añadió.

—No cometeré una nueva torpeza, privándoos de la sorpresa que Enriqueta os prepara.

Feliz tenía desgracia: creyendo complacerme, me negaba el único servicio que podía prestarme. Leon no podía comprender mi embarazo, pues ignoraba cómo sabía yo la traslacion de los rosales; asi que nos levantamos de la mesa, desapareció del comedor y quedé en una penosa incertidumbre, no sabiendo cuales eran sus proyectos. Mi familia volvió á instarme para que les enseñase los rosales, y obligada á tomar un partido, mandé que me siguiesen.

Mi idea era la de hacerlos vagar por el parque, hasta que la casualidad me

deparase el sitio á donde habían sido trasladados los rosales; pero mi padre se cansó á pocos pasos y se asió á mi brazo.

—Vaya, dijo, no nos hagas andar mucho, porque mis piernas son viejas y no están para bromas.

Entonces fué cuando mi embarazo llegó á su colmo; entonces fué cuando esa santa adivinacion que ilumina los corazones vino en mí ayuda. A falta de una palabra del culpable y de una señal en el suelo, procuré dar con el hilo invisible que debía haber guiado á Leon.—Leon debía haber elegido el sitio que mas me agradaba, que era una plazoleta cubierta y solitaria donde solía ir á sentarme en un banco de madera. Me dirijo allá con la certidumbre de no equivocarme; todos me siguen, llego y veo mis rosales colocados al rededor de aquel banco donde tantas veces había soñado con la felicidad cuando no conocía á Feliz ni á Leon.

La alegría que sentí fué grande, no precisamente porque Leon hubiese escogido aquel sitio, sino por haberlo adivinado yo tan bien.

Ay! todas estas cosas que tal vez pareceran pueriles á los que lean mi relato, han sido los sucesos mas graves de mi vida. De este modo caminaba yo sola por la senda de mi pasion; pero muy pronto tube quien me acompañára en aquella senda. Hasta entonces yo había amado á Leon y Leon me había amado á mí; pero creo que no me hubiera atrevido á decir que nos amabamos. Con motivo de mis flores comenzó nuestra inteligencia, con motivo de ellas se confundió nuestro amor en un solo pensamiento.

Desde aquel dia fué mi jardin el término de nuestro paseo del domingo. Las flores eran una propiedad tan esclusiva que, por un acuerdo tácito, nadie se hubiera atrevido á coger una sin mi permiso; por eso mismo eran mas preciosas, y se creía un gran favor el obtenerlas.

—Vamos, Enriqueta, haznos los honores de tu jardin, me decía siempre mi padre.

Y yo daba una rosa á cada uno. Leon nos acompañaba muchas veces, y yo le daba una flor como á los demas; pero se la daba delante de todos creyendo que este don no tenía así ninguna importancia. Un dia, llegó cuando se había hecho la distribucion y partimos sin atreverme á volver á coger una flor para él.—Leon se acercó á mí que iba la última acompañando á mi padre.

—Habeis llegado tarde, le dijo este.

—Con que no habrá flor para mí? preguntó Leon.

Yo no respondí; pero dejé caer la rosa que tenía en la mano, que él recogió y oprimió contra su corazon. Hacía tiempo que deseaba recompensar sus solícitos cuidados, porque es inesplicable la facilidad con que adivinaba mis deseos y los satisfacía antes de que yo los hubiese espresado. La felicidad radiaba en sus ojos y yo la sentí tambien en mi corazon. Desde entonces no volví á darle rosas, las dejé caer; despues hubo un rosal cuyas rosas solo se cojían para él.

Decir cómo nos comprendíamos sin hablarnos, esplicar por qué comun inteligencia conversábamos con la palabra de otros, hacer ver como una mirada furtiva daba á una palabra cualquiera pronunciada por un indiferente un sentido que solo nosotros entendíamos, sería querer escribir la historia de nuestra vida hora por hora, minuto por minuto. Y sin embargo, todo esto era inocente: yo hubiera dado á un amigo aquellas prendas efímeras, que con tanto cuidado conservaba Leon, á quien ninguna palabra había dicho que las recibía con otro título.

Al fin llegó un dia en que recibí y dí una prenda que rompió el silencio de nuestros corazones. Perdónenseme estos detalles de los únicos dias en que he sentido la vida en todo su poder; no se ría el lector de estas débiles felicidades que son las únicas que me ayudan á soportar el peso de la desventura que me abruma: estos son los únicos recuerdos que adormecen mis penas: aquellos momentos fueron los mas dulces de mi vida, no tanto por la felicidad que hallé, como por la que dí; porque razon tenía yo cuando dije que amar es dar la felicidad.

Era la víspera de mi cumpleaños. Mi padre, mi madre, mis hermanos y hasta mis sobrinas, me molestaban amenazándome con sus regalos para el dia siguiente.

—A que no sabes lo que te voy á regalar? decía uno.

—Verás si he adivinado tu gusto, decía otro.

Todos esperaban complacerme. Leon era el único que nada se atrevía á decir; nada me prometía, pero me miraba.

Ah! que horrible es no ver y no amar! Señor! cuándo abrireis ó cerrareis del todo mi tumba?

Leon me miraba.

Dios mio! qué encanto es ese que habeis colocado en los ojos del ser á quien se ama? qué luz celeste, qué rayo etéreo es ese que penetra en el alma como un ambiente que vivifica y perfuma la existencia? Leon me miraba y yo sentía mi corazon fundirse en alegría al calor de su mirada. Me hallaba segura de que él había pensado tambien en mí. La mañana siguiente bajé al jardin asi que hube recibido los regalitos de mi familia. Leon estaba allí, y me acerqué á él segura de recibir lo que su mirada me había prometido. Se hallaba muy turbado é iba á hablarme, cuando se acercó Feliz á ofrecerme un hermoso aderezo. Iba á alejarse, pero le detuvo mi mirada y vi que había tomado una resolucion.

—Perdonad, me dijo, se me olvidaba deciros que esta mañana paseando en el parque he encontrado este pañuelo; como tiene vuestra cifra, creo que es vuestro y os lo devuelvo.

Al pronto no pude menos de resentirme: había hallado uno de mis pañuelos y no le guardaba! — Le tomé sin fijar la atencion en él y dí las gra-

cias con mucha frialdad á Leon quien se alejó confuso. En aquel instante llegó Hortensia y arrebatándome con viveza aquel pañuelo, dijo:

—Mirad si la picaruela ha concluido de bordar su pañuelo antes que yo el mio. Ha trabajado de noche para estrenarle en sus dias; eso no vale. Qué hermoso es! No creía yo que hubiera quedado tan bien, porque te veía trabajar con mucha distraccion.

Al principio no comprendí á Hortensia; pero fijé la atencion en el pañuelo y ví que era absolutamente igual á otro que aun no había concluido de bordar. Era, pues, el regalo de Leon una prenda que podía conservar sin esconderla; un pañuelo que me pertenecería aun mas que el mio, pues solo yo sabía su procedencia. Acepté la esplicacion dada por Hortensia y en seguida fui á mi cuarto, busqué el pañuelo que tenía sin concluir y le quemé á la luz de una bujía. No quise tener nada mio que pudiese rivalizar con lo que Leon me había dado.

Cuando bajé á almorzar, hallé á Leon pensativo y triste, y me miraba con desaliento. Pasé por la frente el pañuelo que me había regalado, y la alegría iluminó su rostro. Muchas veces había yo oido decir que es preciso temer las palabras del amor; sus miradas y sus dulces éstasis es lo que es preciso temer. Qué pudiera haberme dicho Leon que equivaliera á la alegría que me causó la felicidad que en aquel instante le dí? Su felicidad refluyó en mi corazon, y no quise hablar, temerosa de que se evaporára en mis palabras.

Luego fuimos á dar nuestro paseo. Feliz nos acompañó por primera vez. Hice mi distribucion de rosas, y Leon obtuvo una de las últimas que quedaban en su rosal. Aquel dia se la dí diciéndole: —Gracias! y él la recibió con trasporte. Feliz se acercó á nosotros.

—Y para mi, me dijo, no hay ninguna?

—Sí por cierto, le respondí dirijiéndome á otro rosal.

—Seré yo menos afortunado que Leon? replicó, no habrá para mí una de esas bellas rosas blancas como la suya?

—Quédan ya tan pocas!

—No lo habiais notado hasta que yo os las he pedido?

La felicidad de mi alma era demasiado grande para que yo tratase de comprometerla: coji la mejor rosa y se la entregué á Feliz, quien me dió las gracias; miré á Leon como para pedirle que me perdonase, y le ví arrojar léjos de sí su rosa permaneciendo en su sitio inmóvil y desesperado. Comprendí su cólera, porque yo acababa de profanar nuestro secreto. Feliz hablaba conmigo y yo apenas le escuchaba; luego le llamaron y se alejó algunos pasos. Entonces, abandonando toda prudencia, me acerqué á Leon.

—Con que habeis tirado vuestra rosa?

—No es ya mia, es la rosa de todo el mundo.

—Es injusto lo que decis.

—Tambien es injusto lo que vos habeis hecho.

—Vos que devolveis con tanta puntualidad lo que no habeis hallado, qué diriais si yo hubiese rehusado lo que no era mio?

—Ah! no me lo devolvais! murmuró Leon asustado; calló un instante y luego añadió en voz baja mirándome: —«Permitid que deplore el haberos devuelto lo que verdaderamente había hallado.

Sus miradas se detuvieron en aquel brazalete de pelo que tan tímidamente me había devuelto. Por un movimiento mas rápido que mi pensamiento, me arranqué el brazalete y dije:

—Tomad.

Leon dió un grito de alegría.

Yo huí temerosa de contemplar su felicidad. Se dice que lo que estravía á las mugeres es el dolor de los hombres á quienes aman: esta fué la causa de mí estravio! Cuantas veces sonreía á Leon, cuantas veces le miraba, cuantas veces le hablaba, veía en él tanta embriagez, tanta felicídad!... Ah! yo amaba mucho á Leon, y le amaba para que fuera dichoso! Para hacer su dicha me he hecho culpable; sufro para que crea en su felicidad si vuelve á verme, y por esto mismo sufro con valor.

Los dias que siguieron á aquel fueron los dias verdaderamente dichosos de mi vida. Yo sentía en toda su embriagadora plenitud la dicha de amar y de ser amada! No ignoraba que entre Leon y yo existía un obstáculo invencible: le veía delante de mí, pero no me causaba miedo. Ningun medio me quedaba para contrarrestar la suerte que me esperaba, pero no trataba de contrarrestarla: amaba y era amada! este sentimiento era el que ocupaba por completo mi corazon. Mi embriaguez era tan completa que yo no necesitaba recuerdos ni esperanzas: el presente era toda mi vida; lo que había sido y lo que debía ser no podían ocuparme puesto que amaba!

Dios mio, Dios mio! ahora que la reflecsion, la soledad, y la desesperacion me han hecho ver cláramente muchas cosas que entonces se presentaban confusas á mis ojos, me parece que los que hablaban de amor no habían amado nunca, ó que yo amaba como ellos no habían amado. Leon era mi alma, mi pensamiento, mi vida. Yo no pertenecía al número de esos que piensan en el porvenir y proyectan medios de ser dichosos; esto hubiera sido apartarme de mi felicidad presente, y yo no podía hacerlo. Sentía mi corazon entregado á un bienestar superior á todos los cálculos y á todas las previsiones; las fuerzas de mi vida y de mi pensamiento apenas bastaban aquella embriaguez.

Oh, Leon! yo te amaba como no puedes creer, porque ahora, sacrificándote mi vida y aceptando el tormento mortal que padezco por no adjurar tu amor, no te amo tanto como entonces te amaba: ahora pienso en la esterilidad de mi vida y en mi honor manchado; sé lo que hago y tengo una voluntad, pero entonces en nada de esto pensaba, nada de esto sabía y nada de esto tenía; te

amaba y nada mas. Mi deber, mi honor, mi virtud, todo se cifraba en amarte. Leon, Leon, cuánto te he amado!

Lo que pasó entre nosotros durante un mes transcurrido de este modo, no se puede esplicar. Todo me agradaba y me embriagaba. Si Leon estaba á mi lado, era dichosa, si estaba lejos, era dichosa tambien: su ausencia y su presencia eran para mi iguales. Cuando Leon me hablaba, su voz vibraba en mí y despertaba en mi oido un éco tan dilatado que duraba aun cuando Leon dejaba de hablar. Era mi vida en aquella época de la misma naturaleza que la vida de los demás? pertenecía yo entonces á este mundo? había sido conducida al cielo en una atmósfera desconocida? era aquel un sueño en que solamente velaba el amor en tanto que dormían en mi corazon la prudencia y el deber?

Si, era un sueño, una embraguez sin nombre, porque cuando la desgracia vino á arrancarme de aquel éstasis dulcísimo, me hubiera sido imposible decir lo que me había pasado, no hubiera podido espresar con exactitud una sola de sus circunstancias, y únicamente esperimentaba un quebrantamiento acompañado de una dolorosa alegría. Mi corazon se había quebrantado con los celestes goces de que había estado lleno. Me parecía cuando tornaba á la vida ordinaria que si este estado hubiera durado mas tiempo, mis fuerzas se hubieran derretido dúlcemente como la cera virgen colocada en un horno templado, y que mi alma se hubiera evaporado como el eter espuesto á la accion del sol.

De esto modo debí morir, Dios mio, y no como ahora muero, porque así hubiera tornado á vuestro seno sin mancha, y vos me hubierais acojido, pues sois el Dios de la inocencia. Sin embargo, espero que no me rechazareis, Señor, porque sois tambien el Dios de los dolores.

Vacilo al continuar este relato, porque en lo que me falta no hay mas que terror, desesperacion y crimen.

¡Ah! Féliz era lo que ya he dicho, el tigre que ama su presa para deborarla, el tigre que se oculta entre las flores brillantes del cactus y espera en silencio largo tiempo para saltar de repente sobre su presa á la que se aparece acompañado de la muerte.

El invierno se había acercado. Una mañana bajé al parque, con objeto de pasear por una calle que se descubría desde la ventana á cuyo lado trabajaba Leon. Yo no podía ver á este, pero sabía que él me veía, y solía ir á allí para alegrarle con mi presencia. Siempre, por la noche, hallaba medios para decirme todo lo que yo había hecho, mis menores movimientos y las veces que me había parado. Para todo esto teníamos signos convenidos y ambos nos creiamos felices con estos entretenimientos. La mañana de que hablo, salió Leon á mi encuentro y me detuvo al fin de una calle muy resguardada de follage.

—No paseis de ahí, me dijo; el capitan ha hecho quitar mi bufete de junto á la ventana donde estaba; sin duda sospecha nuestro amor: le he visto di-

rigirse hácia aqui probablemente para espiáros, y me he escapado para decíroslo.

En este instante ví á Feliz que se dirigía hácia nosotros.

—¡Huid! dije á Leon.

—No; eso sería demostrar que queremos ocultar alguna cosa. Serenaos y responded con arreglo á lo que yo os diga.

El capitan nos vió, pero no aceleró su paso; aquella lentitud me asustó porque demostraba que Feliz tenía seguridad en sus sospechas y en sus proyectos. A pesar de la distancia bastante larga que nos separaba, me parecía que sus miradas duras y frías penetraban en mi corazon. Cuando se hubo acercado á nosotros, me dijo Leon con tranquilidad:

—Bien está, señorita; me ocuparé en la copia de la música nueva.

—Os lo estimaré mucho, respondí yo.

Feliz se detuvo y nos dirigió una sonrisa de lástima y de desprecio.

—Tened la bondad de venir conmigo, dijo á Leon; tengo que daros algunas órdenes.

Al instante me asaltó el deseo de escuchar lo que se iba á hablar, y me apresuré á decir:

—Os dejo juntos.

Hice que me retiraba con ligereza, y gracias á la espesura del ramaje, pude acercarme sin ser vista al sitio donde habían quedado Leon y Feliz.

El capitan tardó en tomar la palabra, sin duda esperando á que yo me alejara.

Leon fue el primero que habló; su voz produjo en mí un efecto extraño; no era la voz con que á mí me hablaba. Aquel á quien yo oí en este instante se mostraba tan enérgico y tan altivo como dulce y sumiso era aquel á quien yo amaba.

—¿Cuáles son las órdenes que tiene que darme el capitan Feliz?

—Una sola, caballero, respondió este; que os prepareis para partir mañana.

—No he venido á la fábrica de Mr. Buré para ocuparme de los negocios esteriores.

—No vais á partir para ocuparos de los negocios esteriores, os ocupareis de los vuestros. Estais ya bastante instruido y creo que ya es tiempo de que volvais á vuestra casa.

Esta noticia me aterró, tanto que me ví precisada á apoyarme en un árbol para no caer; pero la voz de Leon me fortaleció asustándome al mismo tiempo.

—¿Es decir, caballero, que me despedís?

—No me he servido de esa espresion, respondió el capitan con mucha calma.

—Bien, señor mio, replicó Leon con tono sarcástico; no tengo derecho á haceros mas grosero que lo que sois.

—Son inútiles vuestros insultos, caballerito, dijo Feliz con desprecio.

—Y vuestras órdenes son inútiles tambien, terrible capitan, repuso Leon con sarcástica sonrisa.

—Sin embargo, tendreis que obedecerlas.

—Las obedeceré cuando las reciba del amo...

—Yo soy aquí el amo.



—Todavia no lo sois: el amo es Mr. Buré; ya sé que se os ha prometido asociaros á la casa asi que pesqueis la dote de Enriqueta. ¡Es muy cómoda la fortuna que se adquiere casándose con una jóven rica! Pero todavía no se ha verificado el casamiento: hasta que se verifique, sois un dependiente como yo, señor capitan; y si os place dar órdenes, á mí no me place recibirlas.

Yo esperaba ver estallar la cólera de Feliz. Pero el sonido de su voz me demostró que habia tomado la resolucion de moderarse.

—Serán satisfechos todos vuestros deseos, caballero; voy á rogar á Mr. Buré que os repita lo que acabo de deciros.

—¡Es decir que vais á denunciarme! dijo Leon fuera de sí.

—¡Denunciar á Mr. Lannois! ¿Y por qué? Os creo un jóven honrado y sois inteligente y laborioso; mas, ¿qué quereis? Será un capricho, pero vuestra presencia no me hace gracia, me afecta los nervios.

—¿Sabeis, capitan, que tomo esas palabras por una insolencia?

—¿Y á qué conduce eso?

—A pediros una satisfaccion.

—Lo siento, pero no puedo dárosla, mi buen amigo. Vuestro padre os envió á casa de un honrado comerciante en buen estado de salud, y es preciso que nosotros á fuer de comerciantes honrados os devolvamos en el mismo estado. Asi que vuestro padre nos avise que habeis llegado sin avería, si quereis venir á dar un paseito por aquí, os daré cuantas satisfacciones querais.

—Lo haré así, respondió Leon con un desden que en medio de mi desesperacion me causó gran placer, pues debia humillar á Feliz; lo haré como decís mi buen amigo; pero entre tanto, quiero daros una noticia, mi escelente amigo, quiero deciros que sois un necio.

La resolucion del capitan no pudo menos de ceder á esta injuria.

—¡Miserable!... esclamó Feliz.

—Venid, venid conmigo, capitan; en mi cuarto hay dos espadas.

—No, replicó Feliz serenándose por completo; no, antes es preciso despediros.

Y temeroso sin duda de ceder á su cólera, se alejó con rapidez. Yo quise dar algunos pasos para acercarme á Leon, pero me faltaron las fuerzas que me habian sostenido hasta entonces y caí al suelo sin sentido.

Cuando volví en mí, me hallaba en casa, rodeada de toda mi familia. Las miradas que se me dirigian estaban llenas de feroz severidad. Mi hermano era el único que me miraba con alguna indulgencia, y así que recobré la razon, me dijo casi con dulzura:

—¿Eres culpable, Enriqueta?

¡Ah! ¡Malditos sean los que hablan á los corazones inocentes en un lenguage que supone el crímen ó el vicio!

¿Eres culpable? Estas palabras, sin duda tenian para mi familia distinto sentido que para mí, porque mi respuesta tuvo tambien una significacion que solo mas tarde he comprendido. Pobre niña enamorada, yo solo pensaba en aquel á quien se iba á despedir, y solo respondí á la terrible pregunta de «¿eres culpable?» con estas palabras:

¡Gracia! ¡Gracia para Leon!

—¡Desventurada! esclamó mi padre levantándose.

Mi padre á quien apenas mi madre podía contener, ecsalaba sordas maldiciones. Yo me hallaba estupefacta: conocía mi falta en contravenir á los deseos de mi familia; pero conocía tambien mi inocencia, y sin saber cuáles eran los crímenes del amor, sabía perfectamente que aun no había faltado á todos mis deberes. Asi, pues, me levanté á mi vez y dirigiéndome á mi padre, le dije con enerjía:

—¡Me preguntais si soy culpable! ¿Culpable de qué? Si es culpa amar á Leon, si lo es el habérselo dicho y el confesar que él tambien me ama; sí, soy culpable. Si aparte de esto hay otros crímenes, lo ignoro completamente.

Y salí del salon, indignada de no encontrar mas que rostros severos y acusadores cuando la felicidad de mi vida acababa de truncarse. Desesperándome al ver el abismo de penas en que me precipitaba, comprendí por medio del dolor, aquel amor que ya había comprendido por medio de la alegría, amor inmenso, amor que era el centro de mi vida, la que hubiera terminado, ó yo hubiera perdido la razon si se me hubiera privado de él.

La cólera se mezclaba á mi desesperacion que era estrema no hallando una palabra compasiva entre los seres felices que me rodeaban. Cuando, viéndome acusada, hallaba algun placer en acusar, un incidente inesperado llevó al colmo de la violencia mi irritacion. Abrí la puerta de mi cuarto y ví á Feliz registrando los cajones de mi cómoda y examinando mis papeles; un grito de horror y de desprecio se escapó de mis lábios.

—¿Qué es eso? esclamó mi hermano que me había seguido acompañado de su muger.

—Un criado que violenta las cómodas, respondí en el colmo de la indignacion.

—¡Enriqueta! murmuró Feliz á quien la violencia de mis insultos no dejó tiempo para avergonzarse de su infame accion.

—Salid, salid de aquí, le dije; me obligais á arrojaros de mi habitacion.

Al oir mi voz, al contemplar mi semblante, quedaron inmóviles en el humbral de la puerta mi hermano y su esposa, cuyo rostro demostró á Feliz la vergüenza que esperimentaban. Terrible debió ser la espresion que la cólera prestó á mi voz, pues el capitan salió sin hablar una palabra con la frente pálida y los ojos encendidos por la rabia. La mirada que ambos cambiamos fue la espresion de nuestro destino: odio y desprecio eterno para él, venganza y odio eterno para Leon y para mí.

No bien salió Feliz, cerré la puerta de mi habitacion y oí á este decir á mi hermano:

—No he hallado prueba alguna.

¡Pruebas! ¿Pruebas de qué? ¿De mi amor? ¡No era necesario buscarlas!

Yo le confesaba y le proclamaba á la faz de todo el mundo. ¿Se buscaban pruebas de mi deshonra?... ¡De mi deshonra!...

No olvide quien lea este desaliñado relato el libro en que ha sido escrito; comprenda por qué abominable cálculo se ha lanzado á mi soledad, despues de otros muchos, el libro en cuyas páginas escribo; primeramente se me dió á leer un libro titulado *Faublas*, despues otros aun mas abominables que eran otros tantos corruptores reunidos en torno de mi ataud para infectar mi alma y cuyas páginas empañaban la pureza de mis miradas, hasta que llegué á comprender lo que querian decirme.

En el dia ya sé cuáles eran las pruebas que Feliz buscaba, ya se qué significaba la palabra deshonra; pero Dios es testigo de que entonces era tan pura la virginidad de mi espíritu, como la virginidad de mi cuerpo; el amor con que se quería avergonzarme era un ángel descendido del cielo y cuyas blancas alas aun no habían tocado la tierra.

Todo me revelaba, sin embargo, que la acusacion de mi familia no se detendría donde se había detenido mi falta, y yo buscaba esta luchando con la cólera que me causaban la severidad de los unos y la audacia insultante del otro; me pesaba mi inocencia y envidiaba á Feliz el consuelo que iba á espirimentar al saber que yo era inocente; el pudor que no me habían supuesto iba á causarles una alegría.

Mi irritacion y mi fiebre eran escesivas; pero se calmaron muy pronto y el dolor me sirvió de alivio.

Iba á perder á Leon; le perdía inesperadamente, sin despedirme de él, sin prometerle nada, sin que pudiéramos decirnos: «suframos y esperemos.» Ah! esto era muy cruel! No pocas veces tuve tentaciones de bajar á ver á mi padre, á mi hermano, á Hortensia, para decirles que era inocente, para suplicarles que no dejasen partir á Leon ó que me permitiesen verle... El dolor había estraviado mi razon del mismo modo que la había estraviado la cólera.

Otras veces quise salir y vagar al hazar por la casa ó por el parque con objeto de hallar á Leon ó para verle de lejos; pero no hubiera llegado á hacerlo porque estoy segura de que me hubiera detenido al poner el pie en el primer escalon. Hubo un momento en que se apoderó de mí esta idea, y quise salir; pero habían cerrado por fuera mi habitacion!

Dios les perdone mi crímen; pero puedo asegurar que me impulsaron á él con todas sus fuerzas. No tuvieron un consuelo para un dolor inocente; no tuvieron un consejo para un dolor que podía llegar á ser culpable, no quisieron recordarme mi ternura para con ellos, no me rogaron que no los afligiese, ni aun me mandaron que respetase su nombre! Un cerrojo! Un cerrojo para mí como si fuese un criminal, como si fuese una jóven sentenciada á prision!

Dios mio, no puedo arrepentirme de mi crímen, porque se hicieron muy dignos de él, porque ellos fueron causa de mi perdicion. Viendo cerrada la

puerta de mi cuarto, abrí la ventana y como no habían aprisionado mis ojos, á su pesar, ví á Leon que se alejaba á caballo. El destierro para Leon y un encierro para mí... Y todo en una hora! No son tan activos los verdugos.

No se cuál tenía mas predominio sobre mí en aquel instante, si la desesperacion ó la ira; pero ambas hubieran producido un mismo resultado: me hubiera arrojado por la ventana á no detenerme una seña de Leon que me decía: «Espera!» Me decidí á esperar, y le ví alejarse resuelto á luchar con todos y á procurar mi dicha por todos los medios. Apenas le había perdido de vista, oí descorrer los cerrojos que me aprisionaban, se me devolvía la libertad creyendo que ningun riesgo había en ella hallándose ausente el objeto de mi amor; pero yo rehusé la libertad que se me daba.

La que yo me hubiera tomado solo me hubiera conducido á esperanzas vanas; no hubiese vuelto á ver á Leon si se me hubiera dejado la libertad de verle. Mi familia no había comprendido esto como tampoco comprendió mi obstinacion en permanecer en mi cuarto; seguros como todos estaban de mi inocencia, pues, segun he sabido despues, las nobles protestas de Leon habían inspirado esta seguridad, no se acercaron á consolarme; me dejaron padecer bajo el peso de sus infames sospechas, porque Feliz les dijo que no se debía ceder á la pasion de una jóven, ni hacer caso de la cólera de una niña.

Me dejaron, pues, entregada á la idea de que se me creía culpable; seguros de mi honor, tuvieron á menos asegurarme su perdon. Tal vez debí yo ir á implorarle; pero pedir perdon era justificarme á los ojos de Feliz y yo no podía hacerlo. En mí han tenido lugar las dos pasiones dominantes en el corazon de la muger, el amor y la aversion. Amé á Leon mas que á mi vida y moriré por no dar un momento de alegría á mi verdugo.

Llegó la hora de comer; entonces había un pretesto para llamarme, pero quisieron castigarme. Yo era muy jóven, no recordaban que amaba y que el amor es el supremo crecimiento del corazon. Yo me reí de su castigo. Hortensia que á los diez y seis años se había casado con mi hermano, no se acordaba que ella era esposa y madre á la edad en que dejaba que se me tratase como á una niña caprichosa. Sin embargo, vino una criada á servirme la comida; iba yo á mandarla salir cuando deslizó furtivamente á mi mano un papel que contenía estas palabras escritas con lápiz:

«Parto, pero volveré esta noche. Es preciso que yo os hable, es preciso »que ambos nos salvemos. A las diez estaré junto á la puertecita del parque »¿Estareis vos tambien?»

Por una estraña casualidad me era enteramente desconocida la letra de Leon, y aquel billete no estaba firmado; mas sin embargo, no dudé un instante de su autor, y poniendo al pie de aquellas líneas: «Sí» se le devolví á la criada.

Esta accion que decidió de mi vida, debo confesarlo, fue hija de la irre-

flecsion. La criada esperaba mi respuesta y Leon la esperaba tambien; ademas yo necesitaba ver á Leon, no precisamente porque le amaba, sino para decirle lo que iba á ser de mí y para preguntarle cuáles eran sus proyectos; lo que yo deseaba era una especie de junta en el momento de la catástrofe, para tratar de nuestro porvenir.

Asi que hubo partido el billete, conocí que acababa de dar una cita, y sin embargo esta no era lo que se llama una cita amorosa. El dia anterior, aunque me la hubiera pedido de rodillas Leon, no se la hubiera concedido; pero entonces se la hubiera yo pedido si él no se hubiera anticipado. Ambos teníamos ya por salvaguardia á la desventura. Un nuevo terror vino á turbar mi espíritu; aquella cita era quizá un lazo que Feliz me tendía. ¿Pero con qué objeto? ¿Con el de hacerme incurrir en una falta? Por último, me decidí, fuese lo que fuese, á cumplir mi promesa; por la salvacion de mi alma que es la única esperanza que me resta, juro que la falta que cometí solo fué una desobediencia mas, una rebeldía contra Feliz, un nuevo medio de librarme de él: el amor no tuvo parte en ella, y si me hubiera sido preciso escribir anticipadamente cuanto en aquella entrevista debía hablarse, apenas hubiera figurado en mi relato la palabra « yo te amo, » y solo se hubiera hallado en él la resolucion de acojernos al amparo de la familia de Leon, para librarnos de la mía. Protesto que yo no tenía idea alguna del amor culpable: solo calculé los medios de salvacion que me restaban y no ví los peligros á que me esponía.

Llegó la noche y esperé sin temor el instante en que debía huir de mi habitacion. Un temblor fue lo único que sentí al llegar este instante: vagas imágenes de una jóven seducida huyendo de la casa paterna atravesaron como fantasmas ante mi vista al bajar la escalera que parecia gritar para denunciarme con la presion de mis pasos. Yo había visto cuadros que representaban esto mismo y aquellos cuadros se diseñaban en la sombra, y en ellos aparecía mi imágen.

A ser menos ignorante, tal vez hubiera retrocedido ante aquellos sombríos avisos; pero estaban en contra mía la pureza de mi alma y la ignorancia de mis sentidos. Yo, pobre niña, sentía toda mi vida en el corazon y no comprendía que este pudiera ser deshonrado.

Atravesé el jardin, llegué á la puerta del parque y la abrí. Leon que me esperaba ya, entró y me tomó de la mano; aquella era la primera vez que me tocaba, pero no esperimenté emocion ninguna: tal era mi turbacion.

—Ven conmigo, me dijo, ven y entraremos en ese pabellon; allí estaremos mas seguros: el capitan andará tal vez por el parque.

Seguí á Leon porque tenia miedo á Feliz, y entramos en el pabellon en medio de la oscuridad mas completa. Leon me hizo sentar en un canapé y se colocó á mi lado.

Si yo hubiese hablado la primera, mis primeras palabras hubieran sido estas:

—Y ahora, qué va á ser de nosotros?

Pero fué Leon quien habló primero; parecía haber olvidado nuestra desgracia, pues me dijo:

—Ah, Enriqueta! cuánto tiempo hacía que me moría por hablarte! Hace seis meses que te amo, hace seis meses que tu mirada me abrasa y me embriaga, y no haberte hablado á solas ni siquiera una vez, no haberte podido esplicar mis tormentos!... ¡Ah, qué desdicha!

Estas palabras y el acento con que fueron pronunciadas me conmovieron y me dieron miedo. Yo no había ido allí para que Leon me dijese que me amaba; lo sabía ya, yo tambien le amaba! La primera vez que me espresaba libremente sus pensamientos no se hallaban conformes nuestros corazones. ¿Me amaba menos que yo á él, puesto que necesitaba decírmelo? Entonces no me ocurrieron estas reflecsiones.

—Leon, somos muy desgraciados.

—No, me replicó bajando la voz; no somos desgraciados si tú me amas como yo á tí. Te dejo porque es preciso; pero volveré muy pronto. Mi padre es muy rico y el amor que me profesa no tiene límites; se lo diré todo y vendrá conmigo á pedir tu mano y tu familia no me la negará.

—Lo creeis así?

—Sí, estoy seguro de obtenerla, teniendo seguridad de que tú te conservas para mí.

—Leon, esclamé tomando su mano, os juro morir antes que ser esposa de otro...

Leon oprimió mis manos y atrayéndome hácia sí, dijo:

—Ah! Con que me amas, Enriqueta?... me amas... Me juras ser mia?

Yo acababa de hacerle esta promesa antes de ecsijírmela y me pareció que no debía responderle en vista de la manera con que me la pedía. Sentí en mí una turbacion estraña; mi corazon se comprimia hasta hacerme mal, ó se dilataba hasta el punto de ahogarme; mis manos temblaban entre las de Leon, mi cuerpo tiritaba y mi respiracion era agitada.

—Me amas? no es verdad que me amas? me decía Leon atrayéndome hácia sí cada vez mas.

Una turbacion inaudita se elevó de mi corazon á mi cabeza y me pareció que mi mente se oscurecía, que un vértigo se apoderaba de mí y me derribaba.

—Dejadme... dejadme, respondí esforzándome para arrancar la voz de mi pecho.

Leon no hizo caso de mi terror y me estrechó en sus brazos.

Yo le rechacé sin comprenderle.

—No, le dije, no!

—Amada mia, Enriqueta! repitió. Me amas y serás mia... y entonces... Sé

mia ahora, y creeré en tu amor, creeré que me amas como yo te amo á tí y que tu vida me pertenece como á tí te pertenece la mia.

—Sí, seré vuestra, ya os lo he jurado. Leon, Leon!... que mas quereis?

—Porque me rechazas asi? dijo Leon sirviéndose de todas sus fuerzas para sujetar mis manos, y sentí sus labios sobre los mios. Entonces me levanté temblorosa y trastornada.

—No, no, no! murmuré negándome mas bien á mi turbacion que á sus deseos, pues juro por lo mas sagrado que ignoraba lo que Leon me pedía.

—Enriqueta! Enriqueta!

—Ah! esclamé espresando un sentimiento de terror inaudito, Leon, Leon, vos no me amais!

Y me eché á llorar.

—Ah! que has dicho, Enriqueta? dijo Leon con acento triste haciéndome sentar nuevamente á su lado. Con que no te amo! y por tu amor he sufrido durante seis meses la insolencia de ese hombre á quien debes pertenecer un dia, y por no alzar entre nosotros un ensangrentado muro, no he matado á ese hombre que se ha atrevido á decirme que serás suya!...

—Nunca!

—Dices que nunca? El se queda aquí y yo marcho; toda tu familia te rodeará, te suplicará, te amenazará, te dirá que yo no te amo y te hablará mal de mí. Y quién sabe si en un momento de duda, de miedo ó de debilidad, sucumbirás y olvidarás tus promesas?

—Nunca Leon!

—Ah! luchas con demasiada fuerza con mi amor para que no seas debil al luchar con su odio.

—Leon! ten compasion de mí! yo te amo!

—Ah! Enriqueta! no sientes latir tu corazon, no se trastorna tu cabeza? Oh! no me amas como yo á tí.

Yo sentía lo que decía Leon: mi corazon palpitaba con violencia y todo mi ser se estremecía y mi pensamiento y mi razon se trastornaban. Me hallaba en sus brazos: su aliento abrasaba mi rostro y sus lábios tropezaron nuevamente con los mios. Cerré los ojos, aunque la oscuridad era completa, y me dejé arrastrar á un crímen que ignoraba, pero que me parecía no debía ver; no había perdido el sentido, pero me hallaba en brazos de Leon como un cuerpo inerte y sin fuerza. Un anonadamiento doloroso del cuerpo y del espíritu me entregó á él sin defensa. Leon hubiera podido matarme sin que yo sintiera dolor ninguno.

Nada mas sentí; en vano estrechó Leon aquel cuerpo sin alma, en vano buscó un latido en mi corazon, en vano solicitó una palabra de mi boca; me sentí morir y nada mas. Me hallaba deshonrada y era culpable y no sabía por qué era culpable ni por qué estaba deshonrada.

El grito de su felicidad fué lo que me sacó de mi letargo; quise rechazarle y maldecirle; pero sus lábios ahogaron mis palabras y sus besos secaron mis lágrimas; era ya suya!

Lloré, porque acababa de perder una ilusion; acababa de conocer lo que los hombres llaman felicidad.

La felicidad! Consiste, pues, en la profanacion del amor? Yo, pobre ángel caido, acababa de separarme del cielo; porque yo era un ángel, pues si hubiese sido solamente una muger, una muger como otras muchas, hubiera resistido, ó hubiera sido tambien feliz; pero ignoraba el amor de los hombres y sucumbí.

Sin embargo, hallé la calma en la delirante alegría de Leon, y mí alma descendió á él cuando le oí esclamar arrodillado á mis pies:

—Ah! gracias, alma de mi vida! me perteneces ya como pertenece el hijo á la madre. Ahora me concederán tu mano ó moriremos juntos. Enriqueta, dime que me perdonarás.

Yo creí comprender su embriaguez: acababa de saber que le amaba! Ah! qué prenda de amor tan miserable es el honor de una muger! Yo oculté mis remordimientos, no quise cercenar lo mas mínimo la dicha que acababa de dar.

Entonces, solamente entonces fué cuando Leon me habló del porvenir y de sus proyectos. Yo le dejé hablar: no me quedaba mas recurso que confiarme á él; había perdido mi derecho á darle un consejo ó á pedirle una esperanza; yo no debia ya pensar en mí: Leon había querido mi vida y se la había dado; mi único pesar era que fuera él el único responsable.

Por fin nos separamos; él se alejó y yo me volví á mi cuarto.

¡Cuántas lágrimas derramé aquella noche y qué horribles tormentos padecí el dia siguiente!

Ah! puede calcularse la intensidad de mi pena? Cuando ya me hallaba perdida se me prodigaban los socorros que antes me hubieran salvado. Hortensia, mi padre y mi madre alarmados con mi ostinacion en permanecer en mi cuarto, pasaron á verme la mañana siguiente y me dijeron que habían sido ofuscados por los zelos de Feliz; que sabían que yo no había cometido mas falta que la del amor, que me perdonaban, que me dejaban la libertad de llorar y sufrir, y que esperaban que el deseo de restituír la tranquilidad y la dicha á la familia me ayudaría á combatir aquella pasion mas imprudente que culpable.

La mañana siguiente, mi anciano padre, mi madre tan virtuosa, mi hermana tan buena, mi hermano tan justo, reunidos en torno de mi lecho me hablaban con las lágrimas en los ojos, y la indulgencia en los lábios, y yo no esclamé: —«Insensatos y verdugos, ya es tarde! habeis dejado caer á vuestra hija en el fango y venis ahora á tenderle la mano! ya no os necesita.» Pude decirles esto, pero no hice mas que llorar y volver la espalda á sus consuelos; creyeron que me iba á morir y me dejaron sola.

Si en aquellos instantes hubiera sabido donde podría hallar á Leon, hubiera huido de casa, me hubiera encaminado á él y le hubiera dicho:—Ya que me has querido, tómame por entero, dame un techo, dame una familia, dame pan y dame un nombre, porque me averguenzan el nombre y la familia y el techo y el pan que tengo; todo esto lo robo impudentemente; nada de esto es mio, porque he renunciado ya á ello.

La enfermedad me salvó de la desesperacion; una fiebre ardiente se apoderó de mí y me duró veinte dias.

Cuando cesó la calentura, solo me hallé con fuerzas para ser cobarde, solo tube valor para mentir y temblar, y no volví á ser digna de la vida hasta que apareció en mi corazon un sentimiento estraño, un sentimiento mas fuerte, mas santo, mas inefable que el amor: adiviné que era madre antes de sentirlo. Antes que los signos comunes de la preñez me demostrasen mi estado, no sé que intuicion de mis entrañas me dijo que ya no tenía derecho á morir. Sin embargo, aquel sentimiento solo era una vaga esperanza que me alhagaba en mis horas de soledad. Yo no se por qué, miraba con una curiosidad nueva á los hijos de mi hermana y procuraba acordarme de su rostro y de su llanto cuando eran recien nacidos, los tomaba con amor sobre mis rodillas y los mecía procurando acordarme del canto de su nodriza. Una tarde me hallaba arrodillada en mi cuarto rogando á Dios con todo el fervor de la desesperacion, pidiéndole que apartase de mí la desgracia que presentía, prometiéndole espiar mi falta con una vida de penitencia y de virtud, y entonces sentí ajitarse otra vida en la mía.

¡Oh bondad del Señor! si mucho amor habeis colocado en el corazon de la muger, aun habeís colocado mucho mas en sus entrañas! Yo era una pobre jóven perdída, y no puedo esplicar el grito de alegría y de amor conque saludé á aquel ser que alentaba en mí para ser el testigo irrecusable de mi crimen; no puedo espresar el número de santos deberes que me impuse para con aquella criatura que solo podía nacer para deshonrarme ó para matarme.

Estos santos deberes fueron los que me llamaron á la vida arrancándome del horrible abatimiento en que me veia sumergida. Dos meses hacía que Leon había marchado, y yo no tenia noticias suyas: todos se abstenían de hablar de él. Los cuchicheos que con frecuencia oía en mi alrededor demostraban que mi familia se ocupaba de mi suerte. Dispuesta me hallaba ya á lo que sucedía; sabía que se me ocultarian todas las tentativas de Leon, hasta que este venciera los obstáculos que nos separaban; tenía paciencia porque tenía fé en él.

Pero cuando dejé de estar sola, cuando empecé á temer por dos existencias abrumadas bajo el peso de una misma desgracia, fueron terribles mis angustias, mis inquietudes auyentaron mi sueño, y traté de penetrar el misterio que me rodeaba. Pasé asi un mes entero sin que nada me demostrase el menor cambio en las ideas de mi familia respecto a mí. Me hallaba en medio de mi

familia como una jóven poseida de una locura amorosa, de una pasion de ánimo invencible, á quien se deja por compasion la libertad de su tristeza. Todos se mostraban afectuosos para conmigo y prevenían mis deseos cuando la casualidad me hacía pronunciar una palabra que demostraba un deseo, pero dejaban abandonado mi corazon. Ni mi madre, ni mi padre, ni Hortensia, se acercaron nunca á mí para tenderme la mano, diciéndome que yo debía tener en mi corazon otra cosa diferente de la pasion de una niña, cuando me resignaba á tales sufrimientos.

La pasion á que me había sometido sin saberlo, me llegó á ser entonces insoportable. Qué hacía Leon? Cómo no había hallado medios de noticiarme el resultado de sus diligencias? Cómo no le había dado yo cuenta de mi posicion?

Todo esto me proporcionaba la inquietud de la desgracia, despues de haberme hecho sufrir su abatimiento. La criada que me entregára el billete de Leon, huía de mí temiendo la responsabilidad de una inteligencia conmigo. Un dia supe que una palabra compasiva que se le había escapado al ver mis sufrimientos le había valido la amenaza de ser despedida.

—Pobre señorita, había dicho, se les va á quedar muerta entre las manos.

Aquella muger tenía razon para hablar así; yo hubiera muerto si me hubieran dejado morir; pero han querido matarme y me he defendido; me he resistido y resisto aun. Cuánto durará esta resistencia?

El tiempo pasaba y nada me decía que no me hallaba abandonada. Ah! qué dias y qué noches de tormento! qué súbitos espantos y qué lentos y profundos terrores! si se pronunciaba una palabra sin intencion, que por casualidad tenía relacion con mi estado, me sentía desfallecer de pena; luego, en mi soledad, me figuraba el momento en que me sería preciso decir la verdad ó mas bien en que la verdad sería descubierta, y entonces en mis insomnios veía cuadros terribles en que yo estaba representada de rodillas llorando y suplicando entre las maldiciones de mi familia. Pero por una estraña circunstancia que se hallaba lo mismo en los delirios de mis insomnios, que en los de mis sueños, nunca se me presentaba Feliz en aquellas horribles pesadillas; únicamente me parecía que un fantasma desconocido vagaba en torno mio con una sonrisa hedionda.

Consistía esto en que mi alma comprendía que amenazar y maldecir no era bastante para Feliz, y en que mi imaginacion era al mismo tiempo incapaz de representar un suplicio digno de la crueldad de aquel hombre?

Entonces era tanto mi sufrimiento que me parecía llegado á su término mi valor. Yo no conocía aun esa miserable facultad del alma, merced á la cual, esta halla fuerzas para resistir todos los dolores, de modo que los esperimenta todos antes de morir ó de hacerse insensible; pero no tardé en conocerle. Este conocimiento le adquirí á fuerza de padecimientos que unas veces devora-

ron mi corazon y otras le comprimieron y detubieron sus latidos. No se si en el dia aceptaría tales pruebas por salir de mi tumba. La primera y la única que me proporcionó alguna esperanza, tubo lugar en una de esas horas en que el alma se halla tan cansada que darla la felicidad es atormentarla; en una hora en fin de esas en que el sueño pesa tan invenciblemente en nuestros ojos que ni aun abriríamos estos para ver á nuestro hijo.

Todos estábamos en el salon; y tal era la sombría tristeza que inspiraba mi aspecto, que hasta la alegría de los niños era importuna. Un criado abrió tímidamente la puerta y dijo:

—Un caballero que ha dejado su carruage en la verja, se dirije á aquí.

—Ha dicho su nombre? le preguntó mi hermano.

—Sí, señor.

—Pues bien, quién es?

El criado vaciló y respondió lentamente, mirándome:

—Mr. Lannois.

—Leon! esclamé yo dando un salto.

—Es su señor padre, replicó el criado retirándose.

Todas las miradas se volvieron á mí, al oir el grito que ecsalé.

—Pero no veis que os volveis loca? me dijo mi padre con acento colérico y despreciativo. Se anuncia á Mr. Lannois y delante de un criado esclamais: «Leon!» Retíraos á vuestro cuarto... retiraos. Es preciso que este desórden concluya.

Viendo la espresion de mi padre que apenas podía contener su cólera, bajé la cabeza y salí murmurando:

—Ah! vos si que no veis que me vuelvo loca.

Apenas me retiré, me asaltó un invencible deseo de ver á Mr. Lannois, al padre de Leon, enviado por este, mi segundo padre, mi única esperanza; quise ver aquel hombre que me figuraba sería un anciano venerable y bueno, dispuesto siempre á la indulgencia y á la proteccion. Me deslicé á un gabinete, y allí detras de una cortina, ví á Mr. Lannois y escuché la conversacion.

Mr. Lannois era un hombre todavía muy jóven, de rostro alegre y colorado, grueso, de poca estatura, de maneras grotescas y de voz agria y comun. Nadie estrañará que le examinára tan bien en aquel instante: los rasgos que acabo de pintar me helaron el corazon. Si Mr. Lannois hubiera sido un hombre de rostro austero é implacable, tambien me hubiera hecho temblar, tambien me hubiera sumido en la desesperacion, pero no en la desesperacion vergonzosa del que comprende anticipadamente que sus súplicas serán mas bien desconocidas que rechazadas.

Podemos muy bien arrodillarnos ante la muerte, pero es preciso callar ante la cara estúpidamente alegre de la necedad feliz. Aun cuando la dureza de esta asercion debiese recaer sobre mí, la sostengo, porque, es preciso decirlo,

aquel hombre causó el mayor de mis infortunios, pues quitando su dignidad á mis sufrimientos, me hizo ruborizar, no de vergüenza, sino de hastío.

Al emprender esta narracion, creí que el cuadro de los tormentos que sufro sería cruelísimo de trazar, y al presente conozco que me es imposible hacerle comprender. Cuando diga que se me ha encerrado en una tumba, lejos del sol y del aire; cuando describa los horribles detalles de esta cautividad en que muero, se me adivinará y se me compadecerá. Pero ¿podré hacer comprender los horrores de la brutalidad que sofoca y petrifica el corazon y la vida de una desgraciada bajo su insensible mano? No importa esta duda: continuaré mi narracion, porque es necesario que todos mis dolores sean conocidos y entonces tal vez habrá un corazon de muger que me comprenda, me llore y ruegue al cielo porque lo que he padecido en este mundo me sea recompensado en el otro.

Primeramente cambiaron Mr. Lannois y mi familia los saludos de costumbre, luego se siguió una conversacion de negocios, y al fin dijo el padre de Leon repantigándose en su sitial.

—Veamos; me parece que aquí falta alguien.

—Quién?

—Toma, la adorada Enriqueta.

—Caballero... esclamó mi padre.

—Vamos, vamos, papá, no os hagais el desentendido; el chico me ha contado el asunto. Ama á la bribonzuela y ella le corresponde, cosa que no es de estrañar atendiendo á que el muchacho es de lo mejor de mi cosecha... Así, os aconsejo que le tomeis, pues, como mi pobre muger ha muerto, no os será fácil hallar otro por el estilo...

—Pero, Mr. Lannois, replicó mi padre picado, una proposicion de esa naturaleza... y en esos términos...

—Nada de términos ni de plazos, respondió Mr. Lannois con aire satisfecho; al contado, al contado doy cincuenta mil escudos á Leon.

—Pero si tenemos otros proyectos respecto á Enriqueta....

—Justo; pero los chicos se aman, y los que siembran, cojen (1).

De todos los que escuchaban tan estrañas palabras era yo la mas inocente y la menos acostumbrada á la grosería de semejante lenguage, y sin embargo lo comprendí todo y me retiré al parque casi loca. Mi última esperanza de salud había desaparecido, porque entonces conocí que mi familia no podía menos de rehusar proposiciones hechas de un modo tan indecoroso; tal era la dignidad de modales á que estaba acostumbrada, que no podia quejarme á nadie de que

---

(1) Aquí hay un equívoco intraducible: *s'aiment* (se aman) *y s'ément* (siembran), se pronuncian lo mismo.

se rehusasen. Qué mas diré, Dios mio! A no ser yo culpable, tal vez hubiese despreciado la felicidad venida de mano de aquel hombre: ahora mismo, al repetir las palabras que constituían el lenguage del padre de Leon, me siento confusa y avergonzada.

Mas es preciso manifestar lo que me condujo á la desgracia, y cómo desaparecí del mundo sin que nadie supiese mi paradero.

Me hallaba en el parque llorando y presa de ese vértigo que conduce al suicidio. ¡Ay de mí! si entonces se hubiera presentado ante mi vista el mar ó un precipicio, no hubiera titubeado en arrojarme á él. Vagaba entre las flores lastimando mi pecho y derramando un torrente de lágrimas, cuando ví á Mr. Lannois que salía de casa dirigiéndose colérico hácia donde le esperaba su carruage. Por repugnante y brutal que fuese su ausilio, no vacilé en implorarle, y lanzándome hácia él, llevada por mi dolor, le grité:

—Qué! os marchais?

Tan desesperada estaba y tan desgarrador era mi acento que Mr. Lannois retrocedió mirándome con sorpresa. Despues, añadió con ese tono mortal que quita toda esperanza como la rueda de una máquina que deshace indiferentemente el hierro que se la arroja ó el desgraciado que se ha dejado coger de ella.

—Que si me marcho? Y qué quereis que haga con ese atajo de protestantes y bonapartistas.

—Caballero, continué, pensad que si os marchais será preciso que yo muera.

—Vos...? Y quién sois vos?

—Enriqueta.

—Ya! Enriqueta! la querida, la princesa de mi Leon: gracias, alma mia. Pedid marido á vuestros estúpidos parientes.

—Y trató de alejarse.

—Señor! señor... continué en ademan suplicante. Considerad que Leon me ama y yo le correspondo.

—Bien! contad con eso solo para estableceros, y vereis que es un lindo capital.

Todas estas palabras caían sobre mi corazon y me derribaban como los implacables golpes del ganapan que maltrata á su muger. En fin, por última vez miré á aquel hombre lleno de vida y de alegria, y yo, pobre niña, perdida y muribunda, asiéndome á él con todas mis fuerzas, le dije con voz debil y desesperada cayendo á sus pies:

—Sabed que soy culpable... Soy madre!...

Y caí á sus pies.

Aquel hombre me miró un instante y luego me volvió la espalda silbando y cantando:

Ta-ra-rá. Yo no sabía
que esa novedad había.

Entonces caí al suelo ocultando la frente en el polvo, moribunda y ahogada por los sollozos.

Mi hermano, mi padre y Feliz que me habían visto desde casa, corrieron á poner término á aquella horrible escena que creyeron sería degradante para ellos y para mí; Mr. Lannois continuó cantando hasta su llegada.

—Poco á poco, que vais á hacer daño á la criatura, dijo con una sonrisa de triunfo dirijiéndose á Feliz que procuraba levantarme.

—Qué quereis decir, caballero? replicó mi hermano.

—Quiero decir, respondió Mr. Lannois repitiendo su asqueroso juego de palabras, que los jóvenes cuando siembran, cojen.

Yo volví á caer al suelo y entonces ví inclinado sobre mi el rostro espantoso de aquel desconocido fantasma que viera durante mis sueños.

Era Feliz quien me miraba asi.

Su rostro esperimentó una contraccion espantosa; luego se levantó y mirando frente á frente á Mr. Lannois, le dijo:

—Sois un infame y un calumniador. Mentís impudentemente!

Mr. Lannois palideció y tembló. Aquel hombre tan brutal era un cobarde.

—Yo!... Ella me lo ha dicho.

—No veis, repuso Feliz, que esta desgraciada está loca.

—Yo no lo sabía, dijo Mr. Lannois; se lo diré á mi hijo, y estoy seguro de que eso le curará de su necia pasion. Una muger loca! Pues estaba bueno! Esa noticia le hará mas razonable.

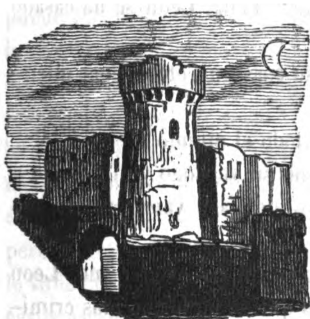
Hice un esfuerzo par levantarme y hablar, porque Mr. Lannois parecía hallarse convencido de la verdad de las palabras de Feliz, y sin duda mi conducta justificaba aquella opinion. Me arrastré de rodillas hácia Mr. Lannois, para hablarle, pero me faltaron las fuerzas y....





VIII.

Semiconclusion.



Con estrema atencion leia Armando este relato; hasta entonces nada le había distraído, ni los movimientos de Enriqueta, ni el llanto de la pobre criatura nacida sin duda en aquella horrible prision. Fija la vista en el manuscrito, le seguia con la atencion de la cocinera ó de la gran señora que lee ó mas bien devora una novela de Paul de Kock. De pronto, la desgraciada prisionera cojió el libro y le ocultó con rapidez en el sitio de donde le había sacado. Un momento despues, se movió uno de los tapices que cubrian la pared de en frente del baron, y entró Feliz trayendo una cestita en la mano. Luizzi esperimentó un movimiento de cólera al ver al capitan, y estuvo á punto de interpelarle; pero recordó por qué sobrehumano prodijio asistia á una escena que pasaba á larga distancia de él y se puso á observar con la atencion de aquel que ni un solo detalle quiere dejar desapercibido.

El capitan sacó de la cesta algunos alimentos que colocó sobre la mesa, Luizzi comprendió entonces por qué Feliz no cenaba nunca con su familia y por qué se le servia todas las noches en el pabellon. Los primeros momentos que sucedieron á la entrada de Feliz fueron silenciosos; sin embargo, el capitan manifestaba tal aire de triunfo, que parecía esperar únicamente la ocasion oportuna para estallar.

—Vamos, Enriqueta, dijo al fin, ¿tendrán todos los dias el mismo resultado?

—Todos los dias decis? Acaso hay dias y noches para mí? Para mi solo

hay una luz y una sombra ambas eternas; solo conozco una desgracia que no tiene víspera ni dia. Sufro como sufria y como sufriré; pienso como pensaba y como pensaré siempre. En la vida animada, pueden ser un motivo para cambiar de resolucion la noche que pasa y el dia que viene; pero yo no conozco dia ni noche, ni mañana ni tarde: mi vida es siempre la misma hora, siempre el mismo dolor, siempre el mismo pensamiento.

—Enriqueta, replicó Feliz colocándose delante de la jóven como si tratase de sorprender una emocion en su pálido rostro, en el que, por decirlo asi, parecía haberse inmovilizado el dolor, Enriqueta, repitió, no es el dia ni la noche lo que puede cambiar una resolucion tan tenaz como la vuestra; seis años hace que, aprovechando vuestro desmayo, ocultó nuestra familia la vergüenza de vuestra debilidad ocultándoos en esta prision. Con una palabra podeis salir de aquí, y aun no habeis pronunciado esa palabra.

—Ni la pronunciaré jamás, respondió Enriqueta. La única esperanza de mi vida es el amor de Leon, la única esperanza de mi tumba es su amor tambien.

—Y sin embargo, Leon os ha vendido, replicó Feliz, Leon se ha casado con otra.

—Mentís, Feliz, mentís. Leon no entregará su corazon á otra muger mientras yo viva.

—Olvidais que habeis muerto para él y para todo el mundo?

—Entonces, Leon no me ha vendido, y vos sois su verdugo y el mio.

—Enhorabuena: acepto ese crímen puesto que hace vana vuestra esperanza.

—Pero ya os he dicho que mentís, ya he dicho que no os creo; no, Leon no se ha casado. El que me ha sepultado viva, el que se ha hecho mas criminal que los asesinos y los envenenadores para quienes reserva la ley un cadalso, no habrá vacilado ante la idea de presentarme cartas supuestas á fin de proporcionarme un dolor mas.

—Enriqueta, dijo Feliz, hay cosas que no se pueden falsificar, por ejemplo el fallo de los tribunales. No tardareis en ver el que condena á Leon Lannois á trabajos forzados, y entonces veremos si conservais ese amor que habeis elevado á la categoría de la virtud.

—Si lo que decis fuera cierto, moriria en esta tumba con este amor; si la casualidad me arrancase de aquí y hallase á Leon infiel y deshonrado, le amaria viéndole al lado de su esposa, le amaria viéndole cargado de ignominiosas cadenas.

—Enriqueta, esclamó Felíz con aire sombrío y echando en su derredor una mirada feroz, ¿no conoceis que la hora de la paciencia se acaba y que es preciso que vuestro destino se cumpla?

—La hora de la paciencia no ha sido mas larga que la del dolor, y si es mi

destino morir sin volver á ver la luz del dia, haced que se cumpla en este instante; porque si vos estais cansado de atormentarme, yo estoy cansada de sufrir, y la muerte será el término de mis sufrimientos.

—Enriqueta, escuchadme bien: por última vez os ofrezco la vida; os engañé al deciros que pasábais por muerta: Mr. Lannois me oyó decir una palabra que creyó y repitió á todos; todos os creyeron loca, y nosotros aprovechámos aquella opinion para hacer correr la voz de que os habíamos hecho dejar la Francia. Todos os creen encerrada en alguna casa de locos de América ó de Inglaterra, y del mismo modo que podeis volver de ella mañana, podeis no volver nunca. Pero debeís comprender, Enriqueta, que entre nosotros ecsiste un gran crímen, y debo asegurar vuestro silencio. Volvereis á aparecer en el mundo, mas para ello habeis de ser mi muger y me habeis de entregar esa niña como prenda que debe ponerme á cubierto de vuestra venganza.

—Teneis razon, Feliz, respondió Enriqueta: hay un gran crímen entre nosotros; pero ese crímen que es aun mayor de lo que se os figura, quiero que le cometais por entero. El suplicio que esperimento es superior á cuanto se puede imaginar, pero os juro que no trataré de abreviarle ni un dia ni una hora: tendreis que matarme, Feliz, y tendreis que comparecer ante Dios con las manos teñidas en mi sangré. Yo tambien á mi vez os he engañado, pues ya no creo en el amor de Leon y ya no debo á él el valor del sufrimento. Este valor le debo al deseo de la venganza. No fieis en un momento de debilidad. He tenido tentaciones de entregarme á vos y de haceros creer en mi amor á fin de comprar una hora de libertad para ir á denunciaros á la justicia de los hombres; pero he retrocedido, no por temor al crímen, sino por temor de no engañaros lo suficiente. Ya, confio vuestro castigo á la justicia del cielo, quiero mas haceros asesino.

Feliz había contemplado á Enriqueta con la implacable mirada del asesino que parece medir el sitio en que podrá herir con mas seguridad á la víctima sin esponerse al riesgo de la lucha y de los gritos; luego, se acercó á la puerta que le había dado entrada, y cerrándola como si quisiese ocultar aun mas en el silencio el secreto de aquella tumba, se volvió á Enriqueta y la dijo con siniestro acento:

—Enriqueta, el crímen no será ya mas grande ni el remordimiento mas espantoso; pero el terror será menos incesante. Aquí hay un hombre á quien he sorprendido vagando al rededor de este pabellon y admirándose sin duda de que nadie penetre en esta morada. Es preciso que ese hombre pueda entrar á aquí mañana, á fin de que ninguna sospecha conciba, es preciso que entre á aquí sin que ninguna voz ni ninguna queja le demuestre que un ser viviente se oculta entre esta paredes. Para ello, necesitas ser mia ó morir.

—Morir! morir! esclamó Enriqueta.

—No olvides, desventurada, que mi crímen es el crímen de tu familia, que

tus parientes despues de haber sido cómplices involuntarios han sido cómplices forzosos; que despues de haber consentido que pasaras aquí algunos dias, te han dejado pasar semanas, despues meses, y despues años. Mi crímen pasado ha venido á ser tambien el suyo, y participarán asi mismo del que puedo cometer. No olvides que no soy yo el único á quien puedes conducir al cadalso; tu padre, tu madre y tu hermano me acompañarán.



—Pues bien, que asi sea, esclamó Enriqueta; que acaben mi muerte por tus manos los que la empezaron por ellas: arrastraré si puedo al cadalso á mi padre, á mi madre y á mi hermano sin compadecerme de ellos mas que de tí. No conoces que acabas de reanimar mi abatida esperanza? Aquí hay un hombre, un hombre de quien sospechas, un hombre que quizá vaga en este instante al

rededor del pabellon y que puede oirme. Oh! si quisiera Dios que fuera asi, y que mis gritos pudieran traspasar los muros de esta prision... Socorro! socorro!

Enriqueta empezó á ecsalar tan agudas voces que Luizzi dominado por aquel horrible espectáculo, dió un paso adelante para acudir en defensa de aquella muger. Feliz, lleno de miedo, perseguia á Enriqueta esclamando:

—Silencio! desgraciada, silencio!

En este instante, llegó Enriqueta á la puerta que conducia fuera de aquella terrible cárcel, la abrió por medio de un movimiento rápido y desesperado, y se lanzó por ella redoblando sus gritos. Feliz, dominado por el terror y la cólera, tomó un cuchillo que había colocado sobre la mesa, y cuando se hallaba á punto de alcanzar á Enriqueta en los primeros escalones, Luizzi, olvidando por qué ilusion sobrenatural asistia á aquella terrible escena, se precipitó hácia él esclamando:

Detente! miserable, detente!

En el instante en que Armando creyó asir al capitan, faltando apoyo á sus piés, cayo esperimentando una conmocion violenta, y se sintió con agudos dolores acompañados del aturdimiento que siguió á la caida. Volvió poco á poco en sí y abrió los ojos; pero todo había desaparecido. Se hallaba bajo la ventana de su cuarto por la cual se había precipitado, dejándose arrebatar por una emocion que no había podido dominar. Quiso hacer un esfuerzo para levantarse é ir al pabellon donde se representaba tan sangriento drama; pero le faltaron las fuerzas y cayó al suelo sin sentido.





IX.

Nuevo trato.



A l volver de su desmayo, se encontró Luizzi en el cuarto que le estaba destinado en casa de Mr. Buré; ardia á su lado una lamparilla, y un criado velaba á la cabecera de su lecho.

Largo rato tardó el enfermo en reunir sus recuerdos con la precision necesaria para conocer la posicion en que se hallaba. Poco á poco, vinieron á su memoria el accidente que le redujera á aquel estado y las causas que le produjeran, ó mas bien aparecieron ante sus ojos como un horrible sueño, cuya realidad no se presentaba todavia con bastante claridad á su espíritu. Trató de incorporarse sobre la cama para mirar á su alrededor, pero sintió que le faltaban las fuerzas. Descubrió poco á poco las vendas que rodeaban su brazo conociendo que habia sido sangrado, y recordando confusamente la altura de la ventana por donde se había precipitado, se admiró de que no se hubiese matado y temió haberse roto algun miembro. Se palpó, se movió, puso en juego las articulaciones, y vió con placer que no habia sufrido fractura alguna.

Despues de cuidar asi de sí mismo, pensó en la horrible escena de que había sido testigo, y cuyo espantoso desenlace habia tratado de evitar; viéndose aprisionado en su lecho por el dolor y la debilidad, buscó alguna cosa que pudiera ayudarle, ó alguien á quien preguntar ó dar órdenes. Entonces fué cuando vió al criado que velaba á la cabecera de su lecho.

El enfermero desempeñaba bastante cómodamente sus deberes pues se ocupaba en leer con mucha atencion un periódico mordiéndose las uñas de su mano blanca y hermosa. Luizzi le examinó atentamente y no recordó haberle visto entre los criados de la casa. El aire de impertinente indiferencia de su guardian le disgustó en estremo; por otra parte los enfermos son como las mugeres, detestan á todos los que no se ocupan esclusivamente de ellos. El descontento de Luizzi llegó á su colmo cuando el criado, que continuaba leyendo el periódico con una risita burlona, murmuró:

—Bueno! bueno!

—Parece que es muy divertido lo que leeis? dijo Luizzi con despecho.

El criado miró de reojo á Armando y le respondió:

—Podeis juzgar vos mismo, señor baron. Escuchad:

«Ayer tuvo lugar un duelo entre Mr. Dilois, tratante en lanas, y el jóven Cárlos su dependiente. Este, herido de un balazo en el pecho, ha fallecido esta mañana. Todo el mundo preguntaba las causas de este duelo cuando la súbita desaparicion de Mad. Dilois ha venido á esplicarlas.»

—Dios mio! esclamó Luizzi incorporándose en el lecho, ha muerto Cárlos!

El criado continuó su lectura:

«Dícese que con motivo de las habladurías de la muger de uno de nuestros mas ricos notarios, Mr. Dilois habia descubierto relaciones íntimas entre su esposa y su dependiente.»

—Qué! esclamó Luizzi estupefacto, dice eso ese periódico?

—Y mas tambien, respondió el criado; oid.

«A las diez de la noche.=En este instante llega á nuestra noticia un suceso todavia si se quiere mas espantoso. La señora marquesa du Val ha puesto fin á su ecsistencia arrojándose desde el piso mas alto de su casa. Este suicidio se halla acompañado de una circunstancia estraordinaria que le une con lazos inesplicables al asunto de Mad. Dilois: se ha encontrado en poder de la marquesa un billete del cual copiamos algunas líneas:—«A... es un infame, pues ha hablado faltando á la promesa que te habia hecho. Nos ha perdido á las dos... Pobre Lucía, cuanto te compadezco! Firmado Sofía Dilois.» Todos preguntan quién es el infame designado por la inicial A... ¿Corresponde esta inicial á un nombre, ó á un apellido? Por otra parte, todo el mundo se admira de que se tuteasen dos mugeres de tan distinta categoría, y que no podian conocerse desde la infancia como compañeras de colegio, puesto que la marquesa no se habia separado de su madre (la condesa de Cremancé) hasta el dia de su casamiento, y que Mad. Dilois habia sido educada por una anciana qne la recogió de muy tierna edad.»

Luizzi permaneció inmóvil y mudo de estupor y de desesperacion durante algunos instantes. Mad. Dilois, Lucía, Enriqueta, Mad. Buré, todas estas mu-

geres parecian volar y tornar al rededor de su lecho como fantasmas blancas.

—He matado á una y he dejado asesinar á otra! se decía como si una ley sobrehumana le dictara esta frase que repetia sin cesar.

Dirigia espantado sus miradas en torno de su lecho, y sintiéndose sin fuerzas para obrar y sin nadie en el mundo á quien confiar su pena, juntó las manos y dirijiéndose al cielo esclamó:

—Dios mio! Dios mio! qué he de hacer?

Apenas había pronunciado estas palabras, recibió en las manos un fuerte capirotazo del enfermero, que le dijo:

—Qué es eso, hombre? Os pasais al enemigo en el momento del peligro? Esa conducta no es digna de un noble ni de un francés.

—Ah! eres tú, Satanás?

—El mismo.

—Quién te ha llamado, esclavo?

—Tú que me pediste la historia de Mad. Dilois y la de la marquesa.

—Sí; pero te negaste á contármelas.

—Las aplacé para dentro de ocho dias; los ocho dias han pasado ya.

—Segun eso, hace que estoy en cama....

—Cuarenta y ocho horas.

—Y Enriqueta?

—Mas tarde, mi amo, mas tarde sabrás el desenlace de esa historia.

—Ha matado Féliz á aquella desventurada jóven?

—Si la ha matado, mejor para ella y para él, porque ambos se han librado de un suplicio, y sobre todo ella que empezaba á cansarse del papel que representaba todavia por orgullo.

—Cómo por orgullo? Amaba á Leon con un amor que el mundo ignorará siempre....

—Quia! no amaba ya á Leon, y á decir verdad, no era precisamente á Leon á quien habia amado.

—Satanás! Satanás! tú todo lo calumnias.

—Nada de eso, yo lo esplico todo: Enriqueta no amaba á Leon, lo que amaba era su propio amor. Ese jóven se presentó en el instante en que Enriqueta necesitaba abrir su corazon, dar un objeto á sus sueños, en que su alma pugnaba por lanzarse á un punto que la sostuviese; pero Leon era muy inferior á la pasion que inspiró, y aunque la hubiese comprendido, no hubiera correspondido á ella. Leon no se acuerda ya de Enriqueta á quien cree muerta, Leon se ha casado, Leon tiene hijos y juega con ellos, Leon engorda, Leon va echando barriga, Leon se bebe un par de vasitos de aguardiente tras la comida, Leon acaba de asegurar su fortuna haciendo quiebra.

Enriqueta si hubiera podido consagrar su vida á Leon, hubiera padecido mas que en la tumba, porque en la tumba solo ha visto morir la esperanza de

una felicidad que creia del cielo, y en la vida hubiera visto estinguirse la religion de su corazon y su fé en el amor.

Satanás pronunció estas palabras con amargura, y Luizzi, contemplándole con atencion como si quisíese penetrar en el infernal pensamiento del demonio, le dijo:

—Segun eso, tú crees que es una desgracia perder la fé y la religion?

—Lo hubiera sido para Enriqueta; eso es lo que he querido decir, porque yo desprecio esas teorías generales con que se asientan principios absolutos que aprovechan tan poco á todo el mundo como un mismo vestido á toda una poblacion. Juzgar de otro modo, sería lo mismo que si tú quisieras juzgar á Madama du Val por Mad. Buré, fundándote en que una y otra se han entregado á un hombre en el transcurso de algunas horas.

—Ah! será posible que la marquesa haya muerto? esclamó Luizzi. Es cierto lo que dice ese periódico?...

—Ciertísimo.

—Y yo la he asesinado!

—El arma estaba cargada, y la has disparado tú.

—Cuán digna de lástima es!

—Ah! sí, muy digna de lástima!... esclamó Satanás; vas á juzgar por tí mismo.

—No, está noche no, replicó Luizzi, mas tarde, otra vez.

—No puede ser, baron: te tengo dicho ya que siempre que me pidas alguna confidencia tendrás que escucharme hasta el fin.

—Es cierto; pero puedo librarme de esa obligacion.

—Dándome algunas de las monedas contenidas en esa bolsa.

—Cuánto quieres, ¿un mes de mi vida?

—Quiá! por tan poca cosa no quiero dejar de relatarte el daño que has causado.

—Ya ves que no tengo fuerzas para escucharte.

—Yo te las daré.

—Me taparé los oidos.

—Traspasarán tus manos mis palabras.

—Calla, calla, Satanás, yo te lo suplico. No me níego á escuchar esas lamentables historias; pero quiero que sea mas tarde.

—Y que adelantaré con contártelas cuando el tiempo haya endurecido tu corazon y borrado tus remordimientos? Es preciso que las oigas ahora que la una derrama lágrimas y la otra derrama sangre. Soy acaso tu esclavo únicamente para obedecerte? No sabes, desventurado, que el que compra un asesino se vende á él? Tú perteneces al diablo puesto que le has comprado.

Al decir esto, Satanás, cuya forma perdida en la sombra de la habitacion había recobrado parte de su infernal magestad, ostentaba esa bella y espan-

tosa sonrisa que infunde la compasion en Dios, porque le recuerda la grandeza de su hermoso angel querido á quien le ha sido preciso castigar y quien, con la imposibilidad de ser perdonado, ha abierto una herida eterna en su divino corazon.

La miserable naturaleza de Luizzi no era capaz de soportar aquella sonrisa que penetraba en su corazon como pudiera hacerlo la rueda dentada que da vueltas y desgarra al tiempo de girar.

—Piedad! piedad! esclamó; te escucharé cuando quieras, pero ahora no.

—Corriente; yo escogeré otra ocasion oportuna. Pero qué me vas á dar en cambio?

—Un mes de mi vida!

El diablo se echó á reir y replicó:

—Estás seguro de que te queda en la bolsa un mes de vida para ofrecerle con tanta arrogancia?

—Dios mio! Dios mio! esclamó Luizzi buscando bajo la almohada la bolsa en que guardaba su vida.

Por fin la encontró y le pareció que estaba casi vacía.

—Con que me hallo prócsimo á morir?

—Como nuestro trato no comprende lo futuro, nada tengo que responderte; nuestro trato solo comprende lo pasado y lo pasado es lo que voy á decirte.

Y empezó el diablo con desembarazo:

—Esa Mad. du Val á quien has asesinado...

—Basta! basta! murmuró Luizzi con voz moribunda.

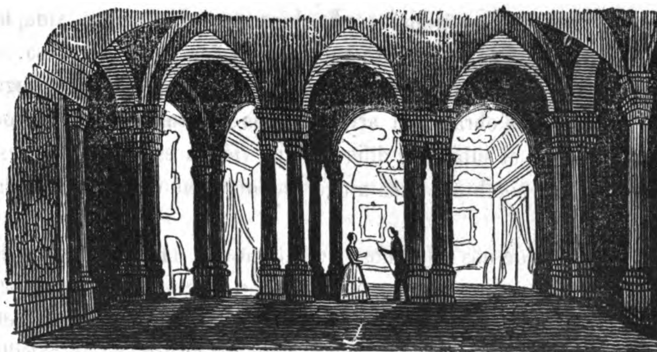
Un horrible vértigo se agitaba en la cabeza de Armando; su frente se abrasaba, pálidas y descarnadas fantasmas giraban á su alrededor, y su razon iba desapareciendo. El baron temió mas la locura que la muerte, y dijo al diablo:

—Toma, toma y déjame.

El diablo se apoderó de la bolsa y la abrió. Luizzi entonces quiso lanzarse á quitársela, pero no pudo moverse de su sitio y vió los dedos del diablo deslizarse en la bolsa y tomar una de las monedas que esta contenia. En aquel instante sintió que un frio glacial se apaderaba de su corazon, sintió que toda su vida se paralizaba y... nada mas sintió.

Daban las tres.





X.

Vuelta á la vida.



DABAN las tres: Luizzi sintió que le tiraban de las piernas.

—Vamos, arriba, al coche! le gritaba una voz ruda y varonil.

Se incorporó y se encontró en una habitacion miserable y desconocida; saltó de la cama y se halló lleno de vigor y de salud. Miró á su alrededor y vió su bolsa y su campanilla sobre una mesa. Pero ¿dónde se hallaba? con qué objeto se le mandaba levantar? Abrió la ventana y descubrió un gran patio donde se estaban enganchando los caballos de una diligencia. Era fria la noche; Armando recordó lo pasado, recordó su nuevo trato y conoció que no estaba ya en casa de Mr. Buré, y ni siquiera en Tolosa. Todavía duraba el invierno, pero ¿era el mismo invierno, ó habian ya pasado otros?

Tomó Armando la miserable luz que se le había dejado, y lo primero que hizo fué mirarse á un espejito que estaba colgado de un clavo sobre una cómoda pequeña de nogal. El único cambio que notó en su rostro fueron las pátillas de que se veía adornado. Cuanto tiempo de vida me ha quitado el diablo? se preguntó.

—Vamos! al coche, al coche! gritó la voz que poco antes le despertára Luego entró un hombre en la habitacion.

—Cómo es eso! teníais tanta gana de partir y todavía no os habeis aviado? Mirad que ya no faltan mas que cinco minutos y si no os dais prisa...

Luizzi se vistió maquinalmente con el instinto de que en su vida había un vacío que no podia esplicarse, pero que no debía cogerle de sorpresa.

Vino un criado á recoger el saco de noche del baron, y este le siguió dispuesto á obaervar y á obrar con arreglo á las circunstancias. La noche era oscura, y Armando al subir á la diligencia no vió en esta mas que tres personas, que eran dos hombres y una muger envuelta en un chal y velada completamente.

En la época á que nos referimos, ecsistia aun la fatal costumbre de hacer uoche en el camino, y entonces el sueño era tan precipitado como ahora la comida. Apenas se entraba en la cama.cuando era preciso dejarla. En el dia, el que viaja en diligencia come de prisa y guarda los postres en el bolsillo, pero entonces se levantaba sin despertarse y continuaba en el carruage el sueño empezado en la posada. Gracias á esta costumbre, Luizzi pudo reflecsionar libremente acerca de su posicion.

Cuánto tiempo llevaba de vida? Cómo, siendo tan rico y tan acostumbrado á las comodidades, viajaba en diligencia? De dónde venía? Adónde iba? Con tal rápidez se apolparon á su imaginacion todas estas cuestiones, que determinó pedir su resolucion al único que tenía poder para ello. Sacó, pues, la campanilla, la tocó y el diablo se apareció sentado á su lado bajo la forma de un comisionista á quien había visto subir al imperial. Luizzi le reconoció por la claridad particular de sus ojos que brillaban en la oscuridad.

—Eres tú? le preguntó. Cuanto tiempo he vivido sin saberlo?

—Has vivido seis semanas. Ya ves que no te he robado. He hecho lo que un hábil negociante: he sido leal la primera vez para poder robarte impunemente la segunda. Ya ves que te lo advierto; con que anda con cuidado.

Y cuál ha sido mi vida durante esas seis semanas?

—Tu vida ordinaria.

—Qué he hecho?

—Tu propia historia no es de mi cuenta.

—Pero no me quedará recuerdo alguno de ese tiempo?

—Pregúntaselo á otros, que lo que es de mí no lo sabrás.

—Y á quién quieres que se le pregunte?

—Esa no es cuenta mia.

—Al menos, díme en qué carruage viajo.

—En un carruage de las mensagerias reales.

—Y adonde voy?

—A París.

—En qué sitio estoy?

—A una lengua de Cahors.

—Y con qué objeto viajo en diligencia?

—Eso pertenece á tu historia, y ya sabes que sobre ese punto nada tengo que decirte.

—Pero cómo he de vivir en tal ignorancia del pasado?

—Puedes formarte uno.

—Un pasado?

—Nada mas fácil: la mayor parte de los hombres se forman un pasado, y tú lo sabes mejor que nadie. Te acuerdas de aquella actricilla ladina y vivaracha de quien cometiste la torpeza de enamorarte sentimentalmente? Cien ocasiones tuviste de ser uno de sus mil amantes, y las desaprovechaste todas únicamente porque la amabas. Una vez desengañado de aquel necio amor, viste que tus amigos te atribuian la posesion de aquella muger, no pudiendo imaginarse que tu necedad hubiera llegado hasta el estremo de no poseerla. Entonces reflecsionaste, te viste en ridículo, y conviniste en que la actricilla habiéndote dado tres citas, te había pertenecido sino de hecho, de derecho; dejaste que todo el mundo lo creyera, luego lo dijiste tú mismo, y en el dia te hallas persuadido de haber poseido á aquella muger. No es verdad que la cuentas en el número de tus queridas?

Luizzi se picó un poco con aquella leccioncita, tanto mas cuanto que sabia que en punto á sentimientos, salia mal librado en sus disputas con el diablo cuya vista infernal todo lo penetraba.

—Te parece, le replicó, que si hubiera querido no la hubiera poseido?

—Acaso se posee á la muger á quien se ama? dijo el diablo; por cada diez veces no sucede eso una. Las mugeres se dejan únicamente poseer por los hombres que no tiemblan en su presencia porque no las aman. Yo no conozco siquiera dos mugeres que hayan tomado por amante al que las amaba. Y luego se quejan de que las engañan! Siempre se tienen ellas la culpa: su táctica vocinglera ó magestuosa solo impone á los que creen en ellas. La muger que en vez de dejarse poseer se atreviera á ofrecerse, seria la mas distinguida de la creacion y la mas amada, lo que no deja de ser una distincion bastante hermosa.

—Señor diablo, dijo Luizzi que se sentía con una seguridad enteramente nueva, entre las razones que el Todopoderoso tuvo para lanzarte al infierno debió figurar como la primera tu manía de establecer teorías.

—Aquí para inter nos, replicó el diablo con tono de ingenuidad, te confesaré que esa fué la única razon que tuvo presente.

—Pues yo tengo ganas de hacer lo mismo que él.

—Y por la misma razon?

—Sí; por tu sempiterna charlataneria.

—Querrás decir porque no digo lo que te conviene. Si yo te contase la historia de las seis semanas de vida que acabas de pasar, estoy persuadido de que me escucharias con la boca abierta.

—Con que nada sabré tocante á ese punto?

—Tan pobre es tu imaginacion que no puedes inventar una vida pasada? El último palurdo es mas hábil que tú. En este mismo carruage va un tal Mr. de Merín, sugeto perteneciente á una buena familia, y á quien, habiéndosele sorprendido en la corte de Berlin robando en el juego, se encerró y ha permanecido tres años en una cárcel de Estado. En su encierro hizo conocimiento con un antiguo espía frances que había estado en la India pagado por Napoleon, el cual le contó todas sus historias; gracias á este encuentro, en el dia está tan enterado de la ida, la permanencia y la vuelta de aquel pais, que piensa presentarse en Paris como recienvenido de Calcuta, y ademas se ocupa en la confeccion de una obrita que tendrá dos tomos en octavo y llevará por título *Recuerdos de la India*. Apuesto cuanto quieras á que á ese hombre se le hace de aquí á quince años miembro de la Academia de ciencias (seccion de geografía) y se le condecora por sus viages.

—Te comprendo perfectamente, dijo Luizzi; pero ese hombre no hallará cada instante personas que vengan de Calcuta y le puedan llamar impostor, al paso que yo puedo encontrarme á cada paso con una persona que me conozca.

—Como te sucede en este momento.

—Cómo!

—Las personas que viajan en tu compañía saben tu nombre, y ese hombre grueso que está cerca de tí es uno de tus amigos.

—Y puede que vaya á hablarme de lo que hicimos ayer.

—Esa es la historia de la vida humana: hablar mucho del pasado para resucitar lo que ha muerto; hablar mucho del porvenir para suponerle feliz, y no ocuparse del presente; eso es lo que haceis todos, eso es lo que vosotros llamais vivir; la mejor prueba que de ello puedo darte es que has vivido seis semanas como comunmente se vive, y te parece que has estado muerto todo ese tiempo porque no te acuerdas de lo que has hecho.

—Pero qué quieres que responda á los que me hablen de ese tiempo?

—Verdaderamente me causas lástima! replicó el diablo.

—Vamos, sé generoso y, si es preciso, te daré todavía algunos dias mas de mi vida futura con tal de que me hagas conocer la historia de mi vida pasada.

—Pobre tonto! dijo Satanás.

—De quién hablas?

—De mí que no he calculado hasta donde llega la necedad humana y que veo, pobre mozo, que hubiera obtenido de valde toda tu vida si hubiera querido.

Luizzi, que empezaba á despecharse, guardó silencio un instante; el silencio es un buen consejero. Vive Dios! dijo, si esos hombres empiezan á molestarme con preguntas acerca de la vida que no conozco, bien puedo yo á mi vez molestarlos con preguntas acerca de la suya que tan ignorada creen. Hagamos frente á frente de ellos lo que hace el hombre intrépido frente á frente del es-

padachin: en lugar de quitar sus golpes, mostrémosles siempre la punta de la espada dispuesta á herir su pecho si se adelantan. Bastante se ya para que Mr. de Merin necesite mi discrecion; informémonos ahora de las demas y veamos lo que resulta.

Armando se espresó asi mentalmente; pero el diablo sin embargo, le respondió:

—Ese modo de razonar honra mucho al hombre y al baron. Por quién quieres que empiece?

—Por este hombre grueso que ronca á mi lado y que dices es uno de mis amigos.





XI.

El Chasqueador.—El Ex-notario.



LUEGO, apoyó el diablo los pies en el asiento de enfrente y dijo :

—Ese hombre se llama Ganguernet; es uno de esos sugetos con quienes todos hemos tropezado una vez en la vida, es uno de esos hombres pequeños, gruesos, mofletudos, que tienen el pelo crespo, la frente inclinada, los ojos azules, la nariz chata, el cuello en los hombros, los hombros en el pecho, el pecho en el vientre, el vientre en las piernas, que ruedan y saltan y rien y chillan; uno de esos hombres que acercándose á uno por detras le tapan los ojos y preguntan:—¿Quién soy?; que en el momento en que uno va á sentarse separan la silla, y le quitan el pañuelo cuando va á hacer uso de él; uno de esos hombres, en fin, que cuando uno los mira indignado, esclaman con mucha serenidad: « ¡Magnífico chasco! »

Ganguernet es natural de Pamiers donde ha vivido hasta ahora, y sabe dar chascos á las mil maravillas. Sabe atar un pedazo de carne al cordon de las campanillas para que los perros salten á él y traigan alborotados toda la noche á los criados de la casa; sabe quitar las muestras y poner otras en su lugar. Una vez quitó la de un peluquero, la aserró por medio y unió á ella la de otro vecino resultando el siguiente rótulo: *Mr. Rablot alquila coches y pelucas al*

estilo de París. Otro dia, ó mas bien otra noche, arrancó el cartel de un titiritero, le colocó sobre la puerta de de una botica, y el público leyó la mañana siguiente: *Mr. F... farmaceútico, teatro de la feria.*

Mr. Ganguernet es tan gracioso en el campo como en la ciudad: sabe cortar las crines de una bruza y echarlas en la cama de un amigo que se pone furioso con el picorcillo al cuarto de hora de haberse acostado. Taladra maravillosamente un tabique, pasa por él un bramante y le ata con destreza á la ropa superior de vuestra cama; cuando conoce que estais dormido, tira del bramante y os destapa; despertaís transido de frio pues Ganguernet elige para este chasco las noches mas frias y húmedas y volveis á taparos cuidadosamente quedandoos nuevamente dormido; Ganguernet tira otra vez del bramante y vuelve á destaparos y cuando os oye rabiar y echar ternos, os grita por un agujero: «¡Magnifico chasco!»

Si Ganguernet da con uno de esos necios cuyo aspecto incita á la burla, le achica, mientras duerme, el pantalon y la levita; luego despierta á su víctima rogándole que se vista pronto para salir á la batida. El desgraciado trata de meterse el pantalon, pero no puede conseguirlo.

—¡Dios mio! esclama Ganguernet, ¿qué es eso? estais hinchado!

—¿Yo?

—¡Cosa mas rara!

—¿De veras?

—Puede que yo me equivoque, pero vestíos pronto y vereis como todos os dicen lo mismo.

—Pero si no puedo vestirme.

—No hay mas, estaís hinchado... teneis un ataque de hidropesía fulminante!

Y dura el susto del supuesto hidrópico hasta que Ganguernet esclama segun costumbre: ¡Magnífico chasco!

Entre estos chascos, figura uno que me parece abominable, pues se le dió á un hombre que pasaba por valiente y que esperimentó un terrible miedo.

A poco de haberse acostado, aquel hombre tocó con el pie un cuerpo frio, viscoso, redondo y largo; estiende la mano, nota que es una serpiente enroscada y salta de la cama dando un grito de terror. En aquel instante aparece Ganguernet y esclama:

—¡Magnifico chasco!... Se ha asustado de una piel de anguila llena de salvado mojado.

El chasqueado se lanza furioso á Ganguernet resuelto á romperle las costillas, pero Ganguernet le echa un jarro de agua á la cabeza y huye diciendo: ¡Magnifico chasco! Los dueños de la casa acudieron al ruido y calmaron la furía del chasqueado diciéndole que Ganguernet era un bello sugeto cuyas gracias hacían la delicia de todo el mundo.

Cuidado con él, baron, porque es uno de esos seres insoportables que al pasar por la ecsistencia de los demas lo derriban todo lo mismo que el perro que pasa por medio de un juego de bolos. Mas insoportables y mas difíciles de auyentar que el perro, van á los alcances de todos vuestros sentimientos y de todos vuestros proyectos para desconcertarlos con una palabra ó una chanza; esos seres son tanto mas temibles cuanto que os esponen á reir de vuestro enemigos mas crueles y de vuestros mejores amigos, lo que es igualmente delicioso, y os hacen cómplices de las burlas hechas á vuestros semejantes por el placer que hallais en ellas. Asi, resulta que cuando se dirigen á vos, como no habeis tenido compasion de nadie, en nadie hallais compasion y todos consienten que os pongais en ridículo enfadandoos, si es que os es permitido enfadaros.

Entre los hombres de este caracter, hay algunos que se desacreditan por su propia vulgaridad. Estos, hacen el gasto del repertorio de gracias conocidas. Meter la cabeza por el pliego de papel que sirve de vidrio en la ventana de un zapatero de viejo para preguntar á este donde vive el ministro de hacienda ó el arzobispo; atravesar una cuerda en una escalera para que, como ellos dicen, *hagan volatines* los que bajen; despertar á media noche á un notario para que vaya á toda prisa á hacer el testamento de uno de sus clientes que está tan bueno y tan sano, y otras gracias de este jaez, tal es comunmente su ocupacion y Ganguernet lo sabe mejor que nadie.

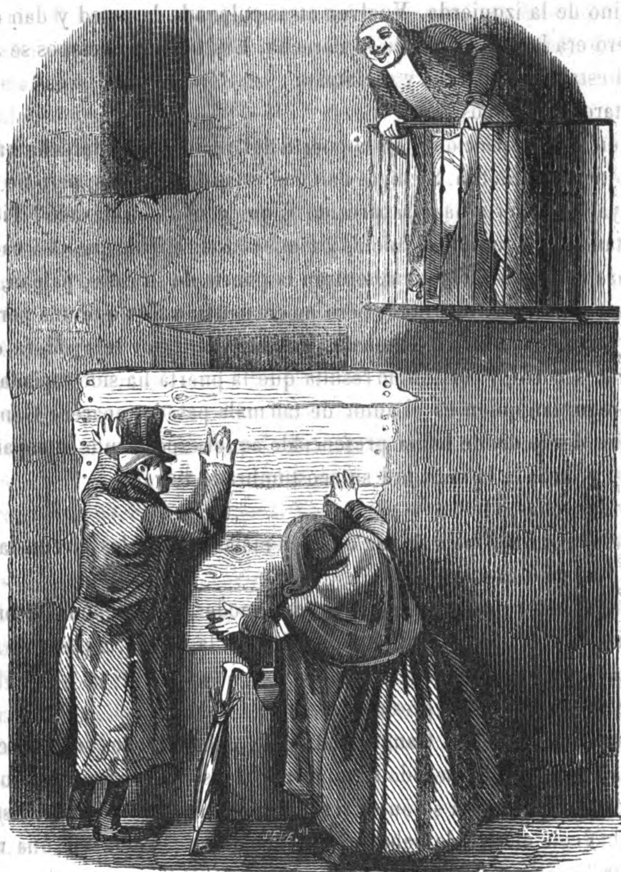
Ganguernet cuenta algunos chascos de su propia cosecha que le han valido una reputacion colosal. El único verdaderamente gracioso, entre estos, tuvo lugar en una casa de campo donde se reunía una tertulia bastante numerosa. Ganguernet había parado la atencion en una muger como de treinta años, muy aficionada á la elegancia parisiense y que prefería á los mofletes colorados de Ganguernet, el pálido rostro de un jóven un si es no es tonto. Nuestro chasqueador había tratado de poner en ridículo al jóven en presencia de la dama, pero esta atribuía su torpeza á preocupacion poética y su credulidad á buena fe digna de respeto. Todo el mundo se retiró una noche despues de haber hecho una viva apología del pálido jóven, apología que Ganguernet sufrió con una paciencia de mal agüero. De allí á media hora, se oyeron gritos de «¡Fuego! ¡fuego!» salidos del piso bajo. Se precipitan todos allá, hombres y mugeres, unos medio desnudos y otros medio vestidos, como mas te agrade. Entran todos en tropel con la luz en la mano y ven á Ganguernet repantigado muy cómodamente en una butaca. Le dirigen reiteradas preguntas, pero Ganguernet no responde; al fin se levanta, se acerca solemnemente al pálido jóven, le toma por la mano y llevándole delante de la hermosa dama, dice con mucha gravedad:

—Señora, tengo el gusto de presentaros el corazon mas poético de la sociedad, en paños menores.

Todos soltaron una carcajada y desde entonces la dama no puede ver á Ganguernet ni al jóven de los paños menores.

Sin embargo, no han tenido por objeto una venganza todos los chascos de ese hombre: la risa es el principio dominante de sus fechurías. Antes de llegar á la anecdota que te presentará á Gangüernet bajo su verdadero punto de vista, te contaré algunos de los rasgos de que mas se vanagloria.

Vivía en Pamiers al lado de dos venerables tenderos que ocupaban una casita de su propiedad. Ambos ancianos, marido y muger, iban todos los domingos á comer y á jugar á los cientos en casa de un pariente suyo que vivía



bastante lejos. Allí se bebía un vaso de ponche, ó se merendaba una fuente de torrijas con azúcar y se empinaba una jarra de blanquillo de Limoux, de modo que los dos venerables esposos volvían peneques á casa, allá á las once de la noche.

Un fatal domingo, llegan—segun costumbre, por supuesto—á la puerta del vecino y continúan cosa de diez pasos mas adelante que era el sitio donde de-

bía estar la suya. Busca el marido la llave en la faltriquera, la encuentra, vá á meterla en la cerradura, pero no da con la cerradura ni con la puerta.

—Donde está la cerradura? pregunta.

—Larquet, tu estás chispo, le dice su muger; buscas la cerradura y estamos todavia delante de la pared de casa del vecino.

—Tienes razon, muger, respondió Mr. Larquet; vamos mas allá!

Asi lo hicieron; pero entonces se habían adelantado demasiado, porque despues de haber reconocido la puerta del vecino de la derecha, reconocieron la del vecino de la izquierda. Vuelven atras palpando la pared y dan con otra puerta; pero era la del vecino de la derecha. Los buenos ancianos se alarman acerca del estado de su razon y esclaman:

—Si estaremos chispos?

Vuelven á su inspeccion y de la puerta del vecino de la derecha pasan á la del vecino de la izquierda. Siempre dan con estas dos puertas; pero no encuentran la suya. Su puerta ha desaparecido: ¿quién se la ha llevado? Tiemblan, se preguntan si han perdido el juicio, y temiendo el ridículo que va á caer sobre dos personas honradas que no encuentran la puerta de su casa, palpan, buscan y miden por espacio de una hora; pero no encuentran mas que una pared desconocida, una pared que les da miedo. Entonces el terror se apodera de ellos, gritan, piden socorro, y por último resulta que la puerta ha sido tapiada. Cuando todos preguntan quien es el autor de tan mala pasada, aparece Ganguernet á su ventana desde donde había presenciado aquel espectáculo acompañado de otros locos, y lanza á la multitud su acostumbrado refran:

—Magnífico chasco!

—Pero esas pobres gentes se van á poner malas!, dicen los circunstantes.

—Quiá! ha sido una broma!

Se pidió al señor procurador del rey que moderase las ganas de broma de Ganguernet, y Ganguernet pasó algunos dias en la cárcel, á pesar de su hábil defensa que consistia en repetir sin cesar:

—Fué una broma! señor presidente.

No obstante su vanidad, Ganguernet no se alaba de todos sus chascos: entre estos hay uno que ha negado siempre por la sencilla razon de que se ha ofrecido cortar las orejas á su autor si se llega á descubrir quién es. Este chasco le concibió con motivo de haberse despreciado su persona en una reunion aristocrática.

Tratábase nada menos que de una señora anciana perteneciente á la alta nobleza, que admitia en sus saraos á lo mas escojido de la sociedad. Entre otras costumbres de antigua raza, conservaba: 1.° la de no admitir en su sociedad hombres de baja estraccion como Ganguernet; y 2.°, la de ir á todas partes en silla de manos. Una noche, asistió á un baile que daba el subprefecto, baile en que se hallaba Ganguernet. A cosa de media noche se retiró en su silla en

medio de un terrible aguacero. Al pasar por una calle solitaria y en el momento de acercarse á uno de esos canalones que vierten el agua del cielo á la calle en espumosa cascada, sonaron dos ó tres silvidos á derecha é izquierda y aparecieron cuatro hombres.

Los conductores huyen abandonando la silla, y en el instante en que la noble señora se creía asesinada, siente una horrible frialdad en la cabeza. La cubierta de la silla había desaparecido como por ensalmo y el canalon derramaba torrentes de agua al interior del vehículo, cuya dueña procuraba en vano abrir la portezuela. Dió vueltas la anciana, subió al asiento, y allí como el diablo encerrado en un púlpito, se puso á llamar la cólera divina sobre los asesinos que la hacian tomar tan cruel baño, y que solo respondían á sus invectivas con los saludos mas humildes.

Lo que mas indignó á todo el mundo, fué que la señora llevaba polvos y los chasqueadores paraguas.

En Pamiers, entre las ecsistencias muertas y brutas que le rodean, pasa Ganguernet hace diez años por el mas jovial, el mas amable y el mas divertido del mundo, y son muy pocas las personas á quienes inspira una especie de desprecio. Hay algunos sin embargo, á quienes inspira miedo. Esa sonrisa inamoviblemente fija en sus lábios encarnados, repugna á la vista; esa jovialidad implacable mezclada en todas las cosas de la vida, debe repugnar tanto como el especto incesante de un hediondo fantasma; esa frase ingrata que lanza como moralidad al fin de todas sus acciones, esa palabra: «magnífico chasco!», es con frecuencia tan sombría como las palabras del trapense: «Morirnos tenemos!» Era, pues, necesario que en la historia de este hombre figurára una sangrienta catástrofe: al fin ha dado con una ecsistencia que ha sucumbido porque ha tenido el capricho de colocarla bajo el fatal nivel de su chiste. Era preciso que llegára el dia en que Ganguernet pronunciára sobre una tumba su famosa frase: Magnífico chasco!

Mr. Ernesto de B... convidó, hace cosa de tres semanas, á una partida de caza á una porcion de amigos, entre los cuales se contaba Ganguernet. Al llegar los convidados, acaba Ernesto de escribir una carta que cerró y puso sobre la chimenea.

Ganguernet, escesivamente curioso, la tomó y leyó el sobre.

—Ola, escribes á tu cuñada? dijo á Ernesto.

—Sí, respondió este con indiferencia; la aviso que llegaremos allá este tarde de seis á siete, para que nos tenga dispuesta la comida. Me parece que somos quince, y si no supiera á tiempo nuestra prócsima llegada nos espondríamos á una mala comida.

Ernesto tiró de la campanilla y entregó la carta á un criado. Nadie observó que Ganguernet había desaparecido tras del sirviente.

Partieron todos y asi que llegaron al cazadero, Ganguernet y otro to-

maron un costado de la llanura mientras los demas batian el otro costado.

—Como vamos á reir esta noche! dijo Ganguernet á su compañero.

—Por qué?

—Figuraos que he dado un luis al criado para que no lleve la carta á quien dice el sobre.

—Y os la habeis guardado vos?

—No, hombre: he dicho al mensagero que se trataba de un magnífico chasco y que por lo tanto era preciso llevar la carta al marido. Figuraos que el tal es juez y en este instante se halla en el tribunal. Cuando sepa que nos vamos á encajar esta tarde en su casa de campo quince hombres todos buenos comedores, se va á tirar de los pelos. Es mas avaro que Harpagon, y la idéa de que vamos á tomar á sangre y fuego su bodega y su cuadra le va á poner de tal humor que es capaz de condenar diez inocentes por llegar á tiempo de evitar el saqueo.

—Si es asi, esa broma me parece bastante pesada.

—Bah! un magnífico chasco!... Lo bueno será cuando nosotros lleguemos. Los compañeros, muertos de hambre y de sed, irán á la quinta creyendo hallar una buena cena, y se encontrarán sin un amparo.

—Y pensais que á mí no me sucederá lo mismo? replicó el jóven á quien Ganguernet habia confiado su secreto. No sereis tambien vos víctima de esa broma?

—No lo creais; traigo en el morral una polla asada y una botella de Burdeos que despacharemos entre los dos.

—Gracias; quiero mas ir á avisar á Ernesto.

—Pero, hombre, por Dios! no servis para una broma.

El jóven se alejó, buscó á sus amigos y les preguntó por Ernesto. Le dijeron que habia tirado hácia la quinta de su cuñada, y siguió la misma direccion decidido á poner en conocimiento de Mad. de B... la broma de Ganguernet.

Al llegar á una revuelta que hacia el camino, vió á Ernesto que se dirigía á la quinta; apretó el paso y llegó en el instante en que atravesaba el humbral Ernesto. Iba á entrar el jóven, cerraron de golpe la puerta y oyó un tiro seguido de una voz que decia:

—Ya que no te he acertado, defiéndete...

El jóven se precipitó hácia una reja que daba al patio y que se hallaba á la altura del pecho de un hombre, y presenció el espectáculo mas espantoso. El marido, espada en mano, atacaba á Ernesto desesperadamente.

—Ah! esclamaba, con que la amas! y ella te ama! Morireis los dos, primero tú y despues ella...

La carta remitida al esposo habia revelado á este un secreto que hacia cuatro años permanecía oculto, y el juez antes de vengar las injurias de la sociedad se habia apresurado á vengar la suya.

El amigo de Ernesto, subido en la reja, gritaba invocando el nombre de hermanos; pero todo inutilmente: Mr. de B... hacía huir á Ernesto de un estremo á otro del patio con ciego furor. Se abre de repente una ventana y aparece á ella Mad. de B... pálida y desmelenada.

—Leonia! esclama Ernesto, huye!

—No, no huirá! dijo el marido. Está encerrada y no temas que venga á separarnos.

Y se precipitó nuevamente sobre su hermano con tal violencia que las espadas arrojaban chispas.

—Yo soy quien debe morir!... yo,... matadme, matadme á mí! gritaba Mad. de B...

El jóven, desgraciado espectador de tan horrible escena, mezcló sus gritos con los de Mad. de B...; llamó, movió la reja, é iba á escalar la tapia cuando Leonia, arrastrada por la desesperacion, trastornada, loca, se lanzó por la ventana y fué á caer entre su amante y su esposo. Este, cuya razon embargaba el furor, dirigió á ella su espada; pero Ernesto paró el golpe y desechando á su vez todo temor, esclamó:

—Quieres matarla! Pues bien: defiéndete!

Y atacó á su hermano con rabia inaudita.

Nadie podia en aquel instante separarlos: se hallaban encerrados en el patio, y la desgraciada Leonia se había roto una pierna al caer. El combate era espantoso: corria ya la sangre de los dos hermanos; pero solo era para aumentar su furor. El jóven cazador había conseguido subir á la tapia, é iba á saltar al patio cuando vió que se acercaban algunos de sus amigos. Ganguernet fué el primero que llegó:

—Gritais como si os desollaran, dijo; os hemos oido desde un cuarto de legua. Que es eso?

El cazador se lanzó á aquel hombre y cogiéndole por el pescuezo, le arrojó furioso contra la reja y esclamó:

—Mirad: magnífico chasco! magnífico chasco!...

Mr. de B... traspasado de una estocada, yacia al lado de su muger.

—Y qué resultó de ese fatal encuentro? dijo Luizzi.

Mr. de B... murió, Ernesto desapareció y Mad. de B... se envenenó la mañana siguiente.

Al concluir el diablo, se volvío Ganguernet murmurando:

—Magnífico chasco!

—Ese hombre es un infame, dijo Luizzi; y hay todavia quien le dirija la palabra?

—Que tonto eres! Y quien sabe eso?

—Cuando menos, lo sabe el jóven cazador á quien Ganguernet reveló su secreto.

—Pero si ese jóven cazador, replicó el diablo con sequedad, ha cometido una accion tan abominable como la de Ganguernet; si ha perdido á una muger y ha matado á otra con una cobarde mentira, y si Ganguernet puede por casualidad añadir á la inicial de un nombre citado en un billete, escrito por cierta Mad. Dilois, las letras que revelen quien es el infame calumniador que ha cometido esos crímenes, el jóven cazador se callará y alargará la mano al infame.

—Qué! dijo Luizzi, con que el espectador...

—Fuiste tú, baron mio, tú que te has callado.

Armando olvidó todo lo que acababa de oir; solamente una cosa ocupó su atencion, y esclamó lleno de júbilo:

—Ya ves que me cuentas mi vida pasada.

—Siempre que se mezcla con la de los demas, no tengo inconveniente en contártela.

—En ese caso, dijo el baron, lleno de alegría, pues esperaba ir descubriendo su pasado informándose del ageno, dime quién es ese hombre flaco y caviloso que se vuelve cada instante murmurando:

—Sí, muger.

—Ese hombre es una especie de idiota que nada tiene que ver contigo.

—Eso lo veremos, replicó Luizzi desconfiando del diablo.

—Como gustes; pero tanto peor para tí si luego te sucede alguna desgracia.

—No hay cuidado, no me arrojaré por la portezuela de la diligencia como me arrojé por la ventana de casa de Mr. Buré.

—Pobre tonto, que porque toma algunas precauciones para librarse de un peligro se imagina que no pueden alcanzarle otros. Tú te pareces á aquel que, habiendo tropezado con la cabeza, camina mirando al cielo creyéndose asi seguro, y cuando mas confiado se halla, se hunde en un abismo que no habia visto.

—Pues bien! arrostro el peligro.

—El primero de todos, mi querido baron, replicó el diablo, está en escuchar mis teorías.

—Bien podias suprimirlas.

—Vamos, mi querido amigo, habiéndome amenazado con darme á la estampa, ¿crées tú que el diablo sea un literato tan honrado que renuncie á lucirse como los demas con reflecsiones generales, con disertaciones metafísicas y con digresiones moralizadoras?

—Haz lo que quieras: la noche es oscura y estoy tan despavilado como el que ha dormido seis semanas.

Y el diablo continuó de este modo:

Allá en el tiempo en que hablaban los animales, como dice vuestro La Fontaine, tiempo en verdad bien estraordinario, se hacian notorios todos los jóvenes de talento; pero aquella costumbre cesó porque algunos conocieron que el

notariado egercido con moderacion conducia con precision á la obesidad y á la atonía moral al paso que egercido activamente producia la imbecilidad. Asi, pues, los hombres que han querido huir de todo suicidio intelectual se han apartado de tan peligrosa carrera.

Como el notariado no se halla aun sometido á un análisis químico, no se qué substancia nociva produce en él esos resultados que no por eso son menos ciertos. Si quieres tomarte la molestia de mirar á tú alrededor, te convencerás de que mi aserto no es una paradoja.

El notario, desde que llega á serlo, es un ser diferente de todos los demas: el estudio es un terreno en que se implanta y coloca á manera de esos vegetales animalizados que la historia natural clasifica indiferentemente entre los liquenes y los crustáceos.

Todas las carreras dejan á los que las siguen algunas facultades libres para ocuparse de cosas pertenecientes al pensamiento; todos conocemos abogados, médicos, panaderos y afiladores que poseen algunas ideas de estilo y poesía; hay usureros que aman las artes, y hasta entre los agentes de cambios hay algunos inteligentes en pintura, en literatura y en música, y que hablen con distincion; pero desafío á todo el mundo á que me presente un notario de cincuenta años capaz de concebir una idea. Hay clase en la sociedad que cuente tantos cornudos como la clase de notarios?

Esto conduce á altas consideraciones sociales sobre el estado de las mugeres, consideraciones que es inutil esplicarte con amplitud. Pero no es dificil conocer que en una carrera que proporciona casi siempre una opulencia, al menos relativa, y que pone al que la egerce en contacto con todas las posiciones sociales, es poco menos que imposible que una muger no halle, mas alto ó mas bajo que ella un hombre que la distraiga del fastidio que su marido la proporciona; un hombre que vive encerrado en su estudio desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche, que no proporciona á su muger ocupacion ninguna, reune todas las probabilidades de ser cornudo, del mismo modo que su muger reune todas las de faltar á su deber, puesto que reune la ociosidad y el fastidio.

La muger del especulador que espone su fortuna en cada empresa, puede interesarse en esta vida agitada, puede informarse acerca del écsito de un negocio, de el que depende su bienestar y su posicion; pero la muger del notario de nada tiene que ocuparse. Le es preciso devorar dias y mas dias, y cuando no puede con el alimento, le divide con otro... Es tan natural!

—Señor Satanás, tú das aun mas que prometes, dijo Luizzi; me habias prometido ser cansado y veo que eres insoportable.

—Eso prueba que la humanidad es incurable.

—Y por qué?

—Porque cierra los ojos asi que ve que se trata de demostrarle las causas de su idiotismo.

—Y qué me importa á mí el idiotismo del notario?

—Escucha: Todo hombre rico espuesto á heredar ó á casarse, tiene que ver con el notario, máquina que fabrica contratos y testamentos.

Luizzi creyó adivinar que el notario de quien se le iba á hablar podia hallarse, como Ganguernet, implicado en su vida. Asi, pues, se decidió á tener paciencia, y el diablo continuó:

—Esa atrófia moral del notario necesita bastante tiempo para llegar á su último periodo: el oficial de notario es casi siempre aficionado á las mugeres, al juego y á las orgías; el notario de treinta á cuarenta años tiene siempre cierto aire de mundo, juega en grande, alquila palcos en el teatro, echa requiebros rancios á las jovencitas, y se permite algunas escapadas con las mas baratas de esas muchachas cuyo talento ó cuya hermosura escandaliza.

Pasados los cuarenta años, se dedica al Whist, come para sí, se fastidia en el teatro, es aficionado á la compañía, sale á pié, armado de paraguas, con objeto de hacer egercicio, regala muebles á la hija de su portero, manda armar su sombrero viejo y pide la cruz de la Legion de honor. A los cincuenta años, le acomete el idiotismo que llega á su colmo á los sesenta. El notariado es una profesion insalubre. Nuestros sábios tienen el encargo de buscar el preservativo conveniente, lo cual es un artículo del programa en que se ofrece un premio á quien descubra un procedimiento que proteja la salud de los azogadores y la de los doradores de metales.

En otro tiempo, habia en Tolosa un notario llamado Mr. Litois; este sugeto no ha muerto, pero no ecsiste ya aunque tiene sesenta y cinco años, sesenta mil libras de renta y treinta años de notariado. Mr. Litois es el hombre-contrato; si se le convida á comer, responde:

—He contratado ya asistir á otra parte.

Si entra en casa de Herbola con objeto de comprar algunas golosinas, dice:

—Yo quisiera hacer la adquisicion de esa perdiz ó de ese faysan; tomo esa cabeza de javalí con sus dependencias; dadme esa trucha á ver como está.

Por lo demás, Mr. Litois está tan prendado de su profesion, que llegar á notario, egercer la profesion de notario y haber sido notario le ha parecido siempre toda la ambicion, toda la felicidad y todo el consuelo del hombre. No estrañarás, pues, de que con esta disposicion haya sido notario tanto tiempo. Sin embargo, algunos cólicos nefríticos, resultado de una constante permanencia en su sitial de baqueta, le aconsejaron que viviera de pié, que paseara y que abandonara el notariado. En su consecuencia, se decidió á enagenar su oficio hará cosa de doce años. Al momento pensó en su oficial mayor, Mr. Eugenio Faynal, mozo de veinte y cinco años, de talento, complaciente, alegre, risueño y enamorado. Mr. Litois sabia que Eugenio tenía todos estos defectos, pero tambien sabia que no tenía un sueldo, y por esto le dió la preferencia. Vender su oficio á un hombre rico que se le pagara en escelentes es-

cudos, era separarse violentamente de su vida pasada, era lanzar en brazos de otro su amor de treinta años, su oficio, su querida, siempre jóven y siempre fiel, y no se sintió con valor para hacerlo.

Mr. Litois calculó que un jóven que le debiese doscientos mil francos se hallaría siempre á merced suya, y que asi podría deslizarse furtivamente de cuando en cuando al estudio, chupar aquí y allá como la abeja matutina, picar una venta como el gorrion una fruta madura, acariciar con la pluma un contrato matrimonial como la mariposa una flor, y velar por su oficio, criatura adorada que, como decia el mismo Mr. Litois, se había convertido en hija suya despues de ser su muger.

Eugenio Faynal acojió con alegría la proposicion de Mr. Litois. Este sabia que Eugenio le pagaria el oficio por medio de un casamiento, y para que el jóven no se inquietase acerca de la posibilidad del pago, le anunció que pensaba gratificar á su sucesor con una de sus clientes que vivia en las cercanías de Tolosa y tenia trescientas mil libras de dote. Eugenio admitió á ojos cerrados tan hermoso cambio de fortuna, y en su primer entusiasmo, se sometió á ciertas condiciones cuyas consecuencias no calculó. Mr. Litois acostumbraba dejar enteramente terminados los negocios, para ponerse á cubierto de todo riesgo.

Como Eugenio podia fallecer antes de casarse, su principal le hizo inscribirse en una compañía de seguros sobre la vida por una suma de 200,000 francos, de modo que él pudiera, en caso de morir Eugenio, reintegrarse de su oficio dejando la venta de este á cargo de los parientes del jóven.

Eugenio era jóven y alegre, gustaba del mundo y sus placeres, y tentó tan inconsideradamente la fortuna con objeto de satisfacer su ambicion. Pero antes de todo, era honrado y su primer pensamiento fué pagar á Mr. Litois. Este le habia concedido un largo plazo conociendo que el jóven notario necesitaba establecer su reputacion antes de presentarle como marido conveniente á una muger escelentemente dotada.

Durante el primer año, Eugenio solo sufrió la importunidad de las visitas de su antiguo principal, y lo mas notable es que Mr. Litois que antes nada hacia sin el consejo de su dependiente, despues queria que este siguiera en todo los suyos. Pero todo esto importaba muy poco á Eugenio que se creia rico, apreciado y dichoso. Sí, se creia dichoso, porque amaba á una muger bella y graciosa á quien había conocido con motivo de un litigio sobre separacion de bienes.

La querida de Eugenio era muger de mundo, había sido desgraciada en su matrimonio y se servia con mucha destreza de su habitual palidez para aparentar una tristeza profunda; se espresaba con una gachonería admirable, vestia encantadoramente y adoraba á Mr. de Châteaubriand. Era, en términos de estudio, una preciosa conquista para Eugenio. Este no confiaba su amor á nadie, pero todo el mundo lo sabia y, al fin llego á noticia del marido.

El marido consentia en la separacion de bienes; pero como no ecsistia la separacion de nombre, no quiso que el suyo fuese objeto de ofensivos comentarios. Asi pues, esperó una ocasion oportuna, y una noche que su muger y Eugenio salian juntos del teatro, dió de bofetadas al notario en presencia de cien personas, y como es consiguiente, hubo cita para la siguiente mañana.

A cosa de las ocho, fué Eugenio á casa del marido, acompañado de sus padrinos; salia ya para trasladarse á cosa de media legua de la ciudad, cuando se presentó Mr. Litois muy sofocado y con aire de profunda indignacion.

Antes de que nadie hubiese conocido al hombre que se introducia asi en la casa sin hacerse anunciar, Mr. Litois se tiró al cuello de Eugenio y esclamó sujetándole:

—No ireis, no, no podeis ir!

—Pero que es lo que quereis? dijo Eugenio desembarazándose.

—Quiero que seais hombre de bien.

—Caballero! qué significa.....

—Significa que no quiero que os batais.

—He sido insultado.

—Es muy posible.

—Y he insultado á mi adversario.

—Es muy posible.

—Mí adversario me espera y deseo verme frente á frente con él.

—Es muy posible.

—Uno de los dos tiene que morir.

—Eso si que no es posible.

—Lo veremos.

—Ah! no ireis! esclamó el ex-notario colocándose furioso entre la puerta y Eugenio.

Este tuvo tentacion de coger por los cabezones al viejo y echarle por la escalera, pero se contuvo.

—Vamos, Mr. Litois, le dijo, sed mas razonable; os interesais por mi escesivamente. Todavia estoy vivo.

—Tanto peor.

—Cómo que tanto peor?

—Sí por cierto, tanto peor, pues sí no estuviérais vivo no hariais la bribonada de ir á batiros.

—Caballero.....

—Eugenio, leed y no deis voces.

—Qué es eso? la póliza de seguros sobre la vida?

—Justamente: leed al final de esta página.

Eugenio leyó: «La compañia estará relevada de pagar el capital asegurado, con tal que el asegurado haya muerto fuera de Europa ó en desafio»

—O en desafio! lo entendeis, Eugenio? *Ergo*, no os batireis sino me entregais primeramente doscientos mil francos en especie sonante y corriente.

Eugenio, humillado y confundido, no sabia qué responder.

—Tened la bondad, dijo á uno de los padrinos, de ir á suplicar á mi adversario que espere hasta mañana á primera hora.

—Ni hoy ni mañana os batireis, replicó el ex-notario; he avisado á la policía y estoy seguro de que os seguirá.

—Pero no conoceis que labrais mi deshonra.

—Vos quereis labrar mi ruina.

—Pensais que me llevaré á la sepultura vuestro oficio.

—Yo no tengo oficio: lo que tengo es un deudor de doscientos mil francos. Sé yo acaso en lo que ha venido á parar el estudio desde que está en vuestro poder? Un notario que tiene una querida de alto rango, un notario que se bate! eso no se ha visto nunca: ni treinta mil francos daria yo por vuestro oficio. Me debeis doscientos mil y vuestra persona me sirve de garantía; arriesgar vuestra persona es cometer un estelionato, una violacion de depósito. Seria pues una bribonada el batiros, lo repito, y creo que estos señores serán de mi misma opinion.

—Cuando esa cuestion se haya resuelto, dijo uno de los padrinos, nos tendreis á vuestra disposicion.

Eugenio no pudo desembarazarse de Mr. Litois y la hora de la cita pasó. El jóven notario escribió al marido pidiéndole otra cita; pero el marido que había sabido la causa que motivara la falta de Eugenio, se negó á dársela diciendo que quien había faltado á la primera faltaria tambien á la segunda. Era hombre de talento, y seguro de que se vengaria mejor con el ridículo que con una pistola, contó á todo el mundo la historia del notario que había vendido su libertad á su antiguo principal.

Era muy graciosa la escena en que se pintaba al jóven haciendo proposiciones al anciano: —Diez mil francos, y dejadme salir..... —No! — Veinte mil.....—No!—Treinta mil.....—Treinta mil veces no! Doscientos mil francos ó nada.

Esta ocurrencia hizo mucho ruido en Tolosa y desacreditó á Eugenio como hombre de mundo y como notario. El hombre que no se había querido batir ni por sus propias ofensas ni por las de la muger á quien amaba, era un hombre sin dignidad: la clientela le abandonó ostensiblemente y de una manera oculta, por instigacion de las mugeres.

La caida del crédito de Eugenio alarmó sériamente á Mr. Litois, quien puso en juego todos los medios para levantarle. Antes de todo, el ex-notario trató de asegurar el pago de su oficio; así pues, anunció al jóven que dentro de dos meses llegaria la cliente que le tenia prometida.

Desde el suceso que te he contado, Eugenio, no atreviéndose á presentarse

en los reuniones escogidas, tenia por costumbre concurrir á casa de algunos de sus clientes mas modestos. En casa de uno de estos, conoció á una jóven bellísima, sumamente modesta, de carácter flecsible y dulce y de alma angélica. La jóven solo vió las gracias de la juventud, la elegancia de modales, el talento y el buen corazon de Eugenio. Ambos se amaron, y Eugenio, en un arrebato de amor, olvidando sus penosas obligaciones, juró á la jóven que seria su esposo. La pobre Sofia le creyó y.....

Pero esta es una historia separada que todavia no debes saber. Volvamos á Eugenio Faynal.

Hizo Eugenio esta santa promesa, y la mañana siguiente fue convidado á comer por Mr. Litois; el desgraciado jóven aceptó el convite sin desconfianza. Apenas llegó á casa de su antiguo principal, este le hizo entrar misteriosamente en su despacho y le dijo que iba á ver á su futura.

Eugenio palideció como herido de un rayo.

—Pero yo no sabia nada...

—Cómo que no lo sabíais? Dos meses hace que os lo anucié.

—Pero....

—No hay pero que valga..... Habeis olvidado ya que está vencido el primer plazo en que debeis pegarme cien mil francos? Si vuestro casamiento no se ha verificado en el término de ocho dias y no he recibido la suma convenida, os demando ante el colegio de notarios.

—Esa es una atrocidad!

—Cómo que una atrocidad? Una atrocidad regalaros una muger con trescientos mil francos de dote!.... Vamos, estais loco.

Eugenio reflecsionó que en efecto estaba loco, considerando el estado de sus negocios, y se dejó conducir al salon; entra, mira y ¡oh sorpresa! vé una jóven hermosa, encantadora, graciosisima. Apesar de su amor, se sintió ajitado por una dulce esperanza.

—Dónde esta vuestra tia? preguntó el ex-notario.

—Aqui estoy, respondió una voz áspera que salia de una cara flaca.

—Señorita Dambon, os presento vuestra futuro esposo. Eugenio se inclinó respetuosamente.

—Tened la bondad de retiraros, señorita; tenemos que hablar de negocios, dijo el ex-notario á la hermosa jóven.

Eugenio siguió á esta amorosamente con la vista; pero ella se echó á reir en sus barbas y se volvió á su tia.

—Vamos, Eugenio, dijo Mr. Litois, besad la mano á vuestra futura.

Estas palabras derribaron moralmente á Eugenio, y si sus piernas le sostuvieron, fue por costumbre, pues se sintió amenazado por un terremoto. La vieja comprendió el efecto que había producido, pero le petaba el novio y pensó que así que fuese suyo se arreglarian de grado ó por fuerza. Es-

pero á que Eugenio se repusiera, y luego habló tan categóricamente de sus tierras, de sus viñas y de sus prados, que el jóven curial, á quien su maestro había gangrenado ya de un modo ó ya de otro, la halló menos granujienta, menos acartonada, y casi le pareció agradable. Sin embargo, hubo un largo combate entre sus promesas y la necesidad.

Otros muchos notarios se han casado con viejas solteronas muy feas, con objeto de cojer la dote; pero como les ha costado su trabajo, lejos de ridiculizarlos, se alaba su habilidad. Aquel casamiento impuesto, se le echó en cara como una bajeza á Eugenio, quien, por otra parte, tenía contra sí el ridículo; las heridas que hace esta arma peligrosa, no se cierran jamás, y por poco que se las renueve con un nuevo golpe, se envenenan mortalmente.

El jóven notario y su muger fueron objeto de risa universal. En efecto, Mad. Faynal conservaba toda su rudeza de aldea y toda su gazmoñería de solterona. Eugenio reunió á esta desgracia la de ser padre de dos niños gemelos, lo que demuestra que las mugeres saben reparar el tiempo perdido; los dos gemelos acabaron de poner en ridículo á aquel desgraciado matrimonio.

Mad. Faynal notó muy pronto que era objeto de curiosidad para todo el mundo, y que se la llamaba á todas partes para obligarla á hablar de sus encantadores gemelos; entónces, echó en cara á su marido que no sabía hacer que se la respetase; su acrimonia produjo la erisipela en su nariz, y de fea que antes era, se hizo abominable; el carácter siguió los progresos de la fealdad y al cabo de año y medio se convirtió en un infierno la casa de Eugenio.

Entonces el notario quiso dedicarse á sus asuntos con objeto de distraerse; pero no era ya tiempo. El estudio iba quedando desierto. Dirijió una mirada escrutadora á lo gastado, y vió que despues de haber pagado los doscientos mil francos con el aumento de réditos, solo habian quedado de la dote ochenta mil francos. Una gran parte de esta suma se había gastado en la casa, á cuyas necesidades no bastaban los productos del estudio. Era, pues, preciso reducir los gastos ó entramparse.

Eugenio no quiso aceptar esta humillacion ni esta vergüenza, y se decidió á vender su oficio. El 1.° de marzo de 1816 estuvo á punto de llevar á cabo la venta en trescientos cincuenta mil francos; pero con motivo de haber retardado ocho dias el otorgamiento de la escritura, no se verificó la operacion y un año despues le vendió en cincuenta mil francos. En el dia, Mr. Faynal habita en Saint-Gaudens, tiene una muger de cuarenta y ocho años, dos mil doscientas libras de renta y cuatro hijos; cultiva flores, gasta zapatos de municion y botines de lienzo; juega sus partidas de boston á liard la ficha y toca el clarinete. Despues de haber sido notario, tiene todavía corazon y conocimiento: siente su desgracia y conoce su ridícula posicion. Ese ser estraordinario no tiene mas que cuarenta y ocho años, y es el que duerme enfrente de tí.

—Y qué tengo yo que ver con ese hombre para que con tanta minuciosidad me hayas contado sus tribulaciones?

—Qué, no comprendes, replicó el diablo, de qué modo puede mezclarse en los sucesos de tu vida un notario?

—Cuando uno no hace ventas ni compras ni casamiento, doble contrato en que vende su nombre sin comprar la felicidad....

—Malo, muy malo! dijo el diablo.

—Cómo?

—Yo no repito las cosas; continúa.

—Cuando uno no hace nada de lo que acabo de decir, no tiene mucho que ver con el notario.

—Tienes algo que ver con Mr. Barnet?

—Con Mr. Barnet si, pero es porque es mi notario.

—Y no le has querido consultar como notario de otro?

—Tienes razon; como notario del marqués du Val. Pero, ¿y qué?

—Pero y qué? Pobre mozo! con que no comprendes? Y quieres ir á vivir á Paris donde es necesario adivinarlo casi todo! porque en París no se habla apenas de los intereses ocultos, en la conviccion de que cada uno los aprecia.

—Veo, señor Satanas, que eres demasiado sútil para conmigo.

—Vamos, ayudaré tu comprension. Es casi inevitable que asistan dos notarios á la celebracion de un contrato de matrimonio, el de la familia del novio y el de la de la novia.

—Sí; eso es lo mas comun.

—Qué era Mr. Barnet?

—Notario del marqués du Val.

—Y quién era el notario de la señorita Lucía de Cremancé, despues marquesa du Val?

—Seria ese hombre que duerme ahí, respondió Luizzi.

—Muy bien! muy bien! dijo el diablo hablando con las narices á manera de un fraile ignorante que interroga á un niño acerca de la ecsistencia coeterna de Dios padre y de Dios hijo, y que se halla satisfecho de la respuesta del interrogado.

—Y ese hombre asistiria á esa escena estraordinaria cuyo secreto ha guardado tan bien Barnet!

—Muy bien! repitió el diablo con el mismo acento nasal.

—Y crees tú que querrá contármela?

—Ya sabes que te he prometido decirte lo que pasó en ella; pero si él quiere ahorrarme ese trabajo, se lo agradeceré, porque tengo que hacer aquí.

—En la deligencia?

—Sí.

—Y qué es lo que tienes que hacer?

—Un negocio de los que acostumbro.

—Y cuál es?

—Lo verás.

Y al decir esto, el diablo desapareció. Luizzi, gracias á la vision sobrenatural que poseía de cuando en cuando, le vió trasformarse en una mosca tan pequeña, tan pequeña que nadie hubiera podido percibirla. La mosca dió vueltas durante un momento en el interior del carruage, y saltando de aquí para allí, picó en la nariz al ex-notario, quien se agarró maquinalmente á las piernas de la muger que estaba sentada á su lado.

La buena señora, que no había recibido picotazo ninguno, dió á Eugenio Faynal un golpe en la mano con el ridículo que contenía tres pesadas llaves.

El notario despertó sobresaltado, y Ganguernet cogiéndole por el pescuezo, le gritó:

—La bolsa ó la vida!

—Qué eso? preguntó el ex-notario asustado.

—Magnifico chasco! respondió Ganguernet. Todos se despertaron y la conversacion se hizo general.

A pesar de todo, Luizzi que deseaba mas en aquel instante saber lo qué iba á ocurrir en la diligencia que conocer á sus compañeros de viage, cerró los ojos aparentando dormir, lo que no le impidió seguir en su vuelo á la mosca microscópica que salió del interior y entró en el cabriolé.

Al lado de Mr. de Merin el indiano de las cárceles de Berlin, se hallaba un jóven de veinte años lo mas. Era lo que se llama un buen mozo; pero se hallaba adornado de un aire de necedad ambiciosa que Luizzi no hubiera echado de ver sin esa sútil perspicacia que el diablo le había comunicado.

Gracias á esta facultad, conoció el baron el carácter de aquel jóven aunque sin preveer sus resultados. Conoció que se hallaba dotado de una facultad impresiva estraordinaria que le conducía incesantemente á los sueños de una ecsistencia, tanto mas fantástica cuanto que se hallaba, por decirlo así, realizada imaginariamente.

Aquel jóven, hallándose en el colegio, leyó *los Bandidos* de Schiller, y se enamoró de la vida errante y fugitiva de los desbalijadores de caminos. Se retrataba en su imaginacion con largos vigotes, calzon encarnado, botas amarillas, guantes negros á la Crispin, sable y tres pares de pistolas.

Su curso de derecho que empezó un año despues, le demostró la nada de aquellos vanidades. Los gendarmes franceses le parecieron escesivos en número y escesivamente escasas las cabernas de nuestro pais. Asi pues, Fernando renunció sus pretensiones de personage de drama aleman.

A poco tiempo, como sucede á otros muchos jóvenes, cayó en sus manos la detestable novela titulada *Faublas*, y hete á Fernando creándose en todos los palcos de la Opera marquesas de B....., viendo en todas las mugeres alegres

Madamas de Lignolles y esperando hacer charadas como el mas pintado. Una bailarina le curó de esta locura y su médico le curó de la bailarina.

Otra vez, despues de devorar el *Werther*, creyó Fernando que debía matarse por amor. Potier que había ido á dar algunas representaciones en Tolosa, puso fin á su pretension. La historia de las guerras de la revolucion impidió á Fernando sentar plaza en tiempo de paz, y si hubiera podido atravesar el Garona sin marease, se hubiera hecho marino para rivalizar con Americo Vespucio ó con el capitan Cook.

En el momento en que Luizzi le observaba, Fernando acababa de leer la historia de los papas y había sondeado con delicia los secretos del Vaticano. Esa dominacion absoluta superior à la de los reyes, esa representacion inmediata á Dios, esa pompa brillante de las ceremónias cristianas, habían inflamado su imaginacion, y sea que envidiase las lubricidades de los Borgias, ó la gloria dulce y artística de Médicis, la política y la filosofia de Ganganelli, el papado era lo que constituía entonces su ambicion. Ser papa, le parecía á los veinte años destino mas bello que el de amar y ser amado.

Fernando era un verdadero loco.

En este estado de ánimo y de corazon, emprendió el camino de Tolosa á Paris. Luizzi veía á la mosca-diablo revolotear al rededor de la nariz del jóven al llegar á la aldea de Boismandé. Esta poblacion nada de particular ofrece al viagero como no sea una deseada comida, y solo hay en el mundo dos hombres que conocen el valor de una comida esperada: estos hombres son el que viaja en diligencia y el convaleseiente que come la primera pechuga de gallina.

El enorme carruage con las armas de Francia pintadas, se detuvo en el sitio de costumbre. Desembuchó sus numerosos viageros, los hombres adornados con gorros y pañuelos de seda, las mugeres con sombreros abollados y súcias marmotas; los unos y las otras envueltos en levitas raidas y pellizas usadísimas, todos cubiertos de barro hasta el punto de hacer retroceder al mas atrevido cepillo. Solamente la dama del velo en lugar de entrar en la posada, continuó su camino.

¿Quién ignora lo que es apearse de la diligencia á la puerta de una posada, ese primer movimiento tan grotesco en que todo el mundo procura aderezarse del mejor modo posible? Este se sacude vivamente la cabeza y los hombros, se restrega las manos y tose con vigor para salir por un momento del estado de arenque en que se hallaba y tornar al de hombre en el goce ordinario de todas sus facultades, aquel mueve con precipitacion su pierna para hacer descender sobre la bota el pantalon demasiado estrecho que el roce de una pierna vecina ha hecho subir hasta las rodillas; tal muger, aun fresca, procura componer las abolladuras de su gorro, y tal otra restablece, al bajar, la forma demasiado ajada de una drulleta color de hoja seca.

Despues de este momento de detencion, todos se precipitan á una inmensa cocina donde hierben desde tiempo inmemorial en bastas cacerolas el supuesto guisado de liebre y el implacable fricandó en tanto que el asador da vueltas cargado con el fangoso pato de la prócsima laguna y la lonja de vaca recurso de las gentes hastiadas.

Algunos minutos despues, cuando los hombres se habían refrescado ligeramente la cara y las manos en el reluciente lebrillo de cobre colocado en un rincon de la cocina, y que las mugeres que habían desaparecido por un momento reaparecieron mas frescas y vivarachas, sentáronse todos á la larguísima mesa que ocupaba el comedor y principió la comida á escudito por cabeza.

Trabóse la conversacion sobre la escelencia de los caballos de la última parada, sobre la habilidad del postillon, la amabilidad del mayoral y la comodidad del carruage; despues sobre las poblaciones por donde habían pasado, el departamento en que se hallaban, el pueblecillo en que se habían detenido y finalmente la posada en que comían.

Luizzi escuchaba con tanta mayor atencion cuanto que todo esto le revelaba la historia del principio de su viage; pero no por eso perdía de vista al infernal insecto encarnizado sobre la nariz de Fernando.

Basta tener diez y ocho años, ser soltero, haber visto á Tolosa y su capitolio, Paris y sus monumentos, para creerse con derecho á menospreciarlo todo; y Luizzi no comprendió por qué el diablo se tomaba el trabajo de abandonar la nariz de Fernando para picar á un jovencito bastante impertinente que volvía á Paris para concluir su carrera de abogado comenzada en Tolosa, lo cual no era necesario para hacerle decir en voz alta que se hallaba en un pueblecillo miserable, en medio de un detestable pais y en una ecsecrable posada.

Seguramente que el amor patrio, el de la provincia y aun el mas sagrado del hogar doméstico, son sentimientos muy nobles, y sin embargo inspiraron muy mal á la linda Juanita, quien sino hubiera salido á la defensa del meson en que servía hubiera evitado muchos males; pero el diablo se mezclaba en todo y Dios sabe si el diablo ha hecho jamás otra cosa que valerse de los buenos sentimientos para hacer cometer malas acciones.

Desde la nariz del estudiante la mosca voló á la de la criadita que le escuchaba, y apenas Fernando pronunció las palabras de «detestable posada» cuando la jóven que apenas contaba diez y seis años esclamó:

—Vaya, caballero, pues otros señores de mas categoría que vos se han alojado en ella sin despreciarla de esa manera.

Estas palabras llamaron la atencion de los viageros hácia la muchacha: era alta, y lo ordinario de su trage no bastaba á encubrir su esbelto talle; unos piececitos muy lindos y unas manos admirables aunque llenas de grietas revelaban una naturaleza destinguida y un origen que renegaba de su situacion. Es preciso creer firmemente que siempre que se encuentran en el pueblo bajo

cualquiera de los signos de una vida no sujeta á trabajos penosos, se debe á alguna fragilidad de doncella; ó á alguna infraccion de la fé conyugal en favor de cualquier lindo don Diego que ha creado tal anomalía. El trabajo y la miseria degradan sin duda bien pronto estas nobles proporciones, propiedad esclusiva de la rica ociosidad; pero á los diez y seis años se conservan aun intactas, y acabamos de decir que Juanita tenía apenas esta edad.

¿Prestó atencion á esto Fernando? En manera alguna. Soñaba ser Papa y nada podía apartarle de este pensamiento, pues lo único que le hubiera hecho levantar los ojos hubiera sido la púrpura cardenalicia. Nada, pues, había notado, ni la observacion, ni la respuesta, ni la voz armoniosa que había resonado, ni aquella boca adornada con dientes de marfil, ni aquellos sedosos cabellos de un rubio cobrizo, ni aquellos hermosos ojos pardos cuya vaga espresion denotaba una alma dispuesta á dejarse llevar del azar y de las circunstancias.

Solamente un anciano, fijando atentamente la vista en Juanita, la dijo con una voz cariñosa y poco conocida de las criadas de posada:

—¿Quienes han sido esos ilustres viageros, niña?

—Pardiez, esclamó Ganguernet sacrificando un alon de pollo al honor de la gloria francesa, casi todos los generales que han hecho la guerra en España.

—No hablo de esos, replicó Juanita.

—¡Ah! ya caigo, continuó Ganguernet, se trata del papa Pio. Pio se ha alojado aquí.

Y prorrumpió en una de sus estrepitosas carcajadas.

—¿Cómo, cómo? esclamó Fernando. ¿Qué es lo que habeis dicho?

—Sí, señor, contestó Juanita con acento respetuoso, nuestro santo padre el Papa en persona.

—El Papa! esclamó Fernando fijando sus ojos desencajados en las súcias paredes y el ahumado techo del comedor. ¿El mismo Papa, ese generoso mártir?..

Esta esclamacion atrajo sobre Fernando la atencion general. Viagero demasiado taciturno colocado en el cabriolé de la diligencia entre el conductor y el indiano, Fernando había permanecido enteramente estraño á todos; pero este grito tan singular en un jóven de diez y ocho años le puso en evidencia. Entonces solamente se notó su elevada talla, la austeridad de sus facciones, sus negros ojos medio cerrados y aquella frente ancha y meditabunda que revela casi siempre una poderosa capacidad en las grandes empresas, ó una loca ecsageracion en las pequeñas.

—Sí, ciertamente, replicó Juanita encantada de hallar quien la escuchase con tanto entusiasmo, y su alcoba no ha vuelto á servir para nadie: está siempre cerrada y no se entra en ella mas que con respeto y veneracion.

En este momento la mosca diabólica penetró en la nariz de Fernando con tal rapidez que debió subírsele al cerebro, haciéndole esclamar:

—Es preciso que yo vea esa alcoba.

—Pues seguidme, dijo la jóven, y salieron juntos.

Entre tanto, Luizzi trataba de adivinar cuáles eran los proyectos del diablo respecto á ambos jóvenes. La ausencia de estos comenzaba á hacerse notable cuando se escuchó en la cocina un ruido infernal. El nombre de Juanita pronunciado con violencia hirió repetidas veces el tímpano de los viageros. Todos se levantaron para averiguar la causa de aquel ruido y se dirigieron á la cocina en el momento en que Fernando volvía á entrar en el comedor por otra puerta.

Un jóven como de veinte y cinco años condecorado y en trage de caza oprimía el brazo de Juanita con una violencia imposible de describir.

—¡Dáme la llave! la gritaba, dámela!

La desgraciada niña, pálida é inmovil, le miraba sin responder como fascinada por un estraño encanto. Cinco ó seis monedas de oro caidas á sus pies, atraían las miradas codiciosas de algunos aldeanos que hablaban acaloradamente, y la dueña del meson con la cara descompuesta por la cólera, gritaba:

—En el bolsillo del delantal la tiene. Sacádsela, Sr. Enrique, sacádsela.

Enrique á quien su furor había cegado al pronto, concluyó por comprender lo que se le decía, y registrando brutalmente los bolsillos de Juanita, se precipitó como un furioso hácia la escalera que conducía al primer piso.

Se acercaban todos los viageros para pedir la esplicacion de esta violenta escena, cuando el baron que se hallaba junto á la puerta del comedor, vió al jóven condecorado bajar de un salto la escalera. Durante algunos instantes, dirigió á su alrededor furiosas miradas hasta que un aldeano se acercó á él y le preguntó:

—Qué hay?

—Que es cierto.

—En ese cuarto!

—Sí, en ese mismo cuarto.

—Infamia y sacrilegio!

—Es posible! dijo otro.

En este instante, Luizzi creyó reconocer aquella risita ácre que tanto le había perseguido.

—Pero qué diablos es eso? preguntó Ganguernet.

—En ese cuarto, repitió el aldeano, en ese cuarto, donde está la cama del Papa!

—Bueno! esclamó Ganguernet que comprendió entonces lo que había pasado; famoso! no ha sido mala la idea!

Todos los aldeanos respondieron con gritos de rabia y maldicion y se lanza-

ron hácia Juanita que tenía la vista fija en el suelo y parecia haber perdido todo sentimiento de razon.



—La cama del Papa!... esclamó de pronto la jóven. Ah! estoy condenada!

Una voz que Luizzi solamente oyó, respondió riyendo á esta esclamacion. Juanita ecsaló un suspiro quejumbroso y débil, y cayó por sí misma al suelo como si se hubiesen quebrantado todos los músculos de su cuerpo.

En el momento de pronunciar Juanita las palabras: Estoy condenada! dirigió la vista hácia el comedor á cuya puerta se hallaba el baron. Aquella mirada, al atravesar por delante de él para ir hasta Fernando, mostró á Luizzi la salvage espresion que animaba los ojos de Satanás. El baron miró á Fernan-

do, y al ver en sus ojos inmóviles un reflejo de ese fuego siniestro que parecía haberle abrasado, comprendió la amenaza del diablo; pero, dominado por el primer sentimiento de piedad, cerró violentamente la puerta del comedor.

—Huid, dijo á Fernando.

—Sí, respondió este sin moverse.

—Huid, ó sois perdido.

—Yo? replicó con una sonrisa melancólica, ningun daño pueden hacerme pero huiré por bien de ellos.

—Ocultaos pronto, subid al imperial y escondeos en la vaca.

Fernando saltó por la ventana, y apenas había subido al carruage, se abrió la puerta del comedor y se precipitaron hácia Luizzi algunos aldeanos armados de hoces, de azadas, de palos y de látigos.

—No es él! no es él! esclamaron, é interpelaron al baron acerca del paradero de Fernando. Aun no había acabado de responderles que le había visto huir á lo lejos por el camino real, se precipitaron todos en la misma direccion con amenazas y atroces imprecaciones.

Mientras se enganchaban los caballos, Luizzi manifestó al mayoral el sitio en que se hallaba escondido Fernando.

—Ha sido buena la idea, le respondió el mayoral, porque si no se hubiera escondido, no hubieran tardado en apoderarse de él y Dios sabe lo que hubieran hecho.

—Y qué ha sido de Juanita?

—Al principio se creyó que estaba muerta y por eso no la han matado; pero Mr. Enrique la ha hecho llevar á un cuarto donde se la ha sangrado.

—Quién es ese Mr. Enrique?

—Es hijo del maestro de postas, respondió el mayoral, es un militar de antes de los Borbones, es mi antiguo capitan.

—Conocía á Juanita?

—Que si la conocía!... ya lo creo.

Sonó el látigo del postillon.—Al coche! al coche! grito el mayoral, y todos obedecieron tristes y silenciosos. Armando subió el último y notó que el mayoral hizo un movimiento de sorpresa cuando montó el postillon.

El mayoral recibió del postillon una caja forrada de cuero y murmuró entre dientes:

—Ahí está uno de... Los chasquidos del látigo impidieron oir lo restante.

Los aldeanos alcanzaron la diligencia, la detuvieron y se empeñaban en subir con objeto de alcanzar á Fernando, que creían iba adelante. Pero el mayoral se opuso á ello formalmente, y el postillon arreó los caballos con la voz, con el látigo y con la espuela, y no tardó en quedarse atras aquel irritado grupo.

Hasta entonces, ninguno de los viageros que ocupaban el interior de la

diligencia había pronunciado una palabra; pero no bien se vieron libres de la persecucion de los aldeanos, preguntaron qué había sido de Fernando, y Luizzi se lo dijo. En aquel instante llegaron á un sitio solitario; se detuvo de pronto la diligencia, echó pie á tierra el postillon, y gritó:

—Bajad, miserable! bajad ahora!

El baron sacó la cabeza por la portezuela y bajo la blusa del postillon, reconoció al ex-capitan.

Fernando bajó, y acercándose á su adversario le dijo:

—Qué quereis?

—Tu vida! tu vida! esclamó Enrique, y la quiero ahora mismo, en este mismo sitio.

—Nos batiremos al llegar á la próxima parada.

—Conque rehusais? sois un cobarde! replicó Enrique acompañando estas palabras con un gesto amenazador que no turbó la tranquilidad de su adversario.

Fernando asió con la rapidez del relámpago la mano que le iba á herir y obligando á Enrique á seguirle, se acercó á la diligencia, y pasando el brazo que le quedaba libre por entre los rayos de una de las ruedas, levantó la pesada máquina mas de una pulgada del suelo; luego, soltando la mano de Enrique, dijo con una tranquila sonrisa:

—Ya lo veis, mi brazo no carece de fuerza. Os he dicho que me tendreís á vuestras órdenes asi que lleguemos á la prócsima parada; peró como me proponeis un combate á muerte, no estrañareis que antes de todo me ocupe en algunas disposiciones.

Y sin esperar la respuesta de su adversario, dirigió la palabra á Luizzi con tono dulce y atento.

—Tendreís la bondad de ser mi padrino? le dijo. Quisiera hablaros un momento, y si tuviérais la bondad de sentaros á mi lado en el cabriolé os lo agradecería mucho.

Armando aceptó la proposicion, y á corto rato se halló entre Fernando y el indiano de Berlin.

Enrique montó nuevamente, y arreó los caballos con toda su fuerza, de modo que el pesado carruage corría como la mas ligera calesa.

—Antes de revelaros el secreto de lo que acaba de ocurrir, dijo Fernando, me permitireís pediros un favor que no dudo obtener. Tengo que escribir algunas cartas que desearía dirigiéseis á París.

Luizzi hizo una señal de asentimiento y Fernando continuó:

—Tendreís la bondad de hacer descargar mi equipage mientras yo escribo y al llegar á la parada os tomareís la molestia de mandarme preparar una silla de posta. Quiero cambiar de direccion asi que se verifique el combate; no pienso ya ir á Paris.

El baron mostró admirarse de aquella resolucion, y sobre todo, de aquella prevision tan tranquila.

—Os admirais, dijo Fernando, de que hable con tanta seguridad de un duelo cuyo buen éxito os parece dudoso? Veis á ese hombre? añadió señalando con el dedo á Enrique; pues ese hombre se debe contar ya tan muerto como si estuviera en la sepultura.

—El! esclamó Luizzi con aire de incredulidad.

—Sí, dijo Fernando; esos hombres llaman valor á la embriaguez de la cólera. Os digo que le mataré. Al mirarle poco ha, he leido la muerte en sus ojos. Veis como hace correr la diligencia? es porque desea batirse cuanto antes; tiene miedo. El se lo quiere, con su pan se lo coma.

—Ahora, añadió con acento casi burlon, voy á justificarme á vuestros ojos de lo que sin duda llamais todos mi crimen. Solo las circunstancias me han inspirado la idea de cometerle y solo las circunstancias prestan á mi accion un carácter de profanacion espantoso. En el fondo me creo menos culpable que ese hombre, pues yo solo he padecido un delirio durante media hora, al paso que él hace seis meses que persevera en la senda de la seduccion. A pesar de que me habeis tratado tan poco, sin duda habreis conocido los pensamientos que me atormentaban, y así han debido sorprenderos menos mi viva esclamacion y mi violento deseo de visitar esa singular habitacion. Apenas llegué á ella, yo, que solo vivo de ilusiones, por medio de una reflexion estraña, me encontré de repente conducido á la realidad. Levanté la vista á Juanita: Juanita me miraba atentamente y su alma se hallaba, á mi entender, muy lejos del respeto que debia inspirar aquel lugar sagrado.

Luizzi escuchaba á aquel hombre que se atribuia la honra de su mala accion, en tanto que él sabia que habia sido juguete de un capricho del demonio. La mosca reia sobre la nariz de Fernando, quien, sin embargo, pasó la mano por la frente en actitud dramática, y continuó con acento profundo:

—Juanita no es una jóven ordinaria: de los distintos géneros de lenguaje en que he hablado á su alma, no sé cual habrá escuchado. Aunque la he dado oro, no puedo creer que se haya vendido, porque en su mente habia un pensamiento que respondia al mio.

—La mosca seguia riéndose.

—Yo lo sabré con mas certeza, añadió Fernando con exaltacion; la volveré á ver, porque esa jóven me pertenece; la he pagado con el reposo de mi vida y voy á pagarla aun con la vida de un hombre. Desgraciada! continuó el jóven dando una trágica entonacion á su voz. ¿No sabeis que las palabras que pronunció al caer privada de sentido, las habia yo lanzado á su alma? Sí, cuando sus sollozos hubieran enternecido á un tigre, la dije separándome de ella:

—Estás condenada!

Luizzi se estremeció. Miró á Fernando y creyó por un momento que el mismo Satanás habia tomado su figura.

La mosca reia picando al jóven encarnizadamente; el baron sospechó que Fernando representaba una comedia y que convertia un grosero deseo de jóven en episodio romancesco de un poema satánico.

Queriendo asegurarse, esclamó con tono de conviccion:

—Ah! eso es horrible!

—Qué quereis? repuso Fernando sin conmoverse; la idea de luchar con el Señor, la vanidad de insultar en su santuario y de manchar á su faz, sin que nadie pudiera oponerse, su mas bella y dulce criatura, me abrasaron como el fuego del infierno y me pareció que no era inverosimil el Satanás de Milton.

Luizzi se turbó, á su pesar, al oir estas palabras, y miró al indiano de Berlin que sacudia tranquilamente la ceniza de su cigarro diciendo:

—No era necesario que el Diablo tomara cartas en el asunto, porque la chica es linda.

La mosca miró de través á Merin, como si quisiera tomar acta de su incredulidad.

—Ya hemos llegado! esclamó Enrique en aquel instante, y dando las riendas á un palafrenero, llamó al mayoral y tomó sus pistolas.

—Quién de nosotros no ha servido de padrino en un duelo? quién no ha sentido en su alma esa angustia que produce la certidumbre de que va á estinguirse una existencia? Luizzi apenas conocia á Fernando, y sin embargo se prestaba á todos sus deseos, como si fueran los de su mas íntimo amigo.

El baron se hizo cargo del equipage de Fernando y mandó preparar una silla de posta. Luego, se dirigió á Enrique, á quien encontró sentado sobre una piedra, con la frente apoyada en las manos. Le contempló un instante y le compadeció recordando cuan diferente era la actitud de Fernando. Entonces llamó al mayoral y trató de arreglar el asunto.

—Permitiremos, le dijo, que por una moza de posada se maten esos jóvenes?

—Una moza de posada! respondió el mayoral; seguramente lo es, pero os puedo asegurar que esa jóven ha nacido mas bien para ser servida que para servir.... Es toda una historia.

—Hablad! esclamó el baron, hablad!

—Es muy largo de contar y tenemos poco tiempo.... Todo lo que puedo deciros es que mi capitan sabe muy bien lo que se hace: si vuestro jóven le ha arrebatado una cosa, le ha dejado otra.

—Y cual es?

—Una bala para romperle el cráneo.

—Mirad, replicó Luizzi, que si temo por alguno de los dos, no es seguramente por Fernando.

—Eh! dijo el mayoral con una desdeñosa sonrisa; un boquirubio que ni aun ha entrado en quinta, habérselas con un veterano de Moscou y de Waterloo! El señor Enrique ha servido en la guardia imperial á pesar de sus veinte y cinco años, y apunta tan bien que yo no tendria inconveniente en presentarle por blanco á treinta pasos de distancia un vaso de vino sujeto con los dientes, pues le haria saltar al primer disparo de sus pistolas. Y abrió la caja de Enrique.

—Son seguras? preguntó con serenidad Fernando acercándose á los dos interlocutores.

Y tomando las pistolas, las examinó y se las devolvió tranquilamente al mayoral.

—Caballero, dijo al baron, la escelencia de esas armas me causa mucha pena y me obliga á ser desapiadado. No quiero poner mi vida á merced de ese hombre furioso. Haced los preparativos.

Enrique notó la llegada de Fernando: hizo una seña muda y le siguieron los padrinos. Luizzi acabó de convencerse de que toda esplicacion era imposible entre aquellos dos hombres.

Fernando entregó al baron algunas cartas cuidadosamente cerradas; la letra del sobre no denotaba alteracion en la mano que la habia trazado.

En esto, llegaron á un bosquecillo donde habia un descampado muy á propósito para el combate.

Se convino en que los adversarios, colocándose á treinta pasos uno de otro, avanzarian, á una señal convenida, diez pasos cada uno, y tirarian cuando quisiesen durante este avance. Se cargaron con cuidado las pistolas, y cubriéndolas con un pañuelo, se las entregó Luizzi á los combatientes, que en seguida se colocaron en su sitio.

Una palmada fué la señal. Apenas habia dado Fernando un paso, se oyó la esplosion de una pistola y se le vió tambalearse y detenerse:

—Ese hombre es diestro, pero no es valiente; á no ser asi, me hubiera matado, dijo Fernando enseñando su brazo derecho atravesado por una bala; en seguida tomó con la mano izquierda la pistola que habia dejado caer:

—Despachaos, esclamó Enrique; empezaremos de nuevo!

—Creo que no sea necesario, replicó Fernando con siniestro acento.

Y al mismo tiempo, disparó sin aprovecharse del terreno que aun podia ganar, y Enrique cayó herido en el corazon, sin que un suspiro ni una convulsion manifestasen que habia dejado de existir.

Una hora despues, Fernando caminaba en la silla de posta, y el Diablo, llamado por Luizzi, habia recobrado su puesto al lado de éste.

—Querrás decirme, señor Satanás, por qué inspiraste á ese jóven tan infame deseo?

—Ese es mi secreto; además, ya has visto todo lo que ha pasado, y el resto no constituye una historia.

—Si; pero los actores de esa historia tienen antecedentes que yo quisiera saber.

—Antecedentes? ninguno: una moza de posada, huérfana y jóven, y un jóven echado á perder por una mala literatura; ese es todo el cuento.

—Pero por qué haberlos elegido para tan detestable accion?

—Porque yo necesito dos seres maravillosamente bellos, á fin de que puedan hacerse, sin saberlo, maravillosamente malos.

—Es lo que acaban de hacer, el principio de una vida llena de malas acciones?

—O de malas ideas, que es mucho mas contrario á vuestra moral humana, y mucho mas conforme con mis intereses de Diablo. Daria yo por una mala idea todos los crímenes de un siglo: acabo de condenar dos seres de una naturaleza poderosa y activa á una vida escepcional, á vivir desterrados del mundo y en guerra con la religion, con el matrimonio y con las desigualdades sociales. Uno de esos seres es una mujer llena de pasion, de ambicion y de voluntad, á pesar de la oscuridad de su orígen. Ya siente mas haber perdido su porvenir que haber cometido su crímen. Si esa mujer hubiera sido virtuosa ocho dias mas, Enrique se hubiera casado con ella; ella hubiera tal vez hecho de Enrique un hombre distinguido, considerable, ilustre y Enrique hubiera tal vez hecho de ella una mujer distinguida, considerable, ilustre. Pero ya todo eso es imposible: Juanita no es una de esas jóvenes que creen indispensable el arrepentimiento. Una vez colocada en una posicion desventajosa, tratará de imponer su posicion al mundo.

—Y sin duda por eso mismo impulsará á Fernando á faltas graves, ó tal vez al crímen?

—Sí, vosotros, segun vuestra moral, debeis llamar crímen á eso.

—Me lo revelarás?

—No tendrás necesidad de que yo te lo revele.

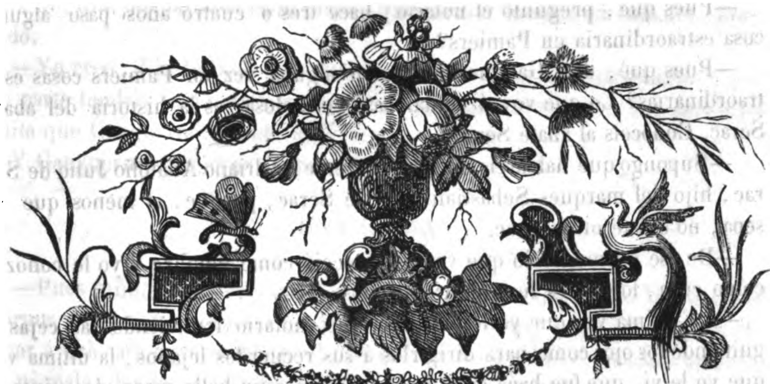
—Pues por quién lo he de saber?

—Un dia leerás las obras de Fernando, y quizás le volverás á ver.

—Cómo?

—Le destino á literato.





XII.

Principio de esplicacion. (1)



Muy pronto continuó el viage y como era natural, giró la conversacion sobre el suceso que acababa de ocurrir. Todos aprovecharon la ocasion para referir aventuras mas ó menos estraordinarias en que habian sido actores ó testigos. Fácilmente se comprenderá que Ganguernet fué el mas fecundo en narraciones de esta especie. Entre las diversas con que fatigó á sus compañeros de viage, hubo una que escuchó Luizzi con un interes muy vivo.

—Fué un magnífico chasco, dijo Ganguernet, y no recuerdo haber reido tanto en mi vida. Vos, Mr. Faynal, debísteis oirlo contar hace cosa de tres ó cuatro años.

(1) El capítulo que vamos á traducir, es un cuadro que á primera vista repugnará á las almas apasionadas á la severa moral; pero esa repugnancia cesará no bien se considere cuál es su objeto, y cuál el carácter del miserable bufon que con tan cínica irreverencia habla del ministro del altar. Cuanto mas hedionda se muestre la senda del vicio, mas se alejará el hombre de ella, y en boca del apóstol inmoral, hasta las doctrinas mas santas carecen de fuerza. Tal es la idea que dominó á Soulié en la concepcion de su admirable obra.—Todos los vicios, todas las mise-

—Pues qué, preguntó el notario, hace tres ó cuatro años pasó alguna cosa estraordinaria en Pamiers?

—Pues qué, dijo Ganguernet, pasan alguna vez en Pamiers cosas estraordinarias? Lo que voy á contar pasó en Tolosa; es la historia del abate Serac. Conoceis al abate Serac?

—Supongo que hablareis de Mr. de Serac, Adriano Anatolio Julio de Serac, hijo del marques Sebastian Luis de Serac, porque, al menos que yo sepa, no existe otro Serac.

—De ese mismo; solo que vos le conoceis como hombre y yo le conozco como cura, lo que es muy diferente.

—La última vez que yo le vi, dijo el ex-notario frunciendo las cejas y guiñando los ojos como para dirigirlos á sus recuerdos lejanos, la última vez que yo le ví, que fue hace cosa de diez años, era un bello mozo de veinte y cinco, muy enamorado y muy poco dispuesto á adoptar los hábitos negros.... Esperad; me parece que voy á recordar exactamente la fecha, añadió el notario apoyando el índice en la frente; fué la antevíspera del dia en que se firmó el contrato de matrimonio de la señorita Lucia de Cremancé, cuyo notario era yo, con el señor marques du Val. Y á propósito de este casamiento, recuerdo en este instante una escena bien estraordinaria que os voy á contar.

—Cada cual á su turno, dijo Ganguernet; si contais vuestra historia no cuento yo la mia.

—Como querais, respondió Mr. Faynal volviendo á su asiento; lo que sí os ruego encarecidamente es que no me hagais dormir, porque cuando duermo sueño con mi mujer, y para eso no me hubiera tomado el trabajo de separarme de ella. Por lo demas, no siento dejar de contaros mi historia, porque me recordaria la época en que fuí notario, época tan desgraciada

rias, todas las fragilidades, todas las pasiones nocivas de la humanidad se retratan en *las Memorias del Diablo*. Contemplemos cualquiera de esos cuadros, en su mayor parte, de tan atrevido asunto que parecen destinados á no traspasar los límites de la imaginacion; examinemos en seguida nuestro corazon, y solo hallaremos en él una aversion profunda al vicio que acabamos de contemplar, porque en esos cuadros se desprende un dolor de cada falta. Triunfa á veces la maldad; pero ha sufrido tanto en la lucha, que es preferible á su triunfo la derrota de la virtud. Figemos, por egemplo, la vista en el capítulo que lleva el título de «AMOR VIRGEN:» ¿qué jóven no temblará ante la idea de cometer una falta, recordando la inmensa espiacion de Enriqueta? ¿Qué hombre no retrocederá cobarde ante el pensamiento de oprimir y violar los instintos de un corazon que no late por él, si recuerda los tormentos interminables de Féliz?

«El hombre, se nos dirá, deja de creer en el hombre, porque Soulié, allí donde veiamos la virtud en toda su perfeccion, nos muestra el crímen en toda su deformidad.» La senda de la vida, decimos nosotros, está llena de precipicios. ¡Maldito sea el que, cubriendo esos precipicios de flores, deja que se hunda en ellos el pobre viagero!!

para mí, que mentármela es lo mismo que mentar la soga en casa del ahorcado.

—Yo creo, dijo Luizzi, que vuestra historia debe ser interesante y por mi parte tendria sumo gusto en oirla; pero el que vos conteis la vuestra no quita que Ganguernet cuente la suya.

Y Ganguernet comenzó del modo siguiente:

UNA ORGIA.

—Pues señor, esto fué en Tolosa hace cosa de tres años. Era dia del Córpus y habia gran procesion. Otros amigos y yo habiamos ido para verla pasar á una casa cuyo nombre, ni número, ni calle os diré; una casa ni buena ni mala, donde se vendian muchas cosas de contrabando, pero que el resguardo no acostumbra decomisar. En el piso bajo habia un cafetillo (1); en el principal un almacen de tirantes, cuellos y corbatas, servido por dos hermanas de veinte á veinte y cinco años; en el segundo, almacen de cuellos, de corbatas y de tirantes, servido por tres amigas íntimas de veinte y cinco á treinta años, y una vieja; en el tercero un almacen de corbatas, de tirantes y de cuellos, servido por dos muchachas cuyos nombres y traza ignoro absolutamente, lo que importa muy poco puesto que no fueron de la partida; os esplico todo esto para que conozcais que la casa estaba bien habitada y que no faltaban en ella mercancias.

Cuanto mas subia el almacen, mas bajaban las mercancias. ¿Comprendeis el equívoco?... Ganguernet reia solo; la dama velada le dirigió una mirada estraordinaria, pero él continuó:

Nos habiamos reunido cuatro ó cinco buenos perillanes y habiamos dicho al piso segundo: tú, bajarás al principal; ó al principal; tú, subirás al segundo, porque en el principal ó en el segundo, como querais, habrá bodas y festines, jamon y pasteles, volátiles y pescados, blanquillo, Rosellon y ponche en abundancia; en fin habrá una comilona atroz!

Aunque el piso principal y el segundo estaban en guerra eterna porque se quitaban mútuamente los parroquianos en la escalera, en cuanto se trató de comer se arreglaron maravillosamente. Esta señora me dispensará, añadió Ganguernet dirigiéndose á la dama que permanecia velada en un rincon del carruage, pero la mujer es tragona por naturaleza. No sé si las mujeres de sangre azul son aficionadas á la buena carne y al buen vino; pero no hay animal tan voraz como la mujer de sangre colorada sentada á una mesa bien servida: se zampa los alones de gallina como un mayoral de diligen-

(1) En Francia, como no se permita fumar en los cafés y otros establecimientos públicos, hay sitios destinados al efecto (*cafés estaminets*) donde, ademas se bebe, se come, se baila y tienen lugar desórdenes poco conformes con la cultura francesa.

cias, y empina el codo como un soldado inválido. Pero vamos al asunto; á las nueve de la mañana estaba la mesa servida, el vino entre nieve, y yo y mis camaradas nos habiamos constituido en el piso principal de la susodicha casa, pasando por el café so protesto de tomar cigarros, porque es preciso guardar las apariencias hasta cuando se trata de divertirse.

La procesion se hallaba á punto de desfilar, las muchachas hacian muecas á los oficiales de la guarnicion, y nosotros nos habiamos colocado prudentemente á una ventana inmediata para ver pasar al Señor al través de una cortina, cuando héte que el cielo se pone mas negro que la tinta, y en un abrir y cerrar de ojos empieza á caer un aguacero que inunda y dispersa la procesion.

Todo esto pasó con tanta rapidéz, y la lluvia caia tan abundante, que cada cual se refugió en la primera puerta que halló á mano. Muchas personas, entre ellas un cura, entraron en el portal de nuestra casa, y las siguieron otras, de modo que las primeras se vieron empujadas hasta el primer escalon. Yo me asomé al primer descanso de la escalera, veo al curita que habia entrado al caer las primeras gotas, y de pronto me ocurre la idea de un magnífico chasco.

—Es necesario que el cura almuerce con nosotros! dije para mí.

Participo mi proyecto á mis camaradas de ambos sexos, y se me aplaude furiosamente.

Recomiendo á todos un continente modesto, y dando á mi rostro un aire de santa compuncion, me dirijo á nuestro curita.—Válgame Dios, le digo, que mal estais aqui, señor! si quisiérais subir á nuestra habitacion mientras pasa la tempestad, mi esposa y yo nos creeríamos muy dichosos por haberos proporcionado un asilo.

—Os doy gracias por vuestra atencion, me responde, pero estoy bien aqui.

Insistí en mi ofrecimiento diciéndole que sentiríamos en el alma que le rehusase, y el pobre hombre concluyó por seguirme nada mas que por no disgustarnos. Qué tonto de cura!

Al entrar en el cuarto donde estaban las chicas, tendí la mano sobre él y dije para mi capote: oh! cura, amigo mio, si no sales de aquí condenado, consiento en perder mi alma en lugar de la tuya. En seguida tomé de la mano á mi chica y dije al curita: «tengo el honor de presentaros á Mad. Gribou, mi esposa.» Gribou es un apellido que yo mismo me he dado para evitar al mio el disgusto de ciertos conocimientos, y que suelo adoptar en ciertas y ciertas espediciones; por lo que hace á Mariquita, era una esposa de circunstancias, y confieso que para hallarme unido á ella con todos los lazos posibles, solo faltaba el del santo sacramento; en aquella época era una escelente chica de ojos negros, labios encarnados como la cereza, pelo soberbio y un talle de reina con todos sus accesorios; no puedo esplicaros el

amor y la alegria que inspiraba su aspecto. Nunca pude tocar con la punta del dedo el cútis moreno y voluptuoso de aquella mujer, sin sentirme herido por un rayo de electricidad amorosa.

En cuanto ví la primer mirada que dirigió al abate, conocí que habia penetrado perfectamente mis intenciones.

El abate era un guapo chico, cobrizo como un mulato, con un bosque de pelo; y á los ojos de una muchacha como Mariquita era muy digno de saber algo mas que el misterio de la eucaristía. Al principio me piqué un poco, y hubiera querido que cualquiera de las otras chicas se hubiera encargado de la leccion; pero al fin, como la idea era mia, no podia pedir á ninguno de mis compañeros que se sacrificára en mi lugar. En cuanto á Mariquita, me pareció que aceptaba su empleo con demasiada facilidad.

El chasco iba á ser magnífico, y por lo tanto no era cosa de renunciar á él cualesquiera que fuesen los inconvenientes; asi pues, comenzamos el fuego. El abate estaba muy sofocado, porque llevaba una casulla con mas de veinte libras de oro; le instamos á que refrescase, y, so pretesto de un vaso de agua y vino, le preparé yo una bebidita compuesta de rosellon, de blanquillo de Limoux y de aguardiente, que era lo suficiente para achispar á un mulo. El pobre cura se lo tragó todo sin reparar en la mezcla; un minuto despues vi que su palidez se tornaba en encarnado, y que se le encandilaban los ojos.

—Os poneis malo, señor abate? le pregunté con acento dulce y zalamero.

—Sí, me respondió, ese vino me ha hecho daño.

—No es estraño, le repliqué; probablemente estareis en ayunas y el vino hace siempre ese efecto en el estómago vacío. Si tuviérais la bondad de tomar alguna cosa, veriais qne eso se pasaba en seguida.

El bueno del abate hizo la barbaridad de creerme; se dignó sentarse á nuestra mesa, que era cuanto yo deseaba, y le coloqué al lado de Mariquita. La mesa era muy estrecha, de modo que mientras yo le escanciaba por la izquierda un poco de vino de mi cosecha, mi Mariquita le hacía por la derecha agasajos de la suya. Hay una cosa que no puedo esplicaros, porque hay cosas que es preciso verlas, y esa cosa es la cara que tenia el pobre hombre entre una botella preparada y los ojos de Mariquita; el Diablo caido en una pila de agua bendita, no se hubiera visto tan embarazado.

Yo creia que el abate iba perdiendo la cabeza, y al fin conocí que la cosa se hallaba ya en sazon, cuando veo que nuestro convidado ha dejado olvidada la mano entre la de su vecina. En lugar de mirarnos como hacía poco antes, contemplaba á Mariquita de tal modo que la hubiera hecho ponerse colorada si hubiera podido ponerse aun mas de lo que estaba; la bribonzuela habia caido en sus propias redes, porque además de que la belleza del abate la habia encantado desde luego, habia echado un traguillo del vino de boticario preparado por mí.

Seguro ya del buen éxito del negocio, hice una seña á los demas y al instante se levantaron todos, éste con pretesto de ir á la ventana, la otra con el de ir por una botella, el otro con el de traer azúcar, y todos sin mas objeto que dejar á sus anchas al abate y su compañera. Yo tambien me marché cerrando con llave la puerta, aunque seguramente era inútil tal precaucion, porque el abate estaba bien asegurado: yo conocia lo bastante á la Mariquita para estar seguro de que no le soltaria hasta que estuviera mas condenado que un judio.

—¿Pero es posible que os hayais valido de tales medios para cometer un crímen tan abominable? dijo Luizzi interrumpiendo la narracion de Ganguernet.

—¡Bah!.. un chasco magnífico, amigo mio. Acaso creeis en la virtud de esos farsantes de curas que tienen sobrinas, y sobrinitos que dedican á monaguillos? Lo que es nuestro abate era jóven, y puede que creyera aun en todas las tonterias de la religion; pero no hubiera creido en ellas mucho tiempo, pues si Mariquita no le hubiera desasnado, lo hubiera hecho alguna vieja santurrona de una manera menos agradable. Yo no oculto mi opinion: soy liberal y detesto á los jesuitas, y nunca me arrepentiré de haber jugado una mala partida á esos tunantes que quisieran restablecer entre nosotros el diezmo y las cédulas de comunion.

—Pero, ¿qué sucedió por último? preguntó Luizzi con viva impaciencia, pues conocia que nadie tenia menos derecho que él á censurar la inepta grosería de aquel hombre.

—Sucedió, respondió Ganguernet, que pasada una hora ó dos, tiempo necesario para que se disipáran los vapores del vino y demas partes constituyentes del almuerzo, bajé al café, y mientras bebia un vasito de aguardiente y jugaba una partida de dominó, me puse á referir con aire indiferente y exento de toda pretension, que al bajar del piso segundo habia oido una voz desconocida en casa de la Mariquita. No soy celoso, añadí con aire de mortificacion, pero he mirado por la cerradura y apostaría cien dobloncitos españoles contra dos piezas de á seis liard, á que he visto una casulla de cura sobre una silla en frente de la puerta.

—Es imposible! esclamaron todos.

—Es una broma.

—Es un embuste.

—Es esto.

—Es lo otro.

—Es lo de mas allá.

—No sé lo que será, repliqué; pero apuesto un bol de ponche á que hay un cura en casa de la Mariquita.

—Si yo estuviera seguro de perderle, dijo uno, no tendria inconveniente en apostarle.

—Y yo tambien le pagaria con mucho gusto por tal de que la Mariquita no me hubiera hecho tan mala pasada.

—Yo apuesto diez, y daria cien francos porque hubiera hecho esa mala pasada. Si pesco á uno de esos sotanillas, que me han quitado la herencia de mi tia para dársela al hospital de la ciudad, le voy á dar una soba como para él solo.

—Vaya, apostemos!

—Apostemos.

Dicho y hecho.

En esto, mas de treinta personas que habia en el café se habian amontonado al derredor de mi mesa; se fijó la apuesta en diez boles de ponche para toda la reunion, y yo dije:

—Ya que todos los presentes van á participar de la apuesta, es preciso que todos vean quien gana.

Mi proposicion fué aprobada, y hénos ganando la escalera por la trastienda y subiendo en dos zancadas al piso principal. Yo habia tomado una buena precaucion; despues de cerrar la puerta, habia puesto la llave en el suelo; la pisarán, dije, y se servirán de ella.

Aun no la habian pisado, y como no se veia nada á través de la cerradura, se iba á decidir que me habia equivocado, cuando el que tenia tanta gana de perder como yo de ganar, descubre la famosa llave, la coje y abre la puerta. En efecto, lo primero que vimos fué el bonete cuadrado del abate. Nos precipitamos todos hácia el cuarto de Mariquita; pero, como sin duda nos habian sentido, habian echado el cerrojo y no pudimos sorprender á la pareja en *flagrante delicto*, como se dice en el *jus romanum*. Mi rival trataba de forzar la puerta, y yo, como veia en tan buen estado el negocio sin necesidad de mezclarme mas en él, bajé al café. Unos cuantos concurrentes que no habian querido subir, se habian puesto á charlar á la puerta; poco á poco se habian ido reuniendo cuantos pasaban por la calle, de suerte que se habia formado ya un grupo numeroso que se ocupaba de lo que ocurria en el cuarto principal. Como no soy aficionado á permanecer en el sitio de una pendencia cuando conozco que puede haber cachetina, me fuí á la acera de enfrente para presenciar desde alli el efecto de mi comedia. Los del cuarto principal gritaban como desesperados á la puerta de la Mariquita, y los del piso bajo les respondian:

—Echad de cabeza al cura!

—Pero, caballero, eso hubiera sido un asesinato, dijo Luizzi.

—Bah! respondió Ganguernet, magnífico chasco! ademas, el piso no era muy alto, y los curas quedan siempre de pié como los gatos. Prueba de ello es nuestro abate, pues si no saltó por la ventana que daba á la calle, saltó por la que daba al jardin. De alli á media hora, y cuando habia reunidas en la calle mas de cinco mil personas que ahullaban como perros rabiosos, vino

la policía y, al derribar la puerta del cuarto de la Mariquita, se encontró con que el pájaro habia volado. Sin embargo, como habia dejado plumas, si no se supo quién era el individuo, se averiguó á qué especie pertenecia.

—Segun eso, no se encontró al abate Serac; ¿pero cómo se supo que era él?

—Toma, respondió Ganguernet, se supo porque dos dias despues le vi yo en la iglesia de San Sernin arrodillado en un rincon orando y llorando como un loco. Tambien él me conoció, y estoy seguro de que si nos hubiésemos hallado en otra parte, hubiera tratado de desquitarse.

—Y hubiera hecho bien, dijo Luizzi.

—No digo que no, replicó Ganguernet; pero lo que sí digo es, que yo le hubiera hecho entrar en razon despues de habérsela quitado. Ademas que no se le ha seguido ningun perjuicio, pues, á pesar de aquel lance, se le nombró vicario general, porque su familia echó tierra al asunto, y, sobre todo, porque los jesuitas no quisieron dar á los liberales la satisfaccion de ver castigar á un cura. Ni siquiera se le condenó por un mes ó dos á un retiro; eso hubiera sido reconocer la culpa y llamar sobre el culpable el desprecio público, á que sin duda se habia hecho acreedor.

—Vos sois de esa opinion? dijo Luizzi.

—En fin, continuó Ganguernet sin prestar atencion á la interrupcion de Armando, el bueno del abate salió ganancioso del lance, pues aprendió lo que tal vez no sabria y se echó una querida que era, sin disputa, la mejor chica de Tolosa.

—Cómo! esclamó Luizzi; con que el abate Serac volvió á ver á la Mariquita?

—Y tanto, respondió Ganguernet, que una noche me vi precisado á ponerle en la calle á puntapiés.

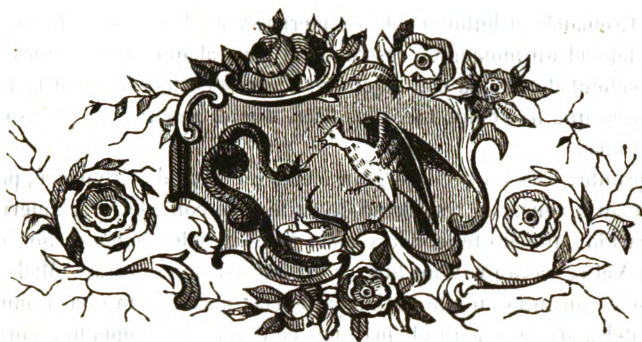
—Y tanto, repuso la dama velada, que una noche que queríais entrar en casa de la Mariquita, os tiró el abate por la escalera abajo.

Ganguernet y Luizzi se estremecieron al oir aquella voz que les pareció no serles desconocida; ambos iban sin duda á interrogar á aquella mujer, cuando el notario, envidioso de contar su historia al oir la de Ganguernet, les dijo con tono doctoral:

—Todo eso es muy curioso; pero lo que sin duda no sabeis, es por qué se hizo cura Mr. de Serac.

—Qué! lo sabeis vos? Esclamó Luizzi, que creia ver esclarecerse á sus ojos el misterio de que se hallaba rodeada la historia de la infeliz Lucia.

—Saberlo precisamente, no, respondió el notario; pero me parece que lo adivino; porque hé aqui lo que pasó el dia que se casó la señorita Lucia de Cremaneé con el marqués du Val.



XIII.

Così fan tutte.

Pues veamos, dijo Armando.

Y el ex-notario empezó del modo siguiente:

—Ya sabeis que ese casamiento se verificó durante los cien dias. El marques de Cremancé, padre de la señorita Lucia, se habia consagrado como otros muchos nobles—y siento decirlo delante del señor baron—al servicio de ese bribon de *Bu-o-na-par-té*.

(Escribimos así este nombre para demostrar como le pronunciaba Mr. Faynal.)

A su vuelta del ejército, en 1814, despues de la caida de ese bandido de *Bu-o-na-par-té*, se encontró con que su mujer, á quien habia dejado al frente de su casa mientras iba al servicio del usurpador, habia recibido todos los dias la visita del marques du Val. El general Cremancé, pues habia ascendido á general al servicio del infame *Bu-o-na-par-té*, preguntó á su mujer con qué objeto habia visitado tanto la casa el marqués. Mad. de Cremancé, que era una criolla que no temia ni á Dios ni al Diablo cuando se la

ponia alguna cosa en la cabeza, pero que temia mucho á su marido porque Mr. de Cremancé la hubiera roto las piernas y los brazos si hubiera dudado de su fidelidad un momento, respondió al general que el marques du Val habia frecuentado la casa con objeto de hacer la corte á la señorita Lucía.

—Puesto que ha venido todos los dias, dijo el general, es preciso que se case con ella.

Al pronto, esto no produjo gran efecto en Mad. de Cremancé, pues creyó que podria vencer la resolucion de su marido con cuatro zalamerías; pero su marido, que era testarudo y malo como él solo, habia dicho: el marques du Val se casará con mi hija, y era preciso que se casase. Mad. de Cremancé solo consintió en ello en la apariencia, porque aun estaba muy enamorada del marqués; pero el marqués consintió al momento, porque no estaba ya enamorado de Mad. de Cremancé. Sin embargo, representó tan bien su papel, que hizo creer á la madre que solo se casaria con la hija en el caso de que la salvacion de su honor lo exigiese.

Mientras la condesa abrigó esta creencia, dejó andar las cosas, y aun se puede decir que las empujó, pues despidió de su casa á Mr. de Serac, á quien durante la ausencia del general habia prometido la mano de su hija, y á pesar de la desesperacion de Lucia, obligó á esta á aceptar un casamiento que la pobre jóven aborrecia, sin prever cuan desgraciadas iba á hacer á ambas.

Siguieron las cosas así, y al fin llegó el dia de firmar el contrato. Parece que aquel dia Mad. de Cremencé habia echado de ver que lo que ella creia un sacrificio por parte del marqués, era una verdadera dicha para éste, pues le oyó hablar con Lucia en un tono que revelaba mas amor que el que ella habia inspirado á su amante. Pero era imposible un rompimiento; los parientes y los testigos de ambas familias estaban convocados, los contratos estaban estendidos y se debian leer aquella misma noche en presencia de las dos familias.

Aunque viva cien años me acordaré de lo que pasó aquel dia como de lo que pasó ayer. Nos hallábamos en el salon principal de casa de Mr. de Cremancé. Toda la familia estaba colocada en círculo, y el general se hallaba en medio tendido en un ancho sitial, porque habiendo sufrido un violento ataque de gota, habia tenido que echar mano de todo su valor para abandonar su lecho y asistir á la lectura del contrato. Mi colega Bernet se encargó de la lectura, que solo era una pura fórmula, y así que acabó, firmaron los novios, el general y su mujer, y en seguida los parientes.

El general, apenas estampó su firma, se disculpó con el mal estado de su salud, y le condujeron cuatro criados desde el piso bajo al principal, donde tenia su dormitorio. Se retiraron en seguida los parientes, y solo quedamos en el salon Mad. de Cremancé, su hija, el marques, mi colega Bernet y yo.

Mad. de Cremancé no habia chistado en toda la noche; pero yo habia

notado en sus miradas el estravio que se nota en las de los locos; al firmar se turbó de tal modo que no veia el papel, y dejó caer dos veces la pluma antes de hacer uso de ella.

Hé aquí como estábamos colocados: yo me hallaba sentado en una mesa arreglando los contratos; el marqués estaba con Lucia en el hueco de un balcon, y parecia escusarse con la pobre jóven, que no cesaba de llorar; al otro estremo del salon, Barnet esplicaba á Mad. de Cremancé las inmensas ventajas que á su hija iba á reportar aquel casamiento, mientras la condesa, en lugar de escucharle, tenia fijos sus ardientes ojos en su hija y su futuro yerno.

Como yo observaba la siniestra espresion de su rostro, la vi dejar de repente á Mr. Barnet y lanzarse al marqués, á quien arrancó la mano de su hija que acababa de tomar, esclamando:

—Mentís, caballero, mentís; vos no amais á mi hija, no podeis amarla, y si la amais sois un infame.

—La amo! replicó con violencia el marqués.

—Pues bien, repuso Mad. de Cremancé, no te casarás con ella aunque la ames.

—Os juro que me casaré con ella.

—No te casarás, no, dijo Mad. de Cremancé, cuya exasperacion rayaba en locura; no te casarás con ella! Hija mia, añadió dirigiéndose á la temblorosa jóven, mira bien á ese hombre; ese hombre ha sido mi amante; ese hombre ha sido amante de tu madre: ¿quieres que sea tu marido?

Todo esto pasó con la rapidez del relámpago; Bernet y yo nos mirábamos espantados por lo que acabábamos de oir, cuando vimos á la desgraciada Lucia caer de rodillas á los pies de su madre esclamando:

—Señora, señora, no digais eso; puede oiros alguien mas que yo y creeros. Puede oiros mi padre!

—Pues bien, que venga y que me oiga, replicó Mad. de Cremancé; que venga y que me mate! Si ese hombre es tan infame que quiere casarse contigo y tú eres tan infame que lo consientes, al menos tu padre no permitirá tan abominable incesto.

Hubièrase dicho que toda su sangre de criolla se le habia subido á la cabeza á aquella mujer, pues parecia hallarse loca de celos y de rabia. Se volvió hácia el marques y le dijo con acento colérico:

—Con que la amas, miserable é ingrato! Con que la amas!... Ella no te ama, no; mi hija ama á otro y se entregará á él como yo me he entregado á tí; ama á otro hombre que te deshonrará como tú me has hecho deshonrar á mi marido. Mi hija ama á Mr. de Serac. Cuidado, cuidado con él!

Y Mad. de Cremancé continuó reprendiendo furiosamente al marqués, en tanto que éste procuraba en vano tranquilizarla, y mientras su hija, tendida en el suelo, exhalaba dolorosos gemidos.

Barnet y yo nos habiamos retirado al estremo del salon con objeto de presenciar lo menos posible aquella deplorable escena. Tratábamos de escapar á fin de no esponernos al riesgo de ver ruborizarse en nuestra presencia señores tan poderosos, cuando Mad. de Cremancé, que puedo asegurar se habia vuelto verdaderamente loca, cogió del brazo al marqués y le arrastró con violencia esclamando:

—Ven, ven! es preciso que mi marido nos vea juntos; es preciso que yo le manifieste la verdad delante de tí.

En aquel instante se abrió la puerta del salon y apareció el general. Ignoro si alguno de vosotros le conoció; pero era imposible sufrir sin bajar los ojos la fria mirada que clavaba en uno cuando dirigia la palabra. Envuelto en una ancha bata encarnada, con su largo cabello blanco y sus largos bigotes, blancos tambien, produjo en nosotros el efecto de una aparicion: parecia la fantasma de la muerte que se presenta al llamársela por medio de ciertas palabras. Se detuvo en el umbral de la puerta y dijo con un acento débil que jamas olvidaré:

—Que es lo que pasa?

El general tenia en la mano la espada y preguntaba qué era lo que pasaba, sin duda olvidando que bastaba decir que lo sabia. Su hija corrió á su encuentro esclamando:

—Perdon, perdon, padre mio!

El general se inclinó á la pobre Lucía, y con una voz, cuya suplicante y cruel espresion es imposible haceros comprender, respondió:

—Perdon para tí, no es verdad Lucía? Perdon para tí, no es verdad hija mia? Perdon para tí, porque sientes en tu corazon otro amor, y temes que tu padre se indigne! Sé que ese amor es inocente, y por eso te perdono; si hubiera sido culpable, si ese amor hubiera impreso la menor mancha en la honra de una mujer que lleva mi apellido, esa mujer moriria al instante al filo de mi espada.

Y al pronunciar estas palabras, el general dió algunos pasos hácia Madama de Cremancé; Lucía se arrojó á su paso esclamando:

—Padre mio, padre mio, perdon!

Y su padre, recibiéndola en sus brazos, la respondió con voz dulce y desconsolada:

—Sí, hija mia, os hubiera matado si hubiérais deshonrado el nombre de Cremancé, y como no quiero que ese nombre se vea deshonrado....

—Me casaré con el marqués du Val, dijo Lucía cayendo de rodillas á los pies de su padre.

—Gracias, hija mia, murmuró el general dejando escapar de su mano la espada; luego se dirigió á nosotros, y añadió con voz tranquila:

—Señores, os convido para la ceremonia de mañana.

Apenas habiamos abandonado el salon, cuando el general se sintió ata-

cado de un dolor de pecho tan violento, que fué preciso colocarle á toda prisa sobre colchones, y no se le pudo subir á su habitacion.



—Y se verificó el casamiento á la mañana siguiente? Preguntó Luizzi.

—Sí, respondió el notario. Dos dias despues, habia muerto Mr. de Cremancé; su mujer habia abandonado á Tolosa, y el jóven Mr. de Serac habia entrado en un seminario para hacerse cura.



XIV.

Continuacion.



STENSIBLE y vivo era el interés con que Luizzi habia escuchado esta lamentable historia. Acababa de parar la diligencia al pié de una cuesta muy penosa; todos los viageros habian echado pié á tierra, y Armando caminaba al lado del notario, abismado en las sombrías reflexiones que aquel relato le inspirara, cuando Gangernet, que se adelantaba á beber algunas copas de rom en un ventorrillo que se veía en la cumbre del cerro, le dijo al pasar:

—Parece que la historia del notario os ha llegado al corazon, ¿no es verdad?

—En efecto, añadió Mr. Faynal, parece que os preocupa mucho.

—Sí; ha empezado á revelarme el secreto de una desgracia y de un estravio que no me era dado comprender.

—Y que yo puedo esplicaros completamente, dijo la dama velada que hasta entonces apenas habia hablado palabra.

—¿Vos?

—Yo; ¿me conoceis, señor baron?

Y aquella mujer alzó el velo con que se ocultaba: Luizzi recordó haberla visto, pero sin saber cuando ni dónde.

—Soy la criada que os introdujo una noche en la habitacion de la marquesa du Val, añadió la mujer en voz baja.

—Mariquita! esclamó Luizzi.

—La misma; bajo ese nombre se me conoció como criada de la marquesa, y bajo ese mismo nombre se me conocia cuando ayudé á fugarse de mi cuarto al abate Serac.

—¡Cómo! ¿érais vos? dijo Luizzi, que caminaba de sorpresa en sorpresa.

—Sí, era yo: loca de amor por ese sacerdote, el único medio que hallé para adherirle á mí, fué el espantarle con la gravedad de su falta; así que logré vencer su conciencia, cuando poco á poco le hube acostumbrado al vicio hasta hacerle mas vicioso que yo, me obligó á fuerza de oro y de atroces amenazas á servirle en sus infames proyectos.

—¿Contra quién? preguntó Luizzi.

—Oid, continuó Mariquita.

Siete años hacia que la señorita de Cremancé se habia casado; siete que él era sacerdote, y la habia amado siempre con un amor que casi habia purificado la desesperacion.

Mas tarde, el abate Serac era amante de una prostituta, pues yo era una prostituta ó poco menos: el abate Serac habia ahogado todos sus sentimientos en desordenadas orgías de que yo no participaba, y amaba aun á la marquesa du Val, pero su amor era un amor horrible, un amor mas asqueroso que criminal.

Yo que no habia previsto hasta donde podian arrastrar á ese hombre su ardiente imaginacion y su carácter obstinado, una vez lanzado en la senda del vicio, fuí la primera víctima del vicio á que yo misma le habia impulsado: todos los dias me maltrataba y me quitaba la vida en sus accesos de cólera y de celos, aunque no me amaba.

Seis meses despues del suceso que Ganguernet acaba de contar, se apoderó de ese hombre la idea de ser amante de la marquesa du Val. Para conseguirlo, me obligó á entrar á servir en casa de la marquesa. Me habia hecho abandonar el barrio en que habitaba, y me habia alojado en una casita á la parte allá del rio, á donde iba todas las noches disfrazado, unas veces de aldeano y otras de militar, siempre con distinto trage ó distinto uniforme, de modo que nadie podia sospechar que era uno mismo el hombre que entraba en mi casa. Tan rigorosamente encerrada me tenia, que hubiera podido matarme sin que nadie le hubiera pedido cuenta de mí. Me inspiraba tanto miedo, que si me hubiera mandado cometer un crimen en que yo hubiera debido perder la vida, no sé si me hubiera negado á ello. Me ví, pues, precisada á acceder á sus deseos y valiéndose de la recomendacion de algunas viejas devotas, hizo que se me admitiese en casa de la marquesa.

Mad. de Cremancé era muy desgraciada cuando entré á su servicio;

pero acogida á Dios, pasaba la vida entregada á prácticas religiosas, porque la pobre mujer ni aun tenia para consolarse y distraerse, la mas dulce y mas santa de todas las ocupaciones de las mujeres, la educacion de sus hijos.

Luizzi escuchaba á aquella jóven con tanta admiracion como interés; ella lo notó y continuó:

—Conozco, señor baron, que os sorprende mi lenguaje; durante los tres años que he servido al lado de la marquesa du Val, he conocido muchas cosas y muchos sentimientos que antes desconocia. Ya he dicho que la marquesa era muy desgraciada; no tenia hijos, porque el dia de su casamiento se habia separado de su esposo, y nunca el marqués habia traspasado el umbral de la habitacion en que ella dormia.

Sí, señor baron, he aprendido muchas cosas, y cuando mas me admiré fué cuando descubrí hasta qué punto pueden conservar su gracia y su elegancia el talento y los modales cuando el alma y el corazon se hallan gangrenados por los vicios.

No pocas veces leí las cartas que el abate de Serac me hacia entregar á la marquesa, y confieso que nunca he visto al amor mas puro y mas respetuoso espresarse con tanta dulzura y tanto encanto. ¡Con cuánta desesperacion trasmitia aquellas cartas á la marquesa! Largo tiempo se negó á recibirlas Mad. de Cremancé; pero la desgraciada se dejó por último persuadir por mí que la engañaba, porque tenia miedo, y que deploraba el éxito de mis palabras no bien acababa de emplear todos los esfuerzos para conseguirle.

Tres meses trascurrieron antes que la marquesa consintiera en leer una carta del abate, y otros tres pasaron antes que le admitiera en su casa desde que consintió en leerlas; yo misma la impelia á un crimen que rechazaba mi afecto hácia ella mas bien que la moral en que se me habia educado. No me asustaba el que la marquesa tuviese un amante; no me repugnaba el sacrilegio que iba á cometer entregándose á un sacerdote; únicamente pensaba en que iba á ser presa de un miserable en quien se reunian todos los vicios y toda la brutalidad, á sus vicios inherentes.

Sin embargo, una esperanza me sostenia; yo esperaba en la marquesa misma; me parecia que el dia en que aquel hombre la hablase en un lenguaje que ella no quisiera oir, sabria imponerle silencio. Además, conocia tan bien á la marquesa, que no acertaba á imaginar de qué medios se valdria aquel hombre para sorprender la virtud de una mujer tan pura y tan fuerte á la vez.

Ah! señor baron, no me acordaba ya de que yo misma le habia dado una leccion bien hedionda.

—Qué! exclamó Luizzi, con que fué....

—Sí, señor, continuó Mariquita, echando substancias perniciosas en el poco vino que la marquesa bebia, embriagando y embruteciendo á esa santa y noble criatura como yo le habia embriagado y embrutecido á él, fué co-

mo triunfó de su virtud de mujer como yo habia triunfado de su virtud de sacerdote. ¡Se la robó vírgen á su marido como yo se le habia robado vírgen á su Dios! ¡Qué crímen tan abominable, no es verdad, señor baron?

—Oh! sí, muy abominable!

—Pero lo que no podriais creer, añadió Mariquita acercándose al baron, lo que no podriais concebir, si no supiérais que estaba embriagada, y si yo no os lo jurase por mi vida, es que esa muger noble, elegante y rodeada de la sociedad mas escogida, buscase en el poder que la habia entregado al abate de Serac el olvido de su falta. La marquesa convirtió en un vicio lo que habia hecho su desgracia!. No bien se veia sola, buscaba licores fuertes, los robaba de su casa á pesar de mi continua vigilancia, y bebia hasta perder la fuerza y la razon, porque para ella la fuerza era el poder del sufrimiento y la razon los remordimientos y sus dolores. Dos años vivió así, protegida por mi que la ocultaba á los ojos del mundo y de su casa, y que hubiera querido ocultarla á los vuestros, señor baron.

—Quiero emanciparme de ese verdugo que me mata; ya que no tengo un hermano ni un esposo que puedan librarme de él, tendré otro amante, me dijo en uno de esos momentos de locura á que con tanta frecuencia la arrastraba el vicio. Esta mañana ha venido á verme Luizzi, Luizzi que al parecer me amaba cuando era niño, y que participó de mi dolor cuando me casé. Si quiere amarme, yo tambien le amaré. Soy aun bastante hermosa para que me ame, no es verdad? Oh! sí, añadió, alzando la vista al cielo é invocando á Dios, pues hasta ese extremo la estraviaba su locura en aquellos instantes. Sí, le amaré, y vos, Dios mio, perdonareis mi amor, porque si Armando no quiere amarme, arrostraré vuestra eterna condenacion y atentaré á mi vida.

Yo, temerosa de que asi lo hiciera, os esperé á la puerta de su casa y os introduje en su habitacion recatándoos del abate Serac á quien habia visto parado frente á la puerta cuando íbais á entrar; temerosa de que atentára á su vida, consentí que penetrárais hasta aquel oratorio que un sacerdote habia convertido en voluptuoso retrete. Por otra parte, en aquel instante me pareció que estaba mas tranquila y esperé un momento, que se atreveria á revelároslo todo y que vos seríais bastante generoso para protegerla sin perderla aun mas. Pero se habia aprovechado de mi ausencia para afirmarse, como ella decia, en su resolucion, y cuando entró en el oratorio donde vos, señor baron, la esperábais....

Mariquita se detuvo como si no se atreviese á terminar la frase, y Luizzi continuó lentamente:

—Y cuando la imfortunada se entregó á mí entre sollozos y trasportes que yo no comprendia...

—Estaba borracha, señor baron, estaba borracha!!



XV.



Mariquita acababa de pronunciar estas palabras, cuando se oyeron los gritos de *á un lado! á un lado!* y pasó rápidamente una silla de posta. Luizzi dirigió una mirada al interior, y reconoció á Fernando y á Juanita que iban en ella. Fernando se inclinó á la portezuela y gritó al baron, sin mandar detener el carruage:

—No se os olvide entregar mi carta á Mr. de Mareuilles, que es uno de mis buenos amigos.

Por una casualidad singular, Luizzi vió la mosca que habia picado á Fernando ajitar sus alas en el instante en que el jóven recordó su encargo.

Luizzi se hallaba tan preocupado con todo lo que acababa de oir y ver, que hubiera comprado á cualquier precio un momento de quietud y soledad, para reflexionar á sus anchas; esta misma preocupacion fué causa de que no oyera el grito que Mariquita exhaló al ver á Juanita en la silla de posta. En esta conversacion, llegaron á la cumbre del cerro donde era preciso subir nuevamente á la diligencia.

Luizzi empezaba á creer que el diablo intervenia en su vida algo mas que con palabras; sospechaba ya que fuera él quien, cansado de relatos, le habia puesto en aquella diligencia en compañia de Ganguernet, del ex-notario y de Mariquita: sus sospechas llegaron á ser una conviccion al ver á Ganguernet que, corriendo hácia él, le dijo:

—Otro percance! acaba de romperse el ege mayor de la diligencia y tenemos que esperar diez ó doce horas antes de poder continuar nuestro viage. Hénos encerrados todo ese tiempo en una miserable posada donde, cuando mas, habrá huevos para hacer una tortilla, y aguapies y aguardiente de patata para remojarla.

—Será posible, preguntó Luizzi con impaciencia, que no haya medio de reparar antes ese contratiempo?

—Vaya si le hay! respondió Ganguernet. Si teneis gana de dar y perder dinero, podeís dejar el asiento de la diligencia y tomar una berlina que vá de retorno á París y que releva allá arriba.

—Con mucho gusto, dijo Luizzi; la tomo en seguida y á cualquir precio.

—Ola, ola, parece que la bolsa está bien repleta, dijo Ganguernet dando palmaditas en los bolsillos del baron.

Esta observacion recordó á Arnando que no habia pensado hasta aquel instante en su estado pecuniario y le obligó á meter la mano en el bolsillo, del que sacó un puñado de oro. Entonces conoció que si viajaba en la diligencia no era por falta de dinero, y si mas bien por circunstancias que ignoraba y que el Diablo debia haber hecho sobrevenir. Ocurriósele así mismo la idea de que aquella berlina habria sido colocada á su paso por el Diablo que sin duda tendria interés en que viajara en ella. Resuelto á dejarse guiar por Satanás, hizo descargar sus efectos, prévio el exámen de la hoja del mayoral, pues ignoraba absolutamente en que consistian. Entre ellos encontró una gran cartera con funda de badana, que no sabia fuese de su propiedad. Reservando el exámen de aquella cartera para cuando se hallara solo en la berlina, se despidió de sus compañeros de viage despues de haber dado á Mariquita las señas de su residencia en Paris.

No bien se halló solo en el nuevo carruage, se apresuró á abrir la cartera y vió, que entre otras cosas, contenia varias cartas con sobre á él. Aunque aquellas cartas estaban abiertas, lo que demostraba que habian sido leidas, se dió prisa á examinar su contenido. La primera se hallaba firmada por el procurador del rey, del distrito de.... y estaba concebida en estos términos:

»Señor baron:

»Los hechos que nos denunciais son de tal gravedad que he creido de»ber ponerlos en conocimiento del señor procurador general de la real au»diencia de Tolosa. El encierro de una mujer en una prision por espacio de »siete años, sin que nadie haya sospechado lo mas mínimo, es cosa que »parece imposible. Así que el señor procurador general me diga lo que debo »hacer en el particular, os trasmitiré su respuesta.

»Tengo el honor, etc.»

—Ola, dijo Luizi; parece que he denunciado al capitan; veamos en que,

estado se halla este asunto. Buscó en la cartera y abrió otra carta que empezaba así:

»Caballero, sois un infame....»

—Este es el capitan Féliz, que me acusa porque no he querido dejar su crimen impune. Hízose el baron esta reflexion consoladora y continuó la lectura de la carta:

»Me habeis hecho matar á un jóven y deshonrar á una mujer que lleva»ba mi nombre; si no sois un cobarde, espero que me dareis cuenta de »vuestra indigna conducta.

»*Firmado*: Dilois.»

Esta segunda carta dejó á Luizzi mas pensativo que la primera, y despertó en él deseos de saber cómo habia respondido á aquella provocacion. Al efecto, buscó en la cartera otra carta que le manifestase el resultado del asunto; pero solo encontró cuentas finiquitadas con sus agentes y su administrador. Las examinó y no pudo menos de admirarse de que se hubiera ocupado tanto de sus intereses. Abriendo y examinando papeles, descubrió un fragmento de carta quemada por el margen como si se hubiese retirado del fuego del hogar en el instante en que iba á ser enteramente consumida.

«.................La infortunada Lucia me ha revelado, momentos antes de su muerte. el secreto de mi nacimiento. Estaba dispuesto que vos, Armando, fuéseis el instrumento de mi perdicion y de mi deshonra? El cielo es justo.

Firmado: Sofia Dilois.»

Armando procuró descubrir nuevos indicios entre aquellos papeles, pero solo sirvieron sus esfuerzos para confundirle mas y mas en el intrincado laberinto de aventuras en que se hallaba empeñado; quedábale el recurso de llamar á Satanás para pedirle la esplicacion de lo que acababa de leer; pero ademas de que no estaba seguro de obtenerla, no se hallaba con ganas de volver de nuevo á aquella vida incesantemente agitada que no le habia dejado un solo instante de reflexion. Así pues, aplazó para su llegada á Paris la investigacion del resultado de su denuncia contra la familia de Buré como así mismo la de la manera con que habia respondido á la provocacion de Mr. Dilois y el por qué Mad. Dilois le llamaba Armando como si fuese su hermano ó su amante.

—A fé mia, dijo para sí el baron, estaria bueno que durante esa época, cuyo recuerdo no conservo, hubiese yo sido amante de Mad. Dilois; soy muy capaz de todo. Probablemente hubiera tratado de obtener el perdon de mi necia indiscrecion, y hubiera obtenido aun algo mas... Mad. Di-

lois es hermosa como un ángel y he debido ser muy feliz; pero ¿cómo demonios habrá sido eso? En verdad que es muy odiosa mi situacion! No acordarme siquiera de una felicidad que ha debido ser suprema por la inmensidad de disgustos que me ha proporcionado esa mujer!

Luizzi se detuvo al reflexionar así, y aferrándose en esta idea, continuó:

—Quiero proporcionarme un dia de felicidad. Obtener una mujer despues de herir su vanidad ó su amor, ó despues de comprometer su posicion, debe ser un triunfo adorable. Si vuelvo á tropezar con Mad. Dilois, quiero obtenerla.... si no la he obtenido ya.

Luego esclamó impaciente:

—Consiento que el Diablo me lleve si le doy un dia mas de mi vida, aunque me cuente historias tan espantosas como las del reverendo Mathurin, ó tan soporíferas como los cuentos del venerable Mr. Boully.

—Cojó la palabra, dijo una voz que pareció entrar por una de las portezuelas del carruage y salir por la otra; de tal modo se asustó el baron al oir aquella voz, que no se atrevió durante dos horas á menearse, ni á hablar, ni á pensar.

Sin embargo, continuó su viage sin ningun encuentro desagradable, y entró en Paris el 25 de febrero de 182.... decidido á no pensar en lo que habia pasado en Tolosa, á vivir como antes habia vivido, y á dejar á la casualidad el cuidado de descubrir el misterio de todos los sucesos de que habia sido testigo desde que hiciera conocimiento con Satanás.

Otra de sus mas firmes resoluciones fue llamar en su ayuda al Diablo lo menos posible, y sobre todo, no servirse bajo ningun pretesto ni para nada de las noticias que pudiera recibir. Para llevar á cabo esta resolucion, convino consigo mismo en huir de todos los individuos á quienes habia tratado durante el viage que acababa de hacer.

Trató, pues, en Paris de adoptar nuevamente sus primeras costumbres de jóven y en volver á ver sus antiguos conocimientos; para no quebrantar esta resolucion, se contentó la noche de su llegada con mandar á su destino las diversas cartas que Fernando le habia entregado, inclusa la dirigida á Mr. de Mareuilles, aunque estaba particularmente recomendada.

Luizzi esperaba librarse así de todo importuno; pero á la mañana siguiente le anunció su ayuda de cámara á Mr. de Mareuilles. Era este un jóven muy elegante y nada mas. El baron se contentó con decirle sencillamente que habia sido padrino de Fernando en un duelo; pero estaba dispuesto que habia de permanecer sujeto al Diablo, aunque fuera por un hilo invisible, Asi es que aquel Mr. de Mareuilles amigo de Fernando, de quien el Diablo se habia apoderado, se apasionó verdaderamente á Luizzi, y como el pobre baron era el hombre de mundo menos diestro en desembarazarse de un importuno, se dejó acompañar todo el dia por su nuevo amigo al café de Paris, á los Italianos, al bosque, á todos los sitios, en fin, á donde van los hombres que solo se acompañan con hombres.

Al mismo tiempo se dejó conducir á una casa que frecuentaba Mr. de Mareuilles, y no tardó en pensar que la casualidad le habia favorecido proporcionándole la amistad de un jóven buen mozo, muy rico, muy noble y muy necio, que le presentaba en sociedades donde él, Armando, era enteramente desconocido, y donde debia adquirir reputacion de hombre de vida arreglada y al abrigo de toda murmuracion.

Armando no consideraba que en aquella sociedad lo mismo que en cualquiera otra, se le presentarian ocasiones que escitarian su curiosidad y le pondrian entre las uñas del Diablo, y que en su posicion le tenia mas cuenta vivir entre el vicio que camina con la cara descubierta que entre el que se viste con el trage de la hipocresia y oculta el rostro con la máscara de la virtud. Es de notar que Luizzi aun no habia pensado en el verdadero objeto de su convenio con el Diablo, ni en que su destino escepcional no le eximía de la ley comun de la humanidad, que consiste en sufrir la vida antes de juzgarla, y en echar á andar antes de haber elegido camino.

No se hizo esperar mucho el suceso que debia proporcionar á Luizzi periódicas entrevistas con su mentor.





XVI.

Los tres sillones.—Quien la querrá la habrá.



Dos dias despues de su llegada, se introdujo Luizzi en una sociedad muy poco conocida en Paris: hablamos de los banqueros retirados. Espliquémonos bien: no se trata aquí de los banqueros de la restauracion, del comercio liberal que luchaba por medio del dinero con las grandes fortunas nobiliarias, que tapizaba de seda y oro sus habitaciones llenas de dependientes de agentes de cambios los dias de recepcion; que, queriendo crearse galerías históricas, se hacia pintar en una partida de caza, admitiendo el rostro del cochero y del picador entre los retratos de familia, y cuyos diamantes, torpemente desparramados en las mujeres ricas y chillonas, nunca han podido ejercer la seduccion que ejercen en una cabeza aristocrática ó una cinta amorosamente prendida en el cabello de una jóven del teatro de la ópera.

Se trata de otros banqueros. Los banqueros en cuestion databan de mas antiguo que la restauracion: traian su orígen del Directorio, y habian tenido parte en aquel escandaloso saqueo de los fondos del Estado y de los placeres de la vida.

La Francia, llegada al Directorio despues de la república y el terror, parecia un ejército que despues de haber atravesado un pais lleno de precipicios, de enemigos y de emboscadas donde ha dejado lo mas florido de su vanguardia, llega á una ciudad amiga donde encuentra por algunas horas abundancia y seguridad. Entonces sí que es grato volverse á ver, festejarse, beber, comer, reir, abrazarse, bailar, pasear, darse el brazo, confundirse y agitarse sin curarse del trage ni de las acciones, sin ocuparse de las miradas curiosas ni de las murmuraciones malignas, porque todos se ven arrastrados en un mismo torbellino.

Se anda, se corre, se avanza al ruido de las orquestas, al sonido del oro de las mesas de juego y al choque de los vasos; bullicioso carnaval, magnífica orgia en que los recuerdos defienden de los recuerdos, porque si un hombre hubiera dicho á otro:

—Ayer os vi á medios pelos,—el último podria responderle:

—Es cierto; por señas que vos estábais borracho.

Porque si una mujer hubiera dicho á otra:

—Qué escotada estábais ayer en la ópera!—esta última podia contestar:

—Vos estábais en camisa en Longchamp.

Porque si la primera hubiera añadido:

—Con que os habeis echado por amante á Trenis —La segunda podia replicar:

—Yo nunca os he robado etc., etc.

Y otras mil cosas llenas de delirio y de embriaguez que han debido producir sigulares conciencias en la mayor parte de aquéllas mujeres, en el dia viejas, feas, gazmoñas y santurronas.

Y hé aqui como sucedió aquello:

En aquella hermosa época tan escotada y tan trasparente, regresó una multitud de emigrados. Muchos de ellos habian abandonado la Francia todavia muy jóvenes, y los mas habian pasado la hermosa edad de diez y ocho á veinte y cinco años rodeados de privaciones, de miseria y aun de malas compañías. Asi es que se precipitaron llenos de ansia y de entusiasmo á aquel mundo quimérico que ponia á su alcance los apartados galanteos del teatro de la ópera. Estos recienvenidos tenian poco dinero: sus fortunas, resentidas ó arruinadas por la confiscacion, aun no se habian afianzado ó rehecho. Con este motivo, tomaban prestado de los maridos, daban á las mujeres y empeñaban su porvenir para dorar su presente.

Mas tarde, cuando la orgía hubo terminado; cuando las clases empezaron á separarse; cuando las fortunas fueron rehabilitándose, la nobleza del

barrio de San German no pudo romper completamente con los banqueros, porque les debia grandes sumas procedentes de capital y réditos. Los millones se gastan con facilidad y se pagan con trabajo. Aquella liquidacion duró mucho mas que el imperio. El alto comercio del Directorio se habia retirado poco á poco de los negocios. Habia dejado estos á dependientes inteligentes que fueron el fundamento del comercio de la restauracion de que acabamos de hablar; pero no aceptó ni su sociedad ignorante ni sus costumbres tenderiles.

Acostumbrado á los grandes nombres y á las grandes influencias políticas, no pudo acostumbrarse á recibir esclusivamente celebridades bursátiles y pecuniarias en sus salones, que habian sido frecuentados á la vez por hombres cuyos antecesores habian constituido la historia de la antigua Francia, y por hombres que acababan de constituir la historia de la Francia nueva. Despues vino la restauracion, y este comercio aristocrático se adhirió completamente á ella. De este modo conservó sus íntimas relaciones con el barrio de San German, y copió con bastante destreza sus elegantes maneras, sus grandes pretensiones, y particularmente su devocion lujosa y esterior. A decir verdad, se veian en él pocas mujeres de la alta aristocracia, pero abundaban hombres de la alta sociedad, porque muchos de estos conservaban relaciones comerciales ó amistosas con el comercio del Directorio. Veianse aqui y allá hermosas jóvenes y arrogantes mancebos con rostro y manos de antigua raza nobiliaria, si bien el título de conde ó de baron de su señor padre solo databa del imperio, y los grandes señores que se interesaban por ellos, lo hacian con una superioridad protectora tan bien entendida, que nadie buscaba la razon de aquella preferencia.

Entre los salones que parecieron á Luizzi mas apropósito para establecer la sana reputacion que necesitaba, prefirió el de Mad. Marignon, como la llamaban los que la honraban concurriendo á su casa, ó Mad. de Marignon, como decian los que eran honrados con ser admitidos en su sociedad. Mad. de Marignon era en aquella época (182...) una mujer de cincuenta á sesenta años, alta, delgada, bastante huesosa, de dientes perfectamente conservados, de rostro apergaminado, siempre tocada con gorro elegantemente armado, de cabello gris cuidadosamente arreglado, de ojos centellantes, de nariz afilada, de lábios delgados, siempre encorsetada, siempre ataviada con drulletas de riquísima tela, y siempre de la misma forma. Habia aceptado tan francamente su papel de señora mayor, que los hombres la estaban infinitamente agradecidos y las mujeres de su tiempo la detestaban cordialmente. Estas últimas pretendian que aquel abandono de toda pretension no era sincero; decian que era una venganza por cuyo medio Mad. Marignon (en tales circunstancias se suprimia el de) sacrificaba, merced al implacable epígrama de las fechas, triunfos que á ella no la eran ya permitidos, pero que aun podian alcanzar encantos que se habian conservado mejor que los suyos.

Mad. de Marignon recibia en su casa una sociedad numerosa, y Luizzi adquirió conocimientos bastante preciosos para tener el derecho de saludar en los Italianos ó en la ópera á los hombres mas distinguidos. Por lo demas, eran muy severas las reglas de la casa. Solo se consentia en ella la música de poofesores: la de aficionados parecia peligrosa á Mad. de Marignon, que tenia nna hija cuyo talento y cuya hermosura eran superiores. Divertian á la sociedad los cantores pagados; pero á la sociedad no la era permitido divertirse ella misma. Se jugaba al whist á quinientos francos la ficha; pero Mad. de Marignon no hubiera tolerado una partida de ecarté de cien sueldos; se comia pocas veces, se bailaba casi nunca y no se cenaba jamás.

Reinaba tanto órden, tanta regularidad, tanta delicadeza en aquella casa, que Luizzi aun no habia esperimentado deseos de saber la historia secreta de las personas que figuraban en la sociedad, donde, gracias á su nombre y á sus riquezas, tan bien habia sido acogido á pesar de ser desconocido en ella. Hé aqui el suceso que despertó en él ese deseo, y que le hizo tocar la infernal campanilla que ponia á sus órdenes al Diablo.

Una noche que habia concierto en casa de Mad. de Marignon, apareció á la puerta del salon una mujer como de treinta años, despues de imponer silencio á los criados que querian anunciarla, y en el momento de ejecutar una pieza de canto Mad. D.... Los hombres que se hallaban á la puerta se pusieron en fila á ambos lados, y la dama se encontró á la entrada de un círculo inmenso. En frente del piano habia un sillon desocupado: la recienvenida, desconocida para Luizzi, atravesó el salon, y escusándose por medió de una seña con Mad. de Marignon, que la saludó sin levantarse con manifiesto despego, fué á ocupar el asiento desocupado.

Esta entrada produjo efecto aunque aquella mujer estaba pálida y su hermosura parecia casi marchita. Luizzi lo notó y notó tambien que la desconocida vestía con esquisita elegancia. Pero lo que produjo muy distinto efecto fué que las dos mujeres que ocupaban los dos asientos colocados á derecha é izquierda del que acababa de ocupar la recienvenida, se levantaron inmediatamente y se fueron al tercer salon que era el del juego. El canto duraba aun, y por consecuencia el insulto era evidente. El escándalo fué enorme, pero mudo; todos se interrogaron y se respondieron con la vista; la cantatriz terminó la pieza en medio de la distracion general.

Entonces Mad. de Marignon fué á reunirse con las que tan cruelmente habian insultado á la recienvenida. Como dueña de la casa, podia haberlo reparado todo yendo á sentarse al lado de la víctima aunque no hubiera sido mas que por espacio de cinco minutos; pero, aunque habia aparentado disgusto por lo que acababa de pasar, al parecer ni aun en su casa se atrevió á cargar con la responsabilidad de tal reparacion.

Luizzi conocia á las dos mujeres que habian hecho tan estraño ultraje,

como se conoce á las personas que se ven en un salon; el asiento de la derecha estaba ocupado por la baronesa du Bergh, mujer de cuarenta y cinco años, célebre por su extrema devocion y sus relaciones con los hombres religiosos mas de moda; citábasela en todas partes por su beneficencia, por la proteccion que dispensaba á las escuelas y por su conducta irreprensible. La segunda, es decir, la que ocupaba el asiento de la izquierda, era Mad. de Fantan. Tenia cincuenta años y su hermosura era tan sorprendente en su edad, que habia convertido su vejez en coquetería. Lo único que se sabia de ella era que habia sido muy desgraciada durante su primer matrimonio y que habia tenido que separarse de sus hijos. Decíase tambien que su union con Mr. de Fantan no habia bastado á hacerla olvidar sus desgracias, y todo el mundo se admiraba de que tantos *encantos* hubiesen resistido á tantos *llantos*. Todos admiraban y respetaban lo mismo á Madama Fantan que á la baronesa du Bergh, por la manera heróica con que ambas habian soportado sus infortunios, y por la escelente educacion que daban á sus hijos, porque Mad. Fantan tenia una hija; asi como la baronesa du Bergh tenia un hijo.

Luizzi no trató de averiguar nada acerca de estas dos mujeres, creyendo que nada de particular encerraba su historia, y preguntó á uno de sus adláteres, con la naturalidad que pudo, quién era aquella señora á quien tan desairadamente se habia dejado aislada entre dos asientos desocupados.

—Quién ha de ser! se le respondió, la condesa de Farkley.

—No la conozco.

—Es hija natural del marqués de Andeli.

—Ah! dijo Luizzi con el aspecto de aquel que nada ha adelantado con las señas que le acaban de dar.

—Sí, añadió el interlocutor con impaciencia; Laura de Farkley, de quien se ha dicho con tanto talento que *quien la querrá la habrá*. ¿Comprendeis el equívoco? (1).

—Sí le comprendo. Será curiosa su historia.

—Su historia todo el mundo os la puede contar.

—Teneis razon al decir todo el mundo, replicó un caballero que se introducia entonces en la conversacion, y que parecia agarrotado en su corbata blanca y tiesa á fuerza de almidon, cosa muy elegante en aquella época por la delicadeza de sus pliegues y la regularidad de sus nudos; teneis razon en decir todo el mundo, porque nadie puede saberla por completo.

—Cosme de Mareuilles, que dicen ha sido su amante, podrá dar con exac-

(1) Este equívoco desaparece en la traduccion: *l' aurá* (la habrá) suena lo mismo que el nombre propio *Laura*. De modo que el sentido de la oracion puede ser el siguiente: «el que quiera á Laura, la obtendrá.»

titud las noticias que Luizzi desea, dijo el individuo á quien el baron se habia dirigido.

—Bah! replicó el otro. A Cosme le sucede lo que á todos nosotros; conoce al que le ha precedido y al que le ha sucedido.

—Y tal vez al que le ha acompañado.

—Es muy probable; pero es poco á propósito para formar estados; es preciso ser un hábil aritmético para hacer adiciones de cierta longitud, y Cosme no posee ese talento.

—Yo quisiera saber esa historia, repuso Luizzi.

—Ay, querido! dijo uno de aquellos dos fátuos; yo preferiria recitaros *las Mil y una noches*. Además, os he dicho ya que nadie puede contaros esa historia á no ser la misma Mad. de Farkley, y aun asi, para que fuera exacta seria necesario que su autora publicase todas las mañanas una nueva edicion, revisada, corregida, y sobre todo, aumentada.

Luizzi no entendió esta última y encantadora chanzoneta, porque al oir que solo la misma Mad. de Farkley podia contar su historia, pensó que podria saberla completamente por el que tantas le habia contado, y esperaba ver satisfecha su curiosidad.

Pero á fin de que esta nueva prueba fuese mas provechosa que las otras, quiso antes de todo conocer por sí mismo á Mad. de Farkley. Deseaba saber cómo esplicaria ella misma su conducta, y reflexionó que no podia presentarse ocasion mas oportuna para medir el vicio en su mayor desarrollo, fuese que aquella mujer hiciese alarde de su mala conducta con una impudencia capaz de arrostrar todos los ultrages, ó fuese que pretendiese ocultarla bajo un hipocresía que parecia no echarlos de ver.

Tomó esta resolucion Armando, y penetró en el salon, lleno entonces de hombres; fué á saludar algunas mujeres, y aproximándose insensiblemente á Mad. de Farkley, se sentó á su lado. Mad. de Farkley no pudo menos de fijar la vista en el que iba á ocupar aquel asiento abandonado. Su mirada de fuego rápida y profunda, infundió cierto terror á Armando.

El baron creyó que no era aquella la primera vez que esperimentaba el encanto de aquella mirada, y hasta se le figuró que habia visto en toda su lozania y su pureza aquel rostro pálido y fatigado. Pero no hallando en sus recuerdos nada que estuviese en relacion con la emocion que esperimentaba, se decidió á entablar conversacion con la dama. La música que se acababa de oir era un testo bastante natural. Luizzi empezaba una frase insignificante cuando se presentó Mad. de Marignon en la sala. La señora de la casa demostrô su descontento al ver al baron al lado de Mad. de Farkley. Acercóse á esta y la dijo con mucha naturalidad:

—Vengo á buscaros, querida Laura, para que dejs vuestro parecer acerca de un chal de cachemira que quiero regalar á mi sobrina: sé que ademas de que teneis un gusto esquisito, conoceis maravillosamente las telas.

—Estoy á vuestras ordenes.
—Abuso de vueatra bondad.
—Nada de eso.
—Y apropósito , ¿cómo está Mr. de Andeli?
—Bueno; como un hombre dichoso.
—No envejece?
—Tan poco, que me espera esta noche en el baile de la Opera.
—Hé ahi lo que se llama un buen padre.
—Teneis razon.

Este corto diálogo tuvo lugar miéntras Mad. de Farkley recogia de su asiento una manteleta, un abanico, un ramillete, en fin todo el elegante ajuar de una mujer en traje de baile. En seguida salió del salon con Mad. de Marignon. A corto rato, aparecieron Mad. de Fantan y la baronesa du Bergh y un instante despues volvió sola Mad. de Marignon. Nunca se despide de un salon á una mujer mas ostensiblemente que se acababa de despedir á Mad. de Farkley. Luizzi que permanecia en su asiento, se levantó en cuanto vió volver á las dos gazmoñas; pero se le dió las gracias con tal sequedad que no pudo menos de conocer que habia cometido una gran imprudencia. Mad. de Marignon le dijo esplícitamente lo que las miradas despreciativas de las otras le habian manifestado. Al pasar junto á Luizzi, se volvió con aire altamente desdeñoso y le dijo:

—Todavía estais aquí? Yo creia que teníais una cita en el baile de la Opera.

Al oir estas palabras, se vió Luizzi sumergido en una de esas perplegidades que suelen convertir al hombre en el animal mas estúpido que existe.

Todo su corazon se sublevó contra la odiosa acusacion que Mad. de Marignon acababa de lanzar á Mad. de Farkley.

—Cómo! se díjo, ¿puede suponer que esa respuesta indiferente dada á una pregunta indiferente tambien sea una advertencia de Mad. de Farkley? Quiso decirme esa mujer que la hallaria esta noche en el baile de la Opera? fué aquella respuesta una cita? No; es imposible que exista una mujer con tan poco pudor. Mad. de Marignon abriga una prevencion que la hace dar un detestable sentido á las palabras mas inocentes. La conducta de Mad. de Farkley puede haber sido muy ligera y aun si se quiere muy culpable; pero de eso á ofrecerse al primero que llega, hay gran distancia. Mad. de Farkley es todavía bastante jóven y bastante hermosa para que tenga la seguridad de ser deseada y buscada. A esa mujer se la humilla mas de lo que se merece. No me conoce, y al fin soy para ella un forastero muy insignificante.

Este raudal de buenos pensamientos que habia invadido la imaginacion de Luizzi, se detuvo de repente, porque Armando notó les movimientos de cabeza de que era objeto, y en un cambio repentino dijo para sí:

—Seré un necio? seré el único que supone á esa mujer una virtud que no tiene? Perderé esta vez como otras muchas, la ocasion de algunas horas de placer por una opinion escesivamente buena de los demas y una opinion escesivamente mala de mí? Bastantes veces me he dejado ya engañar por falsas apariencias de virtud para que aun vuelva á ser engañado por escrúpulos sin fundamento. Dejémonos de tonterias y vayamos al baile de la Opera.

Cuantas traiciones, cuantas bajezas, cuantas vanas jactancias ha producido el temor de pasar por necios en hombres que de otro modo hubieran permanecido un tanto honrados! Luizzi hizo una de estas bajezas al salir de casa de Mad. de Marignon, pues dió á las murmuraciones de esta, toda la autenticidad de una cosa cierta.

La infame suposicion de Mad. de Marignon habia sido oida y Luizzi fué observado y seguido. Uno de los fatuos que le habia hablado de Mad. de Farkley aparentó retirarse al mismo tiempo que él, le dejó pasar adelante y le oyó decir al cochero: «A la Opera». En seguida volvió al salon y contó lo que habia oido á tres ó cuatro de sus amigos que soltaron una estrepitosa carcajada á fin de que todo el mundo tratára de informarse de la causa de su hilaridad.

—No es nada... una cosa muy chistosa... nos reimos del pobre Luizzi. El bueno del baron que triunfo ha alcanzadó...! Es un buen muchacho en el fondo, pero nada mas, respondieron cuando se les interrogó acerca de su alegría.

—Pero que ha sido? dijo Mad. de Marignon.

—Qué ha de ser! nada; no merece la pena de repetirse.

—Hablais de Mr Luizzi?

—Como pudiéramos hablar de otros.

—Se ha marchado?

Un caballero hizo una seña afirmativa acompañada de una sonrisa tan maligna que todos los demas soltaron una nueva carcajada.

—Pero qué es eso? repitió Mad. de Marignon.

—Que ha ido al baile de la Opera, respondió el de la seña afirmativa, recalcando las palabras sílaba por sílaba, para darlas un sentido mas positivo....

—Qué horror! eslamó con desprecio Mad. de Marignon; qué escándalo!

—Y sobre todo, que mal gusto! añadió Cosme de Mareuilles.

—Al menos vos, dijo Mad. de Marignon, habeis sido mas reservado.

—Me calumniais, señora! replicó aquel mentecato columpeándose en su asiento.

—Que os calumnio! con que negais?...

—Negarlo no, señora, dijo otro; en lo que le calumniais es en acusarle de reservado, pues nunca ha ocultado nada.

—Que escándalo, señores, que escándalo! repitió Mad. de Marignon con tono compuesto de la indignacion esterior y de la alegría interna que presta á una mojigata una maldad bien articulada.

En seguida se alejó yendo á reunirse con sus dos amigas, y no tardó en establecerse entre ellas y otras personas que se les agregaron una conversacion en que sobresalian las mas crueles esclamaciones á medida que Mad. de Marignon referia las palabras impudentes de Mad. de Farkley y la marcha de Luizzi. Los mas severos llegaron á pronunciar contra la desgraciada á quien tan ignominiosamente se habia despedido imprecaciones que ni entre el vulgo mas despreciable se oyen. Si Luizzi hubiera oido aquella conversacion hubiera adquirido conocimiento de un gran secreto: el secreto de la hipocresia de las palabras entre ciertas clases. Mujer hay que rehusará oir una historia un poco verde, disfrazada con frases delicadas, y escuchará y aun pronunciará las palabras mas groseras si se trata de insultar á otra mujer y de estigmatizar el vicio. En aquella ocasion, la virtud de Mad. de Fantan llevó este derecho hasta el último grado.

—Por supuesto, dijo á Mad. de Marignon, esa mujer ha venido aqui á egercer la profesion que egercen otras en los sitios públicos.

—Señora! esclamó un caballero de edad bastante avanzada para haber conocido á Mad. de Fantan en su juventud.

Sí, señor, replicó Mad. de Fantan irritada al ver una sombra de oposicion á la justicia de sus fallos; sí señor, Mad. de Farkley ha venido aqui á...

—Por Dios, señora, no digais eso, dijo el anciano ahogando asi la palabra fatal que aunque no se oyó, fué pronunciada.

La emocion producida por este suceso fué tal, que todo el talento de los cantores que se sucedieron no pudo dominarla en mucho tiempo. ¿Dónde hay música tan agradable como la murmuracion?

Sin embargo, un nuevo y singular suceso vino á ocupar la atencion general.

Cuando mas animados eran los cuchicheos y los comentarios, se sentó al piano un hombre vestido de negro, de rostro flaco y anguloso, de frente elevada y poco espaciosa, de cejas pobladas, de ojos hundidos, de mirada feroz y de sonrisa irónica. Apenas sonó la primera nota, todas las miradas se fijaron en el músico. Hubiérase dicho que las cuerdas del instrumento eran heridas por una garra de hierro: el piano rechinaba y sonaba estrepitosamente al contacto de aquellos dedos poderosos. El aspecto de aquel hombre cautivó la atencion atraida por el preludio. A pocos instantes resonó su voz irónica y siniestra y todos los circunstantes se estremecieron al oir el aria de la calumnia del *Barbero*.

La palabra *calumnia* resonó con tan sarcástica entonacion, que todos callaron por un movimiento repentino. El cantor continuó con un estrépito salvaje de órgano, y una mordaz entonacion que helaba á cuantos le oian.

Mientras cantaba, tenia la vista fija en el trio principal, compuesto de Mad. de Fantan y de la baronesa du Bergh, que habian recobrado su asiento, y de Mad. de Marignon, que se habia colocado en el que ocupara Ma-



dama de Farkley, como para purificarle de la mancha que sobre él habia caido. Donde se ha cometido un asesinato, se erije una cruz.

Aquella mirada irónica, insultante por su tenacidad, espantaba á Madama de Marignon, que apoyaba sus crispadas manos sobre los brazos del sillon, en cuyo fondo hubiera querido sepultarse.

Hubiérase dicho que Mad. de Marignon temia que de aquellos ojos fijos en ellas, partiese un rayo y fuese á herirla en su asiento. Al llegar el cantor al final de esa aria, cuya última frase pinta con tanta energía el grito doloroso del calumniado y el gozo del calumniador, dió á su acento una espresion tan amarga y á su voz una fuerza tan poderosa, que á la vez se estremecieron los corazones y vibraron los cristales. Una ansiedad inaudita se habia apoderado de todos.

Calló el cantor, y reinó un silencio sepulcral durante algunos segundos. El hombre que tal efecto habia producido desapareció del salon principal.

Luego, como si el encanto hubiera cesado, se levantó Mad. de Marignon, y dirigiéndose al encargado de la direccion de los conciertos le preguntó quién era aquel hombre. El director no le conocia y habia creido que era algun aficionado de la sociedad de Mad. de Marignon. Esta se informó si habia sido traido por alguno que queria dar á conocer un artista desconocido aun; pero nadie le conocia. Entonces se le buscó, pero no pareció: los criados dijeron que hacia media hora que no habian visto salir á nadie. Todo el mundo se llenó de inquietud, y mientras en el salon se ocupaban acaloradamente de aquel suceso, los criados registraban las habitaciones; pero nada se descubrió. Entretanto, Mad. de Marignon no cesaba de preguntar á todos:

—Pero quién es ese hombre?

—Debe ser un ladron, dijo uno de los fatuos de que ya hemos hablado.

—Si es que no es el Diablo, añadió jovialmente el anciano, que habia tratado de interrumpir las murmuraciones de Mad. de Fantan.

Esta frase vulgar, lanzada y acogida en la conversacion casi siempre con indiferencia, hizo palidecer á Mad. de Marignon, que no pudo menos de esclamar:

—El Diablo! qué idea!...

En seguida se retiró. Momentos despues, se anunció que se hallaba gravemente indispuesta. Los salones se despoblaron en un instante, y todos los concurrentes se retiraron con el corazon apenado.

Luizzi se hallaba en tanto en el baile de la ópera, campo de batalla donde triunfan las bellezas de talle delgado y esbelto, de manos delicadas y pequeñas, y de pies arqueados y leves.

Muchos cuentos se han forjado sobre pasiones nacidas de esas perfecciones secundarias, cuentos que terminan con el descubrimiento de un rostro desgraciado que auyenta los hermosos sueños del entusiasta galan. Pero hay otro sentimiento, posible únicamente en el baile de la ópera: hablamos del que esperimenta el hombre que despues de haber apartado su atencion

de una mujer de rostro mediano, descubre en ella encantos que no habia hechado de ver.

Cuanto mas inferior es una mujer á las otras en un salon en que la frescura y la perfeccion de las facciones eclipsan á una tez sin pureza y á un rostro poco regular, mas brilla en el baile de la ópera donde la mirada que no puede penetrar la careta, solo busca perfecciones en cualquiera otra parte desdeñadas. Luizzi esperimentó hasta cierto punto este sentimiento. Fijó desde luego la atencion en una máscara de dominó que se detuvo al verle y le examinó. Este examen solo duró algunos segundos: la máscara continuó su paseo y se confundió entre la concurrencia. Poco despues, la volvió á ver Luizzi en el corredor de los palcos principales, y la siguió con la vista admirando su talle esbelto y gracioso. La máscara se volvió hácia él, y su cuerpo delgado y flexible se torció como un cordon de seda.

Luizzi esperó á que volviera á pasar para examinarla mejor: fijó la vista en los pies de aquella mujer y vió que eran sumamente pequeños: la blancura de su cútis era tal, que traspasaba la media de seda negra; calzaba zapato de raso y la galga hacia resaltar aun mas la redondez del tobillo. La máscara dió algunas vueltas sin que Luizzi apartára de ella sus ávidos ojos. El dulce movimiento de su paso, la elegancia de su talle y la distincion de todo su conjunto, le arrebataron de tal modo, que dió algunos pasos hácia ella para contemplarla mejor; pero ella lo notó, y como si temiera ser conocida, sujetó contra su rostro la flotante barba de su careta. Su guante, cuya blancura resaltaba sobre el raso negro de la careta, dejaba ver una mano delicada, elegante y hermosa. ¿Quién es esa mujer tan bella? dijo Luizzi, y continuó inmóvil en su sitio, en tanto que la máscara pasaba y volvia á pasar. Conociendo cuan ridícula era aquella contemplacion, se disponia á ir buscar á Mad. de Farkley, cuando aquella mujer dejó el brazo de su pareja, y acercándose á él le dijo al oido:

—Sois Mr. de Luizzi, no es verdad?

—Sí.

—Tengo que hablaros á las cuatro en punto.

Aun no habia tenido tiempo para responder Armando, cuando la máscara se habia alejado, y Cosme de Mareuilles le decia con aire burlon.

—Perfectamente! á qué hora será vuestra felicidad?

—Qué felicidad?

—Toma! la que piensa proporcionaros Mad. de Farkley.

—Cómo! es esa Mad. de Farkley?

—La mismísima.

—En casa de Mad. de Marignon me habia parecido poco menos que fea, y aqui....

—Y aqui es encantadora, no es verdad? Ya lo sabe ella, y por eso os ha citado á aqui. Ya os ha enganchado.

—A mí!

—Vamos, dejad la modestia. Parece que los preliminares han sido un poco vivos.... Mad. de Marignon está furiosa: pero ahora no estais en su casa y os aconsejo que seais exacto para con Laura, pues no es amiga de esperar, y ademas puedo aseguraros que merece la pena....

—Lo sabeis vos?

—Pche! se dice por ahí.

Cosme se alejó y Luizzi buscó con la vista á Mad de Farkley. En aquel instante la vió descender por una de las escaleras que bajan al salon. Las arañas derramaban una luz deslumbradora. Mad. de Farkley se volvió para responder á algunas palabras que se la dirigieron al paso, y entonces fué cuando se mostró á los ojos de Luizzi en todo el brillo de su hermosura y de su elegancia.

—Esa mujer es admirable! esclamó Armando. Miró su reloj: eran la una y media, y por consiguiente, le restaban todavia dos horas de espera.

Luizzi sentia su corazon agitado por una impaciencia de que él mismo se admiraba.

—Ah! se decia, es posible que produzca tal turbacion en mí esa mujer? Desearé poseerla hasta el punto de ocuparme de ella? Amaré á una mujer á quien han poseido todos, y que es casi vergonzoso el haberla y el no haberla poseido? Qué locura! Sin embargo, tengo que esperar todavia mucho tiempo, y no es cosa de estar parado como un idiota buscándola con la vista. Procurémonos ocupacion.

Mad- de Farkley volvió á pasar y le hizo una seña de inteligencia. Luiz- la halló graciosa en estremo y sintió palpitar su corzon.

—Vamos, añadió, es cosa hecha, soy el preferido esta noche. Acepto la preferencia, pero no quiero ser tan torpe como los otros: quiero ocupar un puesto distinguido en su memoria. Todos los que me han precedido conocen la mayor parte de sus aventuras; pero debe haber algunas cuyo secreto ella tan solo conoce: quiero hacerla ver que las conozco, despues de haberla dejado creer que ha encontrado un tonto.

En seguida se apartó Armando de la multitud, sacó su campanilla, la agitó y vió á su lado un caballero vestido de negro....

—Héme aquí, dijo Satanás, ¿qué me quieres?

—Quiero saber la historia de aquella mujer que pasea allá abajo.

—De la que tan ignominiosamente ha sido despedida de casa de Mad. de Marignon?

—Sí.

—Y con qué objeto quieres saberla?

—Con objeto de conocerla por tí antes de conocerla por ella misma, para saber hasta qué punto puede llevar la audacia una mujer cuando trata de engañar á un hombre.

—Muy bien. Te hallas en una sociedad enteramente nueva para tí y nada mas justo que trates de conocer el terreno para librarte de frecuentes caidas; pero no seria completa tu esperiencia si yo no te contase primeramente la historia de las dos mujeres que tan mal han tratado á Mad. de Farkley.

—Saldrán malparadas de esa historia?

—En mi cualidad de diablo me guardaré muy bien de decir si su historia las honra ó las deshonra; pero lo que sí te diré es, que no podrás juzgar con acierto á Mad. de Farkley, que segun el mundo es una mujer perdida, hasta que no sepas lo que valen Mad. de Fantan y la baronesa du Bergh, que segun el mundo son dos mujeres honradas.

—Acepto, dijo Luizzi.

Ambos entraron en un palco, y Cosme de Mercuilles que pasaba á la sazon, dijo á un jóven que le acompañaba:

—Mad. de Marignon desea saber quién es el singular cantor que tanto ha chocado en su concierto; Luizzi podrá decírselo, porque hélos juntos en ese palco.

—Sin duda seria el baron, quien le habia llevado?

—Tal creo, porque Luizzi tiene unas inoportunidades!





XVII.

Primer sillon.



El diablo empezó en los siguientes términos:

—Mad. du Bergh se llamaba hace veinte y cinco años la señorita Natalia Firion. Era hija de Mr. Firion, proveedor millonario y elegante que hablaba con distincion y que peseia en grado superlativo el arte de hacer aceptar su dinero. Es el hombre que mas mujeres ha comprado, dejándolas la libertad de creer que no se han vendido. Magistrados, generales y administradores han recibido de su mano millones que creian legitimamente ganados y á su vez le han prestado servicios que decian ser gratuitos porque no era directo el pago.

No vayais á figuraros, mi querido Luizzi, que la corrupcion por medio del dinero es cosa fácil. Se compra un lacayo, un agente de policia ó una ramera por una suma convenida que se acepta de cualquier modo que se ofrece; pero para comprar un diputado, un escritor ó una gran señora se

necesitan mucho tacto, mucha destreza y sobre todo, mucha voluntad. Si alguna vez os elevais á la esfera de las princesas imparciales, os contaré la historia de una testa coronada que se vendió á un mercader de modas. Es lo mejorcito que yo conozco en su género.

—Otra vez me contarás esa historia, dijo Luizzi; lo que mas deseo ahora es la de la baronesa du Bergh.

—Corriente; así llegaremos antes á Mad. de Farkley. Como te decia, no ha habido en Francia hombre que haya sabido hacer aceptar su dinero como Mr. Firion. De todos los que pretenden que todo se alcanza con el dinero, tal vez él es el único que lo puede decir sin fatuidad. Así pues, resultó en Mr. Firion una estraña facilidad en prometer y dar cuanto se le pedia. Su única hija Natalia nunca manifestó un deseo cuya satisfaccion le fuese negada. Mr. Firion respondia á todas sus pretensiones:—«*Yo te lo compraré.*» sea que quisiese un aderezo, un trage, un cuadro, una casa, ó aunque fuese un objeto perteneciente á una persona estrangera.

Con frecuencia se le habia hecho la guerra á Mr. Firion por esta facilidad, sin advertir que era una mania. A medida que se empeñaba en esta especie de lucha y que crecian las dificultades en el cumplimiento de sus promesas, tomaba mas y mas interés en ella. Así resultaba que aquel hombre que casi nunca habia hallado obstáculo que se opusiese al cumplimiento de sus deseos, se habia creado una ocupacion con las penas que los caprichos de su hija le proporcionaban. Hallaba un placer en contar como se habia hecho superior á aquellas penas y en ponderar la habilidad, la sagacidad y el talento que habia necesitado para llegar á conseguir lo que se le habia pedido. Citaba como su obra maestra la adquisicion de un perrito que era la delicia de una vieja baronesa alemana. Un príncipe ilustre, noticioso de aquella negociacion, le habia ofrecido una embajada en San Petersburgo, embajada que Firion rehusó. Decid á su alteza, respondió al encargado de la oferta, que yo no soy bastante noble, ni bastante pobre ni bastante bruto para ser un buen embajador. Firion no pasó mas adelante en su carrera política.

Sin embargo, mientras él se adormia en el encanto que sus triunfos le proporcionaban, Natalia se mostraba pensativa y triste. En vez de manifestar los estraños caprichos que tenia de costumbre, lanzaba hondos suspiros al viento, dirigia melancólicas miradas al cielo y exhalaba prolongados ayes. Natalia tenia diez y seis años.

Esta prevencion alarmaba y regocijaba á la vez á Mr. Firion. Se alarmaba porque su hija palidecia; en sus ojos se veia la huella de las lágrimas y en su palidez la del insomnio. Por primera vez abrigaba un dolor aquel corazon tan inocentemente tiránico y caprichoso. Era aquel dolor un deseo de casamiento? Tal creia Mr. Firion: esperaba que el resultado de aquella tristeza seria una estraordinaria exigencia en cuya satisfaccion iba á hallar un nuevo placer.

Mr. Firion calculaba que tenia bastantes millones para dar á su hija un príncipe por esposo, si de un príncipe estuviese enamorada. Si lo estuviera de un hombre casado, no le parecia dificil arreglar un divorcio que hiciese libre al hombre elegido por su hija. Ya te he dicho que se habia apoderado de él una verdadera manía, y se apresuraba á satisfacer los caprichos de su hija mas bien por su propia satisfaccion que por la de Natalia. Firion esperaba pues, y se preparaba en silencio. Conocia lo bastante á su hija para suponer que solo obstáculos de posicion serian los que se veria obligado á vencer. Natalia era hermosa, alta, distinguida: se hallaba formada para escitar el amor y los deseos, pero no para esperimentarlos. Una cabeza de niña, colocada en un cuerpo completamente desarrollado, ofrece pocas probabilidades de esos pensamientos devoradores que estravian la razon y apartan de la virtud y de esos accesos de calentura nerviosa que producen los mismos resultados. Un profundo egoismo ponia á Natalia á cubierto de esa ternura de corazon que derrite la naturaleza mas dura y hace doblegar la voluntad mas absoluta. Firion estaba, pues, seguro de que solo necesitaria satisfacer caprichos de ambicion y de vanidad.

Todos los cálculos de aquel buen padre fueron desconcertados por una cosa en que hasta entonces habia pensado muy poco; por la influencia literaria de la época en que vivia.

—Cómo? dijo Luizzi.

—Vas á verlo, respondió el Diablo sonriéndose alegremente, porque acababa de ver á un ladronzuelo robando el reloj á un dandy, mientras éste dirigia su lente á una máscara que estaba en los palcos segundos; vas á verlo.

—Una de las necedades mas grandes de la humanidad se encierra en esta frase: *Quiero ser amado por mí mismo!* Si se pregunta á los que la pronuncian con tono de conviccion que es lo que entienden por *mí mismo*, van á parar, por poco que se les empuje, á una continuacion de absurdos inaudita.

Yo no quisiera ser amado por mis riquezas, dicen; ese es un amor interesado.

Yo no quisiera ser amado por mi hermosura: ese es un amor muy tonto.

Yo no quisiera ser amado por mi talento; ese es un amor emanado de la cabeza.

Ah! esclaman en su entusiasmo de amor puro, yo quisiera ser amado por mí mismo! Sí; yo quisiera ser amado aunque fuese feo, tonto y pobre; porque el único amor verdadero es el que no tiene por objeto las riquezas ni la hermosura, ni el talento, y sí solamente el corazon.

En aquella época, sobre todo, se hallaban los hombres contagiados de esa manía de *sí mismos*, lo que no hubiera obstado para que, si una mujer hubiera tenido el capricho de preferir á uno de esos señores un pobreton formado como ellos querian serlo, hubiesen despreciado altamente á aquella mujer.

Semejante manía habia producido ademas nécias murmuraciones en todas las sociedades donde el ser amado por sí mismo era la pretension de moda; aquella manía, repito, habia producido un alubion de novelas, de cuentos y de óperas cómicas abundantes en príncipes y princesas disfrazadas de pastores y de pastoras. Habia resultado una accion de la sociedad sobre la literatura, y de la literatura sobre la sociedad, que habia convertido aquella manía en delirio, en furor, en rabia.

La tristeza de Natalia aumentaba de dia en dia, y llegó á ser tan alarmante que Mr. Firion pensó sériamente en ella. Si habia convertido en ley la satisfaccion de los menores deseos de Natalia no bien le eran manifestados, no habia tomado la precaucion de adivinarlos. Esta vez, sin embargo, se apartó de su sistema: una noche se hallaba Natalia en una espléndida fiesta, radiante de hermosura y de lujo, rodeada de los homenages mas humildes y mas lisonjeros, y de pronto prorumpió en sollozos y lágrimas; en seguida se precipitó en los brazos de su padre esclamando:

—Sacadme de aqui, que me ahogo y me muero!

Este suceso aterró á Firion y le hizo temer un amor violento escitado por los celos: cogió á su hija y la llevó medio desmayada á su carruage. Apenas se vió Natalia sola con su padre, arrancó su corona de flores, se quitó sus ricos adornos, rasgó su vestido de muselina de la India, tela muy rara en aquella época de bloqueo continental, y deshizo corona y adorno bajo sus pies, repitiendo:

—Soy muy desgraciada! soy muy desgraciada!

—Pero qué tienes? qué quieres? la preguntó su padre en estremo alarmado.

—Quiero lo que vos no podeis darme.

—Pero que es?

—Quiero ser amada por mí misma! respondió Natalia mirando á su padre con aire triunfante.

Esta respuesta aturdió á Mr. Firion, pues desconcertaba todos sus cálculos. Es muy dificil comprar un corazon que ama sin interés. No se paga lo que dejará de existir en el momento de ser vendido. Mr. Firion vió fallida su diplomácia financiera, y dió en los lugares comunes mas ordinarios.

—Hé ahí por qué soy desgraciada, replicó Natalia. El hijo del duque de... me abruma con sus obsequios, pero solo ama los millónes con que quisiera volver á dorar su escudo enmohecido. El coronel V... me adora; le creo desinteresado, pero paseará á su mujer con el orgullo con que pasea sus charreteras; con tal que su mujer sea mas bella que la del general D..... á quien aborrece, se dará por satisfecho. Otros mil me prodigan obsequios que me avergüenzan por mí y por ellos, porque ninguno esperimenta ese verdadero amor que parte del corazon para dirigirse al corazon; todos me aman por una causa frívola ó vergonzosa. ¡Ah! si yo fuera una pobre jóven

sin bienes, entonces sí que encontraria un hombre que me amára solamente por mí misma. Qué felices son los pobres, pues se hallan seguros del afecto que inspiran!

Natalia continuó por este estilo largo rato, y Mr. Firion por primera vez no pudo responder á su hija: Yo te lo compraré.

Sin embargo, esperaba que aquel capricho pasaria como la mayor parte de los que le habian precedido; pero era una novedad para Natalia el desear una cosa largo rato. Así es que se encerró en su manía y no tardó en verse seriamente acometida por un verdadero disgusto del mundo. Se alteró su salud y estuvo su vida un momento en peligro. Mr. Firion que cifraba en ella todas sus esperanzas, todo el porvenir de su riqueza; Firion que habia acariciado sueños de gran señora para su hija, lo olvidó todo para salvarla y para ello se prestó lo posible á su manía de quererse hacer amar por sí misma.

En su consecuencia, la condujo secretamente á los baños de B... y allí, bajo el nombre de Bernard, se hospedó en una modesta casa. No tenian carruage ni librea, y únicamente eran servidos padre é hija por una mujer anciana. Salian á pié modestamente vestidos, y si algun elegante de París los hubiera encontrado, con dificultad los hubiera conocido. Nadie fijó la atencion en ellos, y si Firion habia creido curar á su hija, solo consiguió agravar su mal.

—Mirad, le decia Natalia; aquí teneis una prueba de la falsedad de todos los que me persiguen con sus obsequios. No soy menos bella ni menos buena que lo era en París, y nadie me hace caso porque ya no soy rica. ¡Ah! qué terrible desgracia es tener un corazon formado para el amor y no hallar quien le comprenda!

Firion no sabia que responder, porque entonces tenia razon su hija. Sin embargo, acechaba la ocasion de satisfacer sus deseos: así que un hombre miraba á Natalia, le sonreia y le agasajaba. Por último, llegó á desempeñar su papel tan torpemente, que padre é hija se hicieron objeto de la murmuracion. Todos esquivaban su trato como si fueran unos intrigantes de baja esfera, hasta el punto de dudar ambos de sí mismos; Firion habia perdido todo su talento, y Natalia se ponia fea y su gracia dejeneraba en torpeza.

Es preciso que sepas, mi querido Luizzi, que el éxito es como la embriaguez: dá cierto mérito positivo á ciertos talentos y á ciertas bellezas. Hay hombres que solo saben triunfar, y mujeres que solo saben ser dichosas; la menor resistencia anula á los unos, y el abandono afea á las otras. Esas gentes son como los caballos corredores, que desde el instante en que no pueden dar la vuelta al campo de Marte en menos de tres minutos, los mas ligeros se truecan en matalones.

La temporada de baños iba pasando, y ningun hombre dirigia la palabra

á Natalia, cuando llegó á B... el baron du Bergh, que era un noble de Quercy que iba á gastar en los baños los restos de sus bienes y de su salud.



Hallándose huerfano, habia entregado á las emociones del juego y la disolucion, una naturaleza frájil y delicada. A los veinte años, daba con una mujer sin emociones, é iba á cometer una bribonada: su corazon no latía ya ni de vergüenza, ni de amor: aquel jóven era el vício en tóda su perfeccion. Al mismo tiempo, el baron du Bergh era hombre de talento: al menos

lo fué para distinguir á Natalia así que la encontró. Como no era dificil hacer el conocimiento, se presentó y fué acogido con benevolencia.

Aquella hermosa jóven, pobre y enferma, era la única conquista que podia esperar en su cualidad de hombre arru nado. Así es, que se consagró á ella completamente, rodeándola de solícitos cuidados y de obsequios; Natalia creyó haber hallado lo que tanto tiempo habia esperado: se creía amada por sí misma, y en esta creencia recobraba toda su hermosura y toda su alegría. En cuanto á Mr. Firion, le causaba miedo la exaltacion del amor de su hija: du Bergh la acompañaba en los paseos, tomaba parte en todos sus proyectos y figuraba en todas sus conversaciones. Natalia arreglaba á parte su casamiento con él, creándose una felicidad, una gloria, un triunfo: Firion, que conocia el valor moral, físico y pecuniario de du Bergh, se hacia el sordo; pero como no poseía el secreto de la sequedad moral y física de su hija, ignoraba hasta dónde podia ir aquella exaltacion. El pobre hombre se inquietaba por todo.

Con un carácter como el de Natalia, ser amada por sí misma, queria decir ser amada por nada. La jóven pretendia inspirar una pasion absoluta y desinteresada, y apenas podia sufrir que du Bergh la dijese que era hermosa. No sintiéndose ya con deseos de desfigurarse para probar la sinceridad del amor de du Bergh, daba á su carácter todos los giros posibles para establecer ese imperio escesivo que todas las mujeres pretenden ejercer en mas ó menos grado. Es inútil decirte que du Bergh no se sometió mucho tiempo á aquel régimen y que no tardó en demostrar, con sus frecuentes ausencias, que amaba por alguna cosa á las mujeres. Semejante abandono causó á Natalia una verdadera recaida: Natalia amaba á du Bergh por vanidad y por *espediente*.

—Será posible! esclamó Luizzi al pronunciar el Diablo esta palabra; ¿le amaba como espediente?

—No lo dudes. Natalia se habia empeñado en una senda peligrosa, y gracias á la obcecacion propia de todos los talentos limitados, perseveraba en ella como un niño caprichoso; pero se habia llenado de júbilo al encontrar un hombre que la ayudase á salir de aquella senda. Cuando vió que du Bergh empezaba á alejarse de ella, esperimentó una rabia indecible. Su orgullo se hallaba humillado, y como nada hay que hiera tanto á las mujeres, Natalia cayó enferma de gravedad. Firion fué á buscar un médico.

—Para su hija? dijo Luizzi bostezando.

—No, para du Bergh?

—Para du Bergh?

—Sí: fué á ver á cierto verdugo muy conocido por los cuidados mortales que prestaba á sus enfermos.

En cuanto se presentó á él, le contó ingenuamente lo que pasaba, con solo decirle los millones que poseia, y por qué capricho de su hija los ocul-

taba. Firion halló todo su talento en esta circunstancia, porque es difícil mentir con la verdad. Luego, sin dejar reflexionar al médico, le manitestó que su hija habia encontrado al fin el hombre que deseaba, y que este hombre era el baron du Bergh.

—El baron du Bergh? esclamó el médico estupefacto.

—Sí, respondió Firion sin desconcertarse; yo daria cien mil francos al hombre que le curara de la enfermedad mortal que padece.

—Cómo enfermedad mortal? replicó el doctor, cuyo oido y cuya inteligencia se aguzaron á la par al oir hablar de cien mil francos. Decís que una enfermedad mortal? repitió. Si no tiene mas que una ligera irritacion de pecho. Pero como siga mis consejos, dentro de dos meses estará tan bueno como vos y yo.

—Pues bien, dijo Firion; vedle, curadle; pero guardadme el secreto. Deposíto en vos toda mi confianza.

—No abusaré de ella.

—Asi lo espero.

Firion tenia razon: la confianza que habia depositado en el doctor, no fué burlada. El discreto médico se apresuró á ir á casa del baron, á quien manifestó lo que acababa de decirle el pretendido Bernard.

Al llegar aqui, se detuvo el Diablo como si tratase de abandonar su relato, y mirando atentamente á Luizzi, continuó pasado un instante:

—Vos, mi querido Luizzi, sois hombre sensato; pero, como todos los hómbres sensatos, no admitis como posible mas que lo que se esplica; os es desconocido el gran secreto de las intuiciones; dejais para los sueños de la literatura fantástica los maravillosos descubrimientos hechos por un sentido que solo debe llamarse instinto. Asi pues, debeis comprender con dificultad de qué modo recibió du Bergh aquella noticia.

—Debió parecerle, cuando menos, inverosímil, dijo Luizzi. Un hombre poseedor de muchos millones ocultando su posicion.... eso merece esplicarse, y sin duda du Bergh no creyó....

—Nada de eso, le interrumpió el Diablo.

—Al menos, debió admirarse de que un hombre tan rico y poderoso como Firion consintiese en darle su hija.

—Esa observacion no es mala. ¿Y luego?

—Y luego! Sin duda supuso que la ternura paternal le cegaba hasta el punto de sacrificar por su hija....

—Malo! replicó el Diablo, muy malo!

—Sea lo que sea, dijo Luizzi, te he llamado para que me cuentes una historia y no para que me propongas un enigma. ¿Qué hizo du Berg?

—Lo adivinó todo en seguida, pues ya te he dicho que poseia en sumo grado el instinto del vicio; adivinó que Firion solo trataba de hacerle curar por el doctor en cuestion para deshacerse de él con mas seguridad.

—Que horror! esclamó Luizzi.

—Du Bergh, continuó el Diablo, halló el asunto bastante divertido, y, en su consecuencia, hizo sus preparativos. Volvió á ver á Natalia y, enterado del papel que debia representar, concluyó por hacerla creer completamente que la amaba por sí misma. Natalia, tanto mas dichosa con este triunfo cuanto que habia temido perderle, se propuso recompensar aquel amor tan desinteresado, tan ardiente, tan sincero, y al efecto declaró á su padre que Mr. du Bergh era el único hombre con quien se casaria.

Firion, contra lo que era de esperar, accedió sin oposicion ninguna y aplazó la boda para dentro de tres meses. Habia calculado que el baron no podia tirar mas allá de este tiempo, gracias á los cuidados del médico que le habia proporcionado. En efecto, du Bergh estaba mas pálido y mas débil de dia en dia, y, á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo ocultar á Natalia el verdadero estado de su salud. La pobre jóven se desesperó sinceramente, acusó á la suerte, inventó una porcion de frases ridículas contra el destino que parecia complacerse en perseguirla arrebatándola la única esperanza que le quedaba en este mundo.

Vosotros los hombres, continuó el Diablo tomando un polvo, teneis una coleccion de palabras estrambóticas que carecen de todo sentido y que usais con una confianza admirable. Tal es, por ejemplo, la palabra destino. Ahora bien: yo declaro que si hay en el universo alguien que pueda decirme que es lo que entiende por destino la humanidad, me comprometo á servirle de criado, aunque nunca le haya tenido ó lo haya sido él mismo, dos probabilidades infalibles de ser tratado como un negro.

El Diablo se puso pensativo y Luizzi, á quien su relato no habia inspirado hasta entonces gran interés, le dijo con desprecio:

—Esta noche estás poco elocuente, señor Satanás, y no sé qué instruccion podré sacar de la necia historia que me cuentas.

El Diablo fijó en Luizzi una de sus mas crueles miradas y replicó con sarcasmo:

—Crees tú en la virtud de Mad. du Bergh?

—Hasta ahora, nada me has dicho que pueda hacerme dudar de ella.

—¿Crees tú que una mujer que con tanta insolencia ha tratado esta noche á otra mujer puede ser envenenadora y adúltera?

—Es imposible, respondió Luizzi; ¡Mad. du Berh envenenadora y adúltera!

—No se hizo la cosa de un modo ordinario. Este es un secreto que solo sabemos ella y yo; por eso quiero revelártele.

—¿Con que no hay nada verdadero en este mundo?

—No hay verdadero mas que la verdad.

—¡Y quién la sabe, Dios mio!

—Yo, dijo el Diablo, yo voy á revelártela. Escúchame bien y no pierdas una palabra de mi relato.

Natalia se desesperaba, du Bergh se moria y Firion se felicitaba; pero un nuevo capricho de la niña puso á su padre entre la espada y la pared. Natalia halló un sentimiento nuevo en la siguiente frase de novela: «Oh! si no puedo ser suya, quiero al menos llevar su nombre! Jamás le oiré pronunciar sin que resuene santamente en mi oido. Siempre que alguien me llame, recordaré el corazon que he perdido y la felicidad que debia esperar.»

Esto era aun mas que necesario para que Natalia se fabricase una voluntad capaz de resistir á toda la oposicion de su padre.

—Si muere sin desposarse conmigo, me suicido sobre su tumba. Quiero su nombre.... quiero llevar su nombre como prenda de un amor digno de mí.

De tal modo exaltó esta idea á Natalia, que se procuró veneno para ponerla en ejecucion.

Firion se consultó primeramente á sí mismo y consultó en seguida á un médico bastante célebre y hábil, distinto del que habia elegido para la curacion de du Bergh.

Este nuevo facultativo que habia visto en la botica del pueblo las recetas dadas por su colega, no vaciló en asegurar á Firion que du Bergh era hombre muerto.

Firion salió de casa del médico con la alegria en el corazon y las lágrimas en los ojos—nécia perfidia que hubiera podido ahorrarse—y fué á anunciar á Natalia que consentia en todo.

Una mujer viuda á los dos dias de casada, se dijo, una viuda virgen!... No necesita mas Natalia para adquirir ese atractivo superior que la falta.

Se fijó el dia de la boda, y du Bergh que era ya sabedor del verdadero nombre de Firion, si bien tenia el disgusto de ignorar cuál era su verdadera fortuna, fué trasportado á la iglesia en una silla de mano y recibió la bendicion del sacerdote en el momento en que se le creia próximo á espirar. Sin embargo, tuvo bastante fuerza para volver á casa de Firion, y fué colocado en *el lecho de himeneo* (estilo de la época) que debia ser su lecho de muerte.

Cómo á los ojos de Natalia habia en todo esto cierta poesía, la jóven no pudo menos de entusiasmarse lo bastante para que su padre creyese que debia hacerla retirar de la habitacion donde du Bergh iba á espirar muy pronto. Firion temia el efecto que en el espíritu de su hija debia hacer aquella muerte por mas que ya estuviera prevista. Pero Natalia, así que conoció con qué intencion se la queria hacer retirar, empezó á dar tales gritos, que se creyó menos peligrosa dejarla volver al lado de su moribundo marido.

En cuanto la jóven esposa se vió libre, se encaminó con gravedad al cuarto fatal donde manifestó queria velar sin que nadie la acompañase. Era de noche y la escena iba á ser magnífica. ¿No te parece cosa interesante, una

jóven en presencia de su primero y santo amor próximo á remontarse al cielo? ¿No te la figuras arrodillada al lado del moribundo que la adora y exhala su postrer suspiro, diciéndola: «Natalia, yo te adoro!» ¿No contemplas el bello y desgarrador espectáculo del dolor de ese hombre al lado de esa jóven hermosa que acaba de unirse á él, y que dulcificará los últimos instantes de su vida, revelándole que ella es rica y qne si él pudiese vivir pasaria una vida rodeada de lujo y de delicias? ¿Hay cosa mas dramática que el despertar risueñas esperanzas en torno de un moribundo á medida que el moribundo vá perdiendo el poder de realizarlas? Por el infierno cuyo monarca soy, que era hermosa la situacion en que Natalia iba á hallarse! Habia en ella asunto para hacer un maravilloso efecto á su vuelta á París, y esta escena se hallaba allí, trás de la puerta que separaba de su esposa á la jóven.

Esa sed insaciable del corazon femeníno, esa sed de estraer de una situacion cuanto de mas terrible y funesto tiene en punto á emociones, esa sed, repito, impelió á Natalia que abrió la puerta y la cerró trás sí. Du Bergh...

—Du Bergh estaba muerto! esclamó Luizzi.

El Diablo le dirigió una mirada de compasion.

—Du Bergh, continuó, estaba tendido en una butaca, con un vaso de vino de Burdeos en la mano y un cigarro en la boca, tarareando la cancion *Niño amado de las damas* (1).

—Qué imprudencia! esclamó Natalia al ver el vino...

—Escelente, querida mia, dijo du Bergh levantándose y tirando el cigaro por la ventana. Despues de vos y sus millones, este vino es lo mejor que tiene el abuelo.

Al ver á du Bergh ajil y bueno, retrocedió Natalia, permaneciendo en un estado de estúpefaccion indecible. Du Bergh la abrazó insolentemente, diciéndola:

—Era una sorpresa que yo te preparaba, ángel mio. Vamos, no seas melindrosa, amor mio. Yo no me he casado contigo para ser tratado peor que un amante. Vaya, no te hagas la chiquilla.

—Ah! esclamó Natalia; era una traicion de mi padre...

—¿Una traicion de tu padre, querida? ¿Cómo es eso? ¿Le habias pedido formalmente un marido difunto? replicó du Bergh. ¿Estabas tú tambien en la conjuracion?

—¿Qué conjuracion?

—Voy á esplicarme, dijo el baron escanciándose un vaso de vino; voy á esplicarme para que todos sepamos á que atenernos. Tu señor padre que es

1) *Enfant chéri des dames.*

hombre de talento, debe haber tenido una razon perentoria para decidirse á dar á su hija por marido un hombre como yó; porque ¿què soy yó? Un libertino, un jugador, un falsificador.

—Un falsificador! esclamó Natalia.

—Es una miseria... dos mil guineas; y además tu padre no consentirá que su yerno quede mal en ese negocio. Todavía hay tiempo, porque la letra de cambio no se presentará en casa de E... hasta dentro de un mes, y el abuelo impondrá silencio á todas las reclamaciones, pagando.....

—Un falsificador! repitió Natalia aturdida por lo que acababa de oir.

—No creo que tú padre se hallase precisamente instruido de esta circunstancia; pero sin esto, ya tenia bastantes noticias de mí para que no me hubiera dado su hija si no hubiera creido que mi muerte le iba á desembarazar muy pronto de su yerno.

—Pues qué ¿habia previsto mi padre vuestra muerte? dijo Natalia continuando en su inmovilidad.

—No solamente la habia previsto, sino que tambien la habia dispuesto.

—¿Há querido asesinaros?

—Tanto cómo eso nó. Sobran personas para cometer tales villanías. Lo que habia hecho tu padre, es escojer un médico que debia encargarse de echarme á la sepúltura. Todavia tengo en casa el surtido de drogas que el bribon queria hacerme tragar. Creo tambien que me ha remitido la cuenta el boticario, y espero que Mr. Firion tendrá la bondad de pagarla.

—Con que es decir, repuso Natalia, que vuestra palidez, vuestra debilidad.....

—Ha sido unu comedia bien representada, ¿no es verdad, Natalia mia?

—Segun eso, sabíais quien era yo?

—Poco mas ó menos, ángel mio.

—Y que era rica?

—Riquísima, ídolo mio.

—Y os atrevísteis....

—Bah! eso no vale nada, mi señora esposa.

Natalia volvió la espalda y ocultó su frente entre las manos, las que separó violentamente du Bergh, y vió que la jóven lloraba.

—Lloras porque he resucitado? Es decir, que hubieras reido si hubiera muerto!

Los sollozos ahogaban á Natalia.

—Ola! continuó brutalmente el baron. Con que asi amas á las personas *por sí mismas*? Con que tú, que pedias esa clase de amor á voz en grito, solo me amabas en calidad de cadáver? Gracias al cielo, no he muerto aun, señora baronesa du Bergh. Vamos, regocijaos, que todavia tengo ánimo para comerme los millones de tu señor padre, si quiere dármelos. Qué gesto va á poner mañana el tuno del abuelo, cuando en vez de encontrarme á punto

de soltar el alma me vea acostado amorosamente en los brazos de su hija! Quiero darle esa magnífica sorpresa.

Du Bergh, que estaba casi borracho, abrazó á Natalia. La jóven retrocedió de horror y de hastío. El baron se dispuso á cerrar las puertas y á correr las cortinas, murmurando:

—Firion, mi tierno padre! querias matarme médico-legalmente, no es verdad?... Ya lo veremos.... ya lo veremos....

Natalia se lanzó á la puerta de la habitacion.

—A dónde vas, paloma mia? dijo du Bergh deteniéndola.

—Caballero, voy á llamar....

—Para qué? Para decir que estás desconsolada porque aun no ha muerto tu adorado marido? Oh! buen padre! tienes una hija digna de tí.

Esta palabra pasó como una luz infernal ante la mente de Natalia que, sin embargo, se estremeció y cerró los ojos para no verla.

—Caballero, es preciso que nos separemos, dijo á du Bergh.

—Sí? Y por qué?

—Porque no podemos vivir juntos.

—Precisamente espero todo lo contrario.

—Nunca....

—Hay leyes que sujetan á las mujeres al lado de su marido.

—Pues bien, partamos, huyamos de Francia....

—Hija mia, replicó du Bergh con tono insultantemente paternal; estos sucesos te han trastornado un poquillo la cabeza. Mañana mismo partiremos, pero será para París. Yo, en el fondo, soy un escelente sugeto, y con tal que el abuelo nos asegure doscientas ó trescientas mil libras de renta, un palacio, una quinta etc., le respetaré y ni siquiera volveré á hablar de su proyectado asesinato médico-legal.

—Estais decidido?

—Enteramente decidido. Hazte cargo, querida Natalia, que de dos meses á esta parte no pienso en otra cosa. Vamos, chica, que se va haciendo tarde.... Natalia mia.... me quieres?.... Ven.

—Ahora mismo, respondió Natalia con acento casi amoroso.

—Qué haces?

—Nada.... una costumbre que tengo.... Estoy guardando los zarcillos en este secretér.

—Al lado de tu marido no debes tener miedo de ladrones....

—Es cierto, respondió Natalia con halagüeña sonrisa presentando su frente al baron, al mismo tiempo que su mano registraba el secretér.

—Bien, amor mio, dijo du Bergh. Ves como te quiero?

Y llevó la mano á la blanca pañoleta de Natalia.

—Ah! esclamó esta. Mira si hay alguien á esa puerta.

—No seas niña.

—Míralo.

Du Bergh se acercó á la puerta, la entreabrió y volvió en seguida. Natalia estaba junto á la mesa, pálida y temblorosa....

—Qué tienes?

—Me pongo mala.... Quisiera agua.

—Bébete ese vaso de vino de Burdeos y verás como te se pasa.

—Me hace daño el vino, dijo Natalia; como no hay aquí mas vasos, tengo que verter el vino y se va á manchar la alfombra.

—No hay necesidad de que lo viertas, amor mio. Yo, que soy á veces muy económico, todo lo aprovecho.

Du Bergh tomó el vaso y le desocupó de un trago.

—Y ahora?

—Ahora, soy tuya, dijo Natalia.

—Cómo! esclamó Luizzi; se entregó entónces á aquel hombre, y ese jóven du Bergh que en la actualidad existe es hijo de....

—Ese jóven du Bergh, dijo el Diablo, pertenece á otra historia, porque habia tres gotas de áccido prúsico en el pomo de Natalia, y el baron cayó muerto antes de dar un paso.

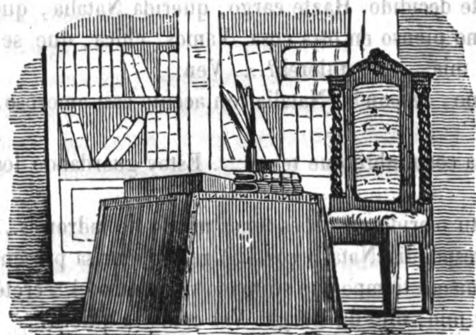
—Muerto!... esclamó Armando. Y luego?

—Son las tres, mi buen amigo, y Mad. de Farkley os espera, dijo el Diablo.

—Por lo mismo quiero saber....

—No basta lo que sabeis para que os sirva de guia en vuestra amorosa empresa? Ya os he manifestado, en parte, quién es la virtuosa Mad. du Bergh; id ahora á saber quién es esa mujer deprabada llamada Laura de Farkley.

Y el Diablo desapareció, dejando solo á Luizzi en el palco.





XVII.

De cómo tienen amantes las mujeres.



Luizzi acudió al sitio donde debia hallar á Laura, y se vió precisado á romper por medio de un grupo de jóvenes elegantes agolpados al rededor de dos mujeres que respondian con frases irónicas á sus galanteos. Una de estas dos mujeres se volvió á Armando : era Mad. de Farkley.

Laura se asió con viveza al brazo de Armando y rompió por medio del círculo que la rodeaba. Todos la hicieron pasó con esa cortesía burlona que respeta á la mujer porque es mujer, pero que al mismo tiempo manifiesta que el respeto se dirije al sexo y no á la persona. Apenas se alejaron de aquel grupo Armando y Mad. de Farkley, dijo esta al baron con aire de languidez :

—Sois Mr. de Luizzi, no es verdad?

—Si, señora

—Habeis venido de Tolosa?

—Sí, señora.

—Sois el mismo á quien he tenido el gusto de ver en casa de Mad. de Marignon?

—Sí, señora.

—Sabeis, caballero, que habeis venido precedido de una reputacion colosal?

—Yo, señora! Y en qué se funda esa reputacion? Soy el hombre mas oscuro de Francia.

—Oscuro porque sois discreto, caballero; se dice que os habeis hallado en aventuras que á no estar fechadas en Tolosa hubieran bastado para haceros célebre.

—A la verdad, señora, que el recuerdo de lo pasado me importa muy poco estando á vuestro lado.

—A la verdad, caballero, que sois bastante ingrato para con el pasado, porque, segun me han dicho, es difícil hallar una mujer tan bella como la desgraciada marquesa du Val, ni tan encantadora como Mad.... Mad.... cómo se llama la mujer del comerciante?

—Puedo aseguraros que esos recuerdos nada tienen de agradables para mí y que quisiera borrarlos aunque no me hallase á vuestro lado.

—Sois muy injusto, caballero. Ved ahí cómo los hombres faltan desde luego á la justicia y á la generosidad. No digo yo que unas relaciones amorosas deban ser eternas; no pretendo que un hombre á quien graves intereses conducen lejos de la mujer á quien ha amado deba guardar una fidelidad inalterable á aquella mujer, porque eso es imposible; pero que desde el momento en quc deja de amarla ó se ausenta de ella, se convierta en su enemigo ó su detractor, eso me parece odioso y despreciable.

—He ahí dos crímenes de que yo no soy culpable, dijo Luizzi; os protesto que nadie en el mundo respeta mas que yo á las dos mujeres de quienes acabais de hablar.

—He ahí otra ridiculez, replicó Mad. de Farkley, inclinándose hácia atras para apoyarse en seguida mas blandamente en el brazo de Luizzi con objeto de hacerle sentir aquella flexible elasticidad de su cuerpo que se encogia y se estiraba á cada paso con un abandono y una voluptuosidad indecibles.

—Otra ridiculez! ¿qué quereis decir, señora? Es ridículo respetar á las mujeres que merecen ser respetadas?

Mad. de Farkley se inclinó á Luizzi de modo que pasando sus dos brazos por el de Armando y apoyando su pecho contra su hombro, le dijo casi al oido:

—Sois un niño, baron.

Esta frase fué pronunciada con un tono de seductora superioridad, que en boca de una mujer como Mad. de Farkley, parecia querer decir á un hombre como Luizzi:

—Vos no sabeis lo que valeis, y perdeis mil triunfos con vuestra modestia.

El baron creyó debia tomarlo en este sentido; sin embargo, respondió:

—Tan dificil me es comprender por qué causa soy un niño, como por qué soy ridículo.

—Ni ridículo ni niño; perdonadme la espresion, pero no sois verídico, ó mejor dicho, no hablais con naturalidad.

—De todo eso lo que hay de cierto es que soy muy torpe, porque no comprendo una palabra.

—Pues bien, replicó Mad. de Farkley continuando su manejo de coquetería física, por decirlo así, que consistia en sus actitudes, en las inflexiones de su voz, en una mano encantadora hábilmente desnuda del guante para alzar la barba de la careta, descubriendo labios llenos de voluptuosidad sobre dientes virginales, en esas mil pequeñeces que van detallando una por una las bellezas de una mujer á los ojos del hombre que la examina. Pues bien, continuó: voy á esplicarme por completo. Teneis un corazon honrado, señor baron, y personalmente tendré que agradeceros la intencion de vuestro proceder respecto á mí si no estuviéseis equivocado acerca de lo ocurrido esta noche. Por esto me atreveré á daros un consejo que hareis bien en seguir. No sabeis confesar ni negar la virtud de una mujer, y justamente en esto consiste el arte de saber vivir con ellas. Os tomo á vos mismo por ejemplo: acabo de hablaros de dos mujeres y supongo—porque nada sé ni nada puedo afirmar—que solamente una de ellas os ha pertenecido. Ahora bien: me habeis respendido acerca de una y otra del mismo modo, con una frase insignificante y vaga. Si esa frase ha encerrado algun sentido, si ha sido cierta habeis injuriado á una de esas mujeres defendiendo con una misma palabra á la que ha cometido una falta y á la que no la ha cometido. Si esa frase es, como he dicho, insignificante y falsa, injuriais tambien á la que no ha sido culpable defendiéndola del mismo modo que á la que lo ha sido.

—Pero y si ninguna de ellas lo ha sido, qué podré responder, señora?

—Oh! replicó Laura vivamente; no cambiemos la cuestion. He supuesto que habia una culpable. En este caso ¿creeis haberme respondido bien?

—Sí señora, porque la discrecion pasa, cuando menos, por una virtud en el mundo.

—Y á esa virtud deben su deshonra casi todas las mujeres. Todo se sabe exactamente cuando ocurren tales aventuras, pues cuando no hay duda alguna de una intriga, y se vé al hombre negarla, las mujeres se lo agradecen y hacen muy mal, porque al otro dia, si por acaso se halla este hombre en sus relaciones habituales, es probable que se le suponga una nueva intriga con ellas; y como ellas no han creido en favor de otras las protestas de esa virtud que llamais discrecion, nadie creerá tampoco las que se hagan en el suyo.

—De ese modo, señora, contestó Luizzi, será preciso responder la verdad á la primera pregunta que á uno se le dirija. Y luego, mirando á Madama de Farkley con aire impertinente, añadió:—Hay mujeres á quienes esta teoría puede ser muy dañosa.

—Quién sabe! replicó Mad. de Farkley sin alterarse; quién sabe cuales son las mujeres que deberian temer tal franqueza? Un amante es como el número 1 colocado en la vida de una mujer: si detrás de él llega un fátuo que se alaba de lo que el primero no ha podido obtener, el mundo coloca este 0 á la derecha de aquella cifra fatal, y el mundo lee y repite 10; de modo que podeis estar seguro de que en la existencia de una mujer y en buena aritmética galante, un amante y un fátuo equivalen á diez amantes.

Luizzi vió que Mad. de Farkley defendia su propia causa de una manera bastante directa, y como se creia con derecho á responder sin andar con muchos rodeos, replicó:

—Por lo visto, señora, llevais ese sistema numérico hasta su mayor grado y suponeis que, equivaliendo un segundo fátuo á un segundo 0, aumenta la fama de una mujer de 10 á 100, de 100 á 1,000 amantes, siguiendo la misma proporcion, segun el número de fátuos?

—En verdad, caballero, respondió Laura, que algunas no tendrian un dia desocupado para consagrarse á los amantes que se las prestan si se dedicáran á llevar una lista exacta de ellos; y las hay aun mas desgraciadas que estas.

—Eso sí que me parece imposible, dijo Luizzi.

—Espero probároslo. Mujer hay á quien se atribuyen todos los amantes del mundo, y no tiene uno solo.

—Uno solo? replicó Luizzi tergiversando el sentido de esta palabra y mirando á Laura con ironia.

—Ni uno solo, señor baron; ni aun á vos.

Luizzi se halló un poco embarazado con este apóstrofe y respondió con bastante torpeza:

—No he tenido semejante presuncion, señora.

—Estais equivocado; quizá sois el único hombre por quien se hubiera concedido á la calumnia el derecho de ser solamente la verdad.

—Y sin duda mi torpeza ha hecho que se malográra tan buena voluntad?

—Eso es lo que no puedo deciros esta noche, caballero, pues veo allí á mi padre y necesito ir á reunirme con .

—Y no lo sabré nunca?

—Hoy es sábado y el lunes es el último baile de la Opera: si estais por aquí á la misma hora, quizá tendré algo mas que advertiros, á menos que lo que voy á decir á mi padre no me obligue á volver á veros antes.

Mad. de Farkley se alejó dejando á Luizzi sumamente embarazado con lo que acababa de oir.

Armando, antes de salir del baile, fué objeto de las chanzas de cuantos le conocian y, entre otros, le dijo Mr. de Mareuilles con tono casi despreciativo:

—Parece, querido Armando, que todavia teneis que perder mucho tiempo?

—En qué?

—En hacer la corte á Mad. de Farkley: hemos oido vuestra cita para el lunes. Eso es ya verdaderamente insufrible y diré que sois el hombre mas tonto del mundo si mañana temprano no vais á casa de Laura á disculparos de no haber ido esta noche.

Luizzi reflexionó un momento; luego, deseando salir de la perplegidad en que le habia puesto la estraña conversacion de aquella mujer, miró con seriedad á Mareuilles, y le dijo:

—Estais bien seguro, señor de Mareuilles, de que no es una fatuidad á mi costa lo que en este momento decis?

Mr. de Mareuilles se turbó vivamente al oir estas palabras; pero el baron no pudo averiguar si aquella turbacion consistia en la vergüenza de verse acusado con razon de embustero, ó en la indignacion de que se le acusase injustamente. Todos los amigos de Mareuilles creyeron, al parecer, en este último sentimiento, pues se echaron á reir diciendo á aquel fátuo:

—Bien! muy bien! Ten mas calma, hombre, que Luizzi tiene muy malas pulgas; cree en la virtud de nuestra Laura á pies juntillas y es capaz de consentir en ser su tercer marido, porque habeis de saber, querido baron, que esa beldad ha echado ya dos maridos al campo-santo.

Mr. de Mereuilles que al principio parecia dispuesto á responder á Armando de un modo provocativo, tomó de repente un aire de bondad indecible y alargando al baron la mano, le dijo:

—Vaya, querido Armando, dejémonos de niñerías: esa mujer no solo tiene el defecto de tener muchos amantes, sino tambien el de comprometerlos indignamente. Su primer marido murió por causa suya en un desafio, y lo mismo le sucedió al segundo. Si muchos de nosotros no nos hemos roto la cabeza en defensa de una virtud que al menos hemos tenido el talento de esplicarnos antes de venir á las manos, no lo debemos á ella. Mad. de Farkley os ha dado una cita para pasado mañana; pasado mañana es lunes de carnaval; pues bien: si el martes teneis la humorada de quereros batir por ella, me tendreis á vuestra disposicion, y me tendreis solamente ese dia; no olvideis esto, porque yo soy amigo de despachar pronto las cosas, y os advierto que para mí concluyen las locuras del carnaval al amanecer del miércoles de ceniza.

—Ni os digo que sí, ni os digo que no; respondió Luizzi descontento de sí mismo, descontento de los demas, sin saber á punto fijo á que atenerse, é impaciente y sumido en esa perplegidad en que pasaba su vida. Hasta el martes por la mañana, añadiô.

—Hasta el martes, dijeron con ironía todos aquellos fátuos. El martes por la mañana iremos á que nos deis de almorzar, baron; esperamos que Mad. de Farkley nos acompañe á la mesa.

Tanta seguridad dejó á Luizzi confundido: la idea de que el mundo podia hablar con semejante desprecio de una mujer que no lo merecia, le hizo retroceder y volvió á su casa decidido á juzgar á los demas por sí mismos, con cuya sábia resolucion se acostó y quedó dormido.

La mañana siguiente, así que despertó, le entró su ayuda de cámara una porcion de cartas; una de ellas era de Mad. de Marignon; su estilo y su contenido admiraron á Armando.

He aquí en que términos estaba concebida:

»Caballero:

»Mr. de Mareuilles antes de presentaros en mi casa me pidió permiso »para ello. Debo deciros que el nombre que llevais y la consideracion que »le es consiguiente no bastan á dispensaros de este deber. El artista »que anoche presentásteis en mi casa sin mi permiso es hombre de un ta»lento admirable; pero hay conveniencias superiores á todos los méritos y á »todos los nombres; aunque el vuestro, señor baron, sea ilustre, no lo es »tanto que os dispense de las que el mundo impone á todo el que quiere ser »respetado. No quiero esplicarme mas. Dispensad á una mujer que por su »edad puede ser madre vuestra, estos consejos de que vuestra juventud ne»cesita, y no dudeis del verdadero sentimiento que me causa el no poderos »contar ya en el número de las personas que honran mi casa con su pre»sencia.»

Al leer Luizzi esta carta que era una formal despedida, dió un salto en su cama y prorrumpio en las mas estravagantes esclamaciones.

—Ah! se dijo, con que me he vuelto loco, ó estúpido? ¿Quién es ese artista á quien he presentado en casa de Mad. de Marignon? ¿En qué he faltado á las conveniencias para que de tal modo se me despida de su casa? ¿Es por que me senté al lado de Mad. de Farkley? Mad. de Farkley es una ramera y yo soy su juguete: hablarla y aun mirarla, es comprometerse. Ah! quiero no volver á ocuparme de ella.

Hecha esta reflexion, buscó una pluma para contestar á Mad. de Marignon; pero al comenzar la carta, pensó que merecia una severa leccion la injusticia con que se le trataba.

—Se me culpa por haberme sentado al lado de Mad. de Ferkley y se me despide, como se la despidió á ella! Pues bien: quiero hacer ver á Mad. Marignon, que la que es amiga íntima de Mad. de Fantan y de la baronesa du Bergh, debe ser un poco menos escrupulosa para con las personas que concurren á su casa.

E insistiendo en esta idea, añadió:

—Y la misma Mad. de Marignon, ¿quién es? ¿cuál es su procedencia?

¿cuál es su vida? Necesito saberlo ahora mismo, y es preciso que ella misma me suplique que vuelva á su casa.

Luizzi tocó en seguida la campañilla, y apareció al punto el Diablo.

—Satanás, le dijo el baron, nada de preámbulos, nada de disertaciones morales ni inmorales: vás á contarme en el acto el fin de la historia de Mad. du Bergh, luego la de Mad. de Fantan, y por último, la de Mad. de Marignon.

—Esas son tres historias, tres historias de mujer. Se necesitan lo menos tres semanas para contarlas; por lo cual, es preciso que me concedas un plazo.....

—Quiero que empieces ahora mismo, y puesto que el sonido de esta campanilla tiene el don de hacerte sentir aun mas cruelmento tus eternos tormentos, voy á atormentarte espantosamente hasta que me obedezcas..... Vamos, empieza.

—Empezar es lo de menos, pero el concluir es lo diabólico. Estoy pronto á empezar si me dices cuando quieres que concluya; te he pedido tres semanas.

—Ni tres dias te doy, respondió Luizzi.

—No te exijo mas que dos, dijo el Diablo. Hoy es domingo y son las las doce: pues bien, el martes á la misma hora sabrás quien es Mad. de Farkley, y lo sabrás por ella misma; el martes cuando vengan tus amigos á pedirte una esplicacion, te hallarás en el caso de poder responderles, y el martes, por último, podrás contestar á Mad. de Marignon, pues sabrás todo lo que deseas saber.

—Estoy conforme, dijo Luizzi: ya que el relato debe ser largo, date prisa á empezar.

—Trataré sobre todo de abreviarle, respondió el Diablo, con tal que tú me ayudes á ello, cosa que te será fácil.

—¿Y cómo?

—No interrumpiéndome y dejándome contar á mi gusto.

—Conforme.

Luizzi estaba en la cama; el Diablo se colocó en un ancho sillon, tiró del cordon de la campanilla, y dijo al ayuda de cámara de Arnando:

—El baron no está en casa para nadie, ¿lo oís? para nadie.

El ayuda de cámara se retiró, y el Diablo, despues de encender un cigarro, se volvió á Luizzi y le dijo:



XIX.

Continuacion del primer sillon.



—¿No has leido á Moliere?

—Satanás, Satanás! tú abusas de mi paciencia; te he pedido la conclusion de la historia de Mad. du Bergh.

—Allá voy, señor baron, allá voy.

—Lo creo, pero vas por rodeos que me fastidian.

—Y que tú alargas indefinidamente.

Luizzi contuvo su impaciencia y añadió:

—Habla, pues, habla del modo que quieras.

—Pues bien, repitió el Diablo. Has leido á Moliere?

—Sí, le he leido, le he leido y releido.

—Puesto que le has leido y releido, ¿has notado que el pensamiento

de ese poeta bufon era el mas grave de su época? Has echado de ver que ese escritor, que en términos tan libres hablaba de todo, poseia el alma mas casta de su tiempo? Has observado que ese autor tan burlon y tan gracioso abrigaba el corazon mas melancólico de su siglo?

—Sí, sí, sí, sí! respondió Luizzi arrebatado por su impaciencia, y como si solo hubiera comprendido una de las preguntas del Diablo; sí, sí, añadió, he notado todo eso, pero qué quieres decir?

—Nada absolutamente, respondió el Diablo; pero quiero todavia preguntarte si al leer las obras de ese autor de pensamiento grave, de alma casta y de corazon melancólico, has hallado la frase siguiente en una comedia titulada: *El enfermo imaginario*:

«**Mr. Purgon me ha** prometido hacer madre á mi mujer.»

—Sí, conozco esa frase, respondió **Luizzi**; **pero no veo....**

—Tú no ves nada, dijo el Diablo interrumpiéndole. Si, como piensas, llegas á imprimir estas memorias, no te se olvide poner por epígrafe esta frase á la anécdota que voy á contarte.

—Se refiere esa anécdota á Mad. du Bergh?

—A Mad. du Bergh.

—Ea! vamos, dijo Luizzi.

—Allá voy, respondió Satanás.

—Muerto el baron du Bergh, Natalia permaneció largo rato ante el cadáver, y lo primero que á sí misma se preguntó, fué si debia confiar su crímen á su padre. Natalia tenia el talento necesario para salir pronto de tal incertidumbre; como sabia el secreto de su padre, y su padre no sabia el suyo, se decidió á callar. Para esto necesitaba un valor estraordinario: necesitaba pasar la noche junto al cadáver, desnudarle, meterle en el lecho y arreglarlo todo de modo que se creyese la mañana siguiente que habia dormido ella á su lado.

Enterado como estas de todos sus antecedentes, no estrañarás que la muerte del baron du Bergh no sorprendiese á nadie y que se enterrase el cadáver sin que nadie sospechase lo mas mínimo. Ni el mismo Firion concibió la menor sospecha: lejos de eso, creyó en la desesperacion de su hija. Sin embargo, le quedaba una duda que hubiera tratado de resolver: deseaba saber si du Bergh habia sido muerto únicamente por el médico ó si habia contribuido á acabar con él la primer noche de boda tan imprudentemente ofrecida á un moribundo.

No tardó Firion en recibir una esplicacion tan formal como podia desear.

La mañana siguiente á la muerte del baron, entró en el cuarto de su hija. Esta habia corrido las cortinas porque la luz la era insoportable despues de haber perdido el único ser á quien la era dado amar. Tal fué la frase con que recibió á su padre: Firion la escuchaba contristado y convencido, respondiendo en el mismo tono, cuando Natalia dejó deslizarse de sus lábios, en

medio de sus sollozos, la siguiente frase, cuando menos estraña en boca de una jóven:

—Si al menos me hubiera dejado una prenda de su ternura! si despues de su muerte pudiese amar en este mundo á un ser que me le recordase!....

Firion, despues de rodear de todas las precauciones oratorias posibles la pregunta que queria dirigir á su hija, dijo á ésta con mucha dulzura:

—Pobre niña! No tienes esperanza alguna de ver realizada esa dicha?

Natalia no pudo menos de contemplar á su padre cara á cara, y de responderle con una firmeza en que no habia sollozos, ni lágrimas, ni lamentos:

—No, padre mio, no me queda esa esperanza; pero tengo otra que vos mejor que nadie comprendereis, porque nadie mejor que vos sabe lo que es el amor de padres.

Firion estaba siempre en guardia, porque nunca sabia hasta donde podian ir los caprichos de la encantadora Natalia. El tono que acababa de tomar su hija le causó un verdadero miedo, ocultó su turbacion y respondió lo mas paternalmente que pudo:

—Me sirve de mucho consuelo el saber que te resta aun alguna esperanza y estoy persuadido de que esa esperanza es digna de tí, de que es razonable, y de que no se funda en vanas utopias de sentimientos que, si existieran, darian la felicidad, pero que no existen.

—Teneis razon, padre mio, respondió Natalia volviendo á dar á sus palabras y á su rostro todo el sentimentalismo posible; teneis razon!... Conozco ya que el amor es un sueño irrealizable; conozco ya que es una pasion egoista y cruel, cuya divina esencia han alterado los infames cálculos del mundo. Asi pues, os juro, padre mio, que he cerrado mi corazon á ese vano sentimiento. No quiero amar ni espero ser amada; pero hay una afeccion mas grande, mas santa, mas profunda que el amor, y á esa afeccion quiero consagrar mi vida. Padre mio, padre mio, añadió deshecha en lágrimas; vuestra ternura para conmigo me ha mostrado la mas poderosa de las afecciones: padre mio, yo quiero ser madre.

Esta manifestacion hizo á Firion dar un salto en su silla, mas bien por la manera estravagante con que habia sido hecha que por el deseo mismo; pero se repuso un poco de su turbacion y respondió á Natalia:

—Pues bien, hija mia: asi que concluya el luto, ó si absolutamente lo quieres asi, pasados los diez meses que la ley impone á las viudas antes de permitirlas volverse á casar, yo te daré un nuevo esposo; en ese tiempo podré proporcionarte un partido conveniente.

Al oir Natalia esta respuesta, miró á su padre con aire á la vez lleno de curiosidad y de reflexion, y le dijo con el tono del cliente que pregunta á su abogado el sentido de un testo de ley que cree haber hallado el medio de eludir:

—Pero decidme, padre mio; ¿por qué impone la ley ese plazo á las mujeres antes de permitirlas volverse á casar.

Esta pregunta embarazó profundamente á Firion; pero Firion era de esos hombres que piensan que una mujer puede y debe saber la vida y las obligaciones que las impone la ley escrita; así pues, como que su hija habia respondido con tanta claridad á la pregunta que él la habia hecho, creyó que debia responder con la claridad posible á la que su hija le hacia á él.

—Durante los diez meses siguientes á la muerte del marido, puede nacer un hijo, aunque por lo comun, solo dura nueve meses la preñez de la mujer; perteneciendo este hijo al marido que falleció, la prevision de la ley no ha querido que la mujer contrajese nuevos lazos hasta hallarse segura de su estado, respecto á la familia que deja y á la familia en que vá á entrar.

Natalia se puso pensativa, mientras Firion continuaba con tono desembarazado:

—Además, la ley ha tomado esta precaucion teniendo en cuenta cuestiones de interés, de sucesion, de estado y otras que seria prolijo esplicarte.

—Os creo, padre mio, dijo Natalia, os creo; segun eso, si yo fuese madre antes de diez meses, sería padre de mi hijo Mr. du Bergh?

—Indudablemente, respondió Firion cada vez mas embarazado.

—Legalmente hablando, quiero decir, añadió Natalia.

Firion empezaba á no comprender á su hija, ó mas bien empezaba á tener miedo de comprenderla; trató, pues, de mudar de conversacion y dijo á Natalia:

—Mañana partiremos para París, y allí encontrarás hombres dignos de tí y de tus riquezas, hombres que te colocarán en una posicion tan elevada, que los placeres de la vanidad reemplazarán á los del amor, puesto que quieres renunciar á estos últimos.

—Padre mio, nunca llevaré otro nombre que el del único ser á quien he amado.

—Pero entonces, replicó Firion rechazado á sus últimas trincheras, ¿qué quieres decir, Natalia?

—Padre mio! respondió la interesante viuda vírgen, cayendo de rodillas á los pies de su padre deshecha en lágrimas y ahogada por los sollozos, padre mio, ya os he dicho que quiero ser madre!

—Un incesto! esclamó Luizzi.

—Sois muy estúpido, querido mio, dijo el Diablo incomodado; no teneis la menor idea de los recursos de la vida; perteneceis á la literatura de nuestra época, pues en un abrir y cerrar de ojos, convertís en un drâma abominable una cosa que á mi me parece sumamente divertida. En la historia que os cuento no hay incesto ni cosa que lo valga.

—Pues bien, respondió Luizzi, vamos, dime el resto de aquella conversacion.

—El resto de aquella conversacion, replicó Satanás, duró justamente los dos minutos que me has hecho perder con tú necia interrupcion; y, como sabes que entre nosotros son preciosos los instantes, no te contaré el fin de aquella conversacion, pero sí te diré su resultado.

—Ya te escucho, ya te escucho, dijo el baron resuelto á no interrumpir al Diablo, cualesquiera que fuesen las estravagancias que le contase.

Y el Diablo continuó:

La mañana siguiente, Firion se fué á los alrededores de B.... andando á través de los campos, acercándose á los aldeanos que encontraba, y hablándoles amigablemente. El primero que encontró fué un hombre de cuarenta y cinco años, feo y raquítico. Firion se alejó inmediatamente. El segundo era grueso, bajo, robusto, pero innoblemente sucio y pobre. El tercero era un anciano de sesenta años: Firion pasó de largo. Se dirigia ya hácia otro lado, cuando vió un moceton de veinte y cuatro á veinte y cinco años, que trabajaba con un ardor que denotaba un vigor poco comun, y que cantaba con una voz que prometia un pecho sumamente desarrollado. Firion, que acababa de separarse de su hija, despues de haberle contemplado en silencio, se acercó á él y le dijo:

—Cómo! esclamó Luizzi equivocado por lo estraño de la situacion; se atrevió á decirle....

—Sois un imbécil, replicó el Diablo, y olvidais que Firion era hombre de talento. Firion dijo al fornido gañan:

—Amigo mio, quereis servir de sustituto?

—Sustituto de quien? preguntó el jóven.

—De un sobrino mio que ha caido quinto.

—Muchas gracias; estoy exento por hijo de viuda y no quiero ir á hacer por otro lo que no me hubiera gustado hacer por mí mismo. No os faltarán en el pais muchachos dispuestos á aceptar vuestras proposiciones.

—No hallaré muchos, dijo Firion, porque mi sobrino es un moceton como un castillo y el gobierno quiere hombres de igual calidad que los que se le quitan.

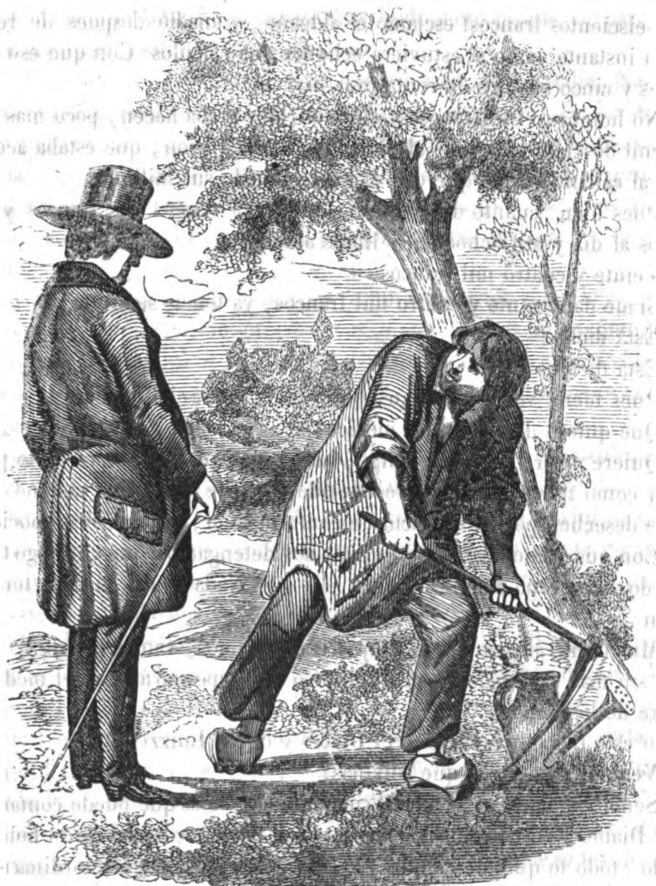
—Teneis razon, repuso el palurdo ensanchándose y apoyándose en el cabo del azadon; no es fácil hallarle como decís, y si le hallais, os costará caro.

—En cuanto al precio, dijo Firion, no habrá reparo; daria por un mozo como tú mil escudos.

—Lo creo, añadió el jayan tomando el azadon y volviendo á su trabajo, lo cual es una precaucion escelente para escuchar aparentando lo contrario; ya lo creo, repitió; pero hay una vieja cerca de aqui, que me traeria en dote mas que eso, si yo quisiera ser sustituto de su difunto marido.

—Me he equivocado, dijo Firion; son dos mil escudos y no mil los que daré.

—Caramba y qué buen tio tiene vuestro sobrino! esclamó el campesino inclinándose hasta el suelo y silvando un cantar que seguramente no era de circunstancias.



—Tres mil escudos doy, dijo Firion.

—Ese mozo rojo que está al otro lado del camino, puede que quiera ir por ese dinero.

El campesino se incorporó, apoyándose sobre el mango de la herramienta, y dijo con un aire de interés que no pudo ocultar:

—Cuánto hacen cuatro mil escudos?

—Hacen doce mil francos.

—Doce mil francos! Es buen dinero! Y cuanta renta tiene uno con doce mil francos?

—Seiscientos.

—Seiscientos francos! esclamó el aldeano, y añadió despues de reflexionar un instante como si estuviera echando sus cálculos: Con que eso es tres francos y cinco sueldos de renta cada dia?

—No hombre: tres francos y cinco sueldos al dia hacen, poco mas ó menos, mil doscientos francos al año, respondió Firion, que estaba acostumbrado al cálculo, como que con él habia ganado sus millones.

—Pues bien: cuánto dinero se necesita para tener tres francos y cinco sueldos al dia y mil ochocientas libras al año?

—Veinte y cuatro mil francos.

—Si me dais veinte y cuatro mil francos, ya teneis sustituto.

—Está dicho?

—Está dicho.

—Pues bien, venid conmigo, que vamos á casa del médico.

—Qué quiere decir eso del médico?

—Quiere decir, mi buen amigo, que yo no quiero comprar gato por liebre, y como tendrás que ser reconocido antes de entrar en caja no quiero que te desechen por algun vicio de conformacion, para mí desconocido.

—Con que vamos para eso? Pues no nos detengamos, que yo tengo tan bien formado el cuerpo como el alma, lo óis? Nada oculto ni nada tengo que ocultar.

—Mucho me alegro de ello, dijo Firion; vamos, vamos pronto.

Y sin mas esplicaciones, Firion llevó al campesino á casa del médico mas célebre de los baños.

En este instante se detuvo el Diablo y dijo á Luizzi:

—Veamos ¿qué es lo que adivinas?

—Señor Satanás, respondió Armando, hay cosas que puede contar ó pensar el Diablo; pero que no puede decir en términos decentes un hombre de mundo: todo lo que me cuentas es, por otra parte, tan estraordinario....

—Por qué es estraordinario? replicó el Diablo. Lo único estraordinario es que eso no pasa todos los dias, porque los padres de familia no toman para con sus hijas las precauciones que toma el gobierno para con sus soldados. Con este motivo me recuerdas una comedia escrita por el hombre mas honrado de vuestra literatura, hace algunos meses (1). Habia en ella una

(1) El *Falso hombre de bien*, por Lemercier.

escena por el estilo, y todos los hipócritas del patio silbaron la escena como nmoral. Digo *todos*, porque en materia de hipocresía aventajan los hombres á las mujeres. Ahora bien: entre los trescientos ó cuatrocientos imbéciles que de tal modo se alarmaron porque un padre se ocupase de examinar en todo y por todo á su yerno, seguramente habria ciento cincuenta que no hubieran salido con tanto honor como salió el jayan del reconocimiento médico que se le hizo sufrir.

—Todo eso, dijo Luizzi, me parece muy lindo; pero lo que me parece dificil es el desenlace, sobre todo con Natalia.

—El desenlace era la cosa mas fácil, sobre todo con Natalia. Nada hay tan fácil como entenderse consigo mismo cuando se quiere. Te he dicho ya que las mujeres tienen la torpeza de no ser francas con los hombres: además, tienen la torpeza de no ser francas consigo mismas. Llevan la pretension de perspicaces hasta querer engañarse, y hay mujer que, despues de haber preparado su propia caida, concluye por persuadirse de que se la ha sorprendido.

—Soy de tu opinion, dijo Luizzi; pero no comprendo cómo en semejantes circunstancias pudo hacer los preparativos de su caida una jóven como Natalia.

—Amigo mio, replicó el Diablo con desprecio; eres incapaz de hacer una ópera cómica: hay mil medios muy sencillos ó muy ingeniosos de conseguir ese objeto.

—Puede que los haya, dijo el baron; pero aunque los obstáculos no procediesen del pudor de la dama, podian proceder de la cortedad del compromiso. Se trataba, á mi entender, de hacer comprender al palurdo que podia agradar á una mujer cuyo padre le habia comprado en veinte y cuatro mil francos, y que en su mano estaba consolar á una viuda que habia perdido á su marido el dia anterior. Crees tú que esto fuera tan fácil?

—Colocada la cuestion en ese punto, respondió el Diablo, conozco que hubiera sido dificil de resolver. Los hombres de baja esfera miran á las mujeres de cierto rango con un desprecio y un respeto igualmente estúpidos: creen de buena fé que son sus amantes todos los hombres de esta última clase que frecuentan su casa, y, por consecuencia, dicen de ellas cuanto les viene á la boca; mas, por otra parte, son incapaces de imaginar que la debilidad de esas mismas mujeres pueda llegar al estremo de bajarse á un rústico y en este concepto es necesario que se les entreguen ó mas bien que se les ofrezcan de la manera mas franca para que lleguen á comprender que semejantes mujeres quieren pertenecer á ellos. Bajo este punto de vista, el asunto hubiera sido difícil determinar. Pero habia una habitacion aislada á la cual condujo Firion al palurdo al salir de casa del médico, y en ella estaba una criada muy linda, muy vivaracha y muy complaciente, que hizo los honores de la casa al recien venido y que le hizo entender con bastante destreza que su cuarto se hallaba próximo al que se habia destinado al sustituto.

—Es posible! esclamó Luizzi; es posible que Natalia hiciera semejante papel! ¿Conque esa mujer se degradó hasta el punto de solicitar con coqueterías el amor de un palurdo?

—Querido baron, poseeis el privilegio de esplicar néciamente todas las cosas. Os advierto que es una ridiculez enorme el apoderarse de una frase para hacer concluir una historia de una manera enteramente opuesta á la verdad. En el mundo hay muchos que tienen esa funesta costumbre. Ignoro cómo se componen otros con esos hombres; pero lo que es á mí me hacen el efecto de esos groseros que meten los dedos en vuestro plato y que muerden vuestra vianda y os la devuelven en seguida diciéndoos: está bueno, podeis acabarlo.—Apártate de esa pendiente, que puedes dar en ella una caida mortal. Hombre hay que nunca te perdonará el haberle quitado el efecto de un buen bocablo. Por lo demas, si hay algo de picante ó mas bien de inusitado en el hecho de Natalia Firion, no consiste en haber tenido un amante el dia siguiente á la muerte de su marido: la historia de la matrona de Efeso es contemporánea de los libros santos, y la humanidad ha estado siempre formada de la misma carne; lo que hace la aventura de la señorita Firion un poco escepcional, es que Natalia no conoce ni ha visto nunca, ni ha querido ver ni conocer al que la proporcionó la mas santa y la mas poderosa de las afecciones, el amor de una madre á su hijo.

—Cómo es eso?

—Si, querido mio, continuó el Diablo; así que la criadita hizo comprender suficientemente al campesino que los buenos chicos se han hecho para las buenas chicas, Firion, llegada la noche, halló medio de hacerle pasear durante una hora lejos de la casa. En este tiempo partió un coche y llegó otro; luego, cuando el aldeano estuvo de vuelta, Firion era el único que velaba, y la chiquilla se habia vuelto al cuarto que le estaba destinado. El palurdo no se equivocó: en vez de dar con la puerta de su cuarto, dió con la del cuarto de la linda criadita, á donde entró en medio de la mas profunda oscuridad.

—Y estaba allí Natalia? preguntó Luizzi plausiblemente admirado é indignado á la vez.

—Quién puede decir si era Natalia la que estaba allí? Seguramente no es el jayan, pues salió del cuarto antes de amanecer y aquella mañana se le mandó por Firion á veinte leguas de distancia.

—Si no es el jayan quien puede decirlo, al menos será Firion.

—Firion ha muerto.

—Será la misma Natalia, no es verdad?

—Nueve meses y dos dias despues de la muerte del baron de Bergh se estampó en el registro del estado civil del tercer distrito de la ciudad de París una partida que acredita el nacimiento legal de Mr. Anatolio Isidoro du Bergh, que es ese bello jóven que los imbéciles que tuvieron la ventaja de

conocer al difunto baron du Bergh dicen se parece prodigiosamente á su señor padre.

—Segun eso, preguntó Luizzi profundamente admirado, esa mujer ha sido...

—Esa mujer, respondió el Diablo, ha sido lo que te tengo dicho, envenenadora y adúltera, porque el adulterio consiste, sobre todo, en introducir hijos estraños en la familia del marido vivo; pero me parece aun mas original el introducirlos en la familia del marido muerto. El adulterio póstumo no deja de tener alguna novedad.

—Y no hay en el mundo quien pueda lanzarle á la cara esos crímenes? preguntó el baron.

—Nadie como no seas tú: te hallas en disposicion de hacerlo?

—Y luego no ha tenido otros caprichos?

—Ninguno.

—Pero esa es una aventura inverosimil.

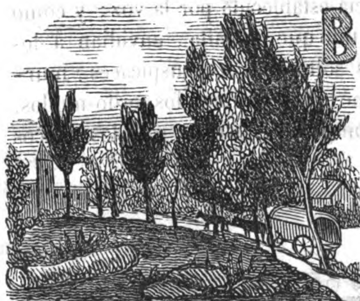
—Un corazon frio, una imaginacion fria y un cuerpo frio bastarán á esplicártela. Si Natalia hubiera nacido en otra época, ó si hubiera recibido una educacion religiosa, es probable que hubiera sido ó una de esas abadesas secas y rígidas que llevaban hasta el bárbaro despotismo el respeto á una virtud que la naturaleza les habia hecho muy fácil, ó bien una de esas viejas solteronas que pertenecen á la clase de las mujeres como los sordo-mudos á la humanidad: esas mujeres tienen la misma idea del amor que los sordos del sonido. Unicamente ven la inteligencia que el amor establece entre dos amantes, como los sordos ven la inteligencia establecida por la voz; y como unas y otros no pueden comprender el sentido que les falta, envidian á los que le poseen. Hé aqui por qué las viejas solteronas son suspicaces, murmuradoras y desapiadadas, y hé aqui por qué lo son tambien los sordo-mudos. Baron, desconfia siempre de los seres incompletos, porque son los únicos completamente malos.





XX.

Bajeza.



Buscaba Luizzi medios de responder á esta nueva teoría del Diablo, pero se detuvo viendo entrar á su ayuda de cámara que le entregó un billete y anunció al mismo tiempo á Mr. de Mareuilles. Antes de poder recordar al ayuda de cámara la órden que le habia dado de no dejar entrar á nadie, apareció el dandy en el umbral de la puerta, y designando con el baston el billete que aun no habia abierto Luizzi, se echó á reir y dijo:

—Apuesto que es de Laura.

—Lo dudo mucho, replicó Luizzi disgustado; porque me parece que conozco la letra, y Mad. de Farkley no me ha escrito nunca.

—Armando dirigió la vista al sillon en que un momento antes estaba sentado el Diablo y le vió desocupado.

—Toma! donde está? esclamó el baron en su primer movimiento de sorpresa.

—Quién? dijo Mareuilles.

—Ese caballero que estaba aquí ahora mismo, respondió Luizzi no ocurriéndosele ningun nombre propio con la prontitud necesaria.

—Os habeis vuelto loco? repuso el dandy; yo no he visto aquí á nadie. Vamos á otra cosa: perdonad si vengo á incomodaros tan de mañana. Anoche, despues que salísteis del baile de la Opera, supe la resolucion de Mad. de Marignon respecto á vos y vengo á hablaros del particular. No trato de predicaros, querido amigo, porque entre jóvenes predicar es no tener sentido comun; pero no puedo menos de deciros que me habeis comprometido de lo lindo. Ya sabeis á título de qué me admite en su casa Mad. de Marignon: no ignorais que su hija ofrece un partido de consideracion: mi familia ha pensado casarme con ella y yo procuro toda la discrecion posible en mis locuras de jóven á fin de que no me perjudiquen en nuestros proyectos. Ya veis que me debe ser muy sensible el verme comprometido por las locuras de otros.

—Me alegro, querido Mareuilles, que os hayais ofendido, dijo Luizzi. He recibido de Mad. de Marignon un billete tal que solo una mujer sin marido y sin hijo pudiera escribirle; si en calidad de yerno quisiérais tomar á vuestro cargo la responsabilidad de su insolencia, me haríais un gran favor.

—No tengo inconveniente, respondió Mareuilles; pero eso no quita que nos demos el martes la satisfacion que tenemos pendiente.

—Nada mas justo, dijo Luizzi: como, á mi entender, tanta locura es batirse por el respeto que se debe á la sociedad de Mad. de Marignon como por la fe que yo debo tener en Mad. de Farkley, os parecerá bien que nos hallemos en Carnaval.

—Sois muy agudo, señor de Luizzi, dijo Mr. de Mareuilles con desden.

—Y vos muy fátuo, replicó el baron.

—No tanto como vos, respondió Mareuilles riéndose; porque vos lo sois hasta el punto de creer que la mujer que os escribe al dia siguiente de haberos visto por primera vez no ha podido hacer lo mismo conmigo ó con otros muchos.

—Este billete no es de Mad. de Farkley, replicó Armando que creia cada vez mas reconocer la letra del sobre.

—Pues bien: si lo que digo no es cierto, quiere decir que me habré equivocado una vez por casualidad; pero tan seguro estoy de haber acertado que me obligo á pedir perdon á Laura si me he equivocado. Si el billete es suyo, os daré un consejo de amigo, y es que en vez de armar un sangriento escándalo y de hacer que todo el mundo os señale con el dedo por una mujer indigna de que os comprometais por ella, vengais á casa de Mad. de Marignon y la demostreis vuestro sentimiento por todo lo que ha pasado.

Luizzi no respondió; pero abrió con impaciencia el billete y dirigió la vista á la firma; era de Mad. de Farkley. Es punto menos que imposible

espresar el despecho y el dolor que Armando esperimentó en aquel instante. Si hubiera comprendido mejor los íntimos sentimientos del corazon del hombre, hubiera conocido que aquella mujer no le era indiferente en el hecho mismo de sentir de tal modo la justificacion de la mala opinion que de ella se tenia.—Armando leyó el billete que estaba concebido así:

»Caballero:

»Siento no poder asistir á la cita que os he dado para mañana á la noche »en el baile de la Opera; si quereis que os esplique las últimas palabras que »os dije anoche, puedo ya complaceros. Tened la bondad de esperarme esta »noche á las diez en vuestra casa.»

Luizzi quedó confundido, y en el aturdimiento que le causaba la impudencia de aquella mujer, alargó en silencio el billete á Mareuilles, quien soltó una ruidosa carcajada.

—Es cuanto se puede ver, esclamó. Debeis creerme; en lugar de estar en casa á la noche, venid á la tertulia de Mad. de Marignon. Yo la diré bajito el sacrificio que la haceis, ella os lo agradecerá y sereis perdonado.

—Teneis razon, dijo Luizzi; voy á seguir vuestro consejo aunque me prive del gusto de hacer ver á Mad. de Farkley que en mí no ha encontrado un tonto, y aunque siento no darle la leccion que se merece.

—La mejor y mas cruel leccion es contestarla que la esperais y luego no esperarla.

Luizzi creyó que debia observar la mitad de este consejo reservándose, segun luego le pareciese, el observar ó no observar la otra mitad; es decir que empezó por contestar á Mad. de Farkley que la esperaba en su casa.

Llegada la noche, todos sus resentimientos habian desaparecido; se acordaba de la mujer que habia visto en el baile de la Opera tan dulce y tan graciosa; acusaba de necedad el querer sacrificar á vanas consideraciones del mundo algunas horas de un placer que suponia debia ser en estremo grato.

Luizzi era uno de esos seres destinados á vivir en perpétua agitacion en medio de los sucesos mas comunes. Para esta clase de hombres, la decision mas insignificante es una fuente de combates interiores. Vacilan tanto en atravesar el arroyo de la calle como César en vadear el Rubicon, y porque se interesan escesivamente en ese combate consigo mismos, creen haber hecho una gran cosa. Así pues, el baron empleó dos horas en defender ante sí mismo la causa de su placer acusada por el qué dirán.

En cuanto á la reputacion de Mad. de Farkley, se curó muy poco de ella. Añadir una aventura mas al número de las aventuras escandalosas de Laura, no le parecia un gran crimen. Lo único que sentia perder era el placer de la derrota de Mad. de Farkley. En los combates que tuvo que sufrir en aquel memorable dia, solo tuvieron parte el egoismo y la vanidad.

Sin embargo, Armando triunfó de sus deseos de poseer á Laura; pero

solo fué porque se imaginó que podia *lucirse* mas alabándose de no haber poseido á aquella mujer que alabándose de haberla poseido. Salió pues de su casa á las diez menos cuarto, y á las diez en punto se anunciaba en la de Mad. de Marignon al señor baron de Luizzi.

Es imposible describir el efecto que su entrada á aquella hora produjo en casa de Mad. de Marignon: todas las miradas se dirigieron primeramente á la péndola, y todos saludaron en seguida á Armando con los aplausos mas lisongeros. Todas las mujeres le recibieron con una gracia y una solicitud inauditas; Mad. du Bergh llevó su admiracion por aquel rasgo de heroismo hasta el estremo de presentarle su hijo Mr. Anatalio du Bergh. Mad. de Marignon le alargó la mano y casi le pidió perdon por la carta que le habia escrito, y su hija, que nunca le habia dirigido la palabra, le consultó con una familiaridad encantadora acerca de un album que se la habia regalado. En cuanto á Mad. de Fantan, le ofreció su casa y le exigió la promesa de honrarla con sus visitas. Este ofrecimiento tranquilizó un poco á Mr. de Mareuilles que estaba ya asustado con el triunfo que él mismo habia proporcionado á su amigo Luizzi, á quien dijo por lo bajo:

La señorita de Fantan es muy jóven, es muy linda y debe ser muy rica. Tomad nota de esto.

La embriaguez de Luizzi fué tal, que transcurrieron dos horas sin que sintiese mas que el placer de su triunfo. Nunca se elevaron tanto su frente ni su voz como aquella noche memorable. Durante dos horas, el rey de la conversacion fué Luizzi: tuvo elocuencia, talento y ocurrencias felices. A las doce salió, altivo, triunfante y contento de sí mismo, de aquel salon del que la noche anterior habia salido casi furtivamente y acompañado de un remordimiento. Era que la noche anterior habia tratado de luchar con el mundo en defensa de una mujer que el mundo habia reprobado, y aquella noche acababa de entregar á aquella mujer al mundo con una vergüenza mas.

Tal vez esto esplica por qué es el hombre un animal dañino, como dice Moliere.

La distancia que mediaba desde casa de Mad. de Marignon á la de Luizzi no bastó á hacer volver á este de su delirio; nunca habia alargado á su ayuda de cámara sus guantes, su sombrero y su sobretodo con tanta gracia y buen humor como lo hizo aquella noche. El baron no era hombre capaz de alabarse delante de un lacayo; pero se hallaba tan satisfecho de sí mismo en aquel instante, que preguntó con un tono particular y estravagante:

—Ha venido alguien esta noche?

—Sí, señor baron, respondió el ayuda de cámara: ha venido una señora.

—Ah, sí, es verdad; no sé como se me habia olvidado. Y qué ha dicho?

—Que queria esperar á que volviérais.

—Calla! dijo Luizzi, cuyo tono de seguridad cambió súbitamente al oir esta noticia.

—Y ha esperado mucho tiempo?

—Hasta ahora, señor baron, respondió el criado; está en vuestro cuarto.

—En mi cuarto? repuso Luizzi.

—Si señor; voy á decirla que habeis venido ya.

—Es inútil, replicó Luizzi de mal humor, es inútil; dejadme y no volvais hasta que yo os llame.

Y en seguida pasó á su habitacion.





XXI.

Segundo sillon.



Un conjunto bastante incoherente de cólera, de sorpresa y de despecho era el sentimiento que dominaba el corazon de Armando. Aquella mujer acababa de malograrle el triunfo que habia obtenido en casa de Mad. de Marignon: era probable que Laura no hubiera esperado con el objeto que la habia traido: Luizzi aguardaba cuando menos una escena tumultuosa; pero, ¡cuál fué su sorpresa cuando en vez de encontrarse con una mujer irritada como creia que debia estarlo Mad. de Farkley, se encontró con una mujer deshecha en lágrimas, que al verle juntó las manos y le dijo con doloroso acento:

—Ah! caballero! os estaba reservado el darme el último golpe!

—Yo, señora! replicó Luizzi con sumo desembarazo; á la verdad que no sé lo que quereis decir ni de qué golpe hablais.

Mad. de Farkley miró á Armando con aire de admiracion, y le dijo con mas calma:

—Miradme bien, caballero. No me reconoceis?

—Sí, señora, os reconozco por una mujer muy bella á quien vi anoche en casa de Mad. de Marignon, á quien volví á ver en la Opera y á quien no esperaba tener la felicidad de hallar esta noche en mi casa.

—En ese caso, repuso Laura, por qué motivo os sentásteis á mi lado en casa de Mad. de Marignon?

Luizzi bajó modestamente los ojos y respondió con la humilde impertinencia del hombre que teme alabarse de uno de sus triunfos:

—Señora, no debeis estrañar.... que tratase de conoceros.

Al oir esta respuesta, se descompuso el rostro de Mad. de Farkley, que palideció, y dijo con voz alterada:

—Os comprendo, caballero; no debo estrañar.... que tratáseis de ser mi amante.

—Señora....

—Ese es vuestro pensamiento, caballero! replicó Laura sin poder apenas contener en sus ojos las lágrimas prontas á correr, y en su pecho los sollozos próximos á estallar.

Y en seguida pareció que dominaba por medio de un movimiento nervioso aquella emocion, y continuó afectando una penosa alegria:

—Ese es vuestro pensamiento; pero creo que no habeis calculado hasta qué punto es audaz: ¿sabeis los peligros que hay en ser amante de una mujer como yo?

—Soy tan valiente como cualquiera otro, respondió Luizzi con una sonrisa llena de suprema impertinencia.

—Lo creeis asi? replicó Mad. de Farkley. Pues bien: os juro que tendríais miedo si yo aceptase vuestros obsequios.

—Dignaos poner á prueba mi valor, dijo Luizzi, y vereis de lo que es capaz.

—Pues bien! respondió Mad. de Farkley levantándose; seré vuestra querida; pero antes de todo es preciso que sepais lo que sin duda habreis ya sospechado, que soy una mujer perdida.

—Quién lo ha dicho? preguntó el baron procurando calmar la agitacion de Mad. de Farkley.

—Yo, que no vivo de ilusiones; yo que hace muchos años soy víctima de la calumnia; yo, que quiero ser calumniada con justicia siquiera una vez; yo, que os he elegido para eso, y que soy vuestra si quereis aceptarme.

Esta declaracion tan brusca y tan formal cogió de sorpresa al baron que, durante algunos instantes, se halló en estremo embarazado. Mad. de Farkley volvió á sentarse y añadió con una triste sonrisa:

—Bien dije que tendríais miedo, señor baron.

—No es eso, replicó Luizzi procurando reponerse; confieso que una felicidad tan súbita y tan grande me confunde: yo estaba léjos de esperarla...

—Mentís, caballero! esclamó Laura; decid que la creíais menos fácil aun; esperábais el honor de una defensa y veis que yo sé ahorrarme el trabajo de ella.

Luizzi estaba desconcertado; no habia podido imaginarse tanta impudencia, ó no habia llegado á suponer que si Mad. de Farkley hubiera querido burlarse de él hubiera tratado de hacerlo en su casa y á aquella hora. Permaneció un instante en silencio y dijo al fin:

—En verdad, señora, no os comprendo....

—En ese caso, repuso Laura, lo que debo hacer es retirarme; os supongo bastante honor para afirmar, de modo que se crea, que la mujer que ha entrado en vuestra casa á las diez de la noche y ha salido á la una de la mañana, no se os ha rendido como, segun dicen, se ha rendido á otros muchos.

Laura se levantó para salir, y Luizzi comprendió entonces el inmenso ridículo de que se iba á cubrir á los ojos de aquella mujer. Conoció tambien que la impertinencia á que habia debido su triunfo en casa de Mad. de Marignon pasaria por una necedad entre sus amigos. Ademas lo que habia sido una impertinencia de buen gusto á las diez, era una brutal groseria á media noche.

—Puede muy bien un hombre no aceptar una cita de una mujer hermosa; pero no despedirla cuando la encuentra en su casa.

Armando tomó las manos á Laura, y obligándola á volverse á sentar, la dijo con mas amabilidad que la que hasta entonces habia empleado:

—Somos muy locos los dos: teneís razon para estar incomodada por mi grosera ausencia; pero ¿acaso hay faltas irredimibles? ¿No se puede alcanzar el perdon de una hora ó dos de mal proceder ó mas bien de verdadero delírio, por medio de una adhesion ó de un amor tan ardiente como el que vos sabeís inspirar?

Mad. de Farkley, recobró su acento y respondió con bastante seriedad aun:

—Quisiera saber, caballero, de que modo esplicaís ese mal proceder, ó ese verdadero delírio, como vos le llamaís.

—En aquel instante ocurrió á Luizzi una idea: la idea que se habia propuesto realizar si volvia á dar con Mad. Dilois. Poseer á Mad. de Farkley á las diez de la noche habiéndole ido á buscar á su casa, poseerla como la habian poseido otros muchos á quienes Laura se habia rendido ú ofrecido, no tenia gracia ninguna; pero poseerla, despues hacerla ver que no la queria, hacerla creeer seriamente en una pasion sincera y casi loca, despues de haberla insultado con el désden mas completo, esto sí que pareció á Luizzi

cosa nueva, original y que merecia la pena de intentarse, mucho mas tratándose de una mujer tan hábil como Mad. de Farkley; desde aquel instante la deseó como si la amara.

Estas reflexiones pasaron con la velocidad del relámpago por la mente de Luizzi, que dijo inclinándose dulcemente á Laura:

—No es tan difícil como os parece la esplicacion de ese mal proceder y de ese delirio. Habeis sido conmigo bastante franca para que yo os pueda dar una esplicacion: si no lo hubierais sido tanto, os confieso que no me hubiera sido posible justificarme.

—Me complacería mucho el saber que al menos una vez en la vida, me ha servido de algo mi franqueza; porque de algo me habra servido si, merced á ella, me probais que vuestra ausencia no ha sido un últrage, y que cuanto me habeis dicho á vuestra vuelta, no es un nuevo insulto.

—No me serviré de vuestra franqueza para faltar á lo que mereceis: sí, mi ausencia ha sido un ultrage, mis palabras han sido un insulto.

—Y pretendeis disculparos! dijo con amargura Mad. de Farkley.

—No sé lo que conseguiré, repuso Armando; pero diré la verdad y luego vos me juzgareis.

—Ya os escucho.

—Me habeis dicho una cosa muy grave, señora: perdonad que os la acuerde, os lo pido desde el fondo de mi corazon; me habeis dicho: Yo soy una mujer perdida.

Esta palabra pronunciada por Laura en la amargura de la cólera; esta palabra repetida por Luizzi, hizo palidecer á aquella mujer. Armando lo notó, y no pudo menos de conmoverse: se acercó á Mad. de Farkley, pero esta le detuvo con una señal hecha con la mano, y le dijo con voz débil:

—No es nada, continuad:

—Pues bien, señora: esa palabra os esplica mi conducta.

—Si, dijo Laura tristemente; ¡comprendo vuestro desprecio! y sin embargo, es estraño que un hombre hiera tan cruelmente á una mujer, cualquiera que sea; sobre todo, cuando esa mujer ningun daño le ha hecho.

—Ah! no es eso señora: replicó Luizzi.

Y entonces poseido del pensamiento que le guiaba hasta el punto de hablar con un acento lleno de emocion, continuó:

—Ah! no es eso, señora, lo que me ha hecho ultrajaros. He sido tan grosero, tan indigno, tan cruel, porque conocia que os iba á amar.

—Vos! esclamó Laura sin poder contener la espresion de una ansiedad llena de esperanza, vos! ¿amarme?

—Si, señora, respondió Luizzi exaltándose en el desempeño de su comedia, sí. Y sin duda conocereis que en el momento en que sentí nacer en mi este amor terrible, tuve miedo como vos misma habeis dicho que debia suceder, porque, como habeis dicho tambien, sois una mujer perdida!

Sin embargo, sois bella, estais dotada de una de esas hermosuras que trastornan la imaginacion; poseeis uno de esos atractivos inesplicables que obligan á los hombres á arrastrarse, como esclavos, á vuestros pies; sois una de esas mujeres á quienes me parece que se debe sacrificar la vida y aun la felicidad y el honor. Os habeis apoderado á la vez de mi corazon y de mi pensamiento, como una mujer perdida y como una mujer á quien se puede adorar hasta el estremo de olvidarlo todo por ella. Yo me sentí dispuesto á amaros, pero retrocedí ante ese amor, porque me daba miedo; solo su presentimiento me dió una idea de los dolores que me hubiera hecho sufrir consagrándole mi vida entera. Semejante amor debe ser, señora odiosamente celoso, porque conozco lo que ha sido ya; no celoso del porvenir ni del presente, pero sí del pasado; celoso de lo que ningun poder, ni aun el de Dios, puede impedir que haya sido. Se puede matar al amante de la mujer que nos engaña; se puede matar al amante cuyo recuerdo nos es odioso; pero hay una cosa que no se puede matar, señora; y es una reputacion perdida; una vida, no diré culpable, pero sí estraviada. ¿No comprendeis el horror de un amor absoluto, completo, en presencia de un amor que el pasado disputa y que treinta amantes pueden á la vez reclamar? Semejante amor me pareció un horrible suplicio, y preferí á él vuestro aborrecimiento.

Mad. de Farkley estaba pálida y temblaba al oir hablar así á Armando; este lo notó y añadió con dulzura:

—Os parece brutal mi franqueza, ¿no es verdad? No lo sería tanto si yo os estimase tan poco como otros; si solo viera en vos una mujer digna de un amor de algunos dias; si no me hallára dominado por ese encanto inefable que os rodea, y que en este instante me estravía hasta el punto de hacerme decir cosas que no debiérais oir.

Mientras el baron hablaba de este modo, Mad. de Farkley le miraba con una alegria tímida y un entusiasmo que al parecer no la era dado reprimir. Al fin hizo un violento esfuerzo, y respondió á Luizzi:

—No me engañais, Armando? Pensad, que se halla en vuestra mano la última esperanza de una vida infortunada. Armando, considerad que engañarme es asesinarme. Armando, respondedme como responderíais á Dios: ¿me amais como decís?

El baron que tan apasionadamente habia representado su comedia, deseaba saber como representaria la suya Laura, y respondió con una exaltacion sublime:

—Sí, Laura, sí: así es como os amo. Mi amor es un amor insensato, ¡es un amor del infierno!

—No! replicó Laura. Ese amor es una inspiracion del cielo: ese amor es una espiacion; ese amor es una felicidad, porque no tendreis que avergonzaros de él.

Al oir estas últimas palabras, Armando tuvo que hacer un gran esfuerzo

para no reirse. Se repuso un poco y se arrellanó en su asiento esperando oir una historia romántica, de la cual saliese Mad. de Farkley mas blanca que una paloma. Pero Laura, en vez de continuar, se detuvo de pronto.

—Esta noche, dijo no os contaré la historia de mi vida, pero la sabreis mañana, Armando: una palabra bastaria á esplicárosla, pero todavia no tengo derecho á pronunciar esa palabra; hasta mañana.

Luizzi no quiso detenerla: se contentó con responderla afectuosamente.

—Hasta mañana! ¿Dónde nos veremos?

—Os avisaré, dijo Laura; pero no será aquí, porque ya no puedo volver á entrar en vuestra casa sino baronesa de Luizzi.

Armando tuvo la prudencia de no soltar la carcajada al oir esta última palabra; se contuvo hasta que volvió de despedir á Laura, y entonces no pudo menos de decir en voz alta:

—Mi estratagema ha tenido un éxito brillante, ¡Mad. de Farkley baronesa de Luizzi! Es preciso que yo sea un escelente cómico, ó que esa mujer me tome por un imbécil.

Aquí llegaba Luizzi de su monólogo, cuando vió al Diablo sentado en el sillon de que habia desaparecido aquella mañana, acabando tranquilamente el cigarro que entonces habia comenzado.

Ola! ¿estás ahí? le dijo echándose á reir. ¿Por qué desapareciste esta mañana como si tú mismo te llevaras?

—¿Piensas que estoy para perder tiempo haciéndome de tercero en una conversacion con Mr. de Mareuilles?

—Tienes razon, dijo Luizzi; no me acordaba ya que fué Mareuilles quien te puso en precipitada fuga: ¿Y qué te trae por aquí?

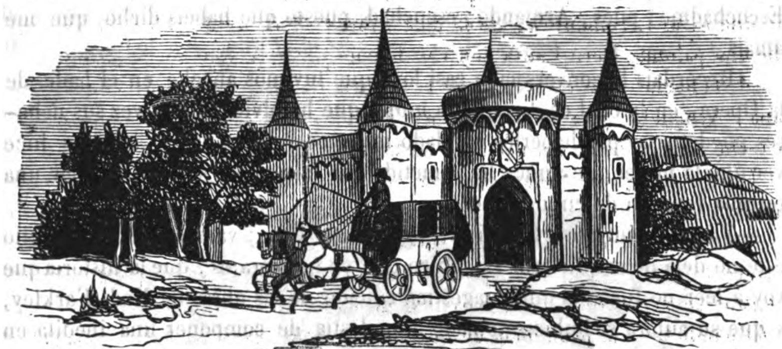
—Vengo á contarte la historia de Mad. de Fantan, que me has pedido.

—Te aseguro que no tengo ya ganas de saberla. Aventuras escándalosas todavia, ¿no es verdad? Ya veo que la vida de las mujeres no se compone de otra cosa. Te juro que esas historias empiezan á serme insoportables.

—Baron, replicó el Diablo, has hecho una gran tonteria obligándome á hablar cuando yo no queria; no hagas otra mayor aun, negándote á escucharme cuando quiero franquearme contigo. Mira, es la una: todavia te queda una hora para escucharme, y otra para.....

—Señor Satanás, esclamo Luizzi interrumpiendo al Diablo, tengo sueño; además, no quiero indisponerme con Mad. de Marignon, y me curo poco de lo que ha podido ser Mad. de Fantan. Te suplico pues, que me dejes en paz.

Satanás obedeció, y Luizzi se acostó con el alma satisfecha como el comerciante que ha pagado sus letras, ó como el capellan de regimiento que ha hecho comulgar por primera vez á una docena de veteranos.



XXII.

Continuacion del segundo sillon.—Correspondencia.



ECIBIÓ Luzzi el lúnes, al levantarse, la carta siguiente:

ARMANDO:

Siento una dicha que no podeis imaginaros; soy dichosa porque al fin he hallado el hombre á quien puedo esplicar mi vida entera; esta felicidad me precipita á descubrir un secreto que habia jurado no revelar hasta que el que está tan interesado como yo en él no me lo permitiese; pero al salir de vuestra casa he sentido mi corazon lleno de una dulce esperanza que no me era dado esperar. Os escribo y os hago una confidencia estraña, pues no me atrevo á estampar los nombres á que se refiere; vuestro corazon, vuestros recuerdos, vuestro ar–

repentimiento, por no decir vuestros remordimientos, os los harán adivinar. Escuchadme, pues, Armando; escuchad, puesto que habeis dicho que me amais.»

«Recordais la conversacion casi loca que tuvimos anoche en el baile de la Opera, en la cual os dije que la mujer que ha olvidado una vez sus deberes puede pasar por haberlos olvidado mil veces? Pues bien: ayer os hice ver que la mujer que nunca ha cometido una falta puede ser perdida por una estraña reunion de circunstancias.»

—Vamos, murmuró Luizzi al llegar á esta frase; vamos que el golpecito este no deja de ser diestro. Lo único que yo quisiera es, que la historia que voy á leer no fuese la quincuagésima edicion de las obras de Mad. Farkley, y que su autora se hubiese tomado la molestia de componer una inédita en mi obsequio.

Hecha esta observacion, Luizzi se colocó mas cómodamente en su asiento con el abandono del suscritor á un gabinete de lectura, á quien acaban de remitir la novela ó el cuento de moda.

Esta novela ó este cuento empezaba así:

«Ya sabeis que soy hija natural del marqués de Andeli, cosa que yo misma no he sabido hasta el dia en que la desgracia me habia deshonrado. Vos ignorais quién es mi madre y yo lo ignoro tambien. Mi madre pertenecia á una noble familia del Languedoc, y se casó muy jóven aun, con un hombre que, precisado á seguir los ejércitos, la abandonó. Quedó á mi madre una hija; pero el amor de aquella niña no basta á su ardiente corazon; encontró por fin al marqués de Andeli; el marqués de Andeli la amó, y ella amó tambien al marqués. Este desempeñaba en aquella época un empleo administrativo de mucha importancia en la ciudad en que mi madre habitaba; y como perdiese su empleo, se vió precisado á separarse de mi madre seis meses antes de nacer yo. Mi madre parió en una choza de pastores donde se hallaba oculta; la mujer que la asistia me confió á una anciana que me crió y me tuvo en su compañia hasta la edad de quince años sin revelarme el secreto de mi nacimiento: se decia que me habia encontrado á la puerta de su casa y me habia recogido por caridad. Yo lo creia, porque nada veia que pudiese hacérmelo dudar.»

«Así pues, tenia yo quince años cuando se casó la primera hija de mi madre. Es inútil deciros de qué manera supo mi hermana mi existencia, pero un dia llegó á mi miserable casa una de las señoras mas bellas y mas ricas de la ciudad. En una entrevista en que desgraciadamente solo supe una parte de la verdad, me dijo que yo era hija de una señora de alta categoría perteneciente á su familia, y cuyos errores deploraba sin poderlos condenar. Yo no sabia entonces lo que es una madre y el orgullo que este nombre inspira, y creí que el orgullo de su clase impedia á aquella mujer darme á conocer la mia; juzgad cuál fué mi admiracion cuando la oí añadir:

«Los estravios de vuestra madre no han cesado aun. Habiendo enviudado, ha deshonrado su viudez como deshonró su casamiento; otra niña ha sido abandonada por ella; otra niña va á vivir en la miseria; otra niña va á ser



entregada á la desgracia, no encontrando probablemente quien la proteja, como á vos os han protegido. Es preciso que vos ampareis á esa niña. Es vuestra hermana, sed su madre; yo os proveeré á ambas de los recursos que os faltan.—Yo accedí, Armando, accedí.

«Mi primera buena accion, fué causa de mi primera desgracia.»

Yo tenia quince años y era hermosa, y no se me supuso, á los quince años, la caridad que habia tenido para conmigo una anciana de sesenta; no queriéndoseme conceder un asomo de virtud, se me acusó de un crímen. Habia dicho que seria madre de aquella niña, y se me hizo verdaderamente su madre.»

«Felizmente un hombre honrado que vivia en mi misma casa, sabia mejor que nadie mi inocencia, y despreciando las calumnias de que yo era víctima, me honró con su nombre. Mi padre supo al fin mi existencia, le recompensó aquel servicio cuanto era dado recompensarle, asegurándome un dote considerable. De este vivió algun tiempo dichosa y casi respetada, ó mas bien, olvidada por la calumnia.»

«Pero otro suceso, por cierto bien estraordinario, trajo, ó mas bien, preparó mi desgracia. El padre de mi hermanita, cuyo nombre me era desconocido; el padre de aquella niña, á quien yo amaba como si fuera hija mia, á pesar de los disgustos que me habia proporcionado, habia sembrado el desórden en otra familia distinta de la de mi madre, y la noble forastera, que me creia una huérfana, me dijo que un jóven abandonado como yo lo habia sido, y como lo habia sido tambien mi hermana, moria casi en la miseria.»

«Yo, que no ignoraba cuán horrible es esa vida aislada que no tiene por apoyo ninguna afeccion, quise acudir á su socorro, le abrí la casa de mi esposo, le coloqué en una posicion honrosa y le dí una familia. Esta segunda buena accion produjo mi segunda desgracia.—Un hombre que hubiera debido darme las gracias por lo que yo habia hecho; un hombre que hubiera debido decirme:—gracias por vuestra generosidad para con ese desgraciado! ese hombre dió pábulo á la murmuracion pública con una chanzoneta inconsiderada, y se me dió por amante al pobre huérfano salvado por mí. Mi marido lo supo: y aunque su honor se veia ultrajado y la cólera se abrigeba en su pecho, no me pidió esplicacion alguna: retó al jóven y le mató. Pocos dias despues estaba desengañado, y pedia cuenta al calumniador del honor de su esposa y la sangre por él derramada.»

Al llegar á este pasage de la carta de Mad. de Farkley, Luizzi se detuvo lleno de confusion: tenia tanta semejanza lo que leia con lo ocurrido en Tolosa, que el baron se sintió de pronto sobrecogido de un estraño terror. Pero cotejando las fechas y recordando que solo hacía dos meses que tan imprudentemente habia juzgado el honor de Mad. Dilois, se tranquilizó un poco. Despues, como las malas acciones poseen un arte infinito para hallar disculpas, y otro arte infinito tambien, para condenar las del prójimo, dijo para sí:

—Mad. de Farkley habrá sabido mis aventuras de Tolosa, y hé aqui que se las apropia y las encaja en su vida pasada para hacérmela creer mejor; pero el lazo es demasiado grosero para que yo caiga en él.

Libre ya de este pequeño movimiento de ansiedad, Luizzi volvió á tomar la carta y leyó lo que sigue:

«Antes de verificarse aquel fatal desafío, en mi primer movimiento de espanto busqué á la que me habia revelado mi nacimiento y el nombre de mi padre: en mi desesperacion quise acusarla por haberme confiado aquella niña que tantos dolores me habia valido; pero solo con lágrimas pude replicarme cuando me dijo:

—Esa niña es vuestra hermana! esa niña es.... hermana nuestra!

—Hermana nuestra! esclamé.

—Sí, me respondió, todos tres somos hijos de una madre muy culpable.

«Santa y noble mártir, hermana desventurada que ya no existes, ¿debia quejarse entonces de sus sufrimientos aquella á quien revelabas el secreto de tu vida?»

Pero yo lo ignoraba en aquel instante, y esclamé:

—Y qué es de la que nos ha abandonado á la desgracia?

—Ha dejado la Francia y no sé su paradero. Ignoro bajo qué nombre oculta su existencia, y Dios nos libre de saberlo! Pero lo que tú no sabes, y lo mas horrible de todo, es que el hombre que quiere perderte es hermano del huérfano á quien has salvado....

«Al volver á casa supe que el huerfano habia muerto. Entonces fué cuando cometí la imprudencia de escribir á mi hermana una carta que se hizo pública. Huí de casa de mi esposo, y supe que éste habia muerto en un segundo desafio que provocó al saber que yo era inocente.»

«Ahora me comprendereis, Armando; ahora comprendereis aquella carta que os escribí y que sin duda no recibiriais, pues no tuve contestacion á ella; porque ya esta historia no encierra para vos misterio alguno, ¿No es verdad? Todo lo adivinais ya. No os recordaré las confidencias de mi pobre hermana, que me lo reveló todo. No quiero deciros mas, porque mi relato despertaria recuerdos muy dolorosos y hoy no quiero Armando, entregarme á inútiles recriminaciones.»

Luizzi se restregó los ojos, dudando si se hallaba despierto. Parecíale que la razon le abandonaba; se encontraba en el estado del hombre que sueña y persigue sombras que no puede alcanzar; se levantó, se paseó por su habitacion buscando la esplicacion de lo que acababa de leer, y obligado á creer en su propia locura ó en la de la mujer que le habia escrito. Al fin, arrancándose de aquel horrible estado en que su cabeza se perdia, emprendió nuevamente la lectura de la carta, que continuaba así:

«Paso ahora á otra época de mi vida. Mi padre, informado de todas mis desgracias, me llamó á su lado; me llevó á Italia y me casó con Mr. de Farkley, haciéndome cambiar de nombre para que nada me recordase en el mundo lo que habia sido y las calumnias de que habia sido objeto. Pero me conoció en Milan un hombre de nuestro pais, llamado Ganguernet: dos dias

despues se sabia en todas partes, no la verdadera historia de mi vida, sino la historia forjada con arreglo á las apariencias. Se me insultó, se me dejó aislada en la sociedad, y mi segundo marido, tratando de defenderme, murió del mismo modo que el primero. Ahora no estrañareis que pase por una mujer perdida, y que como tal sea tratada la mujer que, segun se supone, ha hecho morir con su mala conducta á un amante y dos maridos.—Me detengo aqui. Vendreis á verme esta noche? No es verdad que vendreis á verme? Mi padre se hallará presente; obtendré de él vuestro perdon, y tal vez consentirá en deciros qué ha sido de mi madre. El mismo me ha asegurado que mi madre existe y que sabrá obligarla á proteger en lo sucesivo la familia que debe á ella su perdicion....

Amadme, Armando, amadme! Entre nosotros hay muchas lágrimas, y, á pesar de la promesa de mi padre, vos sois mi única esperanza en este mundo.

LAURA.»

La razon de Luizzi se trastornaba por momentos; las ideas vagaban en su cerebro como la muchedumbre dominada por un vértigo. Armando no podia calmarlas ni reunirlas y, en un movimiento de desesperacion, esclamó:

—Oh! esperar hasta la noche!! es imposible; me volveré loco antes!

De pronto, y por un movimiento de rabia convulsiva, agitó la infernal campanilla. El Diablo no aparecia; pero la campanilla de la habitacion parecia responder á Armando con un eco siniestro. Aquel sonido heló al baron, que seguia inmóvil en su sitio, cuando entró en la habitacion Mad. de Farkley.

—Laura! Laura! esclamó Luizzi; en nombre del cielo os pido que me espliqueis esta carta. Mi razon se estravía.... Laura, Laura, decidme quién sois; decidme qué nombre llevábais en otro tiempo.

—Vos me lo preguntais? respondió Mad. de Farkley sarcásticamente. Ah! parece imposible que un hombre lleve hasta ese estremo el olvido de sus desaciertos.

—Laura, decidme por piedad quién sois; decidme como os llamábais cuando se os entregó esa criatura.

—Me llamaba Sofia. Los hijos del adúltero no tienen apellido.

—Y despues de casada?

—Me llamaba Sofia Dilois.

—Vos!! Pero apenas hace dos meses.... murmuró Armando, y luego añadió: Ah! es imposible.... es....

Abrióse la puerta de la habitacion y el ayuda de cámara entregó una esquela á Armando, que la abrió por medio de un movimiento superior á su voluntad, y leyó:

SE OS SUPLICA TENGAIS Á BIEN ASISTIR AL ENTIERRO DE MAD. DE FARKLEY, QUE TENDRÁ LUGAR EN LA MAÑANA DEL LUNES... DE FEBRERO DE 182..

Luizzi dejó escapar de sus manos la esquela, contemplando anonadado y frio, á la mujer que estaba á su lado. Pareciale verla derretirse en el aire como un ligero vapor, y su mirada halló el rostro de Satanás armado de aquella sonrisa de fuego que tanto daño le habia hecho ya. Luizzi en su furor, quiso lanzarse á él, pero le detuvo inmóvil en su sitio una fuerza sobrenatural.

—Satanás, esplícame ese horrible misterio! esclamó Armando sofocado por la rabia y la desesperacion.

—La esplicacion es muy fácil, porque es negocio de fechas y de números, dijo el Diablo con sonrisa irónica. Mad. de Cremancé se casó en 1795, á la edad de diez y seis años, y tuvo una hija legítima que se llamó Lucía. En 1800 tuvo una hija adulterina que se llamó Sofia. En 1815, habiendo enviudado, tuvo una hija natural, que es la que viste en casa de Sofia y á quien puedes dar tu apellido, porque es hija de tu padre, el noble baron de Luizzi.

—Con que era hermana mia aquella niña!!

—Y Cárlos era otro hermano tuyo, adulterino tambien, y abandonado por el virtuoso baron de Luizzi.

—Pero todos esos séres vivian aun hace apenas dos meses; dos meses hace que ví á Sofia y la vuelvo á ver ahora casada en segundas nupcias y desconocida. Oh! es imposible; Satanás, tú me engañas!

—Mi amo, yo no te engaño ahora pero te he engañado antes.

—Tú!

—Te acuerdas de la primera vez que nos vimos? No tienes presente que te dije que tuvieras cuidado con tu vida? Pobre tonto que me la has entregado de una vez!

—No me digiste que me habias quitado seis semanas?

—Te quité siete años.

—Siete años?

—Siete años hace que murió Lucía; siete años que murió Dilois; siete años que murió tu hermano Cárlos; siete años hace que tú los asesinastes á todos con una chanza.

—Y Laura? y Laura? preguntó Luizzi, cuya razon apenas bastaba á comprender uno por uno aquellos horribles sucesos.

—Laura, respondió el Diablo, ha muerto hace doce horas nada mas: Dios no puede perseguirla mas allá de la tumba, porque ha sido mártir en este mundo. El ultraje que ayer la hiciste fué el último golpe dado á su fatigado ánimo; venia á contarte su vida que tú no hubieras comprendido; supo el motivo por qué no estabas en casa, y el sitio á donde habias ido á sacrificarla. Hace doce horas que la asesinaste.

—Pero aquella mujer que ví aqui anoche....

—Era yo, respondió el Diablo, echándose á reir; tuve piedad de esa mujer y vine á representar la escena que hubiera tenido lugar si Laura hubiera esperado. Me parece que no lo hice mal.

—Y esta carta?

—Es un autógrafo de mi mano; puedes poner un fac-simile en tus memorias.

—Miserable de mí! Cuán miserable soy! esclamó Luizzi. Cuántos crímenes!! y no puedo repararlos!

—Sí puedes, replicó el Diablo acariciando al baron con la llama de sus miradas como la coqueta que trata de persuadir á un nécio; sí puedes, porque aun te quedan que cumplir dos deberes propios de todo hombre honrado: el primero es cuidar de la hija de tu padre que la infortunada Sofia habia colocado en un convento: calcula los sufrimientos que el mundo puede reservarla por los que han esperimentado sus dos hermanas; el segundo deber es vengar á Sofia de la injuria que recibió de los amigos de Mad. de Marignon; injuria que ha sido causa de todo lo sucedido. Pero te atreverás á ello, mi amo?

—Oh! dame el poder que necesito! esclamó Luizzi entre sollozos y gritos de furor; dame el poder necesario y repararé el mal por el mal, porque ya veo que el bien me está vedado. Dime quienes son esas mujeres que con tanta crueldad insultaron á la infeliz á quien he matado.

—Ya te conté la historia de una de ellas.

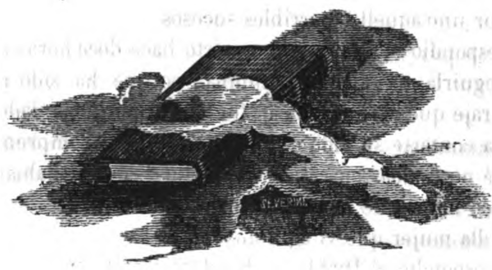
—Pero y la de la otra?

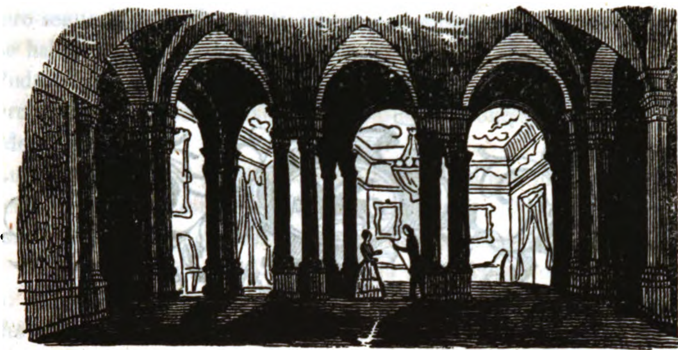
—La de la otra? dijo el Diablo dándose importancia. Aquella cuya historia quise contarte á la una de la mañana, cuando Laura vivia y yo queria interesarte en su suerte?

—Esa misma.

—Pues esa misma, continuó el Diablo, cuya historia te hubiera obligado á echar á correr á casa de Laura para pedirla perdon y para consagrarte á su defensa y salvarla quizá de su desesperacion, si me hubiera escuchado?

—Sí, sí! respondió el baron; habla habla!





XXIII.

Tercer sillon.



POR la postura que tomó el Diablo parecia que iba á empezar un largo relato, y dijo con tono desembarazado:

—Mad. de Fantan, se llamaba en 1815 Madama de Cremancé.

—Su madre! su madre!! Horror!... horror!... esclamó Armando, presa de un temblor convulsivo ante la idea de tanta perversidad.

El Diablo se echó á reir, y Luizzi, anonadado y desconcertado, conoció que su razon se estraviaba, que los latidos de su corazon se debilitaban, y cayó al suelo sin sentido.



XXIV.

Los buenos criados.



Luizzi permaneció, por espacio de treinta y seis dias, privado de conocimiento: como durante este tiempo no habia tomado alimento, al volver en sí se sintió con un terrible apetito. Quiso llamar, pero no pudo mover brazos ni piernas.—Vamos, dijo, he dado otra caida; sin embargo me parece que no me he tirado por la ventana como la otra vez; esto debe ser solamente un enervamiento general.

El baron hizo un nuevo esfuerzo y entonces echó de ver que estaba sólidamente atado á su lecho. Unicamente vió sentada à la cabecera una mujer que mojaba una rebanada de pan en un gran vaso de vino azucarado; aquella mujer se levantó suavemente, le miró, tiró un bocado al pan, un sorbo al vaso y luego se volvió á sentar; colocó á su lado el vaso, cogió un tomo de una novela y se puso á leer mascullando las palabras. Armando se hubiera restregado los ojos para asegurarse si estaba completamente despier-

to; pero segun la espresion de la mujer que mojaba el pan en el vaso de vino se hallábaba *herméticamente* atado.

—Pedro! Luis! esclamó el baron; Luis! Pedro!!

Pero solo le respondieron algunas carcajadas acompañadas de un gran ruido de vasos.

—Luis! Pedro!... Eh! canallas! repitió Luizzi aun con mas violencia.

—Jesus que terrible está, murmuró la mujer.

Y sin levantarse de su asiento, tomó una gran esponja, que la empapó en un cántaro de agua helada y la aplicó vigorosamente al rostro de Armando. Este remedio fué eficaz: hizo reflexionar al baron. Vamos, dijo este, he estado enfermo, he tenido sin duda un ataque cerebral; pero debo estar ya completamente curado, pues no siento mas que un poco de lasitud en el cuerpo, pero sin trastorno ninguno en las ideas. Me acuerdo perfectamente de todo lo que me ha sucedido, como que puedo referirlo de cabo á rabo.

Y contando mentalmente sus recuerdos como el mendigo que cuenta por los dedos su dinero, se puso á hablar en voz alta.

—Me acuerdo perfectamente: Mad. de Fantan es Mad. de Cremancé; Laura es Mad. Dilois: y ha muerto la desgraciada.... la he matado yo!.... Oh! Satanás! Satanás!

—Adios! murmuró la enfermera, ya le vuelve á dar!

—Señor Pedro! Señor Pedro! gritó á su vez.

Y Pedro apareció muy hueco con la bata de su amo, mojando un vizcocho de Reims en un vaso de vino de Champagne.

—Que hay, Mad. Humbert? dijo tambaleándose, con voz balbuciente.

—Lo que hay es que es preciso ir por sanguijuelas. Mr. Crostencoupe ha mandado que, en caso de volverle el delirio se le apliquen setenta á la boca del estómago y que al mismo tiempo se le renueven los *senapismos* en la parte interior de....y en la planta de los pies.

—Vaya que el doctor hace gasto de sanguijuelas y mostaza! dijo el ayuda de cámara. Hace bien el baron en tener monises, porque el doctor Grostencoupe es hombre á propósito para consumirle en recetas todos sus bienes.

—La salud no tiene precio, señor Pedro, replicó Mad. Humbert; la salud es el mejor de los bienes de este mundo.

—Yo mas quisiera estar malo toda la vida que dar treinta sueldos por una maldita sanguijuela.

Ya se conoce que es Mr. Crostencoupe quien pone las recetas. Yo cuando asistí el último enfermo que era hombre solo, no las puse mas que á trece sueldos cada una. Es verdad que el difunto era un curtidor que no habia hecho mas que tres quiebras.

—No fué cosa mayor.

—Me parece que el baron está ya tranquilo. Bien podiais ahorrarle las sanguijuelas:

—No puede ser; si os digo que ha empezado á delirar con esas señoras... ya sabeis. Y ademas, que lo comprado está comprado: no quiero hacer perder la venta al boticario.

—No digo que tengais consideracion con su bolsa sino con su piel. El baron tiene el vientre y el estómago lo mismo que criba: cualquiera creeria que ha pasado las viruelas. Ponedle las sanguijuelas en cuenta, pero no se las pongais en el estómago.

—Voy á seguir inmediatamente vuestras órdenes; pero lo malo será si Mr. Crostencoupe lo sabe mañana, ese hombre lleva cuenta de las picaduras y es preciso que le salga corriente. A propósito, traed un ciento de sanguijuelas en lugar de setenta porque siempre hay algunas que no agarran....

—Y que os llevais á casa para venderlas á vuestros parroquianos.

—No, que las dejaria para que se pasearan aquí baston en mano. Oid, Mad. Humbert, me ocurre una idea.

—Qué hay?

—Vos que asistís á tantos enfermos ¿habeis visto á las sanguijuelas hacerse el amor?

—Quereis callar, animalazo? dijo Mad. Humbert pudificando su voz. Id á buscar lo que os he dicho y traedme un vasito de vino y un vizcocho, que tengo ya el estómago en los talones.

—Quereis Champagne?

—Gracias, no me gusta la espuma porque se me acida el estómago. Dadme siempre lo mismo.

—Burdeos?

—Sí.

—Vaya un gusto! el Burdeos es un brebage que dá sueño.

—A propósito, no se os olvide el café, que me estoy cayendo de sueño.

—Bien, bien: se os va á dar lo que necesitais: yo mismo voy á traéroslo, pues Luis irá á la botica.

—El cochero? pues si no se le ha pasado aun la media chispa que tomó esta mañana.

—Eso no importa: nunca conduce mejor que cuando está completamente achispado, y ya veis que estándolo á medias no se portará tan mal.

—Vos no teneis mal vino tampoco, porque estais bastante complaciente.

—Pues qué, estoy achispado por ventura?

—Enteramente no; pero os brillan los ojos como candilejas.

—Es para veros mejor, Mad. Humbert, dijo el ayuda de cámara acercándose á la enfermera que, contra lo que suele suceder, no era vieja ni fea: tenia sobre treinta años, un buen ver y estaba bien mantenida. No merecia tanto el señor Pedro.

—Vaya, vaya, señor Pedro, que teneis un niño muy amoroso.

—Si vos quisiérais serlo un poquito.

—Y qué diria Mr. Humbert?

—Calla! pues que hay con Mr. Humbert?

—Muchas gracias! Que si le hay? Y por qué creeis que me llamo Mad. Humbert? Habeis visto en el almanaque ó en el cartapacio de algun memorialista mi apellido?

—Vamos, no os enfadeis. Hay tantas casadas que no tienen marido!

—No digo lo contrario; pero tened entendido, señor Pedro, que yo no soy de la categoría de esas mujeres.

—Y eso qué importa? replicó Pedro.

—Eh! bruto! id á buscar las sanguijuelas. Si empezais con esas, os aplico una á la punta de la nariz.

—Aplicadme vuestra boca en su lugar.

—No digais bestialidades.

—Mas quisiera hacer que decir.

—Bribon! esclamó Luizzi irritado.

Esta palabra detuvo de repente al ayuda de cámara en su empresa amorosa. Pedro permaneció un instante asustado, pero luego se echó á reir diciendo:

—Qué borrico soy! No me acordaba ya que está loco.

—Mas loco aun sois vos. Oíd, están dando las doce: se va á cerrar la botica y me voy á quedar sin sanguijuelas.

—Se van á traer volando, dijo Pedro.

Y salió echando un tierno beso con los dedos á Mad. Humbert.

—Que poltronazo, murmuró la enfermera; si yo tratára de echarme un amante, le buscaría mas activo que tú.

Esta reflexion no impidió á Mad. Humbert arreglar la mesa que estaba al lado del lecho del baron y acercar dos buenos sillones, señal inequívoca de que esperaba pasar aun algunos momentos mas con el galante ayuda de cámara.

Nuestros lectores estrañarán el silencio guardado por Luizzi durante aquella conversacion; pero nuestros lectores recordarán que no era aquella la primera ocasion en que Luizzi se habia hallado en situacion semejante, teniendo tras de sí una parte de su existencia desnuda de recuerdos. La esponja empapada en agua de nieve que se le habia aplicado al rostro y la amenaza de ponerle setenta sanguijuelas, le habian advertido que seria tratado como loco, por poco que se alterase; ademas conocia que, en su ignorancia de lo que le habia pasado despues de su última entrevista con el Diablo, podia haber dicho tales cosas que verdaderamente se le hubiese creido falto de razon; así pues, prefirió guardar silencio y escuchando y reflexionando á la vez, buscó un medio de salir de la penosa posicion en que se le habia colocado. Así que quedó sola Mad. Humbert, creyó llegado el momento oportuno, y para probar á la enfermera que se hallaba con toda su razon, dijo con acento débil:

—Mad. Humbert, tengo sed.

—Jesus, que cuba es ese hombre! murmuró la enfermera; si no hace cinco minutos que os he dado de beber.



—Perdonad, Mad. Humbert, hace ya mas de cinco minutos, porque habeis estado media hora hablando con Pedro, dijo Luizzi con dulzura.

—Calla! dijo Mad. Humbert tomando una bugia para ver mejor al baron; calla! cualquiera diria al oirle hablar asi, que está en su juicio cabal.

—Estoy en mi cabal juicio, Mad. Humbert; y una prueba de ello es que os suplico que tengais la bondad de desatarme un brazo para que pueda beber yo mismo.

—Bueno, bueno! replicó la enfermera, ya tenemos la misma cancion que el otro dia para luego tirarme á los hocicos la tisana y arrancarme una papalina que aun no hacia un año me había costado seis francos. Tomad, bebed y callaos.

—Os juro, Mad. Humbert, que no os haré ningun daño, y que tengo mi razon completa.

—Bebed, que esto es bueno, y dormid despues.

—Qué hay? preguntó Pedro entrando con una botella sujeta en cada brazo, una fuente de azúcar en una mano y una bandeja de vizcochos en la otra.

—Lo que hay, respondió Mad. Humbert, volviéndose en el instante de presentar una taza de tisana al enfermo; lo que hay es que está en uno de sus momentos lucidos y que me pide que le suelte.

—No le hagais caso, dijo Pedro; acordaos si no, de la otra vez que nos vimos negros para volverle á la cama, y me atizó á mí una docena de puntillazos.

—No te quedarás sin otra docena asi que me levante, bríbon, replicó Luizzi irritado.

El ayuda de cámara se colocó á los pies de la cama de su amo sin soltar las botellas, la fuente y la bandeja, miró al baron con un gesto un si es no es vinoso, y dijo con mucha gracia.

—Gracias por la propina!

—Miserable! esclamó el baron, haciendo un violento esfuerzo para levantarse.

Al hacer este movimiento derribó la taza que le acercaba Mad. Humbert. La enfermera dijo irritada:

—Es preciso estar mas loco que el loco mismo para exasperarlo asi. No quedaba ya mas tisana que esta, y yo la traia para que pasára con ella la noche; ahora tengo que hacer otra, ó tiene que pasarse sin ella.

—Toma! pues que se pase, dijo Pedro.

—Ya, si no hubiera mas que eso.... Va á ahullar de sed toda la noche, y no me va á dejar pegar los ojos. Pero no importa: hay una cafetera de agua á la lumbre y voy á echar la cicuta.

—Oid, dijo Pedro: esa cafetera debe servir primeramente para disolver esos terronazos de azúcar.

—Para qué? replicó Mad. Humbert.

—Además de la botella de Burdeos traigo otra de riquisimo coñac, con el

cual vamos á hacer una fuentecita de aguardiente quemado que nos embaularemos sin tenedor.

—Qué aficion teneís al aguardiente quemado! dijo Mad. Humbert; todas las noches lo mismo! Vais á quemaros el cuerpo y el alma como si fuérais un paquete de estopa.

—Ya está prendido el fuego, replicó el ayuda de cámara haciendò una caricia á Mad. Humbert.

—Volveis á vuestras tonterías? dijo ésta.

—Hablo del fuego del ponche, replicó Pedro con maligna sonrisa; mirad, mirad que llama azul tan hermosa.

—Es verdad; os pone verde; pareceis un difunto....

De repente exhaló Mad. Humbert un agudo chillido y añadió verdaderamente asustada:

—Jesus! qué bruto sois, Pedro; no apagueis las bugías que me dais un miedo atroz.

El ayuda de cámara queriendo lucirse con una gracia, habia dado un soplo á las bugías y se habia colocado tras de la llama del ponche. Su rostro iluminado por aquella siniestra luz parecia teñido de un color nervioso y los horribles gestos que hacia para realzar la gracia le prestaba un aspecto espantoso. Un sonido ronco y prolongado se exhalaba del pecho de Pedro tanto que Mad. Humbert en estremo espantada, dijo:

—Basta, Pedro, basta; volved á encender las bugías.

—Huuuu!... hizo Pedro con acento sepulcral.

—Que horror! esclamó la enfermera; vamos, no hagais barbaridades.

—Huuuu!... repitió Pedro con acento aun mas lúgubre.

—Si no dejais eso voy á llamar, dijo Mad. Humbert dirigiéndose temblando á la puerta.

—No podeis salir de aquí, murmuró Pedro con voz cavernosa; vengo del infierno á donde os voy á llevar á vos y á vuestro enfermo.

—Quereis callar? esclamó la enfermera. Pedro! Pedro! no digais eso.

—Yo no soy Pedro, soy el Diablo.

—Eres tú, Satanás? preguntó Luizzi cuya imaginacion trastornada por una larga enfermedad debia dejarse llevar de una escena que, sin embargo, para él nada de sobrenatural tenia.

Al oir esta interpelacion, el ayuda de cámara y la enfermera lanzaron un grito y se arrimaron uno á otro en tanto que Luizzi continuaba en su delirio:

—Satanás, ven; ven, Satanás, que yo te llamo.

—Buena la habeis hecho! dijo Mad. Humbert temblando. Hacia ya mas de ocho dias que no habia estado tan malo como nos le habeis puesto ahora. Ya empieza á invocar otra vez al Diablo como un desesperado.

—Hubiera sido bueno que se hubiera aparecido el Diablo, dijo Pedro procurando en vano dar un tono de seguridad á su voz.

—Vaya; replicó Mad. Humbert con impaciencia, acabemos de tonterías, que sino voy á llamar á alguien.

Y volvió á encender las bugias mientras llenaba de aguardiente quemado los vasos el ayuda de cámara.

—Tomad, la dijo este; así se os pasará el miedo que seguramente es atroz.

—No os hagais el valiente, replicó la enfermera, porque estais mas blanco que la nieve. Dadme un vasito. Jesus! me he asustado tanto al oirle llamar al Diablo, que todavia me tiemblan las piernas.

Y en esto se sentó al lado de la mesa; Pedro se colocó junto á ella y la dijo escanciándola un vaso de ponche:

—Es acaso esta la primera vez que oís al baron llamar al Diablo?

—No por cierto, respondió Mad. Humbert, apurando á traguitos su vaso, porque al principio de su enfermedad no hacia otra cosa.

La especie de alucinacion que el baron esperimentára se habia disipado en vista del miedo del ayuda de cámara y la enfermera. Persuadido Armando de no obtener nada de ellos hablándoles razonablemente, se resignó á guardar silencio, decidido á escuchar tranquilamente su conversacion, versára sobre lo que versára, esperando saber algo acerca de su posicion.

—No es mala locura imaginarse un hombre que tiene á sus órdenes al Diablo! dijo Pedro.

—Locuras hay aun mas raras que esa, repuso la enfermera; yo misma puedo daros fé de ello, pues serví por espacio de un año á una jóven gascona que se imaginaba haber parido una niña y haber estado siete años encerrada en un subterráneo.

A pesar de su resolucion de callar, tal fué la sorpresa que Luizzi esperimentó al oir aquella revelacion, que no pudo menos de preguntar de repente:

—Se llamaba Enriqueta Buré?

La enfermera retrocedió violentamente, y Pedro la dijo:

—Qué teneis?

—Asi se llamaba aquella jóven, respondió la enfermera. Cómo sabe su nombre vuestro amo?

—Como que es gascon, puede haberla conocido en su pais. Dejadle charlar solo y contadme esa historia.

—No sé mas que aquella jóven ha venido aqui, acompañada de un caballero de su familia. Lo que sí puedo deciros es que no es de las locas mas malas, porque desde la mañana á la noche no hace mas que escribír su historia.

Luizzi esperimentó un verdadero espanto al oir aquella conversacion, porque reflexionó que por medio de una suposicion de locura se podia ahogar para siempre la revelacion de ciertos crímenes. Consideró en que él mismo

pasaba por insensato, y que tal vez se hallaba entre personas interesadas en acreditar aquella opinion. Acababa de saber que habia padecido una enfermedad en que habia reinado el delirio muchos dias. Durante este tiempo era muy posible que hubiera contado las aventuras de Mad. du Bergh y de Mad. de Fantan: podian haberlo sabido estas dos mujeres, y en tal caso no era dudoso que pretendiesen hacerle pasar por loco. Tambien temió que como aquellas mujeres tenian interés en sostener siempre tal suposicion echasen mano de todos los medios para hacer desaparecer á un hombre que poseia el secreto de todas sus infamias.

El silencio que siguió á la respuesta de Mad. Humbert, habia dado al baron tiempo suficiente para hacer todas estas reflexiones. Aquel silencio habia dado asimismo tiempo á la enfermera para absorver algunos vizcochos mojados en el ponche.

—Es muy estraño, dijo Pedro, que una persona pierda asi de repente el juicio.

—No habia dado señales de locura vuestro amo antes del mes y medio que lleva malo?

—No, respondió Pedro. No hacía mas que quince dias que yo estaba á su servicio: en ese tiempo era un hombre como cualquiera otro, como no fuera la costumbre que tenia de hablar solo cuando se encerraba en su habitacion.

—Y no os hizo sospechar eso? replicó Mad. Humbert.

—No por cierto, respondió el ayuda de cámara: precisamente me habia salido pocos dias antes de casa de un diputado que pasaba todo el dia en perorar delante un gran espejo colocado en frente de una tribuna que habia hecho construir en el salon para ensayar sus discursos.

—Debia ser muy babieca, repuso Mad. Humbert.

—Al contrario, respondió Pedro; es un abogado de gran reputacion y que pasa por hombre de un talento desecho.

—No lo dudo; pero debe ser muy borrico el hombre que, colocado delante de un espejo se pone á perorar á sí mismo.

Luizzi, que veia la conversacion tomar un camino distinto del que le interesaba, trató de hacerla girar nuevamente sobre él, y pidió otra vez de beber.

—Qué sediento está esta noche! dijo de mal humor la enfermera.

—La tisana que le habeis dado debe haberle refrescado muy bien: como que cayó toda en las sábanas.

—Toma, pues es cierto: no me acordaba ya de hacer otra. El caso es que no hay ya agua caliente y tengo que volver á encender el fuego.

—No os molesteís, Mad. Humbert, que yo lo compondré todo. Dónde están los yerbajos que hay que echar?

—Allí á la izquierda, sobre la chimenea, junto á esa campanilla de plata tan rara.

Al oir Luizzi esta palabra, alzó la cabeza y vió su talisman. Su primer sentimiento fué el de una viva satisfaccion; pero reflexionó poco á poco acerca de la situacion á que le habian conducido las confidencias del Diablo, y se propuso no volver á recurrir á ellas. Entre tanto, Pedro preparaba la tisana y Mad. Humbert continuaba gustando el aguardiente quemado cuando entró el cochero con una redoma de sanguijuelas en una mano y un papelon de arina de mostaza en la otra, lo cual fué mas poderoso que todas las reflexiones para imponer silencio y quietud á Luizzi. Este tembló al pensar que se le iban á aplicar tales tópicos, y á fin de que aquellos dos escelentes servidores no entrasen en ganas de prestarle sus auxilios, fingió que dormia. Para que se creyera mejor empezó á roncar.

—Calla! dijo el ayuda de cámara volviéndose. Lléveme el diantre si no tiene ya el estertor.

—No hay duda, repuso el cochero adelantándose hácia la cama.

—No puede ser! replicó Mad. Humbert incorporándose un poco en su sillon.

—Yo no lo estrañaré, dijo Pedro que á su vez se acercó á examinar al enfermo. Hace ya mas de ocho dias que nos echa unos ojos tán relucientes. Tomadle el pulso.

Mad. Humbert se levantó; pero como el aguardiente quemado hubiese obrado mas de lo que ella esperaba, llegó tambaleándose al lecho, y en lugar de tomar la muñeca del enfermo para buscar el pulso que latia con vigor, colocó el dedo sobre el anverso de la mano. No sintiendo, pues, la pulsacion de la arteria, dijo con tono doctoral:

—Es cosa hecha.

—*Requiescat in pace*, murmuró Pedro echando la sábana sobre el rostro del baron. Yo ya he hecho mi negocio.

—*De profundis*, respondió el cochero con acento nasal. Los caballos se han comido ya toda la paja y la cebada.

—Como eso! dijo Mad. Humbert. No toqueis á nada porque yo soy responsable. El dinero contante ya es otra cosa.

—No hay ya dinero contante, replicó Pedro.

—Qué sabes tú? preguntó el cochero; acaso has visitado las cómodas?

—Cuando te digo que me consta que no hay dinero....

—Ya lo veremos, murmuró el cochero. Los comisarios de policía se han hecho para los que tienen las uñas largas. Si no me das en el acto mi parte te denuncio á la autoridad.

—Anda, denúnciame, que ya veremos si los caballos se han comido en mes y medio seiscientas cargas de paja y veinte sacos de cebada.

—Tiene razon Pedro, dijo Mad. Humbert. Ya que él no se mete en las cosas de la caballeriza, no os metais vos en las de la cámara.

—Cuánto habeis recibido adelantado porque os agregueis á su partido?

—Yo no he recibido nada, lo ois? Soy una mujer honrada y nunca tomo mas que lo que me dan los enfermos El señor Pedro es testigo de que hace un instante me ha mandado el difunto media docena de cubiertos en recompensa de los buenos cuidados que no he cesado de prodigarle.

—Y os los ha mandado por escrito? dijo Pedro.

—Cómo me los habia de mandar por escrito si está *herméticamente* atado?

—Pues bien, repuso el cochero: como no tengais mas cubiertos que esos correís riesgo de serviros la comida con los dedos.

—Lo que es que se los ha mandado, es cierto. Y es lástima que á ese hombre no se le haya ocurrido hacer testamento, porque en ese caso estoy seguro de que nos hubiera dejado á todos un diario.

—Es muy posible, dijo Luis; porque era un poco bestia; pero á lo hecho pecho: no pensemos mas en el asunto y procuremos arreglarnos como personas honradas.

—Es lo mejor, respondió Pedro, sentémonos y hablemos bajo no sea que nos oiga el groom.

—No hay cuidado, ha quedado roncando sobre el canapé, y si despierta, en lugar de venir á interrumpirnos irá á meterse en la cama.

—Cierra bien la mampara, dijo el ayuda de cámara, y celebremos consejo.

Luizzi conoció en el movimiento de las sillas que los tres nobles interlocutores habian tomado asiento alrededor de la mesa, y el choque de los vasos le manifestó que habia empezado el ejercicio del aguardiente quemado.

—Vamos, sé franco, Pedro, cuánto has encontrado en las cómodas? preguntó Luis.

—He hallado, respondió el ayuda de cámara, diez mil quinientos francos y ni un sueldo mas.

—Palabra de honor?

—Palabra de honor. Y tú cuantos has sacado de paja y cebada?

—Mil ciento veinte y dos francos.

—Eso es muy poco, dijo la enfermera.

—Toma, cada uno pone lo que tiene, replicó el cochero.

—Buena herencia vamos á cojer, para ser el difunto un hombre millonario! murmuró Mad. Humbert.

—Es lástima, añadió Luis, que no haya hecho un buen testamento, pues nos tendria mas cuenta. No habria medio de hacer un testamento?

—Yo casi no se escribir, dijo Pedro; ademas el señor tenia una letra endemoniada.

—La teneis por ahí á mano? preguntó Mad. Humbert.

—No, respondió el ayuda de cámara; solo la conozco de haberme mandado el señor algunas veces con billetitos.

—Vive Dios que son dichosas las personas instruidas! dijo Luis dando un golpe sobre la mesa. Me dá rabia el pensar que tal vez pierdo un capital por no haberme enseñado siquiera á escribir los bribones de mis parientes.

Luzzi, á pesar de la repugnancia con que escuchaba aquella conversacion, concibió una esperanza al oir hablar del testamento. En el momento de dar violentamente en la mesa el cochero, dejó escapar un prolongado suspiro, y los tres interlocutores prestaron atencion aterrorizados.

—Luis, Pedro! murmuró con dulzura el baron.

—Pues no ha muerto, dijeron en voz baja los buenos servidores, y Pedro que era el que mejor se tenia sobre las piernas, empezó á separar la ropa que cubria el rostro de su amo.

—Ah! eres tú, mi buen Pedro? dijo Luzzi como si volviera entonces á su acuerdo. Dónde me hallo? qué me ha pasado?

—Calla! murmuró Mad. Humbert; cualquiera diria que ha recobrado la razon.

—Quien es esa señora? preguntó el baron dirigiéndose á Pedro.

—Soy vuestra enfermera, respondió Mad. Humbert saludando.

—Segun eso he estado muchos dias de peligro? replicó el baron.

Los criados, dudando que su amo hubiese recobrado verdaderamente la razon, se miraron uno á otro. Sin embargo, Luis respondió:

—Hace mes y medio que estais en cama, señor baron.

—Y durante todo eso tiempo habeis velado junto á mí, no es verdad, hijos mios?

—Sí, señor, respondió Pedro; no nos hemos acostado desde que caisteis malo.

—Vuestro celo, dijo Luizzi, tendrá su recompensa, bien sea que yo me salve, ó bien que sucumba pues me siento muy débil.

—Acabo de traer sanguijuelas; si quereis que se os apliquen, tal vez os repondreis con ellas.

—Me parece que son inútiles, respondió Luizzi. Lo que quisiera antes de todo es escribir cuatro letras á mi notario.

Los criados se miraron.

—No creo que mi muerte esté tan próxima, añadió el baron; pero al fin como no sé lo que puede suceder, quisiera arreglar mis cosas. No os olvidaré á vosotros, hijos mios, no os olvidaré.

La astucia de Luizzi, por mas grosera que fuese, tuvo muy buen efecto. Se dirigia á la codicia y es preciso conocer que si esta pasion es una de las mas diestras en crearse medios de triunfar cuando obra por sí sola, es tambien la que con mas facilidad se deja cojer en la red menos disimulada. esta es propiedad de todos los instintos voraces, tanto físicos como morales.

El deseo que el baron acababa de manifestar fué satisfecho inmediatamente. Sin embargo, Armando notó que Pedro y Mad. Humbert cuchichea-

ban en voz baja, mientras Luis le daba recado de escribir. Un nuevo temor se apoderó del baron: si mandaba llamar al notario y le confiaba un testamento, debia temer que los miserables que le rodeaban, persuadidos de que aquel instrumento encerraba disposiciones favorables á ellos, tratasen de apresurar el momento de aprovecharse de ellas. En vista, pues, de este nuevo peligro, se detuvo buscando medios de prevenirle.

—No escribís, señor baron? le preguntó Luis examinándole.

—Toma! replicó Pedro, cómo quieres que escriba si no tiene las manos libres.

Y en seguida se acercó al lecho y separando la ropa, soltó los lazos que sujetaban las manos del baron. Luizzi sacó fuera del lecho las manos con alegria infantil; pero esta alegria desapareció al ver la horrible flacura de sus brazos. El enfermo, cuyo rostro enflaquece de dia en dia y que contempla en un espejo los estragos de su enfermedad, conoce con dificultad la alteracion gradual de sus facciones; pero el enfermo que se ve de repente, tras largo tiempo, y descubre el estado á que el mal le ha reducido, suele esperimentar un terror mas fatal aun que el mismo mal. Así sucedió á Luizzi: apenas vió sus brazos, esclamó aterrorizado:

—Un espejo! dadme un espejo!

El obsequioso servilismo en que se habia trocado en el alma de los criados la ignoble indiferencia que antes mostraban, no resistió á este deseo de baron: Mad. Humbert trajo un espejo y le colocó sobre la almohada de Armando. Al ver este ru rostro pálido, su barba larga, su cabello desordenado, sus ojos oscos y encendidos por la calentura, su nariz afilada, y sus labios blancos, permaneció inmóvil contemplándose un momento: el pretendido valor de que tan provisto se creia nuestro héroe se desvaneció de repente.

—Dios mio! Dios mio! esclamó Armando prorrumpiendo en llanto.

En seguida soltó el espejo y cayó sobre el lecho abatido y desesperado, dejando correr de sus ojos copiosas lágrimas que no trató de ocultar á la ávida curiosidad de sus criados, porque en aquel instante pudo mas su cobardía que su vanidad. La vanidad es el valor de la mayor parte de los hombres. Al parecer, los buenos servidores de Luizzi se alarmaron verdaderamente en vista de aquel espasmo de debilidad, pues Mad. Humbert dijo al baron con la dulzura que la fué posible:

—No quereis escribir al notario, señor baron?

—Segun eso, estoy muy malo? preguntó Armando á la enfermera, mirándola con inquietud.

—No, señor, no; pero la precaucion nunca está demas, y es menos sensible morir despues de ponerse bien con los hombres y con Dios.

—Con Dios! murmuró Luizzi prorumpiendo en lágrimas; con Dios! reconciliarme yo con Dios! nunca, nunca, porque el infierno se ha apoderado de mí, y....

—Adios! ya le dá otra vez, dijo Pedro; era una mejoría aparente. Vamos, es preciso volver á atarle.

—Ah! esclamó Luizzi casi llorando, no me ateis, yo os lo suplico; no diré nada, pero no me ateis. Voy á escribir al notario.

Esta nueva pramesa hizo aun su efecto, y Luizzi tomó la pluma que se le presentaba; pero no veia el papel: su mano no sabia conducir la pluma. Al fin, trazó algunas palabras y cayó sobre el lecho, debilitado por este último esfuerzo.

—Despáchate, Luis, dijo Pedro en voz baja; no hay que perder tiempo.

El cochero salió con rapidez cerrando tras sí la puerta con fracaso.

—No me dejeis solo, esclamó Luizzi; no me dejeis solo.

Pedro y Mad. Humbert se sentaron en silencio al lado de la cama, observando los menores movimientos del enfermo y apresurándose á arreglar la almohada y á colocar del mejor modo posible al baron.

Mientras Luizzi escribia, Pedro arregló la habitacion, de modo, que cuando aquel volvió á mirar á su alrededor, no vió ya señales de la orgía nocturna de que habia sido testigo. Su cabeza se hallaba debilitada por el mal y por el choque de vivas impresiones causadas por la escena vergonzosa que acababa de tener lugar, y con dificultad podia Luizzi recordar lo que habia visto, tanto que llegó á creer que todo habia sido efecto de su delirio. En esta creencia, se entregó á un sueño febril, en que unas veces contemplaba el saqueo de su casa, y otras se veia perseguido por enjambres de sanguijuelas. Al fin le rindió el cansancio, y quedó completamente dormido; cuando despertó empezaba á despuntar el dia.

El sonido de la campanilla de su habitacion, agitada con violencia, le arrancó de su sueño, y vió entrar á Pedro, que dijo en voz baja á Mad. Humbert:

—Ahí está el notario.

Un momento despues entró Luis, y la enfermera le dijo, tambien en voz baja:

—Duerme.

El baron determinó aprovechar el error de sus criados para saber lo que habia pasado durante la noche, y en su consecuencia, se puso á escuchar lo que aquellos hablaban entre sí.

—Cuánto has tardado! dijo Pedro á Luis.

—Es que no estaba en casa el notario: me dijeron que habia ido á un concierto al arrabal de San German, y tuve que ir desde el *boulevard* á la calle de Babilonia. Pregunté allí por él y me dijo un lacayo que no le habia encontrado en el salon. Iba ya á volverme, cuando un cochero amigo mio, que me preguntó á quien buscaba, me respondió que acababa de ver partir el carruage del notario, quien habia dado órden de que se le condujese á la plaza Real á casa de un cliente suyo que daba un gran baile. Eché á correr

allá, y al fin le encontré, con tres ó cuatro mas, sentado á una mesa jugando al ecarté. Tuve que esperar mas de hora y media, porque el juego era acalorado; pero al cabo pude atraparle al paso, y ya le teneis aqui.

—Corriente, dijo Pedro; ahora nos habríamos lucido si hubiera vuelto á recaer el baron.

—Ha notado algo? preguntó Luis.

—Nada respondió el ayuda de cámara; ha creido que estábamos velando.

En este instante se oyó ruido en el salon y entró el doctor Crostencoupe seguido del notario Bachelin.

—Si os digo que es imposible; decia el doctor con tono imperativo; esos imbéciles habrán tomado un instante de locura tranquila por un retorno á la razon; hay encefalitis aguda y persistente, por lo cual sostengo que estamos muy lejos de mejoría.

—Demonio! murmuró el notario; hacerme levantar tan temprano para eso, Al que ha empleado gran parte de la noche en sus asuntos no le gusta que vayan á despertarle al amanecer.

—Teneis mucha razon, respondió el médico; pero vuestra presencia aqui es, á mi entender, enteramente inútil.

—Lo sentiria en el alma, dijo el notario; veamos sin embargo á Mr. de Luizzi y sepamos como está.

Ambos se acercaron al lecho y Luizzi abrió los ojos para ver al médico á quien estaba confiado. Era este un hombre muy alto, de frente calva aunque no parecia de mucha edad, vestía elegantememente y su cabeza tenia una apostura teatral.

Colocóse al pié del lecho del baron, y mirando á éste fijamente con un lijero fruncimiento de cejas, tendió hácia él el dedo y dijo con mucho énfasis:

—Mirad: las megíllas están prominentes; la color purpúrea, los ojos rojos y animados, el globo del ojo en rotacion, el movimiento respiratorio es irregular y tembloroso, y la piel está halituosa: la enfermedad no ha perdido, pues, nada de su intensidad.

—Me parece que os equivocais, doctor, replicó tímidamente Armando.

—Mírad, dijo Mr. Crostencoupe sonriéndose; todavia delira; dice que me eqnivoco.

—Os juro, doctor, añadió Luizzi, que he recobrado todas mis facultades, y voy á probároslo diciéndoos las razones que he teuido para llamar á mi notario.

Y el baron se puso á contar al médico el modo que habian tenido de cuidarle sus criados y sus proyectos en caso de su fallecimiento.

—Jesus! Jesus! esclamó Mad. Humbert; qué calumnia! Yo he pasado tranquilamente la noche, y he tenido que despertar á Luis, que dormia en la antecámara.

—En prueba de que nada de eso es cierto, añadió Pedro, regístrense las cómodas y se verá que nada falta en ellas.

—Basta, basta, dijo Mr. Crostencoupe; no teneis necesidad de justificaros. No cabe duda que continúa la locura.

—Vos sí que estais loco, esclamó Luizzi incorporándose furioso sobre la almohada.

—Qué es eso, le habeis desatado? preguntó el doctor viendo aquel movimiento.

—Qué habiamos de hacer, si se empeñó en escribir al notario? respondió Mad. Humbert.

—Vamos, volvedle á atar, dijo el doctor.

—No os acerqueis, miserables; esclamó Luizzi cada vez mas furioso.

—Vaya, vaya, repitió el médico; no hagais caso de sus gritos.

—Qué es eso? qué hay? preguntó el notario despertando sobresaltado, pues fatigado durante la noche que acababa de trascurrir en lo que él llamaba sus asuntos, se habia dejado rendir por el sueño sobre el sofá mientras hablaba Luizzi.

—Dios mio! esclamó el médico; vuelve el delirio con mas violencia que nunca.

—Mr. Bachelin, protegedme, murmuró Luizzi; este es un asesinato premeditado.

—Ya lo veis, dijo el notario: está completamente loco.

—Mandadme otro médico, continuaba Luizzi, pues no conozco á este que debe ser un intrigante y un miserable; me hallo en manos de personas que especulan con mi muerte.

—Atadle mas fuerte que antes, decia el doctor, mientras que el baron se defendia lo mejor que le era posible. Al fin, agotadas sus fuerzas, sofocado por la desesperacion, cayó jadeante sobre el lecho.

—Pobre hombre! dijo el notario mirándole; yo que le he visto tan gallardo y tan guapo! Buena herencia ván á cojer los Cremancé.

—Nunca, esclamó Armando; nunca pasarán mis bienes á manos de la familia á que pertenece la infame Mad. de Fantan.

—Adios! ya vuelve á su tema, dijo el doctor; retiraos, caballero, pues la idea de hacer testamento solo sirve para exasperarle mas y mas.

El notario dirigió una mirada compasiva á Luizzi y se retiró llevándose la última esperanza de este desgraciado.

El médico asi que quedó solo, añadió dirigiéndose á Mad. Humbert.

—Y qué efecto han producido esta noche las sanguijuelas y los sinapismos?

—Como ha pasado la noche muy tranquilo no le he aplicado nada.

—Tranquilo? Mucho lo dudo, pues el pulso está mas alterado que nunca. Es preciso que se los apliqueis inmediatamente: ponedle cien sanguijuelas.

—Muy bien, contestó Mad. Humbert.

—Yo volveré á la noche, y veremos como está, añadió el doctor y se marchó en seguida.

Asi que desapareció el médico, se miraron mútuamente los criados, al parecer interrogándose: pero á una señal de Pedro, salieron por su turno y quedó Luizzi solo en la habitacion.

El desgraciado baron se vió solo en presencia de sus reflexiones. Se hallaba entre las manos de un verdugo ignorante que por precision debia matarle con sus remedios, y en poder de unos criados cuyos criminales proyectos habia manifestado sin lograr persuadir á nadie y que tenian interés en que no se restableciera para esquivar el castigo que podia hacer recaer sobre ellos. Luizzi se creia perdido: no tenia medio de pedir amparo á sus amigos, y ademas á quien podia dar este nombre? Sus criados celebraban un conciliábulo en la antecámara para consumar un crimen que ya era indispensable. Qué hacer? qué iba á succder? á quien dirigirse? al Diablo? Luizzi retrocedió ante la idea de ponerse en relaciones con aquel agente infernal. No era el Diablo quien le habia colocado en aquella situacion? Y si le sacaba de ella ¿no seria tal vez para colocarle en otra peor? Sin embargo, este era su último recurso, y abandonado como se hallaba de todo socorro humano, llamó á Satanás.—Satanás no parecia y Luizzi conoció que hasta aquella esperanza le era vedada. La soberana campanilla se hallaba fuera de su alcance y tan imposible le era hacerse obedecer de su esclavo infernal como de sus criados humanos.

Merced á esta imposibilidad, la esperanza que á falta de otra, habia pues to en Satanás le pareció un recurso seguro que le estaba prohibido, y la deseó con tanto mas ardor cuanto que no podia hacer uso de ella; deploró amargamente el no haber aprovechado los momentos en que sus criados le obedecian para pedirles su talisman y esclamó en un momento de rabia:

—Ah! daria diez años de mi vida por tener en mi poder esa campanilla.

—De veras? dijo el Diablo apareciendo de repente á los pies de la cama.

—Ah! eres tú, Satanás? le preguntó Luizzi; sálvame.

—Y me darás diez años de tu vida?

—No me has quitado ya bastante?

—No tantos como necedades has hecho.

—Tú, infame, tú eres quien me has obligado á hacerlas.

—Obedeciéndote.

—Ocultándome la verdad.

—Diciéndotela. Has de tener entendido, baron, que el que ha hecho este mundo es un hábil artista. Si ha puesto párpados sobre los ojos del hombre, ha sido para que el hombre no ciegue con la claridad del sol. Si le ha hecho ignorante, crédulo y espuesto al error ha sido para que no dejenere en idiota y loco ante la radiante luz de la verdad.

—Si es así, nada tengo que pedirte.

—Eres muy dueño.

—Puedes salvarme del peligro en que me hallo?

—Puedo.

—Pues bien, dame esa campanilla.

—No haré tal; aprovecho la ocasion para ser libre.

—Pues entonces, por qué has venido?

—Porque me has hecho un ofrecimiento ventajoso.

—No quiero llevarle á cabo.

—Eres muy dueño.

—Diez años de mi vida! esclamó Luizzi dolorosamente; nunca!

—De qué te ha servido la vida para que la escatimes tanto?

—Por lo mismo que de nada me ha servido, quiero escatimar lo que me resta.

—Pues bien, en cambio de esa respuesta voy á darte un consejo saludable. Acabas de decir la mejor de las verdades: el hombre escatima la vida segun el buen ó mal uso que de ella ha hecho: cree siempre que mañana alcanzará lo que hoy ha perdido y va tras una cosa que ha dejado siempre tras sí.

—Siempre eres el mismo, Satanás; siempre predicando moral. Veamos el consejo que quieres darme.

—Cásate, dijo el Diablo.

—Casarme! esclamó Luizzi.

—Sí, mi amo; si no te hallaras solo en este instante, no te pasaria lo que te pasa.

—Me tiendes un lazo?

—Te propongo un convenio. Cásate y te curo de valde.

—No seria mal presente una mujer venida de tu mano.

—La elegirás tú y yo no me mezclaré en nada.

—Bien sabes tú que erraré en la eleccion.

—A fé de Satanás te digo que no he pensado en tal cosa, aunque las ventajas estan de mi parte. Eres vano, fragil y rico, y no dudo que darás con una bribona.

—Y qué plazo me señalas?

—Seis meses.

—Y si me caso, qué ventajas hallarás tú?

—Rescato mi libertad, respondió el Diablo sonriéndose: tu mujer te dará bastante que hacer para que no te ocupes mas de mí. Eres orgulloso y la buscarás linda: por consecuencia serás celoso, que es una gran ocupacion. Eres débil, y por consiguiente serás esclavo de todos sus caprichos; y como eres rico, tu mujer tendrá tantos que no podrás perder tiempo conmigo.

—Aprovechas la ocasion, Satanás; si yo tuviera mi campanilla no te atreverias á hablarme de ese modo.

—Ya ves que no soy tan Diablo como se cree, pues obro como un hombre.

—Estoy seguro de que tu consejo es una perfidia.

—San Pablo ha dicho: *Melius est nubere quam uri*, mejor es casarse que arder.

—Pero en resúmen, estoy destinado á morir aquí?

—Quien sabe!

—Eres muy sutil, Satanás, replicó Luizzi riéndose; has caido en tus propias redes: me has pedido diez años de vida y eso prueba que viviré aun diez años.

—Es cierto; pero de qué modo vivirás? Te hallas en poder de un médico que te cree loco.

—Será preciso que crea lo contrario.

—Crees tu que está loca Enriqueta Buré?

—No tal; pero piensas que yo puedo ir á parar á una casa de locos?

—Otros mas cuerdos que tú han muerto en ellas.

—Satanás, tú calumnias á la sociedad.

—Un dia me lo dirás.

—Cuando?

—Tal vez mañana, acaso dentro de diez años; eso depende de tu resolucion.

—Podrás decirme al cabo si la vergonzosa escena que he presenciado esta noche es cierta, ó si es producto de mi delirio?

—Cierto es cuanto has visto, y cierto cuanto has oido.

—Pero eso subleva el corazon, dijo Luizzi.

—Consiste en que estás malo, baron, y en que tienes estragado el gusto.

—Pescador de vicios, te atreves á defenderlos hasta cuando se presentan bajo tan innoble forma? replicó el baron.

—Pche! respondió el Diablo; yo dejo obrar á las personas honradas.

—A las personas honradas? replicó Luizzi.

—A las mejores y á los mas hipócritas, querido mio, respondió el Diablo soplando como si percibiera algun mal olor; lo que hay es que tú has gustado en accion un género de literatura que hará furor durante algunos años.

—En Francia? preguntó Luizzi, en el pueblo mas elegante y mas ilustrado del mundo?

—Sí, mi amo, en el pueblo mas elegante y mas ilustrado. No tardará en crearse un género de literatura consagrado á la historia del palco, de la bohardilla y de la taberna: sus héroes serán porteros, roperos y modistas; el lenguaje será una gerga vergonzosa; las costumbres, vicios de baja esfera, y los retratos, caricaturas estúpidas.

—Y crees tú que se leerán tales obras?

—Las devorarán mujeres altas y bajas, magistrados y dependientes de agentes de cambios.

—Y serán apreciadas esas producciones?

—Yo no he dicho semejante barbaridad. Se hará con ese género de literatura lo que se hace con una ramera, que se la desprecia y se la sigue.

—Es muy diferente.

—Es absolutamente igual, baron: ese es el privilegio de los placeres fáciles. Para hacer el amor á una mujer distinguida, es preciso tener cierta elevacion de corazon y de ídeas; es preciso saber hallar la felicidad en una palabra, en una mirada, en un gesto, en alguna cosa delicada y misteriosa, santa y grave; haciendo el amor á una ramera, por el contrario, el placer llega á escape, siempre franco, siempre libre, siempre despechugado; no os molestais en perseguirle, porque se os echa al cuello, os escita, os arrastra, os trastorna. La mañana siguiente, os ruborizais, pero asi que llega la noche comenzais de nuevo. Lo mismo sucede en la literatura: no se dice al primero que llega que se ha leido un mal libro, pero se lee.

—Y crees tú que en esa literatura ocuparán un puesto, escenas semejantes á la que yo he presenciado?

—No dices que vas á imprimir mis memorias?

—Sí, pero ha de figurar en ellas semejante cuadro?

—Qué inconveniente hay? Piensas que yo, hallándome tan distante de la humanidad, encuentre tanta diferencia entre los vicios de un gran señor y los de un palurdo? Crees tú que para aquel que ve desnudo al hombre, sea cosa de importancia el trage con que el hombre cubre sus deformidades? Ya has visto la codicia en su mas baja espresion: quieres verla en lo que se llama el gran mundo?

—Qué entiendes tú por gran mundo?

—Oh! hay en él muchas categorías; pero yo solo encuentro diferentes el trage y el misterio.

—Es decir que hay mas hipocresía en la clase alta que en la baja? Eso se llama un vicio mas.

—Amigo mio, dijo Satanás, la hipocresía bien considerada es el gran vínculo social de la humanidad.

—Sí?

—Escucha baron: si una autoridad imprevisora deja amontonar en las calles de una ciudad invadida por la peste los enfermos y los cadáveres, si deja que el aire se corrompa y las imaginaciones se asusten, es indudable que en poco tiempo alcanzará el azote á las tres cuartas partes de la poblacion; pero si, por el contrario, hace desaparecer las huellas de la enfermedad, si oculta los moribundos en los hospitales y retira inmediatamente los cadáveres, la epidemia se vé reducida á sus propias fuerzas. Con el vicio sucede lo que con la peste. Tiene sus miasmas que corrompen el aire moral, y

son lo que vosotros llamais el mal ejemplo. No condenes, pues, la hipocresía que oculta las llagas de la humanidad:—La hipocresía es la salubridad moral de la sociedad.

—Y qué es entonces la virtud?

—La virtud, mi amo, es la salud.

—Y dónde está?

—Búscala.

—Y cómo podré encontrarla despues de lo que acabas de decirme? Quién me asegura que la hipocresia, esa hábil embustera, no oculte terribles enfermedades?

—No mires el trage, sino lo que hay debajo de él.

—Es decir que tendré que escuchar las historias que tú me cuentes? No he visto en ellas mas que crímenes.

—He sido yo acaso quien ha elegido los asuntos?

—Pero si por casualidad llego á encontrar un ser puro, le mancharás con tus relatos?

—Yo no miento ni calumnio: esa es el arma de los débiles y de los cobardes.

—Puesto que es asi, señor Satanás, puesto que estoy seguro de saber la verdad respecto á toda mujer con quien dé, acepto tu proposicion, pero ha de ser con la condicion de que para hacer mi eleccion he de tener dos años.

—Corriente, dijo el Diablo.

—Convenido?

—Convenido.

—Pues entonces, cúrame.

—No puede ser, respondió Satanás. Yo no toco nunca las cosas materiales de este mundo; muy bien lo sabes.

—Segun eso, me has engañado?

—Eres siempre el mismo; siempre desconfiado, porque eres falso. Dentro de tres semanas estarás tan bueno como yo puedo estarlo.

Y cómo? preguntó Luizzi.

El Diablo habia desaparecido.





XXV.

Una hermosa cura.



Bastante desconcertado se encontró Luizzi con la súbita desaparicion de Satanás; pero tranquilo con sus promesas, consideró su posicion con mas calma y concluyó por conocer que no era tan desesperada como él se habia imaginado, y que el miedo le habia hecho ver mónstruos en los obstáculos que tenia que vencer. Un instante despues, entró Mad. Humbert; pero en lugar de la enorme redoma de sanguijuelas y de la provision de mostaza que Armando esperaba ver en las manos de la enfermera, vió que traia un plato con una taza de caldo y un vaso de buen vino. Ya hemos dicho que Luizzi habia despertado con un terrible apetito: el aspecto del caldo irritó vivamente este apetito y el hambre sugirió al baron la idea de seducir secretamente á Mad. Humbert y de separarla del complot de sus criados; tan cierto es que el talento de la mayor parte de los hombres reside en el estómago. Armando llamó á Mad. Humbert y la dijo:

—Traeis para mí ese escelente almuerzo?

—Para vos, señor! Ah! no, todavia no estais en disposicion de tomar nada.

—Vais á empezar á tratarme otra vez como á un loco?

—Santo Dios! esclamó Mad. Humbert; sé muy bien que estais en vuestro cabal juicio; pero tambien es cierto que no puedo daros de comer. Mi obligacion en cumplir las órdenes del médico.

—No lo dudo, dijo Luizzi; pero vuestro interés no es ese.

—Señor baron, no me guia el interés.

—Tanto peor, porque si quisiérais darme ese caldo, yo os lo pagaria como oro potable.

—Y si llegára á saberlo el doctor Crostencoupe?

—Si se enfadára, le pondria yo en la calle.

—Es decir que me despediria y colocaría á vuestro lado alguna mala enfermera que haria todo lo que él quisiese.

—Teneis razon, Mad. Humbert, no le diré nada. Veamos ese caldo.

Mad. Humbert meneó el caldo con la cuchara y dijo:

—Será preciso decirle tambien que habeis tomado todos los remedios.

—Yo mismo se lo diré. Dadme ese caldo, Mad. Humbert.

La enfermera tomó la taza y se acercó á la cama.

—Pedro y Luis pueden decir al médico que no observais el régimen que os ha impuesto, replicó Mad. Humbert con embarazo, y colocó la taza en el plato.

—Si Pedro y Luis me guardan el secreto, los perdono. Dadme ese caldo.

—Al menos, sorbed poco á poco.

—Bien, bien.

—Esperad que os suelte los brazos.

—Es verdad, Mad. Humbert; sois una mujer escelente.

Luizzi apuró el caldo y se sintió tan fortalecido que volvió la esperanza á su corazon al mismo tiempo que el calor á su estómago.

Al anochecer vino el doctor y preguntó si se habian seguido exactamente sus órdenes.

—Ah, doctor! esclamó Luizzi al verle; he esperimentado hoy una cosa estraña. Figuraos que me parecia que se apartaba de mis ojos un velo. He sufrido horribles picaduras en el pecho, y he sentido un ardiente picor en las piernas.

—Bien! dijo el doctor; han hecho efecto las sanguijuelas y los sinapismos. Y luego?

—Luego, doctor, á medida que aquel dolor se aumentaba, sentia que se me descargaba la cabeza, y despues me pareció salir de un sueño profundo.

—Al fin os habeis salvado, señor baron! esclamó el doctor Crostencoupe. Lo único que ahora hay que hacer es continuar con el mismo régimen: dos-

cientas sanguijuelas mas y quince aplicaciones de sinapismos y os hallais en estado de montar á caballo.

—Asi lo espero, doctor, dijo Luizzi.

—Pero lo que sobre todo os recomiendo es la dieta mas rigurosa.

—Con qué no podré tomar ningun alimento, señor doctor?.

—Ni un vaso de agua azucarada. El mas ligero alimento os acarrearía la muerte.

—La muerte! murmuró Luizzi alarmado.

—La muerte inmediata é instantánea.

—Bah! dijo el baron con ironía.

—Nueva congestion al cerebro, delirio, frenesí, reblandecimiento del cerebelo, amodorramiento y muerte.

—Oh Moliere! pensó Luizzi.

—Me habeis oido bien, Mad. Humbert? añadió el doctor Crostencoupe.

—Sí señor, perfectamente.

—Pues hasta mañana, dijo el doctor, y se marchó.

A la mañana siguiente volvió cargado con una gran caja de pastillas y una botella lacrada que colocó sobre la cama del baron.

—Aquí está, dijo, lo que debe completar vuestra curacion. Tomareis de hora en hora una de estas pastillas y en el intermedio una cucharadita de este licor

—Está muy bien, doctor, lo tomaré todo.

Se fué Mr. Crostencoupe y en seguida Mad. Humbert trajo un caldo á Luizzi que lo tomó con una alegría infantil.

Ocho dias trascurrieron asi, en cuyo tiempo no dejó el doctor de hacer una visita por la mañana y otra por la noche, recomendando el uso esacto de sus píldoras y de su julepe que iba esactamente de hora en hora por la ventana. El baron aseguraba que le iba bien con aquel régimen y no era cosa de variarle.

Al cabo de una semana se atrevió Armando á pedir permiso al doctor para tomar un poco de caldo.

—Caldo! esclamó el doctor, caldo! Quereis destruir el efecto de todos mis cuidados? Caldo! Tomad arsénico y acabareis antes.

—Sabed doctor, replicó Luizzi sonriéndose, que hace ocho dias que estoy tomando caldo.

—Bah! dijo el doctor sin admirarse mucho. Luego reflexionó un poco y añadió:

—Ya caigo: las píldoras y el jarabe han neutralizado el efecto de ese detestable alimento. Me llena de satisfaccion lo que decís: eso prueba únicamente que mis píldoras son aun mas poderosas y eficaces que lo que yo creia.

—Es decir que puedo continuar con el caldo?

—Sí; pero ha de ser mezclándole con bastante cantidad de agua y doblando la dosis de píldoras y jarabe.

—No lo olvidaré, dijo Luizzi.

Apenas se fué el doctor, esclamó Armando con aire tríunfante:

—Mad. Humbert, dadme una chuleta y echad cada hora por la ventana dos píldoras y dos cucharadas de jarabe. Es preciso que al doctor le salga la cuenta.

Mr. Crostencoupe volvió á la mañana siguiente y en la seguridad de que el enfermo habia tragado doble racion de píldoras y de jarabe, no pudó menos de admirar la visible mejoria que aquel esperimentaba.

Al fin de otra semana, Luizzi empezó la misma comedía.

—Doctor, dijo, me parece que ya es tiempo de que me permitais tomar una chuleta ó un alon de gallina.

—No puede ser, señor baron. Someter el estómago á una digestion penosa, introducir el desarreglo en las papilas nerviosas del estómago que tan directa relacion tienen con el cerebro, seria renovar el furor de la enfermedad.

—Estais seguro de ello?

—Segurísimo. Si eso está al alcance del practicante mas vulgar; como que es el cristus de la medicina.

—Pues bien: sabed, doctor, que hace ocho dias que me como mi chuleta todas las mañanas.

—Es un prodigio! esclamó Crostencoupe retrocediendo; y qué habeis esperimentado?

—Unicamente un bienestar delicioso.

—Admirable! Ha habido trastorno en las ideas?

—Nada.

—Ni zumbido en los oidos?

—Nada.

—Ni vértigos?

—Nada, nada absolutamente, nada.

—Ah! yo no hubiera creido tal virtud.

—En qué?

—En mis píldoras y mi jarabe. A pesar de vuestra imprudencia casi estais ya curado, baron. Doblad la dosis: cuatro píldoras por hora y dos buenas cucharadas de jarabe.

—Y podré continuar con la chuleta?

—Hum!... no sé qué os diga.

—Son tan eficaces las píldoras!

—Media chuletita.

—El jarabe es tan soberano!

—Vamos, la chuleta entera, dijo el doctor. En seguida tiró de la campanilla y añadió:

—Mad. Humbert, os hago responsable de la vida del señor baron. Le he permitido tomar una chuleta, una chuleta magra, se entiende, y que esté bien pasada. Cuidad que no se falte en lo mas mínimo á mi régimen; ni un bocado de pan mas. Sobre todo, nada de cosas crudas.

—Está bien, señor doctor.

Crostencoupe se fué, y entonces Luizzi tiró la ropa del a cama y saltó de esta esclamando:

—Mad. Humbert, quiero una comida de tres cubiertos, y sobre todo una buena ensalada y alcachofas con salsa bien picante.

—Ah! señor baron, reparad en... dijo la enfermera inclinando la vista ruborizada.

—Vaya, os asusta la sencillez de mi traje? repuso Luizzi. Creo que no es una gran novedad para vos.

—Como! señor baron! murmuró Mad. Humbert con una sonrisa, un movimiento de cabeza y una mirada de felicitacion estraña.

El baron abrazó á la enfermera y Pedro entró en aquel instante, lo cual hizo reflexionar á Luizzi que en la embriaguez de la mejoría se hacia rival de su ayuda de cámara. Armando se creyó humillado y miró con aire imperioso á Pedro.

—Parece, dijo este, que estais ya curado, señor baron.

Se le sirvió la comida y comió admirablemente. Trascurrieron otros ocho dias así, y una mañana, hallándole levantado, le dijo el doctor:

—Vamos, vamos, señor baron, que no dejareis de conocer mi acierto en no permitiros comer mas que una chuletita.

—Hace ocho dias, señor doctor, que me atraco de buenos asados, escelentes guisados y toda clase de ensaladas crudas.

—Admirable! admirable! admirable! esclamó el doctor paseando precipitadamente por la habitacion; es una conclusion admirable para mi memoria. Sí, continuó sacando del bolsillo un manuscrito, aquí teneis una memoria que me va á llenar de gloria y de prosperidad: es la historia de vuestra enfermedad y de vuestra curacion. Mañana mismo la mando á la academia de las Ciencias, que no podrá menos de admirarse al ver los prodigiosos resultados de mi tratamiento en medio de los peligros que la enfermedad se complacia en crear. Haberos curado siguiendo con exactitud mi régimen, nada de particular tenia; pero haber conseguido la cura á pesar de una contínua infraccion del régimen prescrito, es la prueba mas manifiesta del escelentísimo efecto de mis píldoras y de mi jarabe. Mis píldoras y mi jarabe pasarán á la posteridad, señor baron. Píldoras de Crostencoupe, jarabe de Crostencoupe!... Mañana se anuncian en todos los periódicos. Espero que me permitais citar vuestro nombre, señor baron; es el único salario que os pido.

—Podeis hacerlo, doctor, dijo el baron riéndose; tengo deseos de sa-

ber cuál es la opinion de la Academia acerca de ese medicamento.

—Pues en ese caso, señor baron, voy á dar la última mano á mi memoria. Ya tendré el honor de leerosla: tengo la seguridad de hallaros en casa, porque todavia no podeis salir.



—Con que no puedo salir todavia? replicó el baron. Y si tomo ocho píldoras?

—Podeis tomar ocho, pero os prohibo salir.

Asi que se marchó el doctor, abrió Luizzi la ventana y arrojó la caja de las píldoras y todas las botellas, y dijo con voz estentórea:

—Luis, enganchad los caballos.

En seguida, loco de alegria, tocó la campanilla para que acudiese el ayuda de cámara, y apareció el Diablo.

—Quien te ha llamado? le preguntó el baron.

—Tú.

—En efecto, dijo Luizzi, en mi aturdimiento he equivocado la campanila.

—Vamos, preguntó el Diablo, que te parece el médico?

—Yo nunca hubiera creido, respondió Luizzi, que fuese la medicina una cosa tan tonta.

—Tiene razon tu ayuda de cámara: ya estás curado, pues has recobrado tu presuncion.

—Por qué lo dices?

—Te he preguntado tu opinion acerca de tu médico y no acerca de la medicina. La necedad humana es en todo la misma, pues hace siempre estensiva á las cosas la torpeza de los individuos: á la religion la falta de los sacerdotes, á la ley el error de los magistrados, á la ciencia la ignorancia de sus adeptos.

—No lo dudo, replicó Luizzi con impaciencia; pero no tengo ganas de sermones.

—Te agradaria mas una historia?

—Menos aun, se entiende en este momento; no habrás olvidado lo que me has prometido, y si por casualidad encuentro una mujer noble y pura, estás obligado á decirme la verdad tocante á ella.

—Así lo haré.

—Estás bien seguro de poderlo hacer?

—Niño! murmuró el Diablo con una espresion melancólica de envidia. Te parece que yo no conozco á los ángeles? Olvidas que he morado en el cielo?

—Segun eso, una mujer noble y pura es un ángel del cielo. Y dónde podré encontrarla?

—Búscala, respondió el Diablo con ironia; búscala, mi amo, y no olvides que para ello solo tienes dos años.

—No olvides tampoco tú que he recobrado mi talisman.

—Tengo mejor memoria que tú, replicó Satanás, pues he cumplido mi palabra dándote la salud.

—Tú! no te negaste á tomar parte en mi cura?

—Materialmente sí; pero moralmente....

—Y como?

—Con un mal pensamiento: inspirando á Mad. Humbert el proyecto de hacerte perder nuevamente la razon dándote de comer, y conservándote el deseo de desobedecer á tu médico.

—Tú das á todas las cosas una esplicacion horrible. Ya no me acordaba de la infamia de esos lacayos.

—Tú que por un instante de risa prestas el apoyo de tu nombre á un empírico para que venda un veneno público, crees á tus lacayos tan inferiores á tí porque hayan querido perderte por su propio interés?

—Los voy á despedir.

—Baron, baron! dijo Satanás; harás bien en despedirlos porque has llorado en su presencia, y en union de ellos has jugado á tu médico tretas dignas de un chiquillo de la escuela; has jugado con ellos al mas diestro y ya te desprecian.

—El desprecio de mis lacayos, esclamó Luizzi furioso.

—Baron, replicó el Diablo riéndose, ese es siempre el primer desprecio, y muy cerca de él viene el de la sociedad.

—Con que....

El Diablo desapareció echando una mirada burlona al baron. Un cuarto de hora despues se presentó este en un brillante carruage en los Campos Eliseos; hacía un dia de primavera bastante caloroso. Allí encontró á todos sus amigos, unos en carruage y otros á caballo; pero ninguno quiso conocerle. Entre otros, Mad. Marignon que pasó en carretela descubierta con Mr. de Mareuilles, volvió ostensiblemente la cara. Luizzi tornó á su casa furioso y decidido á vengarse. Entonces le ocurrió por primera vez la idea de pedir la lista de las personas que habian ido á preguntar por él. Solo dos nombres encontró en ella: el de Ganguernet y el de Mad. de Marignon.





XXVI.

Un marqués.



Quedó Luizzi aturdido al hallar en la lista aquellos dos nombres, y al ver que eran los únicos que habia en ella; la falta del de Mareuilles le hizo creer que éste tenia parte en la insolente conducta de Mad. Marignon, y buscó un medio de vengarse. El hombre entregado á sí mismo jamás carece de malos pensamientos; el que tiene comercio con Satanás, debe nadar en ellos. Mr. de Mareuilles trataba de casarse con la señorita de Marignon: ¿no habria medio de soplarle la novia? Luizzi se ocupó de esto largo rato; pero el único medio que hallaba para conseguir su intento era presentarse como pretendiente, y á pesar de la necesidad en que se hallaba de casarse en término de dos años, no queria dirigir la vista á una sociedad en que tantos crímenes habia descubierto.

No era la imaginacion el lado brillante de Luizzi, por lo cual es de pre-

sumir que se hallase estacionado en su culpable proyecto sin hallar medio de realizarle, cuando se le anunció la visita de Mr. Ganguernet.

—Ola, señor baron, dijo el chasqueador desde la puerta del salon. Con que habeis estado tan malo? No se os conoce ya, pues os veo tan colorado y tan fresco como una manzana.

—Sí, ya estoy del todo restablecido.

—Vamos, y qué decis de París, querido? Qué ciudad! Cuánta gente en las calles! qué barahunda! París es el pais de los dioses.

—Y tambien de las diosas, no es verdad, señor Ganguernet?

—Querreis decir de las mujeres? Ah baron! las mujeres de aqui no tienen aquel talle y aquellos ojos negros que dicen «*sígueme*» y que son propiedad de las muchachas de Tolosa.

—Y qué os trae á la capital?

—Pues qué, no os lo he dicho ya? Me trae un casamiento.

—Tambien vos? preguntó imprudentemente Luizzi.

—Ola, ola! con que os casais? Y con quién?

—Con una mujer completa. Y vos?

—Yo no he dicho que me caso. Me trae por la capital un casamiento, pero es el de mi señor hijo.

—Vuestro hijo? Nunca he oido hablar de Mad. Ganguernet.

El chasqueador respondió sonriéndose:

—Bien puede uno tener mujer sin haberse casado.

—Siempre el mismo! murmuró el baron con repugnancia; de modo que vuestro hijo lleva un nombre que no le pertenece?

—Dispensad que os diga que le pertenece, pues le ha pagado.

—Cómo! ha comprado un nombre?

—Y no muy caro. Compadre, mi hijo es muy cuco. Conoceis una comedia de Mr. Picard, titulada *El espósito*?

—Sí. Creo haberla visto hace poco tiempo.

—Pues bien: mi señor hijo ha puesto en accion esa comedia. Es un guapo chico que ha desempeñado muchas veces en los teatros de provincia papeles de noble. Lo que es entre las mujeres siempre ha hecho furor. Hallándose sin escriturar, se encaminó á Paris pasando por Tolosa, donde corrimos juntos magníficas bromas. Apenas partió, recibí una carta de un chasqueador amigo mio, militar del tiempo del imperio, que estuvo en Tolosa con el mariscal Soult. Me decia que fuera á divertirme á su posesion de Taillis, cerca de Caen, y me anunciaba que tenia dos sobrinas casaderas, con dos millones de dote.

—Dos millones de dote! esclamó Luizzi.

—Es una historia muy buena, dijo Ganguernet riéndose.

—Lo creo; pero no embrollemos la primera.

—Héla aquí: escribí en seguida á mi señor hijo trasmitiéndole la noticia,

y así que nos entendimos, le dije: tuya será una de las doncellas; vamos á dar un buen chasco á mi amigo Rigot. Solo habia una dificultad, y era, que mi señor hijo se llamaba Gustavo á secas, y Rigot, como es un plebeyo como una loma, debe querer que sus sobrinas se casen con hombres de sangre azul.

—Me admira tal pretension.

—No debe admiraros, continuó Ganguernet; todo el mundo desea elevarse, bien por sí mismo, ó bien por los demas: prueba de ello son las rameras, que dan casi siempre una buena educacion á sus hijas.

—Es esa vuestra opinion? preguntó Luizzi sonriéndose.

Ganguernet infló los carrillos y respondió con tono melo-dramático:

—Como conocen los escollos, saben salvar del naufragio á los demas.

—Puede que sea así; pero cómo ha adquirido ese apellido vuestro hijo?

—Escuchad. Cuando recibió mi carta se hallaba en trato para escriturarse en la Opera cómica, en cuyo teatro hay un ente bastante raro, un gefe de comision de aplausos.

—Los hay en todos los teatros.

—El que yo digo es muy diferente; es sencillamente el marqués de Bridely.

—El marqués de Bridely!

—El menor de los cuatro hijos de ese marqués de Bridely, de quien hablais. En la época de la revolucion se hallaba en un seminario; ahorcó los hábitos, y mientras su padre y sus tres hermanos iban al ejército de Condé, sentó plaza valerosamente en los ejércitos republicanos. Habiendo muerto su padre y sus hermanos, heredó el marquesado de Bridely, pero no heredó mas. Su bravura de leon le valió la cruz en Austerlitz; pero nunca pudo llegar á cabo, por la sencilla razon de que se achispaba cuatro veces á la semana, escepto los dias de batalla. Licenciado en Tolosa en 1815, se dedicó á la profesion de militar antiguo.

—Y qué profesion es esa?

—Qué! no la conoceis? dijo Ganguernet tomando la apostura de un veterano, cuadrándose militarmente y ahuecando la voz: «soy un antiguo soldado del imperio y he visto todas las capitales de Europa, voto á brios! Viva Napoleon! Aquí está un bravo francés, patriota hasta la muerte; he ganado la cruz de la Legion de honor en el campo de batalla, y cuento veinte heridas. Viva el emperador!» Con esto y con una hoja de servicios un poco limpia, ha chupado durante dos ó tres años buenas monedas de diez sueldos con la efigie del emperador á todos los bonapartistas, oficiales, generales, etc., en cuya casa se presentaba.

—Pues es buena la profesion!

—Es muy conocida, repuso Ganguernet. Pero como le faltaron los parro-

quianos, tuvo que emprender otra nueva; ha adoptado la profesion opuesta: gran familia arruinada.

—Tampoco sé que profesion es esa, dijo Luizzi.

Ganguernet tomó un continente desdeñoso y una apostura impertinentemente vanidosa, y continuó con acento nasal:

—«El marques de Bridely! Una adhesion que se cree recompensada con una estéril condecoracion (en este caso, la cinta encarnada de la Legion de honor se convierte en la cinta encarnada de S. Luis). Una fidelidad inviolable á los Borbones, á pesar de su ingratitud.» Y con esto se atrapan á los realistas Napoleones con la efigie de Luis XVIII.

—Y esa profesion ha caducado como la otra por falta de parroquianos?

—Por falta de parroquianos, no; pero ha caducado por el uso. Como nuestro marqués no se dormia en las pajas, agotó á Paris en tres ó cuatro años. Hubiera podido continuar su oficio en provincias; pero necesitaba vivir en Paris, y despues de haber vendido contraseñas en comision, se hizo gefe de comision de aplausos del teatro en que mi hijo queria ajustarse.

—Y al fin, dijo Luizzi, qué es lo que hizo vuestro hijo?

—Apenas recibió mi carta, fué á verse con el marqués y le ofreció mil escudos si se casaba con su portera, le reconocía y le legitimaba. El marqués aceptó, y el hijo de Mr. Amadeo Ceferino Ganguernet y de Mariana Gargablou, hija de Liberto, es al presente conde de Bridely.

—Y es buen mozo vuestro hijo?

—Noble por noble.

—Tiene buenas maneras?

—Es un noble pintiparado, señor baron.

—Cuidado, amigo Ganguernet: antes que te cases...

—Qué!

—Nada, nada. Y cuándo salis para la posesion de vuestro amigo?...

—Mr. Rigot? Dentro de ocho dias, que es el tiempo que necesita el padre de un marqués para hacer el trage de boda á su hijo. Vamos á hacer su fortuna: asi que beba con Rigot, de seguro que le encanta. Su madre ha quedado enferma. El chasco va á ser magnífico.

—En efecto, dijo Luizzi reflexionando.

Luego, viendo que Ganguernet se levantaba, añadió:

—Cómo! os marchais ya?

—Se va haciendo tarde y tengo que ir á buscar á Gustavo á la fonda para que vayamos en seguida al teatro de la puerta de S. Martin, á ver *Los dos forzados*. Nos ha dado billetes el señor marqués.

—Si yo no estuviera tan malo, dijo Luizzi, tal vez nos veriamos allá. He oido hablar mucho de esa comedia.

—Dicen que es buena. Es un forzado, que sabiendo el secreto de uno de sus compañeros, le obliga...

—A darle la mano de su hija, dijo precipitadamente Luizzi.

—No tal, porque la escena pasa el dia de su boda. No porque no se pueda hacer una comedia de lo que decís.

—Y aun mas que una comedia, repuso Luizzi preocupado en sus ideas de venganza.

—Es un hecho que cuando se posee el secreto de alguien se le puede obligar á cuanto se quiera.

—Teneis razon, respondió Luizzi: volved á verme mañana temprano.

—Pues hasta mañana.

—Dispensadme que no vaya á vuestra casa, porque no salgo como no sea con mil precauciones.

Se retiró Ganguernet, y Luizzi, apenas se vió solo, agitó la campanilla, y apareció el Diablo vestido de negro con una gran cartera bajo el brazo.

—De dónde vienes? le preguntó Armando.

—Vengo de preparar un casamiento cuyo resultado sabrás quizá algun dia.

—Es el mio?

—Ya te he dicho que no me mezclaré en ese asunto, como no sea para decirte lo que me preguntes.

—Supongo que sabrás con qué objeto te he llamado.

—Lo sé, respondió Satanás, y te doy mi aprobacion. Al fin comprendes el mundo, pues le das mal por mal.

—No admito lecciones, replicó Luizzi; hago lo que me dá la gana.

El Diablo se sonrió con desprecio.

—Esclavo! esclamó el baron.

Satanás soltó una carcajada.

El baron agitó la campanilla y calló el Diablo.

—Quiero saber la historia de Mad. de Marignon.

—Ahora mismo?

—Ahora mismo, y sin comentarios.

—Estás seguro de no hacerlos? El mundo, mi amo, es pequeño para quien le vé desde lo alto, y tú no preves lo que vas á saber.

—Horrores todavia, no es verdad?

—Tal vez.

—Crímenes?

—Me tomas por un melodramaturgo?

—Al menos, debes ser el Apolo de esos señores.

—Yo soy el rey del mal, baron; lo malo lo dejo para el talento humano.

—Harias un buen literato, porque posees la cualidad principal para serlo; la vanidad.

—Mi vanidad se funda en no hacer nada bueno; funden en eso la suya los dramaturgos, y esten seguros de que la justificarán tan bien como yo.

—Satanás, eres muy discreto.
—Eso prueba que no soy autor de melodramas.
—Basta ya de eso, replicó Luizzi. Empecemos.
—Escucha, dijo Satanás.
Y comenzó su relato.





XXVII.

Mad. de Marignon.



Es hija de cierta Mad. Beru. Para conocer á la hija es preciso conocer á la madre. Mad. Beru era mujer de Mr. Buré. Para conocer á la mujer es preciso conocer al marido. Mr. Beru, violinista de la Opera, era hombre de mucho talento. En 1772, cuando el músico no comia, era porque no tenia un sueldo. Unas veces se reia de su miseria y rabiaba las mas; pero no se ataviaba nunca con el trage de víctima orgullosa. El arte, Dios invisible que todos nuestros grandes hombres crean á su imágen, carecia aun de religion y mártires. Beru era un gran violinista, y habia empleado muchos años en correr las calles con el instrumento á cuestas sin inventar un genio

de alas flamígeras que suspendiera su pensamiento mas alto que el lodo de los arroyos que él hollaba con zapatos agujereados. Beru llevaba una levita rota, y no un magnífico harapo. Su violin era su violin y su gana-pan, y no la voz divina por cuyo medio confiaba su alma á la multitud; no el alimento inmortal que le nutria con un rayo de armonía robado al concierto de los ángeles.

Si la peluca de Beru estaba desordenada, no era que el delirio la hubiese desmelenado; era que el peluquero de la esquina no la habia arreglado competentemente. Beru decia con franqueza: «Yo soy el primer violinista de la época,» pero hubiera mirado con ojos de idiota al que le hubiera dicho: Tú eres uno de esos seres privilegiados á quienes Dios ha confiado una de las palabras del gran misterio! y cuando esa palabra armoniosa canta y llora obediente y esclava sobre las cuerdas de tu instrumento, te escuchan asombrados los hombres, y las mujeres sienten latir su corazon, porque tú despiertas entonces uno de esos ecos eternales que murmuran á nuestro oido siempre que el genio, voz del cielo desterrada á este mundo, nos hable en un lenguaje que nos encanta y no nos es dado comprender.» Si á Beru se le hubiera dicho esto, no lo hubiera entendido. Sin embargo, para no haber convertido su talento en Pílades metafísico é imaginario de un Orestes vivo, y malhumorado, no dejaba de poseer una gran conciencia de su mérito. Cuando se hablaba de música, Beru era charlatan, elocuente, colérico, punzante, desapiadado. A fuer de glukista, trataba á Paccini de bellaco, de pícaron, de ladron; en fin, reunia todas las estravagancias propias de la pasion musical. Era un músico verdaderamente grande, y la mejor prueba de ello es que su talento habia resistido al triunfo, despues de resistir á la miseria.

Beru se habia casado por los años de 1770 con la señorita Finon, dueña de una casa á donde solian ir á cenar y á jugar los jóvenes mas distinguidos de la córte. La Finon era, en aquella época, una mujer de treinta años que cifraba toda su dicha en el trato de hombres de mundo, en una mesa bien servida y en ricos y lujosos trages: *in principio,* se habia servido de su belleza personal para proporcionarse esta ventura. Despues, como mujer de talento que sabe tener resignacion, habia especulado con la belleza agena para atender á la conservacion de su casa, cuyos gastos no alcanzaba á cubrir su persona. Sin embargo, á fin de no atraerse las miradas de la policía, habia creido prudentemente casarse con un hombre que la proporcionase un estado legal. La eleccion no era muy fácil, porque se trataba de buscar un hombre, no solo que aceptase la situacion equívoca de la casa, sino tambien que se curase poco de las galanterías personales dirigidas á su mujer, porque si bien la Finon no era el ídolo de los comerciantes viejos ni de los marqueses jóvenes, se las componía, ya de un modo ya de otro, con algunos buenos subarrendadores que pagaban las cuentas de los proveedores de la casa, ó con

algunos caballeros de San Luis, tan nobles como raidos, que la acompañaban al teatro ó la daban el brazo en paseo.

Oyó hablar de Beru, violinista que ganaba mil doscientos francos al año, á quien todos los grandes señores conocian desde larga fecha con motivo de haber tocado no pocas veces en sus casas. Firion consideró que aquel hombre no espantaria en la suya, y que no seria dificil arreglarse con él por poco dócil que fuese su carácter.

Llamóle, pues, á su casa, y en cuanto le vió juzgó que le convenia en todos conceptos. Beru escuchó con una indiferencia sublime cuantas chanzonetas originó su figura; comió y bebió con una intrepidéz invencible, y al fin de la cena se encontró tan borracho que fué preciso acostarle.

Dos dias despues se hallaba casado Mr. Beru. Este gran suceso solo afectó á su esterior: su mujer le proporcionó un sastre y un peluquero, y le dejó los mil doscientos francos de sueldo para que los gastase á su gusto. Hecho el casamiento, continuaron las cosas como antes: la casa siguió siendo el punto de reunion de las mujeres de moda y de los hombres mas ricos y nobles. Por lo que hace á Mr. Beru, la noche que habia funcion iba á tocar el violin al teatro de la Opera, y cuando no la habia, iba á pasar el rato al café de Procope. Sus compañeros le dirigian frecuentes chanzonetas acerca de su mujer, pero él se hacia el sordo; nunca quiso proporcionar á sus envidiosos el placer de darse por entendido, y de este modo continuó emborrachándose y tocando el violin.

La vena epigramática de los mas burlones, se habia agotado ya al cabo de algunos meses; pero Beru fue declarado padre legal de una niña que nació al año de su casamiento, y con este motivo se fijó en el tubo de la chimenea del café de Procope un epigrama concebido en los términos siguientes:

Cuéntase por cosa fija
que ayer á Beru su esposa
dijo triunfante y gozosa:
—Sabes que tienes una hija?
—Una hija yo!...¡Que placer!
(esclamó el pobre marido)
¡Una hija!... Y es su apellido?
—El tuyo. Cuál ha de ser?
—Y es noble, ó plebeya, dí?
—Plebeya como tú, es claro.
—Una hija!... ¡caso mas raro!
Y á quien se la debo?—A mí.

Beru al entrar al café, hizo lo que todos: se dirigió á la chimenea y leyó de cabo á rabo el epígrama, acariciando con la mano el tubo caliente en que

se habia fijado la cuartilla de papel. En su rostro no apareció la menor emocion. Tomó el sombrero que habia colocado sobre el mármol de la chimenea y su baston que habia arrimado á una silla, y se dirigió tarareando á la mesa donde acostumbraba colocarse. Uno de los concurrentes, disgustado al ver tan cínica apatía, le dijo en alta voz:



—Eh Mr. Beru, no habeis leido alguna cosa interesante en el tubo de la chimenea?

—Amigo mio, no sé leer, respondió Beru con una calma admirable.

—Pero sabreis oir, repuso el concurrente; voy á deciros lo que allí hay escrito.

Beru apoyó los codos en la mesa como para escuchar mejor, y el otro declamó lo mas pomposamente que pudo los doce pésimos versos que acabo de citar.

—Ya, con que eso está sobre la chimenea? dijo Beru echando una mirada casi amenazadora á su interlocutor.

—Sí, respondió éste, colocándose en la actitud del hombre que espera verse acometido por otro.

—Bien, dijo Beru apurando un vaso de licor que tenia empezado, si está, que esté.

—Pero será posible que haya tales maridos? esclamó Luizzi interrumpiendo al Diablo.

—Los hay, mi amo, y aun mas pacientes que Beru, créeme. Si yo fuera diputado haria redactar del modo siguiente las disposiciones relativas á ascensos de empleados: «una tercera parte de los destinos se darán á la ancianidad (es decir, á la incapacidad); otra tercera parte, al favor (es decir, á la corrupcion); y los restantes, á las mujeres (es decir, á los cornudos.)»

—Bien servida estaria la nacion!

—Pues asi ni mas ni menos lo está; lo que no está escrito en las leyes lo está en las costumbres, y asi vá todo bien.

—Vaya, vaya, volvamos á Beru.

El Diablo continuó:

—La serenidad de Beru era invencible; asi pues, hecha aquella solemne prueba, cesaron las burlas y los epígramas, y todo continuaba bajo el mismo pié, escepto el aumento que habia recibido la familia con el nacimiento de una niña. A esta niña se la habia puesto por nombre Olivia y crecia olvidada en el comedor y en el salon, escuchando á la vez las teorías de la bribonería doméstica emitidas en la gerga de los lacayos, y las teorías de corrupcion galante deducidas en los términos de un precioso libertinage. Tenia ya diez años y no sabia leer ni escribir; pero en cambio, halagada sin cesar por hombres de gran tono y acostumbrada á jugar en un salon donde se reunian las mas altas notabilidades del vicio elegante, sabia charlar muy bien y hablaba de todo con mucha gracia; sus dichos, como reminiscencias de comedor, eran agudos y picantes y alcanzaban un éxito asombroso en el salon.

En esta época ocurrieron grandes sucesos en casa de Mad. Beru.

El músico murió de una indigestion acompañada de apoplegía, y su mujer fué atacada de las viruelas. La Finon dejó en esta enfermedad los restos de una hermosura que habia ocupado á todo Paris, ó mas bien que se habia ocupado de todo París. Entonces Mad. Beru se volvió á su hija y

echando de ver que debia ser una jóven encantadora, pensó en su educacion. Solo aprendió Olivia dos cosas: ortografía y música; la música para hacer oir la voz mas hermosa del mundo, y la ortografía, para lucir en el papel las frases delicadamente trabajadas que habia aprendido en el salon de su madre.

En mi concepto, Olivia sabia cuanto debe saber una mujer, pues á las dos habilidades de que acabo de hablar, reunia la de vestir muy bien y andar divinamente. Uno de los defectos mayores de las mujeres de nuestro tiempo consiste en no saber andar: la mayor parte de ellas se arrastran negligentemente imaginándose que el sentar dolorosamente en el suelo los pies es prueba de que solo estan acostumbradas á ricas alfombras y ligeros carruages. Las mujeres no saben lo que se pescan: una de sus principales gracias consiste en un andar desembarazado, recto y algo precipitado.

Solo andando así se pueden lucir esos movimientos de cabeza repentinos y decididos que tanto agradan en un encuentro inesperado, así como esos saludos que consisten en una ligera inclinacion de la parte superior del cuerpo, y que la rapidez del paso no permite hacer mas profundos, y por consiguiente mas torpes y ceremoniosos; andando así solamente se pueden dirigir, sin pecar en desenvoltura, esas miradas que parten y brillan como el relámpago y que, como el relámpago, solo tienen la duracion de un instante; esas miradas, en fin, que os deslumbran y os hacen volver la cara como si alguien hubiese tropezado en vuestro corazon. Las mujeres del dia ignoran todo esto; ahora son de moda las inflexiones negligentes de cabeza, los movimientos fatigados del cuerpo y la mirada medio velada que se fija en otra mirada desde lejos. Así pues, entre nosotros solo hay historias de pasiones vírgenes, deshojadas y frias, en vez de esas verdes historias de aventuras amorosas que se verifican en veinte y cuatro horas como las comedias clásicas. Es causa ó resultado de vuestra literatura el aire de las mujeres? Cuestion es esta que yo no puedo resolver; pero en lo que se debe convenir es en que hay entre ambas cosas una concomitancia muy notable.

Olivia era pues una mujer completa, porque tenia talento, sabia la música perfectamente, vestia muy bien y andaba con suma gracia. Lo único que la naturaleza la habia negado era ese tipo de originalidad que necesitan las riquezas; pero felizmente para ella, habia suplido esta falta su mala educacion. Así pues, Olivia, viva, buena, de talento, sin mas defecto que el de la debilidad, hubiera carecido de ese atractivo picante é inesperado que aguijona á la pasion y la conduce al delirio sin esos repentinos tránsitos del tono mas delicado á la espresion mas grotesca. Esta habilidad habia impreso en ella un sello particular que, á los ojos del observador concienzudo, esplica mejor que su perfecta hermosura y su verdadero talento los prodigiosos triunfos que alcanzaba.

Olivia cumplia los quince años el 1.° de marzo de 1788.

Era alta y delgada; su pecho era ancho, poco prominente, en fin, era

todavia el pecho de una niña; sus brazos eran delgados, su mano y sus pies pequeños, su pierna delgada por el tobillo; su rostro aguileño y casi descolorido. Conocíase que era una de esas mujeres destinadas á figurar por su hermosura, pero que tardan en desarrollarse en todo su esplendor, porque la naturaleza, lo mismo que el hombre, necesita tiempo para producir una cosa completa.

Aquel dia habia gran cena en casa de Mad. Beru, que habia hecho gastos estraordinarios con objeto de celebrar el aniversario del nacimiento de su hija. Los convidados eran doce, y todos flor y nata de los parroquianos de la casa. La cena fué escelente, cena de dignos libertinos. Se contaron las aventuras, falsas ó verdaderas, de las mujeres mas distinguidas de la corte ó del alto comercio, y fueron inmolados á los pies de una jóven de quince años, destinada á ser cortesana, los nombres mas venerados y las reputaciones mas preclaras; se enseñó á aquella jóven el modo de engañar á un esposo, y, lo que es mas divertido aun, el modo de tener dos amantes; se la enseñó de tal modo á despreciar á las personas honradas, que casi debió tener por un beneficio moral el no rozarse con ellas. Cuando se hubieron desocupado hasta la embriaguez las botellas y los corazones, el marqués de Billanville, maestre de campo del rey, que habia desempeñado con acierto varias embajadas, hizo una seña á la Beru para que hiciese retirar á su hija. La Beru le obedeció á pesar de las protestas y las instancias de otros convidados, y volvió sola un momento despues. Entonces se levantó el marqués, y tomando la actitud del orador que va á arengar á la asamblea, pronunció el discursito siguiente:

Señores:

Voy á proponeros un tratado que aprobareis si sois razonables.

—Oigamos, oigamos, dijeron todos.

Acabais de admirar á la hija de Mad. Beru, de la buena Mad. Beru, á quien suplico tenga la bondad de escucharme con atencion, porque en esta ocasion me dirijo sobre todo á su ternura maternal, que es la que debe ayudarme en mi proyecto. Olivia tiene quince años, hermosa edad, señores, en que la mujer pertenece al amor. Sin embargo, si me creeis, no la haremos pagar aun esta deuda: la concederemos un plazo de un año.

—Qué quiere decir eso? preguntaron de todas partes.

—Quiere decir, que cuanto mas sazonada esté la flor, mas dulce será el cogerla.

—Eso es abominable, esclamó Luizzi; eso es el vicio desenmascarado.

—Hé ahí todo el mal, repuso el Diablo. Ya te he dicho que la hipocresía es el gran vínculo de la sociedad.

—Tienes razon, dijo Luizzi encogiéndose de hombros. Contigo sucede lo que con una bota bien llena: en cuanto se hace la menor abertura, sale con ímpetu el líquido. Yo no te creia tan lleno de pedantería, pues saltas á

la menor interrupcion. Por fuerza te tuvo presente La Fontaine cuando escribió la fábula *El dómine y el discípulo*. (1)

Detúvose Luizzi, y viendo que el Diablo callaba, le dijo :

—Vamos, qué haces?

—Estoy viéndote poner en accion esa fábula.

Luizzi se mordió los labios y añadió con despecho:

—Continúa.

El Diablo continuó :

—Quiero decir, añadió el marqués, que ninguno de nosotros debe procurar la posesion de Olivia hasta que trascurra un año. Durante ese año seremos dueños de procurar agradarla, pero sin pasar adelante. Empeñemos nuestro honor en respetarla durante un año, al fin del cual se abrirá la lid, y dichoso el que logre el premio, porque obtendrá la hermosura mas per fecta y acabada de la tierra.

—Y quién sabe, marqués, replicó el vizconde de Asimbret, quién sabe dónde estaré yo dentro de un año? Solo Dios puede saberlo, y yo por mi parte no soy de vuestra opinion. Ademas, que mientras nosotros nos tendriamos que contentar con ver á Olivia, podria soplárnosla alguno que no fuese de la sociedad. Yo mañana mismo entro en campaña.

—Señores, señores, dijo la Beru con toda la dignidad de una mujer fea: sin duda olvidais delante de quién estais hablando.

—Al contrario, respondió el marques de Billanville, porque sé que sois muy razonable, creo que sereis de mi opinion.

—Quiá! replicó el vizconde, mi Beru no quiere esperar, y no esperará porque no tiene un sueldo; sé cual es el estado de su bolsa. Yo la ofrezco cien mil libras al contado.

—Ja, ja, ja! Cien mil libras! vaya un dinero! dijo un hombre grueso que no habia hablado hasta entonces. Yo doy quinientas mil.

—Al contado? preguntó la Beru dejándose dominar por la oferta.

El gordo, que era un subarrendador del alfolí, calló un instante, y luego respondió :

—Los daré dentro de un año, porque yo soy de la opinion del marques: conviene esperar.

—Tú, Liberto, tú, costal de escudos, quieres esperar? dijo el vizconde.

—Liberto! esclamó Luizzi; yo conozco ese nombre. No es...?

El Diablo no oyó la interrupcion de Armando, ó mas bien no quiso oirla, y continuó refiriendo el apóstrofe del vizconde que terminaba así :

—Cállate, Liberto: lo que tú tratas es de hacer tiempo para que se muera tu mujer, que te sacaria los ojos si supiera que tenias una querida decente.

(1) *Le pedant et l' ecolier.*

Tan bueno es el médico que la has proporcionado, que esperas que concluya con ella antes de un año?

—Somos dos los que estamos por el emplazamiento, dijo el marqués; el abate debe ser tambien de nuestro partido, porque no puede poseer á Olivia hasta que haya conseguido la mitra.

—Es cierto; estoy por el emplazamiento, contestó el abate.

—Pues bien, yo tambien acepto, dijo el vizconde; pero ha de ser con una condicion. Oid: ese panzudo de Liberto nos quitará á Olivia; estoy persuadido de ello. No es verdad, Finon? como que te ha comprado seis veces lo que tú querias. No hay cualidad, ni nombre, ni ventaja, ni talento que pueda luchar con los escudos de ese panza de oro. Propongo, pues, que depositemos cada uno en poder de un notario cien mil libras, que hacen un millon doscientas mil libras, puesto que somos doce. Esta suma será de Olivia con la condicion de que ha de escoger uno de nosotros. De este modo podemos ofrecerla todos un millon doscientas mil libras. Que os parece?

—Bien, bien, aprobado, respondieron todos.

—Aprobado, aprobado, esclamó el subarrendador con aire de liberalidad.

—Muy bien, señor talegas! dijo el vizconde; pero ha de ser con condicion de que nadie ha de añadir un escudo á la suma convenida, y de que has de llevar cien palos si ofreces un liard mas.

—Entonces me retiro, respondió Liberto.

—Nada de eso, replicó el consejero; lo que se dé de mas irá á la masa general, y las ventajas serán comunes.

—Pues bien, dijo el subarrendador: prometo no dar mas que vosotros, y estoy seguro de que la chica será mia.

—Si no la consigo yo, me alegraré que la consigas tú, repuso el vizconde, porque te los pone el dia siguiente.

—Eso ya lo veremos, contestó el subarrendador.

—Estoy segurísimo, dijo el vizconde. Ea! á la salud de Olivia. Oye, Madama Beru, para que no te veas apurada de metálico, te se entregarán mes por mes los réditos del millon y doscientas mil libras.

La Beru, contentísima con este convenio, hizo con la cabeza una seña de aceptacion.

—Y si muere uno de nosotros? preguntó el subarrendador.

—Mejor para los demas, señor calculista.

—Ese es un fondo vitalicio.

—Tienes razon, Mad. Beru. Tráenos acá á Olivia.

Iba á levantarse la Beru cuando se presentó Olivia, y dijo con tono infantil:

—Mamá, me tratais como á una chiquilla; tengo ya quince años, y no sé por qué no me habeis dejado estar aqui hasta la conclusion de la cena.

—Perdonad, señorita, replicó el consejero con tono doctoral; teníamos

que hablar de un asunto muy grave, y os hubiérais fastidiado.... Teneis tanto talento!

—Bravo! esclamó el vizconde; ya empieza la lid. Olivia, si te echas algun dia un amante, desconfia de la gente de toga.

—Y no creais á la gente de espada.

—Por qué? preguntó Olivia.

—Porque si una buena chica quiere tener dos amantes, respondió riéndose el hombre gordo, los militares los matan y los togados los encierran en la cárcel.

—En tanto que los buenos arrendadores sufren con paciencia, no es verdad? replicó el consejero.

—Yo mas quiero sacar el cincuenta por ciento de un negocio que no perderlo todo.

—Por eso sin duda, dijo el vizconde, no has sacado de tu mujer mas que el uno por ciento.

—Justamente, contestó Liberto. En las malas operaciones me intereso lo menos que puedo.

—Ira de Dios! esclamó el vizconde; me recuerdas al pobre Beru, solo que aquel tenia talento.

La cena continuó por este estilo. Olivia contemplaba á los convidados con una curiosidad tan atenta, que debia encerrar un interés oculto.

Olivia habia oido la conversacion de los buenos amigos de su madre. La jóven se hallaba mas adelantada que lo que se creia: era ya una muchacha formada, y la mejor prueba que de ello puedo darte es que en seguida pensó en el modo de engañar á todos sus pretendientes. Rodeada como se veia por los celosos cuidados de los doce asociados, la hubiera sido difícil conseguirlo si hubiera tratado de dirigirse á un hombre de la misma clase que aquellos; pero mientras observa á unos y otros, Olivia dirigió la vista á otra parte, y halló la ocasion que deseaba bajo la forma de su maestro de piano.

Era este un mozo de treinta años, bien entallado, de buena pierna, de dientes bien conservados, y que representaba bastante bien á un amante. Olivia se decidió á amarle. Pero habia en el fondo de aquel hombre una naturaleza tan grosera, que la jóven no lo hubiera conseguido sin la ayuda de su madre. En efecto, Mad. Beru habia notado el esmero con que su hija se ataviaba cuando esperaba al maestro de música, y se puso de centinela. Mr. Bricoin halló todo el atractivo del fruto prohibido. La sangre de Eva, mi primera querida, habló en Olivia.

—Cómo! Con que Eva!... esclamó Luizzi.

—Se los puso á su marido como las demas mujeres. Cain era mio... respondió el Diablo. En seguida continuó:

—Olivia, que sentia hacia ya algunos dias no hallar á Bricoin insoportable, le contempló de pronto bajo el aspecto mas seductor. Aunque Bricoin

no hubiese sido un enorme fátuo, hubiera notado la aficion de la jóven; se veia adorado, y, á pesar de la hermosura de Olivia, tuvo la impudencia de hacerse desear, porque la jóven le deseó. Olivia se vió muy pronto locamente enamorada del maestro de piano. Al fin hubo una tierna declaracion, y fué burlada la vigilancia de Mad. Beru.

Ocho dias despues habia desaparecido la ilusion de Olivia. Rodeada todas las noches de hombres que prestaban al vicio las formas mas elegantes, y cuyo carácter risueño la prodigaba esa lisonjera adoracion consagrada por el libertinage á la hermosura, estableció una enojosa comparacion entre aquellos á quienes habia querido engañar y aquel por quien los habia engañado. Bricoin era el verdadero amante de la mujer perdida: déspota, brutal, injuriándola y amenazándola cada instante con descubrir el secreto de Olivia cuando esta no se prestaba á todos sus caprichos, la vida empezó á ser un suplicio para la pobre jóven, inocente de corazon y deprabada de espíritu, que no cesaba de repetirse:

—Tendré amantes, pero nunca volveré á amar.

Asi transcurrió el año fatal, y cuando una noche, semejante á la que he mencionado, se vió precisada Olivia á elegir uno de los doce pretendientes, la hermosa jóven se levantó y dijo con voz firme:

Escojo al subarrendador.

—Antes de dos dias, esclamó el barrigudo, tendrás, reina mia, uno de los palacios mas bellos de París.

Todos quedaron mudos de sorpresa; el vizconde calló tambien, pero aquella misma noche se acercó á Olivia y la dijo:

—Yo no puedo creer que has escogido por codicia á ese bola dorada: á tu edad no se procede así. Por fuerza ocultas otra idea. Si has escogido por amante á un imbécil, es por que tienes otro amante que ocultar.

Olivia, apurada por el vizconde, se lo confesó todo.

Ocho dias despues, cuando Bricoin fue á dar leccion á Olivia á su nueva casa, en vez de encontrar al subarrendador, se encontró con el vizconde. Bricoin se alborotó y prometió decírselo todo al Mendoro; el vizconde cogió un baston y se le rompió en las costillas diciéndole:

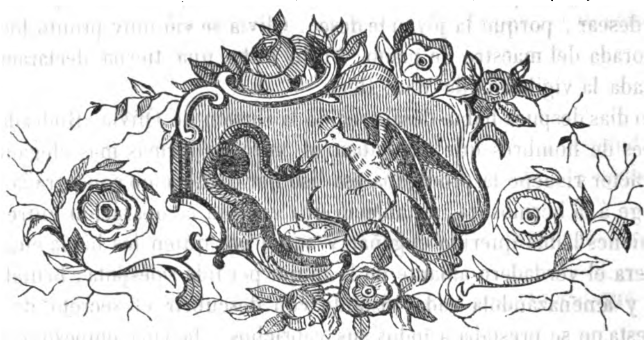
—Esto es para advertirte que no parezcas por aqui mas. En cuanto á tus amenazas, si llegas á decir una palabra te corto las orejas.

Poco tiempo despues encontró el vizconde al subarrendador, y le dijo:

—Ola, becerro de oro: ¿Como os vá con la Olivia?

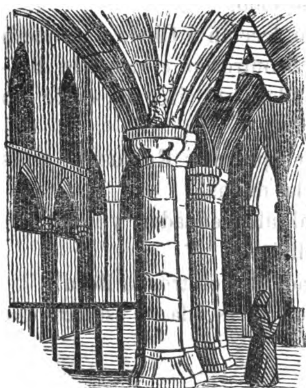
—Hum!... mucho me temo que se haya burlado de nosotros la Beru.

—Te aseguro, dijo el vizconde jugando con la espada, te aseguro que Olivia se burla de tí.



XXVIII.

Un noble de nuevo cuño.



Aqui llegaba Satanás cuando Luizzi oyó llamar á la puerta.

—Quien es? preguntó con impaciencia.

—Señor, respondió Pedro, son Mr. Ganguernet y el Sr. Marques de Bridely.

Luizzi vaciló un instante, y dijo sin abrir la puerta:

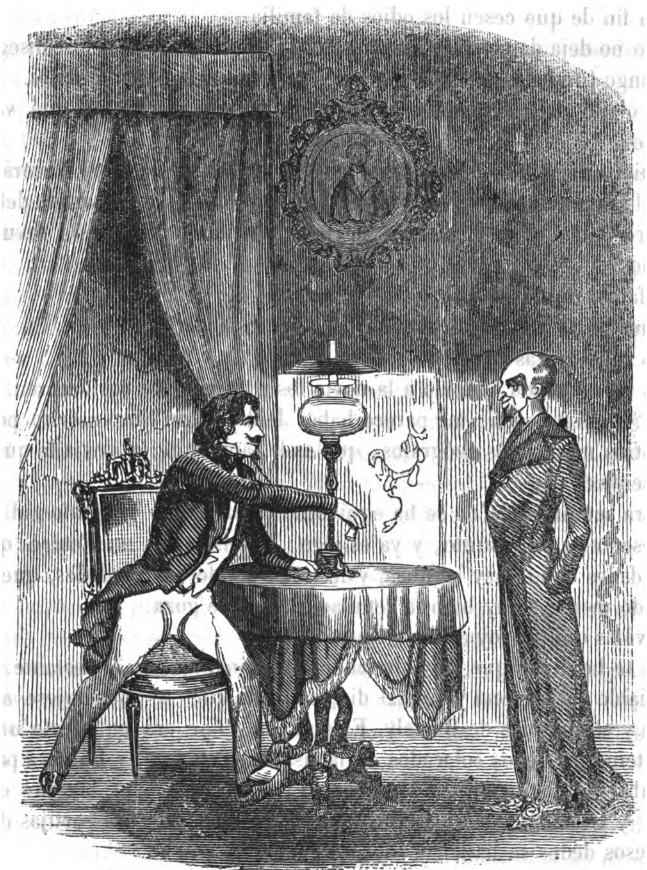
—Decidles que tengan la bondad de esperar un momento; voy á recibirlos.

—No tenias tanta prisa de saber la historia de Mad. de Marignon? le preguntó Satanás.

—Me parece, respondió Luizzi, que la sabré mejor aun despues que haya conversado un instante con Ganguernet. Hay cierta interrupcion á la que

tú no has respondido, y que tal vez podrá esplicarme ese hombre. Sin embargo, no te alejes.

Al decir esto, miró Luizzi al Diablo. Su trage negro y su cartera habian desaparecido. Se hallaba vestido con una larga bata de seda, y calzaba ba-



buchas; solo un mechon de pelo pendia de la coronilla de su cabeza, y se mondaba los dientes con la uña de su pulido dedo.

—Vas á un baile de máscaras? le preguntó el baron.

—No, voy á la China, y vuelvo al instante.

—A la China! esclamó Luizzi estupefacto. Y qué vas á hacer allí?

—Voy á arreglar otro matrimonio; no estamos en viernes?

—Dia desgraciado, dijo Luizzi.

—Es decir, dia de Venus, repuso el Diablo.

—Y qué clase de matrimonio es el que vas á hacer?

—Voy á inducir á un mandarin á que se case con la hija de su mortal enemigo, á fin de que cesen los odios de familia.

—Eso no deja de ser bien estraño en tí, dijo Luizzi; pero lo conseguirás?

—Tengo fundadas esperanzas; los resultados deben ser grandes.

—El olvido del odio es casi una virtud; no comprendo por qué vas tú á aplacarle.

—Quiero decir que espero llevarle á su mayor desarrollo. Nacerán diez hijos del matrimonio que voy á arreglar; cinco tomarán el partido del padre y los otros cinco el de la madre; de esto resultarán disputas, revueltas y fraticidios.

—Infame! dijo el baron.

—Pues no te parecia tan bueno hace un instante?

—No conseguirás tu objeto, así lo espero.

—Ya ha mandado el novio á la novia los presentes de costumbre.

—Sí? dijo el baron; me parece haber leido en un libro escrito por uno de nuestros mas sábios geógrafos, que es la familia de la novia la que hace los presentes.

—Para ser un sábio no se ha equivocado mucho ese geógrafo; al menos hay presentes en el asunto, y ya es algo. Teneis tantos académicos que ponen ciudades donde hay lagunas, y desiertos donde hay ciudades, que el que has citado merece muy bien la reputacion de que goza.

—Olvidas que te voy á llamar muy pronto?

—Ya te he dicho que voy corriendo á Pekin y vuelvo al instante.

El Diablo desapareció y Luizzi dió órden de que se introdujese á Ganguernet y al marqués de Bridely. Este nuevo señor era en efecto un bello jóven: tenia los dedos colocados en la sisa de su chaleco, y hubiera parecido un hombre de distincion á no ser por su rizado tupé, los botones de diamante, y las cadenas de oro que ocultaban su camisa y las sortijas de que sus gruesos dedos se hallaban sobrecargados.

Despues de los saludos de costumbre, el baron se vió bastante embarazado no sabiendo cómo hacer girar la conversacion sobre el asunto que le moviera á recibir á Ganguernet, pues ignoraba si Gustavo sabia que conocía su secreto. Sin embargo, no era cosa de retroceder: así pues, avanzando á salga lo que saliere, dijo á Gustavo:

—Conque estais enteramente decidido á dejar el teatro?

—Si, señor baron; respondió el conde de nuevo cuño pasando sus dedos perfumados por el hueco de sus rizos; qué quereis que haga en el teatro un hombre de algun talento?

—Creo que en él hay puesto para todos.

—Lo creo, respondió Gustavo meneándose en su asiento; lo creo, porque no hay talento ninguno en el teatro; pero estan de moda las medianías, y yo no soy bastante intrigante para derribarlas.

—Me parece tambien que el público es un juez que clasifica mejor que la intriga los verdaderos talentos.

—Para eso, señor baron, era preciso que el público los conociera.

—Sin embargo, los empresarios tienen interés en contratarlos.

—Y qué, los conocen acaso? El talento que mas estiman los empresarios es el de la lisonja; además, es insufrible la envidia de ciertos individuos que desempeñan los primeros empleos. Hace ocho dias, antes de recobrar á mi padre... porque ya sabreis que he tenido la dicha de recobrar á mi padre el marqués de Bridely?

—Sí... sí... respondió Luizzi mirando á Ganguernet, que soltó una gran risotada.

—Como os decia, señor baron, fuí á ver al empresario de la Opera cómica. Hallábase bastante embarazado, porque era domingo, y el primer tenor no queria trabajar aquella noche, lo cual le costaba cuatro mil francos. Mientras discutíamos las cláusulas de mi contrata, envió al médico á la habitacion del tenor para que certificase del buen estado de su salud... no digo de su voz, porque hace tiempo que ha ido á los incurables. Nos hallábamos á punto de concluir, cuando el director vino á decir que el primer tenor se prestaba á cantar en una pieza en un acto.

—Vamos, dije yo, sabe que estoy yo aquí.

—Es imposible que os haya visto entrar, caballero, repuso el director.

—Pues bien, le pregunté: quereis que yo le haga trabajar?

—Ya lo creo, respondió el empresario; me hariais un gran servicio.

—Pues entonces decidle que tenga la bondad de venir acá.

En efecto, el tenor llegó con aire de mal humor. Yo me hallaba á un estremo de la habitacion.

—No puedo cantar, dijo, porque estoy fatigado y enfermo.

Yo no hice la menor observacion, pero comencé un diapason desde el *ut* bajo al *ut* agudo: *do re mi fa sol la si do re mi fa sol la si do do do*, con una suspension bastante esmerada; el tenor me miró y dijo al director:

—Cantaré mañana en las piezas que querais.

—Eso es verdaderamente maravilloso, esclamó Luizzi.

—Ahora bien, señor baron; creereis que un momento despues el bribon del empresario, cuando acababa de darle cuatro mil francos con un diapason, me negó un ajuste de mil escudos?

—Lo comprendo muy bien, respondió Luizzi, que tenia todavia el oido desollado con el diapason de Gustavo.

—La cosa es muy sencilla, dijo éste; el empresario es esclavo de ese miserable tenor.

—Es de creer, contestó Luizzi; pero se me habia olvidado preguntar á Mr. Ganguernet á qué debo la honra de esta nueva visita.

—En primer lugar, d jo Ganguernet, á mi deseo de presentaros al conde de Bridely. Al pasar bajo vuestros balcones hemos visto luz en vuestra habitacion, y he conocido que aun no estábais acostado. En segundo lugar hemos salido con objeto de suplicaros que guardeis el mas profundo secreto acerca de la historia que os conté esta mañana. Yo sé muy bien que sois aficionado á contar aventuras escandalosas.

—Yo! Os juro que á nadie diré palabra, ni aun al señor conde de Bridely.

—De qué se trata? preguntó el conde.

—Es asunto que debe seros poco divertido, le respondió el baron con altanería, y luego añadió dirigiéndose á Ganguernet: si os he de guardar el secreto es preciso que me digais si habeis oido hablar de un tal Mr. Liberto.

—Toma! pues si es mi cuñado.

—Ya me lo figuraba yo. Conque segun esó es hermano de esa Mad...

—Mariana Gargablou, hija de Liberto, Antonio Liberto, un gordachon de Tarascon, provenzal enjerto de normando, la avaricia y la ostentacion encajonada en la bribonería y la rapacidad.

—Un verdadero Turcaret, no es verdad?

—Un Turcaret completo, porque abandonó á su mujer por sostener queridas, y dejó morir de hambre á su hermana.

—Pues bien, yo espero poderos dar noticias de él.

—Si murió ya.

—Al menos os las daré de sus bienes: no seria imposible que volvieran á los legítimos herederos de Mr. Liberto.

—A mí! esclamó Gustavo dominado por el recuerdo de los muchos millones de su señor tio.

—Qué, os concierne este asunto, señor conde? le preguntó Luizzi con tono desdeñoso.

—Vos lo sabeis, baron, respondió Ganguernet. Vamos, añadió dirigiéndose al conde de Bridely; no me hagas tantas señas: Mr. Luizzi lo sabe todo.

—Y tomo parte en la conspiracion.

—Ademas, continuó Ganguernet, el negocio de Rigot es bastante incierto. Rigot da dos millones de dote; pero, á quién se los da?

—No habeis dicho que á su sobrina?

—No tal. Rigot es hombre muy raro: ha hecho una donacion de dos

millones sin que se sepa si son para la madre ó para la hija. Ha dispuesto que se casen en un mismo dia, y al salir de la iglesia abrirá el notario el acta de donacion perfectamente sellada y cerrada hasta entonces.

—Pardiez que es cosa singular! dijo Luizzi.

—Sin duda que lo es; pero tratemos ahora de otra cosa. ¿Cómo nos las compondríamos para dar con los millones del tio Liberto?

—Mañana os lo diré; id á ver *Los dos forzados* y estudiad esa comedia, como tambien *El espósito.*

—Comprendo perfectamente: se trata de un secreto por cuyo medio se puede obligar al detentor á la restitucion.

—Algo hay de eso. Buenas noches: espero á la persona que debe facilitarme las últimas noticias.

—Adios, pues, hasta mañana, dijeron Ganguernet y el conde de nuevo cuño, y se retiraron.

Luizzi tocó la campanilla.

—Sabes, querido, que te vas haciendo algo impertinente? dijo Satanás entrando.

—Yo? replicó Luizzi aturdido por el apóstrofe.

—Sí, tú: hace veinte minutos que me tienes en la antecámara.

—Qué listo andas! dijo Luizzi con desden. Has concluido ya con el mandarin?

—Como tú con los Ganguernet.

—Has sembrado mal para coger crímenes?

—Eso se queda para los necios como tú; yo siembro el bien para que nazca el crímen. He apresurado la reconciliacion para fomentar el ódio.

—Obra es esa cuya gloria no envidio.

—No lo estraño, porque tú no te das tampoco mala maña en la obra del mismo género que has emprendido.

—Hablas de mi proyecto de casar á la señorita de Marignon con Mr. Gustavo Ganguernet?

—Me parece que esa no deja de ser una linda infamia.

—Bien, que lo sea! replicó Luizzi; es una venganza, ó mas bien una burla.

—Sí, los hombres teneis nombres sonoros, pomposos, agradables y sin consecuencias para denominar vuestros crímenes. Vas saliendo diestro; dá un paso mas y serás otro Ganguernet: llamarás á eso un magnífico chasco.

—Pretendes hacerme desistir de mi proyecto?

—Ni hacerte desistir ni ayudarte en él.

—Pues me vas á ayudar contándome el fin de la historia de Mad. de Marignon.

—Pobre mujer! dijo el Diablo con un aire de compasion que hizo reir á Luizzi.

—Verdaderamente es digna de que tú la compadezcas.

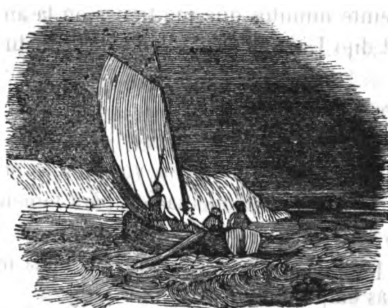
—Pobre mujer! pobre mujer! repitió el Diablo moviendo la cabeza.

—Te enterneces! Sabes, Satanás, que haces un papel ridículo?

—Tienes razon, me enternezco y tú la echas de desapiadado. Ambos nos salimos de nuestro papel.

—Vuelve tú al tuyo, y sobre todo, continúa tu relato.

—Allá voy.





XXIX.

Continuacion del relato.



NECESITO, antes de mostrar á Olivia en la sociedad, entrar en algunas consideraciones acerca del estado de su espíritu. Olivia comenzó su vida de mujer á la moda con un singular error en el corazon: se imaginaba haber conocido el amor; el capricho de niña que le habia conducido á los brazos de Bricoin habia producido ansiedades, esperanzas, escenas violentas y algunos momentos de placer fáciles de confundir con la felicidad cuando esta no se ha conocido. Luego habian llegado el arrepentimiento, las lágrimas, el terror. Esta aventura se habia presentado á sus ojos con todo el acompañamiento del amor. Olivia, que carecia de esperiencia, se habia dejado engañar por tales apariencias, y habia concebido una idea muy mala de esta pasion.

Así pues, como jóven de talento, juró, segun te he dicho ya, no volver á amar nunca. Era lo natural que un corazon de diez y seis años guardase aun bastantes ilusiones, vagos deseos, meláncolicos pensamientos para volver á hallar por un instante la verdadera senda del amor, y sin embargo no fué así.

En otra posicion, y sobre todo, en otra época, Olivia indudablemente hubiera conocido su error; pero ¿qué idea podia haberse formado del amor la hija de Mad. Beru? Qué significacion podía tener para ella el título de amante? El amor, tal como le consideraba Mad. Beru, era un género de comercio cuya profesion era un privilegio de la hermosura. Es preciso tambien tener presente que la sociedad corrompida en que vivia Olivia era la espresion mas genuina de las costumbres corrientes del último período del siglo XVIII. El sensualismo, la negacion de toda regla y de todo vínculo moral gobernaban soberanamente á aquella sociedad decrépita, y si Olivia se hubiera apartado de la esfera especial de corrupcion á que se hallaba circunscrita, la hubiera sido muy dificil ponerse al abrigo de la desmoralizacion, que tan jóven la arrsncaba esa flor del alma llamada fé en el amor.

Olivia halló sin embargo una compensacion de la pérdida de las emociones amorosas que truecan la juventud en una vida cuyos sufrimientos son casi tan duraderos como la juventud misma, pero que siempre se recuerda con encanto despues que ha pasado. Esta compensacion consistió en las costumbres de una sociedad brillante, en el gusto de las cosas esquisitas, en una apreciacion rápida de los hombres y los sucesos, en una especie de pasion por las grandes causas de la humanidad; pasion debida á esa filosofía, cuya escuela tenia constantemente abierta la Enciclopedia, y (en medio de aquella galantería disoluta en que se mudaba de trage) en una preferencia singular á los placeres del espíritu, en el éxito de la conversacion, en el imperio de una frase delicada, y en su reputacion de mujer superior.

No quiere decir esto que Olivia, llegado que hubó á todo el esplendor de su hermosura, no fuese esclava de una naturaleza ardiente é imperiosa; pero es preciso decirlo; ningun hombre fué elegido á la vez por sus ojos y su corazon. Olivia tenia casi siempre un amante en el que exigia nombre, reputacion, triunfos para satisfacer su vanidad; y otro amante, á quien nada de esto pedia, y á quien ocultaba cuidadosamente. Se entregaba á ambos, pero con la diferencia de que se hacia desear mucho tiempo del primero, y cedia facilmenmente al segundo. Consistia en que entre estos dos amantes existia casi la misma diferencia: Olivia era del primero, y el segundo era de Olivia.

La mayor parte de su juventud pasó en esta doble depravacion. El subarrendador habia aumentado el capital que le proporcionara la sociedad de los doce; no tardaron en sucedecerse rápidamente en la posesion de Olivia los príncipes, los embajadores y los comerciantes, de tal modo, que la hija de Mad. Beru llegó á ser dueña de una de esas fortunas escandalosas que avergüenzan á la sociedad en que se han adquirido.

Cuando llegó la revolucion, Olivia se hallaba en Inglaterra con un miembro de la cámara de los Lores, que gastaba con ella mas de lo que puede producir el patrimonio mas rico. Trataba de volver á Francia para evitar que sus bienes fuesen confiscados; pero la emigracion le envió á Lóndres todos sus amigos de París. Olivia se mostró en esta ocasion buena, noble y llena de talento. Disminuyó los gastos de su casa para acoger con mas facilidad á todos aquellos grandes señores arruinados, sin que se pudiese acusarlos de que se dejaban uncir al carro de una rica cortesana, y luego ayudó secretamente á los mas pobres con las economias de sus gastos. Empleó tanta delicadeza en sus beneficios que exigió seguridades en regla para su reembolso. Segura de que les daba, tomó todas las precauciones posibles para hacerles creer que les prestaba.

Durante este tiempo, se sucedian los amantes como anteriormente, tanto mas cuanto que Olivia, siempre delicada en la eleccion de sus amigos patentes, hacia tiempo que se habia degradado en la eleccion de sus amigos ocultos; y tal vez hubiera concluido por perderse completamente en sus vergonzosas costumbres, si una enfermedad, que consistia en una estrema languidez ocasionada por el clima de Lóndres, no hubiera puesto su vida en peligro; todos los cuidados de los médicos habian sido inútiles para vencer aquella disposicion melancólica que casi habia anonadado las fuerzas de su cuerpo, y arrebataba ya las gracias de su espíritu: en su vista, se decidió que Olivia abandonase á Inglaterra si no queria encontrar la muerte en ella.

Todos los emigrados la aconsejaron que fuese á Italia; en este consejo habia un estraño sentimiento de celos: obligados á abandonar sus bienes, su rango, su patria, á los palurdos salidos de la nada que los habian lanzado de Francia, sintieron cierto despecho al considerar que aquellos hombres de sangre, como ellos decian, podrian tambien usurpar sus placeres. Y ciertamente tenian motivo para temerlo, pues la virtud de Olivia era aun mas frájil que la decrépita monarquía. Olivia no los escuchó: quiso volver á ver á París, ver otro París distinto del que ella habia conocido, gobernado por otros hombres, agitado por otras ideas, arrastrado á otras fiestas, porque el Directorio ocupaba ya el Luxemburgo en la época de que hablo.

Olivia consiguió fácilmente su eliminacion de las listas de emigrados, y los restos de la fortuna que traia de Inglaterra la proporcionaron una holgura que la permitia disponer de su persona al paso que arreglaba las bases de su negocio.

Aunque tenia ya treinta años, su belleza era tanta que no tardó en verse rodeada de los mas célebres galanteadores de Paris; aficionada al lujo y al placer, se hizo notable en las francas diversiones de Longchamp y en los misteriosos bailes de la Opera y de Frascati. Sin embargo, no pudo recobrar la salud ni la independencia de su espíritu.

Sus accesos de melancolía y de abatimiento eran cada dia mas frecuentes, y con gran trabajo se la habia hecho asistir una noche del invierno de 1798 á un baile de confianza dado por uno de los mas ricos proveedores del ejército. Olivia estuvo como fuera de su elemento; de todas las mujeres que asistieron, ella fué la única en quien no se halló talento, ni coquetería, ni delirio; entre los hombres solo uno permaneció frio, indiferente y como fatigado por la alegria que le rodeaba. Este hombre, que podia tener treinta y cinco años, se llamaba Mr. de Mére.

Se le atribuian rasgos de amor estremados. Muy jóven aun, habia abandonado su familia y dejado á un segundon todas las ventajas de una brillante fortuna, por seguir á Holanda á una mujer á quien amaba. Despues de haberla amado, hasta el punto de respetarla, por espacio de tres años, aquella mujer se habia entregado á otro. Esta primera decepcion le impelió á un libertinage vergonzoso; aquel hombre tan distinguido por su nombre, por su categoría, por su carácter y por su talento, se sumergió en toda clase de escesos. Vuelto á Francia, tornó á la buena sociedad y volvió á enamorarse hasta el delirio; esta segunda pasion fué mas violenta y menos respetuosa que la primera, pero valió á Mr. de Mére otro nuevo desengaño. Entonces tenia veinte y siete años.

Esta vez, como la primera, la desesperacion despertó en él el deseo de la venganza; pero no se eligió á sí mismo por víctima: quiso que pagára todo el sexo la falta que dos mujeres habian cometido, y dió á su vida la singular ocupacion de seducir á las que eran tenidas por mas virtuosas, abandonándolas al dia siguiente de haberlas perdido.

Esta miserable venganza fatigó muy pronto al que habia puesto en ella su felicidad, y al cabo de dos años de semejante vida, se encontró Mr. de Mére frente á frente de sí mismo, jóven aun, pero manchado por su desprecio á todas las mujeres. Los sucesos de la revolucion le distrajeron de su profundo disgusto, y los intereses públicos absorvieron su espíritu: el año de 92 partió á unirse con los voluntarios de su provincia, dichoso porque sentia latir su corazon al ruido del tambor y porque cualquiera emocion le hacia estremecerse.

La fortuna que en aquella época prodigó á tantos sus favores, no olvidó tampoco á Mr. de Mére. En 1798 era ya general de brigada, y si entonces no se presentó en el ejército con un grado mas alto, fué porque una peligrosa herida habia hecho necesaria su presencia en Paris.

Así como Olivia era la menos jóven entre las mujeres que habian concurrido á aquel baile, Mr. de Mére era el de mas edad entre los hombres. Se habian sentado bastante separados uno de otro, porque Olivia era objeto de los deseos de los mas jóvenes y ardientes, y Mr. de Mére el blanco de las coqueterías mas locas y mas tiernas. Ni los unos ni las otras obtuvieron el menor resultado. Olivia y el general miraban con lástima aquellas alegrias

febriles, aquellos delirios amorosos que ambos habian agotado hasta las heces. Olivia era demasiado bella para aceptar el amor de un jóven cuya pasion la hubiese colocado en la categoría de las viejas que educan á sus amantes, y Mr. de Mére no era ya tan apasionado al placer que quisiera esponerse á un nuevo desengaño.

Llegada la noche, la casualidad, ó mas bien la soledad que ambos buscaban en un salon retirado hizo que se reunieran. Mr. de Mére sabia quién era Olivia, pero Olivia no conocia á Mr. de Mére. El general entabló conversacion con la cortesana, no con el respeto que inspira una reputacion sin mancha, sino con esa consideracion que el hombre distinguido dispensa á toda mujer acostumbrada á la buena sociedad. Primeramente cambiaron algunas frases acerca de la escasa parte que los dos tomaban en aquella diversion, atribuyéndolo ambos al mal estado de su salud, porque como ambos se creian una escepcion en aquella fiesta, no se atrevian á hablar del mal estado de su corazon. Como ningun interés recíproco los unia, no tardaron en dejar aquella conversacion para hablar de cosas de interés general. Las guerras de la república y las victorias de Bonaparte eran lo que entonces llamaba la atencion; Mr. de Mére habló de ellas con un ent u siasmo que denotaban haber en él mas ardor y mas juventud que él mismo creia. Por otra parte la literatura, los teatros, las artes y la música empezaban á revivir, y Olivia habló de todo con un tacto, una superioridad, y un interés que denotaban asimismo que su corazon era mas susceptible de dulces emociones que lo que ella misma se figuraba.

Así pasaron largas horas, escuchándose con placer, pero sin reflexionar; cuando el silencio les advirtió que la fiesta habia terminado, conocieron que habia pasado hacia mucho la hora á que comunmente solian retirarse á su casa, y les fué preciso separarse. Mr. de Mére, que aun debia perder algunas semanas en Paris, no quiso desaprovechar la ocasion de hacer mas llevadero el tiempo con el trato de una mujer llena de talento, y pidió á Olivia permiso para frecuentar su casa. Hízolo en los términos mas lisongeros, y Olivia le respondió sin mostrar agradecimiento y sin negárselo.

—No necesito saber vuestro nombre, caballero, para admitir con mucho gusto en mi casa á un hombre tan distinguido como vos; pero al fin necesito saberle para que no me sorprenda vuestra visita, si es que no echais en olvido la peticion que me haceis.

—Pues bien, señora, si se os anuncia á Mr. de Mére mañana por la noche, le recibireis?

—Mr. de Mére! esclamó Olivia. Ved ahí un nombre que sin otra recomendacion basta á proporcionar en todas partes una buena acogida al que le lleva.

Ya ves que ambos se manifestaban sin embarazo el placer que su encuentro les proporcionaba. Como ambos se creian al abrigo de una coquetería ó

de una seduccion, recibieron tambien sin embarazo esta manifestacion. Al dia siguiente ninguno de los dos esperimentó la menor turbacion al recordar aquella noche. Olivia pasó el dia sin acordarse de que iba á recibir la visita de Mr. de Mére, y este solo recordó que debia ir á casa de Olivia, con el objeto de divertirse mas aun que si fuera á ver una representacion teatral ó una partida de juego.

Eran las nueve de la noche: Olivia se hallaba en su casa acompañada de Liberto, el panzudo subarrendador, á quien habia tomado por amante ostensible, y que era el mas esclavo de cuantos habian reinado como él. Su inmensa fortuna, ganada en las dilapidaciones de la monarquía, se habia aumentado en las dilapidaciones de la república, y Olivia se servia de ella para satisfacer caprichos mas imperiosos aun que los de la vanidad y el amor á los placeres, porque procedian del tédio. El subarrendador, convertido en proveedor, esplicaba en aquel instante á Olivia las ventajas de una nueva operacion, y Olivia, careciendo de otro pasatiempo mas grato, se divertia en hacerle ver que su empresa era estúpida, aunque interiormente se hallase segura de que el instinto avaro de Liberto era superior á todas sus buenas razones.

Casi reñian cuando se anunció á Mr. de Mére. Olivia esperimentó un violento despecho, y aunque todo Paris sabia que era querida de Liberto, sintió sobremanera que un hombre como Mr. de Mére la hallase con él.

Sin embargo, recibió al general con esa serenidad que procede mas bien de la costumbre que de la disposicion y giró la conversacion sobre la fiesta de la noche anterior. Esta conversacion fue lacónica y embarazosa por parte de Olivia y desdeñosa por parte del general al hablar de los concurrentes al baile. Ambos estaban disgustados y embarazados con la presencia del proveedor porque ella manifestaba lo que era Olivia.

Liberto se retiró antes que Mr. de Mére y entonces dijo á este Olivia:

—Os habeis equivocado, general; sin duda creiais encontrar en mi casa una sociedad numerosa y una conversacion brillante y no encontrais mas que una pobre muger que pasa sola la mayor parte de las noches.

—Señora, respondió el general, yo solo he venido á buscaros á vos.

—Y habeis encontrado á alguien mas: no es esto lo que quereis decir?

—No en verdad, señora; pero debo confesaros que he sentido interrumpir una *conversacion tan intima.*

—No sé como debo tomar vuestra respuesta.

—Debeis tomarla como la espresion de la sorpresa que me causa el ver á la bella Olivia sola.

—Sola!

—Sí, señora: me parece haber descubierto en vos una superioridad de espíritu que no debe contentarse con el trato de ciertas vulgaridades.

Olivia miró al general con una sonrisa irónica y triste á la vez, y replicó:

—Si yo fuera la franca coqueta que os figurais, tal vez os contestaría que me hallaba sola porque os esperaba; pero eso seria mentir y hace mucho tiempo que no me tomo tal molestia.

—No me esperábais, pues, señora?

—Os aseguro caballero, que os habia olvidado completamente.

—Agradezco vuestra franqueza, aunque sea poco lisongera.

—Lo es quizá mas de lo que pensais, porque yo pienso mucho en huir de importunos.

—Os divertis conmigo, señora, dijo el general con una alegria que hacia mucho no habia esperimentado; no os hallo tan natural como anoche, y lo siento.

—Tal vez consista en que esté disgustada.

—Por qué?

—Por vuestra venida.

—Sí? Y podeis decirme por qué os ha disgustado mi venida?

—Sereis reservado si os lo digo?

—Siempre lo he sido, señora?

—En ese caso, os voy á confesar la causa de mi mal humor. Anoche os hallé en una sociedad insoportable, fastidiado como yo entre personas que se divertian; me hicísteis pasar una noche agradable, pues no conté las horas, que no es poco para mí; vos tampoco echásteis de ver el tiempo que perdiais lo que tambien es algo para vos. Un dia recordaremos ambos aquellos momentos. Este recuerdo era sin duda muy pálido al lado de todos los de vuestra vida y sería muy confuso para mí si me hubiese visto obligada á buscarle entre los recuerdos tumultuosos de mis primeros años; pero hubiera ocupado un puesto feliz en la desierta existencia que vos y yo llevamos......

—Y por qué no le ha de ocupar? replicó el general interrumpiendo á Olivia.

—Oh! dejad esas rancias galanterias pues yo valgo algo mas ó algo menos que eso. Ese recuerdo ha perdido su puesto porque habeis venido á mi casa y habeis encontrado en ella á Mr. Liberto, porque conozco que me juzgais con arreglo á mi posicion y porque verdaderamente asi me habeis juzgado.

Mientras Olivia hablaba de este modo, el general fijó la vista en ella: entonces echó de ver su soberana hermosura mas interesante aun desde que Olivia enflaquecía bajo el peso del dolor físico y la tristeza.

—De todo lo que acabais de decir, contestó Mr. de Mére, lo único que no comprendo es esa vida desierta de que hablais.

—Ved ahí lo que me admira, dijo Olivia; no es porque yo no pueda tener á mi derredor un círculo de brillantes adoradores: los triunfos de ciertas mujeres me hacen creer que no me faltarian si me dignase llamarlos. Pero, decidme: ¿qué interés pudiera moverme á ello? El de un amable entretenimiento? Os confieso que en ese punto he sido demasiado mimada. Se-

ria la necesidad de obsequios.... amorosos? Os confieso tambien que habiendo perdido esos obsequios la seduccion que un dia les prestaban un nombre distinguido y unos elevados modales, tengo pocas ganas de admitirlos y de hacer un nuevo aprendizage de amor.

—El amor! ved ahí una pasion de que no hablais, y que estraño no hallar aqui.

—Pues qué, replicó Olivia con aire de admiracion, no os acabo de decir que he renunciado á ella?

—Perdonad, señora, dijo Mr. de Mére sonriéndose dulcemente; me parece que habeis hablado de otra cosa distinta del amor.

—Y qué cosa es esa?

—No sé como decíroslo.

—Vaya, sed franco, repuso Olivia con viveza. Hablad, que yo puedo oirlo todo: soy una *buena mujer*, y si aun esta seguridad no os basta, hablad, que yo soy una vieja.

Mr. de Mére hizo un movimiento de cabeza, y respondió tambien con sonrisa:

—Hablaré, puesto que asi lo quereis. Me parece que, segun lo que habeis dicho, no es al amor á lo que habeis renunciado, y sí á lo que nosotros, los groseros soldados, llamamos aventuras galantes.

—Os comprendo, respondió Olivia riéndose; pero os diré que aun aborrezco mas lo que vos llamais amor que lo que llamais aventuras galantes.

—Mucho os ha hecho padecer! dijo el general.

Sí, contestó Olivia con una espresion de vergüenza y casi de hastío; me ha hecho un daño terrible, repugnante, vergonzoso; solo he amado una vez y quisiera olvidarlo.

—Yo tambien he padecido por esa pasion, dijo á su vez el general. He sido engañado en los sentimientos mas santos, vendido en la adhesion mas completa, burlado en mi confianza y mi veneracion hácia la muger que amaba; y sin embargo por nada de este mundo daria el recuerdo de esos tormentos pasados.

—Hablais con sinceridad? preguntó Olivia apoyándose en los brazos de su sillon y mirando al general con estraña sorpresa.

—No me comprendeis? continuó Mr. de Mère exaltándose: no conoceis que cuando el corazon se halla pobre y agotado recordamos con alegria el tiempo en que era rico y abundante de dulces esperanzas y de noble ambicion? Amar! Amar! Saber que á nuestro lado hay un alma que espia todas nuestras bellas acciones para beber en ellas la felicidad; un ser débil que tiene fé en nosotros, que deposita en nosotros su dicha, que se entrega al sueño y despierta tranquilo al abrigo de nuestra proteccion, ó que, si se halla encadenado por deberes mas imperiosos, dulcifica con nuestro recuerdo todos sus disgustos, todos sus pesares; que vive en nosotros como

nosotros en él, que nos comprende con una mirada aunque no hablemos, que sabe mejor que nosotros mismos lo que pensamos, un ser cuya felicidad amamos mas que nuestra vida, que tiene, en fin, nuestro corazon en una perpétua alternativa de gozo y de deseo que ensancha la existencia y la dá una estencion inmensa para la felicidad ó para el dolor. Os equivocais, señora: ó no rechazais tales recuerdos ó no habeis amado nunca.

Olivia llevó la mano al corazon al oir estas palabras, sintiéndose presa de una emocion penosa y desconocida. Contempló en silencio á Mr. de Mére como si sus ojos se hubiesen abierto á una nueva luz á cuyo beneficio veia distintamente, y concluyó por decirle con voz lenta y baja:

—Y vos habeis amado asi!!

—Y asi debeis ser amada, contestó el general, ó al menos debeis haber esperimentado un sentimiento semejante al que acabo de espresar.

Olivia bajó los ojos y se ruborizó. En aquel instante se avergonzó de si misma; en aquel instante se arrepintió de su vida perdida en los placeres. Para esquivar este pensamiento volvió á tomar la conversacion casi interrumpida por su silencio y dijo:

—Y vos, tan jóven aun, vivis de recuerdos? Creeis que esa pasion que tan bien conoceis no os dominará ya?

—Espero que no, respondió el general sonriéndose; pero sin embargo no fiaré mucho. Si una muger como vos se tomase el trabajo de enamorarme temo que lo conseguiría.

—Quisiera que estuviéseis enamorado de mi, dijo Olivia con una alegria infantil.

—Os divertiriais asi mucho?

—No digais eso, replicó Olivia con acento suplicante; os juro que no sabria jugar con tales sentimientos. He sido muy loca, muy amiga de reir, pero os aseguro que nunca me hubiera burlado de una pasion tan sincera.

—Debeis ser muy piadosa, dijo el general, si nunca habeis hecho desgraciados á aquellos á quienes se la habeis inspirado.

—Si la he inspirado, nunca la he comprendido.

—En ese caso no habreis participado nunca de ella?

—Nunca, respondió Olivia.

—El acento ingénuo con que aquella muger de treinta años pronunció esta palabra admiró á su vez á Mr. de Mére: miró á Olivia como si sospechase que representaba una comedia, pero habia tanta sinceridad en su actitud y en su asombro, que ya no pudo dudar de lo que oia. Permaneció largo rato en silencio delante de aquella muger, admirando en aquel bello rostro que parecia haber sufrido la prueba de las pasiones, la sorpresa ingénua de la niña á quien un hombre acaba de descubrir su corazon y que se admira de las nuevas emociones que siente. Olivia callaba y Mr. de Mére la miraba: al fin levantó los ojos, al general, y dijo dolorosamente:

—Me acabais de hacer mucho daño!

—Y como?

—No puedo decíroslo; la vida que paso y que me era ya insoportable, me va á ser imposible de sufrir; la presencia de ese hombre que me disgustaba va á avengonzarme; todos esos placeres que me parecian frívolos, van á parecerme odiosos; lo que creia saciedad solò es vacío de mi corazon.

—Habeis renunciado á llenarle?

—A mi edad, respondió Olivia sonriéndose, amar, y amar como una niña, seria una locura; seria mas aun; seria una ridiculez.

—La mujer, replicó el general, nunca es ridícula cuando es tan bella como vos, y cuando tiene en el corazon un sentimiento verdadero.

—Eso equivale á aconsejaros á vos que os espongais nuevamente á esas tumultuosas emociones de que acabais de hablar; seguramente no seguiriais tal consejo.

—Señora, yo bendeciria el instante en que me fuera dado sentir lo que ya otra vez he esperimentado. Debo deciros la verdad por completo: me parece que durante el tiempo que mi corazon ha reposado, ha recobrado toda su juventud, toda su fuerza, todo su delirio.

El general, mientras hablaba de este modo, miraba á Olivia como para hacerla creer que en ella se fundaba la esperanza de aquella pasion. Olivia se sintió turbada y le dijo sonriéndose:

—Vaya, dejémonos de niñerías. Sin duda olvidais que somos ya viejos para amar y que los jóvenes atolondrados en cuya compañia estuvimos anoche son mas dueños de sí mismos que nosotros. Hablemos de vos, de vuestras esperanzas de gloria.

—Por qué darme la preferencia?

—Porque de mí no hay mas que hablar, porque he corrido un velo sobre mi pasado y no quiero dirigir la vista á mi porvenir. Lo único que me resta es una vida enojosa y desprovista de todo interés. Me he resignado ya ó me resignaré á ella. Vos, al contrario, seguís una hermosa carrera, habeis alcanzado ya en ella grandes triunfos, y os esperan otros mayores. Es tan hermoso pensar que se puede ocupar con su nombre á la Francia, al mundo, á la posteridad! Y vos, vosotros los hombres, podeis conseguir esta gloria. Cuando ha desaparecido el amor, os queda la ambicion. Cuan dichosos sois.

—Creed, dijo el general, que esa ambicion seria aun mas poderosa si supiéramos que otro corazon se interesaba en nuestros triunfos.

—Vamos, os hallais completamente rejuvenecido. Volveis á sentir el loco entusiasmo de vuestros primeros años, y continuais en vuestras hermosas ilusiones.

—Por qué no haceis vos otro tanto? preguntó el general.

—Porque si se continúa á vuestra edad, no se empieza á la mia.

Olivia pronunció esta última palabra con una turbacion y un dolor evidentes, y antes que el general hubiese podido responder, tiró con fuerza de la campanilla y le dijo:

—Os despido... Os despido esta noche, oidlo bien. No os digo que volvais, pero sí que siempre estoy en casa. Necesito estar sola, porque me siento indispuesta. La fiesta de anoche me fatigó demasiado. Adios, hasta muy pronto.

Olivia mentia: no era la noche anterior lo que la habia fatigado, ó mas bien turbado profundamente. Puesto que mentia, qué era lo que esperimentaba?

El general se retiró despues de besarla la mano, que ella quiso retirar en su primer movimiento de emocion, y Olivia quedó sola con sus nuevos pensamientos.

Luizzi escuchaba este relato con mucha atencion, y notaba el interés con que el Diablo contaba la historia de Olivia.

—No sé por qué tratas de presentarme esa mujer menos odiosa que lo que es en realidad; pero por mas que te empeñes, yo solo veo en esa historia la impudencia terminada por una ridícula pasion de mujer gastada.

—Eres necio y malo á la vez! replicó Satanás con un desden que hizo temblar á Luizzi. Siempre has de juzgar las cosas por la estúpida apariencia que les dan vuestras ideas! No conoces que aquella mujer habia llegado al colmo de la desventura?

—Sí?

—Sí; á esa desventura suprema que consiste en no tener ya ilusiones con respecto al pasado; á esa desventura horrible que consiste en saber, cuanto al corazon humano le es dado saber, que toda falta es irreparable; y aun esta ciencia horrible quedó para ella envuelta en las sombras de la duda, en tanto que yo la poseo en toda su estension. Tú, pobre, gastado y frio, ¿no sabes lo que es haber podido habitar el cielo y verse condenado al fango del infierno? Y, para no hablar mas que de Olivia, no comprendes la desesperacion que se apoderó de ella cuando descubrió que habia podido amar y ser amada, lo cual es vuestro cielo, y que nunca habia sido mas que una traficante de amor, lo cual es vuestro último envilecimiento?

—Comprendo hasta cierto punto tu predileccion por esa mujer, dijo Luizzi desdeñosamente: esa mujer es un eco lejano de los pesares que te devoran.

—Con la diferencia, replicó Satanás, de que yo he labrado mi destino y á ella se le ha labrado el suyo.

—Con que tal fué el pensamiento de Olivia?

—Y tal será quizá el tuyo algun dia.

—Dime el de tu protegida, y así tal vez me ahorraré los mismos pesares.

—Escucha, pues, dijo Satanás, y trata de comprenderme, si es que puedes:

Olivia quedó, pues, sola, entregada á una turbacion que nunca hasta entonces habia sentido, con la mano puesta sobre su corazon, que se comprimia ó se dilataba con violencia, esperimentando á la vez el placer y la inquietud, temiendo su emocion y abandonándose gozosa á ella, entregada en fin, á ese combate instintivo del corazon que, presa del primer amor, se defiende asustado conociendo que va á hacerse esclavo de una pasion mas poderosa que su voluntad. Esta especie de agitacion, que dura tanto tiempo en una jóven, debe ceder su puesto muy pronto á otros sentimientos en una mujer como Olivia. La virgen á quien el amor ha hecho sentir el primer deseo cuyo fuego hace hervir todo su ser, no se siente mas turbada que Olivia; pero existe en ella una ignorancia del porvenir de esta gran pasion que se la hace menos sospechosa. Amar es para la vírgen una embriaguez cuyo término no comprende; pero Olivia, al contrario, creia que aquella embriaguez debia llegar, como cualquiera otra, al hastío. Desgraciados los labios del hombre que tocan una copa con la certidumbre de que, una vez agotado el vino, solo quedará en su boca un sabor fétido y nauseabundo! Desgraciada la mujer cuyos lábios no pueden dar un beso sin que esté segura de que le repugnará antes dè acabar de darle!

Tal era la situacion de Olivia, para ella, amar no podia ya ser esperar la felicidad; coronar este amor haciéndose querida de Mr. de Mére solo era para ella dar su amor en cambio de un desengaño. Olivia pasó aquella noche unas vesces entregada á sus temores, otras al encanto indecible que hallaba su alma descansando en el recuerdo de su conversacion con Mr. de Mére, como el viajero atormentado de *spleen* y de calenturas que encuentra un lecho fresco, blanco y odorífico, en que, por primera vez, descansa tras largo tiempo de fatiga.

El espíritu de la sociedad se mezcló muy pronto á aquellas sensaciones del corazon, y dictó á Olivia una resolucion que le pareció razonable. Lo que ante todo temia Olivia, era el ridículo, y, para evitarle, quiso huir de una pasion que podia ridiculizarla á los ojos de todos los que la conocian; pero no quiso huir de ella aparentando temerla, y no queriendo evitar á Mr. de Mére ni sufrir nuevamente la turbacion que el general la habia hecho esperimentar, se decidió á emprender, por algun tiempo, una vida bastante ocupada por los placeres para que el recuerdo de Mr. de Mére no tuviese cabida en ella.

Asi pues, la mañana siguiente, el general, en vez de hallar á Olivia sola como esperaba, entró en un salon donde estaban reunidos los pocos hombres distinguidos que París contaba á la sazon, y las pocas mujeres espléndidamente galantes que hacian el gasto de todos los escándalos. Una de estas últimas habia sido objeto de todas las atenciones del general. Seducida por él en algunos

dias y abandonada durante algunas horas, guardaba el mas vivo rencor. Si se hubiese tratado de otro hombre, hubiera intentado la venganza mas refinada de las mujeres que se hallan en tales circunstancias: hubiera tratado de



inspirar amor al que la habia humillado, á fin de humillarle á su vez con las calabazas mas completas; pero aquella mujer creia conocer bastante al general para suponer que semejante sistema no era el mas apropósito para conse-

guir sus deseos: asi, pues, determinó vengarse atacándole de frente.

Nada mas fácil en un sarao que hacer girar la conversacion sobre el inagotable asunto del amor. Mad. de Cauny, pues este era su nombre, tomó á su cargo esta empresa, y despues de algunos temas generales dió principio á una cruel diatriva contra esos hombres que han perdido en el libertinage todos sus sentimientos, todo su respeto, toda su compasion, al paso que han adquirido el último de los vicios; la cobardía.

El general, que habia escuchado con bastante desden las furiosas declamaciones de Mad de Cauny, no pudo menos de estremecerse al oir esta última palabra; Mad. de Cauny lo notó y continuó aun con mas sarcasmo, dirigiéndose á él sin rodeos:

—Sí, general, es la última de las bajezas la que se hace con una mujer, y á la verdad que no quiero decir que es la mas infame, la que consiste en manchar con palabras su reputacion; porque si la mujer es pura, puede atestiguarlo con su honor, y aun hay en el mundo personas dignas de oirla y de comprenderla; la mujer es indigna de respeto, no es muy grande el mal que se la hace, y siempre le queda el recurso de hallar en un nuevo amante, si no un corazon elevado, al menos un valor bastante determinado para castigar al infame que ha querido ultrajarla.

Tan inesperada y violentamente atacado se vió el general, que no fué dueño de ocultar su turbacion. Mientras hablaba Mad. de Cauny, su frente palidecía, apretaba los dientes y parecia próximo á estallar, porque Olivia escuchaba tambien á aquella mujer contemplando la turbacion del general.

Mad. de Cauny se detuvo sofocada por la rabia. Aunque me sirvo de este término, no quiero decirte que aquella mujer acusara al general con la espresion de la mujer arrebatada, cuya voz se eleva descompuesta, y cuyos ojos centellean en sus órbitas: todo esto habia sido dicho con una voz tranquila y sarcástica, con unos ojos casi velados por sus grandes párpados. Unicamente un imperceptible temblor de lábios y una alteracion, apenas notable, de la voz, denotaban suficientemente que la cólera que por esta estrecha salida se escapaba hubiera estallado á no estar sujeta por ese freno poderoso que se llama respeto de mundo. La mayor parte de los novelistas modernos no saben pintar las pasiones: sean cuales fueren la sociedad y la época en que las coloquen, siempre las han de llevar á su espresion mas enérgica: con cualquiera motivo hacen estallar el volcan olvidando que, bajo el peso de vuestras costumbres ilustradas, con mas frecuencia arde y ruge interiormente, que lanza al viento sus llamas y sus escorias.

Olivia era bastante mujer de mundo para conocer el furor que se ocultaba bajo el aire de indiferencia y sarcasmo de Mad. de Cauny; pero, poco deseosa de moderarle hasta ver á qué estremo podria llegar, dijo:

—Y cuál es esa cobardía mayor aun que cuantas habeis enumerado?

—Vedla aqui, respondió Mad. de Cauny apoyando el codo en el brazo de

su sillon para mirar de arriba abajo al general que estaba de pié arrimado en la chimenea: esa cobardía consiste en aprovecharse de un bello nombre, de algunas ventajas personales, de un talento que posee el don de hablar el lenguaje del corazon, para acercarse á una mujer, entendedlo bien, á una mujer á quien no se conoce, á quien no se ha visto nunca, y que por consiguiente, nunca os ha ofendido en vuestros intereses, en vuestra vanidad, en vuestras afecciones; á una mujer á cuyo lado se podia pasar sin mirarla, pero que se la designa con el dedo diciendo: «quiero hacer daño á esa mujer.» Y como he dicho, se acerca á ella, se la lisonjea.... primeramente haciéndola envanecer con los obsequios de un hombre distinguido; se la arranca de su vida tranquila para entregarla á las inquietudes de una pasion que no solo no buscaba, sino que se habia propuesto esquivar; se la ofrece una adhesion sin límites; se la hace creer en la sinceridad de esta adhesion; se la hace gustar el placer de ser amada, y se la pide despues el placer de amar; se la conmueve, se la enloquece, se obtiene de ella cuanto una mujer puede dar; y el dia siguiente se deja de verla sin pretesto, sin disgusto, sin acusacion, sin razon, sin necesidad; se la deja primero con el amor que sentía y luego con la vergüenza que siente, con un dolor horrible y una duda que nada puede esclarecer, porque esa mujer ignora sus faltas, y en fin, con la certidumbre de un innoble abandono que no se toma el trabajo de dar esplicaciones. Despues se va á otra mujer para cometer otra nueva bajeza, porque hé aqui lo que se llama una bajeza, una cobardía, y creo general, que sereis de mi opinion.

Quizá era aquella la primera vez que las consecuencias de una aventura galante eran tratadas tan sériamente en la sociedad á que Olivia pertenecía; quizá en cualquiera otra ocasion se hubiera respondido con chanzonetas y burlas á las crueles quejas de Mad. de Cauny; quizá la misma Olivia hubiera sido la primera en burlarse de ellas; quizá el general hubiera hallado medios de eludir aquella terrible acusacion; pero el acento de Mad. de Cauny dominó todas las disposiciones irónicas de la concurrencia. Olivia habia continuado escuchándola, con la vista constantemente fija en Mr. de Mére, y aunque no habia pronunciado una palabra, el general habia notado que se habia asustado ante el cuadro de semejante desgracia. Sin embargo, Mr. de Mére no pudo menos de contestar, aunque fuese futil su contestacion, y dijo:

—Qué quereis, señora? El corazon es propenso á engañarse; creemos amar y luego resulta que no amamos; el deseo que inspira toda mujer hermosa y de talento puede engañar y aparecer como un amor verdadero; cuando este deseo ha desaparecido, echamos de ver que tras él no queda nada.

—Ni aun el hombre honrado, dijo Mad. de Cauny; ni aun el hombre que, despojado de su ilusion, procura dulcificar los dolores que va á causar á la mujer; decis, general, que no queda nada, ni aun para el hombre de

educacion que disfraza con la cortesanía la mas baja y mas vergonzosa de las injurias! Oh! teneis razon, no queda nada, absolutamente nada mas que el malo que hiere al débil y el grosero que insulta á todo lo que tiene principios.

—Señora! esclamó el general arrebatado por la cólera, para conocer tan bien á esos hombres, es preciso haber tropezado con ellos. Os atrevereis á nombrarlos?

—Tal vez, respondió Mad. de Cauny mirando á Olivia, si asi lo hiciera prestaría un servicio á otras mujeres; pero no quiero llevar mi condescendencia á ese estremo.

Esta conversacion fué interrumpida porque Mad. de Cauny se levantó de repente y se retiró.

Apenas partió, empezó á imperar nuevamente la frivolidad en la conversacion, y algunas personas empezaron á burlarse del furor de Mad. de Cauny. Solamente Olivia, Olivia que el dia anterior hubiera sido quien mas se hubiera burlado de aquella desesperacion, permaneció sèria y aun mas que séria: permaneció triste. Al paso que se felicitaba de la resolucion que habia tomado, esperimentaba el terror del riesgo á que podia haberse espuesto y el pesar de verse desencantada tan completamente respecto á un hombre por quien no queria dejarse persuadir, pero cuyas palabras la habian conmovido tan vivamente.

El general, por su parte, echó de ver que habia perdido considerablemente en la opinion que Olivia al parecer habia formado de él, y esperimentó una especie de dolorosa impaciencia que sentía esplicarse á sí mismo. Esta impaciencia fué tan viva, que creyó debia justificarse de una de sus *correrías* en que antes habia cifrado su orgullo, y mientras la concurrencia se dividia en pequeños grupos, se acercó á Olivia, que habia quedado sola, y la dijo:

—Mala opinion os ha hecho formar de mí la filípica de Mad. de Cauny.

—No, contestó Olivia con aire de franqueza: sus palabras no me han hecho formar mala opinion de vos: una ligereza basta á esplicar una conducta tan cruel. Pero lo que me ha admirado es vuestra respuesta....

—Cuál?

—Habeis dicho que es fácil equivocarse en lo que se llama amor; que un deseo puede proporcionaros todas las emociones, toda la turbacion, toda la embriaguez del amor, y que una vez satisfecho ese deseo, no queda nada. Es eso verdad?

—Mr. de Mére reflexionó largo rato, y respondió:

—No, no es verdad, señora; eso no debe ser verdad aunque me parece haberlo esperimentado yo mismo. Consiste en que no somos bastante francos con nosotros mismos; consiste en que nos interrogamos mal, ó mas bien, en nuestra negligencia.

Al oir esta palabra, miró Olivia al general con sorpresa, y repuso:

—Negligencia decís?

—No sé espresarme de otro modo. No paramos la atencion en lo que sentimos, á pesar de la violencia de nuestras emociones, porque falta á estas un sentido íntimo que solo pertenece al amor; un sentido que habla cuando lo que esperimentamos es amor verdadero; un sentido que nos dice: «Cuidado.» Oh! no, Olivia, no: cuando amamos ó estamos amenazados de un amor verdadero, no nos engañamos.

—Estais seguro de eso? preguntó Olivia.

—Escuchadme y no os riais de mí, respondió el general. Hace un instante habeis visto mi embarazo, mi cólera, y, para decirlo todo, mi humillacion. Hace pocos dias, lo que me ha sucedido esta noche me hubiera divertido. Yo, que tanto he sufrido, hubiera sentido un gran placer al dar á alguien parte del mal que se me ha hecho; quizás hubiera recobrado ese talento cáustico que en otro tiempo poseia, para tornar en mi provecho las invectivas de Mad. de Cauny humillándola asi y ridiculizándola; pero esta noche esas invectivas me han avergonzado, me han cogido desprovisto, me han herido, me han atormentado.

—Y qué quereis decir en resúmen? repuso Olivia buscando en las palabras de Mr. de Mére la esplicacion de lo que ella esperimentaba, porque tampoco Olivia se hubiese entristecido en cualquiera otra circunstancia por lo que acababa de pasar.

—Vedlo aqui, respondió el general: quiero decir en resúmen, que siento en el corazon la necesidad del aprecio de la persona ante quien se me ha deprimido; que siente mi corazon un profundo dolor por haber perdido su confianza; que acabo de descubrir que la amo, porque si no la amase nada de esto sentiria.

—Es estraño! dijo Olivia turbada.

—Ved ahí uno de esos síntomas que no admiten duda; uno de esos avisos soberanos que nos dicen: «No eres dueño de tu alma; tu alma no te pertenece ya; te pertenece tan poco, que si causase miedo á la mujer á quien quieres ofrecerla, te verias lleno de vergüenza y desesperacion.»

—Y desempeñásteis de ese modo vuestro papel en presencia de Mad. de Cauny? dijo Olivia con violencia, pero sin poder dar á su acento ni á la espresion de su mirada la ironia que trataba de prestar á sus palabras.

El general se mordió los labios y respondió levantándose y saludando:

—Tal vez.....

Mr. de Mére se retiró, y Olivia hizo lo mismo con objeto de estar sola un momento en su habitacion. Al atravesar el umbral de su cuarto, Olivia, débil, asustada, se apoyó en uno de los muebles, apretó violentamente con la mano su corazon, y esclamó en voz alta como si tratase de arrojar el peso que oprimia su pecho.

—Dios mio! Dios mio! me parece que amo á ese hombre.

—Amar Olivia! dijo Luizzi interrumpiendo al Diablo con una sonrisa de incredulidad. Y qué amor era el que sentia?

—El amor mas cándido, el mas santo, el mas puro, respondió Satanás; porque esa mujer impúdica habia olvidado en su oprobio la virginidad de su alma, esa virginidad que no se pierde sin placer, que no se pierde sin dolor, y lá hallaba en aquel momento; sucedió que la cortesana se enamoró, no como la que ama por primera vez, sino como la niña de diez y seis años, como Enriqueta Buré, dichosa y pensativa como esta, sumida en larga contemplacion. Y sin embargo, ese amor fué mas puro en la mujer perdida, que en la jóven estraviada.

—Me parece muy estraño eso, dijo el baron.

—Atended, continuó el Diablo, cuya voz parecia dominada por una emocion humana.

Olivia amó en efecto á aquel hombre, y Mr. de Mére amó tambien á aquella mujer; pero ambos, confusos y sorprendidos por aquella pasion, se evitaron cuidadosamente. Mr. de Mére marchó al ejército y estuvieron cerca de medio año sin verse.

Al fin volvieron á encontrarse en el teatro de la Opera, y se conocieron á la primer mirada que cambiaron de un estremo á otro del salon. El general, fiado en su larga ausencia, se presentó en el palco de Olivia creyendo hallarla tal como la primera vez que la vió. En efecto, se hallaba en todo el esplendor de su hermosura, ataviada con toda la elegancia de su esquisito gusto, risueña y casi alegre; cuando el general entró en su palco, le alargó la mano y apretó la suya con una bondad encantadora, gracia adorable que nunca ha podido imitar la coquetería!

—Buenas noches, le dijo con una dulce y bella sonrisa: ¡Cuán dichosa soy en volveros á ver! Cuánto tengo que deciros! Cuántos valerosos hechos habeis consumado en esa inmortal campaña de Bonaparte! Bien os decia yo que se presentaba á vuestro paso una noble y hermosa senda. Cuánto me alegro haber adivinado que la seguiríais tan gloriosamente!

Y al hablar asi Olivia, asomaban lágrimas de alegría á sus ojos, y su voz se alteraba; el general, conmovido y lleno de sorpresa, contestó:

—Gracias! la recompensa que en vos hallo, es mayor que la que he obtenido en el campo de batalla. Vuestra aprobacion es la realizacion de una esperanza que llevé de París cuando marché al ejército: esta esperanza era la de que vos no me olvidaríais.

—Olvidaros! Ah! sabeis vivir constantemente en la memoria de los que llegan á conoceros.

—Hay tantos qne han hecho mas que yo!

—Pero de esos no se conserva un recuerdo tan vivo como el vuestro.

Empezó la orquesta, y el general se dispuso á retirarse.

—Cuándo se os podrá ver? preguntó á Olivia.

—Siempre, siempre estoy sola.

—Y siempre disgustada?

—No tanto como antes, respondió Olivia con dulzura; pero soy acaso mas desgraciada que nunca. Id á verme y hablaremos largamente.

A la mañana siguiente, el general halló á Olivia enteramente sola; pero ambos se habian puesto en guardia para defenderse de la emocion de la noche anterior. Desde luego hubo mas calma en la conversacion. Olivia exigió al general el relato de todos sus hechos, de todos sus peligros, de las grandes batallas en que se habia hallado, y al fin Mr. de Mére la dijo:

—Habladme de vos. Qué habeis hecho? qué ha sido de vos?

—Haceis mal en interrogar á una pobre mujer como yo cuando sois tan dichoso. Me preguntais que ha sido de mi? Esteriormente, he seguido siendo lo que era, huyendo del mundo ó buscándole allí donde es bastante numeroso para no ser importuna. Fatigada con esa esclusion que me relaga á una sociedad, que me parece ahora despreciable, y que no tengo derecho á despreciar, pensando mucho en vos, que tanto daño me habeis hecho, y no hallando mas consuelo que el del mal que me habeis causado.

—Olivia, es cierto eso?

—Sí: lo es, os amo. Oh! puedo decíroslo sin riesgo ninguno. Pero á qué me conducirá esto? á ser vuestra esposa? Es imposible, lo sé... Estad seguro de que no tengo tal pretension. A ser vuestra querida? nunca, Victor, nunca.

—Sabeis mi nombre! dijo el general sorprendido.

—Sí, se le he preguntado á Mad. Cauny.

—Me amais! esclamó Mr. de Mére, me amais y creeis que no seré digno de vos, yo que no tengo mas interés que vuestro pensamiento! porque vos me comprendísteis anoche cuando os dí las gracias, y me habeis comprendido hace un instante cuando os he contado con cuanto cuidado he procurado hacer llegar á vos, por medio de la fama, la poca gloria que no me atrevia á dedicaros; y creeis que yo no querré obtener por completo vuestro amor?

—No, dijo Olivia volviendo la cara; no, porque ya poseeis cuanto de bueno y santo hay en mi amor: no pidais mas á la mujer, nada mas, lo ois? No me hagais ruborizar; en mí el rubor no seria pudor, sino vergüenza. No pasemos del punto en que nos hallamos; no me quiteis la felicidad que me habeis dado.

—Qué locura! dijo el general sonriéndose; no sois la mujer mas hermosa del mundo?

—Os parezco hermosa? replicó Olivia sonriéndose tambien y acariciando con su mirada á Victor; tanto mejor. Tambien vos me pareceis bello, muy bello; esa espaciosa frente tostada por el sol de Italia; esa cicatriz que la adorna como una noble corona.... Sí.... sí.... me pareceis muy bello y os amo.

El general se acercó á Olivia asiéndola de las manos; ella le preguntó:

—Vais á estar mucho tiempo en París?

—Dos meses.

—Dos meses! es mucho cuando tan gloriosas empresas os esperan en otra parte.

—No me ayudareis vos á pasarlos agradablemente?

—Muy pocas veces, porque no soy libre como antes. He encontrado unos parientes de mi padre sumidos en la miseria, y he tomado bajo mi proteccíon dos niñas, en cuya educacion me ocupo.

Luego añadió con un suspiro y una lágrima:

—Haré de ellas dos mujeres honradas. Asi pues, no podré veros con frecuencia, pero nos veremos algunas veces y charlaremos como hoy.

Olivia habia abandonado sus manos entre las del general, que las apretaba suavemente mientras hablaba de este modo. Victor, que la miraba y la escuchaba con avidéz, la atrajo dulcemente á sus brazos.

Pero ella se desprendió de ellos con vivacidad, y le dijo:

—No, Victor, no; qué os importa una mujer mas? No cambieis una amiga por un momento de triunfo. Puedo odiaros, Victor; puedo tal vez dejar de amaros....

Y entónces, mirándole llena de amor, se inclinó rápidamente á él, le dió un beso en la frente, y le dijo con una alegria encantadora:

—Os amo, os amo.

En seguida abrió la puerta de su habitacion, y fué á refugiarse entre sus jóvenes discípulas, que estaban estudiando la leccion de piano.

—Adios, dijo al general. Ha llegado la hora de leccion. Aqui ya no hay mas que una madre de familia que recibe en familia á sus antiguos amigos.

Mr. de Mére se retiró. El mejor medio de darte á conocer los sentimientos que esperimentaba, es citarte la carta que dirigió á Olivia tan pronto como volvió á casa.

«Olivia, os doy gracias porque me amais, y os las doy porque os amais á vos misma. No podeis comprender cuán reconocido os estoy! Vos me habeis restituido mi vida, mi alma, mi porvenir; estoy lleno de orgullo; tengo esperanza y fé en todo; me he vuelto jóven, me he hecho celoso. Sí, celoso, porque, al salir de vuestra casa, he visto parar á la puerta el carruage de uno de aquellos elegantes jóvenes que os acompañaban en el palco del teatro de la Opera, donde yo me presenté como estraño. Olivia, no me engañeis, os lo suplico de rodillas. Sé que se renueva la vida, la fortuna, la gloria, pero no sé que se pueda renovar el corazon; vos misma me habeis enseñado esto. Mi corazon late apresuradamente; mi cabeza se abrasa, y lloro y rio á la vez. Cuánto os amo! Oh! no me engañeis Olivia! no hagais la última burla de esta última felicidad. Os doy gracias, os doy gracias arrodillado á vuestros pies.

Amadme! amadme mucho! Yo tambien os amo hasta el estremo de tener miedo de vos.»

Esta carta no obtuvo contestacion; pero fué el general á buscarla algunos dias despues. Olivia no estaba sola: uno de los elegantes de la época estaba con olla: el general sufrió todas las impaciencias, todas las escitaciones del amor celoso, y Olivia toda la sumision del amor verdadero. Al fin despidió al elegante, le despidió con bastante torpeza, tanta, que al dia siguiente todo París supo que Mr. de Mére era el amante privilegiado de Olivia.

Lo supo el general, y corrió furioso y desolado á casa de Olivia. Olivia lo sabia tambien, y respondió sonriéndose.

—Os doy las gracias por el interês que por mí os habeis tomado: me habeis hecho un bien que no habia esperimentado en mi vida; pero os confieso que esa calumnia no me ha herido. Tengo derecho á decir que es una calumnia, no al mundo, sino á mí misma, que no he querido ser vuestra, ni lo seré jamás.

—Esta palabra *jamás* no fué vana. Te debe parecer muy estraño que Olivia combatiese, no solo la tristeza de su corazon, sino tambien el atractivo de aquel hombre ardiente cuya palabra vibraba, cuya mirada radiaba de amor, á quien no podia oir ni ver sin sentirse turbada como una niña y palpitante de deseos. Y esta lucha no duró un dia: Olivia salió veinte veces triunfante de un combate largo y doloroso en que tuvo que luchar con todos los delirios de la pasion, porque Mr. de Mére la persiguió en todas partes y á todas horas. Obligado á dejarla para ir al ejército, aprovechó una licencia de quince dias para volver á París desde doscientas leguas de distancia. Llegó á casa de Olivia cuando esta se hallaba pensando en él, creyéndole muy léjos, y la dijo al llegar:

—Vengo de Roma á pasar una hora á vuestro lado.

Olivia le tendió los brazos, le estrechó contra su corazon que palpitaba de júbilo; luego le dirigió una dilatada mirada que le devoraba, que le trasmitia su alma, y embriagaba la suya, y.... nada mas; porque Olivia huia si el general trataba de vencer la firme resolucion que habia tomado, porque amaba el amor, nuevo para ella, que esperimentaba; amaba ese sentimiento altivo, absoluto, esclusivo, que la dominaba y que ella inspiraba á la vez, y no hubiera querido arriesgarle en un abandono de sí misma, pues sabia mejor que nadie que este abandono seria seguido de una decepcion.

Dos años enteros duró esto.

—Dos años! esclamó Luizzi, dos años! Y sin duda al fin de este tiempo...

—Al fin de ese tiempo, respondió Satanás, murió Mr. de Mére.

Olivia le lloró santamente, como santamente le habia amado, y conservó cuantos recuerdos de él pudo procurarse. Pasados dos años, habiendo hallado en el amor la necesidad de una vida honrada, se casó con el único hombre á quien habia dominado hasta el estremo de obligarle á hacer la mayor

de las locuras : se casó con Liberto, que tomó el nombre de Mr. de Marignon, comprando la posesion que le llevaba.

—Ah! esclamó Luizzi; no me habia engañado el instinto de la venganza; Olivia la cortesana, la prostituta, debia ser la insolente Mad. de Marignon, que arrojó de su casa á la desgraciada Laura, y que al cabo se casó con ese miserable Liberto, salido de la nada, y lleno de oro y de robos; digna asociacion del libertinage y la rapiña, nacida sin duda de la impudente vanidad y el deseo de brillar! Ah! Mad. de Marignon, sois digna de un yerno como Mr. de Bridely, y le tendreis, os lo prometo. Y bien : qué dices, Satanás?

—Espero que me dejes terminar la historia de Mad. Marignon.

—Pues qué, no está terminada?

—Todavia no. Despues de casada, se valió de la fortuna de su marido y de sus antiguas relaciones para formar esa sociedad cuyos restos has visto. Es verdad que la pagó cara y vino á ser esclava de sus menores exigencias. Vulnerable por tantos lados, tuvo que aceptar servilmente las mas crueles humillaciones, pero las sufrió con paciencia porque era madre, porque tenia una hija y el temor de avergonzarse ante el fruto de sus entrañas la hizo aceptar el velo de la hipocresia que se la obligó á correr sobre su pasado.

—Y despidió á Mad. de Farkley por conservar el honor de su pasado?

—Sí, mi amo; y lo mas admirable es, que el vicio y el crímen, llevados á su mas vergonzosa depravacion, tomaron por los cabezones á la desgracia y á la debilidad para emplearlas en sus infames proscripciones: Mad. de Fantan y la baronesa de Bergh fueron las que obligaron á Mad. de Marignon á proscribir á Laura de sus salones. Pero si tú hubieras visto, si hubieras sabido ver, hubieras conocido que esa mujer dulcificó el insulto cuanto le fué posible, y hubieras visto que ella ha sido la única persona de la sociedad que se ha acordado del miserable que yacia enfermo en el lecho.

—Ah! murmuraba Luizzi, paseándose por la habitacion; tú mismo me decides. Temí encontrar un obstáculo invencible á mis proyectos en un carácter inflexible; pero ya veo que Olivia es la mujer que necesito, porque tiembla ante la idea de un escándalo, y es débil ante un recuerdo.

—Pues esa mujer no es la peor de las que te han ofendido, replicó Satanás. ¿Qué dices de Mad. de Fantan y de la baronesa du Bergh?

—Basta, señor Satanás, dijo Luizzi, no conseguirás tu objeto. Te conozco ya muy bien: quieres hacerme creer, irritándome contra esas otras dos mujeres, que tu predileccion por Mad. de Marignon es desinteresada; no es verdad? No haya miedo que me deje cojer en el lazo; te juro que si hiero á la menos culpable, es solo porque no tengo medio de herir á las otras.

—Pues bien, dijo Satanás: quieres que te nombre al mas culpable de los actores de esta historia, y cuya memoria no te es dado manchar sin remordimiento, porque es el que condujo á Olivia al primer desórden?

—Quién es?

—No te acuerdas de aquel alegre marqués de Billanville que inventó el vergonzoso convenio que debia entregar á Olivia á uno de los doce?

—Sí. Y qué?

—Cuando sepas su verdadero nombre, sabrás toda la verdad de esta historia; sabrás á quién debes entregar al desprecio de los hombres. Ese hombre tú le conocias, se llamaba el baron de Luizzi.

—Mi padre!

—Tu padre.

—Siempre! siempre! esclamó Luizzi furioso.

El Diablo habia desaparecido.

—Luizzi, como nuestros lectores han debido conocer, no era ya el jóven vanidoso y confiado que se entregaba contento á los azares del mundo, sin mirar las cosas de cerca, dejándose llevar de las emociones del momento; dispuesto siempre á hacer bien y á creer en él, poseedor de todos los defectos de su posicion sin serlo de los vicios, algo fátuo, algo burlon, dispuesto á olvidar lo mismo el favor que la ofensa, convencido de que cada cual ocupa su puesto, y distante de envidiar el ageno. Pero se habia presentado el Diablo, y dando un soplo á las apariencias, habia derribado la máscara, y entonces Luizzi se habia sublevado contra lo que creia ser el verdadero estado del mundo. La cólera le habia prestado sus malos consejos y él los escuchaba: Despues de haber hecho, como la mayor parte de los hombres, el mal sin reflexion, sin cálculo, un mal, por decirlo asi, inocente, pensó en el bien mal calculado, en el mal preparado de antemano, en el mal culpable.

Consistia (es preciso repetirlo) en que Luizzi era, como todos, el hombre que acoje por vanidad las ideas falsas, que emprende una via torcida creyéndola derecha, si no buena. Luizzi era el vulgo, y seguia la senda vulgar, porque no habia en él una virtud ni una razon bastante poderosa para detenerle ó para iluminarle. Era incapaz de comprender al hombre fuerte que vé el mal y escoge el bien, porque sabe que el bien conduce al bien, porque sabe que la sociedad acepta el vicio y el crímen si bien no los acoje, como la humanidad acepta las enfermedades, si bien no les abre sus puertas. Era muy inferior á esos hombres á quienes la Providencia ha dado ese guia absoluto que se llama fé, y que, viendo un faro al fin del horizonte, se dirige á él sin curarse de la multitud que se estravia por no mirar adelante. Almas privilegiadas que caminan y caminan sin cesar, y que si no llegan solas á la virtud, llegan solas casi siempre á la felicidad.

Tal era el estado de Luizzi algunos dias despues de su entrevista con Satanás: se hallaba decidido á llevar adelante su proyecto contra Mad. de Marignon, y se creia dotado de una gran esperiencia, porque habia escuchado al Diablo la narracion de malas acciones. Luego, como se hallaba dispuesto á venganzas, se dedicó á inventar una contra Ganguernet, y halló el medio de castigarle á su

modo; es decir, de burlarse de él. Esta idea se desarrolló rápidamente en Armando y muy pronto, arreglándola á su modo, ni mas ni menos que un autor arregla un drama, halló en ella todas las condiciones necesarias para alcanzar buen éxito, y se decidió á dejar á Ganguernet y su señor hijo perseguir á Mad. de Marignon, en tanto que él iba á casa de Rigot que tenia dos sobrinas casaderas. La casualidad le habia hecho conocer esta circunstancia, y Luizzi la acogió, tanto mas favorablemente, cuanto que era una casualidad.

Quise hallar en esta sociedad elegante, una sociedad honrada y virtuosa, y me he engañado, se decia. Todavia me engañaré buscando en esta sociedad una mujer pura y noble. Seguiré la senda que se presenta á mis ojos: las islas Afortunadas fueron descubiertas por personas que no sabian á donde iban. Estoy decidido; voy á ver si me caso con una de las sobrinas de Mr. Rigot. Me creo bastante noble para casarme con una mujer oscura, bastante rico para curarme poco de un chasco en la eleccion. Si me toca la que quede sin dote, asi tendré mas derecho á exigirla que respete el nombre que yo le haya dado, y que conserve un vivo reconocimiento por la fortuna que haya reemplazado á su miseria.

De este modo pensaba el baron de Luizzi buscando una mujer honrada, sin mas guia que sus cálculos de egoismo y sus deberes de posicion, y sin confiar ya en el freno de la moral, ni en ese santo amor al bien, que es el patrimonio de ciertas almas.

A pesar de su prevencion contra el Diablo, pensaba recurrir á él como estremo recurso para no ser engañado. Luizzi, medio despojado de sus buenos sentimientos, ocupaba frente á frente del Diablo la posicion del jugador frente á la ruleta cuando ha dejado lo mejor y lo mas líquido de su fortuna en las ávidas manos del banquero. El jugador reune los restos de su capital y se decide á emprender una especulacion comercial harto hazorosa; pero temeroso del desacierto y la ruina coloca una esperanza al lado de esta dudosa operacion: reserva una corta suma con objeto de volver con ella al juego y reparar acaso las pérdidas que ha sufrido y las que prevé. Luizzi era este jugador, ó mas bien, segun su pensamiento, era el navegante que se embarca en un poderoso buque con objeto de descubrir un nuevo pais, que hace grandes provisiones, arma su navío con todas las precauciones posibles, y que, á pesar de todo esto lleva consigo una chalupa y una canoa para buscar en ellas asilo tras el naufragio, y encontrar en una frágil embarcacion la salvacion que su poderoso navío le haya negado.

Luizzi, una vez afianzado en su proyecto, empleó en su ejecucion la rapidez del hombre á quien el dinero proporciona todas las facultades la actividad y la resolucion. Dos dias despues de las confidencias del Diablo acerca de Mad. de Marignon, tomó Luizzi, en una silla de posta, la carretera de Caen. Antes de partir habia hecho presente á Ganguernet y á su señor hijo cuanto sabia res-

pecto á Olivia. y habia dado al último una carta de introduccion para Mad. de Marignon. Este documento no carecía de cierta habilidad y Mad. de Marignon debia caer en el lazo. Hé aquí su contenido.

«Señora»

Vuestro nombre es el único que he hallado iuscripto en mi casa durante mi larga enfermedad. Si no voy personalmente á daros las gracias, es porque temo faltar á la gratitud haciendo conocer al mundo una bondad y una indulgencia tan grande. Como no podria espresaros en un billete toda mi gratitud, he encargado á uno de mis amigos que pase á demostrárosla. Este amigo es el conde de Bridely; posee uno de los nombres mas ilustres de Francia, y si le permitís frecuentar vuestra casa, en ella aprenderá mas y mas á ser digno de él. Me veo precisado á ausentarme de París, porque necesito un aire mas puro que el que aqui se respira; pero marcho con el pesar de no poderos espresar yo mismo los sentimientos, el respeto y el reconocimiento que me habeis inspirado.

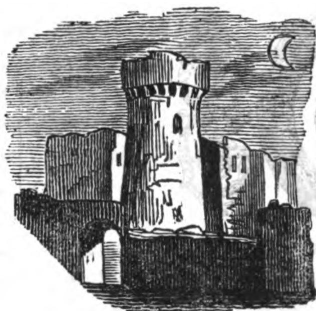
ARMANDO DE LUIZZI.»





XXX.

El último relevo.



UANDO Luizzi llegó á Mourt, pequeña aldea situada á algunas leguas de Caen y último relevo de la carretera de París á la capital de la baja Normandía, eran las siete de la tarde. Apenas se apeó á la puerta de la casa de postas, llamó á uno de los postillones y le preguntó si antes de cerrar la noche se le podria conducir á Taillis, posesion de Mr. Rigot. El sujeto á quien hizo esta pregunta, era un hombre ya viejo, flaco, que habia dejado en la silla de su caballo la carne que la naturaleza le habia dado en las posaderas y en las piernas, pero que no habia dejado del mismo modo en el fondo de su bota la truhaneria y la malicia que á su cualidad de normando debia. En lugar de contestar directamente á Armando, llamó á un mozo de cuadra y le dijo:

—Oye, sabes cuanto hay de aqui á Taillis?

—Yo no lo sé, respondió el mozo volviéndose á la casa y cambiando con el postillon una imperceptible sonrisa.

—Es posible, dijo el baron, que siendo del pais, no sepais á punto fijo cuanto hay de vuestro pueblo á una posesion vecina?

—Lo que es yo os aseguro que no lo sé, repuso el postillon. Nosotros, como buenos normandos, somos hombres valientes que seguimos todo derecho el camino, y mi camino derecho es la carretera. En cuanto á lo que pasa á derecha é izquierda, hago tan poco caso de ello como de un vaso de cidra.

—Tal vez hareis mas caso de una pieza de cien sueldos que ayudará vuestra memoria, dijo Luizzi.

El postillon echó una mirada desdeñosa al escudo, y replicó:

—Aunque me diérais diez veces mas, no os podria decir lo que no sé.

—En ese caso, dijo Luizzi, que se me den caballos; es probable que el postillon que se encargue de conducirme sepa mejor que vos el camino.

—No teneis remedio: lo que es ahora no hay mas caballos que los mios y hemos llegado de Caen hace cinco minutos.

—Pues bien: trae los caballos y emprende la marcha.

—Os parece, dijo el normando, que voy á matar el ganado por una miserable jornada á treinta sueldos y quince de guias? Tendreis que esperar como los otros.

—Hay otros viageros esperando? preguntó Luizzi.

—Ya lo creo; dentro hay tres ó cuatro que tienen tanta prisa como vos.

—Pues entonces me decido á pasar aqui la noche y salir mañana al amanecer: es ya tarde y no tengo ganas de ir á vagar por caminos de travesía para llegar de noche á casa de un hombre á quien no conozco.

El postillon se detuvo al oir esta última palabra, y hablando con esa sonrisa equívoca y esos ojos normandos que ven mas cuando parecen ver menos, dijo:

—Con que no conoceis á Mr. Rigot?

—Nunca le he visto. Y vos, le conoceis?

—Toma! ya lo creo; como que soy su preferido para conducirle.

—Calla! dijo Luizzi. Con que le conducís y no sabeis donde vive?

Todo el aire de truhanería del bajo-normando, se trocó de pronto en una espresion de completa estupidéz; el postillon contestó:

—Es cosa muy sencilla: Mr. Rigot viene aqui con su ganado y yo le llevo á Caen ó á Estrées; pero nunca he estado en su casa.

—Pero cuando le conoces tan bien, has debido verle en alguna parte mas que yendo de camino, porque yendo él en el carruage y tú á caballo, no podeis haber hecho gran conocimiento.

—Toma, nos vemos en los ventorrillos. Mr. Rigot es un buen sugeto que se compadece de la gente y de las bestias; no puede ver un corcho en el camino sin gritarme desde el fondo del carruage: Eh! Periquillo, pára

y que descanse un poco el ganado.—Entonces baja, y no bebe un vaso de aguardiente ó una jarra de cidra sin ofrecerme generosamente la mitad. Es un verdadero bajo-normando, que lleva el corazon en la mano. Mientras trincamos los dos, conversamos amigablemente.

—Y de qué hablais? preguntó Luizzi, contento por tener ocasion de adquirir noticias positivas acerca de Mr. Rigot.

—Toma! contestó el postillon; hablamos de esto y de lo otro, de lo de acá y de lo de mas allá; luego monto y sigo todo derecho mi camino, porque yo no me meto en camisa de once varas.

—De modo que no conoceis á las sobrinas de Mr. Rigot?

—Vaya si las conozco! conozco á la madre, á la hija y á la abuela.

—Y qué tal, dijo Luizzi mirando al postillon, son guapas?

—Lo que es la abuela, contestó el normando, en su tiempo fué una real moza.

—Pero y la hija y la nieta?

—Eso va en gustos; pero lo que es la abuela ha sido muy guapa.

—La conocísteis cuando era jóven?

—Ya lo creo; como que somos todos del pais. Yo me he criado con Rigot y su hermana. Hace cuarenta y cinco años, ella estaba sirviendo en esta misma posada, y él era postillon como yo. Luego, fueron á establecerse á París, y ella se casó allá. En cuanto á su hermano, sentó plaza de soldado de á caballo, y valido de sus conocimientos en punto á caballerías, alcanzó el grado de mariscal. Es buena gente, verdaderos normandos que llevan el corazon en la mano como yo, y siguen el camino todo derecho como yo lo he hecho siempre. Aqui teneis todo lo malo que de ellos puedo deciros.

En aquel instante se acercó una criada á Luizzi, que se habia quedado con el postillon en el patio de la venta, y le dijo que se iba á servir la cena á los viageros que esperaban la venida de caballos, y le preguntó si queria tomar parte en ella, ó que se le sirviese por separado.

Luizzi, que deseaba compañía, contestó que queria cenar con los viajeros, y se preparaba á seguir á la criada cuando le hizo una seña de inteligencia el postillon.

—Aunque habeis llegado el último, le dijo el normando, vais á partir si quereis el primero. A mitad de cena pasaré yo por el comedor; direis que os vais á acostar; ireis allá detrás de la pajera, donde encontrareis listo el carruage, y nos escurrimos á escape sin que nadie lo sepa.

—Pero cómo, si no sabeis el camino?

—Me acaban de enterar de él, respondió el imperturbable postillon, á quien Luizzí no habia perdido de vista.

—Dejádlo, dijo Armando, no me corre tanta prisa.

—Toma! esclamó el postillon verdaderamente sorprendído; segun eso no vais á casaros?

Luizzi guardó silencio un instante; tal fué la sorpresa que á su vez esperimentó al oir aquellas palabras.

—No, no, respondió sin saber lo que se decia; voy á otros asuntos.

—Enhorabuena! dijo el postillon retrocediendo y examinando al baron con aire de incredulidad.

En seguida entró á una cuadra donde Luizzi oyó pisadas de caballos y voces. Se acercó Armando á la puerta para ver si era cierta una sospecha que le acababa de asaltar, y oyó al postillon decir en voz baja:

—Ahí está otro que tambien va á Taillis, y por cierto que no es el peor de la manada.

La campana que anunciaba hallarse servida la cena, no dejó oir mas á Luizzi; pero lo poco que acabamos de referir bastó para demostrarle que los viageros con quienes iba á cenar llevaban el mismo objeto que él. En su consecuencia, pasó al comedor con intento de observar á los comensales y de mantenerse en guardia para defenderse de su curiosidad.

A la cabeza de toda comedia hay una página ignorada del novelista, y que sin embargo le serviria de mucho si la introdujese en su obra. Esta página se llama lista de personages. Yo voy á echar mano de este medio tan espedito y racional para poner mis actores en escena, sin que pida sin embargo un privilegio de invencion y perfeccion, como haria si hubiese descubierto la pomada del leon ó el racahout de los árabes. Al contrario, dejo mi invencion á quien quiera aprovecharse de ella, á menos que los zurcidores de comedias, cuyo oficio consiste en robar ideas á los novelistas para alimentarse con ellas, me pongan pleito como atentador á su propiedad literaria.

LISTA DE PERSONAGES:

Mr. Rigot, rico propietario de los alrededores de Caen; cincuenta años, pantalon gris claro en forma de embudo, chaleco de raso bordado de oro, pelo gris cortado en forma de cepillo, manos negras y sin guantes, uñas vírgenes.

Mad. Turniquet, su hermana; sesenta y cinco años, gorda y baja, voz ronca, y la mano colocada en la cadera.

Mr. Bador, procurador; treinta y seis años, vestido de negro de pies á cabeza, notable por el lustre de sus botas y el de su pelo.

Mr. Furnichon, dependiente de agente de cambios; veinte y siete años, muy buen chico, barba corrida, sombrero de castor, siempre calado, frac verde, pantalon anteado, chaleco blanco, camisa de batista, botas charoladas, guantes amarillos y corbata de raso.

Mr. Marcoine, primer dependiente de notario; lindo pie, lindas manos, lindo rostro, lindo talle, linda apostura, linda voz, linda letra, lindo pelo, lindo, lindo, lindo todo.

Condesa de Lemee, vecina de Mr. Rigot cuya posesion linda con la suya viuda de un par de Francia; cuarenta y cinco años, flaca, alta, de mala facha, de grandes pretensiones y grandes dientes, nariz aguileña, aficionada á mandar traer sus vestidos de París y á mandar hacer sus sombreros en Caen: guantes de malla, ojos un si es no es legañosos, rostro granujiento y la boca rebosando espuma por los estremos al hablar.

El Conde de Lemee, su hijo; veinte y dos años, no tan bien vestido como el agente de cambios; pero mucho mas elegante; menos lindo que el oficial de notario, pero mucho mas agradable, aficionado á los cigarros habanos, adornado de grandes bigotes y largas espuelas, y acostumbrado á comer con guantes.

Mad. Eugenia Peirol, sobrina de Rigot, treinta y dos años, alta y rubia, vestido de muselina blanca, zapatos de ala de mosca, medias de hilo de Escocia, pelo dividido en trenzas, manos y pies estremadamente delicados, hermosos dientes, ojos grandes, lánguidos y un poco vagos, vista inclinada.

Ernestina, su hija; quince años y medio, alta y ya formada.

Akabila, rey de una raza de malayos; rostro cobrizo, cabeza rapada, botas con caña vuelta, calzon de piel y vesta de jokey.

La primera escena pasa en el comedor de la posada de Mour.t

Los personages que figuran en ella son el procurador, el oficial de notario, y el dependiente de agente de cambios.

En él momento en que entró Luizzi en la pieza donde estaban los tres reunidos, cada cual se ocupaba en leer papeles que guardaban en seguida en una cartera; los tres miraron á Luizzi con aire de descontento y de admiracion, y en seguida se miraron unos á otros como para preguntarse si alguien conocia al recien venido.

—Señores, dije Luizzi saludando, siento venir á participar de vuestra cena porque temo que lo que se habia preparado para uno haya parecido al posadero suficiente para dos, luego para tres y por último para cuatro.

—Seais bien venido, quien quiera que seais, respondió con mucha gracia el procurador. Si me tomo la libertad de recibiros como si yo fuera dueño de la casa, continuó mirando alternativamente á sus compañeros, lo hago porque tengo títulos incontestables.......

Mr. Bador suspendió la frase declamada con arte, para ver el efecto que producia, y añadió despues de un instante de silencio:

—Estos títulos se reducen á dos: uno consiste en haber llegado el primero á esta posada y el otro en ser, por decirlo asi, del pais.

—Conque sois vecino de Mourt? preguntó el baron.

—Tengo aqui algunos clientes, respondió el procurador; soy de Caen, donde está toda mi familia, y alli tengo alguna influencia; mi estudio, sin ser el primero de la ciudad, no es tampoco el peor.

—Sois notario? dijo Marcoine.

—Procurador, contestó Mr. Bador, procurador defensor cuando se nos permitia hablar ante los tribunales. Yo no he sido como mis colegas, he aceptado con alegría la ley que nos ha vedado la palabra; soy poco aficionado á hablar, no soy charlatan, me fatigo mucho, y á pesar del sentimiento de mis clientes y de sus súplicas, no quise firmar la protesta que elevaron mis colegas contra aquella real órden. Tengo en mi estudio algunos jóvenes abogados, cuya reputacion hago. Gracias á mí, la abogacía de Caen ofrece grandes esperanzas: esos jóvenes aprovechan el tiempo, yo no le pierdo, y todo va perfectamente.

—En ese caso, repuso Mr. Marcoine, no les irá mal á vuestros dependientes, pues lo hallarán todo cocido y amasado. No nos sucede asi en París; alli nosotros somos los que cargamos con los trabajos y el principal con el dinero.

—Ah! con que vos tambien, caballero, os dedicais á la curia? dijo Mr. Bador mirando por cima del hombro al jóven.

—Al notariado, respondió el jóven contemplando desdeñosamente á Mr. Bador.

—Caballeros, dijo el baron, puesto que todos me habeis manifestado vuestra profesion, me creo en el deber de daros la misma prueba de confianza: yo me llamo Armando de Luzzi, y no hago nada.

—Esa sí que es buena profesion! esclamó Mr. Furnichon levantándose y mirándose á un espejo; pero esperemos; que ya nos dedicaremos tambien nosotros á ella; yo todo lo espero de la Bolsa y del tres por ciento.

—Ahora caigo, dijo el oficial de notario, me parece haberos visto en Paris.

—Yo tambien os conozco á vos, contestó Mr. Furnichon dejando deslizar su vozarrona por entre sus labios gruesos y sonrosados. Como que jugamos juntos en la boda de uno de mis compañeros que se casó con una hija de un zapatero retirado del oficio.

—La cual tenia cuatrocientos mil francos de dote, añadió el oficial de notario, con cuya suma compró mi amigo, algunos meses despues, el oficio de Mr. P.... que no dejó de ser buen negocio.

—Mejores se pueden hacer, dijo el dependiente acariciando su corbata.

—Pero no en nuestro pais, replicó el abogado.

—Quién habla de vuestro pais? dijo el oficial de notario.

—En efecto, repitió Furnichon, quién habla de vuestro pais?

—Sin embargo, se asegura que hay grandes capitales en el Calbado, dijo Luzzi sentándose á la mesa para participar de la cena que se acababa de servir.

—Sí, añadió Mr. Bador comiendo con tal distraccion que se abrasó la boca, si; hay algunas riquezas consistentes en bienes raices, pero no hay capitales disponibles, no hay dinero contante.

—Estais seguro de ello? preguntó con ironia Mr. Marcoine tomando con la punta de los dedos una alondra.

—Pche! puede que sí, contestó Furnichon con mucha indiferencia sirviéndose una enorme chuleta de ternera.

—Venís acaso á cercioraros? le preguntó Furnichon examinando atentamente su rostro.

—No tal, vengo á cazar en estos alrededores.

—En el mes de mayo? replicó Luzzi.

—Me parece que la caza que el señor busca, es propia de todas las estaciones, dijo Mr. Bador señalando con la vista al dependiente.

—En efecto, contestó el oficial de notario haciendo una seña á sus compañeros, el señor debe ser aficionado á la caza mayor.

—El dependiente no comprendió esto y repuso:

—Y vos, Mr. Marcoine, á qué diablos venis por acá?

—Yo no soy tan afortunado como vos, no vengo á divertirme; vengo á ver una posesion que quiere comprar uno de mis clientes.

—Si me decis cual es, yo os daré cuantas noticias querais, dijo el procurador; conozco cuantas posesiones de importancia hay en el pais.

—Sí, para hacer cargar al cliente con la mas cara, repuso el oficial de notario.

—Creeis que soy de Paris? contestó el procurador con sonrisa burlona.

—No digo tal, pero tampoco creo que sois de vuestro pueblo.

Esta acusacion de mala fe, pasó en la conversacion como la frase mas insignificante, y el procurador normando, no sospechando ya acerca de la presencia de dos parisienses en Mourt, se dedicó á observar á Luzzi. Este le pareció mas temible que los otros. En efecto, el uno habia dejado la diligencia y el otro la silla de posta para detenerse en el último relevo, en tanto que el llegado últimamente habia venido en una magnífica berlina tirada por cuatro caballos.

—Y vos, caballero, le dijo, se puede saber, sin que sea indiscrecion, con qué objeto venis por nuestro pais?

—Yo, respondió Luizzi, vengo, poco mas ó menos, con el mismo objeto que vosotros: vengo á cazar en los mismos sotos que el señor, y á ver la misma posesion que el señor.

El oficial de notario y el dependiente se miraron, y el procurador quedó admirado al oir esta respuesta.

—Ola, dijo el dependiente: con que venís á cazar al soto de.....

—Ola, repitió al mismo tiempo el oficial de notario, con que venís á ver la posesion de.....

—Sí, respondió el baron como si meditára las palabras; vengo á cazar al soto de..... y á ver la posesion de..... Qué diantre! me sucede lo que á vosotros: se me han olvidado los nombres; ayudadme á recordarlos.

—Pues bien: vais al soto de..... de..... de..... Mr. Rupin.

—Pues bien: vais á ver la propiedad de..... de..... Valainville; dijeron el dependiente y el oficial de notario, como para demostrar que no se los cogia desprevenidos.

—Yo no conozco á Mr. Rupin ni al dueño de Valainville, replicó el procurador.

—Pues ello el nombre debe ser así, dijeron á la vez el dependiente y el oficial de notario.

—Sí, murmuró Luizzi, como si se esforzára para recordar el nombre. Es asi como Rupin, Ripon, Ripó..... Rigot; Rigot es como se llama.

—Los tres interlocutores miraron á Luizzi, mientras este continuaba:

—La posesion que decís se llama Valainville, debe ser así como Valainvilli, Vailli..... Taillis..... sí en efecto, Taillis es.

—Olá, dijo el procurador, mientras el oficial de notario y el dependiente permanecian estupefactos á consecuencia de las chanzas de Luizzi: con que vais á Taillis á ver á Mr. Rigot?

—Sí, caballero, respondió el baron; y si estos señores no tienen carruage, puedo ofrecerles asiento en el mio; partiremos mañana á buena hora.

—Con que partís temprano? preguntó el procurador. A cosa de las seis, no es verdad? Me parece demasiado temprano, porque en Taillis se levantan tarde.

—Partiremos cuando estos señores quieran; contestó el baron. Tenemos una buena cena, á la que añadiremos algunas botellas de Champagne si es que las hay; y asi pasaremos la noche divertida hasta que llegue la hora de partir.

—Como gusteis, señores, dijo el procurador: vosotros sin duda estais acostumbrados al régimen parisiense; pero yo no dejo las costumbres de provincia. Con vuestro permiso, me voy á acostar; con que buenas noches, señores.

Diciendo esto, el procurador se levantó y se retiró inmediatamente.

—Bebamos nosotros, señores; dijo el baron destapando una botella de vino, y ofreciendo al dependiente, que le alargó gentilmente su vaso, lo cual hizo tambien el oficial de notario, que parecia prestar oido á lo que pasaba en el patio.

Un instante despues, se oyó el ruido de un cabriolé que salia de la posada. Mr. Marcoine se levantó de la mesa, abrió la ventana, y mirando hácia el camino, vió que se alejaba el carruage.

—Qué es eso? le preguntó Mr. Furnichon, qué es lo que os pasa?

—No es nada, respondió el oficial de notario, un vahido de cabeza; el movimiento del carruage me ha trastornado un poco.

—Pues es gaita! dijo el dependiente; yo tambien tengo las piernas entumecidas.

—Lo que es yo estoy verdaderamente indispuesto; continuó Mr. Marcoine sacando el reloj (pues no son mas que las diez, murmuró por lo bajo). Con vuestro permiso, me retiro como Mr. Bador.

—Sí, sí, podeis hacerlo, contestó Luizzi; creo que el señor no me dejará tan pronto como vos.

El oficial de notario se retiró, y el dependiente quedó solo con Luizzi.

—Qué diablo de idea les ha dado para irse á acostar tan pronto? dijo Mr. Fnrnichon. Lo que es yo, mas quiero pasar la noche bebiendo que durmiendo en una maldita cama de posada, cuyas sábanas siempre están húmedas.

—A mí me parece, dijo Luizzi, que la humedad de las sábanas no resfriará mucho á esos señores.

—Y por qué? preguntó el dependiente.

—Ahora lo vereis.

Un momento despues, vieron pasar al oficial de notario precedido de un mozo, y encaramado en un caballo de gran alzada, á cuya silla se agarraba con ambas manos.

—Eh! trapalon, á dónde vais asi? le gritó el dependiente.

—El oficial de notario no contestó. Mr. Furnichon se volvió á Luizzi y repitió su pregunta: á dónde vá ese trapalon?

—Toma, á ver la posesion á donde vais á cazar vos.

El dependiente echó un voto de marca, y repuso:

—Y de dónde ha sacado ese caballo?

—Yo creo que si vos pedís otro en tono un poco imperativo, no os quedareis á pié.

Mr. Furnichon dejó á su vez el comedor, y Luizzi le oyó á corto rato jurar y gritar en el patio. Un momento despues, salió de la venta una tartana tirada por dos rocines, en la cual iba el oficial de notario con su inmenso equipage; y como Luizzi se echase á reir, fué interrumpido por una persona que le dió una palmadita en el hombro. Armando volvió la cara, y se encontró con el postillon con quien hablára á su llegada á la venta.

—Vamos, le dijo el postillon en tono de confidencia; ya veis que han partido los tres; el procurador en su cabriolé; el aprendiz de notario en su matalon, y el otro en la tartana. Qué haceis vos?

—Han descansado ya tus caballos?

—Si no hay mas que enganchar, respondió el postillon; como que les he dado triple racion.

—Triple racion hace caminar á racionales é irracionales en Normandía.

—Lo mismo que en todas partes.

—Sí, pero no conviene caminar tan tarde.

—No importa, dijo el pestillon; yo sé un atajo que nos ahorrará la mitad del camino. Llegareis el primero, os doy mi palabra.

Luizzi vaciló un instante, pues le repugnaba tomar parte en aquella caza de dotes; pero la idea de asistir á la presentacion sucesiva de los pretendientes, le decidió al fin.

—Oye, dijo al postillon, dos luises tienes si llego el primero á Taillis, y nada mas que quince sueldos de guias si llego el segundo.

—En ese caso, contestó el postillon, no podemos hacer nada: ese procurador es muy cuco: ha tomado el atajo y se va á plantar allá antes que vos.

—Tres luises si llegamos nosotros primero.

—No puede ser, dijo el postillon; es ya tarde, como habeis dicho muy bien. Por una miserable moneda de seis libras que me ha dado ese mal procurador, pierdo tan buena propina. El me las pagará.

—Ola! dijo Luizzi. Con que te ha dado una moneda de seis libras para que yo no pueda partir?

—Qué borrico sois! No se lo digais á nadie.

—Oye, bribon, dijo Luizzi; no eches en olvido que quiero llegar á Taillis mañana temprano antes que nadie se haya levantado.

—Bien, bien, contestó el postillon, yo me las compondré.

Y en efecto, antes de rayar el alba, el baron, que se habia echado sobre la cama sin desnudarse, sintió enganchar los caballos á su carruage; se levantó, pagó el gasto y partió inmediatamente.

El encuentro de los tres individuos con quienes habia cenado, recordó á Luizzi cierta frase del Diablo: «Ya has visto la codicia en su mas baja espresion. Quieres verla en el gran mundo?» Reflexionó un instante, y consideró que la casualidad que le habia conducido á presencia de aquellos especuladores de mujeres, era tal vez el cumplimiento de la proposicion de Satanás, y resolvió aprovechar la leccion sin necesidad de acudir á las confidencias del Diablo.

Con estos pensamientos llegó á la berja del parque de Taillis, que aun estaba cerrada, y á cuyo través hacia rato que oia ladrar dos ó tres enormes perros. Reflexionaba que su presencia habria alborotado á aquellos animales, cuando descubrió á derecha é izquierda de la berja y á lo largo de la tapia dos sombras que iban y venian. Luizzi no era miedoso, pero la presencia de dos hombres junto á la puerta y casi al amanecer, y sobre todo, la inquietud de los perros, le hicieron temer habérselas con gentes mal intencionadas, lo que le movió á llamar cuanto antes á la berja del parque. Apenas habia sonado la campana, cuando las dos sombras echaron á correr hácia el baron, que solo tuvo tiempo para apoyarse en la berja y desenvainar el estoque de su baston. Las dos sombras eran Furnichon y Marcoine. Ambos estaban helados, transidos; su rostro estaba de color violeta, y el pelo erizado por el hielo. Luizzi los miraba asombrado cuando oyó á Mr. Marcoine esclamar:

—Sí, sí, llamad: que no os abrirán aunque os lleve el Diablo.

—Voto á brios! dijo el dependiente con tal rabia que ella debiera haber bastado á hacerle entrar en calor. Mas de ocho horas hace que estamos detenidos aqui despues de venir á escape. Os aseguro que yo hubiera escalado ya las tapias á no ser por esos perrazos.

—Con que estaba cerrada la casa cuando llegásteis? preguntó Luizzi cada vez con mas gana de reir. Por qué no habeis vuelto á la venta?

—Y como habiamos de volver? En cuanto llegamos, desató el postillon mis dos maletas y me dijo: «No teneis mas que llamar y al instante os abrirán» Mientras le pagaba, que tardé bastante en hacerlo por el frio, veo llegar en su tartana á Mr. Furnichon que habia sido mas previsor que yo anticipando la paga. Asi que me vió, saltó á tierra diciendo: Eh! mozo, descargad mi aquipaje. Ola Mr. Marcoine, tanto andamos como corremos. No vereis á Rigot antes que yo, etc. etc.» añadiendo otra porcion de majaderías.

—Cómo que majaderías? replicó el dependiente.

—Sí, señor, majaderias. Porque pensais que vengo con objeto de..... Pero dejemos esto. Por último, mientras disputábamos asi, voló la tartana dejando al señor como yo, á la puerta. Empiezo á llamar, llamo otra vez y otra y otra, y nada; pasamos una hora así, y al cabo nos convencimos de que se habian burlado de nosotros conduciéndonos á una casa deshabitada.

—O habitada únicamente por perros, dijo Luizzi sin poder contener la risa.

—Y hénos aqui de centinela al lado de nuestras maletas, sin poderlas mover de su sitio.

—Trueno del infierno! esclamó el dependiente; que me ahorquen si no rompo mi baston en las costillas del pícaro que me ha conducido, asi que le eche la vista encima.

—Yo voy á formar causa á ese bribon que tan mala pasada me ha hecho, dijo el oficial de notario.

—Y por qué? preguntó Periquillo acercándose. Le digísteis que os condujera á Taillís, á casa de Mr. Rigot, y asi lo ha hecho.

—No puede ser, porque entonces nos hubieran abierto ya. Estamos cansados de tirar de la campanilla.

—De cuál ? preguntó el postillon.

—De cuál ha de ser? de esta, contestó Mr. Furnichon tirando con furor de la cadena mientras los perros se deshacian.

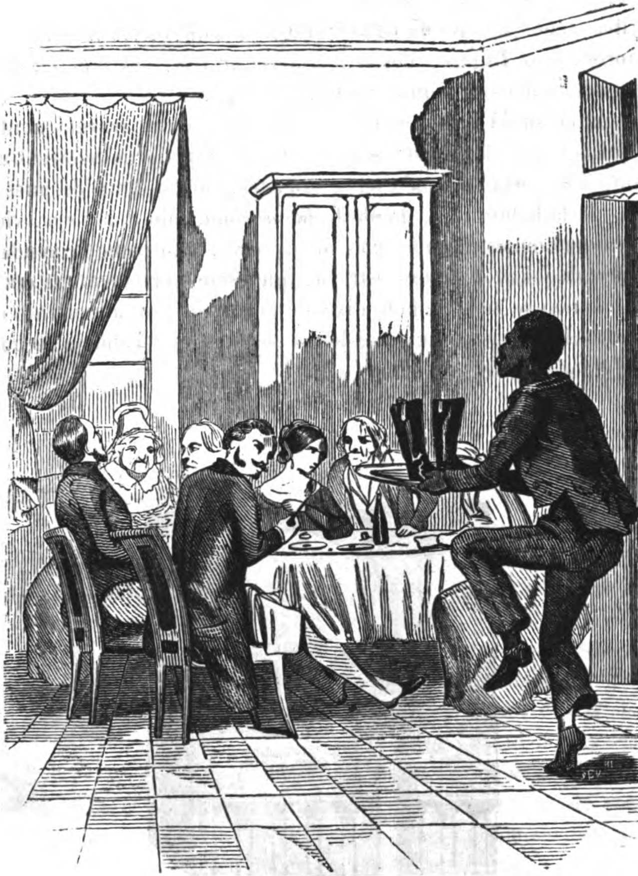
—Si no es esa, dijo el postillon. Esa no se oye desde la casa que está al otro estremo del parque cerca de un cuarto de legua de aqui. Vereis como hace efecto el sonido de esta otra.

Periquillo tiró de un boton oculto en un esconce de la tapia, y colocado á bastante altura.

—Jesus, que torpe sois! esclamó Furnichon dirigiéndose al oficial de notario: habeis empleado una hora en averiguar si habia alguna otra campanilla.

—Y como quereis que la encontrára? Yo no alcanzo allí. Mas torpe sois vos que sois un Goliath, y en lugar de buscarla os habeis entretenido en jurar omo un carretero. Con solo alzar el brazo la hubiérais encontrado.

—Y por qué sois tan renacuajo? dijo furioso el de endiente.



—Y por qué sois vos tan bestia? replicó el oficial mas furioso aun.

—Señores, haya paz, dijo Luizzi; procurando calmarlos y riéndose á carcajadas.

—Id enhoramala con vuestra risa, señor de la berlina, dijo el dependiente. He echado á perder el frac, el sombrero y las botas.

La rábia de Furnichon era tanta, que dió un puñetazo al sombrero, esclamando:—Maldito sea ese renacuajo de notario!

—Sí, sí, quejaos, dijo Marcoine; quejaos de mí cuando estoy helado hasta los huesos. Por culpa vuestra voy á tener una fluxion de pecho.

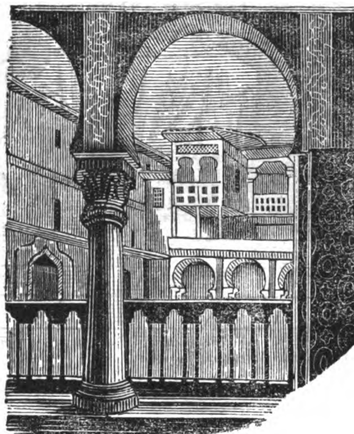
—Por culpa mia?

—Dejadme en paz, y ocupaos de vuestro sombrero.

—Arriba, señor haron, dijo Periquillo. Ya han abierto la berja.

—Señores, dijo Luizzi, desternillándose de risa, voy á avisar que vengan á encender fuego para que os calenteis un poco.

En seguida subió á la berlina, y el postillon entró triunfalmente en el parque, pasando por delante del dependiente y el oficial de notario que quedaron junto á la verja cuidando sus equipages. Media hora despues, desde la ventana de la habitacion á donde le habia conducido una vieja, vió llegar á los dos pretendientes cargados con sus maletas, y torpemente ayudados por una especie de jokey de figura estraña, que escitó vivamente la curiosidad de Luizzi, quien se hallaba bien distante de pensar que aquel ente de rostro cobrizo le habia de servir pocas horas despues una bandeja de botas por postres de un almuerzo.





XXXI.

Los cuatro pretendientes.



Hacia dos horas que Armando se hallaba en Taillis, y aun no se le habia presentado al dueño de la casa, para quien le habia dado Ganguernet una carta de recomendacion; pero no tardó en oir llamar á la puerta, y casi al mismo tiempo vió entrar una mujerona de sesenta años lo menos, arrugada como la charca en que se zambullen los patos, que llevaba un vestido de seda color de fuego y un gorro lleno de lazos amarillos. Hizo á Luizzi una profunda cortesía, mostrando por medio de una graciosa sonrisa sus desdentadas encías, y Luizzi la devolvió el saludo.

—Caballero, le dijo aquella respetable señora, vengo á ver si necesitais alguna cosa. Mr. Rigot es hermano mio, y yo soy Mad. Turniquel. El año de 1808 tuve la desgracia de perder á mi marido de un golpe de sangre que provino de una caida desde el andamio de un piso cuarto, donde estaba sirviendo yeso.....

—Ola! dijo Luizzi, con que vuestro marido era....

—Arquitecto, caballero; pero hacia de peon para dar ejemplo á los trabajadores porque era arquitecto del gobierno y el emperador queria que los gefes fuesen los primeros que echáran mano á todo. Si supiérais qué guapo era! Mi hija, que es suya, se parece á él como una gota de agua, á otra. Ya la vereis, caballero; se parece tambien á mí, pero la pobre ha padecido tanto.... Como ha de ser! Ni ella ni yo tenemos la culpa, porque yo la he criado como si fuera una duquesa. Como he dicho, venia á ver si necesitábais algo: mi hermano es un bello sugeto, pero no sabe las consideraciones que se deben tener con un forastero como vos.

—He sido perfectamente recibido; contestó Luizzi, y nada absolutamente me falta.

—Es que los criados son unos holgazanes, dijo Mad. Turniquel tomando una servilleta y sacudiendo los muebles; no hacen mas que comer, beber, y dormir. Si no mirad como está este cuarto: no han hecho mas que dar un escobazo por medio. El que, como mi hermano, ha estado entre salvages no puede tener una idea completa de la sociedad como yo que estoy acostumbrada á ella.

—Ya se conoce, dijo Luizzi abriendo la ventana para que saliera la nube de polvo que habia levantado Mad. Turniquel con su limpieza.

—Cuidado, le dijo la buena señora, no abrais la ventana, porque en este tiempo no es bueno el fresco. Yo lo sé por esperiencia; porque he estudiado medicina para dedicarme á partera.

—Yo tengo un medio escelente para combatir esa nociva influencia: acostumbro fumar un cigarro todas las mañanas.

—Haceis bien, caballero: el cigarro es muy bueno para el estómago. Yo mismo lo esperimenté en el mar, donde fumé mucho para preservarme del *escorbuto* que se habia apoderado de toda la tripulacion.

—Ya! con que habeis navegado mucho?

—He estado dos veces en Inglaterra á llevar á Genia su hija. Genia es hija mia, caballero....Miradla, miradla en el patio.

Luizzi vió en efecto una mujer alta y hermosa que pasaba por bajo de su ventana. Mad. Turniquel la dijo con toda la fuerza de sus pulmones:

—Buenosdias Genia, buenos dias.

La interpelada alzó la vista y pareció sorprenderse al ver el rostro de Luizzi al lado del de su madre. Saludó algo turbada é hizo una seña al jokey que antes habia visto Luizzi. El jokey se acercó á ella con temor y sumision, escuchó atentamente lo que su ama le decia y en seguida entró en la casa con la velocidad del rayo. No bien le habia perdido Luizzi de vista sintió que abrian la puerta de la habitacion, y vió al jokey que se acercó á la ventana dondo estaba Mad. Turniquel diciéndola:

—Ha, ha, mamá, abajo, ha, ha.

—Qué es lo que quiere este figuron de mampara? preguntó Mad. Turniquel, volviendo la cabeza.

—Ha, ha, repitió el jokey; ha, ha, mamá abajo... Genia, Genia.

—Me llama mi hija, no es verdad?

El jokey hizo una señal afirmativa con la cabeza, mostrando la puerta á Mad. Turniquel.

—Bueno, bueno. Hasta luego, caballero. Dentro de media horita almorzaremos; ya oireis la campana.

—Agradezco vuestra atencion.

Armando salió á despedir á la buena mujer, que se deshacia en reverencias. Apenas hubo cerrado la puerta, se echó á reir estrepitosamente y casi al mismo tiempo oyó una risita áspera que respondia á la suya; volvióse inmediatamente y vió al jokey remedando las posturas de Mad. Turniquel y riéndose á carcajadas. El jokey, era un ser bastante original. Tenia el rostro pintorreteado, y el pelo negro y liso; sus ojos brillaban y denotaban astucia; eran sus dientes largos, delgados y blancos, y parecia tener sobre veinte y cinco años. Su aspecto contuvo la risa de Luzzi, que se puso á examinarle con cierta curiosidad. Apenas notó este exámen el jokey, calló, bajó la cabeza y se arrimó á la pared, dirigiendo al baron miradas llenas de desconfianza. Armando continuó mirándole con la misma atencion, y él echó una mirada investigadora á su alrededor, y viendo en un rincon de la habitacion un par de botas, se apoderó de ellas exhalando un grito de alegría y se las llevó antes que Luizzi hubiera podido dirigirle la palabra.

Armando, no bien se vió solo, se preguntó á sí mismo si se hallaba en alguna casa de locos. Pensaba en las dos visitas que acababa de tener, cuando sintió el ruido de un carruage que entraba en el patio, y se asomó á la ventana para ver qué nueva caricatura venia á aumentar el número de las que habia visto ya. Armando estaba destinado á equivocarse casi siempre. Una mujer vestida con cierta elegancia, y un bello jóven, fueron los que bajaron del carruage.

No bien habian echado pié á tierra estos nuevos personajes, se dirigió á ellos Mad. Turniquel diciendo:

—Como vá, señora condesa?

—Bastante mal, respondió la hermosa dama abrazando á la vieja. Estos vientos de Oeste me atacan los nervios horriblemente.

—Oh! ya sé lo que es este tiempo, contestó Mad. Turniquel; á mí me dan unos calambres tan atroces en las piernas!

Luego se volvió al bello jóven y añadió:

—Y vos, señorito, cómo estais?

—Perfectamente, respondió el jóven dando la mano á la hermana de Mr. Rigot; pero hay tan malos caminos para venir aquí, que estoy enteramente molido.

—Ya, ya lo sé, dijo la vieja; cuando yo llevaba al campo el ganado, habia unas barrancas que se metia una hasta las rodillas.

—Sabeis, Mad Turniquel, que debísteis ser una hechicera zagala? como que vos érais Estela, no faltarian mas de un Nemorino, dijo el elegante.

—Y qué es eso de Estela y Nemorino?

—Son personages de una novela de Florian respondió la condesa.

—Florian! esclamó Mad. Turniquel; le he conocido mucho. Como que me estimaba tanto que me leia todos sus libros.

Probablemente hubiera continuado asi la conversacion largo rato, si Mad. Peyrol no hubiera vuelto à interumpir la cháchara de su madre. Todos entraron en la casa y un momento despues oyó Luizzi la campana que anunciaba el almuerzo. Bajó, y gracias á la voz de Mad. Turniquel, llegó á un hermoso salon donde se habian ya reunido una docena de personas. Alli volvió á ver al procurador, al oficial de notario y al dependiente; ademas estaban la dama y el jóven que habia visto bajar del carruaje y una jóven de rara hermosura cuya semejanza con Mad. Peyrol hizo creer al baron que seria la sobrina de Mr. Rigot. Este se hallaba en un rincon del salon, hablando con el procurador, y dirijiendo miradas investigadoras á todas las personas que se hallaban presentes.

Asi que apareció Luizzi, Mr. Rigot se dirijió á él y le dijo con tono de franqueza.

—Os pido mil perdones por mi poca atencion; soy un antiguo soldado educado muy mal. Nosotros, nacidos como suele decirse en el arroyo, ignoramos las buenas maneras; ya sé que he debido pasar á veros como dueño de la casa; pero nosotros los hijos del pueblo usamos pocas ceremonias. No es verdad señora condesa de Lemée? añadió dirijiéndose á la dama llegada en el carruage.

En seguida volviéndose á Luizzi continuó:

—He recibido la carta de mi amigo Ganguernet que me anuncia vuestra venida; quiero decir que he hecho que me la lean, porque nosotros los campesinos ya lo veis, somos unos ignorantes, nada sabemos; pero os aseguro que celebro infinito ver en mi casa al Señor baron Armando de Luizzi que, segun dice Ganguernet, disfruta doscientas mil libras de renta. Tengo pues la honra de saludaros.

Mr. Rigot se separó de Luizzi en quien se fijaron todas las miradas examinándole con curiosidad, particularmente las del jóven conde de Lemée, y se dirijió á los parisienses.

—Quién de vosotros es el notario, señores? preguntó Mr. Rigot.

—Yo soy, contestó Marcoine sacando con gentil desembarazo unos papeles del bolsillo. Se ha hecho la adquisicion de vuestra casa del arrabal de S. German y ved aqui la escritura; yo he sido el encargado de este negocio, y creo

que se ha manejado con alguna habilidad, como que he obtenido la finca por cien mil francos menos de la tasacion.

—Os doy las gracias, contestó Mr. Rigot, porque ya lo veis, nosotros los hijos del pueblo no servimos para nada.

—He querido traeros yo mismo la escritura á fin de haceros apreciar aun mas las ventajas, dijo el oficial de notario con tono de lisonja.

—Sois muy amable, respondió Rigot; ya lo veis, nosotros los normandos no entendemos nada absolutamente de negocios.

En seguida se dirijió al dependiente de agente de cambios, y añadió:

—Y bien, caballero, á qué debo la honrra de vuestra visita?

—Vengo acerca de la colocacion de los fondos que dejásteis en poder de vuestro banquero.

—Pues qué, no dije á vuestro principal que los empleára en títulos del tres por ciento?

—Le ha parecido poco ventajoso ese empleo.

—Quiero títulos del tres por ciento, dijo Mr. Rigot; quiero fondos de nobles y emigrados; tengo ya una posesion de marqués y un palacio de duque, quiero la indemnidad de los emigrados.

—Podemos ofreceros negocios aun mejores que esos.

—Quiero lo que quiero, dijo Rigot, con viveza; es muy posible que nosotros los hijos del pueblo seamos unos imbéciles, pero no le hace.

Casi al mismo tiempo entró un criado á decir que estaba ya servido el almuerzo; el futuro notario se acercó al baron y le dijo:

—Yo no creo que Mr. Furnichon tenga muchas probabilidades de triunfo.

Mad. Peyrol y su hija Ernestina, se produjeron durante el almuerzo con una gracia y una elegancia que contrastaban notablemente con las maneras de Mr. Rigot y las de su hermana. Luizzi y Mr. Lemée se hallaban al lado de Mad. Peyrol y el oficial de notario y el dependiente al lado de Ernestina. El procurador estaba sentado á uno de los estremos de la mesa, entre Mr. Rigot y Mad. de Lemée, y Mad. Turniquel lo estaba al otro estremo entre dos personajes de quienes no hemos hablado aun y que eran el cura del lugar y el recaudador de contribuciones vecinales. El primero, consegrado al celibato, y el segundo, casado ya, estaban encargados de desempeñar en esta escena el papel de personajes mudos en atencion al poco interés que tenian en su desenlace.

Apenas se habian sentado los convidados á la mesa, contólos Mad. Turniquel, y dijo:

—Justamente somos doce. Me alegro infinito porque si fuéramos trece, lo que es yo me guardaria bien de almorzar ahora.

—Es posible, dijo el procurador, que una mujer tan distinguida como vos abrigue tales preocupaciones?

—Cómo preocupaciones? replicó el jóven conde de Lemée. Soy entera-

mente de la opinion de Mad. Turniquel; hay ejemplos de grandes desgracias sobrevenidas por querer arrostrar esa creencia popular.

—Vamos, dijo el dependiente, esas ideas se quedan para la gente ruda.

—No hableis de ellas con tanto desden, repuso Mad. de Lemée. Personas de alto copete abrigan la misma opinion. La reina María Antonieta, á quien serví antes de la revolucion, se horrorizaba al oir el número trece.

—Muy bien lo sé yo, dijo Mad. Turniquel. Como que la misma reina me lo dijo un dia que fuí á felicitarla con otras damas del barrio con motivo del nacimiento de la duquesa de Angulema.

—Mamá, quereis este alon de pollo? dijo Mad. Peyrol con viveza, haciendo que no se oyeran las últimas palabras de esta frase.

—Gracias. No quiero mas que este arenque y un poco de crema.

—Yo por mi parte soy fatalista, dijo Mr. Rigot. El gran Napoleon lo era tambien, como todos los grandes hombres.

—Eso me consta á mí: mas de cien veces se lo oí decir al mismo emperador, añadió Mad. Turniquel.

—Ola, con que conocíais al emperador? preguntó Luizzi.

—Tan bien como á vos.....

En tanto que Ernestína interrumpia á su abuela ofreciéndola crema, Mad. Peyrol decia por lo bajo á Luizzi con tono suplicante á la vez que lleno de gracia y dignidad:

—Sed indulgente para con mi madre, caballero.

Y para cambiar de conversacion, se dirigió entonces al jóven oficial de notario que guardaba un prudente silencio, y le dijo:

—Qué noticias traeis de Paris, caballero?

—Señora, contestó Marcoine con aire de modestia, nada de particular puedo deciros; los asuntos del estudio y sobre todo la instruccion del segundo dependiente que debe reemplazarme, me ocupan por completo.

—Ola, con qué abandonais el notariado, mocito, dijo Mr. Rigot.

—No señor, respondió el oficial con indiferencia, lo que hago es comprar un oficio muy bueno, el mejor de París seguramente.

—Segun eso os casais? dijo el dependiente.

—Sí, respondió Marcoine, no me faltan buenas proporciones; ya veis que el notariado es carrera que agrada á todos los padres de familia, es una colocacion segura y honrosa del dinero, una profesion sólida y estimada en la sociedad: tiene relaciones con lo mas florido de la capital, y al cabo de cierto tiempo se adquiere un caudal considerable y un nombre acreditado, por cuyo medio puede uno satisfacer su ambicion si es que la tiene.

—Mejor profesion es la de agente de cambios, repuso el dependiente. En punto á capitales, si en alguna profesion se encuentran, es en la de agentes de cambios; en cuanto á sociedad me parece que la de la bolsa es mas elegante

que la del notario, y en cuanto á ambicion creo que se satisface antes en la bolsa que en el estudio.

—Tres notarios de París son actualmente diputados y cuatro Maires de su distrito ó miembros del consejo general, dijo con vivacidad Marcoine.

—Lo creo, repuso el dependiente, pero tambien hay dos agentes de cambios coroneles de la guardia nacional. El conde de P... que ha sido banquero y es en la actualidad par de Francia, empezó por ser agente de cambios. La carrera bursátil es muy distinta de la del notariado.

—Y pensais recorrerla hasta el fin? dijo Mr. Rigot.

—Y para empezar quereis tambien comprar un título? añadió Luizzi.

—Sí señor, respondió el dependiente.

—Y para pagar ese título, continuó Mr. Rigot, os casareis con una mujer cuyo dote....

—Oh! nada de eso, contestó Furnichon con aire sentimental, y echando una mirada llena de exaltacion á Mad. Peyrol y á Ernestina. Nunca me casaré con una mujer á quien no ame. Yo no busco riquezas: lo que busco es un corazon que me ame.

—Esa es exactamente mi opinion, dijo Mr. de Lemée con aire de fatuidad; confieso que algunas veces me pesa el hallarme en la brillante posicion en que la casualidad me ha puesto. Tengo veinte y dos años, y soy par de Francia por haber fallecido mi padre. Poseo un nombre algo esclarecido....

—Y os pesa ocupar tan ventajosa posicion? replicó Armando.

—Os aseguro que sí, contestó Mr. de Lemée. Temo mucho, si llego á casarme, dar con una mujer que lo único que ame sea la ventajosa posicion de que hablais. Hay muchas que ambicionan mas una brillante posicion que un hombre de corazon tierno y sincero; si yo no fuera lo que soy, quizá se preferiria á mí un mónstruo feo, tonto, egoista, á quien la casualidad hubiese dado los bienes que poseo.

—Estraño mucho, hijo mio, replicó Mad. de Lemée con tono doctoral, que os quejeis de una posicion que debe ambicionar toda mujer bien nacida.

—Teneis razon, dijo Mad. Turniquel; si yo me vuelvo á casar me juzgaré muy feliz siendo mujer de un par de Francia.

—Pero no mia, no es verdad, señora? dijo Mr. de Lemée sonriéndose con mucha gracia. Yo soy pobre.

—Hijo mio! esclamó Mad. de Lemée.

—Por qué ocultar lo que todo el mundo sabe? continuó el conde. Eso es lo único que me consuela; porque si encuentro una mujer digna de comprenderme, que se resigne á participar de mi pobreza, me será lícito creer que no la ha seducido el interés.

Este discurso fué dirigido á Mad. Peyrol de una manera tan directa, que Luizzi se imaginó que Mr. de Lemée, como vecino y visita de la familia de Rigot, conocia á cual de las dos mujeres estaban destina-

dos los dos millones de dote. Para cerciorarse mas, Luizzi se dirigió á Mr. Bador, á quien suponia tambien iniciado en los proyectos de Mr. Rigot.

—Como supongo que tendreis en poco la profesion de notario y de agente de cambios, supongo tambien que no aconsejareis á ninguna mujer que elija marido en ellas.

Al oir esta pregunta, demasiado directa para que todos los circunstantes no se viesen embarazados, Mad. de Peyrol miró al baron admirada, como si no la hubiese esperado de él. El procurador fué el único que permaneció sereno y respondió con desdeñosa negligencia:

—Yo creo que la profesion del hombre es cosa de poca importanoia; lo que me parece es que el hombre para casarse necesita una posicion hecha, sentada, que no repose en esperanzas casi siempre ilusorias. Creo, en fin, que el hombre antes de pensar en casarse necesita hacer ciertas pruebas.

—Hé ahi una cosa muy bien dicha: eso es hablar como un hombre establecido.

—Sí señor, respondió el abogado, como un hombre que conoce el mundo, que le ha esperimentado y que sabe muy bien que la felicidad no consiste en el lujo de las fiestas y bailes en que la mujer de un agente de cambios ó la de un notario pasa la vida; como un hombre que sabe que la dicha no existe para una mujer en lo que llamais una posicion elevada, y que la devuelve á menudo en ridiculeces toda la fortuna que la ha prodigado; en fin, hablc como un hombre que cree que la felicidad consiste en una vida dulce, retirada y pacífica, en medio de una familia honrada, con un marido que ante todo, se ocupa en satisfacer los deseos de su mujer y en pensar únicamente en ella.

El procurador pronunció este discurso con una gran afectacion y sin apartar la vista de Ernestina que le escuchaba con interés. Entretanto que Luizzi observaba este nuevo manejo, no sabiendo á cuál de las dos si á la madre ó á la hija estaba destinado el dote, el oficial de notario no quiso dejar pasar sin respuesta la interesante teoría del procurador.

—Esa felicidad de que hablais es una felicídad de provincía, y ademas creeis que no se encuentren en París tambien hombres capaces de cumplir los deseos de las mujeres?

—Sin duda, contestó el dependiente, que creyó deber por un momento unirse al oficial de notario para defender la felicidad parisiense vivamente atacada por la arenga del procurador. Sin duda en París hay tambien maridos que hacen la felicidad de sus mugeres.

—Solamente, replicó el oficial, que allí la felicidad es mucho mas elegante: en lugar de vuestros groseros placeres de provincia, aquellos son mas delicados; en lugar de vuestras tristes y monotonas reuniones allí hay los bailes mas brillantes.

—Con Colinet y Dufresne, añadió el dependiente.

—En lugar de vuestras eternas noches ocupadas en bordar en cañamazo, hay alli los Italianos y la Opera.

—Con Tulou y Rossini, volvió á añadir Furnichon.

—En vez de vuestras comídas de campos, continuó el futuro notario, hay.....

—Las carreras del campo de Marte, soberbios caballos, magníficos trages, interrumpió el dependiente.

—Y todo eso no vale nada, dijo Mr. de Lemée. Habladme de un hombre que puede abrir á su mujer las puertas de todos los salones de Europa, que la vé buscada, respetada en todas partes donde la presenta.

En este instante el futuro notario, el procurador y el dependiente atacados por decirlo asi en su plebeyicismo, trataron de contestar á Mr. Lemée hablando todos á un tiempo; pero Mr. Rigot tomó la palabra y reinó un profundo silencio:

—Y cuál es vuestra opinion, señor baron? preguntó á Luizzi.

Armando iba á responder; y todos se inclinaban á escucharle, porque con su silencio habia adquirido la autoridad del hombre que aun no ha dicho nada, al cual se le suponen ideas de reserva, y cuyas palabras se cree que van á terminar toda discusion.

—Yo opino que..... dijo Luizzi.

Y no continuó, porque fuè interrumpido por un par de botas admirablemente lustradas y colocadas en una bandeja que el jokey de que ya hemos hablado, colocó sobre la mesa con una sonrísa de satisfaccion.

Mr. Rigot soltó nna carcajada, y todos le imitaron sin escepcion de Mad. Peyrot, que no pudo resistir á la risa homérica de todos los comensales.

Entretanto Akabila saltaba alrededor del comedor como un gato montés; y asi todo el mundo se levantó de la mesa sin saber como opinaba Luizzi á cerca de la importante cuestion que acababa de suscitarse.





XXXII.

Honrada transaccion.



Muy pocas horas habian trascurrido desde aquel memorable almuerzo, tan singularmente interrumpido por la bandeja de botas que Akabila habia servido á Luizzi. El baron quiso pedir esplicaciones acerca de esta interrupcion á Mr. Rigot, que solo le respondió desternillándose de risa. Mad. Turniquel se contentó con decir:

—Ese bestia no sabe hacer mas que eso; pero le gusta á Rigot, y es preciso dejarle.

Por lo que toca á Ernestina, era inútil preguntarle acerca de una cosa que no la interesaba personalmente: ocupada de su persona, de su rostro, de su tocado, parecia mirar con el mas profundo desprecio las maneras desembarazadas y sin pretension de Luizzi, y apenas se dignaba escuchar las

pocas palabras que éste la dirigia de cuando en cuando. Armando se habia dirigido á Mad. Peyrol, quien escusó la locura del jokey de una manera bastante plausible.

—Mi tio, dijo, trajo ese malayo de Borneo, y quiso hacerle útil: ha tratado de hacer de él un groom, un cochero, un ayuda de cámara, qué se yó? Mas, no habiéndolo podido conseguir, le ha dado por único empleo el de limpiar botas. A decir verdad, mi tio le trata como si fuera un mono, y cuando Akabil ha desempeñado bien su deber, le da un vaso de rom, á que el infeliz es muy aficionado. Hoy no se habrán acordado de darle su racion, y para obtenerla ha cojido el primer par de botas que ha hallado á mano; las ha limpiado y las ha traido triunfalmente para recibir su recompensa.

Armando se contentó con esta esplicacion, aunque á su pesar, le estrañaba la presencia del malayo en aquella casa, y le inquietaba sin saber por qué el incidente de las botas. Púsose á observar lo que pasaba y se divirtió no poco con los tormentos del oficial de notario y del dependiente, que llevaban sus obsequios desde la hija á la madre y desde la madre á la hija, en tanto que el conde de Lemée estaba constantemente al lado de Ernestina, y el procurador al lado de Mad. Peyrol. La poca atencion que la niña prestara á sus palabras hizo á Luizzi ocuparse mas particularmente de Eugenia, en la que creyó notar un espíritu recto, elevado y grave, una alta inteligencia de sus deberes para con su madre y su hija, y una resignacion llena de dignidad al ridículo papel que su tio la habia improvisado. Sin embargo, Armando habia tomado su partido; conocia que aunque hubiese hallado un ángel hubiera sido punto menos que imposible que él, jóven, hermoso, elegante y rico, se asociase á semejante familia; asi pues, se decidió á dejar aquella casa la mañana siguiente. No sabía como hablar con Rigot, pero éste le proporcionó la ocasion aquella misma noche. Despues de comer, el dueño de la casa invitó á los hombres á que le acompañáran para vaciar juntos algunas botellas. Asi que se retiraron las señoras, tomó Mr. Rigot la palabra y dijo:

—Señores, sé con qué objeto habeis venido aquí: se presenta ocasion de ganar dos millones, y todos teneis gana de echarles el guante.

Todos respondieron á aquella proposicion, escepto Luizzi que, insistiendo en su resolucion, se reservó el derecho de hacerlo con altivez.

—Os digo que se presenta ocasion de ganar dos millones y teneis gana de echarles el guante; no os hagais los melindrosos y escuchadme.

—Teneis gana de divertiros, mi querido Rigot, dijo el procurador escanciándole un vaso de vino?

—Y nosotros comprendemos la chanza, añadieron los demas trincando con el ex-mariscal.

—Pues bien, señores: debo deciros una cosa, y es que la visita de los pretendientes comienza ya á cansarme, porque si no atrapan el dote, atrapan dinero: Debo advertiros que he dado á mis sobrinas órden para que hagan su

eleccion en el término de veinte y cuatro horas. Sois cinco buenos mozos de diferente condicion. Todos me convenís porque de todos tengo escelentes noticias. Arreglaos tambien para hacer vuestra eleccion, y tratad de adivinar donde está el premio, porque ya está señalado el dote de dos millones y el que no le obtenga se quedará sin nada.

El jóven par y el procurador cambiaron una mirada de inteligencia, y el dependiente y el futuro notario se mostraron bastante desconcertados. Mr. Rigot continuó:

—Mañana por la noche estará ya hecha la eleccion; pasado mañana se leerán las amonestaciones, y á los ocho dias celebraremos el matrimonio á menos que estos señores parisienses necesiten mas tiempo para mandar venir sus papeles.

El dependiente y el oficial de notario se miraron nuevamente con embarazo; pero el bello Mr. Furnichon, sacando audacia de su necedad, se atrevió á contestar:

—Lo que es yo no os haré esperar, porque traigo mis papeles en regla.

Mr. Rigot se echó á reir, y dijo dirigiéndose á Marcoine:

—Y vos, mocito?

—Yo no soy mas bestia que Mr. Furnichon, respondió el oficial.

—Estos señores, dijo Mr. Rigot, se han preparado con anticipacion. Solo nos falta saber las intenciones de Mr. de Luizzi.

Armando acababa de recibir una de esas lecciones á que pocos hombres son admitidos. Acababa de ver hasta qué punto puede llevar la humillacion la codicia en su mas alto grado. Su corazon se indignó á la vista de tanta bajeza, y tomando la defensa de la dignidad humana, respondió:

—Yo nunca convertiré en vergonzosa especulacion el lazo mas sagrado, la union mas solemne de este mundo. Estos señores pueden optar á los dos millones sin temor de que yo les haga mala obra.

Rigot se puso encarnado de rabia al oir la respuesta del baron; pero se calmó muy pronto dirigiendo á Luizzi una mirada siniestra, que hubiera alarmado al baron si hubiera creido que aquel hombre podia hacer algo contra él. Al mismo tiempo los cuatro pretendientes demostraban su enojo suponiendo que el baron los insultaba, y trataban de pedirle una satisfaccion.

—Silencio! esclamó Rigot. Si ha habido insulto, á mí es á quien se ha hecho y yo soy quien quiere y debe vengarle. No se hable mas del caso, señor baron; libre teneis el campo, señores: vamos á reunirnos con las señoras.

En seguida Mr. Rigot se dirigió al salon; el procurador y Mr. de Lemée le siguieron, mas al salir sacó Mr. Bador el pañuelo y dejó caer un papel que recogió Luizzi. Iba á llamar al abogado para devolvérsele cuando vió al oficial de notario hacer una seña al dependiente que volvió atrás. Luizzi se detuvo para escucharlos.

—Vaya, hablemos poco y bien, dijo Marcoine: aquí estamos haciendo el papel del tonto. Ya veis que el procurador y el par de Francia se entienden.

—No sé en que pueden entenderse, objetó Furnichon. El dote ha de ser para Ernestina ó para su madre, conque tanto mejor para el que acierte en la eleccion.

—Y tanto peor para el que no acierte, no es verdad?

—Es muy sencillo.

—Vos sí que sois sencillo y aun simple, repuso el oficial de notario con sarcasmo.

—Sí? murmuró el dependiente.

—Sí, y los dos seremos unos imbéciles sino calculamos mejor los negocios. Unámosnos y pescaremos los dos millones.

—Y cómo?

—Escuchad. Hé aquí el modo de proceder: yo supongo que me elije la hija, y que es la agraciada con los dos millones, en cuyo caso cargais con la madre, y os quedais al piste.

—Es verdad, y confieso que eso me acobarda.

—Y á mí me horroriza; pero hay un medio de prevenir esa desgracia, ó al menos de aminorarla.

—Y cuál es?

—Supongamos que una de de las dos futuras tuviera un millon quinientos mil francos de dote y la otra quinientos mil, ¿no estariais asi mas animoso?

—Toma, ya lo creo.

—En ese caso, debeis entenderme.

—Ni pizca.

—Ay Dios mio, que poco diestro sois en los negocios de dinero, para ser de la bolsa!

—Esplicaos con claridad.

Es preciso metéroslo con cuchara. Pues bien: hagamos un convenio por el cual se obligue al que obtenga la mujer de los dos millones á dar quinientos mil francos al que obtenga la mujer cero.

—Furnichon quedó suspenso un instante y luego dijo:

—Perder quinientos mil francos asi de buenas á primeras!

—Pero y si no cojeis nada?

—Teneis razon.

—Con que estais conforme?

—Conforme.

—Id allá; voy á poner con lapiz el borrador del convenio. Subiré en seguida á mi cuarto, le copiaré en cuatro plumadas, firmaremos y estará todo corriente.

—Daos prisa, porque entre tanto ganan terreno los otros.

—Teneis papel blanco?

—No.

En este instante se acerco Luizzi y les dijo:

—Qué buscais?

—Psche! nada, un poco de papel.

—Aqui teneis un pedazo, contestó Armando con tono de indiferencia; pero está escrito por un lado.

—No importa, dijo el oficial de notario, escribiré por el otro.

Cuando el futuro notario se ocupaba en escribir, llegó el procurador seguido de Mr. de Lemée. Parecia que buscaba alguna cosa. Dió vueltas y mas vueltas por el comedor, y viendo á Luizzi, que retirado en un rincon aparentaba léer un periódico, le preguntó:

—No habeis visto por aqui un pedazo de papel?

—Me parece que le tienen esos caballeros, respondió Luizzi.

—Cómo! esclamó el procurador dirigiendose á Marcoine: ¿conque habeis encontrado ese papel y habeis tenido la indiscrecion de....

—No señor, contestó el oficial de notario con indiferencia: nos le ha dado ese caballero, y os aseguro que no he leido una sílaba.

—En ese caso tened la bondad de devolvérmele, dijo el procurador. En seguida se acercó á Mr. de Lemée, y añadió, á su oido:

—Es nuestro proyecto de convenio.

—Qué imprudencia! esclamó el par.

—Vamos, habeis acabado? preguntó en seguida el procurador.

—Esperad un instante, respondió el oficial; como que yo no sabia que era vuestro este papel, he escrito con lápiz al respaldo cosas que quisiera me dejárais borrar.

Luizzi se acercó á los cuatro interlocutores, y haciéndoles una seña para que se aproximáran, dijo al oficial de notario:

—Y para qué habeis de borrar nada, Mr. Marcoine? Es muy probable que lo escrito por un lado sea lo mismo que lo escrito por otro.

—Cómo! esclamaron los cuatros pretendientes.

—Cosa muy sencilla, repuso Luizzi; es un proyecto de escritura redactado por un procurador y revisado por un escribano. Es generalmente lo mas acertado. Leed, leed, que no dudo quedareis satisfecho de la ciencia del uno y el otro.

Mr. Marcoine, por un movimiento de curiosidad muy natural en él, dió vuelta al papel y leyó las primeras frases trazadas por el procurador:

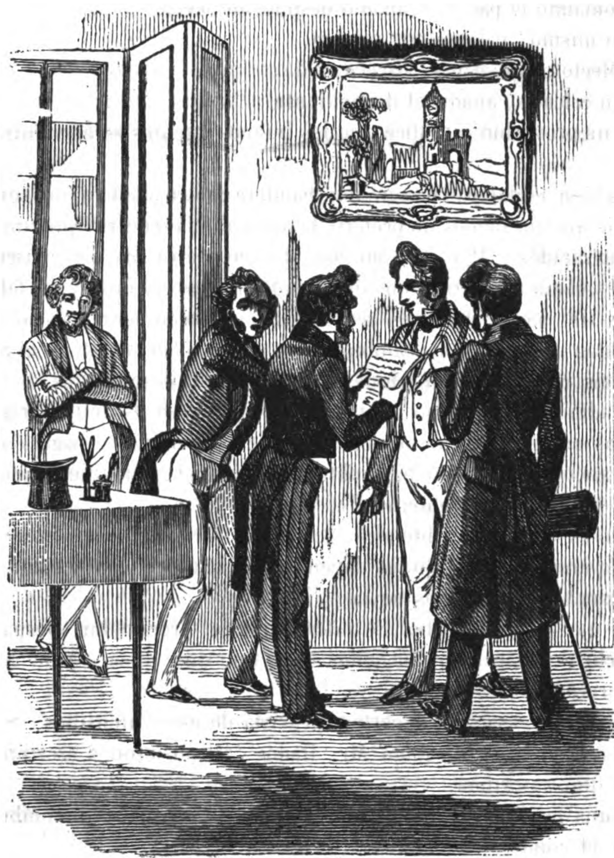
«El conde de Lemée y Mr. Bador, etc., etc , se obligan en caso de contraer matrimonio uno de ellos con Mad. Peyrol ó su hija etc., etc.

—Continuad, dijo Luizzi:

Marcoine volvió el papel y leyó:

«Mr. Marcoine y Mr. Furnichon se obligan en caso de contraer matrimonio etc., etc....

—Seguid, repuso Luizzi.



El oficial de notario murmuró algunas frases mas, ya leyendo por un lado ya por otro; luego, al llegar á cierto punto de lo escrito con tinta, alzó la voz y leyó:

«Aquel á quien haya tocado el dote espresado, se obliga á dar quinientos mil francos á....

Volvió el papel y leyó por la parte escrita con lápiz:

«Se obliga á dar quinientos mil francos á....

—Hum!... refunfuñó el dependiente.

—A fé mia, dijo Marcoine, que no se hace una escritura mejor en París.

—Pero está visto que se hacen tan bien como en provincia; repuso el procurador tomando el papel, y añadió despues de leerle:

—Es lo mismo, palabra por palabra.

—En efecto, dijo el par; parece copia.

—Es un calcado, añadió el dependiente.

—Hay un proverbio que dice que los buenos talentos se encuentran, dijo Luizzi.

—Pues bien, esclamó el procurador; bandera contra bandera; dos contra dos.

—Y por qué no hemos de preferir la alianza á la guerra? preguntó Marcoine con rapidéz. Por qué no han de ser cuatro los que suscriban el contrato? Al fin pudiérais no ser elegido ni uno ni otro, y en tal caso os quedábais sin nada. Podemos ser elegidos el procurador y yo, ó el conde y yo, ó bien el agente de cambios y el conde, ó el agente y el abogado. Aqui teneis cuatro combinaciones que nos cojen desprovistos.

—No admite duda, dijo el procurador; la cosa es muy séria. Unámosnos los cuatro; el que obtenga el dote y la muger, pagará quinientos mil francos al que solo haya obtenido la mujer, cualquiera que sea.

—Y el que nada haya obtenido?

—Claro es que nada obtendrá, respondió Mr. Marcoine.

—Ya lo creo que no, dijo el dependiente; como que necesitan diez mil francos para alfileres las dos novias.

—Con que lo dicho dicho, le interrumpió el procurador. Despachemos: Para concluir mas pronto, hagamos cada uno una copia. Aqnì hay papel sellado y recado de escribir.

El procurador sacó una cartera provista de estos utensilios. Sentáronse todos á la mesa, y dictando Mr. Bador, se pusieron á escribir:

—Los que suscriben.....

Y á una mirada del procurador cada cual enunció su nombre dando principio el conde.

—Alfredo Henrique, conde de Lemée, par de Francia.

—Luis Gerónimo Marcoine, oficial de notario.

—Desiderio Antenor Furnichon, dependiente de agente de cambios.

—Y Francisco Paulino Bador, procurador de Caen, han convenido etc.... etc..... etc.

Y el procurador siguió dictando por espacio de diez minutos, repitiendo cada uno el final de la frase para advertir que la habia escrito.

Luizzi contemplaba aquel vergonzoso espectáculo sin saber que hacer, si reirse ó indignarse, cuando sintiendo que le daban en el hombro, volvió la cara y vió á Mr. Rigot que le dijo:

—Qué están haciendo?

Luizzi no quiso decir la verdad, sea porque ningun interés tuviese en deuunciar á los cuatro pretendientes de dote, ó sea que quisiese condurar, hasta el fin el placer de aquella comedia. Asi, pues, contestó:

—Yo creo que están escribiendo cada cual un billete amoroso para su dama.

—Muy bien, muy bien! esclamó el tio Rigot. Tengo que hacer á esos caballeros una pequeña advertencia.

—Es lástima interrumpirlos, dijo Luizzi. Es tan propensa á desvanecerse la inspiracion amorosa!

—Sin embargo, no deben ignorar el caso.

—Qué, tan importante es?

—A vos os interesa muy poco, puesto que no entrais en el número de los pretendientes. Aunque nada he dicho de vuestra renuncia, pensad bien en ella, que os dejo veinte y cuatro horas para reflexionar.

—Estoy enteramente decidido.

—Allá lo veremos, contestó Rigot moviendo la cabeza. Entretanto voy á darles la noticia.

—Sí, podeis hacerlo, que yo me retiro.

—No os vayais, que tal vez os divertireis.

—Y diciendo esto, Rigot pasó al comedor, á cuya puerta se habia detenido con Luizzi. Los cuatro enamorados que acababan de firmar y cambiar su transaccion, se volvieron turbados al oir la voz del dueño de la casa.

—Dispensad, señores, díjo Mr. Rigot: aun no os he participado todos mis proyectos, porque he creido que todos no os concernian; sin embargo, mi hermana acaba de hacerme ver que ella no debe ser menos favorecida que su hija y su nieta, y vengo á deciros lo que he pensado hacer por ella.

—Y qué es? preguntaron llenos de espanto los cuatro asociados; que participe de los dos millones?

—Nada de eso, señores, nada de eso; yo soy hombre de palabra. Los dos millones corresponden á Mad. Peyrol y su hija; pero he resuelto dedicar un millon á Mad. Turniquel. Este millon no ofrece dudas: se le daré á mi hechicera hermana, y por consecuencia el que consiga agradarla está seguro del negocio. Con que manos á la obra: teneis para decidiros hasta mañana.

Mr. Rigot salió del comedor sin añadir una palabra mas á su nueva proposicion, y dejó á los concurrentes con una estraña perplegidad.

—Diablo! dijo el procurador; la cosa es ya diferente.

—Tendríais valor para esponeros á cargar con la abuela? dijo Mr. de Lemée.

—Yo creo que es empresa superior á las fuerzas humanas, repuso el oficial de notario.

—Bah! dijo Furnichon; cosas mas estraordinarias se han visto. Si yo estuviera seguro de triunfar....

—Sí, pero os prevengo que no triunfareis, dijo M. Bador. Existe un tal Periquillo, postillon en Mourt, á quien Juana Rigot, antes de ser Madama Turniquel, miraba con buenos ojos, y yo creo que el tal Periquillo será el preferido.

—Estais seguro de ello? preguntó Furnichon.

El corazon de Luizzi estallaba de indignacion, pero asi que Mr. Bador declaró inconquistable á la vieja, todos se negaron á porfia á sacrificarse por una mujer como Mad. Turniquel, y ninguno tan terminantemente como Furnichon.

—Vamos, vamos, que la codicia no llega al estremo que yo creia, dijo para sí el baron.

En este estado se hallaban cuando el futuro notario tomó la palabra.

—Y entonces en qué os fundais vos, Mr. Bador, para decir que el negocio cambia de aspecto?

—En que el capital de dos millones asciende ahora á tres; al fin, alguien heredará ese millon, que asi se asegura, al paso que desapareceria en poder de Mr. Rigot que, segun el rumbo que lleva, se arruina antes de un año.

—En efecto, dijo Mr. Furnichon; ese hombre concluirá por tener que vivir á nuestras espensas.

—Esa será una nueva carga en que debemos pensar, añadió el oficial de notario.

—De dónde diablos sacó Rigot tantos millones? preguntó el dependiente.

—No sé, respondió el procurador. Lo único que puedo aseguraros es que existen en buenas propiedades y en el Banco de Francia.

—Eso no nos importa á nosotros; es negocio suyo, repuso Mr. Furnichon.

Dirigiéronse los pretendientes al salon donde se hallaban reunidas las damas. Ernestina estaba radiante de lujo y de hermosura, y Mad. Turniquel se habia puesto una papalina llena de lazos azules y encarnados. La condesa no cesaba de alabarla el gusto con que sabia vestirse.

Mad. Peyrol estaba sola en un estremo del salon; conocíase que habia llorado, y no sin dificultad ocultó su dolor para contestar á los solícitos obsequios de los pretendientes. A Luizzi le pareció tan buena la comedia, que quiso tomar parte en ella: colocóse junto á Mad. Turniquel y empezó á elogiar la hermosura y el trage de la vieja, á lo que esta respondia con una porcion de sonrisas desdentadas y de gracias infantiles capaces de hacer retroceder á un regimiento de coraceros. Armando llevó tan adelante su broma; que Mad. Peyrol se puso colorada, y acercándose á Mr. Rigot, le dijo:

—Tio, por piedad, haced que cese esta ridícula escena, si no es por mí, que padezco mucho viendo la ridiculez de mi madre, al menos por mi hija, tan dispuesta ya á faltar al respeto que debe á su abuela. No se concibe en un hombre como Mr. de Luizzi una burla tan miserable.

—Quién sabe lo que sucederá? repuso Rigot. Cosas mas imposibles se han visto.

Mad. Peyrol se encojió de hombros y se acercó al baron, que en aquel instante decia á Mad. Turniquel:

—Sí, señora, ¡feliz el hombre que, vuelto de las locas ilusiones de la juventud, prefiere á todo un corazon maduro y una alma desengañada de todas esas vanas seducciones de una edad mas tierna!

—Qué es lo que estais diciendo? replicaba Mad. Turniquel con aire de superioridad. Qué es lo que entendeis por ilusiones? Yo no soy tan decrépita, tened la bondad de creerlo; tengo unas carnes escelentes y una pierna.....

Iba á enseñar la pierna cuando la interrumpió Mad. Peyrol, que miró al baron de una manera capaz de avergonzarle, y le dijo en voz muy baja:

—Es una crueldad, caballero!

Luizzi se avergonzó de lo que habia hecho, y trató de escusarse con Mad. Peyrol, lo que consiguió confesando francamente que habia querido dar una leccion á aquellos cuatro lebreles que corrian tras los dos millones, y la perseguian así como á su hija. Mad. Peyrol escuchó atentamente á Luizzi, y luego, haciendo un violento esfuerzo sobre sí misma, le dijo:

—Pues bien, caballero: quisiera tener una entrevista con vos.

—Estoy á vuestras órdenes, señora, contestó Armando.

Pero para que esta entrevista se hubiera permitido á Mad. Peyrol y á Luizzi, era preciso que la sociedad de los pretendientes no se hubiera hallado ya alarmada por el pequeño *á parte* que acababa de observar. A pesar de haber declarado Luizzi que renunciaba á toda pretension, rodearon en masa á Eugenia y le obligaron á separarse de ella.

No tardó en llegar la hora de retirarse, y Eugenia salió del salon siguiendo á Luizzi con la vista y dándole así una especie de cita.





XXXIII.

Una noche bien empleada.



QUEDÓ no poco sorprendido Luizzi cuando, al entrar en su aposento, vió allí á Akabila con las célebres botas que habia servido al final del almuerzo. Segun la esplicacion que Mad. Peyrol habia dado al baron, éste creyó que el jokey lo que queria era el vaso de ron, que era el premio ordinario de su trabajo.

Lulzzi, como desease examinar de cerca á aquel ser estraordinario, le hizo seña con la cabeza de que iba á satisfacer su deseo. No teniendo ron en su aposento iba á llamar un criado para que se lo llevara; pero al asir el cordon, el malayo le detuvo por el brazo moviendo vivamente la cabeza, y diciendo con acento gutural:

—No! no! no!

—Cómo! replicó el baron acompañando sus palabras con un gesto imitativo para hacerlas comprender mejor; ¿con que no quieres beber ron cuando tanto te gusta?

El malayo volvió á responder negativamente: luego, acercándose á la

puerta, escuchó si habia alguien á la parte de afuera, y volvió al lado de Luizzi.

Entonces empezó una escena pantomímica, de que no podemos dar una idea exacta. Remedó con una perfeccion maravillosa la llegada del procurador en su cabriolé, la del dependiente y la del oficial de notario, arrastrando sus maletas, y al fin de cada una de estas caricaturas, movió la cabeza con un gesto de desprecio. En seguida trató de representar á Luizzi sentado en el fondo de su berlina, entrando al galope de sus cuatro caballos en el patio de la casa de Taillis. Continuó sus demostraciones unas veces ensanchándose, otras estirándose, y terminó por dar á entender á Luizzi que le tomaba por un gran señor, y despues dijo con altivez designando al baron:

—Rey! rey!

Luizzi, que deseaba obtener por completo aquella confidencia, hizo seña al malayo de que no se habia equivocado. Entonces el jokey se arrojó á sus pies como implorando su proteccion; luego se levantó, se empinó, y colocándose al lado de Luizzi como demostrando que era igual á él, designó con un gesto alguna cosa lejana, y repitió la palabra: Rey! rey!

Luizzi contemplaba aquella pantomima con un vivo interés é hizo una seña al malayo para que continuase. Entonces el jokey recorrió el aposento señalando con el dedo á los candelabros dorados, mostrando los botones de la camisa de Luizzi; luego un tapon de cristal tallado en facetas como un diamante, y dijo por medio de sus gestos tan espresivos como la palabra, que él habia poseido una cantidad inmensa de todos aquellos objetos.

El baron habia entendido hasta entonces cuanto habia tratado de decirle el malayo; éste continnó: Representó una tempestad imitando con la voz y el gesto el silvido del viento y el estallido del trueno, luego un navío que flota al acaso y es arrojado por el viento á un arrecife, y un hombre que nada desesperado entre las olas embravecidas y que llega sin fuerzas á la playa. No acertaba Luizzi quién era el hombre designado por el malayo; pero éste, que se habia dejado caer representando al pobre náufrago, se levantó con esfuerzo é imitando con mucha exactitud el gesto y la postura de Rigot, dió á entender que se trataba de él. Presentóle despues abatido y desesperado; demostró que le encontraban los naturales del pais en la playa y que le iban á sacrificar, cuando llegó un anciano que se habia encaminado á socorrerle y le salvó llevándosele á su casa. Aquí cesó de ser inteligible para Armando aquella pantomima. Solo pudo comprender el baron que se trataba de un hombre asesinado y de tesoros robados, perdiéndose los pormenores de esta singular historia entre las contorsiones y las lágrimas del malayo. Armando iba á ver si podia hacer que se esplicara mejor, cuando oyó la voz de Rigot que desde el pasillo llamaba á Akabila con todas sus fuerzas. El malayo empezó á temblar, é iba á esconderse tras de una cortina, cuando el viejo abrió violentamente la puerta y le vió.

—Qué haces aquí? le preguntó irritado.

El jokey echó mano de su mas graciosa sonrisa, y mostrando las botas que habia colocado sobre una silla, respondió con una voz llena de dulzura.



—Rom! rom!

Mr. Rigot empezó por atizarle un fuerte puntapié en donde se acostumbra darlos, y le dijo:

—Animal! acaso se ponen las botas para acostarse?

El malayo no exhaló la menor queja, pero echó á Luizzi una mirada que queria decirle que contaba con él. Mr. Rigot se retiró un instante despues, asi que se hubo escusado con el baron por la escena que acaba de tener lugar.

—Nosotros los campesinos, dijo, tenemos las manos y los pies un poco ligeros; pero con semejantes brutos es ese el mejor medio de hacerse entender.

Luizzi quedó solo, y reflexionando acerca de la estraña confidencia que se le habia hecho, se preguntó á sí mismo si no era su deber poner sus sospechas en conocimiento de la autoridad. Sin embargo temió dar nuevamente un paso inconsiderado como el que habia dado respecto á Enriqueta, y cuyos resultados casi no sabia á escepcion de la presencia de esta desventurada víctima en una casa de locos. Queriendo saber por completo la verdad respecto á aquella aventura, cuyas principales circunstancias creia adivinar, se disponia á llamar al Diablo cuando oyó llamar poco á poco á la puerta.

La persona que llamaba entró inmediatamente, y Armando vió á Mad. Peyrol que permaneció un instante inmóvil y turbada como asustada por la accion que acababa de cometer. Luizzi se dirigió á ella, y la presentó una silla diciéndola:

—Podré saber, señora, á qué debo la honra de vuestra visita?

Es imposible pintar la turbacion y el embarazo de aquella desgraciada, que procuró disculparse con voz balbuciente. Al fin, obligada por las preguntas de Luizzi, trató de cobrar ánimo y dijo bajando la vista:

—Ya sabeis cuál es mi posicion, caballero, soy pobre. La muerte de Mr. Peyrol me dejó en la miseria, porque habiendo fallecido mi esposo sin dejar sucesion, su familia reclamó y obtuvo los bienes que poseia.

—Cómo! esclamó Luizzi asombrado, con que la señorita Ernestina....

—No es hija de Mr. Peirol, contestó Eugenia alzando la frente; esa historia es muy triste, caballero....

—Os será quizás muy doloroso el contarla, no es verdad? dijo el baron con frialdad. No quiero imponeros esa obligacion, pero estoy pronto á saber el motivo de vuestra visita.

—No! respondió tristemente Mad. Peyrol, resentida por el tono de Luizzi. Entonces se levantó y añadió moviendo la cabeza: No! es imposible! perdonad mi imprudencia y olvidadla.

—Como gusteis, señora, respondió Luizzi disponiéndose á despedirla: pero Mad. Peyrol se volvió á él en el momento de ir á abrir la puerta, y le dijo con resolucion:

—Vuestra presencia en esta casa me autoriza á hablaros con franqueza. Ya está hecha la eleccion de mi hija: Mr. Bador ha demostrado, dirigiéndose á ella, que la conocía bien, como asimismo que me conocia á mí. Sabe que si el dote que mi tio nos destina vá á parar á mí, mi hija será tan rica como

—Qué haces aqui? le preguntó irritado.

El jokey echó mano de su mas graciosa sonrisa, y mostrando las botas que habia colocado sobre una silla, respondió con una voz llena de dulzura.



—Rom! rom!

Mr. Rigot empezó por atizarle un fuerte puntapié en donde se acostumbra darlos, y le dijo:

—Animal! acaso se ponen las botas para acostarse?

El malayo no exhaló la menor queja, pero echó á Luizzi una mirada que queria decirle que contaba con él. Mr. Rigot se retiró un instante despues, asi que se hubo escusado con el baron por la escena que acaba de tener lugar.

—Nosotros los campesinos, dijo, tenemos las manos y los pies un poco ligeros; pero con semejantes brutos es ese el mejor medio de hacerse entender.

Luizzi quedó solo, y reflexionando acerca de la estraña confidencia que se le habia hecho, se preguntó á sí mismo si no era su deber poner sus sospechas en conocimiento de la autoridad. Sin embargo temió dar nuevamente un paso inconsiderado como el que habia dado respecto á Enriqueta, y cuyos resultados casi no sabia á escepcion de la presencia de esta desventurada víctima en una casa de locos. Queriendo saber por completo la verdad respecto á aquella aventura, cuyas principales circunstancias creia adivinar, se disponia á llamar al Diablo cuando oyó llamar poco á poco á la puerta.

La persona que llamaba entró inmediatamente, y Armando vió á Mad. Peyrol que permaneció un instante inmóvil y turbada como asustada por la accion que acababa de cometer. Luizzi se dirigió á ella, y la presentó una silla diciéndola:

—Podré saber, señora, á qué debo la honra de vuestra visita?

Es imposible pintar la turbacion y el embarazo de aquella desgraciada, que procuró disculparse con voz balbuciente. Al fin, obligada por las preguntas de Luizzi, trató de cobrar ánimo y dijo bajando la vista:

—Ya sabeis cuál es mi posicion, caballero, soy pobre. La muerte de Mr. Peyrol me dejó en la miseria, porque habiendo fallecido mi esposo sin dejar sucesion, su familia reclamó y obtuvo los bienes que poseia.

—Cómo! esclamó Luizzi asombrado, con que la señorita Ernestina....

—No es hija de Mr. Peirol', contestó Eugenia alzando la frente; esa historia es muy triste, caballero....

—Os será quizás muy doloroso el contarla, no es verdad? dijo el baron con frialdad. No quiero imponeros esa obligacion, pero estoy pronto á saber el motivo de vuestra visita.

—No! respondió tristemente Mad. Peyrol, resentida por el tono de Luízzi. Entonces se levantó y añadió moviendo la cabeza: No! es imposible! perdonad mi imprudencia y olvidadla.

—Como gusteis, señora, respondió Luizzi disponiéndose á despedirla: pero Mad. Peyrol se volvió á él en el momento de ir á abrir la puerta, y le dijo con resolucion:

—Vuestra presencia en esta casa me autoriza á hablaros con franqueza. Ya está hecha la eleccion de mi hija: Mr. Bador ha demostrado, dirigiéndose á ella, que la conocía bien, como asimismo que me conocia á mí. Sabe que si el dote que mi tio nos destina vá á parar á mí, mi hija será tan rica como

yo, y sabe que si Ernestina es la favorecida por mi tio, mi hija no dedicará á su madre nada de su dote.

—Es posible, señora! esclamó Luizzi.

—No me cabe duda, caballero.... Puede sucederme esa desgracia, pero tambien puede ser mio el dote, y os aseguro que en ese caso siento aun mas que mi miseria el hacer partícipe de mi fortuna á uno de los hombres que en este instante se hallan en esta casa. Vos sois el único que no ha demostrado codicia ni baja impaciencia. Solo he tenido un dia para juzgaros, y solo tengo una hora para deciros quien soy; mas, puesto que habeis venido con el mismo objeto que los demas, puedo hablaros francamente y deciros que he fijado en vos mi eleccion. Os lo advierto, caballero, porque tengo que exigiros palabra de honor de que me permitireis disponer de la mitad del dote, si la voluntad de mi tio ha sido dármele.

Luizzi se halló muy embarazado con esta estraña manifestacion, pero se decidió á poner rienda á toda nueva proposicion, contestando á Eugenia:

—Si vuestro tio hubiese sido mas franco con vos, os hubiera ahorrado un paso que ha debido seros muy penoso y que es del todo inútil: he dicho ya á Mr. Rigot que no aspiro á un favor que no creo merecer.

Mad. Peyrol palideció al oir esta respuesta, saludó profundamente al baron y se retiró sin decirle una palabra.

Luizzi, apenas se vió solo, cerró la puerta con cerrojo para evitar nuevas visitas, y, mas decidido que nunca á consultar al Diablo acerca de los secretos de aquella casa, sacó la campanilla y la agitó con violencia. El Diablo apareció en seguida, segun costumbre; pero contra lo que ordinariamente sucedia, no se notaba en él la truhanería y la malicia cruel en que parecia complacerse. Su mirada habia recobrado todo su siniestro esplendor, su sonrisa toda su amarga fiereza, y se acercó á Luizzi con visible impaciencia. Su voz era estridente y grave.

—Muy pensativo te veo, Satanás, le dijo Luizzi.

—Qué me quieres?

—No lo sabes?

—Poco mas ó menos; pero esplicate; ¿que me quieres?

—Muy lacónico estás tú que tan charlatan eres.

—Es que no me ocupo ya de los intereses de un particular: me ocupo de los de todo un pueblo.

—De un pueblo á quien tratas impelir á la sedicion y las revueltas, no es verdad?

El Diablo no contestó.

—Ya que tan de prisa estás, añadió Luizzi, apresúrate á contarme la historia de ese malayo.

El mismo te la ha esplicado.

—Es lo que yo he creido comprender?

—Justamente. Has mostrado inteligencia una vez en tu vida, que no es poco.

—Tu pedanteria raya en insolencia.

—Yo me elevo con las circunstancias. Adios.

—Espera un momento. He comprendido la historia de Akabila hasta que Rigot fué salvado por un anciano. Y despues?

—Aquel anciano, contestó el Diablo, era el padre de Akabila que poseia un inmenso tesoro acumulado por su familia durante cien años. Supongo que sabrás que la isla de Borneo abunda en diamantes y otras piedras preciosas. El europeo civilizado llega entre aquella raza de malayos, á quienes llama execrables, porque degüellan sin piedad á los hombres que van á apoderarse de sus tierras: la civilizacion mezcla sus crímenes con los de la barbarie. Rigot, primeramente esclavo y en seguida amigo y confidente de Akabila, aconsejó á éste que asesinase á su padre y se apoderase de sus inmensas riquezas, prometiendo llevarle á un pais donde hallaria goces desconocidos en su nacion. Akabila se decidió; realizado el crímen, huyeron ambos á bordo de un navio portugués que los condujo á Lisboa. Llegados al noble pais de la civilizacion, cambiaron los papeles: Akabila se convirtió en criado de sn antiguo esclavo y ya has visto lo que le ha aprovechado su parricidio.

—Pero cómo es que Mr. Rigot conserva á su lado semejante confidente de su crimen?

—Eso es superior á tu inteligencia, mi amo. Para comprender lo que Rigot hace, es preciso tener su edad, ser de su raza y haber sido esclavo.

—Qué quieres decir?

—Es preciso haber habitado, siendo villano, en las tierras de un hidalguillo que arruinó á la familia de Rigot por haberla cogido cazando en vedado, y haber recibido palos por no haber preparado con la debida prontitud la pipa de su amo.

—Segun eso es una venganza?

—Y un placer. No puedes figurarte la voluptuosidad que ese hombre esperimenta dando puntapies en el trasero á un hijo de rey, y no puedes figurarte su regocijo al ver arrastrarse á sus pies á esos miserables que han venido á su casa guiados por la codicia.

—Verdaderamente que son viles esos hombres.

—Con qué derecho los juzgas con tal severidad?

—Me parece que no se pueden cometer mayores bajezas.

—Mayores las hay aun.

—Quién puede llevar mas lejos el abandono de todo pudor?

—Quizá tú mismo.

—Yo!.... esclamó Luizzi.

—Tú, mi amo, tú. Si te vieras un dia en la miseria; si un dia te fal-

táran esos placeres que ahora miras con desden porque abundan en tu vida, tú mismo que te crees con un corazon desnudo de ambicion porque nada has encontrado difícil; tú mismo que con tanta altanería desprecias á esos pretendientes, cuya falta consiste en ser pobres; tú, si vieras á tu lado un lujo que te hechizára, y no tuvieras otros medios para alcanzarle, serias mas bajo aun que esos hombres.

—Te engañas, Satanás. Puedo amar el dinero; puedo ser ambicioso, pero jamás me humillaré hasta el estremo de casarme con una mujer bajo las condiciones impuestas por el miserable dueño de esta casa; jamas daré mi nombre á una mujer que sin duda se entregó á algun villano que debe ser el padre de Ernestina.

—Muy severo eres. Olvidas que Enriqueta Buré cometió una falta semejante?

—Oh! es muy diferente. Enriqueta Buré era una jóven educada bajo los mas sanos principios de virtud y de honradez, y sus nobles sentimientos fueron sorprendidos por un amor à que el rigor de su familia la impulsó.

—Pues esa falta es todavia menos escusable. Enriqueta tenia en su defensa el buen ejemplo y una sana educacion, pero la pobre hija del pueblo que sucumbe, no tiene en torno suyo las mil cosas que protejen á la jóven distinguida.

—Tomas otra vez la defensa del vicio?

—Quizás la del infortunio.

—Pues en ese caso métete á novelista y déjame en paz.

—Con que estás decidido á no casarte con Eugenia?

—Completamente decidido.

—Pues Dios te guarde.

El ruido de un carruage que entro en el patio interrumpió la conversacion de Satanás y Luizzi, y el Diablo añadió:

—Preguntan por tí, baron; te dejo con tus asuntos.





XXXIV.

Ruina.



Pedro, el ayuda de cámara, á quien el baron habia dejado en París, entró en la estancia, apenas desapareció el Diablo.

—Qué novedad tan grande ocurre para que vengas á buscarme asi? le preguntó Armando.

—Unas cartas muy urgentes llegadas de Tolosa, de París, de todas partes: la justicia se ha presentado en vuestra casa á embargar todos los efectos.

—En mi casa!

—Si, señor baron.

Pálido y helado dejaron á Luizzi estas palabras. La ruina no le parecia

posible; pero la amenaza iusolente de Satanás, el adios burlon que le habia dirigido al desaparecer, le espantaban ya; mandó á Pedro, por medio de una seña, que le dejase solo, y abrió las cartas que acababa de recibir. La primera le anunciaba la desaparicion de su banquero. El golpe era terrible, pero al fin le quedaban aun riquezas considerables.

Abrió las cartas de Tolosa, y en ellas se le decia que nada le pertenecia de cuanto creia poseer.

Habia aparecido en el pais un hombre provisto de documentos aunténticos, por los cuales se acreditaba que los bienes del señor baron de Luizzi padre, le habian sido vendidos por escritura privada, con la cláusula de que el comprador habia de dejar el usufruto de ellos al vendedor mientras éste viviese.

Aquel hombre no se habia presentado al abrirse la sucesion por hallarse entonces en Portugal, desde donde habia trasmitido sus poderes á un tal Mr. Rigot, que era quien proseguia la espropiacion.

Es inútil querer pintar la rabia y el terror que Luizzi esperimentó al leer aquellas fatales cartas; durante un momento creyó soñar, y se agitó como si quisiese sacudir la horrible pesadilla de que era presa; abrió la ventana como si el ambiente de la noche pudiese disipar el delirio que abrasaba su cabeza; luego se imaginó que Satanás habria querido darle aquel susto en castigo de su juicio respecto á los demás, y en un momento de rabia indecible, agitó nuevamente su infernal campanilla. El Diablo apareció todavia triste, todavia sério.

—Es verdad esto? le preguntó Luizzí.

—Verdad es, contestó el Diablo.

—Estoy arruinado?

—Arruinado.

—Todo es obra tuya, Satanás, todo es obra tuya! esclamó el baron.

Y, en un momento de inesplicable estravío, se lanzó al Diablo, pero su mano no pudo asir aquel cuerpo poderoso que se hallaba á su presencia y que se deslizaba entre sus dedos como una serpiente. Luizzi, arrebatado hasta la locura por su impotencia, se empeñó en perseguir á aquel ser impalpable hasta que, anonadado por la rabia y el cansancio, cayó al suelo gritando, sollozando y deshecho en lágrimas. Su dolor no se calmó, pero se abatió, y aun no habia podido reunir sus ideas cuando vió á Satanás de pié delante de él, mirándole con su triste y cruel sonrisa. Armando, aliviado por las lágrimas, apretó la frente con las manos y esclamó:

—Qué he de hacer, qué he de hacer!!

—Casarte, le respondió el Diablo, casarte.

Cuando el baron hubo vuelto de su desesperacion, se encontró solo y notó que el mas profundo silencio reinaba en la casa; entonces empezó á reflexionar acerca de su posicion y murmuró este vergonzoso monólogo:

—Que me case ha dicho Satanás. Y con quién? Con una de esas mujeres á quien he rechazado? Unirme á esa familia cuyas costumbres son tan bajas como sus maneras!! Y quién sabe si al escojer una de esas mujeres me tocará la pobre, puesto que he tenido la imprudencia de no tomar parte en el contrato que entre sí han hecho esos hombres? Oh! si todavia pudiese hacerlo! Solo los pícaros son dichosos.

Parecia que en aquel instante habia pasado un relámpago ante los ojos de Luizzi, mostrándole los pensamientos á que habia descendido, del mismo modo que durante una tempestad nocturna el relámpago hace ver al hombre el fangoso precipicio en que ha caido. Luizzi se horrorizó de sí mismo, y vuelto por un instante á ideas mas sanas y tranquilas, dijo:

—No, no cometeré esa infamia. Por otra parte, que adelantaría?... Ernestina ha fijado su eleccion, segun me ha dicho su madre, y he rechazado á Eugenia. Sin embargo, quizá me halle todavia á tiempo.

Armando se detuvo ante esta idea; pero no por eso era menor su terror. Sin embargo, procuró distraer su dolor con su dolor mismo y para ello volvió á repasar las cartas que habia arrojado al suelo en un momento de rabia. Pero esta nueva lectura solo sirvió para confirmar su ruina y muy pronto sucedió al tumulto de sus emociones un abatimiento profundo. Entonces midió el porvenir que le esperaba, y solo vió una vida de miserias, de privaciones, abrumada por el sarcasmo y el desprecio de cuantos le habian conocido. La vanidad que, despues de la miseria es el mas detestable de todos los consejeros, la vanidad se despertó en él; Luizzi. corriendo al mal como el que corre furioso á la muerte sin querer mirar adelante, se decidió á tentar fortuna por medio de un casamiento. Sin abismarse en mas reflexiones llamó nuevamente á Satanás que se le apareció tan triste y pensativo como antes.

—Esclavo, le dijo Luizzi con mas ánimo para llevar á cabo su mala accion que el que nunca habia tenido pera practicar el bien, esclavo! puedes, por primera vez, decirme una verdad que me sea útil?

—Te he dicho veinte que no has querido creer.

—Pues bien, continuó Luizzi, dime cuál de esas dos mujeres obtendrá el dote que su tio destina á una de ellas?

—Estás resuelto á hacer lo que crees tan vergonzoso?

—Deja á un lado la moral, Satanás, dijo Armando irritado; no pretendo ser mejor que los demas hombres, porque empiezo á creer que serlo es hacer el papel del tonto.

—Nunca has valido mas que ellos, contestó Satanás: has sido y eres mas vil y mas bajo que ninguno de esos mismos á quienes tanto has vituperado, porque ellos han necesitado muchos años para llegar al olvido de toda generosidad, de todo noble sentimiento. Ellos han sufrido la humillacion impuesta por los ricos, han sufrido la miseria, el infor-

tunio, el desprecio; y tú, que nada de esto has sufrido, pierdes como ellos todo sentimiento de generosidad y de dignidad solo al verte amenazado de los dolores que ellos han sufrido.

—Entonces, qué es mi vida? esclamó Luizzi, en quien se agitaban aun los últimos restos del honor y la dignidad.

—Es la vida humana, la vida que para otros dura doce ó quince años y para tí solo ha durado un cuarto de hora. Yo te habia robado siete años de tu existencia, y tú te has robado el tiempo perdido, con que no tienes por qué quejarte.

—Implacable y frio burlon, replicó Luizzi, acaba tu mision execrable, arráncame la última de mis ilusiones; hazme saber que la mujer con quien voy á casarme es una ramera; revélame todas sus infamias, sin ocultarme nada; á fin de que mis labios agoten hasta las heces la amarga copa de mis propias bajezas,

—Estás bien decidido á casarte con esa mujer? No prefieres darme diez años! de tu vida?

—Para encontrarme viejo y en la miseria! No, no: quien quiera que sea esa mujer, me casaré con ella.

—Todavia te restan dos años para tentar fortuna por medios honrados, repuso el Diablo.

—No, dijo Luizzi. Qué es lo que yo puedo hacer? Qué es lo que sé? Iré á pedir un miserable empleo á esos hombres á quienes he humillado con mi lujo? Me veré precisado á mendigar un trabajo que no podré desempeñar, y á mostrar una incapacidad que duplicará mi vergüenza y mi desesperacion? No; quiero casarme con una mujer, y me casaré.

—Estás bien decidido? repitió Satanás.

—Sí, respondió Luizzi mostrando una silla al Diablo é indicándole que tomara asiento.

—Pues bien, dijo Satanás; escucha y sabrás quien es Eugenia.

FIN DEL TOMO I.

ÍNDICE


MADRID

ERRATAS.

PAG.	LIN.	DICE.	LEASE.
12	17	entretenia	mantenia
id.	18	id.	id.
78	9	abre	alza
88	21	hijo	hija
91	25	ese	es
127	37	desesperada cayendo á sus pies	desesperada
149	31	acaba	acababa
151	15	entrar	entre
152	40	notorios	notarios
160	39	deligencia	diligencia
254	11	vivio	modo viví
256	33	adúltero	adulterio
261	8	que la	que
id.	28	de....	de las piernas
262	41	niño	vino
266	18	nervioso	verdoso
295	4	Buré	Beru
296	36	prudentemente	prudente
297	5	Firion	Finon
314	25	mudaba de	mudaba de amante como de
362	16	la mujer es indigna	á la mujer indigna
352	27	mismo	misma

